

LOZANO, Cristóbal (1618-1660)

Soledades de la vida y de-  
seguantos del mundo: novelas  
exemplares / por... Cristóbal  
Lozano... — Corregidas y en-  
mendadas en esta segunda

impresión. — \* En Madrid: por  
Francisco Sanz... A costa de  
Francisco Senano de Figueroa  
..., 1662

Q-3-45-

*Ind. C. 199*

# SOLEDADES DE LA VIDA,

Y DESENGAÑOS DEL MVNDO,  
NOVELAS EXEMPLARES,  
POR EL DOCTOR DON CHRISTOVAL LOZANO,  
Comisario de la Santa Cruzada de la Villa de Hellin,  
y su Partido;

CORREGIDAS, Y ENMENDADAS EN ESTA

Segunda impresion;

*La lib. de la casa*

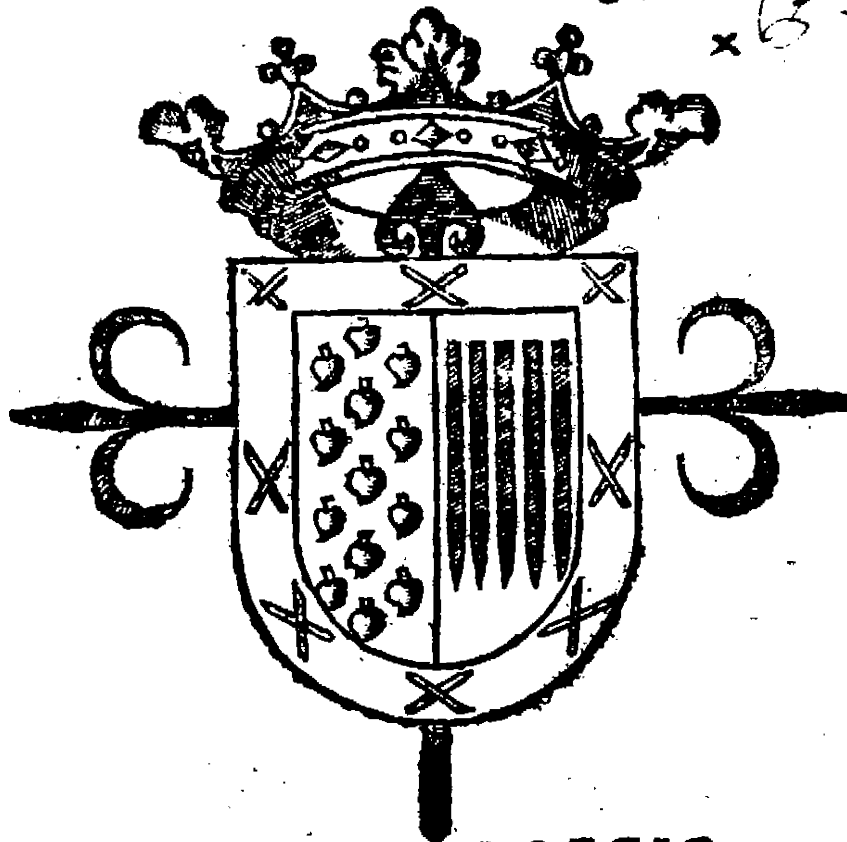
*de la B. 3-12*

DEDICADAS

A DON DIEGO DE GAMARRA Y VALCARCEL

Cauallero del Orden de Santiago, &c.

*x B-4-9*



Año

1662

CON PRIVILEGIO

EN MADRID: Por Francisco Sanz, Impresor del Reyno,  
y Portero de Camara de Su Magestad.

A costa de Francisco Serrano de Figueroa, Familiar, y Notario del Santo  
Oficio, y Mercader de Libros en la Calle Mayor



A D. DIEGO GAMARRA  
y Valcarcel, Capitan de Mar, y  
Tierra, Capitan de Cauillos  
Corazas Españolas en Flan-  
des, y Cauallero de el  
Orden de Santiago.

**B**IEN Puede ser empeño del gus-  
to la inclinacion à los Estrange-  
ros, pero siempre fue obligacion  
de la naturaleza el amor à los  
propios, como dixo San Cyrilo,  
porq̃ como en vna sangre, se beben en vna Pa-  
tria el afecto. Supuesta esta verdad, no ay du-  
da que siendo V. m. y yo hijos de vna Patria, es  
deuda entre los dos el cariño. Y si este se mani-  
fiesta con obras, aunq̃ huvo quien le quiso cali-  
ficar sin intereses, cierto es que al querer el mio  
acreditarse con V. m. de verdadero, se ha de  
hallar confuso, faltandole el credito de las fi-  
nezas en las obras. En esta confusion me han

*Omnis  
afficitur  
ad comia-  
tem suū.  
S. Cyril.  
Hieros.  
cat. 130*

venido à las manos estas flores, y primeros rasgos de la juventud del Doctor Don Christoval Lozano mi tio, y grande amigo de V. merced, para darlos segunda vez à la Estampa, con que siendo de tan cerca del alma, los puede ofrecer à V. m. mi voluntad en desempeño, como cosa propia.

Salieron estas Soledades en mi nombre, quando los quinze años de mi edad desmentian caudal para tanto empleo. Auia sacado à luz su *David Perseguido*, materia tan decorosa, como estimada en el aprecio de los mas entendidos, y no quiso su modestia que saliesen despues del Sol las madrugadas, aunque se descubrian para el desengaño tan sazoados frutos en tan tempranas flores. Cortò la Parca su inmortal vida, lastimando el golpe nuestra Familia, y nuestra Patria, con que cessando aquel inconveniente de la primera impresion, en esta segunda he querido que se buelvan al Mar los arroyos, y ganen por suyos, lo que hasta aqui perdieron por mios.

Dichosa fortuna ha sido de mi deseo hallar en esta ocasion este corto agasajo para el  
agra-

agrado de V. m. por hijo de vna Patria, por la estrecha amistad que nos vne, y por los muchos beneficios de su hidalgo pecho à que me reconozco deudor; aunque no es de admirar que yo confiesse fauores, quando los confiesse toda nuestra Patria. En la aprobacion de la Primera Parte de *David Perseguido*, dixo el Ilustrissimo Cardenas, que debia à la pluma de su Autor su conocimiento en España nuestro Hellin; sin lisonja puedo dezir yo, que debe à V. m. por su espada en dos Españas el mismo credito. Luego no serà admiracion que yo confiesse deudas à su nobleza, sino puedo negarlas la Patria?

Pero què mucho que en V. m. reconozca estos creditos, si en sus claros ascendientes los recibìò muchos siglos antes? O lo que me anima, y alienta à esta aclamacion el fertil, coposo, y nobilissimo Arbol de su calificada, y acreditada descendencia! Pues tanto se ha estendido, que echando sus fecundas, y robustas raizes en la belicosa Prouincia de *Alava*, ha dilatado sus verdes, y triunfantes Ramas, con tan opimos, y crecidos frutos, que en las guerras

ha dado en seruicio de su Rêy tantos siglos. Y quando no me alargue mas que à su quarto Abuelo de V.m. D. Gonçalo de Gamarra, què valor noble no manifestò, dexando las conveniencias de su casa, y su quietud, por acompañar, y seruir al Rey D. Fernando de Aragon, y à la Reyna Doña Isabel en las guerras de Granada, siendo de los primeros para el trabajo en la guerra, y el vltimo para el descanso en la paz? Despues de esta quietud en el casamiento que hizo en Cordova con Doña Catalina de los Rios, de las familias mas nobles de aquella Ciudad, què descendientes no dexò imitadores suyos? Sea vno por muchos Don Iuan de Gamarra Valcarcel, nieto suyo, y segundo Abuelo de V.m. hijo de Don Francisco Gamarra, y de Doña Vrraca Fernandez de Valcarcel; pues no contento con servir à su Rey, como su Abuelo en España, se empeñò en la jornada mas dilatada, y peligrosa, hallandose en el descubrimiento del Perú, en las Indias. Despues, bolviendo à España, y casando en Hellin con Doña Maria de Moncalvo y Valcarcel, juntò à las Pancas de su Escudo las sangrien-

grientas Estacas de familia tan noble. Deste lazo nació Don Iuan de Gamarra, Abuelo de V.m. que casando con Doña Maria Tomàs y Rodenas, tuvo tres hijos, su padre de V.m. y su tio Don Rodrigo, que murió Corregidor de Moron, y la señora Doña Geronima, que murió con tanta fama de santidad, Abadesa del Religiosísimo Convento de Santa Clara. Deste Tronco nació V. m. en el casamiento que hizo con hija de D. Diego Fernandez del Castillo, Alcayde del Castillo de Lumilla, por cuya descendencia toca à V.m. el mismo titulo, sin contradicion, desde los tiempos del señor Infante Don Fadrique.

Mas cercana gloria participa V.m. del señor Don Estevan de Gamarra su tio, cuyas proezas he dexado para corona de tan illustre familia, pues fue quien diò al Escudo la Corona en vez de la celada. Muriò su padre de este Cauallero, siendo General de la Caualleria de Milàn, y Castellano de Cremona. Ocupò el señor Don Estevan todos los puestos de la Milicia, desde Capitan de Cauillos, Maestro de Campo, Sargento General de Batalla, y Ge-

neral de la Artilleria, y Caualleria en Flandes; descubriendo en los mas apretados riesgos el ardiente valor de sus passados. Despues, conociendo Su Magestad la igualdad de prendas en la prudencia, y valentia, le embiò por Embaxador de Olanda, haziendole Castellano perpetuo de Gante, y Oidor en el Consejo Supremo de Guerra, en cuya altura acabò la muerte vna vida, que durarà eternidades, mas inmortal que el Fenix.

No admiro, siendo tan antiguas las proezas en su Casa de V. m. y tenièdo tan vezino el valor prudente de Hereo tan famoso, aun en voz de la embidia, logre el mismo espiritu, y ardimiento en el ser vicio de Su Magestad, ocupando el puesto de Capitan de Mar, y Tierra tantos años, y Capitan de Corazas Españolas en Flandes: quien duda que ha dado nuevos lustres à su grandeza, escritos con sangre de los enemigos? Governando despues la Provincia de Cotabambas, en Indias, y fofsegando otras muchas Provincias alborotadas, à instancia de los señores Virreyes, què glorias de prudencia no se adquiriò su valiente capacidad en tan pocos años?

Quic

Quiero cortar el buelo à la pluma, aunque  
 no à los deseos, porque su modestia de V. m.  
 no traslade al rostro el color de la Cruz que le  
 adorna el pecho, y porque engrandecer al  
 amigo, y de vna Tierra, parece que la amistad  
 lo prohibe, y la emulacion que suele auer en  
 algunos de la Patria lo estorua, como dixo el  
 Theologo Nacienceno. Pero tambien disculpa  
 el alabar verdades que no son lisonjas, pues  
 auiendo propuesto esta dificultad que le opri-  
 mia en el Panegyrico funebre de su hermana  
 Gorgonia, resolviò, que callar verdaderas  
 glorias, aunque fuesse en causa propia, seria  
 delito; y diò por razon, que vendria à ser mas  
 infeliz la virtud de los propios, que la de los  
 estraños; pues aquellos padecian el silencio  
 por propios, y estos grangeauan la aclamaciõ  
 por Eltrangeros. Corta serà siempre la mia à  
 los meritos de V. m. aunque fuera mas dilata-  
 da; pero mas quiero culpas de cortedad con  
 V. m. que delitos de lisonjero con la embidia.

Reciba, pues, V. m. con agrado este corto  
 ofrecimiento de mi cariño, que por fruto de  
 nuestra Tierra, es imposible que dexede de agra-  
 dar-

*Notos cãmendare  
 amicitia  
 prohibet,  
 & odium  
 quod reg-  
 nat in  
 multis.  
 Orat. 9:  
 in fan. b. 7.  
 Gorgon.  
 Sed inte-  
 rim, nec  
 dem. sti-  
 cum, &  
 quod ho-  
 nore dig-  
 nũ est af-  
 ficietur  
 iniuria.  
 ne lucrũ  
 sit quod  
 est alie-  
 num, il-  
 lud vero  
 in damnũ  
 cedat pro-  
 prium, ib.*

*Vlises cu  
pidus, vel  
summum  
exentem  
patrie  
sue, sic  
mori op-  
tat. Ho-  
mer. Ody.  
1.*

darle; pues como advirtió Homero, el humo de su Patria, con ser insufrible, le llevaba à Vli- ses el afecto. A otra ocasion reservan traba- jos mios de otra esfera el abrigo de su som- bra. En tanto Nuestro Señor guarde à V. m. largos, y felizes años, con los aumentos que sus muchas prendas en tan poca edad tienen merecidos.

Su mas afecto seruidor, y amigo

*Don Gaspar Lozano.*

*APRO-*

*APROBACION DE DON PEDRO CALDERON  
de la Barca, Cavallero del Abito de Santiago, y Capellan de su  
Magestad en la Real Capilla de los Reyes Nuevos de la  
Ciudad de Toledo.*

**D**E orden, y comission del señor Don Alonso de las Ribas, Vicario de Madrid, y su Partido, por el Eminentissimo señor Don Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal Arçobispo de Toledo, he visto el Libro intitulado, *Los Monjes de Guadalupe, Soledades de la Vida, y Defengaños del Mundo*, compuesto por el Licenciado Don Gaspar Lozano, Collegial Theologo, y Rector del Colegio de Nuestra Señora de la Anunciata de la Ciudad de Murcia, y natural de Hellin. Y auiendo puesto en su leccion la atencion, y cuidado que debo à la confianza que de mi cortedad se promete quien della fia su aprobacion, y censura; no solo he hallado en el proposicion alguna que dissiene à la pureza de nuestra Catolica Fè, y politicas costumbres, pero singular doctrina, y enseñanza, con que tal vez mañoso el ingenio al viso de lo deleytable, sabe introducir lo util; que es tal nuestra malicia, que aun la virtud ha menester valerse contra ella de adornos que la dissimulen, para que à sombra de licito divertimento, se halle alumbrada de la preciosa luz del defengaño. Este es el fin del argumento deste Libro, y tan bien explicado en su contexto, tan bien executado en su designio, y tan bien conseguido en su desvelo, que à mi costo juicio, merece su Autor, sobre las gracias de auerle escrito, la licencia que pide de imprimirle. Este es mi parecer, salvo, &c. En Madrid 12. de Julio de 1658.

*Don Pedro Calderon  
de la Barca.*

*Licencia del Ordinario.*

**N**OSE El Licenciado Don Alonso de las Ribas y Valdès, Visitador Eclesiástico, y Vicario desta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, ò imprima el Libro intitulado, *Los Monges de Guadalupe, Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo*, compuesto por el Licenciado Don Gaspar Lozano, Colegial Theologo, natural de Hellin; atento, que por la censura antecedente consta no auer en èl cosa contra nuestra Santa Madre Iglesia, y buenas costumbres. Dada en Madrid à 15. del mes de Julio de 1658. años.

*D. Alonso de las Ribas:*

Por su mandado

*Diego Garcia de Alvarado;*  
Notario publico.

**CEN**

**CENSURA DEL MAESTRO Fr. BENITO DE RIBAS,**  
*Monge de San Benito, Predicador de Su Magestad,*  
*y Calificador del Santo Oficio.*

M. P. S.

**E**S gran dicha, que quando la ociosidad busca tareas que la fomenten, halle ocupaciones que la doctrinen. El asunto deste Libro parece que lo consigue, Novelas, ò ficciones Morales, las Nouelas son saynete en los mas desengañados para su lectura; y los desengaños que en ellas se introducen, rodeo para que sin cuidado platiquen el documento de Seneca tan importante, *Vaca bonæ menti.*

*Epist. 34.*

Realça, y aviuva mas el saynete el auer reducido estas ficciones à casos manuales, que pudieron suceder en nuestras Tierras, y entre nuestras gentes. Pues no es dudable que los exemplos domesticos, y propios, mueuen mas que los estraños, y estrañeros. Dulçura tiene la miel silvestre, pero con la domestica no puede, ni debe compararse. La primera se gastò en los siglos del Bautista: *Erat Ioannes vestitus pillis camelli, & mel silvestre edebat.* La segunda en la ley de gracia, podrá mas en el saynete la dulçura por ser casera.

*Marc. ev.*

*I.*

El Licenciado Don Gaspar Lozano, Autor deste ingenioso estudio, tan parecido en la abundancia, cordura, y metodo à su tio Don Christoual Lozano, Autor de tantos, y tan bien recibidos Libros, que leyendo estos asseos de su florido ingenio, me estaua picando el dicho de Raquel, quando sin auerle conocido, oyò à Tobias el moço: *Quam similis est iuuenis iste consobrinio meo.* Y pareciendose tanto, imitarle, y copiarle en lo Moral, y Catolico, era muy cierto. Así lo he hallado, y afirmandolo, queda pronunciada la censura que me manda dar V. A. Por ella, y el vtil que la lectura promete, siruiendose de ello V. A. se le podrá dar la licencia que pide. En este Conuento Parroquial de San Martin de Madrid, à 11. de Abril de 1662.

*Tob. cap.*

*I.*

*Fr. Benito de Ribas.*

*Suma del Privilegio.*

**D**ON Gaspar Lozano Montefino, Colegioal Teologo, y Rector del Colegio de Nuestra Señora de la Anunciata de la Ciudad de Murcia, tiene privilegio por diez años para poder imprimir, y vender este Libro intitulado, *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo*, como mas largamente consta de su original, que se despachò en el Oficio del Secretario Don Antonio Zupide y Aponte, por Setiembre de 1688. años.

---

*T A S S A.*

**E**ste Libro intitulado, *Soledades de la Vida, y Desengaños del Mundo*, està tassado cada pliego à quatro maravedis, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Miguel Fernandez de Noriega. Su fecha en 19. de Diziembre de 1662. años.

PRO-

# PROLOGO.



**VELEN** Muchas obras hazerfe grande lugar en la estimacion comun, ignorado su Autor, pierden lo que lucen, quando con el tiempo se conocen. Esta mudança en el tablero de la fortuna, es hija de la embidia, pues solo el rencor al arbol desdora las sazones del fruto. De la misma suerte algunos escritos desmere-

cen el aplauso, ignorado su Autor, y se hazen estimar quando se ha conocido. Estas Soledades, flores que en la Primavera de los años aseguran frutos para el Otoño de la vida, fueron entretenimientos del Doctor Don Christoval Lozano-mi-  
tio, los quales permitio à los ratos del ocio, siendo desahogos del afan de sus primeros estudios. En mas madura edad dio à conocer sus letras, y su espiritu, en diferentes obras, voz desta clausula, porque la mia con la ponderacion no se culpe. El empeño de su estudio en materias de mas peso, le obligò à publicar estas Soledades en nombre mio; corrieron como fuyas, aunque sin su nombre, sin merecer el mal trato que ponderè arriba. Oy salen en esta segunda impresion, como primero raudal de aquella mina; tu, amigo Lector, veràs en ellas, que en lo profundo de la moralidad, y en la suavidad de llevar el animo de quien las leyere, se parecen al estilo caudaloso de su Daud Perseguido. Divierte en estas Soledades el gusto, hasta que en la Tercera Parte del Grande Hijo de Daud, Christo Señor Nuestro, que dexò casi escrita, te asegures con breuedad el prouecho. VALE.

*Doctor Don Gaspar Lozano  
Montesino.*

# INDICE DE LAS SOLE- dades, y Nouelas conte- nidas en este Libro.

Soledad primera,	Pag.12
Soledad segunda,	Pag.36.
Soledad tercera,	Pag.51.
Soledad quarta,	Pag.89.
El mas mal pagado amor, y muger menos constante,	Pag.152.
Todo es trazas,	Pag.180.
Buscar su propia desdicha,	Pag.203.
Passar mal por querer bien,	Pag.228.
El muerto zeloso,	Pag.252.
<u>Persecuciones de Lucinda, y tragicos successos</u> <u>de Don Carlos,</u>	<u>Pag.273.</u>



# SOLEDADES DE LA VIDA, Y DE ENGAÑOS DEL MUNDO.

## SOLEDAZ PRIMERA.

**U**NA Tarde, que con los soplos del Zefiro apacible se oltentaua deleytosa, y con las frescuras de los valles se mostraua amena; quando ya el dia, haziendo parafismos, iba apagando sus luzes, y tremulos del Sol los rayos, se ivá quedando sin fuerza; quando ya las aues, acabando, ò las tareas de su armonia, ò de su canto los gorgéos, entre fresnos cepados, y apiñados pinos, iba cada qual à visitar en su cama à la consorte, ò en su nido à los polluelos, dexando ya sin compañía los derretidos arroyos, murmuradores cristales, que sin hazer agrauio, son galanes de la toledad, y como tales, de noche la rondan, y de dia la passean. A esta hora, pues, salió el Ermitaño Enrico de entre el pauellon de la espesura, donde cõ lagrimas, y silicios passaua penitente, con designios de dar buelta à vna alqueria, casas pagizas de humildes labradores; à visitar à vn pedazo de su alma, à Leonora, hija suya, beldad hermosa de los riscos, q̃ con otras de su edad, tras de vnas

manchadas cabras, y de vnas blancas ouejas, andaua vagueando aquel aprisco. Solo caminaua, aunque diuertido siempre con el repasso de antiguas memorias, que refrescadas en la idea, maquinan mil pensamientos, congoxas que suelen ser en vna alma repetidas: y apenas en la mitad del camino quiso poner alguna tregua al cansancio, quando las rócicas voces de vn cabrero le dexaron cuidadoso, y por salir de pena, trepò vna loma arriba, y atalayando desde su excelsa cumbre, lo que se encubrió à la vista, se manifestó al oido, escuchando que las voces eran dezir: Ataja, ataja por aquesse motezuelo, y creyendo lo que podia ser, quiso con entrañas pias ayudar à la necesidad, mas ya llegó tarde, porque al descender del monte, encontró con dos zagales, que traian auido vn tierno ribal, que por ser competidor del marido de vnas cabras, y ver que en vna lucha aquella tarde auia quedado vencido, huyendo zeloso por los otros, quiso manifestar los humos de su corage. Y

## Soledades de la Vida,

vilto por el que voccaua, trocando  
en placer los cuidados que tenia,  
cogió con los compañeros la ma-  
nada, y yendo en seguimiento de  
sus huellas, sacó del zurrón vn pas-  
toril instrumento, á cuyo compás  
dixo bien sentidas estas razones.

Montañas de Guadalupe,  
cuyos neuados peñascos  
Polos de cristal parecen  
del pavimento estrellado.

Arboles, que há tres Abriles  
que os he mirado gallardos  
facudir de vuestras hojas  
las inclemencias de Março:

Arroyos, cuyas corrientes  
aumentan mis ojos tanto,  
que por los cristales vuestros,  
se ven fuentes que derramo.

Pastores, que entre estas breñas  
passais los floridos años,  
hechos terreros del tiempo,  
ya ateridos, ya abraçados.

Escuchad todos, oidme,  
que quiero agora cantando  
deziros, si no mis males,  
sentimientos de vn agrauio:

Ya sabeis que yo amè à Filis,  
ya sabeis que ella me ha amado,  
que aunque ha sido amor secreto,  
no le encubre vn amor tanto.

En la sombra de sus luzes  
hize de mi tiro el blanco,  
porque vnos ojos son siempre  
imanes idolatrados.

Bien pintara su hermosura,  
pero es mi pincel bastardo,  
y fuera hazer vn borron  
de vn Angelical retrato.

A esta beldad, pues, á vista  
la vi vna siesta en el campo,  
alojando entre vnas sombras  
las cabras de su rebaño.

Escondime entre vnas peñas,  
de donde estuve azechando  
lo que no podrè deziros,  
lo que no sabrè explicaros:

A la margen de vn arroyo,  
que del rico desatado  
iva ciñendo los fresnos  
con cristalinos abraços.

( Aguas, que en qualquiera peña  
tropiezan vidrios quebrados,  
y en desarrollando espumas,  
se tienden espejos claros.)

A la margen, pues, se sienta  
en las faldas de vn castaño,  
que con herizadas flores,  
la hizo pauellón sus ramos:

Y como iba caurosa,  
al descuido, y con cuidado,  
dió à los cristales del agua  
los cristales de sus manos.

Viendo despues con la furia  
que Apolo vibra rayos,  
se durmió, por no abraçar  
con tres Soles su ganado.

Y apenas la vi dormida,  
quando por el monte abaxo  
legò vn javali cerdoso,  
con vna flecha passado.

A cuyos tremendos búfos,  
las cabras se abortaron,  
y perdonando las sombras,  
treparon por los peñascos.

Despertó Filis al ruido,  
quando el colmillado brauo  
enturbiaua el cristal puro  
con sangrientos espumaços.

Visteis acaso la flor,  
cuando en su embrion estando,  
no quiere salir à luz,  
sino en visperas de Mayo?

Y engañada alguna vez  
de vn dia que hizo templado,  
las cifras del voton  
và poco à poco rasgando?

Y si saldre, ò no saldre,  
haze assomos, hasta tanto  
que atropellando los miedos,  
abre rosa en medio el campo?

Y como la engañò el dia,  
mirando el monte neuado,  
que enfrente della, parece  
que ya la està amenazando:

Tan desquaternada queda,  
que entre candidos desmayos,  
las vasquiñas recogiendo,  
que el voton la và asseando:

Se retrotrae en si misma,  
tan elada del espanto,  
que ya que no muere flor,  
padece algunos amagos?

Pues de aquesta suerte Filis,  
que del sueño regalado,  
à la vista de sus Soles,  
que despiertos se mostraron:

Recordò flor tan hermosa,  
que en sus mexillas, y labios,  
rosas se vieron deshechas,  
clauel desperdiciados.

Como viò ya junto à si,  
que el jauali ensangrentado  
iva à vengar en su pecho  
el corage de su agrauio.

Se quedò tan sin aliento,  
à vista del sobresalto,  
tan jazmin lo que fue rosa,  
lo que fue clauel tan blanco,

Que por mucho que el valor  
hizo por disimularlo,  
se cayò pasmada nieue  
en los braços de vn desmayo.

Yo entonces, viendo ocasion  
descada de mi tanto,  
para poder con seruicios  
fauores merecer altos:

Con el jauali embesti,  
haziendo que entre mis braços  
tragàra, sin ser bebida,  
toda la muerte en dos tragos;

Boluime despues à Filis,  
que ya el aliento cobrado,  
me dixo: Mucho te debo,  
mas yo te pagarè, Fabio.

Quitòse vna gargancilla  
de corales ensartados,  
lazo que en su hermoso cuello  
ponia à mil vidas lazo.

Y dandomela por premio,  
se ausentò de mi, dexando  
esperanças à mi amor,  
para lograr mis cuidados.

Engaño fue manifesto,  
pues ya me ha olvidado tanto,  
que solo miro en sus luzes  
luzes de mi desengaño.

Ningun agrauio la he hecho;  
sino es el auerla amado,  
que vna muger, quando quiere,  
de vn amor forma vn agrauio.

Mirad si tengo razòn  
de sentir lo que repasso;  
y si la vicièis, dezidla  
que por ella muere Fabio:

Con mucho gusto fue escuchado  
Enrico las quejas enamoradas  
del cabrero amante; y como aquel  
que conocia bien las pasiones de l

amor mundano, no dexaua de sentir las, como pesaroso de que aquel pastor se hallasse en tal estado. Poco à poco se llegó à él, y saludandole con mucho cariño, en buena conversacion llegaron juntos à la majada, dõde ya recogidos los demás pastores, cuidadosos esperauan su venida; y assi en el recibimiento que le hizieron, conociò Enrico q̄ era el Mayoral, y Rabadan de todos. Quiso passar adelante en su camino, mas Fabio, q̄ venia muy pagado de sus palabras, y muy afecto à su presencia venerable, le pidió con muchas caricias, que les honrasse aquella noche el pobre alvergue. Esforçaron el combite los demás pastores, pues en contorno del todos, no le dexauan dar passo. Lo qual visto por Enrico, huvo de aceptar el combite que le hazian; con q̄ todos quedaron contentos, y agradecidos. Cerrò la noche à este punto, substituyendo en Estrellas las claras luzes del dia; y en tanto que los pastores diligentes, vnos acomodauan los rebaños, y otros preueniã la cena, tomò Enrico por la mano al enamorado Fabio, y puestos en parte donde nadie podia oirlos, començò à darle esta liciõ en sus amores.

Dias ha, pastor amigo, que te conozco vaguean do estos oteros con tus ganados, y tambien tengo por imposible q̄ dexes de auerme visto muchas vezes, por auer tiempo tanto que habito estas soledades. Nunca, aunque te he visto, te he hablado, y ya que aora tuve rá bue-

na dicha, quisiera que creyèdo mis palabras, salieras de la ocasion de empeños amorosos. Tu historia vine escuchando, quando en lastimados metros la publicauas à los montes, y à las peñas; y entendida tu passion, te tuve lastima, por verte en tu edad florida sugeto à vn ciego rapaz, que priuandote de tus sentidos, harà que dexes la alma en despeñaderos amorosos: todo quanto puede ofrecerte vna hermosura es vn engaño; todo quanto pretendieres alcançar, serà vna mentira; todo quanto possayeres, serà vn abismo de culpas. Esse amor que te incita es tu mayor enemigo, esse premio que has alcançado, es cebo para que caigas, y esse olvidar se de ti, quando mas fauorecido, es el mayor desengaño: desengañate, pues; y quita de los ojos de tu entendimiento las vendas con que la passion te ciega; y pues Dios te dió libre aluedrio, no te dexes cautiuar de vn amor loco. Pues aora tienes vida, para que buscas tu muerte? Y ya que ciego la busques, es posible que esta memoria de la muerte no te harà que mires por tu vida? Vn amor lasciuo es vn mortal veneno, vn veneno del amor, quanto mas dulce à la vista, mas presto mata. Ay, y quien te pudiera representar los que mas gajes alcançaron deste amor, muertos en su culpa por tarde arrepentidos! Ay, y quan bien te hallàras, si los desengaños que te digo, fixos en tu memoria se apoderàran de tu entendimiento! Mi-

En qué te hablo de experiencia, y como experimentado, no dudo de lo que emprendes, conociendo el defaistrado fin q̄ tendrán tus amorosos cuidados. Y quando lleuado de tu apetito, y bueltas las espaldas à la razon, quisieras desenfrenado proseguir la carrera de tus deleytes, y gustos, no te atemoriza lo inculto destas sierras, que prouocan mas à penitencia, que à mundanos passatiempos? No te dà terror que quieras sembrar los amores de la Arcadia en montes de Guadalupe? No te confunde, que à vista de penitentes exemplares, que aqui llorã los proçessos de sus culpas, quieras sustentarle enamorado? Si aqui solo se oyen sollozos de arrepentimiento, como te atreues à cantar canciones amorosas? Si aqui solo se escuchan gemidos de pecados, que consonancia tendrã tus lastimados amores? No hagas, no, terrero de amantes la soledad de penitentes: trueca el estilo, si quieres gozar destes recreos: muda de asunto, si quieres habitar estas malezas, que quando menos pientes, hallaràs arrepentido tu propio desengaño.

Aunque quisiera Fabio responder à la exortacion deuota que Enrico le hazia, el tiempo no diò lugar, por vn alboroto repentino q̄ oyeron en la cabaña, donde las cabras alborotadas, vnas hechas gavillas, buscauã socorro, otras rompiendo los rediles, procurauan escarparse; causa de que los pastores

en voces repetidas acompañaran los ladridos de los mastines, que estauan vigilantes. Acudieron confusos à ver la nouedad, temiendo, no el assalto que el lobo podia auer hecho, sino alguna desgracia de otro mayor fracaso; y informados de vn zagal, que fue quien entendiò mejor la verdad del suceso, supieron que por alli junto auian passado dos hombres à cauallo, con tal velocidad, y prisa, que apenas pudieron ser vistos, à cuyo tropel los perros escarapelados, y las cabras temerosas, auian originado aquel ruido. Diuidieronse en varios juizios, sacãdo por congeturas lo que à cada vno dictaua su sospecha, hasta que reducidos al mejor acuerdo, hizieron inquisicion por todo el vezino monte, mirando con diligencia, no fuesse alguna emboscada de hombres facinerosos, y foragidos, que tal vez passando à Sierra Morena, asilo de sus mayores robos, suelen ir talando quanto hallan, ya quitãdo la vida al pobre caminante, y ya hurtando las reses al descuidado pastor. Hechas estas prevenciones, y visto que todo el circuito de aquellos valles, y sierras estaua libre, y seguro de lo que con justa causa se temian, boluierõ algo fatigados del cãfancio al apacible alvergue, donde ya la cena aderezada estaua brindando à los hambrientos estomagos.

Ricos manteles los texiò la naturaleza artificiosa, pues desnudãdo las flores sus rozagantes vesti-

dos, recostadas las vnas en las faldas de las otras, al pie de vn verde aliso, que era el custodio que los defendia de las inclemencias del tiempo, formauan vn recamado tapete, harto rica mesa para cena tan humilde, y harto aliño, y asseo para vn campo. Asientos les preuino tambien la verde alfombra, dexando el mejor lugar para Enrico, que siempre al lado de Fabio se mostraua agradecido, y contento. Sobre esta mesa, pues, se siruieron los manjares, no dulces, ni delicados, como se preuienen en politicos combites, si empero sazonzados, y sabrosos. Vn trozo de cecina sacaron por principio, tan tierna, y mantecosa, que podia ser embidiada del gusto menos goloso. Templaron el picante de sal, no con el licor que Baco exprime de sus opimos, y regalados racimos, sino con agua dulce, y fria, que cogieron en vn bernegal de vna melindrosa fuente cilla, que por venir muy azotada de vn risco, se iba como llorando entre las flores. El plato segundo fue vn tarro de leche, tan gruesa, que à no ser tan suaua al paladar, pareciera ya cuajada con artificio. Despues que se vieron satisfechos de los pastoriles manjares, se leuataron de la florida mesa, y cuidadoso Fabio, y sus zagales, entraron en la choza, breue arquitectura de caducos troncos, coronados de palida retama, y con vnos corchos que tenian, aderezaron vna ca-

ma, para que durmiera Enrico; el qual, aunque cortès queria impedir tan seruiciales cuidados, huvo de ser obediente, por no dar muestras de poco agradecido.

Recogidos cada pastor à su rancho, començaron à pagar parias al sueño; si bien, hizieron poco asiento en Fabio, y Enrico, que batallando con mil imaginaciones, no hallauan reposo, el vno combatido del amor que le aquexaua, y de la conciencia que le remordia; el otro pesaroso por no auer llegado aquella noche à la Alqueria donde su hija le aguardaua. Cada qual se tragaua los suspiros de su pena, por no dar lugar à que el otro despertasse, hasta que ya cansados de la lucha, quedaron tambien dormidos. Mas apenas por espacio breue quedò Enrico transportado, quando vna soñada voz boluiò à dexarle despierto. Recordò temeroso, y sentandose sobre el duro lecho, alargò el oido à todas partes, hasta que aduirtiendole, que solamente sonaua el bullicioso rumor que el viento hazia en las secas hojas que repelaua de los arboles, boluiò à reclinar la cabeça, trabajando por dormirse. No le diò lugar otra congoxa que se le representò en la idea, sospechando, viendo tan dormidos à todos los pastores, no huviessse alguna desgracia en sus ganados; y assi, por pagarles el buen hospedage, determinò de estar lo restante de la noche en

centinela. Dexando, pues, la cama, tomó la puerta del alvergue con lentos passos, porque no se inquietàran los dormidos; y viendo que todo estaua en silencio, pues hasta el can mas vigilante dormia reposado, se fue subiendo vn monte zuelo arriba, cuyo empinado obelisco era la atalaya de todos aquellos campos. No pudo Enrico salirse tan secreto, que dexasse de ser sentido de Fabio, el qual, assi como le sintiò, fue lo mas callado que pudo siguiendo sus passos, por inquirir curioso la determinacion del Ermitaño penitente: Enrico desde la cumbre del collado començò à escuchar por todas partes, porque la inquietud de aquella voz que oyò entre sueños, parece que le lleuaua de la melena à saber la causa.

Seria ya mas de la media noche, tan obscura, y triste, que con capuzes de nubes tenebrosas enlutaui lo poco que alumbraua sus estrellas, quando el eco de vn lastimado suspiro, que herido por las entrañas de los montes, llegaua ya sin alientos, le dexò tan atemorizado, y cuidadoso, que se quedò en extasis por vn grande espacio. Boluiò à escuchar mas atento, y oyendo otro gemido, quiso penetrar la causa de efectos tan lastimosos, y assi, atendiendo primero à la parte por dõde se escuchauan, descendió con mucha prisa del collado, y rompiendo por la espesura de impenetrables jarales, atraues-

sò en breue rato la falda de vna sierra, y bolviendo à hazer alto sobre los ombros de vn risco, apercibiò el oido, temiendo no huiesse torcido el camino que lleuaua. Y desde aqui escuchò mas formados los sollozos, pues en lo tierno de los ayes (bostezos de vn corazón en lagrimas deshecho) conociò que era muger la que gemia. Acercòse otro gran trecho, y certificado mas en que eran los lamentos mugeriles, fue tan inmensa la pena que recibì Enrico, sospechando que era su doncellita Leonor, que à causa de no auerla cumplido la palabra dada de ir à verla, auia salido à buscarle, y quedado se perdida, que con todo el resto del valor no pudo sustentarse; y assi, casi desmayado cayò en tierra. El cabrero, que venia siguiendo sus pisadas, apenas le viò de aquel modo, quando acercandosele junto, començò à llamarle, à cuyas voces, buuelto Enrico en su acuerdo, si bien de nuevo espantado de que Fabio huiesse ido en seguimiento suyo, le echò al cuello los braços, y sin descubrirle sus sospechas, le dixo que compasivo de aquellas quejas tristes, y suspiros lastimosos, auia dexado el lecho por investigar la causa: y como ya en lo afeeminado del quexido conocia que era muger la que lloraua, le auia causado tanta compasion, embuelta en mil temores, que la sangre elandose en las venas, le

emboquidò el coraçon en vn desmayo. No con menor confusion (respondiò Fabio) me trae este suceso, antes las sospechas que me cercan son tan grandes, que temo perder la vida, si las hallo verdaderas, pues juzgo que esta muger que llora, es alguna de tres, ò quatro zagalas, que suelen tràs vn poco de ganado vaguear estos apriscos; y aunque la mayor de todas es aquella de quien me escuchaste enamorado, sentirè en mi alma, que à qualquiera dellas le aya sucedido algun fracaso, pues por su honestidad, hermosura, y discrecion merecen ser respetadas por Diosas deste Oriente.

Mas se aumentò el dolor de Enrico con los rezelos de Fabio, pero considerando que en la dilacion crecian las inquietudes, y que con la tardança se aumentaua la sospecha, le dixo que se acercassen à saber de vna vez quien era la que lloraua, y la causa que la mouia. Passaron adelante, y cruzando vna mal formada senda, que por entre aquellos breñales guiaua à Guadalupe, llegaron à vn montezuelo tan affombrado, y temeroso, que parecia amago de vna traicion; y viendo que desde alli percebian las razones muy distintas, y que en leuantada voz se oian formar vn nueuo llanto se detuvieron à oirlo, y arriados à vnos troncos, escucharon à vna Dama, que anegando-

se en dos caudalosos rios de sus ojos, formaua por compases de suspiros estas quejas tan lastimosas, quanto bien sentidas.

Peñas, montes, valles, riscos; arboles, y plantas, que ha dos horas que acompañando mi lloro en la forma que podeis, me estais escuchando, si acaso en vuestras duras entrañas ay ternura, y si acaso juzgais por rigor mucho lo que quieren los Cielos que padezca, sabed que andareis muy engañados, porque no merecen mis delitos menores castigos. Aunque me mirais en estos montes sola, donde ya solo aguardo el encuentro de vna fiera, no tengais compasion, mostraos crueles, supuesto que es justicia que quien se arroja sola à los peligros, olvidandose de Dios, muera sola adonde aun no aya testigos que sientan su muerte. Aunque me mirais tan lastimada, que ya el coraçon hecho pedazos se sale por los ojos, y el alma boqueando palpita entre los dientes, no os prouoque à lastima, muéuaos à rigor, pues es bien que muger que apartò el alma, y el coraçon de vn celestial Eiposo, muera desquaternada en el potro de su mismo sentimiento. Aunque me mirais tan falida de socorro humano, que es imposible hallar otro remedio que el diuino, no tengais piedad, mostrad dureza, que es mucha razón que quien dexando el camino del Cielo, torciò por los atajos del Mundo,

do, ni en el Cielo halle clemencia, ni en el suelo halle fauor. Aunque me mirais mortal con este espectáculo sangriento, que yaze entre mis braços frio cadauer; cuerpo que fue tan gentil, sin facciones, y figura; rostro que fue tan hermoso, los ojos muertos, que fueron niñas de los míos; sin alma quien fue el deposito de mi triste corazón; aunque sepais, aunque tégais dolor, no lo mostréis; pues dignas de dolores tan crecidos, y de angustias tan mortales muger q̄ por vengar su enojo, ha sido causa que muera este malogrado. Yo soy, montes, si no lo sabeis, la causadora desta muerte: yo soy, montes, si lo ignorais, la que ha quitado esta vida. Mirad, pues, aora si os prouoca à compasión mi sentimiento. Ea riscos, que hazeis, que no os caeis sobre mí? Ea peñas, como no os desencaxais, y me abris tumba en vuestras duras entrañas? Ea, arboles, como el ayre de mis suspiros no os arráca, y el fuego de mis ojos como no os enciende, para que siruais de pira que cōsuma este mi cuerpo en polvos, y cenizas? Ea fieras, si acaso al eco de mis roncadas voces auéis despertado algunas, dexad, dexad el alvergue, y executad en mi pecho los humos de vuestra fiereza. Ay vida, y como canas en vn pecho lastimado! Ay muerte, y que perezosa vienes à quien te desfa! Ay Partas, y que piedad tan impia es la que

conmigo vsais en dilatarme el torméto! Mas ay Cielos, que desesperacion es esta? Ay Dios, que es lo que hablo? Ay Iesvs, que es lo que digo? He de dexar perder mi alma à vista deste exemplo? No me será mejor corregir mi vida con estas memorias? No valdrá mas morir penitente, que no acabar desesperada? Claro está, claro está. Pues por que no pido misericordia? Por que no procuro el remedio? Pero quien me ha de oír, si à Dios tengo ofendido? Quien me ha de perdonar, si está Dios enojado? No sé adonde me vaya, no sé à quien me acuda: mas en las tribulaciones quié mas clemente que el Cielo? En los trabajos quié mas piadoso que Dios? Ea, pues, Redentor mio, à vos me buelvo, con vos quiero confessarme, en vuestros estrados quiero que me deis sentencia: vna afligida muger es la que os está llamando, vna pecadora es la que os vocea; mis pecados, que la conciencia me acusa, ellos os confieso; mis ofensas, que os están patentes, son las que lloro; culpas son tan graues, que merecen fuego eterno, delitos son que piden mil castigos. Mas ha de faltar misericordia en vuestro pecho, Señor? Si ya arrepentida os digo que he pecado, no me escuchareis? Si ya deshecha en lagrimas os pido clemencia, no avrá perdon? Si Dios mio, perdonadme, perdonadme, que en la enmienda que protesto

vereis mi coraçon , en la nueva vida conocereis mis deseos. Ya que he sido virgen loca, pues olvidada de mis obligaciones, me quedè dormida à vuestros mandamientos, y a que dexè à las prudentes, y al ayre de mis placeres mundanos apaguè la lampara encendida de mi conciencia: ya que à la media noche llego, Señor, à vuestros vmbrales, y con aldauadas de mi dolor inmenso, golpeo vuestras puertas: no me deis con ellas en los ojos, que os llamo arrepentida: no me digais que no me conoceis, pues vengo à confesarme pecadora. A vn coraçon arrepentido siempre le alvergais, que sois Padre de familias: à vn alma penitente siempre la ois, que sois el Abogado de todos los pecadores. Ea, pues, Señor, contrita llego, alvergadme; mil pecados traigo, oidme; de ellos me pesa, abolvedme; la enmienda os prometo, perdonadme. Mirad que ya de cansada me faltan los alientos, mirad que ya de llorar se agota el coraçon, mirad que el mucho dolor me arranca el alma.

Con vn profundo suspiro puso la affligida Dama fin al lastimoso llanto; y atonitos, y confusos Enrico, y Fabio de lo que estauan oyendo, sin detenerse vn instante, salieron de donde estauan encubiertos, y llegaron à vista del prodigioso fracaso. Vieron al pie de vn caduco roble recos-

tada vna Dama ya sin vida, cuya beldad, aunque difunta, podia ser embidia de muchas bellezas. Estaua vestida de monte, con vn vaquero de damasco verde, guarnecido de ricos alamares; tenia vna montera, que seruia de reboço à la rubia madexa de sus preciosos cabellos; vna espada ancha ceñida, y vna escopeta corta puesta al lado. En sus faldas tenia à vn difunto Cauallero, tan deshecho, y ensangrentado el rostro, que apenas se conocia su figura; tan lleno el pecho de heridas, que del se originauan tantos arroyos de sangre, que toda aquella ladera estauateñida de los roxos relieues, la yerua toda sangrienta, las flores todas manchadas. Llenos de espanto, y horror del espectáculo triste, no acertauan Fabio, ni Enrico à hablar palabra: confusos se mirauan, temerosos se estremecian, lastimados esparcian suspiros. Sin saber que hazer se estuvieron vna gran pieza, porque à cada determinacion se ofrecia vn reparo, à cada parecer se oponia vn tropiezo, hasta que Enrico, atropellando inconvenientes, le dixo à Fabio: Amigo, ya que el Cielo nos traxo desde tu cabaña à este lugar à ser testigos de vn caso tan lamentable, de vn exemplar tan lastimoso, quizás para que nos sirua de espejo, en que miremos, y corriamos nuestras faltas, que memorias de la muerte siem-

siempre son destierro del pecado. Ya, pues, digo, que hemos venido aqui, no será piedad, ni de Christianos pechos, dexar estos difuntos à ser manjar de las aues, y pasto de las fieras; y mas quando auemos visto los actos de contricion, y el verdadero arrepentimiento con que esta dama se despidió de la vida. Aunque no conocemos quien sean, por lo menos el trage que visten, nos dicen que son personas de calidad. Y si ay peligro en que nos hallen con ellos, ó sepan que nosotros los hemos sepultado, no te de pena alguna, que yo te sacarè libre de todo. Y si acaso temes que siendo los matadores aquellos que à prima noche passaron huyendo por junto à la cabaña, podrán darnos pesadumbre, porque hemos usado esta clemencia, no te atemorize, que el buen zelo que nos mueue será nuestro cuido, y la piedad que nos intiga saldrà à la defensa. Darles sepultura aqui, no lo tengo por decente; llevarlos à la cabaña, no es acertado, porque los pastores no lo entiendan; pues si los llevamos à la Aldea mas circunvezina, juzgo que nos será muy sospechoso, y por lo menos darèmos motivo à muchas diligencias, y pesquisas. Por lo qual, soy de parecer que los cojamos en ombros, y los lleuemos poco à poco à vn Hospital de santos Religiosos, que yaze de aqui vna legua, entre

vnos riscos, donde con mucho secreto les darèmos sepultura; y quando ya rompa el dia las vidrieras de la noche, darèmos la buelta à tu alvergue, donde me despedirè de ti contento, y agradecido.

Quedò Fabio tan conforme con lo que propuso Enrico, que no le contradixo en cosa alguna, antes muy animoso respondió que no temia reparos algunos; y que para acudir à actos de tanta caridad, romperia por montes de impossibles. Diciendo esto, cargóse en ombros el cuerpo del difunto; y estando ayudandole à Enrico à que cogiesse en sus braços à la difunta Dama, oyeron cerca de sí vn trepel como de cauallo, y algunos suspiros de persona humana. Fue grande el temor de que quedaron llenos, pues confusos, y turbados, soltando en tierra los muertos, huyeron vn grantrecho, hasta que entre vnas espesas matas quedaron escondidos, desde donde estuvieron azechando, por saber la causa del nuevo suceso. El que venia à cauallo, era el criado que la Dama traia, que como despues entendieron, auia ido à buscar por toda aquella montaña, si auia algun poblado, donde poder alvergarle, y como la tierra era tan fragosa, y poco conocida aun de los que la habitan, sin auer podido descubrir lo que buscava, boluia con las

las nuevas al puesto donde auia dexado à su señora llorosa, y afligida: y como la hallasse de aquel modo, començò con lastimosas voces à llamarla, rodeandola de el vno, y otro lado, poniendola en pie, sustentandole la cabeça, tirádola los braços; y viendo que nada seruia, leuantando mas el alarido, y haziendo mil estremos de dolor, y de sentimiento, baxò presuroso à vn arroyo, y cogiendo de su sonora plata quanto cupo la copa del sombrero, bolió con ella diligente, y echandóse la en la cara à la traspueta señora, fue tornando poco à poco en su sentido, y acuerdo, boliendo à repetir el llanto con sollozos, y suspiros. Lo qual visto por Enrico, y Fabio, sin mas detenerse, se fueron à ella, que no quedò poco admirada de verlos, y muy lastimados la ofrecieron su ayuda, haziendola relacion de todo lo que les auia acontecido aquella noche, mouidos de su llanto. Muy cortès, y agradecida se mostrò la triste Dama, y así con mil ruegos, y ternuras les pidió por merced, que no la desamparassen, hasta poner à recaudo al difunto Cauallero. Todos se lo otorgaron compasiuos de su lloro, y haziendole al criado que subiera en el quattago, le acomodaron lo mejor que pudieron al difunto, y tomando Enrico à la Dama de la mano, començò delante à abrir camino,

y en su seguimiento todos, llegaron al Hospital, que era la parte que Enrico auia elegido. Llamaron à la puerta, y abriendoles vn viejo venerable, entraron dentro, tan tristes, y llorosos, que llenaron la casa de confusion, y tristeza, à cuyo ruido vnos Monges que alli estauan por huéspedes, se leuantaron confusos à ver la nouedad: Como nadie sabia la causa, aunque la inquietian, todos se encogian de ombros, y ninguno se atreuia à preguntarla. Baxaron, pues, del cauallero al difunto cuerpo, y auiendo Fabio hecho en la Capilla vna gran fofa, le dieron sepultura, sin otros ritos, ni ceremonias. Esto acabado, salieron todos à otra pieza, donde Teodora (que así se llamaua la Dama) deshecha en llanto, prouocaua à dolor, y sentimiento: mas como considerasse que los que la auian acompañado estarían desconfos de saber quien era, y los Monges, y demás personas que la mirauan, querrian tambien tener relacion de aquel suceso, pidiendoles à todos que se sentassen, y rogandoles amorosa, que la oyessen, haziendo prologo vn lastimado suspiro, les habló desta manera.

Quando el habito que vestis los que me escuchais (pues solo miro Religiosos, vn anciano penitente, y vn pastor humilde) no mereciera ser secretario del proceso de mis culpas, bastaua la

merced que me aueis hecho, el fauor que me aueis prestado, el consuelo que he recibido, para contaros sin empacho lo que os conozco que os tiene à todos suspensos, y confusos. Solo estarè pesadosa de que no me escuchen las damas de mi edad, las doncellas de mi porte, porque à vista de mi exemplo, quedassen todas escarmentadas de semejantes peligros. Mas pues no puede ser esto en la parte en que nos vemos, oidme vosotros, no para que me guardéis secreto de lo que he de contaros, sino antes para que publicueis por el Mundo todo quanto tengo de dezir os; que à trueque de que se enmienden las que quisieren imitar mis passos, estimarè por corona la notoriedad de los delitos. En Salamanca vi de la luz los primeros paralelos; alli naci, alli me criè, si con regalos; el Mundo lo publique; si con riquezas, mi calidad lo abone. Mi nombre es Teodora, callo el apellido; que referir mis faltas, juzgo que me es dado, mas deslucir mi linage, no os ha de parecer justo. Tuve por tio vn santo Religioso, con que la falta de mi padre (que me faltò muy niña) no me hizo falta quanto à la enseñanza de buenas costumbres. De mi madre muy pocas lecciones tuue, porque casada segunda vez, y ausente de mis ojos, pasó retirada lo que le quedò de vida. Alvergados, pues, yo, y vn her-

mano mio en casa de vnas Beatas, tias nuestras, comencè à entrar ya en la edad de la razon, y cumplidos los años del discurso, quando ya para casarse, no se puede alegar menor edad, començaron à proponerme casamientos, que à no cerrarles de vna vez la puerta, me fueran muy cansados, y penosos. Resoluime en no casarme, siempre con la mira de entrar-me Religiosa (buenos deseos, quando saben emplearse; tristes propositos, quando se atropellan) y como à tales inclinaciones no falta quien las aliente, apenas mi tio entendió mi gusto, quando con muchos afectos comencò à animarme. Visitauame à menudo, dauame mil documentos, traíame libros deuotos, con cuya leccion gastaua lo mas del día. El deseo de saber me incitaua algunas vezes à leer cosas profanas; y para vencer estos impulsos, me valia de vn libro de San Geronimo, que assi como le abria, hazia cuenta que el Santo me hablaua, pues con imperiales palabras de David començaua à dezirme: *Oye, hijo, mira atenta, y acomoda el oido à mis palabras: oluidate del Pueblo, y de la casa de tu padre, y Verás que el Rey de gloria desea tu hermosura.* Cobraua con estas palabras tanto valor, animauase tanto mi alma, que arrojando de las manos otras qualquiera leyendas, me abra-

caua solamente con las letras sagradas. Para que mas me ocupasse en la Diuina Escritura, me enseñò mi tio en pocos dias la lengua Latina, con cuya inteligencia passè à mayores, hojeando los libros de mayor peso. Recreauame mucho con el libro de los Cantares, diuertime à menudo en los Profetas; y dauame lo mas del dia al sonometro de los Psalmos. Con estos exercicios interpolados con algunos ratos de oracion, passaua las niñezes de mi vida, tan querida, y estimada de mis tias, que por tenerme siempre consigo, començaron à poner dilaciones en mi entrada en Religion: y aunque mi tio, como persona que sabia bien los tropiezos de el Mundo, insistia en que me despidiesse del siglo, y tomasse el Habito, de mi muy deseado: no fue poderoso para sugetar los ruegos de las que como madres me querian, que importunaciones de mugeres siempre alcançan lo que piden, y ruegos amorosos siempre logran lo que intentan.

Quinze años tenia ya cumplidos, y aun no querian mis tias darme libertad, para sugetarme à mas estrecha obediencia; tanto, que como me pidiesse vn dia que leyesse alguna cosa santa, y espiritual, con que se diuertiesse, me aprouechè de la ocasion, y començè à leer en

San Juan Climaco estas palabras: *Quando determinas de peregrinar, y apartarte à la soledad No te detengas en el Mundo, porque no te saltee el enemigo en este tiempo, y te robe esse buen proposito.* Doblè aqui la hoja, y buelta à mis tias, que ya me echauan suspensas, las pedi con encendidos afectos que no me fuesse estorvo para cumplir lo que mi alma deseaua, que ya oian el peligro que me amenazaua en la dilacion. Ellas tocadas ya de la inspiracion, hizieronme promessas de la breuedad, con que quedè consolada por algunos dias. Y en este tiempo (ay de mi! y como temo de llegar à los umbrales de mi tragedia!) Digo, pues, que en este tiempo se leuantò vna borrasca, en que fluctuando el barquillo de mis potencias, dexò metida el alma en mil Scilas, y Caribdis. Vino à Salamanca vn Cauallero Andaluz, cuyo nombre era Lissardo, moço, galàn, y dispuesto; entendido, lo que bastaua; valiente, mas que otro alguno. Tomò quarto frontero de mis casas, en casa de vna viuda, que viuia con el alquiler que los Estudiantes la pagauan. Tenia vn balcon, que miraua à mis rejas, tiro fuerte de artilleria, que affestado à mis ventanas, començò à darle vateria à mi alvedrio. Este fue el modo: Mi hermano Julio era de los Estudiantes mas validos de la

Vniuersidad, el sustentante del rumbo, y el hampon de los valientes; pues como viesse à Lisardo alli vezino, y le parlasse algunos dias, conociendo por sus modos, que èl ir à aquellas Escuelas mas era gala, que estudio; antes diuertimiento, que cuidado, trauò con èl amistad tan estrecha, que eran muy pocas las horas de el dia, y de la noche, que no estuuiessen juntos. Desta comunicacion procediò el ir Lisardo à mi casa muchas vezes, y destas idas se originò el hablarme tal vez de passo, y tal vez con ceremonia de visita. Destas hablas, aunque el amor las llame castas, y la censura modestas, començaron à resfriarse las virtudes en mi pecho, y à encenderse las llamas de mi apetito en mi coraçon. De esta frialdad, y fuego enfermò la alma de vn calenturòn de inquietudes. Bien me entenderéis, y no os espante mi mal, que en tales ocasiones, el pie mas fixo en el camino de la virtud suele deslizarse, el entendimiento mas cabal suele diuertirse, la conciencia mas segura suele descuidarse: porque el lazo de vna ocasion amorosa, ya que muchos saben huirle, son muy pocos los que por lo menos no tropiezan.

Aficionème fumamente de Lisardo, hasta donde pudo llegar las riendas de el desseo, sin quebrar los limites de la razon:

aficionème tanto con fin honestamente licito, amor que sin culpa puede desearse. La virtud que en èl resplandecia, prouocaua à este querer: el buen termino que en èl miraua, alentaua à esta aficion: y quando yo no le quitte por lo que en èl veia, las muchas alabanças que del contaua mi hermano, fueran poderosas para tenerle voluntad. Bien conocí que Lisardo me pagaua este querer, pues solo en sus ojos le leia toda el alma. El no entendia mi amor, pues vezes infinitas, contrahaziendo romances à su intento, y cantandolos suavemente por el compàs de vn laud, me declaraua la mucha voluntad que me tenia. Declaramonos vna tarde que la ocasion nos quiso dar à solas, poniendo yo tantos preceptos, y ajustandose èl à tantas condiciones, que todos quantos le puse por mandatos, los hizo pœdiencias de su mucha voluntad. Quedamos en querernos bien, sin desearnos para mal, en tenernos aficion, sin mezcla de apetito: en meternos entre llamas, sin auer de quemarnos. O si como entonces experimentaua aquella sentencia, de que *Para los amantes ninguna cosa ay trabajosa: y que Para el que deseaba ay dificultoso*: Tuviera en la memoria aquel proverbio de Salomon: *Quien metiera fuego en su seno, sin que ardan sus vestidos? O quien andará sobre las brasas?*

sas, sin que se le quemien los pies? Ya el carnal deleyte començaua à vendar los ojos de la razon, pues borrò de mi memoria esta sentencia, quando la hove menester: pequeña centella fue, que abrasò despues toda la selva. Presto lo vereis. En nuestra fee prometida passamos mas de seis meses yo, y Lisardo, supliendo las plumas en modesto lenguaje los ratos de conuersacion que la ocasion nos quitaua. Secretarios de nuestros amores fueron solamente los portadores de villetes, vna fiel criada que yo tenia, y vn criado de quien Lisardo se fiaua, primer tropezon de el entendimiento, hazer confianza en cosas que la honra puede peligrar, de sujetos de tan poquissima capacidad.

Quien duda que aquellos incientiños de entrarme Religiosa, no estarian ya vn poco amortiguados? Quien duda que ya dexaria de executar à mis tias, aunque cumplido el plazo que me dieron? Quien duda que ya no rebolueria tanto los libros sagrados, como las flores amorosas de los Poetas Gentiles? Quien duda que ya el orden de la oracion, y recogimiento no estaria preuaricado, y rompido? Nadie pondrà duda en cosas tan claras: Luego segun esto, ya el amor que llamauamos casto, començaua à hazerme guerra: Claro està, claro està, porque im-

pedirme vn buen proposito, quitarme de las manos la buena doctrina, è inquietarme la oracion, que otra cosa fue, sino desviarme de la escala, para que desmayando en el camino de la virtud, començasse à dar traspies por los despeñaderos? Así me sucediò, porque vna tarde, auisandome la criada de que Lisardo estaua contemplando en mis rejas, me diò deseo de ponerme en la ventana, para pagar su cuidado: como lo pensè lo puse en execucion: hablamos con los ojos, y por ellos me acometiò vn relampago de muerte, vna flecha de lasciuo amor, vn rayo del apetito. Y acordeme entonces (ay de mi!) de vn consejo, que en sus libros me dezia vn Santo Cardenal: *Tèn abiertas las Ventanas, mas sea por la parte donde entre la luz, sea por donde veas la Ciudad del Señor, pero no abras aquellas Ventanas, de las quales se dice: Entrò la muerte por nuestras Ventanas.* Desta vista se originò en mi pecho vna batalla entre la lasciuia, y el amor, dexando tan en valanças al libre alvedrio, que ya mil vezes le mirè en la lucha esclauo. Viendo pues, à mi alma, que començaua à fluctuar entre los vicios, y las virtudes, me retirè vna noche presurosa à mi aposento, y acordandome para esta ocasion de vn consejo saludable-

ludable; abri el Psalterio, comencè à dezir muy compungida: *Porquè estás triste, alm. mía, y por qué causa me estás perturbando? Espera, y confía en el Señor, porque yo le confesare, que es la salud de mi rostro, y mi Dios.* Repitiendo estas palabras con fervoroso deseo, quise divertirme en leer cosas Diuinas, fui me al Doctor de la Iglesia San Geronimo, y en la primera hoja que mirè, hallè consuelo para lo que buscava, pues qual si hablara conmigo, me dezia: *En el instante que el apeteito començare à hazer cosquillas al sentido, y el incendio amoroso del deleite nos haviere bañado con el calor dulce, digamos à vozès: El Señor es mi protector, no temerè qualquiera cosa que haga contra mi la carne.* Hize reparo en que dezia que el vsar de esta defensa auia de ser al principio de la tentacion, con que me recordò la memoria otra sentencia del mismo Santo, de que al pensamiento no se le ha de dexar crecer, sino quando el enemigo està pequeño, matarle; esto es, cortar la maldad en semilla, porque no crezcan las cizañas. Saludable consejo, doctrina admirable para atropellar tentaciones. Passè adelante en mi lectura, y vi que al mismo intento me citauan al Psalmista, hablando con vn alma pecadora, y diziendola: *Hija miserable de Babilonia, bien*

*auenturado el que te darà tu galardon: bien auenturado el que tendrà, y desharrà à tus pequeñuelos en la piedra.* Con la interpretacion del Santo entendí ser este bien auenturado tan digno de alabanzas, aquel que despues de auer començado à pensar en las cosas torpes, y lasciuas, al instante, luego al punto deguella los tales pensamientos, y los deshaze en la piedra. Yà estaua yo cuidadosa en preguntar què piedra era esta, quando en el renglon siguiente escuchè al Santo, que dezia: *La piedra es Christo.*

Desquaternado el valor, la sangre fria, torpes las manos, y el pecho sin aliento, estuve suspensa vn grande rato, hasta que cobrando brios de la inspiracion Diuina, comencè à dezirme: *Ea, Teodora, què hazes? Si la piedra donde se han de matar las tentaciones es Christo, què esperas? Si es Christo con quien se han de descalabrar los malos pensamientos, què aguardas? Arrodiillème diziendo esto delante de vn Crucifixo, y yà los ojos brotando sentimiento, le dixi embueltas en llanto estas palabras: Conozco, Señor mio, que me auéis librado de vna tentacion notable: confiesoos mi Dios, que me he visto à pique de perderme; mas pues yà sè q̄ sois la piedra donde he de sacrificar mis pensamientos, si valen promessas de quien tan mal cumple,*

desde oy con nueva vida os propongo mi enmienda; desde oy me he de enseñar à saber, *que el amor de la carne se vence con el amor del espíritu, y que vn deseo se reprime, y se refrena con otro deseo.* Desde oy el coraçon deshecho en llanto, *lavarè todas las noches la olanda de mi lecho, y con mis lagrimas regarè los tapetes de mi estrado.* Desde oy sentandome tal vez sobre la cama, dirè tal vez puesta en vos mi confiança: *De noche busquè à quien ha amado mi alma.* Vltimamente, Señor, desde oy pienso ser la cigarra de las noches, cantando sin cessar motetes en vuestra alabança: estarè, Señor, velando como el paxarillo solitario en el paramo sombrío, y cantarè con espíritu, y sentido, lo que me enseñò Dauid: *Bendice, alma mia, al Señor, y no te olvides de todos sus galardones, pues es quien se muestra propicio en perdonar todas tus maldades, quien sana todas las enfermedades tuyas, y redime, y preserva tu vida de la corrupcion.*

Yà con el fuego del amor divino quedò la tentacion sin la victoria, y hallandome libre de vn tan poderoso contrario, el coraçon quieto, el alma gozosa, determinè me estar siempre en centinela. Para esto comencè à cercenar en las visitas de Lisardo, quitando haista de los villetes muchos dias de estafeta, tal vez fingiendo me ocupada, y tal

vez publicandome indispuerta. No dexò de sentirlo, segun supe de mi hermano, aunque como discreto, nunca se me diò por entendido. Pero aunque este remedio me pareciò vtil para no verle, lo hallè muy difícil para poder olvidarle; y quando no ay olvido en quien ama, ni sirven ausencias de lo amado para auerle de olvidar, antes à vezes ausencias semejantes son despertadores de el apetito dormido. Mas como nunca faltò guia à quien busca el camino, despues de rebolver entre mi muchas consideraciones, deseosa de saber el modo, por donde yo pudiera quitarme de la vista destos inconvenientes, hallè ser el vltimo remedio retirarme à la Religion, supuesto que alli me auia de priuar de mi voluntad, y sujetarme à la obediencia, la qual, segun dize el Penitente Sinaita en su Escala Celestial, no es otra cosa, *que vna muerte voluntaria, vna obra sin examen, vida sin curiosidad, puerto seguro, escucha delante de Dios, menosprecio del temor de la muerte, negacion sin temor, camino que durmiendo se passa, y sepulcro de la propia voluntad.* Resuelta ya à executar estos deseos, estaua vn dia, quando entrò mi criada con vn villete, que me diò mucho consuelo, aunque fingi deffazon en recibirle. Es el caso, que como Lisardo auia sentido mis desvios, juzgando

no procedian de que yo pensaba, que sus amores se endereçan à mal fin, me quiso desengañar con aquel papel, que por verso, y digno de su ingenio, lo referirè à la letra, su tenor es este:

Dezir quan grande es mi amor quisiera, mas el dezirlo, es querer disminuirlo, pues limito su valor: ponerle tassa, es error, à vn amor, que es infinito, porque si à boca, ò escrito, à tratar del me dispongo, en loarle, poco pongo, y en tassarle, mucho quito.

Tus gracias, tus perfecciones, tu discrecion, tu hermosura, hazen carcel mi ventura, pues me tienes en prisiones: taladro de coraçones es tu vista, dulce ingrata, pues al que mas se recata de mirarte, por vivir, de tus ojos al partir solo vn soslayo le mata.

Es cierto, que en vn abismo estoy metido por ti, pues no me acuerdo de mi, quãdo estoy mas en mi mismo: pretenderte es barbarismo, fuera sacrilego amor; y assi, por este temor, preuengo luchas mayores, para amarte bien, amores, para no pecar, dolor.

El alma te adora, en quanto puede sin hazer delito,

y el sensual apetito en la contra haze otro tanto: entre pecador, y santo te puedo dezir que estoy; pero con tal cuenta voy, que siempre q̄ en esto arguyo, para buen fin digo, tuyo, y para mal, mio soy.

Tiende las velas el alma, hasta lo que puede amarse, y quando vâ à deslizarse, huye la amorosa calma: si hemos de llevar la palma los dos de aqueste querer, amar hasta no caer es el verdadero amar, que los gozos con pecar, son pruebas de aborrecer.

Quando yo no estuviera muy entendida de la discrecion de Lisardo, de su buen proceder, y de su virtud, con solo este papel podia quedar desengañada. Holguème infinito de leerle, y como jamàs à vn gusto dexò de seguirle vn pesar, apenas le huve leído, quando entrò mi hermano Iulio en mi aposento, perdido el color, turbios los ojos, y el mirar sangriento. Preguntèle la causa, y muy resuelto me respondió, que yâ se murmuraua la entrada de Lisardo en mi casa, que yâ se divulgauan sospechas, que yâ se dauan oïdos à mil malicias, y que assi, ò que me determinasse à tomar el habito sin mas dilaciones, ò si tenia diuerso pa-

recer, tratàra de casarme, y que si gastaua con Lisardo, èl lo tendria por bien, por auer experimentado su trato noble, y estar muy entendido de su sangre illustre, y de vn rico mayorazgo, que tenia; que lo mirasse bien, y que por todo aquel dia le diesse la respuesta. Diciendo esto, se bolvió à salir, sin escucharme palabra. Quedème confusa, metida en otra batalla de tentaciones, pues yà el deleyte començò à brindarme con sus gustos, coloreados con lo honesto de el santo matrimonio, yà el alma parece que se ensayaua para nouia, sin reparar en que la razon no queria ser su madrina, yà lo rico parece que aderezaua el talamo de las bodas. Fluctuando, pues, el pensamiento en medio de estas borrascas, y hallandome yà casi sin fuerças para enderezar el barco al puerto virginal, que tenia prometido, hizole à mi tio relacion de todo lo que passaua, aunque yà auian llegado à sus oidos muchas nueuas, que le tenian lleno de pesadumbre: Vino, pues, aquella tarde à mi casa, y antes de la dar conmigo, me dixo la criada lo mucho que auia reñido con mis tias, sobre auerme dilatado mis buenos propósitos, y sobre auer dado entrada à Lisardo. Despues desto, cogiome à solas, cerrò el aposento, sentose en vna silla, y con faz serena me dixo:

Aunque ha dias, Teodora; que encubro mi sentimiento; no me despedia de llegar à esta ocasion, y porque vamos claros en lo mucho que tengo que dezirte, te quiero advertir primero, que yà sè como estàs fria en tus propósitos, que no ignoro que tè has destraido de tus santos exercicios, que conozco, que estàs llena de mil pensamientos, que me es notorio que comunicas con Lisardo (poco recato de tus tias, y malos miramientos de tu hermano) que es publica la entrada en tu casa, que ay nota en la vezindad, que por esto estàs en valanças de casarte, ò no casarte, de ser Religiosa, ò de no serlo. Todo esto lo sè ya; agora ven conmigo, dirète mi parecer, te propondrè lo que puedo aconsejarte, y elegiràs despues lo que te estuviere mas à cuento. Viendote el demonio tan inclinada à la virtud, tan dada à la oracion, tan apartada de el siglo, buscò con su astucia traças para hazerte tropezar. Traxo à este Cavallero de levas tierras, plantòle frente tu casa, hizole amigo de Julio tu hermano, diòle entrada à tu aposento; trausteis conuersacion, propusotele muy discreto, èl te hallò muy entendida, pagòse de tu hermosura, y en fin quedasteis prendados. Viendo el demonio tan bien sentada esta basa, quien duda que agora no gasta toda su municion

para destríbarte , y destruirte, prometiendote gustos, representandote deleites, brindádote regalos, y haziendote caricias? Què escuadron de pensamientos no andará en tu pecho? Què motin de imaginaciones no te atormentará el alma? Oírte no pienso, porque escusas à lo que te he aconsejado yo , no he de admitirlas; dilaciones à lo que te importa , yo no he de aprobarlas; voluntad de hazer lo que te amonesto , solo la execucion ha de escuchar por respuesta. A mi Conuento me voy , y sino fuere para acompañarte à vn Conuento, no me verás mas pisar estos vmbrales. Tu padre serè como hasta aqui , si entrases Religiosa, ò llorame por muerto, si acaso te caes. Quedate con Dios, y estas lagrimas que encubres, buelvelas al pecho; esse dolor, que disimulas, conuertele en alegría, y mira por tus ojos no diga Dios de ti alguna vez : *La doncella de Israel cayó, y nadie ay que la levante.*

Hasta aqui dixò mi tio, y sin aguardar respuesta, tornò la puerta de la calle. Y si los que me escuchais atentos, dezis acaso entre vosotros mismos, que como vna muger , que aprendiò tanta doctrina, que tuvo tales Maestros, que leyò tantos desengaños , se ha aprouechado tan mal, que ha venido à tal ruina, pues el trage en que me veis, an-

tes parece de vandolera, que de Religiosa , antes de pecadora, que de muger recogida : Quiero responderos, sin passar adelante , que mientras estamos en esta carne mortal , no ay cosa segura, el mas entendido suele dar mayor caida , miradla en Salomon ; el mas justo suele tener vn estropieço , consideradlo en David. Quantos, y quantos hartos de ayunos, y disciplinas, hartos de gemir , y de llorar, se avrán condenado? Quantos , y quantos hartos de rebolver las Diuinas Escrituras , hartos de enseñar la memoria de la muerte, el temor del juizio , y las penas del Infierno, avrán buuelto atrás en la carrera , ò yà con el cebo del deleyte , ò yà con la hinchazon de la soberbia? De suerte, señores míos , que solo el que perseverare hasta el fin, sabrà salvarse. Pluguiera à Dios, que lo que os parece que tengo de discreta , huviera sido sencillez , pudiera ser , que los pensamientos no me huvieran guereado tanto. Pluguiera à Dios, lo que os parece, que tengo de letras, lo huviera empleado solamente en obras mugeriles, pudiera ser que no les huviera dado tanta rienda à n is deseos con dezir, sabrè guardar me. Mas pues yà no puede ser menos , y aguardais los fines de mi tragedia , bolvamos adonde me apartè,

Salióse mi tío tan enojado, como visteis, y yo hecha vn mar de lagrimas, sin querer hazer resistencia alguna à tales inspiraciones, despues que en mi retrete depositè las lagrimas, que el coraçon sentido me tirò à los ojos, despues que me preuine de razones, y despues que despedi la tristeza con simulada alegria, sali donde mi hermano, y tias estauan con algun cuidado de ver mi resolucion; la qual fue dezirles, que el dia siguiente, sin que estorvos se pudiesen de por medio, auia de entrar me Religiosa. Sintieronlo mis tias por la ausencia, y si lo sintió mi hermano, por la amistad de Lisardo, no lo dió à entender, y así en comun acuerdo quedamos, en que se executara lo que yo pedia. Començaron à disponerse las cosas, y aquella noche començò el amor à incitarme para que escriuiera à Lisardo mi despedida, carta que yà la cortesía la llamaua justa, y la razon de estado la hazia forçosa. Parecióme tentacion, y no quise hazerlo; antes cumplida la tarea de mis devociones, quise entregarle al sueño lo que de la noche me quedaua. Id conmigo, que quiero yà entrar me en los temores de mis mayores affaltos. Apenas maté la luz, despues de estar dormida, quando cerca de mi aposento senti passos,

Puseme mas atenta; pensando no fuesse imaginacion: Confirmelo por verdad, pues oí, que allà fuera habluauan muy de secreto, y sin soslegar vn punto, quise curiosa examinar quienes eran. Para esto bolui à tomar las ropas, aunque con desaliño, y vi que auia luz en el patio, donde tabique en medio dormia mi criada. Tuve mala sospecha, por ser ya tan à deshora, y así con el silencio que pude, enderecè allà los passos, mas no pudieron ser tan secretos, que no los sintiesen, pues apagaron la luz al mismo instante. Esto me causò mayor rezelo, y con algun enojo mandele à la criada, que me abriessè, la qual fingiendose dormida, y con la turbacion, no me obedeciò en grande rato. Abriòme, en fin, la puerta, pedi que traxesse luz; fue por ella, y antes que boluiesse, oygo que se llega à mi vn hombre, y con vn profundo suspiro, me dize: Señora, no os altereis, que os juro à fee de Cauallero, que està donde yo estoy muy segura vuestra honra. En el metal de la voz conocí que era Lisardo el que me hablaua, y con temores de muerte, desquaternado el aliento, y añudada la garganta, y la sangre conuertida en vn sudor frio, le dize, como pude: Hombre, quien eres? Quien te ha traído aqui? O que intencion te ha obli-

obligado? Como conosco m  
turbacion, y viò en mis ahogos  
mi desmayo, llegòse mas à mi,  
y con ruegos amorosos, pidièn-  
dome perdon del atreuimien-  
to, me dixo que era Lisardo, que  
iva à despedirse de lo que mas  
auia estimado, y querido. Llegò  
con la luz à este punto la criada  
tan difunta, que en el perdido  
color, se leian sus temores, y me  
dixo, que no la culpasse en na-  
da, pues estaua alli Lisardo, que  
seria fiel testigo de su disculpa.  
Fuimonos à mi aposento, que-  
damonos à solas, sentème sobre  
mi cama, dile à Lisardo vna silla,  
y cobrando algun valor, le dixe:  
No sè, señor, à que pueda attri-  
buirse à questo excessò, ni sè que  
pueda auer modo para colorear  
su malicia. Aqui el amor no tie-  
ne bafa, pues ya sabeis con la liti-  
ra q̄ auemos procedido en nues-  
tro amor, y quando este v̄a ende-  
rezado solo à vna aficion honesta,  
no ay desvelos que maltraten,  
no ay inquietudes que desvelen,  
no ay zelos q̄ fatiguen, ni arrojos  
que puedan dissimularse. Esto su-  
puesto, para quèes esta despedida,  
porque me voy à vn Convento?  
Para què son estos estremos, por-  
que me retiro à seruir à Iesu  
Christo? Y para què son estos  
arrojos, porque me aparto del  
fausto del tiglio? Què quereis con  
esto que presume del amor q̄ me  
aueis moltrado? Què quereis que  
crea de la voluntad que me auéis

itenido? He de dezir que era ho-  
nesta, si sentis acaso, que me des-  
posè con Dios? He de pensar,  
que era por buen fin, si el meter-  
me en la clausura os causa pena?  
Y finalmente, què quereis que  
juzgue? Què quereis que presu-  
ma de hallaros aora à la media  
noche escondido en mi casa,  
disfrazado, como os veo; carga-  
do de pistolas, como os miro;  
aguardando que me durmiesse,  
como se dexa entender, y quizas  
cõ llaves falsas, como puede pre-  
sumirse? Agora dezidme del mo-  
do que està segura mi honra, cõ-  
tadme la afficcion que traeis, y la  
determinacion con que venis.

Muy atento me escuchò Li-  
sardo, y rompiendo la voz por  
entre mil ahogos, me respondiò  
estas palabras. Hallome tan con-  
cluido, hermosa Teodora, con  
vuestras discretas razones, que  
no sè el modo que he de tomar  
para dezir mis disculpas, pues ay  
casos donde la conciencia mas  
segura, si se ciega de aficion, se  
halla impossibilitada de descargo.  
Pero supuesto, que ya conocéis  
mi trato, y que auéis visto mi  
amor, y os son notorios mis mo-  
dos de proceder, dezidme la  
verdad, que no dexareis de dar-  
la credito, segun conmigo es-  
tais de acreditada. Y respondièn-  
do primero al vltimo cargo que  
me hazeis de auer quebrantado  
vuestra casa, digo, que tupe esta  
tarde, como mañana os ivaís al

Monasterio, cosa que me dió notable gusto por vna parte, quanto dolor, y pena por otra; gusto, porque siempre, como sabeis, he gustado de que no tuvierais otro esposo mas que à Christo (con que satisfago à vuestras objeciones) pena, de ver que no me aueis escrito, ni dado cuenta de vuestra determinacion. Esta pena junta con que ha muchos dias que no me comunicais con aquel agrado que soliais, y à haziendoos de la enferma, y yà fingiendoos ocupada, me llenó el alma de sospechas. Estas sospechas creciendo en el coraçon, me causaron tantas inquietudes, y tantos juizios temerarios, que agotado el sufrimiento, viendo que aun no me quedaua vn dia en que pudiesse hablaros, quise valerme de la noche para venir à deziros, si os he hecho alguna ofensa. Y así acompañado de vuestro criado, asalté las paredes de vuestro jardin, llamé à la ventana del aposento donde vuestra criada duerme, respondiòme temerosa, pedile que me abriessé, escusòse quanto pudo, hasta que engañandola, hize que me diessé puerta abierta. Entré dentro, y sabiendo que Julio vuestro hermano, y mi amigo aun no dormia, y que vuestrastias aun estauan despiertas, estuve me escondido, hasta que todo estuviera fosegado: no aguardando, no, q̄ vos os acostarais, segun que ma-

liciosa presumis, que para hablaros, claro está que os buscaria despierta, y no dormida. Oísteis algun ruido, y antes que yo fuera à buscaros, me salisteis al encuentro del modo que yà sabeis. Lo que yo vengo à deziros, se cifra en dos palabras, que mientras yo viuiere, hora esteis en el siglo, con tal que no os caseis; hora esteis en el Convento, con tal que no tengais otra comunicacion, os he de amar con el afecto que hasta aqui; os he de servir con la voluntad, que siempre os he mostrado, y he de llamarme vuestro, sin que nuevas correspondencias me desvelen, y sin que otros amores me lo impidan: y en señal desta palabra, recibid este diamante, que gustarè mucho que os le lleueis con vos, para que por èl examineis mi fé, y en su fortaleza veais mi constancia.

Diziendo estas palabras, levantòse de la silla à darme vn rico anillo, y à este tiempo trauandosele la garnicion del estoque en vna pistola, dió lumbré el pedernal, y con vn ronco estallido despidió la municion de el plomo, tan por medio de los dos, que no fue poca suerte quedar libres de el fracaso, yà que no de mil penas, y congojas. Al estruendo despertò toda la casa: levantáse los criados de mi hermano, y encontrando à Camacho (que era el criado que Lisardo lleuava, y de quien mas se seruia para  
nues-

nuestros secretos ) comienzan à dezir à voces: al ladrón, al ladrón. Quiso Lisardo acudir, temiendo no le mataffen , y considerando yo, que era mayor inconveniente que a èl le viesfen , fui de acuerdo, que apagassemos la luz, y que quedandose alli, saliesse yo à remediar aquel daño. Como lo juzguè lo puse por obra , sali corriendo àzia el jardin, adonde yà Camacho se auia ido retirando con harto peligro de dexar alli la vida, y mādando à los criados, q̄ no le ofendiesfen, fingiendo para esto lo que mejor supe, à ellos les hize que bolvieran à recogerse, y à Camacho le dixe que se escondiera por alli , hasta que baxara Lisardo. Mientras yo (ay triste!) andaua ocupada en esto, yà mi hermano Julio se auia leuantado, y tomado en la vna mano vn candelero, y en la otra su espada desnuda, auia escudriñado los rincones, y desvanes de la casa, y como no encontrò à nadie, se fue à mi aposento, en donde hallando à Lisardo, y viendo que yo estaua ausente, de tal modo quedò mudo, que no acertò à hablar palabra; de tal modo quedò ciego, que de enojo no veia; de tal modo quedò elado, que no pudo mouerse, hasta que llegando yo muy descuidada, los hallè suspensos mirandose el vno al otro. Puesta, pues, entre los dos, yà vereis qual quedaria, pues casos repentinos de

esta suerte, aun no dexan razones à vna alma para saber disculparse. Mi hermano, como la misma razon hablaua por èl, callando nos dezia todo quanto con palabras podia castigarnos. Lisardo ( como la presuncion estaua en contra suya ) si es que tuvo pensamiento de dar sus descargos, lo que puedo dezir es, que no acertò à dezirlos. Yo desdichada, como via q̄ en semejante peligro ya estaua amenazando vna desdicha, sacando fuerças por enmedio de los miedos, y rōpiendo la voz por medio de los desmayos, hablè desta manera.

Aunque soy yo la que con mas razon (si quieses por ser muger) pudiera estar elada de el temor, desquadrernada de el sobresalto, y muerta deste encuentro: con todo, quiero hablaros, viendo que estais mudos, el vno casi empuñando la espada, y el otro casi preuiniendo el golpe; el vno enojado de ofendido, y el otro agrauado de su suerte. Bien pudiera ya Lisardo, pues està inocente, auer propuesto sus descargos con mi culpa, y bien pudiera ya Julio, pues està ignorate, auer dicho por mi honra sus agrauios, que harto hiziera yo en responder à la verdad, absolviendo ajenas inocencias, y condenando yerros propios; pero supuesto que los dos reservais en mi dicho vuestras causas, y estoy puesta entre los dos por

arbitrio de justicia , atended à mi sentencia , y advertid , que de sentencias tales , no admite el derecho apelacion. El zelo de mi hermano ha sido muy justo , la causa de su sospecha muy euidente , muy declarado su agrauio , y con mucha razon su enojo ; pues ya que por mi honor en la parte que me toca sea mia la culpa , en la parte que à él le pertenece se le ha hecho ofensa , esto no puedo negarlo , porque arguir ignorancia de cosas claras , es indicio de delito. Segun lo qual , ya parece que es Lisardo el reo , y el culpado en este pleito. Del parecer al ser ay diferencia , y aqui se confirma , pues no es Lisardo nada de lo que parece. Es el caso , que auiendo yo sabido esta tarde por relacion de vna criada de que Lisardo auergonçado , y corrido preuenia venganças , leuantando alborotos , y motines , por auerse murmurado su entrada en esta casa , siendo como sois los dos tan intimos amigos , y que por tal nota se aceleraua mi entrada en Religion. Digo , pues , que entendida yo de semejantes arrojos , considerando , que solo auian de ser campanadas de mi honor , quise hablarle , para reducirle , ò con ruegos , ò amenazas à que desistiera de semejantes designios , aconsejándole , que trocara en dissimulos las que queria publicar quejas , y agrauios. Y el no hazer es-

to , hermano , por medio de tu persona , fue por dos respetos fallidos del alma : vno , pensando no fueras tu el que huieras dicho à Lisardo la nota , y murmuracion , y sabiendoluego los rumbos de su ira , quieras con el azero hazerle que callasse : otro , juzgando que no lleuaras à bien hazerte como tercero de mis mensajes , y mas viendote ya oytan amostaçado de mi correspondencia. No hazerlo por vn papel , fue con mucho acuerdo , pues es vna locura , y parece el mayor de los arrojos , que en cosa de tan poco peso fie , y confie vna doncella , no menòs que la fama de su honor , porque qualquiera papel , por muchos sellos que lleue , por muy cerrado que vaya , ha de passar primero por las manos de muchos portadores , vno que le recibe , otro que le lleva , otro que le confia , y otro que si gusta , le dà al dueño ; y sino gusta , le abre , como qualquiera de los primeros pudiera auerlo hecho : Y quando sucede bien , que escapa de estos peligros , el descuido de su dueño ( por mucho que le estime ) le pierde , ò algun amigo curioso le roba de su estorrio. Desuerte , hermano , que cosas graues , y deste porte , no son para escritas , sino para dichas de modo , que aun no lo oigan las paredes. Y vltimamente , el no auerlo hecho de dia , fue , porque quando me resol-

ni en este acuerdo, pitauamos ya las sombras de la noche, demàs que no fuera justo, que estando ya publica la nota, vieran entrar à Lisardo à las visperas de mi ausencia. En suma, él ha venido aqui à mi llamado, apercebido, temiendo alguna traicion, dispuesto à hazer quanto le pidiere, y determinado à los peligros que pudieran venirle. Auiendole, pues, dicho mi parecer, y empeñadome su palabra, que dexaria sus comenzados intentos (que eran de dar quatro cuchilladas à dos murmuradores) al tiempo que al despedirse, se leuantò de la silla, se le disparò vna pistola, cuyo estruendo ha sido causa de aquestas confusiones. Supuesto todo lo dicho, vayas libre Lisardo, y tu hermano, buelvet libre à tu cama sin rezelos: y esto sea sin dilacion alguna, antes que demos que censurar à los criados, pues ellos con menores ocasiones desdoran la opinion mas inocente, arrastrando la honra mas segura.

Sin despegar ninguno los labios, salieron del aposento, Lisardo agradecido à mis palabras, y mi hermano muy satisfecho de que era verdad todo quanto le auia dicho. Con este ardid escusè vna desgracia, pues no todas vezes se han de contar las verdades tan desnudas, que quedan por sospechosas, sino que es menester echarles algun re-

boço, de el modo que lo hize en fingir que yo le auia llamado, pues claro està, que le llamè vocalmente à mi aposento, y con la imaginacion puedo dezir, que le llamè de su casa. Acabada esta tormenta, despertò el dia en brazos de la Aurora, y apenas con su claridad començò à coronar las puntas de los montes, quando con el acompañamiento que me pareciò decète, me fui à vno de los mas lustrosos Monasterios de aquella Ciudad, donde siempre yo auia dedicado mis pensamientos. Dieronme el habitò cõ mucho gulto, y cõ grande ostentacion del aplauso, que hizieron todos los nobles en asistir à mi fiesta. Contaros aora las tentaciones con que fui combatida, por espacio de ocho meses, sera querer contar al mar arenas, y al Firmamento luzeros. Fue tanto lo que se llenò el coraçon de la aficion de Lisardo, que aficionada toda el alma, con ningunas mortificaciones podia ponerme en tino. Si oraua, el coraçon en Lisardo; si velaua, ò si dormia, todo era pensar en Lisardo: si ayunaua, el pensamiento en Lisardo. Passemos, pues, en silencio mil lances que tuve en aquellos dias, y lleguèmos ya al blanco de mi tragedia; lleguèmos ya al Caribdis de mi honor, al escollo donde tropeçò mi dicha, y al patibulo donde se murió mi gracia.

Sabed, pues, que aunque entrè determinada de no acordarme del siglo, no se pudo apagar aquella centella amorosa, y assi nunca dexè de corresponder à Lisardo del modo que à los principios, buscando ramos hurtados para hablarle, y aprouechandome de traças para escribirle, de los quales papeles era Camacho estafeta bien secreta, pues à todos los lances sabia hazer su papel, sin que huviera que advertille. Empeñamos, pues, de tal modo, yà con las finezas, yà con los amores, que los que comenzamos juegos, casi se hizieron verdades; las que pensauamos burlas, casi se hizieron empeños. Y esto nunca con mayor desgarrò, que quando Camacho me cuenta vna historia de zelos. Dixome, pues, que Lisardo dexaua en Cordoua vna Dama, que era vn assombro de belleza, y que solo se entretenia en Salamanca, hasta que se compusiesse vnos pleytos, para casarse con ella. Aqui perdi el sentido, y comencè à euagenarme de la razon, pues mas zelosa que pueden pintar à Iuno, no quise en muchos días ver, ni escriuir à Lisardo, el qual despues que entendió la causa de mi enojo, comencò como nueuo amante à hazerme tantos juramentos, à datme tantas palabras, que viendo yo los extremos de su afecto, huve de bolver à admitirle en

mi gracia. Yà desde aqui dexaron las voluntades el recato, que solian, yà todas las platicas ivan algo licenciosas, yà las visitas tropezauan las mas vezes en consentidos pensamientos. Yà en fin dexamos à Dios, que en esto se cifran quantos males puedo proponeros, y quantas desdichas puedo significaros. No dexeis aora mientras prosigo de considerar aquella candidez de mis principios, aquel recato de mis mocedades, aquella viueza de mi ingenio; aquellas letras tan bien aprendidas, y aquellos consejos tan bien empleados. Passò adelante: reñile vn dia à Camacho asperamente, porque se atreuia à levantar testimonios à su amo, solo à fin de darme zelos, y quando estuvo harto de escuchar mis oprobios, me dixo con mucho dissimulo, que era tan verdad lo que me auia contado, que aquel mismo dia auia tenido cartas Lisardo de su Dama, por las quales le llamaua à mucha priessa para executar su calamiento, y por mas señas le dezia el dia que auia de salir de Salamanca, las jornadas q̄ auia de echar en el camino, y la hora q̄ auia de llegar à sus brazos à vna quinta, don le le esperaua. Quedè tan hecha tigre cõ nueua semeiante, que despidiendo volcanes de fuego por los ojos, y por la boca la ponçoña que se engendrò en el pecho, le dixè auia de ha-

hazer à Lisardo, que le mata-  
se, sino era hombre para robar-  
le la carta, y traermela. Convi-  
no con el concierto, y de allí à  
dos dias puso la carta en mis ma-  
nos: leila vna, y muchas vezes,  
tragando por entre mil ahogos  
la salua, y preuiniendo ardidés  
para mi vengança. Presto me diò  
la traça el demonio, y fue, que  
como advertiessè, que dezia la  
carta: Saldràs, Lisardo, de esta Ciu-  
dad el Sabado veinte deste mes,  
porque el Sabado siguiente te  
he de aguardar en mi quinta con  
el alma, y con los braços; y si  
en esto hizieres falta solo vn pun-  
to, confirmarè mis sospechas de  
que tienes allà quien te entre-  
tiene. Digo, pues, que como ad-  
verti este mandamiento tan apre-  
tado, le escriui à Lisardo en vn  
villete, que se viera conmigo.  
Obedeciò al instante, y despues  
de muchos juegos, le dixè si se-  
ria hombre para entrar vna no-  
che en mi celda. A que me res-  
pondiò sin tarbarse, que entra-  
ria vna, y mil vezes, que señalas-  
ramos dia. Entonces le repliquè,  
que auia de ser à veinte y cinco  
del mes, que estauamos. Aqui  
me parece que començò à titu-  
bear, aunque solo me dixò, que  
estaua entonces convidado à  
vnas fiestas diez leguas de la Ciu-  
dad, mas que por darme à mi  
gusto lo atropellaria todo. Agra-  
decile su amor; y despedimon os  
hasta el plaço señalado, pues haf-

ta entonces no auiamos de ver-  
nos: Mirad del modo que anda  
mi alma por los jardines de la  
clausura, mirad el paradero de  
mis amores honestos. Dixo vn  
Autor graue, que la tentacion  
muchas vezes se vence, y que la  
ocasion casi siempre se atrope-  
lla; pero que quando concurren,  
ocasion, y tentacion (del modo,  
que en mi auéis visto) son muy  
pocas vezes las que tropieza el  
alma, que no quede presa en los  
lazos del deleite. Huigase, pues,  
la ocasion, que esta quitada, à vn  
rato de oracion muere qualquier  
pentamiento.

Llegòse la noche señalada,  
mas triste me pareciò que otras  
vezes, pues recatando la Luna su  
semblante, emboçò toda su clari-  
dad, y amortiguadas las demás  
Estrellas, quitaron lo brillante  
de sus luzes, y sirviò de manto  
vn capuz de negras sombras, que  
hasta vna noche con ser triste  
descubre mas tristezas, quando  
vn pecador la quiere hazer ter-  
cera de su pecado. Tocòse à reco-  
ger en el Convento, y dexando  
todas las Monjas sus tareas, se  
fueron à sus lechos, donde en bre-  
ue rato las dexò el sueño dormi-  
das. Yo, que no me faltò auicia  
para hurtarme dela vista de algu-  
nas, que podian celarme; bolvi-  
me à mi celda, donde estuve  
aguardando que diera el telox  
las doze. Assi como dieron, baxè  
con mucho silencio à vn grande

patio de la casa, que era el puec-  
to donde auia de esperar à Lisar-  
do, el qual auia de traer dos lla-  
ues falsas, para auer de entrar à  
aquella pieza. Allí me estuve  
vna hora, que la juzguè vna eter-  
nidad, batallando con infinitos  
pensamientos de si Lisardo me  
auia burlado, y se auia ido à su  
tierra, ò si temeroso no se auia  
atreuido à cumplirme la pala-  
bra, ò si arrepentido queria dis-  
culparte, diciendo, que juzgò  
burlas, las que tratamos veras.  
Estas con otras imaginaciones,  
me traian tan inquieta, que à fuer-  
ça de divertirme, no podia sos-  
tegar me. Y estando en esto, oy-  
go de improuiso, como que pas-  
sauan por la calle vna harmonia  
de voces funebres, y tristes, que  
à dos coros iban cantando vn  
responso. Pareciòme nouedad, y  
sintiendo el valor mil espelu-  
zos, me hallè abraçada de vn  
miedo, quando entèndi con Li-  
sardo: y mas quando escuchè,  
que al son de vn temeroso gol-  
pe abrieron las puertas de la  
Iglesia, y las de la clausura, don-  
de yo me hallaua. Sali por estas,  
hata llegar à aquellas, muy ga-  
nosa de reñirle à Lisardo el rui-  
do, que auia hecho. Pero no  
hallè à quien reñir el enojo, aun-  
que di mil bueltas por todas par-  
tes, escudriñando de la Iglesia lo  
mas secreto, y oculto, sino que vn  
esquadron de miedos, de que iba  
cercada, fuera poderoso para

impedir el passo. Aquí confir-  
me no ser quien yo pensaua el  
que auia abierto, y como à es-  
te punto contè las dos, hora ya  
desesperada para ponerse à es-  
perar, viendome sola, quebran-  
tada la clausura, las puertas to-  
das abiertas, possible el auerme  
sentido, y científico el auerme  
engañado Lisardo, desliceme de  
vn tropieço en otro peligro, y  
de vna ruina, à otro de peñade-  
ro, esto fue que me sali del Con-  
uento, y de la suerte que estaua,  
me fui por las plaças, y las calles  
à vengar mi imaginacion zelosa,  
que à semejantes locuras obliga  
vn amor, quando està desenfren-  
nado.

Enderecè mi camino à la ca-  
sa de Lisardo, que ya os dixè,  
que estaua enfrente la mia, y to-  
cando las puertas, hallè que es-  
tauan abiertas, y juntadas, y en  
el zaguan primero vna lampara  
encendida. Estuve vn rato dudo-  
sa, si entrarè, sino entrarè; has-  
ta que me resolvi à llamar, dis-  
fraçandome quanto pude con  
la poca ropa que lleuaua, y fia-  
giendome ser vna criada de mis-  
tias. Saliò la casera riñendose su  
descuido, de auerse dexado la  
puerta de aquel modo, y pregun-  
tandole yo si estaua Lisardo re-  
cogido, me respondiò con voz  
lastimada: hermana mia, yà esse  
Cauallero se fue, no solo della  
casa, sino de la Ciudad, con de-  
terminacion de no bolver en su  
vida

vida, por esso no le busqueis, que os cansareis en vano, pues và en postas camino de su tierra. En tanto que del dolor llegó el sentimiento al alma, en tanto que de la sangre, vna se elò en las venas, y otra se fue al coraçon, y en tanto, que con saliuas quitè de la garganta los nudos, y del pecho los ahogos, cerrò la muger su puerta, bolviendose à su cama. Y apenas me vi à solas, quando con profundas voces comencè à pedir al Cielo mil venganças, como si el Cielo que permitia mi castigo, huviera de escucharme. Procedia mi dolor, viendo indicios tan patentes, de que me auia burlado Lisardo, dexando tambien testigos, que publicàran mi afrenta, como eran, auer ido à abrir el Monasterio, y auerse ausentado, pues en esto dexaua al arbitrio de cada vno, juzgar lo que quisiera: No quisiera repetir estos dolores, y à vereis lo grandes que podian ser; suplidme este periodo, y assi llegaremos antes à mi postrera caída, esta fue tratar de mi vengança, que à no concertarse tan al punto, juzgo que en aquella noche se cortara el flaco estambre de mi vida.

Llorosa, pues, de la manera que digo, me reclinè en los umbrales de mi casa, regandolos con dos fuentes de lagrimas, que desatadas de mis ojos, corrian hilo à hilo por la tierra. Y estan-

do desta suerte, veo que se llegó à mi, no menos que mi hermano Julio, que como despues me dixò, venia de acompañar à Lisardo, hasta dexarle fuera de la Ciudad. Y assi como me viò (ay de mi triste!) sin conocerme, comencò à preguntarme la causa de mi llanto, y considerando, que mi pena iba en aumento, mientras mas me preguntaua, y que aunque procuraba responderle, no podia, muy piadoso, y compasiuuo, me levantò del suelo con sus braços, y descubriendome el rostro, por limpiarme vn sudor frio, de que me iba cubriendo, à la luz de vna hacha, que ya auian encendido los criados, conociò ser yo su cara, y querida hermana, con que quedò tan mortal del dolor que sintiò en verme, que en muy gran le rato, que estubo abraçado de mi cuello, no acertò à mouer la lengua. Despues de pasado el prologo del dolor, en la forma que pude comencè à encarecele mi afrenta, culpando à Lisardo de traidor, llamandole falso amigo, mal Cauallero, y fingido, y falso amante, y esto con tan ayrados impulsos, que hasta las paredes que me oian las provocaua à vengança. Como Julio con lo que yo dezia adelantò el pensamiento à lo que podia ser aquel fracaso, reueltido yà del enojo, que bastaua, y despidiendo en colera las lagrimas, que encubria,

bria, hizo que me recogiese, y tomando al instante postas él, y sus dos criados, se partieron todos tres camino de Sevilla.

Lo que restava de la noche pasè en solloços, y suspiros, considerandome yà causa de tantos males, la que siempre auia sido estimada por exemplo de virtudes. Què mas males, que por la ocasion, que no quise euitar, verme puesta en vn pensamiento consentido? Y de este pensamiento deslizada en el deseo de executar la obra? Y de este deseo huida de la clausura (que aunque no hubo profesion, yà que no pecado, con todo, es ignominia.) Y deste arrojada en rayos de vengança? Siendo causadora, que fueran siguiendo à Lisardo para quitarle la vida. Què mas males puede causar vna muger insofrente? Què mas ruinas pueden seguirse por vna pecadora? Amaneciò, pues, el dia, no como otras vezes el Alvarisueña, Apolo brillante, y la luz alegre, sino todo ofuscado en crepusculos tenebrosos, y metido en vn capuz de pardas nubes; porque hasta los Astros parece que en su modo arrastran lutos, quãdo ven à vn alma muerta en el pecado. Así, pues, como abriò el dia, embie à mi antigua criada al Monasterio con vn recado, dandoles noticia de como me auia buuelto à mi casa, y que lo huviera hecho antes, si

no fuera por la verguença, que me cauaua auer de dezirles mi determinacion. Y que el auer hallado aquella noche la puerta abierta, no lo atribuyeran à mi mal proceder, sino al descuido de las zeladoras de la casa. Con esto quise assegurar el batallon de sospechas, en que todas las Monjas se metieran al punto que me echaran menos; pues en tal caso la que mejor presumiera de mi, me auia de destruir la opinion, y desluzir la fama. Antes que la criada traxera la respuesta, entrò Camacho en mi aposento, tan perdido el color, que fue mucho conocerle, y derribado à mis pies, me dixo con lagrimas, y suspiros, como su señor Lisardo se auia partido de este Mundo, mouido de las causas que hallaria en vna carta, que le dexò que me diese. Y que auiendole el estado toda la noche junto al Monasterio, para cumplir con lo que su señor le auia mandado, despues que preguntò por mi, no le auian dado por respuesta, sino mil valdones, y vituperios, hasta que entendida mi fuga, vino à mi casa à buscarme, y despedirse tambien para irse à vn yermo à procurar su salvacion. Sin mas preguntarle, abri la carta de Lisardo, que solas contenia estas palabras.

Teodora mia, al Cielo tenemos enojado, Dios se nos muestra sumamente ofendido, pues

con rigurosas amenazas me ha representado esta noche terribles castigos, que ya sin duda estuvieran executados, à no aucton ruegos prometido mil enmiendas. A vn desierto me parto, donde con asperas penitencias te juro, y prometo que rogarè à Dios tanto por tu alma, como por la mia. Si te ha alcanzado parte de mis exequias, yo se que estaràs muy otra: si no has visto nada, olvida el amor terreno, y date de veras al amor de Dios, que estàn nuestras almas muy à pique de perderse.

Como quien recuerda de vn profundo letargo, ù de las tinieblas sale à vistas de la luz, comencè à abrir los ojos de la consideracion à vistas desta carta, que repassandola vna, y muchas vezes, me llenò el alma de mil arrepentimientos. Allí se sepultaròn mis amores lascivos, allí murió mi aficion mundana, y con amores verdaderos, y con limpia aficion comencè à dezir, torciendome las manos: Ay Lisardo mio! mio nunca mas que agora, pues me aduiertes mi ceguedad, y por mi causa te apartas de los regalos del siglo: mio nunca mas que agora, pues me has llenado el alma de contricion, y por mi causa dexas tu linage illustre, olvidas tus años verdes, y en paramos sombríos vàs à sepultar tu juventud. Ay Lisardo mio! (bolvi à repetir) y que

mala correspondiente soy, pues quando tu vàs à hazer penitencias por mi alma, yo estoy despachando à quien te quite la vida. No quise alargar mas el llanto, sino despidiendo à Camacho con algunos escudos que le di de limosna, me determinè à salir en busca de mi hermano aquella noche, temiendo no executara la vengança. Vestida, pues, de aqueste disfraz, y aplicada vna mascarilla al rostro, me sali à la media noche de Salamanca, acompañada deste criado, que como tan fiel, y seguro, hize confiança de su persona. Hizimos largas jornadas, y llegando vna tarde, ya quando el Sol pisa las puertas del Ocaso, al montezuelo donde algunos de los que me escuchais me hallasteis, al eco de vn lastimado gemido, bolui la rienda al cavallo; y por presurosa que descendí à hablar al que se quexaua, ya con va Iesus deuotamente dicho, auia rendido el espíritu. Aunque tuve sospechas, no juzgàrà jamás que era Lisardo, segun tenia desemejado el rostro de las heridas, y golpes, hasta que reparando en los vestidos, conocí que eran los que hartas vezes auian visto mis ojos en el brioso cuerpo de Lisardo: aqui echò el resto el dolor, y despues de mil desmayos, no se las locuras que me hizo, que no ay que ponderarlas, quando la causa es tan graue, que prouoca à hazerlas.

Lisardo el que os he dicho, es el que hemos enterrado, saber quien lo ha muerto, ya os estará patente, pues os dixé como mi hermano salió en su seguimiento. Deziros los ruidos, y las sediciones que avrá en mi patria, no puedo, ni tendreis necesidad de que yo os lo pronostique, pues cada vno de vosotros sabrá colegirlas; si aora solo esperais mi determinacion, es de acabar penitente, de olvidar de vna vez al Mundo, de apartarme de sus ocasiones, de huir sus lazos, y de permanecer en estas soledades, pues son ellas el retiro donde se busca à Dios sin inquietudes; dilacion alguna yo no la he de admitir, porque no quiero que me objetén aquella sentencia: *Ay muchos en el Infierno, que murieron con proposito de hazer penitencia.* Antes quiero conformarme con aquella que dize: *Pues, no tienes hora cierta, la hora en que estas debes tener por vltima.* Ya que el demonio se ha vengado bien de mi, haziéndome tropezar en mis principios, haziéndome caer de la gracia, no he de consentir que se vengue en su vltimo ardid, que es la desesperacion. No he de desesperar de mi salud, quando procuro curarme con el Medico perfectissimo, que tomó el oficio de curar las almas con vnas entrañas dulcissimas de largueza, y piedad. Y si por esta

causa, quando David se vió enfermo, le llamava con mucha confianza para que fuera à curarle à su casa, y le dezia: *Hazme misericordia, Señor, porque estoy enfermo, y saname.* Y otras vezes lloroso: *Sana mi anima, porque ha pecado contra ti, y está enferma.* Quien, pues, ò señores, con mayores llantos, y con mas crecidas ansias podrá llamar à este Medico de salud, y dezirle: *Tened misericordia de mi, Medico Divino, según vuestra misericordia!* Quien à vista de las persecuciones que el mundo, demonio, y carne me han hecho, no dirá con el Profeta mismo: *No me echés, ni me apartés, Señor, de tu presencia, ni quites, Señor, de mí tu Divino Espiritu.* Y si la soledad, y memoria de la muerte, son los dos sagrados para huir del demonio, y buscar à Dios, quien estando ya en este yermo, y auiendo visto la tragedia que he contado, auia de ser tan sin consideracion, que se bolviere al Mundo? No estoy ya para andar à caza de los gustos, no estoy ya para burlarme; he visto en ver esse cadauer grandes cosas, hame dicho mucho estando muerto; y así, postrada ante vosotros, pido que me deis vuestra bendicion, y que mientras viva, guardandome secreto, no me descubrais, pues ya veis que fuera, con perdida de mi fama, causarme inquietudes en mi penitencia, en-

comendadme todos à Dios, que yo os prometo de acordarme de todos. Si os he dado mal exemplo, supla vuestra prudencia las ignorancias de mi juventud: si os he cansado, supla vuestro sufrimiento los yerros de mi lengua; que aueros hecho esta confesion, ha sido principio de mi humildad, y auer acertado à dezirla, ha sido prouidècia; que vn pecho femeníl se corre mucho, refiriendo sus faltas; y vn coraçõ despedazado, aunq̃ frague bien las razones, passa mucho dolor en ir enquadernado las palabras.

Acabò Teodora de referir el processo de su vida, quedando todos tan atonitos de su saber, y discrecion, de la fal de su dezir, y del modo de su hablar, como palmados de lo tragico de su discurso, de lo malogrado de su belleza, y de lo cõpasiuo de su edad. Ofrecieron guardarla el secreto que les auia pedido, sin que alguno se atreuiera à diuertirla de su parecer. Con esto Teodora, dando à su criado algunas joyas de valor, despues de auerle juramèntado, le despidiò amorosamente, haziendo que se lleuasse el cauallito en que ella auia venido. Luego al pũto se quitò sus ricos vestidos, y dandoselos à la casera de aquella santa Casa, la pidió muy humilde la dièsse algun saco de sayal con que cubrir su cuerpo. Diòle la muger vn habito de peregrina, quedandose Teodora tã

contenta, como si en el trueque huiera tenido vna grande ganancia. Enrico, que mas que todos se estaua remirando en ella, considerando que para la industria de su hija no auia menester otra maestra, se determinò à guiarla à la Caseria donde Leonor moraua, y así con mil ofertas, y con mil ruegos la llegó à pedir por merced le aceptasse aquel ofrecimiento, despues q̃ la huvo dicho lo oculto de aquel sitio, lo dispuesto para su pretension, y lo retirado para penitècia.

Teodora, como se hallaua tan obligada del fauor que Enrico la auia hecho, que aunque la pidiera otras cosas mas diuersas de su proposito, era justicia el darle gusto, aceptò con su peticion, y auendosi despido de los Mõges, salieron del Hospital al tiempo que la noche, cogiendo el negro manto, quebraua las vidrieras para q̃ saliesse el dia. En breue rato llegaron à la cabaña de Fabio, donde despidiendose de él, y de sus zagales, que ya aguardauan cuidadosos, caminaron Enrico, y Teodora solos, sin vereda, y sin camino, hasta llegar à la Alqueria, donde fueron recibidos con tanto gusto de los dueños, de dos hijas suyas, y de Leonor, que dada Teodora de sus frescas heridas, permitió algun lugar al regocijo, y mas viendo la disposicion de aquella selua para darles principio à sus mortificaciones.

## SOLEDAD SEGUNDA.

**P**OR Vn valle sombrío,  
 depósito de escarcha, nieue, y frío;  
 pues tal vez con la sombra q̄ haze el monte;  
 no ve la luz que deslumbrò à Factonte,  
 caminaua Lifardo,  
 pimpollo de la edad, joven gallardo;  
 que aunque Teodora le llorò por muerto;  
 à dar fin à la vida và al desierto.

Despues que à dos criados  
 los huvo despedido, bien pagados;  
 saliò sin compañía,  
 y trocò los vestidos que traia  
 con cierto peregrino,  
 que fue el que hallò Teodora en el camino;  
 tan hecho el rostro heridas, y pedazos,  
 que ella engañada, le llorò en sus brazos;

Por entre pardos riscos,  
 coronados de fresnos, y lentiscos;  
 pisa de Guadalupe las malezas,  
 repassando tristezas  
 de su tragica vida;  
 y viendo que la tarde và caída;  
 por los rastros de luz que dexa el coché;  
 busca vn alvergue en que passar la noche;

De vno en otro collado  
 discurre fatigado,  
 subiendose en los ombros de las peñas;  
 por si diuisa acaso algunas señas  
 de humilde choza, casa, ò alqueria;  
 mas en vano porfia,  
 porque las fierras donde està, son tales;  
 que no ay sino guaridas de animales.

Destas en vna, pues, horrenda gruta,  
 viendo que ya la luz toda se enluta,  
 entra, no sin temores,  
 especulando sombras entre horrores;  
 y temiendo allà dentro

## Y Desengaños del Mundo:

53

de algun fiero animal terrible encuentro;  
se queda à vn lado à mitigar el frio,  
sin penetrar los senos del vacio,

No sin algun cuidado,  
por vno, y otro lado  
presta de rato en rato atento oido;  
y el pequeño ruido  
que el ayre mucue entre las secas hojas;  
se llena de rezelos, y congoxas,  
y mas quando ya escucha  
passos que vn bulto dà con prisa mucha;

Ponese mas atento,  
y vè que macilento  
entra en la cueua vn jouen bien fornido;  
que vn saco trae vestido,  
larga la barba, grifos los cabellos;  
tan sepultado en ellos,  
que si la vista atenta no repara,  
era imposible discernir su cara.

Con vna grande lossa  
vee que cierra la puerta tenebrosa;  
entra mas dentro, y luego,  
hiriendo vn pedernal, enciende fuego;  
à cuya luz Lisardo mas brioso  
sale de lo escondido, y amoroso  
saluda al penitente,  
que con sollozos dize lo siguiente:

Quien eres ( ay de mi! ) quien te ha traide  
à este alvergue escondido?  
quien, dime, te ha guiado  
à este parage elado?  
sabiendo soy vn hombre  
el mas indigno de tener tal nombre;  
pues qual merecedor de pena eterna,  
no sè como me sufre esta caberna,

En sollozos la voz queda anegada,  
y Lisardo con voz mas lastimada  
le dize es peregrino,  
que ha errado por las breñas el camino;  
comiença à consolarle,

# Soledades de la Vida,

pidiendole que quiera a li ampararle  
por sola aquella noche,  
hasta que el Sol sus luzes desabroche:

**T**omale por la mano  
el huesped afligido, y muy humano  
mas adentro le mete,  
à vn hueco que le sirue de retrete:  
toman los dos asientos,  
cenan de lo que auia, y muy contentos  
al humoso calor de vnos tizonos,  
comiençan à enlazar varias razones.

**L**isardo recatado,  
con vn cuento estremado,  
otro se fingiò ser, y muy creido  
el dueño del alvergue, auiendo oido  
su relacion gustosa,  
limpia la faz llorosa,  
y dizele, supuesto que me escuchas,  
oye de vna maldad desgracias muchas.

**E**gino me apellido, este Orizonte  
tuve por cuna en mis primeros pasos;  
Truxillo fue mi patria, y qual Factonte,  
emprendi en la niñez muy arduos casos:  
tres años desterrado me viò vn monte,  
hasta que atropellando mil fracasos,  
dandome por dinero puerta franca,  
las Escuelas cursè de Salamanca.

**A**lli entretuve el tiempo, y en la ciencia  
no fui de los peores; antes lleno  
de ambicion, y soberuia, sin paciencia,  
à mi patria bolvi, del mal ageno  
que ya se me guardaua, pues Clemencia  
(harto inclemente para mi veneno)  
era ya la consorte de mi padre,  
por ser ya muerta mi querida madre.

**M**adrastra ha lè, mas era tan diuina  
en gala, gentileza, y hermosura,  
que como à madre el alma la destina,  
al punto que se hiriò de su luz pura:  
con esta beldad, pues, ya tan vezina,

voy à apagar tan misera amargura,  
despido finalmente la tristeza,  
y engolfome en el Mar de vna belleza;

**Antes mirè (cautela mal mirada)**

à mi madre Clemencia con recato;  
esto es, no pretendiendo della nada;  
fino vn amor honesto, vn liso trato:  
mas como era discreta, y auisada,  
aun esto no me daua muy varato;  
pues tal vez hize vn juego à lo villano,  
para tocar las flechas de su mano.

**Hablauala amoroso, y me escuchaua**  
con melindre tal vez, tal vez risueña;  
que como solo en burlas me trataua,  
ni con mostrarse menos zahareña,  
ni fingir lo enojado, que no estaua;  
causaua algun cuidado: mas que peña;  
comunicada ya con tal clemencia,  
dexàra de engendrar correspondencia?

**Deste comunicar, deste burlarnos,**  
desta honesta aficion, y deste juego;  
embidioso el demonio de mirarnos,  
leuantò tal motin à sangre, y fuego,  
que aunque pareciò facil apartarnos;  
dificultoso fue, pues quando llego  
à bolver sobre mi, me mirè en calma;  
presa la voluntad, cautiua el alma.

**Viendome en tal estado, y en tal punto;**  
hago por libertarme preuenciones,  
considero el peligro, y alli junto  
de mi padre el honor; con mil razones  
arguyo contra mi, y aunque barrunto  
quedar libre de tales tentaciones,  
despues que de reñirme estoy cansado,  
vengo à quedarme mas enamorado.

**Dexème, enfin, llevar de mi flaqueza,**  
porque à tanto llegò mi ardiente zelo;  
que en solo imaginar que tal belleza  
para mi era imposible en este suelo,  
me daua tal locura, y tal tristeza,

## Soledades de la Vida,

que ciego para el Mundo, sordo al Cielo;  
y sin temer el infernal Abismo,  
ser queria homicida de sí mismo.

Mi madrastra Clemencia descuidada  
de mi inquietud ardiente, y amorosa;  
jamàs conmigo andava recatada,  
antes siempre en mirarme licenciosa:  
quise ya declararme, mas mirada  
que es tan fiel, y tan casta como hermosa;  
temi perderme en semejante mengua;  
y así, por algun tiempo atè la lengua;

En el interim, pues, con trazas quiero  
algunas dar de mi pafsion señales;  
y así, al instante, pues, que considero  
que Clemencia me oye, con mortales  
suspiros la confundo, luego espero  
à que vea en mi rostro los raudales,  
que desatados de mis turbios ojos,  
à sus pies se vertian por despojos;

Otras vezes sentados en la mesa,  
aunque mi padre estaua allí delante;  
hago como que en verla ya me pesa,  
fingiendo deffazon en el semblante:  
buelvo à hazer de su luz al punto presa;  
quedando transportado en breue instante;  
y quando advierto ya que lo repara,  
mis ojos priuo de su hermosa cara.

Letras tal vez con el cuchillo formo  
sobre el blanco papel de los manteles;  
para darla à entender que así la informo;  
pues licitos no son otros papeles:  
pero aunque lo ya escrito mas reformo  
con palabras tan claras, como infieles,  
al cabo todo me firuiò tan poco,  
que jamàs conociò mi intento loco:

Vine tan alcançado ya de cuenta,  
que enferma el alma del mortal veneno;  
caygo en la cama, donde se acrecienta  
la pena de que estaua el cuerpo lleno:  
visitanme Doctores, y aunque intenta

## y DelengañosdelMundo.

41

cada qual con recetas de Galeno  
recuperarme la salud perdida,  
no dauan en el blanco de mi herida;

Las muchas diligencias de mi padre,  
viendo mi melancolico accidente,  
podrà ser que el oirlas no te quadre;  
passolas en silencio ; solamente  
referirè que mi diuina madre  
se mostrò en regalarme tan clemente;  
que à no causar mi mal su beldad pura,  
hallàra en su piedad alegre cura.

Ya me vi en el articulo de muerte,  
sin auer mi flaqueza descubierto,  
y viendo que morirne de tal suerte;  
era como quedar dos vezes muerto;  
desfato de la lengua el mudo fuerte,  
cierro à todo los ojos, y concierto  
que nadie me acompañe cierto dia;  
fino es la causa de la pena mia.

Sentòse, pues, Clemencia sobre el lecho;  
( de nueuo lloro, quando lo imagino )  
àzia mi cara reclinando el pecho,  
y abrafando su Sol claro, y diuino  
mi coracon, en lagrimas deshecho;  
què tienes ( dize ) di, querido Eginot  
què te affige? descubre lo que quieres,  
que te juro de hazer quanto pidieres.

Ay señora, respondo, y quien pudiera  
escusarte el pefar que darre entiendo;  
Ay de mi triste! y si posible fuera  
las llamas apagar que estàn ardiendo  
en vn pecho que el marmol trocò en cera;  
tan à mi costa , pues me estoy muriendo,  
y como me alegràra en mi tormenta!  
mas ya que no es posible, escucha atenta;

Dos vezes el Nouiembre espeluzado  
entre la escarcha se mirò desnudo;  
dos vezes de las nieues abramado,  
palsò el Diziembre entre tizanes mudos;  
y dos vezes de flores coronado

## Soledades de la Vida

el bello Abril falir triunfante pudo,  
sin que , oprimido de vna pena loca,  
me aya atreuido à despegar mi boca:

Dos años he callado, y como miro  
que ya me falta el alma, y ya el aliento;  
aunque es vn imposible à lo que aspiro,  
razon te quiero dar de mi tormento,  
que si la causa por quien vees suspiro,  
oye mi muerte, por ventura siento  
que querrà remediarme ; y si no quiere,  
ya sabrà vn desdichado por quien muere.

A vna beldad diuina, à vn Sol luciente  
rendi mi coraçon, y enfermò el alma  
de imaginar, alli lo que ay presente;  
mas engolfado en amorosa calma,  
vitoria se promete vn pretendiente,  
aunque sea imposible hallar la palma;  
tal me la prometì, mas ya vencido,  
muerto me hallo, quanto y mas perdido;

Enamorado estoy, Clemencia bella,  
la Dama es desigual à mi baxeza,  
porque avràs de saber que es Luna ella,  
que es quien tira del Sol mayor grandeza,  
y que yo soy vn giro de vna Estrella,  
que à sus pies la respeto por cabeça:  
Advierte, pues, si acaso Estrella alguna  
osará competencias con la Luna.

Padres, deudos, amigos, ni parientes  
no han de facilitarme este imposible,  
ni allanar los que he dicho inconuenientes;  
tu sola si , si à mi dolor terrible  
quieres mostrar, Clemencia, ojos clemêtes,  
tu me has de remediar, si conuenible  
tratas de reducir à la que adoro,  
con razones, que no podràs con oro.

No pude dezir mas, porque anegada  
la voz del llanto que assomò à los ojos,  
no pudo articularse. Quan turbada,  
desperdiciando los clauetes rojos  
sobre la hermosa felpa plateada,

## y Defengaños del Mundo.

43

de tanto Cielo diafanos despojos,  
quedaría Clemencia alli conmigo,  
tu lo pondera, en tantó que prosigo.

Que no entiende, con mil entendimiento,  
graue el semblante, y blandas las razones,  
se muestra à mis palabras, documentos  
les propone al principio à mis pasiones:  
mas viendo que son ya medicamentos  
en vano para mi, transmuciones  
haziendo de lo proprio que no ignora,  
assi me dize con su voz sonora.

Egino, de tu mal voy advertida,  
cuenta darè à tu padre, que no es justo  
que ignore tal dolencia, y conocida  
la Dama que me dizes de tu gusto,  
con nuestro poder todo, hazienda, y vida,  
sin perdonar trabajo, ni disgusto,  
haremos que la gozes muy vfano,  
y de cumplirlo doy palabra, y mano.

Diziendo estas palabras, se leuanta,  
mas yo, queriendo acabe de entenderme,  
travo de su cristal con furia tanta,  
que segun la mirè, temi perderme:  
dixela: Ya señora, no me espanta  
vergonçoso temor, bolved à verme,  
que vos tan solamente sois la Dama,  
que me tiene postrado en esta cama.

Viste la rosa, que al nacet el dia  
tiene vn no sè yo que de vergonçosa,  
de solo ver que el Sol con que se cria  
lisonjero la dize que està hermosa:  
però mirando yà la demasia  
con que su luz la trata congoxosa,  
queda tan desfabrida, y poco vfana,  
que viene à ser papel, lo que antes granat

Pues desta fuerte contemplè à Clemencia,  
hecha estubo vn clauel à las primeras  
palabras que la dixe, y sin paciencia,  
quando escuchò las que la hablè postreras,  
atendiendo à la poca reuerencia,

## Soledades de la Vida;

Salgò de sus dos Soles las vidrieras,  
miròme ayrada, y yendome à los fines;  
salpicò todo el rostro con jazmines.

Sueltame (dize) loco, ò darè voces;  
no tengo de soltarte, la replico,  
sin que cures mi mal, pues ya conoces  
que dando tu el remedio que me aplico;  
cobrarè la salud; anfi te gozes,  
que cuites vn gran daño, y te suplico  
remedies amorosa penas tantas  
à vn hombre que postrado està à tus plátas!

Esto diziendo, de la mano apelo  
à sus hermosos pies, que de mi asidos,  
de la cama arrojandome en el suelo,  
con mi boca los pongo tan cosidos,  
que pudo mitigar su dulce yelo  
el fuego de mis labios encendidos;  
y así mayor espacio me estuviera,  
si el ruido de entrar gente no sintiera!

Dissimulo mi pena, y buelvo al lecho,  
tambien Clemencia encubre sus rigores;  
mudamos de lenguaje, à mi despecho,  
y viendo que es mi padre, y los Doctores  
los que han entrado à verme sin prouecho;  
se despide Clemencia, y con dolores  
tan mortales me quedo en aquel punto,  
que todos me juzgaron ya difunto.

Mas viendo que mi mal es ya patente  
à la diuina causa por quien muero,  
trocando el melancolico accidente  
en vengança mortal, graue, y seuero,  
los Doctores despido, y impaciente  
à mi padre consulto (ò trance fiero!)  
pues por lograr amores de vna madre,  
son menester engaños para vn padre.

Finjole, pues, que mi melancolia,  
que mi mal, que mi pena, y que mi muerte  
tendrà fin con lleuarme en aquel dia  
à vna espaciosa Quinta, casa fuerte,  
donde ya con la flor que el Abril cria,

## y Dolengaños del Mundo.

45

ya con mirar como el cristal se vierte  
de vn pardo risco en perlas desatado,  
suele ponerse treguas al cuidado.

O que me acompañara, era mi intento;  
mi madrastra gentil, ò diuidido  
aliuio procurar à mi tormento,  
que en la Quinta, mi padre no advertido;  
era fuerça assistir, por mi contento,  
conmigo muchas noches, à quien pido  
me presten el reboço de su velo,  
para escalar las luzes de otro Cielo.

Quedòse en la Ciudad Clemencia bella;  
y aunque fingiò dolor por mi partida,  
la vi en las niñas de vna, y otra estrella;  
que el irme yo à morir la daua vida:  
mi padre, y yo partimos, pues, à aquella  
Quinta que ya te he dicho, y sumergida  
la memoria entre penas, y tormentos,  
comiença à vadear mil pensamientos.

Fième de vn criado, que es forçoso  
comunicar las penas, si son graues,  
este me contrahizo cauteloso.  
quantas pudo en mi casa buscar llaues;  
con estas me aclamaua vitorioso,  
si fiar de criados (ya lo sabes)  
no padeciera achaques de deshonra;  
pues solo siuen de arrastrar la honra.

De aquesta preuencion à los efetos  
passar intento, y digo que vna noche;  
Etiopè terceta en mis secretos,  
despues que el gran Planeta metiò el coche  
por los vndosos de cristal aprietos,  
siendo causa que Cintia desabroche  
los paralelos de su hermosa cuna,  
y en ausencias del Sol, presida Luna;

Aquesta noche, pues, mi padre estaua  
en la Quinta conmigo, y quando al sueño;  
debidas parias con quietud pagaua,  
me salgo con silencio no pequeño,  
y en vn potro que al ayre auentajaua,

sal:

## Soledades de la Vida,

salto ligero, y à bolar le enieno,  
pues del hierro sintiendo las cisuras,  
alas calçò à los pies por herraduras.

Enro por la Ciudad, llego à mi casa,  
abro el jardin, à vn sauce ato el cauallo;  
discurro por las flores, donde passa  
vn cristal detretido, canta vn gallo,  
à cuya voz tan triste, quanto escafa,  
vn buho corresponde: en escuchallo  
tiemblo, pues nunca en recamadas flores  
cantan los buhos, si los ruisenores.

Agüero fue infeliz el canto triste,  
mas vn hombre qual yo determinado;  
por todo rompe, à todo se resiste;  
abro otra puerta, aqui con mas cuidado  
camino con silencio, en quien consiste  
no despertar criada, ni criado:  
mas como tengo el tiento bien sabido,  
discurro à obscuras, sin hazer ruido.

Auiendo, pues, llegado à la antesala,  
donde estaua el retrete de Clemencia,  
deseo mas crecido amor exala  
de verme yà à la luz de su presencia:  
la llauè ajusto, y viendo que està mala,  
todas las voy probando sin paciècia;  
y para degollarme la fortuna,  
no puedo abrir de todas con ninguna;

Loco, precipitado, y impaciente  
buelua otra vez à barajar las llauès,  
y viendo no ay alguna que me alicente  
à quitarme del passo estarvos graues,  
valgome del puñal, y breuemente  
con golpes no, con cortes si suauès,  
en donde la cerraja mas se anima,  
abro de hasta tres dedos vna rima.

La mano meto apenas, quando siento  
dentro del aposento blandos passos;  
detengome confuso, escucho atento,  
temeroso el valor de mil fracaços;  
solo el oido aplico al aposento,

## y Defengaños del Mundo:

47

por ser tinieblas de la vista ocasos,  
quando por los resquicios poco abiertos,  
contemplo de vna luz rayos inciertos.

Por el que es de la llave angosto hueco  
la vista aplico, y veo que animando  
Clemencia está vna luz, q̄ ardiendo en seco  
en su pauesa se iba amortajando:  
juzgo que en acordarme otra vez pecco,  
pues llego a estar aqui considerando,  
que quiso tener lampara encendida  
en las vltimas visperas de vida.

Sobresaltada estava, y temerosa:  
medio desnuda estava, y tan vestida  
de púrpura, jazmin, clauel, y rosa,  
que aunque la olanda pudo dar cabida  
de que mi vista, algo licenciosa,  
llegasse hasta sus pechos diuertida,  
solo entre nueve vi, y aun esto apenas,  
dos apretados pomos de azucenas.

No aguardè vn punto mas, sino furioso  
la cerradura arranco de la puerta,  
y Clemencia con rostro pauroso,  
y dudosa quizá de estar despierta,  
hizo prologo vn ay tan lastimoso,  
que al salir por su boca medio abierta;  
de lastimas, y penas diò señales,  
bakiendo nueve lo que fue corales.

Voy à abraçarla, y ella resistiendo  
con flechas de cristal mis torpes manos;  
me reprehende, quanto mas me enciendo;  
de mi amorosa llama humos liuianos:  
con alhagos procuro irla venciendo,  
mas quando espeto ver ojos humanos,  
se desase de mi, qual tigre ingrata,  
y al ayre de vn suspiro la luz mata.

Alça entonces la voz, deshecha en llanto,  
huye de mi por todo el aposento,  
sus passos sigo, y aunque obscuro tanto,  
aqui, y alli tras ella corro à tiento:  
y quando ya vencida del quebranto,

perre:

## Soledades de la Vida,

pensè en ella lograr mi pensamiento,  
 oygo à mi padre, escucho à los criados;  
 y aquel de quien fiè, muy alterados;  
**Conoci la traicion, viendo el engaño;**  
 la esperança perdi, pero hecho vn loco;  
 huyendo el menos, busco el mayor daño;  
 pues dexando à Clemencia por vn poco,  
 en la puerta me planto ( caso extraño! )  
 y su umbral con los pies apenas toco,  
 quando del golpe que tirè primero,  
 saquè à mi padre el halito postrero.  
**Sin vida cae el que me diò la vida,**  
 desangrase à mis pies mi padre muerto;  
 los criados me aclaman patricida,  
 el alboroto crece sin concierto:  
 mas ciego yo de mi amorosa herida,  
 sin ver el fin dudoso, el caso incierto;  
 haziendoles huir à los criados,  
 vengar quise en Clemencia mis cuidados;  
**Arrebaro vna luz à vna estada,**  
 buelvo à cerrar colerico la puerta,  
 y juzgando que en lagrimas bañada  
 Clemencia està, del fulto medio muerta;  
 hallo que no parece, y bien mirada  
 la sala vna, y dos vezes, veo abierta  
 vna ventana que al jardin caia,  
 y oygo vn quejido que de allà subia;  
**Considero el fracaso, y qual difunto,**  
 perezoso el valor, tospe el aliento,  
 al funesto jardin baxè en vn punto,  
 fuime àzia aquella parte casi à tientos,  
 y al pie de vn jazmin casto ( buen asunto  
 de vn pecho que murió por casto intento )  
 vi que Clemencia ya con tristes fines  
 salpicaua con sangre los jazmines.  
**Estaua la ventana poco menos**  
 de cinco estados del jardin distante;  
 y aunque el prado tapetes la diò amenos;  
 y algun arbol la quiso ser su Atlante,  
 como escapò qual rayo de mis truenos,

mas muerta del dolor, que relumbrante;  
se estrellò entre las flores de tal suerte,  
que las preuino tumba de su muerte.

La vltima razon articulaua,  
( que fue dezir, Iesus) quando en mis braços  
lleguè à mirar cadauer lo que amaua,  
su rostro celestial hecho pedazos,  
muertas las luzes con que me alumbraua;  
desperdiciados sus dorados lazos,  
y buelta, enfin, la imagen mas hermosa  
deshojado jazmin, marchita rosa.

Contarte qual quedè , serà escusado;  
pues ya echaràs de ver qual quedaria;  
mi padre entre su sangre rebolcado,  
Clemencia ahogada en mares que vertia;  
yo, la causa de todo, salpicado  
del estrago sangriento que hecho auia,  
causa para bolverme era bastante  
elado marmol, en lugar de amante.

O ya por los criados , o el ruido,  
toda la vezindad despierta sientò,  
ya dentro de la casa el alarido  
niere con voces lugubres el viento:  
ya de todos el calo mal sabido,  
confusiones embuelve en sentimientos;  
y yo por escusar mi muerte cierta,  
por la puerta escapè, que dexè abierta.

Fueme el tener cauallo gran ventura,  
pues asi me escapè de mil espadas,  
diòme ayuda tambien la noche obscura,  
impidiendo siguiessen mis pisadas:  
y enfin, el emboscar me en la espesura,  
me assegurò mil penas rezeladas,  
hasta que al declinar la noche fria,  
por bofrezos del Alua saliò el dia.

Con su luz pude ver desde vn collado  
vn pequeño Conuento, donde al punto  
el passo enderecè, y auiendo entrado,  
viendome todos de color difunto,  
à preguntar conuençan mi cuidado,

## Soledades de la Vida,

yo con sollozos, tema de mi asunto,  
 predico mis delitos de tal modo,  
 que pasmado quedò el Conuento todo:  
 Allí estuve tres dias recogido,  
 llorando mi pecado amargamente:  
 pedi la confesion muy compungido,  
 de la qual escapè mas penitente:  
 y auriendome del Mundo despedido,  
 sin osar parecer adonde ay gente,  
 vine buscando las incultas breñas,  
 à ocupar lo rajado destas peñas.

Catorze vezes el elado Enero  
 me viò qual èl desnudo entre la nieue:  
 catorze vezes riguroso, y fiero  
 hizo Março con vientos lo que debe:  
 catorze vezes el Abril, xilguero  
 del prado, que en sus flores perlas bebe,  
 hizo en las plantas tan florido ensayo,  
 que y à los campos le juzgauan Mayo.

Todo este tiempo ha que aqui metido  
 lloro mi culpa, y gimo mi pecado,  
 al pedazo de pan solo atenido,  
 que el passagero ofrece de buen grado:  
 y tal vez, de la hambre compelido,  
 por las Aldeas pido disfrazado:  
 yo soy el que te he dicho, mira agora  
 si ay mas mal hombre en quanto Febo dora.

Callò Eginò, y Lisardo,  
 con pena mucha, con lenguaje tardo,  
 à hablar acierta apenas,  
 no tanto de escuchar tragicas penas,  
 (que aquellas por muy pocas las juzgaua,  
 segun las que en su pecho repassaua)  
 quanto de ver que vna amagada culpa  
 mil penitencias pìe por disculpa.

Cada qual entre si pienta sus males,  
 suspiros desiguales  
 llenan del ayre el espacioso seno:  
 cada qual tiene lleno  
 de lagrimas el rostro, aunque procura

## y Desengaños del Mundo.

51

encubrir tu amargura,  
hasta que ya la pena bien sentida,  
à que duerman, el sueño los combida:

De palida retama  
aderezan los dos mullida cama,  
y aunque à ratos el frio los affige;  
aun vna manta no ay que los cobige,  
que para la maleza,  
fuera mucha grandeza,  
si la ropa tuviessen por abrigo,  
que lleua encima vn misero mendigo:

Con la incomodidad duermen contentos,  
y quando sin alientos  
llorando el Alua muda  
huye del Sol, porque la vee desnuda,  
à cuyo lloro entre la noche fria,  
por cancelles de luz assoma el dia,  
dexan la dura cama,  
y à abrir salen al Sol, que ya los llama:

Salen, pues, de la cueua,  
y luego Eginio lleua  
por peñas, y pedriscos,  
que desmoronan los cadutos riscos;  
à Lisardo al camino;  
y con amor inmenso, y peregrino,  
aunque el dolor les sirue de embaraços,  
se despiden alli con mil abraços.

## SOLEDAD TERCERA.

**Y**A El Alua en su recamado  
lecho estaua trençandola  
madeja rica de sus lucidos cabellos,  
y el Sol en su regazo despertaua  
con alegre risa, brujuleando  
sus rayos por las doradas rexa  
del Oriente: ya la luz madrugadora,  
amortiguando Estrellas,  
se comunicaua à las plantas, y ya  
las aues desde el lecho de sus ni-

dos començauan con gorjeos à  
darse los buenos dias, quando  
levantandose Lisardo de la mal  
mullida cama, y despedido con  
lagrimas de la humilde compa-  
ña, començò à penetrar lo mas  
quebrado de la selua. Caminò  
vn gran rato por la loma de vn  
collado, por apercebir assi me-  
jor las señas del camino, que bu-

caua, y llegando al fin donde se descollaua vn risco, ò por apartarse de la aspereza del monte, ò por mirar correr à vn arroyuelo por la llanura del valle, le fue forzoso torcer los pasos por vna ladera, hasta baxar poco à poco à la falda del peñasco. Quiso cruzar el arroyo, pero apenas con vn pie rompiò sus cristales, quando fue remora de el otro vna voz profunda, que herida por los concabos de las peñas, pronunciaua el eco estas palabras: *Gracias à Dios, y à Santa Maria, pues veo otro dia.* Suspenso quedò Lisardo, mirando à todas partes, sin saber què hazerle, hasta que derramando la vista por las roturas del risco, diuisò vna pequeña gruta, à la puerta de la qual estaua Enrico arrodillado, vestido de toscas pieles, dando gracias por la venida de el dia. No aguardò mas Lisardo, sino dexando el comenzado intento, trepò por el monte arriba, hasta ponerse en la presencia del pastor penitente, que asì como le viò, le salió à recibir con mucho agrado; y despues de saludarse, no con tantas ceremonias como enseña la politica en las Ciudades, pero si con los deseos amorosos que engendra la soledad, comenzaron à preguntarse el vno al otro alternativamente la causa de su disignio: dixo Lisardo su intento, ahogado en muchos follozos;

si bien, dilatando la relacion de su vida para ocasion mas oportuna, que como veia à Enrico en aquel trage, no le juzgau capaz para Secretario de sus tragicos sucessos; que no es prudencia referir tragedias à quien, ò no es capaz de saberlas creer, ò no alcanza talento para poderlas sentir. Enrico, que en el razonar de Lisardo, casi tuvo bislumbres de quien era, y en el modo del dezir, conociò lo bien que sabia, despues de auerle escuchado mil periodos de razones bien sentidas, con algunos digressos, aunque al descuido, bien acomodados: abraçòle estrechamente, y mano à mano se fueron à assentar al repecho de vna peñ, en cuyas faldas de yerua bien texidas, vn melindroso cristal, boftezo de vna fuente, se estaua entreteniendo, qual niño entre las guijas, ò qual aspid de plata entre las flores. Sentados en este puesto, rompiò Enrico la voz con vn profundo suspiro, y con buen lenguaje, comenzó à ordenar estas palabras.

Conozco, Cauallero, en vuestro modo de hablar, que sois mas de lo que pareceis; deslucis con rodeos la causa que os ha mouido al intento que auéis dicho, y por buen arte desmentis con razones diferentes lo proprio que sois: Ya os entiendo, y no me admiro que escuseis el descubriros à quien nunca auéis hablado.

Lo mismo he guardado yo con otras personas, porque aun en las soledades no todas vezes se pueden publicar delitos. Escuchad, pues, mi tragedia, que se os ha de seruir de pauta, para que rigiendo sin temores la pluma de vuestra lengua, me hagais con menos digressos relacion de vuestra vida. Auila, Ciudad de Castilla, tan noble, que hasta en las piedras de sus edificios cãpea la nobleza de sus mayores trofeos, fue mi patria, viendo en vno de sus solares los primeros giros de la luz, y recioiendo en vna de sus Iglesias las primeras lumbres de la Fè, con el agua santa del Bautismo. Mi nõbre propio es Enrico, mi familia, si no de las mas soberbias, no fue de las mas humildes; sangre hidalga heredè de mis padres, y en vn mayorazgo hasta mil ducados de renta; quedè me solo casi en las primeras mantillas que me aliõ mi suerte, señal bastante para pronosticarme desgracias, porque criarse sin doctrina de los padres, es vna de las mayores desdichas. Hizose cargo de mi vn deudo no muy cercano, que hasta en esto fui infeliz: pues yo creo que ya foi el vltimo descendiente de mi casa; mas esta golosina de auer dinero, siempre engendra parientes, aunque se halle vn hombre entre los remotos Indios: criè me tan traueso de pequeño, que escapando de

mis manos los muchachos à vezes descalabrados, y à vezes mal heridos, me pusieron por renõbre, el diablo de la Parroquia, y quando ya mancebo, creciendo con la edad el rumbo, dieron todos en apellidarme el valiente, titulo que lo estimaua yo en mucho, por verme respetado, y temido. Llevado desta ambicion, apenas pude entender los primeros rudimentos de la lengua Latina, quando arrimando los libros, puse todos mis deseos en las armas, jugar vna espada, esgrimir vn montante, blandir vna pica, y hazer mal à vn cauallo eran mis quotidianos exercicios. Siempre fui muy seruicial, y agradable para con todos, y assi, aunque nunca me la hizo ninguno, que no me la pagasse, pues tal vez amenazas hechas à mis espaldas, las castigù cara à cara con heridas, di en agauillar tantos amigos, que eran ya muy pocos los que no se dignauan de tener mi correspondencia. En medio, pues de mis mocedades, y quando estàn mas en su punto las trauesuras, vi à vna Dama, y pareciendome hermosa, la comencè à seruir. No quiero quebrarte la cabeça cõ metáforas, y encarecimientos, porque centar estas cosas à quien sabe su entidad, mas sirue de cansarle, que de diuertirle; porque la metáfora de las mexillas rosas, el apodo del clauel à los labios, y el

simil de las Estrellas à los ojos, si tu sabes que esto es pintar, para què te lo tengo de dezir? Basta, pues, dezirte, que me pareció hermosa, y q̄ esta fue causa bastante para quererla. Era la doncella noble, pero muy poco hazendada, dos requisitos forçosos para ser agradecida, porque la nobleza siempre fue cortès, y el poco tener, siempre es agradable. Estaua baxo del amparo de vna tia suya, que no lo tuve à poca fuerte, por ser ya vn grado menos de suegra, ò suegra en segundo grado; y así con esperanças muy ciertas comencè à entablar mi pretension, sin dar cuènta à nadie de mis amigos; aunque para los recados me fue forçoso el fiarme de vna esclaua, pension desdichada de amantes, pues se han de descubrir à tales personas, quando no quieren que el amigo mas discreto entienda sus pensamientos. A esta esclaua, pues, de Doña Mencia (que este era el nombre de la tia de mi Dama), la di con vn doblon el primer papel, encargandola el secreto por todos los modos que se acostumbra. Lo que la escriui fue esto.

*Papel de Enrico à Leonor.*

Diuina Doña Leonor (este era su nombre) pagado de vuestra hermosura, me determino à seruir, mas no me parece cordura hazer galanteos, hasta saber si en la pretension ay dificultad

des, porque si las ay, saldè muy desayrado, apartandome despues de auer començado à seruir; y si comienço, aunque las aya, dexarè la vida primero que dexaros. Mis partes ya las sabeis, mi proceder os es notorio, mi hazienda no se os encubre; y así, dexo el hazer ofrecimientos, quando por esta os sacrificio mi volùrad. Vuestro esclauo Enrico.

No contenia el papel mas palabras que estas, porque he sido poco Poeta en afeminar conceptos, que bradero de cabeça, y mas quando llega à manos de quien no lo entiende, ò à quien abomina del que lo escriue. Toda vna tarde estuve esperando la respuesta, no vino la esclaua, acostème disgustado, madrugùe al otro dia, y fuime à tomar el fresco à San Vicente, mi passeio ordinario las tardes, y mañanas. Sali con intencion de aguardar allí à Doña Mencia, là qual tenia de costumbre el ir sola con su esclaua à oir Misa los mas dias à aquella santa Iglesia. Sucediòme bien, pues apenas huve llegado, quando las vi venir à las dos; y haziendo la cortesia que otras vezes, sin añadir mas ceremonia, como algunos, que en el modo de el hablar publican à quien pretenden, me puse atento à mirar si la esclaua me daua muestras de alguna cosa. Ella, que entendió mis designios, me hizo vna seña, y con mucho re-

ca-

erato dexò caer vn papel en el suelo. Yo, quando le vi, quise con mucho alborozo ir à cogérle; pero reparando en q̄ no me viera alguno, tendi la vista à todas partes, y al bolver la cabeça, hallè ya casi à mi lado à D. Juan del Aguila, pariente muy cercano de Leonor, y muy amigo mio. Hallème en vn instante atajado de dos inconvenientes, pues dexandole passar, era forçoso tropezar con el papel, y descubriese la eleccion de mi intento, ò el desprecio de mi altivez; y si le detenía, estaua el papel del mismo modo expuesto à dar en manos del que primero passasse. A la industria remiti la solució de este empeño; y assi, saludando à D. Juan con mucho agrado, le dixè: aunque os parezca lisonja, he de deziròs lo que agora estaua imaginando; biè veis desde aqui todos aquellos remates de piedra que adornando la techumbre de este Templo, sirven tambien de estriuos para reparar los arcos, pues hanme dicho que ha poco que se sentò vna aguila sobre vno dellos, que es aquel septimo en orden, contando desde esta orilla, y que viniendo diuersas aues, y ocupando los demás, se leuantò el aguila, y se subió sobre aquella excelta punta, que respeto de las otras, sirve de corona al edificio, como dando à entender que la Reyna de las aues ha de tener mas encumbra-

do su asiento. Mientras yo iba haziendo esta arenga, y D. Juan diuertido iba atendiendo à todas las partes que yo le señalaua, me fui acercando poco à poco al lugar en donde estaua el papel, y echandole el pie encima, me prometí las albricias del feliz suceso, porque à cabo de poco rato, haziendo vn lienço caedizo, pude à bueltas del leuantarle, sin que Don Juan tuvièsse etrupulo de mi enredo; antes fui en el caso de mi cuento fingido, me pidió le declarasse lo que queria dezirle en aquel similitud: à que yo le respondi, que no era justo que el Aguila solatiega de tu Casa anduvièsse tan humilde con las demás, quando cõ mucho titulo pudiera leuantar buelo sobre todas. Salieronle colores, tratòme amigablemente de lisonjero, y entrádote en la Iglesia, me diò lugar para bolverme à mi casa, que no quise sino en ella saber el fin de mi despacho, porque aunque vn campo ofrezca oportunidades, y lo oculto de vna calle preste tiempo, no es justo que papeles de Damas se lean en lugares semejantes, pues en la vna parte las aues lo veen, quando no huvièra otros lince; y en la otra las paredes oyen, à falta de otras escuchas. Aorí, pues, el papel, donde pude leer las razones siguientes.

*Papel de Doña Leonor à Enrico:*  
Señor Enrico, vuestro papel he

leido, y he hallado en él las dificultades que me preguntais, porque si dezis que es sola mi hermosura la que os mueve à pretenderme, esta se marchita facilmente, ò con el trato del tiempo, ò con el accidente de vna calentura; y assi, es clara consecuencia, que no me querreis en no mirandome hermosa. Yo no puedo estarlo siempre, por lo qual quiero desengañaros, para que despues no me culpeis. Solo os digo que no ha de mouerme à quererlos, ni lo quantioso de vuestra hazienda, ni lo bizarro de vuestra valentia, porque lo vno es renta de la fortuna, y esta no siempre permanece estable; y lo otro es vn accidente del animo, y lo que es accidente suele acabar lo la edad. La limpieza de la sangre es la calidad mayor, y el noble proceder la mayor gracia; con esto me entenderéis. Dios os guarde. Doña Leonor.

Quedè tan enamorado de las discretas razones, que sin dar lugar à mas dilacion, me determinè à ir en persona à pedirla por esposa: resolucion fue, que pudo costarme cara; mas quando vn animo belicoso aguarda los terminos, ni puntillos de el amor? Aguardè, pues, que boluiera de Missa Doña Mencia, y quando ya supe que estaua en su casa, fui à ella, acompañado de dos criados que dexè à la puerta, y pedí licencia para besarla la mano,

fue me concedida, entrè dentro; diòme silla junto à su estrado, y despues de las debidas cortesias, y otros muchos cumplimientos (preambulos que no se escusan en la relacion de vna visita) propuse en breues razones mi embaxada, à que la venerable vieja estuvo muy atenta, pero con crecidas muestras de inquietud. Y el caso es, como supe despues, que esta señora andaua sollicita para que vn deudo suyo, hombre de sesenta años, pero con sesenta mil ducados de hazienda, y sin heredero, se casasse con su sobrina, con espektatiua que el viejo se moriria presto, y con golosina de que quedando Leonor tan rica, hallaria despues grandiosos casamientos; linda locura, en laçar vnas flores de quinze años, con las canas verdes de vn caduco tronco: voy à la respuesta, que fue en esta forma.

Confieso, señor Enrico, el favor que nos hazeis à mi sobrina, y à mi en lo poco que nos pedis, y en lo mucho que nos ofreceis, pues con vuestra noble sangre podeis dar nobleza, y con vuestra hazienda podeis hallar calificados casamientos; pero Leonor tiene diuerso parecer de el que imaginais, porque con la poca dote que la dexaron sus padres, està determinada à entrar-se en vn Conuento, eleccion tan santa, que yo no puedo contradizirla, antes estoy determina-

da de ir à acompañarla. Fuera desto, la muchacha es aora muy niña para cosas en que se requiere tanta prudencia; y así, no será razón darla parte de vuestro intento: dexadla, señor, pasarán algunos días, y entonces con mas madurez sabremos su determinacion, que si fuere para daros la mano, no podrá auer para mi cosa de mas contento.

No quise dexarla passar adelante, sino algo amoltazado, si bien, con disimulo, la roguè, que supuesto que por entonces no auia remedio para mi pretensa, por lo menos me hiziesse favor de no despedirme, sin q gozasse de la presencia de Leonor. Respondiòme con mucha desazon, que estaua indispuetta, y que no se acostumbraua dar tanta mano à los pretendientes; que aun aquella visita era, ò sobras de temeridad, ò muestras de còfiado. No pude disimular ya el enojo, sino arrojando la silla, la dixè: De què importancia, señoras, que vos me hagais melindres, quando yo quiero à Leonor, y Doña Leonor me quiere? No ay tal, respondiò la vieja, dandose dos, ò tres vezes contra vn cogin, y alçando la voz, començò à dezir que por sola la despreciaua, y que por pobre se le atreuian. Bien crei yo que al ruido saliera Leonor à ser el Iris de la tempestad, que por ver sus hermosos arreboles, diera por bien

la pesadumbre, pero era mas discreta que su tia, y en no salir diò muestras de su mucha cordura. Acertò à passar por la calle en esta sazón D. Iuan del Aguila, que oyendo las voces de su tia, y viendo mis criados à la puerta, terciando la capa, y metiendo mano, entrò furioso à saber la ocasion, à tiempo que yo salia ya por el zaguan, bien descuidado de encuentro semejante: pero al verle de aquella forma, recibile tambien con la espada desnuda, que en tales casos no es prudencia, sino temeridad, reparar con solas palabras vnos primeros movimientos. Dixele: D. Iuan, tenos, escuchad razones, y si estas aueriguadas, os pareciere reñir, bien sabeis que no soy hombre que buelvo las espaldas. Reportòse con esto, y así en breue le contè mi pretension, y le referi lo que con Doña Mencía me auia passado. Era D. Iuan discreto, y como tal mostròse agradedido à mi eleccion, y como amigo me reprehendiò aquellos arrojos de auerme descompuesto con tu tia, y de auer ido à tratar aquel negocio por mi propria persona. Escuchò mis descargos, aunque leues, y ofreciòme ser el solicitador que allanasse todas las dificultades, con que nos despedimos, yo para mi casa, y èl à consolar à su parienta, que todavia estava atemorizada de mi furia.

Melancolico anduve toda aquella tarde, y quando ya la noche comēçaua à ceñirse el apretador de Estrellas sobre frente de azauache (porque hasta vna noche negra se adereza en su modo para parecer hermosa) tomé la pluma para escriuir à Leonor; pero inquietòme el pulso oír golpes à la puerta. Mandè que abriesen, y oyendo que regateauan dar el recado, rezelo- to de mi dicha, baxè al punto, y viendo à la esclaua, la recibí con abraços. Diòme vn papel, y yo para pagarla el porte de los dos, la puse en las manos vnos doblones, con que la despedí contenta: Dexando el escriuir, me puse à leer, aunque fueron solas estas razones.

*Doña Leonor à Enrico.*

Aficionada os estoy, no he de negarlo, pero me teneis enojada, y si no es à vos en persona, no he de fiar mi sentimiento; y así, si gustais de oírme, venid en dando las doze, que en la ventana que cae al muro os aguardo. Dios os guarde.

Contarte agora mis contentos, aunque con aquellas interpolaciones de què querrà dezirme? què será su enfado? si me hablarà amorosa? si me despedirá enojada? y otras imaginaciones semejantes, escusado juzgo que será, pues dudo dexes de auer pasado por ellos. Dexolo en silencio, y passo adelante. Dieron las

doze, y bien aderezado de vna cota, estoque, broquel, y vn par de piltoleres (que para semejantes apreturas nunca estos instrumentos enfadan en la pretina) me fui al puesto señalado, donde hallè à la morena, que estaua en atalaya, la qual así como me sintió en la calle, se quitò de la ventana, para que Doña Leonor saliesse à hablarme. Buen similitud se pierde aqui de la huida de la noche, quando despierta el dia, y del retirarse las tinieblas para que la luz amanezca. No quiero detenerme, y mas quando vees que Leonor me espera en la ventana. Lleguème à ella, y aunque hasta aquel punto auia sido poco tiempo, le dixè amoroso de esta suerte.

Quando, señora mia, he merecido los fauores que me hazeis, pues en tan breue tiempo hallo tanto grangeado? Quando fue vuestra hermosura merecedora de tã mal empleo? y quando mereciò vuestra discrecion mi tosca correspondencia? pero os juro à fe de quien soy, que todo lo que os debo de fauor, me debeis de voluntad. Y si el enfado que teneis, es acaso auer vitto el arrojito con que oy lleguè à pedirlos, disculpad mi ignorancia, y atribuid la culpa à vuestra discrecion, porque viendola tan grande en aquel papel que me embiasteis, no acertè à responderos por escrito; y por no dexar de ref-

responderos, hize aquella locura, aunque no fue, sino acierto, pues à sido causa de llegar à hablaros. No tengo que ponderar mi enojo (respondiò Doña Leonor) quando confessis vuestra culpa, mas estoy muy sentida de ver que auiendo comenzado por mi à saber mi voluntad, quisisteis, sin aguardar mi resolucion, negociar mas presto por mi tia: pues à fee, señor Enrico, que si supierais su intencion, aguardarais antes vn año de mis esperas, que vn dia de su despacho. Humedecieronse los ojos, diciendo estas palabras; y aunque atrauesò dissimulos, se vertieron mas de quatro perlas. Enterneciòme su lloro, y preguntando la causa, me hizo larga relacion de lo que ya te he referido acerca del casamiento de el viejo defenta. Yo la consolè lo mejor que pude, mostròse agradecida, ofrecila mi amparo, prometióme voluntad, hizela promessas, diòme palabras, y despues que con estas mostramos conformes las voluntades, ò las almas unidas, como suele dezirse, mereci por gran fauor tocar vna de las manos.

Ya el Alua con esperezos nos anunciaua al dia, quando llegó la esclaua vigilante à dezir, que ya era hora de recoger nos, porque sentia à la vieja despierta (achagues de edad castuca padezer de velos) y así sin mas dete-

cion nos despedimos, no con principios de amantes, sino con fines de esposos. Tres, ò quatro dias passè con aqueste gusto, preuiniendo todo lo necesario para celebrar mis bodas; y como ya por vna parte Don Iuan auia dado cuenta à sus deudos, y por otra Doña Mencia auia publicado mis cuidados, estaponiendo estorvos con achacarme trauefuras, y aquel sollicitando medios con referir mis partes, comencè yà à ser el mantenedor de parabienes, que los recibí muy grandes de todo lo noble de la Ciudad: pues fueron pocos los Caualleros que no se alegraron, siquiera por verme quieto (que esto de casarse, dicen que es freno de la mas briola juventud) pero como vn amigo me dixesse en secreto, mirad lo que hazeis, que à esta señora la galantea Don Claudio, hijo del Corregidor, dexòme tan sin sentido, que aunque quise dissimular la passion, se assomò al rostro el veneno. Agradecile el auiso, y sin dar cuenta à Leonor, (aunque si de mi ausencia) divulguè por la Ciudad, que me partia à Madrid à còprar las joyas. La causa tan verisimil de tener dudas partime vna mañana à hora que todos me viessem, y cerrando la noche, me bolui à la Ciudad deste vn espeo de que, donde estuve escòdido. Ya dexè apercebido ya eriado, y me

vn postigo abierto; y así, sin que me viesse ninguno, me entré à las diez en mi casa. Vestime de noche con el disfraz que pude, y bien armado, me fui à la calle de Leonor. Rodeè toda su casa, requeri con la vista las ventanas, y con el oido atalayè lo que pude por las puertas. No hallè cosa con que me descontentasse, hasta que à cabo de rato senti que entrava vna tropa de gente por la vna boca de la calle. Retirè me à la otra parte, ya con las inquietudes de zeloso, quando con mucho donaire oí templar dos instrumentos, frontero de aquella rexa, en que contraxe con Leonor mis desposorios. Quise padecer con esperar, para averiguar mejor en el hazer. Acabaron de templar los Musicos, y à tres voces cantaron este Romance.

Escucha, diuina ingrata,  
 mis queexas, si acaso duermes,  
 y dame siquiera oidos,  
 ya que otros faouores niegues.

Apenas comencè à amarte,  
 quando casarte pretendes,  
 sin mirar que tus desvios,  
 seràn laços de mi muerte.

Diràs que no debes nada,  
 y aun negaràs conocerte,  
 mas si el alma me has robado,  
 porquè has de negar q̄ debes?

Ten amor, si eres discreta,  
 à quien amores te ofrece,  
 por que en viento valentias,

es niño el Amor, y tēmè:  
 No sientas hazer mudança,  
 quando la ventaja aduiertes;  
 y por costùbre, no es mengua  
 la mudanca en las mugeres.  
 No temas al valenton,  
 que todos somos valientes;  
 y en materias amorosas,  
 el que mas vale mas puede.

Basta, no cantéis mas (dixo el protector de la musica, que conoci ser el referido Don Claudio) y puedo dezirte con verdad que me quitò à mi la palabra de la boca, porque amoltazado de ver que quisiesse comèçar à pretender, quando yo estaua casi en possession, me estaua abroquelando para ir à dezirles que callassen, pero detuve los passos, escuchando, que por la misma calle que entraron, llegò determinada otra quadrilla con mi mismo intento, porq̄ como despues supe, era el viejo pretendiente, que quizà picado de zelos, viendo que se le casaua la moça con que la tia le hazia ofrecimientos, quiso tambien rondarla la calle, y hazer su demostracion, que no fue poco para vn hombre de su edad. Barajaronse todos à cuchilladas, hasta que los vnos en pos de los otros dexaron la calle limpia. Yo me estuve quedo, quando vi el motin confuso, porque es dislate entarte à reñir à ciegas con los que estàn riendo, quando no pue-

pueden distinguirse los que son contrarios. Fuera desto, quise estar me à la vista de las rexas, por si se davan algunas muestras de agradecimiento. Puseme à escuchar, à tiempo que la esclava colerica, ò impaciente, abrió vn postiguillo de la ventana, y juzgando que era yo alguno de los contenidos, començò à hazer mil amenazas, y desafueros, cosa que me diò notable gusto, porque quando las criadas, estando ausente el dueño, andan tan fieles, no ay para què tener sospechas de la Dama. A este tiempo senti que à mucha priessa venia vno desempedrando la calle, de quien no quise esconderme, y sucediòme bien, porque era Don Claudio, que juzgandome por vno de sus criados, me dixo: Fernando, pues que ya aueis hecho abrir, dexad passar à mi padre, que viene en mi seguimiento, y dad por essa ventana este papel, pues veis lo que me importa. En su primera razon conoci, que auia dexado à alguno, para que llamasse à las rexas, y el que fue anduvo cuerdo en no quedar se, pues por lo menos fuera descalabrado. Dexandome el villere el engañado D. Claudio, siguiò

su dertota, y yo despues de auer visto que el Corregidor torciò por otra parte, quise con el papel intentar otra prueba; que en auiendo zelos en vn pecho, con nada se assegura; y assi, disimulando la voz lo que me fue posible, començè à agastajar à la esclava, haziédola intercessora de mi deshonor, y pidiendola con ofertas, tomasse aquel papel, y se le diera à Leonor. Con honrado brio me respondiò la morena: señor galàn, desocupad esta calle, y baste el alboroto que causado aueis en ella, sin que intenteis dar à mi señora nueva pesadumbre, porque quando yo fuera tan mal mirada, que la lleuàra el papel, estoy satisfecha que à mi madre echàra de casa, y à vos os remitiera el papel sin abrirle, ò si leerle, le consumiera en cenizas, ò le arrojàra en pedazos. Apenas dixo esto, quando dandome con las ventanas en los ojos, se entrò dentro, y me dexò sin genero de sospecha; aunque maquinando venganças contra mis opositores. Desocupè el puesto por aquella noche, fuime à casa, abri el papel, que contenia este Soneto, el qual encomendè à la memoria.

Elechandome el Amor su harpon ardiente,  
me diò en el alma tan mortal herida,  
que ya por ella se aflomò la vida  
à contar mis desgracias à la gente.  
Acudiò con la herida vn accidente,

## Soliedades de la Vida,

y si al dolor le dexo hallar cabida,  
 rayo fuera la pena detenida,  
 que me abrafara el coraçon doliente.  
 Enfermo assi, zeloso, y mal herido,  
 à pedir vna gracia acostumbrada  
 llego, bella Leonor, à vuestra puerta:  
 Las dos letras de yn si tan solo os pido,  
 y no es justo tengais puerta cerrada  
 à quien para vos tiene el alma abierta:

Ya avràs visto que el Soneto para el proposito es razonable, que el pretendiente andaua de poco juicio en pretender por Poeta, que anduvo poco galàn en encomendar el papel, estando en la ventana à quien pudiera darle, y que mostrò mucho miedo en huir tan de corrida. Todo esto avràs considerado, passo, pues, à mi pensamiento. Auiedo hecho mil discursos de lo que haria con aquel papel, me ocurriò vna valiente traça para dexar mi agrauio satisfecho. Tomè el papel vltimo que me embiò Leonor, que ya te dixè contenia solas tres razones, de estarme aficionada, algo sentida, y esperandome en su rexa, palabras tan equiuocas, que podia engañarte con ellas qualquier pretendiente. Digo, pues, que tomè este papel, y cerrandole lo mejor que pude, se le encarguè à vn astuto criado que yo tenia, el qual disfrazado de muger, y tapado de ojo con el manto, se fue en amaneciendo à buscar à D. Claudio, à quien diò el recado de parte de mi Leonor (este

mia ha sido el primer requiebro que me has oido, y no te espantes, que fue mi esposa, y la quise bien.) Quando ya vi el negocio en este punto, juzgue por buena mi traza: llegò la noche, y del modo que la primera, me fui à la calle de Leonor à esperar la resulta del papel. Ya te dixè que el plazo tenia a las doze, pues apenas fueron dadas, quando llegò D. Claudio mui puntual al puesto, dexandose à dos amigos que lleuaua, en las esquinas. Aunque el recuerdo destas cosas me causa aora disgusto, y ya puedes considerar que entonces me causaria mucha risa, pues era para ello el ver à D. Claudio hazer paseos, esto es, mirar à las ventanas, fingir suspiros, escuchar à las puertas, y otras diligencias à este modo. Mas de dos horas le hize que ~~perasse~~ perasse, hasta que ya enfadado, ò quizà rezeloso de si era burla de Leonor (como ignoraua que fuesse mia) se determinò à hazer señas, tirando algunas chinias à la ventana. No quise que se diera lugar à aquello de despertar a quien duerme; y assi,

fa-

faliendo de donde estaua oculto, y retirado, me acerquè à èl, y le dixè: Si sois Cauallero, y mostrais tanto amor, venios conmigo. Apenas acabè de dezir esto, quando llegaron presurosos los dos que estauan de posta; y si D. Claudio no los reportàra, embistieran al punto, si bien, fue la dilacion poca, porque como huvièssimos baxado à las orillas de Santo Tomàs, y alli me descubrièsse ser Enrico, no huvimos començado à medir las espadas, quando de todos tres me vi acometido; y esto con tanta presteza, que aun no pude disparar vna pistola, pero me defendi tan valerosamente, que cayendo à mis pies el vno, pidiendo confesion, los otros dos tomaron por partido bolverme las espaldas.

Temi las vexaciones que Don Claudio auia de hazerme, viendo à su padre Iusticia, y al muerto Cauallero principal, y amigo suyo; y assi, me fui al instante, y pasè toda la plata, baules, y ropa en casa de vn amigo, donde me estuve oculto todo el siguiente dia, sin que pudieran descubrirme humanas diligècias; desde alli auisè à Leonor por vn papel todo el suceso, la ausencia fingida, la satisfacion de mi sospecha, la burla con su carta, y lo demás que has oido. Respondième amorosa, que à prima noche quando el bullicio de la gente no dà lugar à reparos, me fuera

à su casa, y que en entrando en ella, hallaria ordè de lo que auia de hazer. A tal embite, què podia responder vn hombre enamorado, sino obedecer en todo? Fuime à la hora que me señalò, y apenas de su casa pisè los umbrales, quando la esclaua, que estaua en espera, me asió de la mano, y pisando tinieblas (que esto es lo que se llama andar à oscuras) me fue guiando à vn camarin secreto, donde me dixo que aguardasse hasta que fuesse hora de que Leonor pudiera verme. Fuele con esto, dexandome encerrado, y como el esperar es tan penoso, despues que sentado en vna silla, estuve harto de repassar las cuentas deste Rosario, quise por curiosidad medir la anchura de la pieza; y assi leuantandome, fui tentandò las paredes, que con sus tapiques de telarañas, me anunciaron la estrechura del retrete, dandome à entender no ser aposento, sino escondrijo de trapos, que à esto obligan los deseos de vn amante, ò los temores de vna prision. Ya me consideraua en vn lago de ratones, ò en vna tumba de sabandijas, quando reparè que estauan hablando de la otra parte. Apliquè mas el oido, y mirando por vna rima, ò grieta que hazia el tabique, arbitro que diuidia la casa de Leonor, y la de otra pobre gente, vi que dos humildes casados se estauan acos-

tando à la luz de vn lagrimoso candil, à quien vn orificio de la pared, ò toda la pared llena de orificios seruia de candelero (que hasta en colgar vna luz descubre la pobreza necesidades) y despues que en vnos colchones mal mullidos, aates de paja, que de pluma, echaron à descansar los pobres cuerpos, escuchè que el vno al otro dezia estas palabras: Buelvete à dezir, hermana, que estoy satisfecho de mis rezelos, porque la buena Doña Leonor me defengañò esta tarde, diziendome vna, y muchas vezes como esse doblon que tienes, te le auia dado ella por vn fauor que la hizitte; pero en tanto que el sueño viene, gustarè me digas que seruiçio fue este que diò tan buena paga, quando nos consta que la buena señora passa tambien necesidades.

Sabràs, hermano mio (respondiò la consorte, que como este apotento en que dormimos confina con la casa de Doña Leonor, pues solo ay de por medio este tabique, llegò à mí en dias passados el hijo del Corregidor (que ya sabràs pretende los amores desta Dama) y prometiendome montes de oro, me pidiò le dexasse entrar aqui vna noche, para satisfacer, rompiendo esta pared, su apetito. Fue tanta la peladumbre que recibí con esto, que por no dartzela à sentir, no te la he dicho hasta agora. Pero te pro-

meto que le respondi tan briosa, dandole à enteder nuestro proceder honrado, y amenagandole con que su padre lo auia de saber, que le vi muy pesaroso de auermelo dicho; y assi, con muchos ruegos, y caricias me suplicò que callasse. Es verdad que le guardàra secreto, à no considerar el peligro que corria el honor desta señora, si acaso descuidada, no reparaua en el peligro; por lo qual, aguardando ocasion que su tia estuvièssse fuera de casa, me fui con ella, como otras vezes acostumbro, y la contè todo quanto Don Claudio me auia dicho, quedandose la hermosa doncella tan mortal del sentimiento, que la tuue vna gran pieza desmayada en mis braços, y despues de buelta en su acuerdo, derramando muchas lagrimas, sacò vn doblon del escritorio, y dandomele, me dixo: Tomad, hermana mia, y aduertid que os doy la prenda de mas estima, por ser de Enrico, el que serà mi esposo, à pesar de inconvenientes. Escusème lo posible en recibirle, pero no tuuo remedio, hasta hazerme casi por fuerça que le tomasse, rogandome con muchas veras que guardasse secreto, y que tuvièssse cuidado con mis puertas. Yo por assegurar sus miedos, la ofreci entonces, que nosotros dormiriamos en este quarto, que esta es la parte mas flaca para poder

romperse, y que tu esclava podia dormir en vn desvan, que está aqui conjunto, con que por esta parte podia tener seguras las espaldas. Siguió mis consejos, y muy agradecida, es tanta la llaneza con que me trata, que yo soy la secretaria de sus males, y sus gustos. Y con esto he satisfecho à las sospechas temerarias que tenias, porque me vióte aquel doblon en las manos.

Replicóle el marido: y por ventura este D. Enrico, que dizes, es el que hirió la noche pasada à Don Estevan, por cuya causa se ha ausentado, y la Ciudad está llena de alborotos? El mismo es (respondió la muger) mas Dios querrá, que no muera el herido, para que Enrico se case con nuestra vezina, y nosotros tengamos en él quien nos remedie mas de dos necesidades. Linda flema gatais, por vida mia (dixo el marido) quando el otro pobre está pasado de dos estocadas, y el Corregidor está prometiendo seis mil reales à quié prenda al delincuente, y puede tanto esta codicia, q̄ se han repartido esta tarde mil hombres por estos caminos, fuera de las quadrillas que andá por las calles, à fama de que Enrico está en la Ciudad. Alienta también esto el tio Oidor, que tiene D. Estevan en Valladolid; y así, si muere, y prenden à Enrico, bien puede Doña Leonor ir à celebrar

las bodas al cadahalso. Pero vamos ya nosotros parte à la noche, que es muy tarde, y de les Dios à ellos lo que ve que han menester.

Cesaron de hablar, y yo quedé tan gustoso de su conversacion, que me parece los estuviera escuchando lo restante de la noche, viendo que todo era oir finezas de Leonor, pruebas de su fe, y exemplos de su constancia, cuyo gozo no me dió lugar à q̄ reparasse en los malos anuncios, que dauan de mi vida: que vn pecho amante, solo con verse querer, desmiente los amagos del sentir. A este punto, que ya seria mas de la media noche, abrió la esclava el camarín, pidiendome abraçada de mis pies, que perdonasse, y tuviera bien que perdonar, à no auer tenido platica con que estar entretenido. Leuante-la del suelo, y la abracé con mucho amor, porque hize reparo en la lealtad con q̄ seruia, pues hasta el doblon que le di quando me lleuó el papel, se le auia dado à su señora. Preguntele la causa de auerse tardado, y dando vn suspiro, me dixo: ay señor mio, q̄ hemos pensado perdernos esta noche, pues quando mi señora estava por minutos deseando q̄ la vieja se fuesse à dormir, para venir ella à gozar vuestra presencia, la començò à hazer vn sermón de como la auia criado, del amor q̄ la tenia, de lo que estava

obligada como madre, y en fin de otras mil cosas (que como esta vieja está rezando de continuo, sabe à los diablos de esto de sermonizar, y vino à concluir con que le diera palabra de casarse con vn primo suyo viejo, senectud, calvo, y podrido, que yà le conoceréis. A lo qual mi señora, despues de aver hecho otro discurso con palabras, respondió, q̄ vos erais yà el dueño de su alvedrio, cosa que apenas oyò la vieja, quando mordiendo de los ladrillos, y arrancandose los cabellos, comenzó à hundirnos con voces, y maldiciones, diziendole à mi señora, que era vna libre disoluta, y inobediente, y aclamandoos à vos por hombre facineroso, espadachin, y malquistó; y si yo no la detuviera, como compasiua de su lloto (tal tenga la salud) creo que se huviera avalançado à la pobre doncellita; la qual, considerando que si se acostaua en su cama, que está en el mismo aposento, donde duerme su tia, fuera imposible venir à veros, porque la vieja en toda esta noche no pegará sus ojos, vsò de vna valiente traça, que fue, dezir con muchas laltimas, que no auia de dormir con quien tan mal la queria, sino q̄ antes, à faltar en la casa otro aposento, se acostarla conmigo. Yo como la entendí, la roguè encarecidamente à la vieja, que

yà que en todo lo demás auia dado à mi señora tãta pesadumbre, no la contradixera, si quiera en esto poco su gusto, supuesto que en la sala de arriba podiamos poner la cama, hasta q̄ por lo menos cessassen los enojos. Respondiòme, que la echara, aunque fuera en la calle; y asiendo la ocasion de los cabellos, hemos estado hasta aora en escaparnos de su vista.

Toda esta historia me contó la esclaua, y luego con mucho silencio me fue guiando al aposento, dõde Leonor con los brazos abiertos saliò à recibirme, borrado cõ lagrimas de alegria, las que estaua vertiendo de tristeza. Hazme merced de suplirme este passo, porq̄ si me pongo à referirlo, no he de poder acabarlo; porq̄ despulsada Leonor de mi desgracia, comenzó à hazerme ternuras; afligida de las sinrazones de su tia, comenzó à darme solloços; y colgada de mi cuello, casi quiso desmayarse. No puedo passar de aqui, colige las circunstancias, en tanto que prosigo. Toda la noche passamos en dosillas, y despues de auernos contado el vno al otro los sucesos, la assegurè, q̄ la noche siguiente auiamos de estar casados. Boliòme à repetir los fauores, que no passaron del imprimir en mi rostro cõ labios de clauel circulos de rosa (y perdona la retorica en esta parte, porq̄ solo en estas

materias permiten bien el rebo-  
go las palabras ) correspondie-  
cô las finezas mismas, y amoro-  
so la cõtè mis pensamientos, cu-  
ya execucion fue en esta forma.  
Hizele à Leonor, q̄ se acostasse,  
porque durmiesse siquiera lo q̄  
restaua hasta el dia, y llamando  
à la esclaua, nos fuimos al cama-  
rin, donde auia estado antes, y  
por aquel resquicio, que escuche  
lo q̄ te dixe, la hize que llama-  
se. Respondieron los vezinos, y  
quando los vi despiertos, assegu-  
randolos, q̄ no tuuiessem temor,  
rompi el tabique, abriendo con  
el puñal vna pequeña puerta:  
passème por ella à la otra parte,  
y tomándole la luz à la esclaua,  
haziéndole que con vnas tablas  
dissimulasse la rotura, dixe que  
se fuera à reposar.

Y à estauan vestidos los casa-  
dos, tan espantados de verme, q̄  
casi no acertauan à hablarme;  
quiteles el temor, y assegu-  
reles que por mi respeto no les auia  
de venir daño alguno, antes si  
muchos fauores, q̄ pensaua ha-  
zerles; lo vno, por la buena ve-  
zindad q̄ à Leonor auian hecho;  
y lo otro, por la buena obra que  
cô su ayuda pêsauamos recibir.  
Con esto le dixe à Penado ( que  
este nõbre tenia el marido ) que  
fuessemos los dos, y passariamos  
alli à su casa mis alhajas, y bau-  
les. Contradixo mi parecer, te-  
miendo no me encontrassen, los  
q̄ desvelados andauan por pren-

derme, y assi nos resolvimos, en  
q̄ Penado fuesse solo, y lleuando  
las llaves de los cofres, le dixe-  
se à mi amigo, que con la traça  
posible me lleuât, por todo  
aquel dia las joyas, y los dineros,  
porque queria auentarme. Dis-  
pusieronlo tan bien, que antes  
que fuera de dia estaua toda mi  
ropa en casa de Penado. Y por-  
que no te quedés con dudà, este  
era vn ministril, segun la muger  
me contò, en tanto que fue à ha-  
zer la diligencia, el qual con la  
poca renta que la Iglesia le da-  
ua, y con vn poco de trato que  
tenia, passaua humildemente.

Saquè al punto de vn tale-  
go los quartos que me queda-  
uan, hasta en cantidad de mil  
reales, y díselos à Penado, y à  
Ximena ( que assi se dezia su mu-  
ger ) le di vnas piezas de plata,  
y vn par de sortijas, con que los  
dexè tan contentos, que no ces-  
sauan de mostrarse agradecidos:  
La paga que le di fue buena, mas  
la satisfacion mejor, como ve-  
ràs adelante. Quando yà fue bien  
de dia, pedi recado de escriuir, y  
retirandome à vn secreto, escri-  
ui tres cartas, vna al viejo q̄ me  
auia criado, diziéndole me iba  
à Flandes, y que assi cuidando  
de mis rentas, acudiesse con  
ellas à Doña Leonor, como à mi  
legitima muger: otra al Cura  
de San Vicente, que era gran-  
de amigo, pidiéndole, que à  
las diez de la noche le aguarda-

ua en casa de Penado para cierta diligencia; y la vltima para el Prouisor, suplicandole me dispensase en las moniciones, para contraer matrimonio con Doña Leonor, segun los requisitos nuevamente reformados por el Concilio de Trento. La causa justa me facilitò esta gracia, tomè la dispensacion, y remitíse la al Cura, para quitarle rezelos, que no dexaria de tenerlos grandes, remièdo el peligro, que es tambien carga de Pastor, estar sugeto à que los mas amigos vsen con èl de vna malidad.

Venida la noche, pasè mis baules por la rota pared en casa de Leonor, sin que la tia lo sintiesse (que como siempre me fue contraria, nunca la tuve devocion); y despues que como à mi esposa, la huve encargado à Leonor todas las joyas, que encerrauan, y yà el reloj con diez golpes era anunciador de la primera quietud, nos passamos los dos à la casa de Penado, dexando à la esclaua por centinela en la puerta del tabique. Llegò el Cura casi al mismo punto, y allí en presencia suya celebramos el santo matrimonio, siendo testigos Penado, y Ximena, con que yà desde aquella noche comencè à gozar mas libremente los frutos opimos de Himeneo. Fue tanta felicidad para mi, y así me durò poco ( que vna gloria

mundana, siempre trae vinculada vna desdicha ) pues à quatro dias de casado murió D. Estevan, cosa q̄ degollò todas mis esperanças cò la consideracion de la ausencia, porq̄ viendo probada la muerte, casi aueriguado el desafío, y la parte poderosa, determinè dexar la Ciudad por algunos dias, hasta q̄ el tiempo fuera borrando las frescas memorias con el pincez del olvido. Contarte el sentimiento de Leonor en esta parte, es, me parece, cosa escusada, pues basta dezirte, que para vadear los rios de sus ojos, tuve necesidad de desafirme de sus brazos. Y aun me dexàra anegado, ò no me dexàra partir, que es lo mismo, sino ofreciera volver muchas noches à verla, y porque estas auian de ser inciertas, y cierto el causar ruido quando llegara à llamar à las puertas, ò ventanas, me lleuè tres llaves, que eran menester para entrar hasta su aposento, quedandose Penado con el cuidado de hazer otras para el seruicio de la casa.

Lleguè à Madrid, y pensando estarme escondido entre su bullicio, y confusion, quiso la fortuna que yà huviessè muchas espías que me buscasen, pues saliendo de Atocha vna tarde, oí dezir à vno de dos embozados q̄ se estauan passeàdo allí à la puerta: aquel es, no ay si seguirle. Alarguè mas el passo, y viendo que se

se acelerauan en mi seguimiento; confirmè mi sospecha, y torci mi camino àzia el Prado de San Geronimo, que por ser vna tarde desapacible de las que suele tener Febrero, estaua bien desocupado. Ali me bolui à los dos, quisieron prenderme, reñi con ellos, acudiò mucha gente, y aunque se echò voz de que me lleuauan muerto, por causa de que al mismo instante por enmedio de todos cruzaron quatro hombres cargados de vn difunto que traian de aquellas alamedas, me escapè con la vida à ser causa de las muertes que he dado, y padecido. Y como hallasse aquella misma noche, que vn Capitan de Infanteria, con otros Caualleros, estauan de partida para Italia, me acomodè con ellos, sin darme lugar la prisa à que escriuiera à Leonor, pues quando se està preuinendo vna desgracia, todos los medios parece que se desvaratan, y se aniquilan.

Casi tres años me entretuve en Italia, siruiendo al Emperador, donde con hechos señalados pude perpetuar el titulo de valiente que ya tenia adquirido. No quiero cansarte en referirte los modos, ni en contarte las hazañas, porque ha rato que me escuchas, y aun no hemos tocado el umbral de mis tragedias. Solo digo, que en pago de mis seruicios, me perdonò

el Emperador, dandome licencia para bolverme à mi esposa, y cartas para el tío de Don Esteuan, que era la parte mas interesada en la muerte, y dos mil escudos para el gatto del camino, con que lleguè à España sumamente contento, solo de acordarme que iba à los brazos de Leonor. Exhibi en la Corte mis papeles, y con feliz despacho caminè para Auila, casi sin darme à conocer à persona alguna, con intencion de coger descuidada à Leonor ( que es proprio estilo de amantes usar de estratagemas ) y para esto lleguè à la Ciudad en punto de media noche, y aprovechándome de aquellas tres llaves que tres años auia que las tenia guardadas, entrè con mucho silencio en casa de Leonor, ò por mejor dezir, entrè en mi celda. Encendi vna luz, prestandome la lumbrè vn pedernal, y con ella diicuri por los quartos baxos, que pareciendome estar mejor aderezados que solian, començò el alma à llevarse de sudores, temiendo por vna parte si Leonor se auia autentado de la casa, ò por su muerte la habitaua otro dueño; y por otra, sospechando si estando yo auiente, trataua de magestades Leonor, porque no parece bien que vna Dama cuelgue, y blanquee la casa en ausencias del marido. Con todo, no quise hazer pie en cosas tan leues, sino subiendo al aposento

donde con Leonor celebrè aquellas pocas noches que tuve de boda, al ir à ajustar la llave à la cerraja, hallè que la puerta estava juntada solamente; y abriendola con tiento, me vi herido en sus umbrales de otro relampago de sospechas, pues mirè toda la sala tan vestida de pinturas, y de cortinas, y tan poblada de escritorios, y baules, que quise desconocerla, à no saber de cierto que era la misma. Entrè vn passo mas adentro, y reconociendo à vn lado dos cofrecillos de los mios, se quitò la duda de habitar allí Leonor, y auentòse la sospecha del viuir liuianamente, y mas quando llegandome à la alcoba (cuya portada ocupaua vna cortina de damasco) vi sobre vn taburete interpolados vnos vestidos de hombre con basquiñas de muger. Aquí començò à titubear el valor, y antes que se entorpecieran los sentidos, quise confirmar de vn golpe los recelos. Leuantè el pauellon, y sobre mullido lecho, vi que al lado de Leonor estava vn hombre durmiendo, con sueño tan profundo, que pude conocer lo descuidados que estauan.

No ay que hazer exageraciones, supuesto conoceràs el punto deste dolor. Con la colera à los ojos, y con el ahogo à la garganta, bolviendo à dexar caer el rafetan, puse la luz sobre vn escritorio, y con el puñal desnudo,

fui à vestirme en el pecho de Leonor (que es tener miedo la honra, matar al adultero primero) pero quando, leuantando el brazo, hize el amago al castigo, dixò Leonor entre sueños, con voz clara, y distinta: Ay muerte! cuya palabra, apenas saliò por el clauel de su boca, quando la luz se trastornò sobre la tabla de la mesa, hora fueffe al ayre del suspiro, hora al miedo de la inocencia. Temi de quedarme à escuras (que aun para castigar vn delito es menester que aya claridad) y assi bolui presuroso à enderezar el candelero: y vi que la llama de la vela estava sobre vna muerte, que seruia de peana à vn deuoto Crucifixo. Iva ya del quexido espeluzado el animo, luego viendo la horrible calauera que la luz me señalaua, se desquaternarò los impulsos primeros, y me quedè aprisionado de temores. Al pie de la Efigie estauan vnas letras, que dezian desta suerte:

Qual me veo te has de ver,  
mira que quieres hazer.

Con que pude confirmar que el quexido de Leonor, y el derribarse la vela, era celestial auiso, que impedia mi vengança, porque mil vezes à vista del agua uiuio procuraua despertar en mi pecho iras, y rigores, y otras tantas à vista de la muerte, apenas acertaua à revestirme de enojo.

Esta-

Estuvè vna gran pieza baxa llorando en estas dudas , hasta que me resolví en no matar à Leonor, sin saber primero la causa del agrauio; y aunque no fue poco en tal apretura tener aduertencia; con todo, la memoria de la muerte me amilanò de ra forma los brios , que fue mucho tener valor para bolver à salirme de la sala, de la qual sali con el mismo silencio que auia entrado; y sin imaginar nuevas pruebas , ni registrar otros modos, me fui al aposento donde dormia la esclaua , y llamando à la puerta, me abrió temerosa, y afligida. Desmayòse de verme ( como me juzgava muerto) bolviò de alli à vn poco en su acuerdo, assegurèla quanto pude, hablèla muy amoroso, contèla mis trabajos , preguntèla por Leonor, començò à llorar , y embuestras en lagrimas, me dixo estas palabras.

Verdadero señor, y dueño mio, testigos son los Cielos, como tu esposa, y mi señora Doña Leonor te ha sido siempre fiel, constante , y firme , pues desde que te ausentaste, nūca se ha visto en su rostro consuelo , ni alegría, lagrimas si muchas que por tí cada dia derramaua en abundancia, sin que humanos placeres sean bastantes à desterrar su tristeza. Esto te digo , porque escuches sin rigor lo que tiene sombra, y apariencia de auerte falta-

do. A pocos dias de como nes dexaste, y te fuiste, vinieron nuevas muy ciertas (ò falsas dirè mejor, pues ya se han visto ) de como en Madrid te auia quitado la vida, sobre querer prenderte, llegaron à oidos de mi señora Doña Mencia, y puedo assegurararte que lo sintiò muy poco , à causa de q̄ jamàs vino en tu castigo, pero con todo dilatò mas de seis meses el dezirselo à mi señora Leonor, considerando lo que auia de sentir. Yo por otra parte hize mil diligencias secretas para saber la verdad, y llegò à tan subido punto la mètira, que gastè mas de mil reales porque me traxeran à vn hombre que viuè oy en las Nauas, el qual dixo auer estado presente la noche que te enterraron; certificando esto con que darìa mas de otros veinte testigos. Con prueba tan rigurosa me quedè convencida, cō tristezas tan grandes, con sentimientos tan crecidos, que echandolos de ver mi señora Leonor, me preguntò la causa muchas vezes, pero nunca quise dezirla, por ahorrarle penas, y dolores. En este tiempo diò en acudir à casa Don Vicente, aquel viejo rico , que mi señora la vieja auia procurado con tantos extremos que casara con Leonor , la qual nunca quiso dexarse ver del, ni aun por cortesia quiso hablarle, antes llegò à sentir de tal forma sus visitas, que vino à hazerle grandes

cargos à su tia, diò por descargo el referir tu muerte, cosa de tanto dolor para mi señora, que se creyò en toda la Ciudad que perdiera el juicio: quiso hazer mil pesquisas, por saber con certeza la nueva dolorosa, mas ahorrela el cuidado, contandola todas mis diligencias: Quantos llantos hizo conmigo? Quantas lagrimas derramò aquellos dias? Quantas vezes se desmayò en mis brazos? Dios sabe como es verdad, aunque no me quieras creer. Passado el primer antubion de lloros, fueron tantos los ruegos de Don Vicente, tantas las intercessiones de la Ciudad, y tantas las amenazas de Doña Mencia, que sin voluntad alguna, la forçaron à que se casasse, y yo juzgo que si se casò, no fue sino para confirmar lo que te queria, pues en vez de olvidos, crecieron tus memorias, y en lugar de placeres, se aumentaron los dolores; en tanto extremo, que mil vezes arrepentido Don Vicente, ha querido divorciarse, y apartarse de con ella, a no auer mediado las astucias de la tia. Esto es lo que ha passado, reprime, señor, el dolor, perdona la inocencia, y culpa tu descuido, pues en tres años nunca has escrito vna letra, y a que no veniste à vernos como prometiste, lieuanote para este efecto las llaves de las puertas, q̄ tambien ha sido indicio bastan para confirmar la fama que de tu

muerte ha auido. Don Vicente duerme con mi señora, èl culpado, pues por casarse con ella, fue quien primero traxo las nuevas desta mētira: ella inocente, pues aunq̄ se casò con èl, ha sido la q̄ jamàs se ha olvidado; si preuienes venganças, no castigues los pechos inocentes; y si no hà de auer piedad, matame à mi primero, q̄ mas dulce serà padecer el golpe de tu cuchillo, que llegar à ver muerta à mi señora.

Esto me dixo la esclaua, y como ya lleuaua yo el coraçon mancillado de sentimiento de auer visto con mis ojos violada mi cama, apenas se alterò la sangre de oir la relacion de mi deshonra (sino es que la llamo desgracia) antes con mucho despejo la mandè à la esclaua, que despertando à Leonor, la anunciase mi venida, y que sin detenerse vn punto, se passassen las dos en casa de Penado, como que se iban huyendo de mi castigo, y que se estuviessen alli escondidas hasta que yo las auisasse. Esto hize, porque acordandome de la voz que diò Leonor entre sueños, quando iba determinado à hierirla, del trastornarse la luz, del señalar à la muerte, vine à confirmar que estaua Leonor libre de culpa; y assi, no quise que se salpicassen los jazmines de su cara con la sangre del adultero Don Vicente, al qual despues que ella se puso en sal-

salvo, le saqué la vida con la primera puñalada (que es el mayor fauor que se le puede hazer al que van à matar) y dexandole cadauer sangriento, baxè al quarto donde estaua la vieja Doña Mencía durmiendo, bien descuidada, cuyo sueño hize que se acabasse à las puertas de la muerte, que fueron las que abri en su pecho con la punta del puñal. Moviòme à tãto rigor la creida sospecha de imaginar que D. Vicente por gozar à Leonor, y D. Mécia por vengar el auerme casado sin su gusto, auian divulgado las falsas nuevas, y inducido testigos, que dixeron auerme visto muerto; que con indicio poco, (qual fue el que te dixe, quando reñi en el Prado de San Geronimo) fuele ser muy hazedero, y facil entre gente poderosa.

Hechas estas dos muertes, salime por la mañana à la Plaza à ser admiracion del vulgo, pues todos quantos me mirauan, apenas sabian que preguntarme. Presentè ante el Corregidor mis papeles, y Imperiales indultos, con que pude assegurarame de la muerte que di à Don Estuan, y luego en secreto le entreguè las llaves de mi casa, para que fuesse à ver el fracaso sangriento, y entretanto, me retirè à Santo Tomàs, que viendo que D. Vicente, y Doña Mencía tenian casi todo lo noble de la Ciudad por sangre suya, no quise assegurar-

me con la capa de mi iusticia. Hizo ruido en toda la Comarca el lamentable suceſſo, diuidiòse la plebe en corrillos, y toda la nobleza en varios pareceres, cõdenando vnos mi rigor, y absolviendo otros mi impaciencia; y como los mas apasionados mirauan en verme à mi con vida, que auian sido falsas las pruebas que hizo Don Vicente para quitarme à mi esposa, oyeron tan sin passion mis disculpas, que à pocos dias me dexauan libremente passear por los arrabales de la Ciudad; ca isa que fue para que yo tambien fingiessè el auer buelto à Leonor à mi gracia, dádome por creido de que todo aquel tiempo auia estado escondida en las Bernardas.

Comencè de nuevo à gozar los frutos de casado, con deseos tan afectos de mi querida prenda, que à auer sido culpada, se borrara la culpa con sus muchas caricias, quando no la huvieran lavado sus muchas lagrimas. Al cabo de vn año, me diò el Cielo vna hija de incomparable belleza, traslado en fin de su madre; y porque se la pareciera en todo, la puse su mismo nombre; llamèla tambien Leonor, y yo juzgo que hasta en correr aventuras la ha lleuado poco, pues siempre desde que viò la luz primera, no ha visto sino desdichas, lastimas, y lloros. Alegres pasauamos la vida yo, y Leonor

con el fruto hermoso que Dios nos auia dado, borrando con el presente regocijo las pesadumbres passadas; mas como la fortuna jamás permanece estable, dexò rodar la rueda por vn risco de trabajos, dexandome en ellos sepultado, y sumergido. Fue el caso, que en este tiempo vino à Auila nuevo Corregidor, y aunque despues de informado de mis tragedias, me embiò à dezir q̄ estaua pesaroso de mi desgracia, pero que me aseguraua el proceder conmigo con los mismos dissimulos q̄ su antecessor: con todo esso, el Alcalde Mayor que traia, por ser deudo de Don Vicēte, diò en passear de dia las puertas de mi casa, en rondarme de noche las etquinas. Tuve sentimiento notable de ver q̄ quando ya la cosa iba tan fria, que las partes interessadas se acordauan apenas de la muerte, huuiesse venido este Alcalde à despertar de ruidos coraçones, à encender muertas cenizas, así le embiè vn recado con vno de mis amigos; pidiendole por merced que no solicitasse tanto heridas añejas, pues quando estauan vertiendo sangre, auian dissimulado, conocida mi razen. Respondiò, que venia de la Corte muy empeñado en prenderme; pero que dissimularia lo posible, con tal, que nunca saliesse à las Plazas, ni actos publicos, ni osasse parecer en su pretencia. Con la

lutticia no valen replicas, los fieros suelen dañar, y las amenazas suelen poner la ceta de peor cõdicion; así andaua siempre à sombra de tejas del modo que à los principios, hasta que vn dia, sustituto de vn Martes, pues me acarreò desgracias, viniendo de passearme, cõ tres, ò quatro amigos, vestido de barrio, y con vn pequeño estoque en la mano derecha (mas por gala, que por necesidad, el no llevarle en la cinta) nos descuidamos tanto, con la conversacion, que llegamos hasta el Mercado diuertidos, y apenas en vna orilla hizimos corro, quando por la otra parte entrò el Alcalde Mayor, acompañado de dos Alguaciles; y sin diuertirse con nadie, como pudo se fue derecho à nosotros; y aunque le vi venir, me estuue quedo, porque el rumbo de mi natural jamás me permitiò bolver las espaldas, aunque fuera à la lutticia, digo, por causa tan indecisa como la mia, ni en parte tan publica como aquella. Llegò, pues, à nosotros, hizo su cortesia, dimosle lugar, y demudando el color, y fixando en mi la vista, me dixo: Dias ha, señor Enrico, que os tengo auisado que no os pusierais en mi presencia, y pues esto parece no hazer caso.

Dexòse pendiente la palabra, por echar mano de la accion, pues iba, sin dezir otra cosa, à abalançar se à mi, como leon des-

ata:

atado; mas aunque fue el acometer tan repentino, le resisti valeroso, porque levantando el estoque, sobre el qual tenia reclinado el cuerpo, le tirè con vaina, y todo vn golpe tan desatinado, que le pasè el pecho de parte à parte, ò ya fuesse que la contera hizo el orificio, ò ya que al valor del braço rompiò tambien la contera, porque la interpretacion de algunos, que se auia caido, siempre la tuve por mentirosa. Muerto soy, dixo el Alcalde Mayor, mis amigos, y demás circunstantes se cercaron del à mirarle la herida (creo fue cautela para darme lugar à que huyesse) los Alguaciles turbados, ò temerosos, no acertaron à seguirme, yo viendo la atrocidad del hecho, me puse en huida; sali por la Puerta de S. Vicente, con disignio de irme à Valladolid, quando rodeando la cabeça, vi que salian de la Ciudad en mi seguimiento el mismo Alcalde herido, y vn gran tumulto de gente, apellidando justicia con desentonadas voces, y por otra parte algunos Ministros à cauallo, corriendo à rienda suelta, por tomarme los caminos, por lo qual, considerando que era forzoso el valirme de la Iglesia; y si passaua adelante, ponía en contingencia que me prendiessen, determinè quedarme en vn Monasterio de Franciscos Descalços, que estava algo apartado de los muros.

Entrè dentro, y como los mas Frayles me conocian, me recibieron muy bien, y informados del caso, me escondieron en vna falsa cubierta, donde era imposible que me hallassen los ingenios mas Alguaciles, ni que me viesse los ojos mas lince, pues aun yo de rato en rato me buscaba à mi mismo, y no era poco hallarme, porque como el hueco, despues que se hizo desvan, nunca conociò la luz, ni por breujula de vna tabla, ni por la menor grieta del tabique, tan ocupado estava de oscuridad, y tinieblas, que yo solo me consideraua vbulto de sus sombras.

Ya estava yo escondido, quando el Corregidor llegò tambien al Convento, con gran tropa de Ministros, y dando primero orden de que lleuassen à su casa al Alcalde, que aquejado del dolor, ya comengaua à partir el campo de la vida con la muerte; hizo luego que la gente (era infinita la que a la voz del fracaso auia ocurrido) se pudiesse en contorno de la sagrada Casa, con facultad de q cada vno, ò me prendiessen, ò matasse; y despues con vna quadrilla de hombres bien pueitos, y aderezados, entrò dentro, rompiendo amenazadas censuras, y atropellando por medio de requirimientos Eclesiasticos, me buscò en toda la Iglesia, sin reseruar aun los huecos de los Sagrados Altares. No quedò

torano, ni sepulcro, que no lo mirasse, no huvo sala, ni desvan que no anduiesse, celda por celda fue desollinando toda la casa, tronco por tronco buscò por toda la huerta, y escondrijo por escondrijo penetrò casi los secretos mas ocultos de todo el Convento, hasta que despechado se salió del, sin hallarme, al tiempo que ya el padre de la luz bañaua su madexa rica en el profundo Oceano, para prestarle luzeros à la noche, que descojiendo sobre el ayre el manto negro, iba cubriendo de sombras los terrestres edificios.

Fuese el Corregidor colerico, y impaciente, por no auerme hallado, pero informado, y satisfecho de que yo estaua dentro, hizo que estuiesse de posta toda aquella noche la milicia, con otra mucha gète de guarda, fuera de muchos deudos que tenia el Alcalde, y los Aguilas, y Bracamontes que se hizieron de su vando. Fue de modo, que diuididos en tropa, cercaron el Conuēto, y separados à trechos, hizieron lumbres, qual esquadron de pelea, que està lleno de centinelas, ò atalayas. Dexèmoslos, pues, aqui, y bolvamos donde me quedè escondido, que como pasè vn buen rato, y el lugar era tan horrendo como te dixè, començò el alma à bacilar entre angustias, y congojas, y el cuerpo à padecer mil inquietudes: la estre-

chura era tal, que apenas podia reboluerme, la teñumbre tan baxa, que no podia leuantarme; del polvo denso, y mohoso tenia en la garganta tapados los organos de la voz; de las muchas telarañas tenia pueustos pauellones en la cara, y cortinas en los ojos, y finalmente bullendome vn tabardillo de pulgas en qualquier parte, començauan yà à pintarme en todo el cuerpo, quando leuantando vna pequeña trampa, se assomò vn Frayle de aquellos, y me dixo que saliesse, que aunque fuera para el cadahalso, lo tuuiera à dicha, à trueque de salir de aquella tūba, ò calabozo.

Sacaronme, pues, de alli, sacudieronme los vestidos, limpiaronme la cara, y contandome las malogradas diligencias que el Corregidor por prenderme auia hecho, trataron de que cenasse; comi poco, y de mala gana, porque se estragan los gustos à vista de los cuidados, y sobre mesa me dixeron dos Padres, los mas graves de la Casa, que el camino mejor que auian hallado para assigurar mi vida, era, que saliesse aquella noche de el Conuēto, porque aunque las guardas eran tantas, trazarian el que à media noche me acompañassen quatro Frayles, hasta la parte mas oculta, y apartada de la huerta, y al mismo tiempo abriesen los demàs Frayles vn pequeño postigo de la Iglesia, como fingiendo que-

Ver darme por allí salida, para q̄ acudiendo como era forçoso, todos los Soldados à la puerta, yo tuviesse lugar entre tanto de saltar por las paredes, y que à media legua de allí ya me estaria esperando vn moço con vn cavallo, porque à esta diligècia fue el Guardian con secreto à mi casa.

La traza, y el ardid me pareció admirable; y así, no tuve que contradizeir, sino agradecer mucho los faoures que me hazian; y estando en esta conversacion, oimos llamar à la puerta cõ mucha prisa, cosa que nos puso à todos en cuidado. Acudiò el Portero, y conocido ser el Guardian, le abrió al instante, el qual, como me juzgaua aun escondido en el desvan, ò azutea, entrò diciendo con voz algo leuantada: què lastima! què desdicha! què desgracia! y yo, como qualquier cosa me alteraua la sangre, y qualquier ruido me ponía en cuidado, oyendo aquellas admiraciones compasiuas, alarguè mas el oido, y oí que preguntando algunos Frayles que le salieron al encuentro, la causa de su pena, respondió lastimado: Ay padres míos! q̄ la desdichada Doña Leonor del fusto, y sobresalto q̄ recibió esta tarde, acaba en este punto de dar el alma à su Criador; muerta la dexo, y en mis braços espirò.

Considera en vn coraçon amante vna flecha de dolor, considera en vn marido muerta la mitad

de el alma, y considera en vn paciente originada otra desdicha. Repassa por tu vida allà para cõtigo este tropel de sentimientos, haz allà en tu memoria la distincion destas penas; y no permitas q̄ yo me detenga en referirlas; porq̄ si las ponderàra como fueron, con desmayados ahogos me vieras muerto en tus braços. No quiero ponerme en la ocasion, y así, haziendo parentesis aora el sentimiento q̄ allí tuve, voy adelante con mi tragedia: Sabida la muerte de mi esposa, me quise dexar prèder, y entregarme à la justicia; mas fueron tantos los saludables consejos de los santos Religiosos, q̄ huve de mudar parecer, y sugetarme à su gusto, pero no pudo efectuarse la traza q̄ me auian dado, porque yendo à poner los pies en vna escala para saltar la cerca, del sentimiento de Leonor, me hallè tã tin brio, me vitan degollado el aliento, y me cõsiderè con el valor tan dequaternado, q̄ como si fuera la escala del suplicio, no pude dar el primer passo por ella. Viendome los Frayles de aquel modo, mudaron de parecer, juzgando por imposible q̄ yo tuviesse fuerças para escaparme del peligro; y así, dando cuenta al Guardian, y demás Religiosos, se conformarõ todos en que no saliesse aquella noche, sino que aguardasse la noche siguiente, por ser posible estar yo con mas aliento, y las cosas en mejor estado.

Con-

Convenidos en este concierto, trató de volver à escondermeme, y renunciando yo el lugar, donde primero auia estado, y no conformandome con vno de otros dos sotanos, en q̄ me dieron que escogiesse; tomè por asilo vna grande hacina de ramas, y leña, q̄ amontonada en vn rincón de la casa, tenia bastantes huecos en que poder esconderme. Allí pues, me entrè con dos mantas q̄ me dieron, y bolviendo à tapar con muchos hazes la puerta por donde auia entrado, se recogieron todos los Frayles à dormir, y yo me quedè à llorar; que como la fortuna estaua tan en mi contra, poco aprouechaua encubrirme, supuelto que ella diò traza para q̄ me hallassen; y es el caso, que como la noche era fria, y yà la lùbre les iba faltando à los q̄ estauan de posta, vna guarda de aquellas se determinò à entrar en la huerta, y sacar toda la leña que huviessen menester, y estando subida en la pared de la cerca para executar su intento, como atendió al pequeño ruido que àzia la leña sonaua, y como viò, aunque por brujulas de la obscuridad, los bultos de los Frayles, que iban, y venian à la hacina, hasta que me dexaron en ella bien tapado, y oculto; sospechándose lo que podia ser; ò lo que era, bolviò à descender de la tapia, y sin comunicar su sospechia (quizà por ganar

solo las albricias) se fue al Corregidor, y diòle cuenta de todo lo que passaua.

Apenas la Aurora, haziendo los primeros botetes derramaua lagrimas, porque yà el Sol la iba mirando desnuda, quando yà el Corregidor estaua llamando à las puertas del Conuèto, ò por mejor dezir, quando yà la hacina de leña (pira, ò mausoleo de mi desdicha) estaua rodeada de Ministros, y Alguaziles, que como todos iban siguiendo à quien iba bien en la malicia, no acertò ninguno à diuertirse à otra parte. Desviaron, pues, mucha cantidad de ramas, y aunque los Frayles pasmados del suceso, procurauan con tracas encubrirme, no fue bastàte su ardid, para que dexassen de hallarme. Sali à ser presa de todos mis enemigos, aunq̄ no sin esperança de escaparme de sus manos, pensando me darian lugar de hallar otro escondijo. No me fue posible, porque aunque los Frayles anduuiéron valerosos, resistiendo colericos impulsos, aunque impidieron romper la cerca por donde querian sacarme, aunque promulgaron censuras para que no me prendiessen; y aunq̄ cerraron las puertas para que no me sacassen, viendo que yà con vna grua iban à echarlas entierra, y considerando, que à no abritlas, auian allí de matarme, las hizieron patentes, para que

me facàran à ser exemplo de la desgracia:

Llevaronme à la carcel, y rodeandola de guardas, pusieron graues penas, que no me hablasse alguno. Sustanciòse la causa en aquel dia, dandome solas seis horas de la noche, para que respondiesse; que para descargos de vn triste; y à que no dån lugar à que la luz de su justicia le ayude, aun no quieren permitirle que à la luz del dia se publiquen. Amaneciò otra mañana fulminada la sentècia de que me diesse garrote en la misma prision, y que de allí me facassen à darme sepultura. No me bastò el apelar, porq̄ en sentècias de prisa, y en sentencias q̄ se acortan los terminos del derecho, siempre les añaden la execucion sin embargo. Publicòse por la Ciudad el fallo riguroso, y aunque quando me prendieron, hasta las piedras parece que dezian, muera, muera; como el Alcalde Mayor aun no auia muerto, antes dauan muchas esperanças de su vida, el Eclesiastico començò à grauar mas las censuras, cerrando las Iglesias al son de tristes clamores de campanas, y mis amigos, cõ mucho de lo noble, y cali toda la plebe, començarõ à levantar alborotos, y motines para mi defensa. Temiò el Corregidor arrojarle al peligro, y aunq̄ la parte contraria insistia en q̄ la sentència se executasse

al momento, quiso cõ todo, despues de muchas consultas, esperar el fin que hazia el herido, y poca fue la espera, pues antes q̄ otro dia amaneciesse, ya se publicaua su muerte con llantos, y gemidos. Muriò el Alcalde, resuscitò de nueuo mi delito, sus deudos con mas ahogo començaron à desnudar las espadas de vengança; los q̄ estauan para defenderme, affestaron los tiros en mi cõtra; los mas amigos se vieron tan desmayados, que yà era todo temores, lo que vistieron alientos; todo confusion, lo que fue arrogancia; todo callar, lo q̄ fue voces; y todo cobardia, lo q̄ llamaron valor. Trocaronse finalmente en vn instante todas las cosas; el que ayer se lastimaua de mi muerte, oy solicitaua que me quitassen la vida; el q̄ ayer abominaua de mi sentència rigurosa, oy se quexaua de q̄ me auian dado muy leue la sentència; lo que ayer era motines para reservar mi vida, oy eran alborotos para solicitar mi muerte; lo que ayer con esperanças se suplicaua misericordia, oy con desesperaciones seregonaua justicia; y hasta el Sol, que se puso ayer en el Oceano vestido de vn nacarado tabi de mil rojos arreboles, en que se atramaron sus dorados rayos, oy amaneciò cubierto de vn capuz de mil nubes negras, calado papahigo con que reboçò sus luzes.

Vien-

Viendo tal mudança, dispuseme à morir con algun confue-  
lo de que mi muerte auia de ser  
secreta, que aunque al fin se muere,  
no se muere tanto, como à la  
vista de vn vulgo; cosa q̄ sintie-  
ron bien mis contrarios, mas no  
pudieron remediarla, por estar  
yà dada la sentença. Dos pala-  
bras hize de testamento, que me  
diessen sepultura, y que Penado  
se hiziesse à cargo de la niña, ad-  
ministrandola, hasta que tomase  
estado, la hazienda, y apenas  
con dos Padres Iesuitas (que otra  
persona alguna no consintió el  
Corregidor que me visitasse)  
hize examen de mi vida, pidien-  
do con actos de cõtricion à Dios  
misericordia, quando à las diez  
del dia entrò el verdugo adere-  
çando cordeles, y otros instru-  
mentos de su oficio, que à vista  
del que ha de padecer, son verda-  
deras sombras de la muerte.  
Diome à escusas de los que en-  
traron vn vaso de vino, y pidien-  
dome perdon, me animò para la  
empresa, aunque con aquella  
bebida me fui adormeciendo de  
modo, que quando me diò el  
garrrote, yà falto de mis senti-  
dos, ni pude temer las angustias  
de la pena, ni pude sentir los do-  
lores del suplicio.

Amortajado, pusieron mi cuer-  
po en vna enlutada caja, y cõ fu-  
nebre aparato, dizen, q̄ celebra-  
ron mis exequias, que por desdi-  
chado que sea vn delincente, al

tiempo del morir, los mas duros  
se lastiman, y despues de muerto  
fuielen acompañarle sus propios  
enemigos. Dexaronme en vna  
Iglesia, tediò su mato la noche,  
recogierõse todos, à su alvergue  
cada vno, y sosegado el bullicio  
tocarò à recoger las cãpanas del  
silècio. Y quãdo yo me imagina-  
ua en la otra vida, dando cuenta  
delante el Tribunal Divino, ò q̄  
el Gentilico engaño me lleuaua  
à la barquilla de Aqueronte, ò q̄  
el Catolico credito me guiaua  
al Purgatorio, despertè como en  
vn sueño, tan atogado en temo-  
res, y tan lleno de angustias, que  
bien fue menester todo el resto  
del valor, para dissimular la pe-  
na. Despierto estaua, y aun me  
juzgaua dormido, porq̄ auuq̄ te-  
nia abiertos los ojos, no podia  
discernir, sino obscuridad, y ti-  
nieblas. Vnas vezes pësaua, q̄ to-  
davia me estaua en la carcel, es-  
perando la execuciõ del castigo,  
y otras vezes imaginaua, q̄ resu-  
citaua en la tũba à ser pregonero  
de mis desaciertos. Estuve vn ra-  
to vacilando en confusiones, y  
quando à vista de mi juizio, me  
considerè bien en mi acuerdo,  
quise alargar vn braço para ten-  
tarme las prisiones, y hallème  
las dos prèdidas junto al pecho:  
vièdome en vez de hierros cõ fu-  
nebres ligaduras, creciò el sobre-  
falso, y al primer tirò deshechas,  
fali lo mejor q̄ pude del enluta-  
do ataud, y puesto en pie enme-  
dio

dio de la bobeda, en la qual considerè me auian dado sepultura, comencè pauroso à buscar la puerta, tentando con las manos las salitrosas paredes, y dando tropeçones en algunas caxas deshechas, rotos depositos de frias cenizas, y en algunos mondados huesos, reliquias de cuerpos consumidos, encontrè con vna caxa bien adereçada, y cubierta, y diziendo entre mi quiè serà el que ocupa este lugar? Oí vna voz, que me dixo: *Enrico, yo soy Leonor, que descanso; haz penitencia, pues te has librado de la muerte.* Qual elado marmol apercebi las palabrás, qual hecho de piedra quedè inmouil, y qual insensible me considerè difunto. Con manos tembladoras descubri la caxa, abracè me con mi difunta esposa, con mi querida Leonor, y quãdo yà el coraçõ desocupado del susto iua à arrojar à los ojos las reliquias del dolor, quando yà las lagrimas, y la pena, añudadas en la garganta yã engendrãdo ahogos, y quando yã finalmente destapados todos los arcaduces del sentir, me amenaçauan desmayos, llegaron presurosos Penado, y el Sacristan, y quitada la losa de la bobeda, entraron dentro cõ sendas luzes, y hallandome de esta manera, quedaron tanturbados, y afligidos, que fue mucho no quedarnos alli todos, vnos del espanto de los otros sepultados: Sacarõme à la Iglesia, aplicarõ-

me agua al rostro, bolvi en mi acuerdo, y viendo à Penado, me abracè del cõ suma alegría, cõsiderãdo q̃ todo aua sido traça de su ingenio. Cõtõme la grãde diligencia q̃ hizo en sobornar al verdugo, cõ docietos escudos q̃ le ofreciõ en oro, y como los dos secretamete, para q̃ no se descubriessè el engaño, maquinaron mil ardidès, y mil traças, hasta q̃ hallarõ la q̃ escogierõ por mas vtil, y secreta, q̃ fue, dar me vnos polvos en vino, con q̃ estando amortecido espacio de diez, ò doze horas, se pudiesse fingir el garrote, y el entierro, para q̃ sepultandome en vna bobeda, pudiesen sacarme della, del modo q̃ sucediõ. Despues q̃ me huvo contado todas estas diligencias, y yo le huve dado los agradecimientos debidos, dexandonos al Sacristan muy contento con otras docientos escudos, q̃ le librè en Penado, fuera de la paga q̃ el le tenia ofrecida, nos fuimos en punto de media noche à su casa, donde fueron tantos los placeres de Ximena, por verme viuo, y tantas mis alegrías, por ver al pedaço de mi alma, mi niña Leonor, viuo dibuxo de mi difunta esposa, q̃ en repassarlos vna vez, y muchas vezes nos vino à coger el dia, antes q̃ nos hallara el sueño. Estuve me alli oculto vna semana, en cuyos dias dispuse mi partida, que fue venir à visitar la devotissima Imagen de Guadalupe, de quien

siempre fui en extremo, aficionado, y devoto.

Cumpli mi devocion, y viendo que lo secreto, y apartado de estas incultas malezas estava cobidando à mis deseos, me dispuse à passar en ellas el resto de mi vida. Habitèlas diez años, sin q̄ de mi tuviesse noticia persona humana, mas q̄ vnos labradores humildes, q̄ en vna caseria distante de aqui vna legua, disimulan con ahorros de lo necessario la pobreza q̄ suelen manifestar algunas necesidades. A estos conociendo en la sencillez de su vivir su noble proceder, les entreguè todos los dineros, y joyas q̄ traia, para q̄ remediandose con ellas, me diesse en feudo vn sustento moderado, el qual siempre recibí, tã lleno de agradecimientos, y cõ tãtas sobras de volũtad, q̄ qual si fuera su dueño, cõfessauã à mis pies esclavitudes. Passados estos diez años, cõsiderãdo q̄ yã mi hija estaria en el umbral de la discreciõ, q̄ es quãdo la volũtad comieça à hazer las primeras puntas al alvedrio; estãdo como en valãça la inclinacion del gusto, partia me disfraçado à verla, temiendo no malograssè la flor de su juventud, y como el paternal amor le conocen niños desde los primeros gorgoros, desde el instante q̄ Leonor me viò, no quiso apartarse de mis brazos vn pũto, y llegò à tanto el extremo amoroso, que quãdo yo quisiera partirme, y dexarla, ella menos

de venir cõnigo, no auia de dexar partirme, y assi haziendole à Penado q̄ echasse voz, q̄ se la lleuaua à Oropesa à entrarla Religiosa, me la traxe yo aqui à ser Ninfa destas soledades, pues tal vez trãs de vnas blãcas ouejas, de cuyo exercicio gusta, parece al Alva, quãdo madrugadora camina trãs las cabrillas: tal vez vellido à lo villano por las cũbres de estos mõtes, parece que afreça al dia, y por la sombra destes valles, parece q̄ siembra luzes; tal vez si baxa de la sierra, la juzgã los arroyos vellõ de quajada nieue, y si en los arroyos se para, murmurã las fuentes de que se ha quajado perla; y tal vez si se recueita canfada, se duerme nacarada rosa; y si la atemorizan sobre la tos, recuerda blanco jazmin. Pero para que te hablo retoricos apodados, quãdo te he prometido palabras desnudas? Deslicõse en fin la lengua con la pasiõ de la sangre; y no te marauilles, porque querer referir gracias de lo que se quiere, sin pintarlas con el pincel del encarecimiento, ò parece falta de habilidad, ò se presume poco amor. Seis años hà q̄ la tengo en mi cõpañia, liendo de los dos alvergue la casa que te he dicho, donde creciendo con la comunicacion el trato, cõ el trato la volũtad, y cõ la voluntad el gusto, passãnos vna vida tã agena de cuidados, q̄ sugetos todos à vn parecer por mas q̄ ha trabajado la discordia, nunca la podido

romper las lazadas estrechas de nuestra conformidad. Leonor con la labradora, y dos Doncellitas suyas divertida, ya siguiendo las ovejas, ya visitando la labrança, ya en la casa ocupandose en domesticos exercicios, passa tan contenta, que ni la afligen memorias del Ciudadano bullicio, ni la desvelan los passados ascos de las galas, ni la melancoliza la priuacion de los diuertimientos. Yo descuidado con ella, me retiró muchas vezes à estos montes, para poder mas libre de embarragos, continuar mis ayunos, y proseguir mis penitencias. Este peñasco q̄ miras, me dà abrigo muchas noches en vn pequeño hueco q̄ oculta en sus entrañas, bosteço obscuro que diò la naturaleza entre estos riscos. Esto q̄ te he contado es el discurso de mi vida, estas las tragedias q̄ he passado, y estas las soledades que padezco. Si gustas acaso en ellas de hazer asiento, refiriendome primero las causas q̄ te han mouido, recibirè consuelo infinito, que à quien està derribado de la fortuna, es descanso oir relatar sucesos, y como ya juzgo los tuyos por notables, quisiera escucharlos para aliuio de los míos. Pero porq̄ estaràn tan cansado de oirme, quanto con alguna fatiga de lo q̄ has caminado, no quiero oir cõ digresion tus discursos, sino q̄ los suspèdas hasta tener ocasion mas oportuna. Ahora, pues, q̄ yà el Sol, minorado las sombras,

nos señala el medio dia, vente conmigo à la cueua, para que tomando algun refresco, dispongamos el viage à la alqueria, que en ella quiero descansar esta noche, para que por lo menos experimentes algunas verdades de las que he cõtado, y para que viendo la apacibilidad del sitio, te dispongas à habitar estos retiros amenos, que engendran las soledades; que aunque parece que todas son tristezas las que crian, porque tal vez el coraçon melancolico se aflige, afligido se angustia, y angustiado se desmaya; con todo, tienè mil diuertimientos que recrean, y mil recreos que animan, los quales quiero, que me oigas en vnas canciones, que hize en tiempos passados, convidando à mi hija Leonor à estas delicias de la soledad.

Dixo Enrico, y era tanta la atencion que Lisardo le tenia, que con quedarse suspenso, diò à entender, que estaua pesoso de que tan presto huvièsse acabado; y así, agradeciendole con ceremonias corteses la merced, que le auia hecho en auerle dado vn plato tan sabroso, como sus bien sentidos discursos auian façonado, le ofreció al instante la relacion de su vida, significandola en cifra muy tragica, y pesosa. Acetò Enrico la oferta, y despues que huvièron comido regalos, aunque de soledad, dulces al gusto, tomaron el camino de la granja, ò alqueria, senda tan

poco cursada, y estrecha, que borrarada por partes con jaras, y sabinas, y à trechos no esculpida por los peñascos, y riscos, fuera camino engañoso de peregrinos errantes, y como la llamada compañía, con la conversacion gustosa, son aliuos destos tropezos, bolvió Lisardo à Enrico,

y pidióle por merced, le dixesse la cancion que le auia prometido; y èl sin dexarse rogar, antes muy agradecido à que quisieste escucharle, hizo alarde de estos versos, que en lo bien desmenuçados, y sentidos, se conocieron ser suyos.

Oye, Leonor querida,  
engendrado pedaço de mi vida,  
parte tambien de àquella  
que en campos de la Gloria yaze Estrella;  
pues entre varias calmas,  
hecha vn todo naciste de dos almas:  
oyeme, pues, y escucha en mis verdades,  
dulces delicias destas soledades.

Yà que en tus años doze  
la voluntad parece se conoce,  
y en tu conocimiento  
haze yà pinos el entendimiento;  
y sin creer hablillas,  
la memoria ha salido de mantillas;  
antes que te diviertan diferencias,  
oyeme à mi con todas tres potencias;

Adornada pintura  
eres de la hermosura,  
hazer mexillas rosas,  
los ojos Solès, con las otras cosas  
que encarece el pincel de quien bien amà;  
remitolo à la fama,  
supuesto no pretendo aqui otra cosa,  
mas, que dezir que el Cielo te hizo hermosa;

Pues siendo virgen bella,  
y qual puro jazmin casta donçella,  
no macules tus años  
con lasciuos engaños;  
y si acaso te tienta el apetito,  
acogete à sagrado, dale vn grito;  
vente à la soledad, y diuertida,  
haz cuenta que te passas à otra vida;

Sossiegate del tutto,  
 y si acaso repaffas el disgusto,  
 que quiso ocasionarte el pensamiento;  
 fantiguete al momento,  
 y sin mas rebolver materias tales,  
 sal del pagizo al vergue à los vmbrales;  
 tiende los castos ojos  
 por esta soledad, que aliuia enojos;

Mira al nacer el dia,  
 con quanta lozania  
 affoma el Sol su frente;  
 por las doradas rejas del Oriente;  
 rompiendo hermosos velos  
 con los rayos que brillan paralelos;  
 desempedrando el coche  
 todas las sombras que empedrò la noche;

Mira como las flores  
 à la vista del Sol cobran colores;  
 chupando entre sus hojas  
 las lloradas congoxas  
 que el Alua les dà en perlas;  
 sea por complacerlas,  
 sea por darles parte de su lloro;  
 que no hè de hazer verdad yo lo q̄ ignorò;

Desde vn copado pino,  
 veràs con què donayre peregrino  
 requiebra el ruiñeñor à su consorte;  
 siendo à la casta vnion felice norte  
 ver que del nido se leuanta atenta,  
 y escuchando al galàn que se lamenta;  
 qual melindrosa dama,  
 le brinda con arrullos en la cama.

La tortola viuda  
 se leuanta sañuda,  
 y desde el ramo seco de vn lentisco;  
 sus lastimas le cuenta à vn pardo risco;  
 con canto tan sentido,  
 que alguna vez el monte condolido,  
 ya que no puede remediar sus males,  
 con ecos la acompaña en casos tales.

## Soledades de la Vida;

Sin pena desta triste,  
 en vn sauce veràs que pule, y viste  
 sus plumas la calandria, tan ayrosa,  
 que ay aue que embidiofa  
 se leuanta del nido,  
 y al ombro (como dizen) el vestido;  
 à vn arroyo se và, y en sus espumas  
 con jabon de cristal lava sus plumas.  
 Para gozar mejor desta armonia,  
 dexa que cayga el dia,  
 passa en tu alvergue la abrasada siesta;  
 y en viendo que se apresta  
 la tarde deleytosa,  
 al pie de vna haya hojosa  
 puedes tomar asiento, que en sus faldas  
 te hará vn rico tapete de esmeraldas.  
 Mira desde alli atenta  
 con el modo, arte, y cuenta  
 que las aues acuden à la escuela,  
 veràs que se desvela  
 en passar sus liciones cada vna;  
 y al dezir, lean, lean, no ay alguna  
 que cesse el repetir con dulces quiebros  
 quejas de amor, ò con amor requiebros.  
 Quando ya estès cansada  
 de escuchar la armonia concertada,  
 espaciate en la selua,  
 y antes que el Sol se buelva  
 à su dorada casa,  
 mira como de vn monte al otro passa  
 el mas galàn venado,  
 con penacho de puntas bien armado;  
 Repara atentamente,  
 y veràs como baxan à la fuente  
 sedientos animales  
 à templar el calor con los cristales;  
 y sobre el ser primero, en vn momento  
 leuantan todos vn motin sangriento,  
 saliendo alguno dellos tan herido,  
 que en sangre dexa alli lo que ha bebido.

Al lobo carnicero

veràs tal vez, cargado de vn cordero;  
meterse entre las peñas,  
y haziendo algunas señas,  
llama al cachorro que dexò en la gruta;  
y allà à su vfança bruta  
destrozado, sin plato, ni trinchante,  
se le meriendan en vn breue instante;

Si vn poco mas te alexas,

hallaràs mil exercitos de abexas,  
que para sus labores  
vàn à cortar lo dulce de las flores;  
y dellas bien cargadas,  
buelven à sus casillas concertadas,  
las quales labran en los anchos huecos  
de broncas peñas, ù de troncos secos.

Aqui puedes atenta

reparar en el orden, traza, y cuenta  
con que todas acuden al trabajo,  
todas vàn à destajo;  
y quando no imagines,  
veràs desta tarea opimos fines,  
pues tal vez se abre vn tróco, y corren fuera  
fuentes de miel por margenes de cera.

Quando tràs el ganado

quisieres diuertir algun cuidado,  
vè siguiendo sus huellas,  
que donde pongas tu las plantas bellas;  
floreceràn tomillos,  
y en viendo flores yà los corderillos,  
pensaràn con retozos que eres Maya,  
y te daràn mil topes en la saya.

Quando el tiempo se heriza,

porque yà ventisquea, ò yà graniza;  
sal, y veràs la sierra  
hecha de nieue yà, si antes de tierra  
por cuyos riscos altos,  
baxan trepando à saltos  
mil deshechas vertientes,  
vnas à ser arroyos, y otras fuentes:

## Soledades de la Vida;

Veràs que ay fuentecilla que se atreue  
 à descender por margenes de nieue;  
 corriendo bulliciosa  
 hasta el ribete de la tierra vmbrosa,  
 donde, como del Sol no vee los rayos;  
 siente elados desmayos;  
 y de tal suerte se limita, y ata,  
 que se cuaxa en carambanos de plata;  
 Quando el Invierno fuera,  
 entra à reynar la hermosa Primavera;  
 mira quan sin congoxas  
 los arboles se visten nuevas hojas,  
 los campos reverdecen,  
 las flores nacen, y en sus matas crecen;  
 tan sin melindre, tan en todo ayrosas,  
 que à vn sollozo del Alua se abren rosas;  
 Mira que alborozado  
 se vâ vistiendo de galàn el prado,  
 con tela de colores,  
 que texen yeruas, y la traman flores;  
 dandole sus tapetes  
 por plumages compuestos ramilletes;  
 y vna garganta que se vee vezina,  
 le ciñe sus cristales por pretina.  
 Sientate alli à mirar qual se delata  
 de vn arroyuelo la sonora plata;  
 que entre doradas guijas,  
 ò ya las llames trastes, ya clauijas;  
 tan ayrosa se toca,  
 que veràs muchas vezes que prouoca  
 à las aues que dexen su estancias,  
 por venir à escuchar sus consonancias;  
 Al margen, pues, te sienta,  
 que si llegas sedienta,  
 de gotas salpicadas,  
 en tus faldas veràs perlas cuaxadas;  
 donde tal vez pintados paxarillos  
 que la cogen veràs en sus piquillos;  
 y si tu agrado à ello los prouoca,  
 se las pondrán al labio de tu boca;

Esto es la soledad, hija querida,  
 à esto te combida  
 vn padre que te adora:  
 aqui seràs señora,  
 aqui tendràs descanso, aqui reposo;  
 aqui siendo Iesus tu dulce Esposo,  
 passaràs esta vida transitoria  
 hasta la eterna vida, que es la Gloria.

## SOLEDAD QVARTA.

**E**N Lo mas apacible del día,  
 quando el Sol se señorea  
 mas entre las luzes, quando la  
 luz comunica mas sus lumbres  
 por las vidrieras del Sol, y quan-  
 do las sombras son tan pocas,  
 que à fuerça del resplandor que-  
 dan deshechas, caminauan ma-  
 no à mano Enrico, y Lisardo, co-  
 mo ya diximos, à la Alqueria de  
 el Labrador Feliciano, que con  
 su casa, y familia habitaua lo  
 inculto de aquellos montes. Y  
 aunque la jornada era muy cor-  
 ta, y lo frondoso de la espesura  
 la hazia fauorable, en breue ra-  
 to se vino à convertir en peno-  
 sa, y dessabrida. Leuantòse en-  
 medio de la tranquilidad vna  
 borrasca, y en el mayor sosiego  
 començò vna tempestad à que-  
 brantar las pazes de la quietud,  
 barajandòse los vientos con tan-  
 dentos remolinos, y enlueandose  
 el ayre con nubes tan obscuras,  
 que ya lo que fue apacible, se cò-  
 uirtió en aspereza; lo que antes  
 fue día, padeciò amagos de no-

che; lo que se viò luz, apareció  
 tinieblas; y lo que antes sereno,  
 se revistiò de enojado: al ruido  
 de los truenos cruxian los mon-  
 tes, retumbauan las cabernas, y  
 se espeluzauan los riscos; al fue-  
 go de los relampagos la vista se  
 abochornaua; y llerros de hor-  
 ror, y espanto los animales, bus-  
 cauan lo oculto de sus cueuas, y  
 las aues el asilo de sus nidos. Al  
 impetu de los vientos se desgajauan los robles, los pinos se ar-  
 rancauan, y la encina mas robus-  
 ta se desquadrernaua de sus qui-  
 cios. Al raudal de la lluvia se def-  
 moronauan los cerros, los arro-  
 yos mas humildes se ensoberue-  
 cian, y las aguas mas claras que-  
 dauan tan turbias, que por mu-  
 cho q̄ trabajauan en esclarecer-  
 se, no podian boluerse à sus pri-  
 meros cristales. Compelidos,  
 pues, los dos caminantes de se-  
 mejantes inclemencias, despues  
 que ya el agua los tenia bien  
 mojados, y el ayre maltratados,  
 y oprimidos, se apartaron del

camino, y enderezaron los pasos à vna gruta, que aunque les hizo mala cara, segun estaua de obscura, les diò alvergue todo el tiempo que durò la tempestad: cessò de llouer a tiempo que ya el dia iba traiponiendo los montes del Ocaso, saliò el Iris à divulgar las pazes, y serendòse el ayre con apacible bonança. Bolvieron à su camino, ya casi en los preábulos de la noche, y llegando à vn alto, de donde se diuisaua la caseria, vieron que por vn collado iba descendiendo la pastorcilla Leonor tràs el rebaño de sus pintadas cabras, sin que el rigor de la tarde la huviessè entriltecido, ni el miedo de andar sola la huviessè puesto en cuidado. Llegòse Enrico à ella, y con paternal amor la recogió en sus braços, y lleuóla de la mano, hasta que llegaron à la casa, dõde fueron bien hospedados, y recibidos. Feliciano, y su muger Eugenia cuidaron del nueuo huestped Lisardo, que así lo preuino Enrico, fuera de q̄ por su presencia merecia qualquier noble acogimiento: mudaronle las ropas, y en tanto que se preuenia la cena, le pusieron vn asiento al calor de vna grande lumbre, refugio à que se iban llegando todos los que estauan mojados, y con frio. Filis, y Belisa eran como Damas de Leonor; y así, con mil abraços, y cariciasta lleuaron à su apotento, y auientola puesto otro vestido, la bol-

uieron alleuar à los braços de su padre. Dos hijos de Feliciano, despues de auer alvergado vnos bueyes, y puesto en orden otras cosas necessarias al cuidado de su oficio, se cercaron tambien del fuego, dandole à Enrico mil bienvenidas. Estaua Lisardo muy atento à la disposicion de la casa, mirando con el brio que el viejo mandaua, con la sollicitud que la muger disponia, y con la sal, y donayre que las dos hijas adereçauã algunos rusticos manjares, los moços tan callados, que en su callar se manifestaua su obediencia; y todo enfin, con tanto asseo, que mas parecia gouierno de vn Palacio, que disposicion de rustico alvergue. Mientras Lisardo atendia à estas cosas, estaua Enrico bacilando entre muchas confusiones à causã de echar à vna persona menos, q̄ pocos dias auia, que por cuenta suya habitaua tambien aquella granja, esta era Teodora, aquella dama penitète, que diximos que auia guiado Enrico à esta alqueria, para q̄ pudiesse con algun aliuio passar la aspereza de las soledades, y como por diligencias que hazia cõ los ojos, mirando y à la puerta, por si entraua, y à todas partes, por si la descubria, no hallaua descanso para su inquietud, se resoluiò à preguntar por ella, diciendo: Como no parece aquí Teodora? en que està ocupada, quando mas por ella, que por

Leonor, he venido à esta viuita? Callaron todos, mirandose los vnos à los otros, hasta que Leonor, para que su padre se quietasse, y para que los demás saliesse de aquella duda, dixo: Padre, y señor mio, ya se despidió Teodora para siempre desta casa, porque dezia que vivir aqui, antes era comodidad, que penitencia; antes regalo, que mortificación; y pues mis lagrimas no fueron poderosas para detenerla, ni mis ruegos bastaron para ablandarla, no ay que cuidar ya de su venida. El lugar que ha escogido para su morada, me es notorio debaxo de juramēto que à nadie he de dezirlo; mas de dos leguas està de aqui distante, cueva tan oculta à los ojos humanos, que aun para los que la sabē son menester señas para auer de hallarla: lo que llora es tan sin tassa, q̄ ya està consumido lo brillante de sus hermosos ojos; lo que suspira es tanto, que enternece à las peñas; lo que ora es tan cōtinuo, que ay noche que la passa velando en oracion; lo que come es tã poco, que en mas de vna semana no ha podido acabar vn pan que la di; y en fin, lo que se mortifica es con tanto exceso, que ya tiene sus carnes deshechas, y denegridas: antes de encerrarse en esta caberna, la acompañè vn dia al Monasterio de Guadalupe, dōde hizo vna confesion general, y visitò aquella Santa Imagen de

Nuestra Señora, con vnos afectos tan entrañables, y deuotos, que en què me vi de reprimir las fuentes de lagrimas que vertia. Esto es, padre, lo que sè de Teodora, y así el hallarla menos no te enoje, quando està mas ocupada en los seruicios de Dios.

Dixo Leonor, y Enrico que dō mui gozoso en saber los buenos principios que daua Teodora à su prometida penitencia, y así dixo à los circunstantes: tanta es la sabiduria de Teodora, tãta su virtud, y santidad, q̄ nunca esperè yo menores frutos; y porque quedeis entendidos, sabed que toda la penitencia que haze, es, por solo vn mal pensamiento que tuvo, sin q̄ se le pueda objetar otro pecado: y así, querida Leonor, como amante te ruego, y como padre te mando, que mientras Teodora viua, la visites, la regales, y la situas, tomando los consejos que te diere, aprēdiendo en sus palabras, y exercitando sus obras. Temela como à señora, obedecela como à maestra, y quierela como madre; que bien satisfecho estoy que has de hallar en ella tanta doctrina, que no necessites de mis auisos, y amonestaciones. La preuencion de la cena no diò lugar à que Enrico se alargasse; y así, tomando asientos, se acercaron à la mesa, sino rica, ni magestuosa, por lo menos limpia, y aseada: pero reparando en que Lisardo no se mo-

mouia de aquel lugar que ocupò primero, llamòle Enrico con nombre de amigo (por que aun no sabia su nombre, ni quié era) à quien Lisardo respondiò con vn suspiro lastimoso: Dexad, señores, à este desdichado, pues soy el mas malo que ha nacido en el Mundo. Diciendo estas palabras, cayò en el suelo amortecido, siendo confusion de todos quantos lo mirauan: bolviò en su acuerdo poco à poco, con los ojos rasados de lagrimas, y dixo: Si Teodora inocente està ayunando, por què ha de comer Lisardo, siendo toda la culpa?

Como ya Teodora, por no callarlo todo, auia dicho à los de la casa, que la causa de retirarse à la soledad, era, auer hecho dar la muerte à vn Lisardo, que tuvo por amante, y aora escucharon lo que Lisardo dezia, siendo de todos juzgado ya por muerto, y mas de Enrico, que ayudò à enterrarle; creyèdo que era persona del otro mundo, huyeron casi todos, desamparando la mesa; tan llenos de horror, y espanto, que alguno del mucho temor, no acertò à huir, y otros del miedo se encerraron en los aposentos, apellidando que era el anima de Lisardo, que andaua en pena por aquellos montes. Solo Enrico mostrò su antiguo valor, no mouiendose de su lugar; si bien, atemorizado del espanto, y no fue poco aliuio para Lisar-

do, por que viendo que huian todos de su vista, tan medrosos, sospechando, que se auia demudado su gesto, ò que era alguna fantasma la que veian, casi intentò huir como los demàs, ya que no podia huirse de si mismo. Preguntòle à Enrico, qual era la causa de aquellos miedos, que auian añadido nueua confusion à sus muchas confusiones? Y Enrico le respondiò, que solo saber que èl era Lisardo. Pues tan malo es Liardo? replicò el afligido Cauallero: tan malo es Lisardo, que huyen todos del: tanto han capeado mis delitos, que ya se sabè en estos yerros: tan buena fama es la mia, que no ay quien me mire à la cara? Si estais muerto, dixo Enrico, y quizás por permission de Dios venis à purgar en esta forma vuestros pecados, porquè os marauillais de q̄ nos atemorizèmos los que aun uiuimos en el mundo? Como muerto? respondiò Lisardo, quien me ha leuantado esta mentira? à los Cielos pongo por testigos, que viuo en esta carne mortal; y si otro cuerpo fantastico, representando mi persona, quiere causar me à mi confusion, y à vosotros temores, por Dios os pido, que depongais el miedo, y dandome atencion, escucheis todo el cuento de mi vida, donde hallateis tragedias que os espanten, y casos que os atemorizen. No se què verdad se tenga lo que dezis (bol

tió à replicar Enrico, supuesto que conociais à Teodora, y os publicais Lisardo, al qual yo mismo con estos braços le di sepultura en el Hospital, que està en medio destas espesuras, despues que atraueñado en vn cauallo le tragimos de vn pequeño monte, donde le hallè con tantas heridas, que aun la misma Teodora, que le tenia en su regaçõ no le conociera, sino fuera por los vestidos. Ay desdicha (respondiõ Lisardo) y como por todas partes me persigues! Ay Enrico amigo, y como yà soy deudor de otra vida, y yà tẽgo otra desgracia mas que llorar, y gemir; esse hõbre q̃ enterrasteis, no era Lisardo, y si quereis saber quiẽ era, venid todos, y escuchadme atẽtos, para q̃ quedeis libres de estos juizios, quiteis estas sospechas, y oir mi nombre no os cause estos sobresaltos, y estos miedos.

Con estas vltimas palabras de Lisardo, se quedõ Enrico asegurado, y los demàs, que escuchauan desde fuera, cobrarõ valor, y assi considerando q̃ hazer nuevos desvios antes seria necesidad, que miedo, bolvieron à salir todos de los escõdijos que el temor auia repartido à cada vno. Holgõse mucho Lisardo en verlos, y assegurãdolos con mil promessas, que era otro del q̃ imaginauan, les pidiõ muy cortès, y comedido, que cenassen, y yà q̃ su venida les auia causado tan-

tos sustos, no por su causa se quedassen sin el ordinario sustento. Cenõ tambien Lisardo, por no dar lugar à escusas, que muchas vezes la prudencia haze plato à la cortesia, aunque contradiga el gusto. Y en tales ocasiones, mas vale q̃ coma el abstimente, forçando su voluntad, que no q̃ la hipocresia se entre secreta, viendo abierto algun resquicio.

Leuantaronse las mesas, dieron gracias al Señor, mostrõse Lisardo agradecido, porque el pecho hida'go, mas agradece vn pequeño favor, dado con buena intencion, que vn grande banquete hecho con poca voluntad. Despues de muchos cumplimientos bolvieron à la lũbre, cercãdola en contorno, y aquello cõ tanta cuenta, q̃ no huviera q̃ notar; q̃ en la casa q̃ se viue con recato, y cõpostura, hasta en el tomar asiento hõbres, donde ay mugeres, padres donde ay hijos, hermanos donde ay hermanas, y criados donde ay moças, es justo q̃ aya orden, y distinción. Enrico, y Feliciano tomaron à Lisardo en medio; Eugenia con Filis, y Belisa se arrimaron à vna parte; Leonor se aplicò cõ Filis, y los hijos, y criados ocuparon la otra vanda. Quando Lisardo viõ, que la atencion de todos le dezia, que comẽçasse despues de atropellados algunos suspiros, que le añudauan la garganta, y despues de enjutas las lagrimas,

que

que le cegauan los ojos, tendiendo la vista à todas partes, començò à dezir en esta forma.

En Cordoua, Ciudad casi la mejor de la Andalucia, y vna de las mas insignes de la Europa, situada en los llanos de la grã Sierra Morena, por donde el cristalino Betis, derramando cristales, fertiliza, y hermosa alamedas, y jardines. Tuve mi nacimiento heredando desde el nacer sangre tan noble, que nunca estuve enuidioso de otros, que por mas poderosos se juzgan mas illustres: ojala que mi fortuna me hiziera entõces de suerte mas humilde, que asi no le quedàra cumbre de donde derribarme: pues es mejor de humildes principios subir à ser algo, que no de partes altas baxar à ser nada. Aunque eramos tres hermanos, y yo el menor dellos, nunca tuve mira à que necesitaria de los alimentos del primero, ni del patrimonio del segundo, porque en la casa de mis padres auia sobrado para todos. Passò en silencio los años de la puericia, la buena criança, las primeras letras, y algunos exercicios, que à personas de mi porte les eran permitidos. Hallandome en los vmbrales de la juventud, piquè tanto de galan, que algunos fisonomos quisieron rotularme de Narciso.

Quise pretender vna Dama, si quiera por enseñarme à enamorar, que algunos cogen este ca-

mino, y se vienen à hallar tan enseñados, que à no ser ellos mismos los maestros, mal dexeran hartas vezes la enseñanza. Para no errar en la eleccion, lo pensè de espacio, hasta que passando vna dia por vna calle algo oculta, vi que dos Damas se estauan hablando desde sus balcones, à causa de tener juntas las casas, y reparando en la estremada belleza de la vna, y de la otra, casi quedè enamorado de las dos, por no hazer agrauio à ninguna. Di desde entonces en passar la calle, cõ tanta frequentacion, que començaron à publicarse mis galanteos, que querer que el amor estè encubierto, es hazer cuerdo al amor. Isabela, y Doña Angela eran los nombres destas Damas, las dos de vna edad, y vn Angel cada vna de las dos. Muy dudoso estuve en declararme, mas viendo vna tarde à Isabela, como Doña Angela no parecia, me robò tan de golpe toda la voluntad, que me hallè esclauo, quando pensè libre. Entonces para darle à entender mi declarada aficion, tomè la pluma, y escriuila este papel.

*Carta de Lisardo à Isabela.*

Si à quien le dãn à escoger, dize el refran, que le dãn en que entender, significando la dificultad en que le ponen, mayor serà lamia, pues que me pongo à escoger en lo que no me dãn, ni yo merezco: mas si el amor para ser amor

amor no ha de ser cobarde, por dotrarle bien à los principios, quiero començar à atreuerme; y así digo, que de las hermosuras que he mirado, la más digna de escoger es vuestra hermosura: y pues he tenido tan buen acierto en elegir, permitidme la

Vistas dos rosas al nacer el dia,  
las dos lozanas, y las dos hermosas,  
quien fue à escoger la vna destas rosas,  
dudoso estuvo en ver qual tomaria.

Cada qual tan brillante parecia,  
que parece apostauan de embidiosas;  
y por no hazer reparo en pocas cosas,  
cogió las dos, quien sola vna queria.

Así yo quise, viendome dudoso,  
no escoger entre dos beldades puras,  
mas dixome el amor, que era forçoso.

Y aunque el miedo de errar me dexó à escuras,  
escogí de Isabela el Cielo hermoso,  
y no quise buscar mas hermosuras.

Tuve por respuesta una esquivada coloreada con las excusas que quiso; que à una muger jamás le faltan razones para excusar lo que le piden. Quedeme por una parte ofendido, y por otra mas aficionado, que muchas vezes la voluntad, por el mismo caso que la desprecian, ama con mayores ansias. Bolvi à escriuirla, y respondíome con silencio, lleué música à su calle, y no quiso oirla, continué los paseos, dióse por descontenta, que xéme à sus rejas, y despídióme desabrida. Llegaron à tanto los extremos míos en amarla, y suyos en aborrecerme, que me salió à los rostros la pin-

licencia para amar, que aunque yà me es forçoso amar sin licencia, no quisiera, que os enojasse mi amor; esto os suplico, y que paséis vuestros diuinos ojos por estos versos, que sin tomarlos de nadie, he escrito, para significar mi buen acierto.

ta de mi enfermedad; porque todos los Caualleros de mi porte, unos por amigos, y otros por curiosos, començaró à darme cordeles, solo con dezirme que estava enamorado; y como era tan verdad, aunque los desmética, me quedaua convencido, viendo que hallauan la prueba en mi desconfiego. El secretario de mi pasión era un criado, aunq bufo, y entretenido, muy fiel, y muy leal, llamado Cimacho, y como este vió el poco fruto que auia de sacar de mis porfias, me dixo un dia, llamandome à parte: Señor, para que te cansas en pretéder à Isabela, si yo estoy muy certificado,

do, que se corresponde con D. Fernando mas ha de dos años, à fin de casamiento? Muda de parecer, pues ay hartas Damas de tantas partes como ella, y alguna, que se yo que està muerta por ti. Era D. Fernando vn Cauallero muy noble, mas rico que yo, y que no se preciava de menos galan; y assi temi la partida, porque pretender echar de la possessiõ à vn poderoso otro, que no tiene tãtas fuerças, si es con justicia, aun parece temeridad; y si es sin ella, es vna locura cõfirmada. Y assi, por hazer prueba de mi mismo en quanto à mudar de parecer, le respondi à Camacho, que si los amores de Don Fernando, y de Isabela eran ciertos, cosa q̄ causaua mil descõfianças para mi pretensió, me dixesse quien era la Dama q̄ tãto me queria. Bien me rezelaua yo que era Doña Angela, y assi me dixo ser ella: de que no me pesò, por ser como he dicho de tantas partes como Isabela, assi en la discreciõ, y hermosura, como en el origen, y prosapia.

Estuve algunos dias ensayandome à mudar la voluntad de vna en otra parte, despreciando à mis solas à Isabela, y diziendola mil oprobios, haziendola mil agravios, y por el contrario, fingiendo con Doña Angela mil ternuras, significando finezas, y diziendo mil requiebros. Ensayo es tan dificultoso, que no ha-

rà poco vn alma despues de auerlo repetido vn millon de vezes, si queda amante de lo que no quiso, y sin amor para lo que ha amado. Aun enseñarse à querer, facilmente se aprende, y mas si la voluntad està libre; pero enseñarse à olvidar lo amado, muy dificultoso es para vna voluntad. Era tanta la sollicitud de Camacho en procurar, q̄ olvidasse à Isabela, que no contento cõ significarme el amor que Doña Angela me tenia, diò traça para que ella, contra la autoridad de su decoro, me escriuiera vn papel, que por ser tan bien notado, le referirè à la letra, si quiera porque disculpeis desde el principio mi mudança. Este fue su tenor, oidle.

*Papel de Doña Angela à Lisardo:*

Aunque escriuir vna Dama à vn Cauallero padece achaques de liuidad, pues dexa al arbitrio, ò que juzgue que la Dama se combida, ò que sospeche que es indiscreta la Dama; con todo señor Lisardo, me he determinado à escriuitos, porque si en algun tiẽpo os diere algunas quejas, sean con causa justificada, y si en alguna ocasion me hizieris cargo, tenga yo en mi fauor la defensa. Digo, pues, que ha muchos dias, que teneis escãdalizados estos barrios con los paseos tan frequentes, cõ las musicas tã demasadas, q̄ los que no  
sa

saben, como yo, que son por Isabela, juzgan temerariamente de mil Damas desta calle, cosa que redundá en inquietud de muchos maridos, en desdoro de algunos padres, y en detrimento de muchas doncellas. Es el caso, que como es notoriala comunicacion de Don Fernando con la Dama que pretendéis, todos los que juzgan, como veen atajado aquel passo, discurren por los demás; y como soy la mas cercana, presumen que soy yo ( como si el serlo no lo tuviera yo á dicha ) la causa de vuestro desafosiego; y assi, ay amiga que ya me dá parabienes, y contraria que quiere ponerme impedimentos. Esto me obliga á suplicaros, ò que os declareis mas con Isabela, ò que no deis lugar á que quedandome sin vos, me llamen vuestra Dama. Y si el no salir con vuestra empresa, es falta de quien aliente vuestro amor, mandadme, si quereis que yo sea la intercessora, que estoy tan aficionada á lo que padeceis amando, que á trueque de veros con gusto, solicitarè mi propria desventura.

Con este reboço ingenioso, con este disfraz discreto me dió á entender Doña Angela su aficion honesta, sin que del darme-la á entender pudiera presumirse arrojamiento; que tambien ay en el fuero de la modestia modos para declarar vna pas-

sion sin declararla, y para significar vn amor, sin dezir, te quiero. Ya parece que mi voluntad se iba careando al nuevo objeto, segun el gusto que recibí con el papel; pero considerè, que tambien pareceria muy facil mi valor, si al primer embite declarava mi mudança, que vn hombre no ha de apartarse de lo que pretende, por imposible que sea, menos que lo que le aparta no estè muy seguro; y assi, para mayor prueba deste querer, quise no darme por entendido, antes respondi sumamente apasionado de mi antiguo amor, diciendo:

*Papel de Lisardo á Doña Angela:*

Culpado, señora mia, en lo que me dezis, os pido perdon á vuestros pies, que no me le aueis de negar, quãdo os prometo mil enmiendas. Aficionado, como sabeis, quiero valerme del auxilio vuestro, para mejorar tã malos ratos como he passado; que aunque Don Fernando galantea, y el que le escuchan es su mayor fauor, mayores fauores me prometo, si sois mi intercessora. No os parezca arrojjo suplicaros lo que me ofreceis, que á no estar entendido de la grande amistad que professais con Isabela, antes me muriera callando á manos de mi tormento, q̄ os diera disgusto, pidiendoos cosas con-

tra vuestro decoro. En fin, os hago mi abogada, rogado por mi à Isabela, que aunque vuestro ruego no la ablande, quedarè muy consolado de que ayan intervenido vuestros ruegos, pues à vista de tanto desengaño, la voluntad cautiva serà possible que quede en su libertad.

O lo que puede la discrecion! O lo que vale vn pecho noble! pues auiedo Doña Angela recibido esta respuesta, que no la merecia, ni su amor, ni su hermosura, me respondiò tan contenta, como si yo la huviera dicho que la amava, ofreciendome que haria todos sus poderios para reducir à Isabela à mi amor, y voluntad, dandose por muy dichosa en auer recibido letras mias, y prometiendose parabienes de estar empleada en mi seruiçio. Què coraçon de diamante no se desnudà de lo ingrato, y se vistiera de lo agradecido, viendo tãta prudencia en tãto amor, tanta paciencia en vn agraviado pecho, y tanta cortesia en vn alma ofendida? Solo mi coraçon pudo ser el protervo, y obstinado, pues conociendo los quilates deste amor encubierto, me dexaua sin vida considerar que se auia de acabar el amor de Isabela, sin advertir entonces, que esta ingratitud que yo vsaua con quiè me queria, era lo que vsaua Isabela conmigo, por mucho que la amava. Sucediò vn fracaso,

que me sacò de mi engaño, y fus, que vna noche calurosa sali solo con Camacho à tomar el fresco por las orillas del Betis, y estando ( como siempre) imaginando en Isabela, ya culpando su esquiueza, ya maldiziendo mi fortuna, vimos passar vn coche por junto à nosotros; y reparando Camacho, como mas entremetido, en quiè era el dueño, conociò que era del padre de Isabela, la qual sola con su amiga Doña Angela auian salido à diuertirse. Apenas vi tan buena ocasion, quando aduirtiendo à Camacho, que me auisasse en pareciendo gente, me embocè lo mas que pude, y sin que me sintieran, me lleguè al estriuo del coche, donde pude escuchar, sin ser visto, algun rato de la conversacion que las dos lleuauan. Oì à Isabela, que dezia: Amiga Doña Angela, confiesse, como dizes, que soy ingrata al mucho amor que me muestra Lisardo, pues ya que no correspondo à sus ruegos, aun no le despido con buenas palabras; pero marauillome que siendo tu tan bella, que mereces ser estimada, y siendo Lisardo tan galàn, que puede ser querido, vengas à rogarme que le tenga aficion, que mude de parecer, y le muestre voluntad, cosa que para creida trae poco de aparente, pues solo à mi cortesia se reserva el darte credito. Respon-

pondió Doña Angela: Si acaso vas à sacar por ilacion de lo que dizes, que con cautela te hago estos ruegos, porque estarè zelosa, quiero adelantarme, y decirte, que amo à Lisardo con vn amor muy crecido; y fuera con estremo, à estar correspondida de el; pero tengo tãto valor, que no soy de las Damas que buscan galanes, aunque no las quieran; y procuran que otras no los amen, para con mas seguro atraerlos para si. No soy, Isabela, destas y así, el rogarte por el, no es ficcion, antes cordura; no son zelos, antes valentia; fuera que de hazer este recado di la palabra à vna persona que quiere bien à Lisardo, que fiado de la amistad de las dos, creyó con mi suplica solicitarle el remedio. No echaua yo por este atajo, replicó Isabela, antes iba à sospechar, y perdona que he de decirlo, que estauas aficionada à Don Fernando, y que por verle libre, ya me entiendes, no ay que explicarme mas. Iesus mil vezes! respondió Doña Angela, haziendose Cruces, y que sospecha tan maliciosa has tenido de mi! Pues para que te defengañes, te empeño mi palabra, que en el mas minimo pensamiento no te he ofendido en esta parte, porque si alguna persona me debe aficion, es Lisardo; y mira lo amiga que soy de dar gusto, pues vengo à hazerte ruegos contra mi pro-

pria; y si he de hablar claro, solo es porque me dà pesadumbre que sea vna muger ingrata con quien amante la desca, y marido la pretende.

Tan embaraçadas iban las dos en esta platica, q̄ les durara mas tiempo, à no impedirle la curiosidad del cochero, que por banar los caualllos, metió el coche por el rio, cuyas aguas brumadas de las ruedas vnas, arrollandose espumas, quedauan sonora plata; y otras salpicandose vidrios, boluiian à ser cristales; y como en la mayor bonança, rebuelue vna tempestad, y en el pielago mas liquido se encuentra con vna roca; quando mas sereno el coche sulcaua el paño fugitiuo, no le faltó vn escollo, q̄ hecho tropeçon de la vna rueda, le sumergió entre las aguas, dexando hecho sepulcro lo que fue pauellon, bodega lo que fue casa, y tumba lo que antes tienda; retrato al viuo de la poca seguridad de la vida, pues quando mas descuidada, se halla en brazos de la muerte. Yo q̄ me auia quedado à la orilla confuso de auer oido la aficion de Doña Angela, pues à no ser yo quié la escuchaua, no la creyera, así como vi la tragedia à mis ojos, desemboluiendome del ferreruelo, y soltando alli la ropa, que me podia dar mas embaraço, me abalancè al rio, y llegando al coche, en cuyo hueco ya las aguas auia tomado possessiõ

hallè à vn lado sin alientos à Isabela, y al otro casi muerta à Doña Angela, la vna marchita rosa con el fusto, la otra muerto jazmin con el desmayo, cada vna amortiguando el carmin que les escupió à la boca, y las dos brotando en perlas el agua que les asomò à los ojos. Sin detenerme en lo mucho que ay que considerar en vna hermosura, quando està rebuelta, cogi à Doña Angela en los braços, primero que me acordàra de Isabela. Yo propio me admirè de la accion, y juzgando que auia sido descuido de la prisa, quise bolver à dexarla, y echar mano de Isabela, pero hallè en esto tantos embargos, que tuve por mas acierto sacarlas à las dos juntas; y asì, hecho Atlante de sus hermosos Cielos, quise vadear las aguas. Aunque preuine todos mis alientos, hallè ser imposible, porque las muchas ropas eran estorvo, y el estar mojadas era mucho peso, por lo qual, considerando que en sacarlas juntas à las dos, arriesgava las vidas de los tres, me determinè à dexar en el agua à la vna, hasta auer puesto à la otra en libertad. Aqui ya me acordè que era Isabela la que yo queria, pero representandoseme entonces en ella, no el amor que yo la mostraua, sino la ingratitud con que me correspondia; y al contrario mirando en Doña Angela, no mi desamor, sino su volun-

rad; no mi desconocimiento, sino su razon: soltè à Isabela, no tan en el peligro, que no fuera socorrida de Camacho, y de el Cochero, que ya desembultos del espanto, auian llegado à ayudarme, y abraçado solamente de Doña Angela, la saquè en salvo à la ribera; y buelta ya en su acuerdo, me dixo que no queria darme alli las gracias, sino en su ventana, donde me aguardaria la noche siguiente. No huvo lugar de mas razones, porque en breue rato auidiò tanta gente à la fama del fracaso, que para no darme à conocer, huve de valerme de la diligencia.

Mojado de la suerte que podeis considerar, di la buelta à mi casa, passando vn rato entretenido con los dichos de Camacho, que no pudiendo creer que el dexar à Isabela en el rio, y sacar à Doña Angela, auia sido eleccion mia, sino engaño, venia con semo regocijo, diziendome aquello de, Dios ha visto las marañas; y asì, ha permitido que Doña Angela te aya cogido en el garlito. Eran mayores sus contentos, quando yo le respondia que ya no queria otro amor mas que à Doña Angela; luego tratamos de lo sentida que auia quedado Isabela, y representaualo Camacho tan al viuo, como èl à lo socarron notò bien sus acciones, que ya no podia reportar la risa, oyendole dezir:

Ha traïdor! esta era tu voluntad ò falso! en el río me arrojast ha desconocido! mas vale D. Angela que yo: Pero no pararon aqui los sentimientos de Isabela, sino que me cõtauan despues que de corrida no salia adõnde la vieran, y de zelosa se mordia las manos, propio de mugeres, quando las quieren, engreirse; quanto mas las sollicitã, enfadarse; y si las dexan, darse por ofendidas; y si ven buscar otras, apellidar venganças. La causa deste sentir fue el cochero, que como es gente que para dezir lo que veen, no es menetter que se lo paguen; y sin paga, dizen al doble de lo que veẽ, contaua despepitadamente lo q̃ auia passado à todos los q̃ iban, y venian; y como en vn vulgo son los pareceres tan varios, pues aunque me disculpauan à mi algunos, diziendo que yo auia hecho bien, si era Doña Angela mi Dama; otros dezian que auia sido villana accion el dexar à Isabela, y que peligrar con las dos fuera mejor contado; de oir à estos, se dieron el padre, y deudos por ofendidos, solo Don Fernando hizo alarde de valentia, en medio de estas contradiciones, afirmando que auia sido temor, por no darle zelos, pues los tuuiera muy grandes, si yo osara sacar en mis brazos la que ya se conocia prenda suya. Causò enfin, tanto ruido en la Ciudad esta eleccion mia, que al siguiente

dia en todas las conversaciones se ventilaua el caso de modo, que muchos Caualleros lo puieron en question, dudando qual seria mas justo, puesto vn Cauallero en semejante aprieto, donde no podria librar sino à vna de dos Damas, librar à aquella que el queria, aunque ella no correspondia à su amor; ò librar à la que le amaua, aunque el no la correspondia? Eseruiéronse muchos Poemas, en que cada vno fundò en justicia su parecer, que hasta vna verdad padece tantas achasques, que por clara que estè, no faltan pareceres que la llamen mentira. No quise quedarme corto, supuesto que yo auia sido la causa del certamen; y así, disfracè mi voto en estas espinelas, que despues de estar yà corregidas por Doña Angela, se publicaron desta forma.

Vn hõbre embarcado estando con dos Damas, de las quales vna no aliuia sus males, y el la està en el extremo amando; otra en el està adorando, y el no la puede mirar; que harà, si arrojar al Mar, vna forçoso le fuere, dexar à la que le quiere, ò à la que el quiere dexar?

Caso es de gran confusion, pero en casos semejantes deben mirar los amantes las leyes de la razon: porque supuesto que son

dos Damas las referidas,  
que ni las dos son queridas;  
ni las dos quieren querer,  
facil serà el escoger  
vna vida entre dos vidas:

Si vna no querida quiere,  
y otra no quiere querida,  
la justicia es conocida  
para el que discreto fuere:  
si el galàn librar pudiere  
à las dos, no andarà errado;  
mas caso que sea forçado  
à hazer el triste partido,  
pague amor que le han tenido,  
y arroje amor mal pagado.

Y aunque parece rigor  
que el galàn mate à quien ama,  
no es rigor, quando la Dama  
no corresponde à su amor:  
antes fuera el tal traidor,  
segun buenas consecuencias;  
si en tan vrgentes pependencias,  
juzgando por modos sabios,  
dexàra libres agrauios,  
y castigàra inocencias.

No ay agrauios como ver  
vn galàn, como al compàs  
que el adora, y quiere mas,  
menos le quieren querer:  
no puede inocencia auer,  
como vna muger queriendo  
à quien la està aborreciendo,  
pues esto considerando,  
muera la que està matando,  
viva la que està muriendo.

Y aunque el coraçon està  
donde tiene la aficion,  
tambien sabe el coraçon  
no estar con quien mal le vâ:  
à ~~parto~~ se bolverà

en tal peligro: de suertè;  
que el galàn robusto, y fuerte  
pueda dar por su medida,  
vida à quien quiere su vida,  
muerte à quiè quiere su muerte;

Debe vn galàn advertir,  
puesto en semejante aprieto,  
que aunque ay dos, es vn respeto  
el que tiene de elegir:  
y supuesto ha de morir  
de aquestas dos vna Dama,  
muera la que su amor llama;  
porque yo mas justo llamo  
no dexar vida à quien amo,  
que dar muerte à quiè me ama;

Con este papel satisface ca-  
llando à mis opositores, por el  
qual recibí de Doña Angela tan-  
tas gracias, que me hallè corto  
para satisfacerla. Fui vna, y mu-  
chas noches à su reja, donde de-  
clarandome mui à la larga la afi-  
cion, y voluntad, que le debia à  
su amor, sentamos el trato de  
quedar amantes firmes, sin que  
de alli adelante Isabela, ni otra  
Dama pudiesse apartarme de mi  
proposito, que las cosas que en  
esta vida parecen mas estables,  
se mudan tan facilmente. Pues  
aun yo mismo à ratos me admi-  
raua, y casi no creia el auerme  
oluidado de Isabela, quizá que  
lo permitiò el Cielo, para hazer-  
me exemplo à todos los hom-  
bres, para que en cabeça mia es-  
carmentassen de exponerse à los  
peligros que el amor acarrea,  
pues como ya os he dicho, de  
amar-

amarla, no saqué sino de si fogos, pesares, y fatigas; de olvidarla, presto vereis la desdicha que se me siguió, y de bolver à quererla escuchareis vna de mis mayores ruinas. Profigo, pues, y digo que me hallaua con mi nueuo amor tan consolado, y contento, que el mayor de los gustos que mi alma apetecia, era ver à Doña Angela. Con la comunicacion creció el trato, con el trato se hizo gigante la voluntad, y esta nos avassallò de modo, que ya determinamos de passar à mayores, no contentandonos con la parla de vna reja, donde ay miedos si velan los vezinos, y cuidados si passa gente, sino que dimos traza de hablar nos en el jardin, hasta que se efectuasse nuestro casamiento. Pero reparò Doña Angela, y me dixo que Isabela era ya su contraria, y temia no la descubriese, si quiera por vengar en ella los enojos que yo la auia dado. Parecième à mi que Doña Angela se escusaua, para apartarse de el concierto; y aunque quise disimular la pesadumbre, no pudo ser de suerte, que dexàra de ver en mi semblante mi acedia; y asì me replicò, diziendo: Lisardo, señor, y dueño mio, si he de aclarar la verdad, oidme sin enojo, vereis en mis palabras mi disculpa, Mi padre, y muchos deudos, entendidos ya del fauor que me hazeis, ha mil dias q me han

hecho cargo del fin que lleuan nuestros amores; dandome consejos, que no os hable, ni os mire, mientras no me pidieréis por esposa, y amenazandome castigos en sabiendo vna falta de mi recato, y en hallando vna macula en mi honor. Si os he hablado por la rexa, sabe el Cielo los miedos q me ha costado, y las prevenciones de que me he valido; atendiendo siempre que aunque me olvidarais, no pudieran por aquello objetarme sino vnos descuidos amorosos de muger q se miraua querida. Pero daros aora puerta franca, donde solo por el pudo ser, se alça con la cortesia la sospecha, bien vereis que se desdora el alma limpia con que os amo; que arrojos de essa calidad, mas parecen principios de liuidad, que extremos de fineza: fuera desto como andan mis parientes sollicitos, si acaso nos eogen juntos, y no me admitis por esposa, como me hallarè? Y hallandoos conmigo, como os pararán? Aplicò, diziendo esto, vn lienço à los ojos à enjugar algunas perlas, que le arrojò el coraçon, tan sentidas, que lloradas, se deshizieron; y mas enamorado yo de su compostura, que esta es la que ha de enamorar al hombre sabio, y no la aficion desembuelta, la hize juramento de ser su esposo al punto que vinièsse mi padre de Seuilla, donde estaua cobrando vna herencia

go quantiosa , prometiendola tambien , que si por descuido, ò suerte su padre, ò alguna otra persona me hallàra con ella, no negaria el llamarla mi esposa, antes confessaria à voces la palabra que alli la daua. Del modo que pudo, me diò por entre la rexa los braços, agradecida à mi mucha voluntad, diziendome que de alli adelante me escondiera en el jardin , y que quando viera abrir vna pequeña puerta que era correspondiente à su quarto, entràra con el secreto possible, enderezando los passos à la luz que ella tendria en su aposento, señal conocida para no poder errar.

Hecho este concierto, y dadas estas trazas, me despedi de Doña Angela el mas gozoso del Mundo, quando pudiera despedirme el mas triste, y affligido de todos los mortales, pues juzgando que ya cada noche gozaria su hermosura mas à manos llenas, fue esta la noche vltima que gozè los jazmines de sus manos. Id conmigo, y vereis en breue rato quatro desdichas por sola vna desgracia, quatro tragedias por solo vn desacierto. Vino la siguiente noche con passo acelerado, y en dando el relox las doze, mi hora acostumbrada, al tiempo que iba à salir por la puerta, llegó mi padre de Sevilla, tanto estorvo para conseguir mi intento, porque se pas-

saron mas de dos horas, tiempo bastante para que pierda su ocasion vn desdichado. A la vna de la noche llegamos yo, y Camacho al jardin, entramos dentro, y reparando en que estaua la puerta abierta, como Doña Angela me auia dicho, tomè algun consuelo, y con secretos passos me iba à entrar por ella, quando oigo vnas voces muy reñidas à lo callado, que fueron remora à mis pies, y grillos à mi denuedo. Alarguè mas el oido, y escuchando que crecia el alboroto, con el golpe de la gente que iba entrando, determinè de no morirne de confuso; y así, mezclado con los demàs, iba de trecho en trecho, y de boca en boca inquiriendo mi desdicha, y todo era dezir: han hallado à Lisardo cõ Doña Angela, y le obligan à que se case con ella. Perdía la paciencia oyendo estas cosas; la mucha confusion me llenaua de ahogos, la mucha pena me tenia mortal. Vnas vezes pensaua si auia sido soplo, que yo auia de estar con Doña Angela, y como no me hallàuan, andauan cõ aquella sollicitud buscandome; otras vezes sospechaua, y esto me traia à puntos de muerte, si alguno por mi tardança auia gozado de la ocasion; y auiendose huido, publicaua Doña Angela ser yo el robador de su honor; y así, procuraua con aquellos alborotos cogermè entre sus manos.

nos. **B**axava vno diziendo: lastima ha sido que vna Dama como esta se case con quien no pensò. Salia otro, y dezia: la buena señora se deshaze en lagrimas. Allí dezian vnos: no tiene razon Lissardo de huirse, siendo Doña Angela tan bien nacida como èl. Aquí hablauan otros: Doña Angela ha de perder el juicio, segun siente casarse à su disgusto. Lleguame à Camacho, no fiandome en lo que yo escuchaua, y hallaua ser lo mesmo lo que el oia; y faltandome ya el sufrimiento, iva à entrarme casi en el quarto de Doña Angela; mas viendo que el Corregidor con otros muchos Caualleros salian del, y como dando parabienes, torci los passos àzia vn zaguan, que estava algo obscuro, donde apenas huve entrado, quando veo que vna dama, al parecer allí escondida, recogiendo las basquiñas en las manos, diò à huir, y por vna puerta oculta, correspondiente à la casa de Isabela. (que como tan amigas antes, tenian aquel secreto para passarse cada vna à la casa de la otra) se me desapareciò de la vista, y anozandoseme en el talle, y en el brio, como en el ir tan presurosa, y turbada, ser Doña Angela, que quizà huyendo de alguna fuerza q̄ sus padres la hazian para casarla con otro, iva à guarecerse de la casa de Isabela, haziendo señas à Camacho q̄ me siguiesse,

se, me entrè en su seguimiento, sin pàrar hasta vna sala muy rica, y aderezada, dõ:le en vn precioso lecho q̄ auia en ella, vi dexarse caer la dama, como desmayada, y sin alientos. Yo todavia, pensando era la que buscava, tomèla en mis braços, y à la luz de vna bugia conoci en mi desengaño toda mi tragedia, pues quando crei estar abraçado de Doña Angela, me hallè con Isabela en los braços, y luego al punto rodeado de toda su familia, padres, deudos, y parientes, que como todos auian passado à casa de Doña Angela, y luego nos vieron à mi, y à Camacho entrar presurosos en su casa, juzgando eramos de los que en tales ocasiones, con la deshecha de entrar à dar fauor, se fauorecen de lo q̄ puedè tomar, nos auian seguido con las espaldas desnudas, y hallãdome de aquel modo, y conociendo mi persona, y que no podian buscar otra suerte, q̄ les estoviesse mas à cuento, quando algunos quisieron embestirme, ya todos los otros, teniendo allí la justicia, me obligaron à casarme. Vime tan embaraçado, que no tuve palabras para disculparme, porque auer yo galanteado à Isabela, ya auia sido notorio; ser Isabela mi igual, era cierto; hallarme con ella, no podia negarlo; y en fin, estando la Justicia delante, si me resistia, no era valor; si me daua por agrauiado, antes

era mengua; y así, sugetando-me, no à mi voluntad, sino à la fuerça del hado; no à mi gusto, sino al rigor de mi estrella, la di mano de esposo, y firmè las escrituras, que allí en presencia de todos quedaron otorgadas.

Ya os veo deseosos de saber la causa de aquel ruido que auia en casa de Doña Angela, sino es que ya vuestro discurso lo penetra, viendo tan trocada mi suerte, que no será mucho que se infieran desgracias tuyas, quando me estais mirando hecho vn antecedente de desgracias. Sabreis, pues, que como yo hize aquella cardança, por la venida de mi padre, que fue casi à la misma hora que Doña Angela me estava aguardando con la puerta abierta, como me auia dicho; acertò à entrar Don Fernando por aquella parte del jardin, que no debia de ser la primera vez, para con mas comodidad hablar con Isabela desde vn adarve pegado à sus ventanas; y reparando en la nouedad de estar aquel postigo abierto, quiso curioso examinar la causa, no sin malicia de que seria para mi aquella demasia (ò nunca lo hubiera sido, pues fue el tropezon para tantas desventuras) y entrando dentro, llegó guiado de la luz al aposento de Doña Angela, donde, ya fuesse por vengar con mi deshonra los galanteos que yo auia hecho à Isabela, ò ya fuesse por

parecerle entonces Doña Angela mas hermosa, usando de las cautelas que pudo, matando la luz, y disimulando la habla, logró la ocasion tan à costa mia, pues tanto me ha costado. Estaua à esta saçon vna criada esperando à Camacho, bien cierta de que auia de ir conmigo; y como despues de muchas diligencias no le viesse, y huviessse visto entrar aquel emboçado, que juzgaua ser yo, temerosa de lo que podia ser, ò por mejor dezir, de lo que era, quiso en duda, que no peligràra el honor de su señora; y así, auisò à su padre, à sus hermanos, y à la gente de casa, todos los quales, bien apercebidos, y acompañados de casi todos sus deudos, y del Corregidor, que preuinieren para mas seguridad, llegaron al aposento de Doña Angela, que desmayada vn grande rato, lo vno por su verguença, lo otro viendo su engaño, apenas supo dezir que estaua con su marido, escuchando que era Don Fernando quien la llamaua su esposa. A este tiempo fue quando desesperada Isabela, se fue à su aposento, viendo que ya dexaua casado à Don Fernando; y à este tiempo fue, quando rodeado de confusiones, por buscar à Doña Angela, me vine à hallar casado con Isabela. Del modo que fue, ya lo auéis oido: ahora, en tanto que enderezo el barco del sufrimiento, para engol-

golfarme en otras aventuras mayores, pensad atentos, y repasad con cuidado el caso referido, que desmenuzando lo que he dicho de monton, descubrireis desdichas, y sentimientos, pues à mi me hallareis al lado de la que jamàs me quiso, à Don Fernando casado con quien nunca trató de voluntad, à Isabela llorosa por su perdido amante, à Doña Angela triste con su esposo presente; y enfin, à todos quatro casados à despecho, que es la desgracia mayor que alcanza à los mortales, porque de casamientos à disgusto, nunca se engendran, sino enfados, destas se originan pesadumbres, destas nacen aborrecimientos; y en llegando dos casados à aborrecerse, no ay que esperar sino vna desdicha.

De los casamientos referidos se siguió, que amagando cada vno en el olvido sus dolores, D. Fernando se recelaua de mi, y yo guardaua bien mi casa de D. Fernando, Isabela procuraua tenerme contento, y Doña Angela trabajaua por dar gusto à su marido: pero yo echando de ver por mi propio, que la primera aficion todavia estaria bosquejada en el alma, de que podia suceder, ya que estaua caído à disgusto, quedar juntamente deshonrado, tratè con el padre de Isabela de retirarme à vna espaciosa Quinta, à causa de mirar mejor la hazienda, y de viuir cõ

menos bullicio que ay en la Ciudad d. Coloteè lo mejor que pude mi sospècha; y aunque conoci que la salia à Isabela del alma el ausentarse, andaua tan en los estriuos, que me diò à entender que se alegrava de seguir mi parecer. Con esta resolucion, à mi me quitè de la vista de Doña Angela, pues cada vez que la viera, me auia de refrescar las heridas; à Don Fernando le dexè sin zelos, pues viendome su vezino, aun de entrar tal vez en mi casa quisiera tenerlos; à Doña Angela la quitè los dolores, pues siempre que me miràra auia de sentirlos: y enfin, à Isabela le quitè la ocasion, pues no viendo nunca à Don Fernando, se borrian los relieues que podian quedar de su antiguo amor. Mas de vn año estuve, sin acordarme de la Ciudad, sin echar menos sus fiestas, sin sentir la falta de sus regalos, y sin necessitar de sus comodidades, porque (como dicen) hecho Rey de mi casa, passaua gozoso, viendome obedecido de toda aquella Quinta, donde ya ocupado con los labradores, ya con los jardineros diuertido, desechaua antiguos pensamientos: otras vezes me entretenia en la caza, y a fatigando el bosque tràs el ligero gamo, y à tràs la incauta perdiz peinando el viento. Desta suerte passaua los dias muy alegres, y las noches muy gustosas en braços de

bela, la qual me recibia siempre con tantos amores, con tantas finezas, que mil vezes lleguè à sospechar eran fingidas, segun las miraua con tal extremo grandes: que en vna muger, hasta los excessos de querer mucho, suelen traer vinculada vna sospecha. Pero quien, sin otros indicios, auia de presumir que aquella voluntad no era verdadera? y mas quando estaua obligada de la mia, pues siempre le mostraua doblado amor de lo que auia en el pecho; lo vno, por tenerla siempre reducida à mi amor; y lo otro, por no dexarme vencer de sus amores. Tan creido estaua yo de que Isabela me queria, que me guardaua lealtad, y que me era fiel, que si alguna sospecha se me fraguaua en la idea, yo propio me castigaua, y me reprehendia.

Viui con esta buena fe e todo el tiempo que os he dicho, hasta que Camacho, que siempre à mi lado, me iba diuertiendo con su buen humor, me començò à entibiar los gustos con mil significadas tritezcas, con mil desahucamientos, y con innumerables suspiros. Dissimulé con èl algunos dias, creyendo gustaria entonces aquel humor, que no es mucho que padezca algun achaque de melancolia el coraçõ mas alegre: pero viendo que continuaua en su tema, le preguntè, què tenia? Respondiò me q̄ nada,

Dexavalo estar, por no apesadumbrarle; que hazerle preguntas à quien no quiere explicar su tritezca, no es aliuio, sin o pesadumbre; y à cabo de rato boluimas compassiuo à dezirle, que no me atormentàra en callarme lo que sentia, mas con la primera respuesta me hazia pago. No pude vn dia sufrirlo (ay de mi, y quien supiera entonces lo que le debia!) y sacandole al campo, como acostumbraua, le dixè resuelto estas razones: No entendà jamàs, Camacho, que me faltàra tu lealtad, ni que te cansaras de estar en mi seruicio, ni yo entendi repartir entre otros criados la mas minima parte que he depositado en ti de todos mis secretos: pero supuesto que en esta vida ay mudanças, y los mas contentos con su estado, suelen pesados buscar otra fortuna, si mis buenos tratamientos te cansan, si la voluntad que te tengo, no te satisface, mira lo que pretendes, q̄ à qualquier parte que vayas, iràs con mi bendicion. Yo he procurado con buenos medios me digas la causa de estas tritezcas que te afligen, de estos pesares que muestras, y de estos disgustos con que andas, no has querido, sino con respuestas friuolas, darme q̄ pensar mil cosas, atrayèdome sospechas, q̄ no puedo determinarlas con la confusiõ tuya. Juzgo vnas vezes, q̄ mi Isabela, agrauada quizà de q̄ fuise

te tu quien me careaste a los amores de Doña Angela, te trata con desdèn, ò te muestra algunas amenazas; otras vezes juzgo, que embidiosos los demás criados de verte conmigo tan valido, tratan de descomponerte; otras vezes imagino, y esto es lo menos, que no te hallas bien en el campo, y que has fingido estos enojos para q̄ yo te despida; y otras vezes (ay de mi, y quanto me cuesta dezir esto!) llego à pèsar en ver tu confusion, ò que mi honor no està seguro, ò que mi fama peligra; que esto solo bastaua à tenerme con mil penas, y cuidados. Ea, pues, Camacho, dime aqui sin reboço la verdad de tu disgusto, y no des ocasion à q̄ ya que viuo estas soledades, pafese la vida tan llena de sobresaltos: nadie aqui nos oye, sino estos riscos, y estando yo contigo, no tengas temor de nada, que siempre me veràs en tu fauor.

Con las lagrimas casi en las mexillas estubo Camacho vna gran pieza, hasta que deshaziendo mil nudos de la garganta, me dixo desta suerte: Lisardo, señor mio, el Cielo sabe lo que me pesa el disgusto que te he dado, y sabe el Cielo las diligencias que he hecho para no darte à sentir las melancolias que me afligen, y los dolores que me atormentan: Pero supuesto que estàs por mi causa con tantas sospechas, que no me espanto te aflijan, y ator-

menten, quiero de vna vez defengañarte, dandote razon de mis disgustos, para que ya que los sientes, me ayudes à vengarlos. Bien sabes que desde aquella noche infeliz que te desposaste con Isabela, yo tambien por seguir en todo tu fortuna, me casè con Eluira su criada, que con ordè tuya viue en su seruicio. Esta, aunq̄ me ha sido leal, y nos hemos tratado todo este tiempo cõ mucho amor, avrà cosa de veinte dias q̄ me diò ocasion de mil sospechas, porque entrando vna noche bien descuidado à acostarme, me pareciò hazian ruido à vn lado del aposento; tomè la espada, y saliendo à ver quiè era; si mal no me engañè, me pareciò vn hombre que hallè dentro, al criado de Don Fernando, y al tiempo que fui à embestirle, no sè como, ni de què manera se me desapareciò, dexandome el hombre mas confuso del Mundo, y el mas zeloso que se puede imaginar, pues ya supiste como Eluira; quando Isabela amaua à Don Fernando, trataua tambien con el criado sus ciertos amores. Desde entonces me sobrevino tan grande melancolia, que aun no me ha dado lugar de comunicarte mi pena, siquiera para con tus consejos consolarme, y con tu ayuda defenderme. Aunque, diziendo verdad, mil vezes quise descubrirte mi pecho, mas me detenia vn justo

temor de no darte què sentir, y sospechar, pues claro està, que vn ingenio como el tuyo, viendo del modo que te casaste, y considerando que la criada de tu esposa no se olvidaua de la voluntad primera, claro està, bueluo à dezir, que dirias: Pues la criada se desinanda, no anda en buenos pasos la señora. Y quando no dixeras esto, por lo menos, te auias de poner en cuidado; y estando con tal rezelo, no auias de mirar à Isabela con el amor que la miras. Tambien me ha seruido de estoruo considerar, que pude engañarme, y ser sombra imaginaria aquello que juzgùe persona; y en caso de duda, ser mas acertado morir callando mis confusiones, que referirte lo que sè que ha de dexarte en sospechas, y cuidados. Con esto quedaràs satisfecho, que ni Isabela me persigue, ni los criados me murmuran, ni tu seruicio me cansa, porque con estar tu de mi parte, ningunas adversidades me pueden causar enojo, ni tristiza.

De esta traza se valió Camacho para advertirme mi deshonra, que hasta el criado mas libre, que es el bufon, pues se le consente todo quanto dize, tiene verguença de referir sin reboço afrontas semejantes. Brotando zelos el alma, y lleno el coraçon de mil dolores, me revesti de venganças, saluo que entonces me di por desenten-

dido à Camacho, porque no es bien que vn hombre crea sus agrauios, hasta auerlos examinado, y visto. Antes dissimulando con él, le dixe que diera traza para que nos quedàramos algunos dias escondidos de modo q̄ pudieramos aueriguar su sospecha, que en quanto à Isabela, yo estaua muy satisfecho que me guardaua lealtad. Con esto nos boluimos à la Quinta, y antes de llegar à ella, oyendo que vn pastor estaua templado vn rustico instrumento, con ir yo tan pesaroso, quise escuchar lo que cantaua, deseò quizà que preuino mi fortuna, para que no me quexasse de que no me auia auisado, pues en el siguiente Romance me diò el pastor consejos para no dormirme, cantando así:

Silvio, pues ya te casaste  
con quien apenas te quiere,  
de que viuas no me espanto;  
mas me espanto que no veles.

Quien con disgusto se casa,  
en su cisa ha de ser siempre,  
no marido descuidado,  
sino amante diligente.

Confiate porque Flora  
es honrada, no lo entiendes,  
porque à vista de otros gustos,  
las mas honradas se pierden.

Diràs que nadie te agrauia,  
mas tu saberlo no puedes,  
si estàs de dia en el campo,  
y toda la noche duermes.

Quien

Quien tiene muger hermosa,  
ha de estarle, si ser puede,  
hecho vn Angel que la asista,  
ò hecho vn Argos que la zele.

Si te muestra algun cariño,  
no la creas, que à las vezes  
finge vna muger requiebros,  
por encubrir lo que ofende.

No te fies porque estàs  
en vn pastoril alvergue,  
que tambien para vn pastor  
ay lobos, quando se duerme.

No solas son las Ciudades  
las que trauessuras tienen,  
que vna traicion en el campo  
se logra mas facilmente.

Podrà ser que quando tu  
aquí las siestas diuiertes,  
aya, à costa de tu honor,  
en tu casa mas placeres.

Podrà ser que tus ausencias  
te maten, quando no pienses,  
que està en valanças la honra,  
estando el marido ausente.

Visita à tu Flora, Silvio,  
en horas que no te espere,  
que hallarla sola à sus horas,  
què tienes que agradecerle?

Vsa deste examen, Silvio;  
que en su rostro, si lo adviertes,  
hallaràs tu agrauio escrito,  
ò su inocencia patente.

Si te agrauia, y te vè entrar,  
veràs como sus clauelas,  
amortiguando el carmin,  
se quedan pasmada nieue.

Veràs sus ojos turbados;  
y si por soles los quieres,  
con eclipses te diràn  
que està tu honor à la muerte.

Veràs el habla, que apenas  
se articula entre los dientes,  
porque quien acierta à errar,  
no es macho q̄ à ablar no acierte.

Y aunque contenta la halles,  
no te fies, que ay mugeres  
tan diestras en engañar,  
que engañan promiscuamente.

Esto se dixo vn pastor  
à si mismo, estando ausente,  
por diuertir vnos zelos  
tan grandes, como crueles.

Què defengaños mas claros  
pudiera advertirme aquel pas-  
tor, aunque hablàrà conmigo?  
Pues aun sin hablarme, multi-  
plicò las sospechas que mi cora-  
çon sentia. Llegamos à la quinta  
del modo que otras vezes, y des-  
pues de auer buscado algunas in-  
dustrias para aueriguar mis ra-  
biosos zelos, quando hallamos la  
mas acomodada, y secreta, em-  
peçamos la pesquisa, y fue desta  
suerte: al lado del aposento don-  
de yo dormia auia vn tabique, q̄  
diuidia vn camarin secreto, pe-  
gado tambien al aposento de Ca-  
macho. Escondimonos en el, y  
abrimos à la parte de los dos apo-  
sentos dos pequeñas rimas, que  
cubiertas de los reposteros, esta-  
uã tan ocultas, que la mas curio-  
sa diligècia no reparàra en ellas.  
No quise para esto fingir ausen-  
cias mas largas de las que solia,  
quando ivamos al monte, q̄ eran  
desde que el padre de la luz to-  
maua el carro, hasta q̄ bañando  
las ruedas en el ancho Oceano,

hazia tumba de sus luzes los turquetados cristales. Auiendo, pues, vna mañana dexado el lado de Isabela, que con mil falsos alhagos me dixo no sè què amores, (que como ya los sospechaua agruios, no los creia) fingiendo salir à caza, me quedè con Camacho en el camarin à aguardar por intàtes la prueba de mi deshonra. Sentème alli en vn viejo escaño, confuso, y pensatiuo, tanto como el triste delinquente, que repassando por momentos sus delitos, aguarda el fallo de la sentencia; y como Camacho andaua cuidadoso de vna en otra rima, ya azechando por esta, ya aplicando el oido por aquella, cada vez que se apartaua, entendia que venia à dezirme: Ea, señor, que ya es tiempo. Pero no se pasó mucho, pues à poco mas de vn hora que estuvimos escondidos, que seria como à las seis de la mañana, oí que abrian la puerta de mi aposento, con secreto tanto, que el mismo secreto que allà era diligencia, me fue tan sospechoso, que me obligò à llegar à inquirir la causa, mirando por el breue resquicio lo poco que podian brujulear los ojos, que no fue tan poco, que no mirassèn lo que no quisierà auer visto. Vi, pues (ay de mi triste!) que mi adultera esposa, que ya desde aqui la darè este apellido, abriendo, como he dicho, con macho tiento el aposento, me-

tiò dentro à Don Fernando, y bolviendo à cerrar, se sentaron mano à mano, con mucho desahogo, despues de auer hecho ceremonias de queridos, que por passar de abraços, apartè vn tanto la vista por no verlas. Conociò Camacho en mi alteracion lo propio que sentia, y animandome al sufrimiento, me hizo q̄ escuchasse lo que tratauan, en tãto que tambien èl oia por la otra parte, no menos que declaradas traiciones que Eluira referia al criado de Don Fernando: Bolui, pues, à aplicar la vista, si bien con mas atencion puse el oido, y aun que no todas las palabras podian entenderse, por lo menos, escuchè estas que Don Fernando le dixo à Isabela.

Cansado estoy ya de tantas esperas, pues aunque gozo los frutos de mi amor, todavia, no se gozan con aquella libertad que gusta el alma. Yo, Isabela, he de cumplir lo que te he dicho, yo he de matar à Doña Angela con traza tan peregrina, que no se me pueda acumular su muerte, y quitado por mi parte este embaraço, y por la tuya executando lo que tienes ofrecido, dexandos passar dias entre vna, y otra muerte, sin que sospechas malignas, ni rezelos nos descubran, hemos de casarnos, à pesar de impedimentos. Esta me parece traza poderosa para gozarnos sin embaraços, que matar à Lis-

fardo; como lo he intentado muchas vezes, antes era huir; mas de lo propio que deseo, pues no auia de ser tan secreto, que no me obligasse à perder la tierra, y ausentarme de tu vista. Muera Lisardo, pues, segun lo traças, y muera Doña Angela, con el modo que veràs, y demos ya fin à tantos regateos, con que la fortuna nos vende estas visitas, que aunque me dà tan dulces dias en tus brazos, no puedo sufrir que las noches me sean tan penosas, viendote en otros agenos.

Este razonamiento fue el que oi distinto, y este razonamiento considerareis, quanto es bastante à matar al agraviado que escucha, por mas que se abroquele cõ el resto del valor; los discursos que alli mi pecho hazia, las maquinas que mi agrauio fabricaua, las coleras q̄ preuenia el enojo, los desgarrros que ya la razón arnaua, nõ ay que referirlos, quando estoy hablando con quien sabrà ponderarlos. Bolvamos à la rima, que ay mucho que dezirõs. A responder ivà Isabela, no sè si os la pinte cariciosa, mas ello se publica de muger en tales lances; digo que iba à responderle à Don Fernando, quando vn alboroto repentino les puso tanto silencio, que aun las acciones suspensas, casi temieron que hablassen: y estando assi palmados

esperando, no menos que alguna amago de su pena tan merecida, llegó à la puerta vna criada, diciendoles, como sus padres de Isabela, y los mios acabauan de apearse de sendos coches, sin auer dado mas causa, que ir à deleitarse. Turbacion me parece que les puso al principio la embaxada, mas baraxãdo acuerdos, cõ la prisa que el caso requeria, acordaron que pues no auia temor de que yo bolviessse hasta bien noche, segun acostumbraua, que se estuviesse alli escondido Don Fernando, hasta que cerrasse el dia las primeras puertas de su luz, à la qual hora, Elvira, que era la secretaria mayor, le sacaria por la parte secreta que otras vezes solia. En este parecer se resolvieron, y dándose (sin ver que los miraua) otros segundos abrazos, se quedò Don Fernando muy gozoso, y cerrado el quarto salio Isabela à recibir los huespedes, con las caricias, y alhagos, q̄ ya podeis presumir. Y mientras remito à vuestra consideracion los dissimulados modos con que sentia mi ausencia en aquel dia, con que aplaudia à mis padres, con mil encarecimientos; el preuenirse viandas para la comida, el procurarse festejos para diuertir la tarde; y mientras Don Fernando, aunque encerrado, se està preuinendo regocijos, casi gozando esperanças por empleos, mientras esto considerais,

atended al modo con que en semejante trance me hallaria, descubierta mi infamia, à mis ojos el traidor, reciente el agrauio, mi vida amenazada, probado yà el delito, y patente la vengança. No sè si con justicia me irrito, no sè si con razon se entiende el enojo, quando traigo à la memoria recuerdos semejantes, y con discurso pondero causas tan crecidas; pues no sè si en tales casos el no dexarse morir, es valor, porque sentir bien vna deshonra, no sè si se puede menos, que con dexarse morir.

Mas que el camaleon tramutando los colores, mas que el basilisco fomentando la ponçoña, tragandome por nuevas penas los suspiros, y por no suspirar, bebiendome vn mar de penas, me apartè de el mal pulido cancel à preguntarle à Camacho, si auia por la otra parte algunas nuevas de aliuio para templar tanto cuidado, si auia alguna lealtad en las criadas, para sentir mas compasiuo traiciones de la señora: y la respuesta que me diò, fue, dezirme con preambulos de suspiros, y con ambages de solloços estas mal aliñadas palabras: Ay señor mio, y como algun Angel nos inspirò, que oy huvièse sido el dia, que nos quedafemos ocultos à examinar estas pruebas: ay señor, buelvo à dezir, y no sè como te diga la ri-

gurosa sentencia de tu muerte. Como ya no me cogian estos anuncios de sobresalto, dissimulado mi sentimiento, y reboçado mi dolor, le dixè, que prosiguiesse, y prosiguiò diciendo, como auia escuchado, que Eluira dezia al Paje de Don Fernando, que ya estaua preuenida la ponçoña, que en la primera ocasion auian de darme en la bebida, al tiempo que mi adultera Isabela hiziesse vna teña, de que yà Eluira estaua bien auisada. Turbò e el aliento al eco de este sonido, quedème en extasis por vn grande rato, y juntando este dicho con el otro, y careando esta nueva con la que yo auia oido, en visperas de mi muerte, considerè los riesgos de mi vida, y aunque pediamadurez vn caso semejante, y mas con las circunstancias que yà he dicho de estar mis padres, y suegros en la casa, como vi tà de mi parte la justicia, como adverti tanta razon, que me animaua, como considerè vn exercito de enojos, que me mouian, cerrandoles la puerta à mas consideraciones, preuine los castigos, que si acaso passaron à venganças, el exceso de la culpa puede disculparme: pues no sè yo, que vna razon ofendida pueda templar lo irritado del castigo, quando està castigando à vilita de las ofensas. Sin detenerme, pues, en mas acuer-

dos,

los, sin dar mas largas à nuevos pa-  
receres, mandèle à Camacho  
que e estava bien ignorante de lo  
que yo auia escuchado, y visto  
en mi aposento, que inquiries-  
se con secreto, y diligencia si po-  
diamos salir de alli, sin que nos  
viessen: lo qual no fue muy difi-  
cultoso, por causa que llabela,  
temerosa de su traicion, auia ce-  
rrado todas las puertas antece-  
dentes, en contorno de aquella  
pieza; y assi, assegurado, y bastan-  
tamente prevenido, haziendo-  
le à Camacho, que se quedasse  
de posta en la primera puerta,  
que esto es prevenir estorvos,  
abri mi aposento con llauue maes-  
tra que tenia, y hallando casi à  
los umbrales à D. Fernando, bien  
ignorante que era yo el encuen-  
tro, à pocas palabras que le di-  
xe, satisfice mi agrauio sin defen-  
sa; del modo que le dexè lo sa-  
breis luego, bolvi à dexarle en-  
cerrado, y con el secreto que nos  
fue posible llegamos à nuestra  
primera estancia, Camacho con-  
fuso con sospechas, y rezelos, y  
yo anegado en penas, y dolores,  
porque por mas, y mas q̄ se ven-  
ga vna injuria, siempre se le que-  
da al alma vn dolor, como relie-  
ues del agrauio.

Ocultos nos estuvimos en el  
secreto retrete, hasta que lle-  
gando el Sol al medio de su ca-  
rrera, pre fidiendo antorcha en  
la mitad del dia, combida à los  
humanos à que tomen el sus-

tento, à cuya hora escuchando,  
que yà la llaman à las mesas, qui-  
se constituirme por vno de los  
combidados, por fenecer mejor  
la traza, que formentauan mis  
deseos; y assi, viendo que el bulli-  
cio de la gente, con el olor de  
las viandas desocupaua lo ame-  
no de los jardines, baxamos aba-  
xo, y saliendo por vn secreto  
postigo, con dos cauallos pre-  
uenidos yà para mayor dissimu-  
lo, llegamos à poco rato por las  
puertas principales, dando bien  
en que entender la inopinada  
venida, pues los inocentes no  
podian dissimular el contento,  
y regocijo, que tuvieron; y los  
culpados apenas podian cubrir  
su pena con capas de dissimulos.  
Supôgo aqui los placeres de mis  
padres, las bienvenidas de to-  
dos, falsos abraços de mi espo-  
sa, el encubrir yo mi pena, fin-  
gir causa de mi acelerada veni-  
da, y darme por contento de tan  
honrada visita. Esto supuesto,  
vamos al caso; senteme à co-  
mer, con el gusto que podeis cõ-  
siderar, pues todo quanto en los  
demàs era de gusto, venia à ser en  
mi dolor, y pena, porque el ma-  
yor regalo à costa del honor, lo  
menos que tiene de pesareso, es  
parecer desabrido. Y aunque  
mi simulada alegria tenia à lla-  
bela algun tanto se llegada, pa-  
reciendole que en lance tã apre-  
tado no asseguraua su partico  
menos que executando su

eracion, apenas viò que leuantados los primeros platos, y à tendria sed el gusto, quando le mandò à Elvira que me diese de beber, y por mas que de mi regateò los ojos, vi en ellos como al descuido acciones de vna seña. No me di por entendido, aguardè la bebida, y al darmela la fermentada criada, con vna ròs fingida, correspondiò puntual à la seña, que la auia hecho la seño- ra. Tomè en las manos la copa, y mi fiel Camacho, que casi junto de mi estaua, registrando las acciones, pensando no auia entendido lo que me auia contado, ò que no auia reparado en lo que èl auia visto, tiròme del brazo, sin que ninguno lo notasse, que fue como dezirme: señor, mira lo que bebes, auiso que bolvi de nuevo à agradecerle; porque en casos semejantes, donde trabucadas las potencias con golpes de sentimientos, haze harto vn alma de sustentarse, sin acudir à lo particular de los riesgos, que la acosan, si la memoria faltasse de vn año preuenido, el mas diestro en advertir se puede quedar burlado. Tomando, pues, la copa, como he dicho, bolvine à Isabela, y cariñoso, y alegre, todo bien fingido, la pedi que hiziesse la salva primero, coloreando este brindis con retoricos apodos de dezirla, que tocando la bebida sus corales, no solo quedaria con extremos mas

sabrosa, no solo más dulce, y sazonada, sino que los relieues, yà del coral de los labios, yà del marfil de los dientes, bastarian à ser antidoto precioso, que la purgassen de ponçoña venenosa, si acaso alguna tenia. Fuerte fue este golpe en ocasion tan apretada, pues por mas, y mas que sacò aliento varonil de entre femeniles brios, palidos temores deshojaron las rosas de su cara. Rechacò el embite con corteses cumplimientos, ignorando todavia, que yo fuesse dueño de sus pensamientos alevos. Bolvi à porfiarla (tal me iba en ello) bolviò à resistirse (tal mal se temia) y mirando yà que todos los circunstantes reparauan, en que parecia tema enojoso, lo que auia comenzado cariñoso juego, por ahorratles de los confusos pareceres, en que era fuerza irse embaraçando, soltè la copa en la mesa, armeme del valor, deterrè los dissimulos, desabrochè las iras de mi pecho, y derramando la vista à todas partes, en quadernè mal que bien estas palabras.

Si no huvierades de ver al fin causas mayores, que disculpen estas que yà juzgais niñerías, locura pareciera en regocijo tal, en tal banquete, que yo desflaznasse vuestros gustos, debiendo, como debo, preueniros los mayores: y así, supuesto que

que por marido de Isabela ( nunca yo lo hubiera sido ) deba ser respetado, lo que hasta aqui ha sido ruego, desde agora quiero, que sea vn publico mandato. Por grado, ò fuerça me ha de obedecer aqui, ninguno se me altere, q̄ están tomadas las puertas, y el q̄ me fuere contrario, con sangre de sus venas le de hazerle, q̄ escriua el fallo de mi rigor por estas losas. Solo quiero obligarla à que beba lo propio con que me combida, que no la hago agrauio en desearla lo propio que me desea, solo con esto me darè por satisfecho, y con esto solo quedarè defengañado. Ea, pues, ingrata ( proseguí boluiendo à ella ) prueba esse licor, que me tenias guardado; bebe essa bebida, que me tienes preuenida; tu propia has de ser homicida de ti misma; que aunque tendrè por afrenta manchar mis manos, en quien solo ha sido feo lunar de mi vida, y mancha infame de mi honor.

Arranquè del puñal diziendo esto, antes que procurasse impedirlo alguno de los que pasmados me mirauan, y amagada ya la punta en el pecho de Isabela, entràra hasta el coraçon, abriendo puerta, si ella convencida ya tan claramente, no tomàra el vaso, que se le echò à pechos con tanto valor, que estuve dudoso si era sabidora de lo que bebìa; pero que muger resuelta,

en tal aprieto se mostrò jamás tímida, y cobarde, con la muerte? Bebiò Isabela, sin dar mas satisfacion, suspendiò de la comida, trastornaronse las mesas, levantamonos todos, sin que los míos tuviessen palabras hechas con que reprehenderme, ni los de Isabela hallàssen modos para poder agrauiarme, ni ofenderme; porque aunque auian entendido todos de mis razones el blanco à que tiraua, ni los vnos, ni los otros querian persuadirse à que fuessen verdades, sino quando mucho, rezelos, y sospechas; pero presto salieron de su engaño, pues ya Isabela, que se retirò mortal à otro aposento, à vista de vn Crucifixo pedia al Cielo clemencia, confesando à voces con descargos de su culpa, los rasgos de mi deshonor, que por no escucharlos, dandole la ilaue de mi aposento à su proprio padre ( que abriendo presuroso, hallò con D. Fernando, que rebolcado en arroyos de su sangre mitma, dimanados de mil bocas, y orificios, que con mi puñal le abri en el pecho, quando os dixè, que auia entrado à reñirle mis enojos ) y dexando à la confesion de Isabela el declarar su merecido castigo, sali de la quinta en vn ligero cauallo, antes que algun cõfuso motin me fuesse estorvo; pues siempre en casos tales, aunque la razon disculpa al que

castiga, el dolor de quien padece suele hazer mil sinrazones,

Hecha vn teatro sangriento dexè la Quinta, pues D. Fernando muerto à mis manos, como aoris oido; Isabela muerta à las fuyas, despues que obrò el veneno, representauan cadaueres vna lastimosa tragedia, y lastimosa tanto, que quando me acuerdo de aquel dia, pedazos se me haze el coraçon, y fuentes mis dos ojos; y assi, aora os suplico me perdoneis la pintura, pues sabidores de lo sangriento del suceso, no tendreis necesidad que os refiera sentimientos, y dolores, pues quando no fuera yo el instrumento de tantas lastimas, por ser tales como son, era fuerza lastimarme de solo referirlas. Quedense para conmigo en silencio, y allà para con vosotros ponderadlas como es justo. Caminè, pues, todo lo que al dia le quedaua, hasta que me hallò la noche seis leguas de la Ciudad, en vna Alqueria que destinè desde luego para estarme oculto, hasta tener razon del estado de las cosas, para lo qual, no sin acuerdo, me dexè à Camacho, que entendido del parage donde auia de esperarle, se quedò à hazer inquisicion de todo lo que passaua. Las nuevas, pues, que me traxo ya al cabo de quinze dias, en cuyas esperas ya la paciencia se apuraua, fueron tan aduersas, como yo me las temia,

pues por lo mas me hazian relacion del motin confuso que se auia originado en la Ciudad por mi sangriento castigo; pues diuidido el vulgo en diuersos pareceres, eran mas los votos que me culpauan, que los que me fauorecian. Enfin, como mi agrauio fue tan secreto, tan clara la vengança, las partes de Don Fernando, y de Isabela poderosas, ausentes mis descargos, bolcaron de tal modo mi justicia. Letrados mal entendidos, y Procuradores bien pagados, que temiendo no dar en el bagio de vna sentencia rigurosa, me escriuiò mi padre, y me auisaron mis amigos, me ausentassè de la Ciudad algunos dias, hasta que la causa, entonces tan enconada, y sangrienta, se reduxessè con el oluido de el tiempo à mas feliz estado. Sano me pareciò el consejo, y en su conformidad, determinè irme à Seuilla, y de alli passarme à Italia con las Galeras que entonces se aprestauan para Napoles, donde su Magestad Cesarea esperaua el socorro de Soldados, y dineros. Mas dandome Camacho vna carta de Doña Angela, que ya en la viudez de mi enemigo Don Fernando, bolvia à referir los lloros de nuestros infelizes amores, huve de mudar de parecer, lleuado de sus discretas razones, que grauadas en lo blanco del papel, fueron las siguientes.

*Carta de Doña Angela à Lisardo.*

Si vierades, señor Lisardo, las fuerças que me he hecho para reprimir este amoroso impulso; si vierades el tropel de razones que en mi pecho se combaten, vnas riñendo mi amor, otras absolviendo vuestros yerros; si vierades lo neutral que està el alma, haziendose vn mar de penas, sin saber si han de llorarle por el difunto esposo que vos me aueis muerto, ò por vuestro valor noble, si noble me aueis vengado: estoy muy entendida, si esto vierades, que ni juzgarades esta accion por desemboltura, ni atribuyades à imprudencia el arroyo de tanto amor. Yo soy la mas interessada en la muerte que aueis hecho, y así soy contraria parte vuestra; pero hallo en vuestro abono tantos descargos, hallo para conmigo tan clara vuestra justicia, miro en vuestro castigo mis ofensas tan vengadas, que aunque el pundonor de quien soy ha querido pintarme rigurosa en los Estrados, no ha podido recabar conmigo que os acuse los que os acumulan yerros; pues quedara la conciencia escrupulosa, si por cumplir con ceremonias exteriores, se hallara embuelta en proprias ingratitudes, llamando agrauio el que me hizilteis fauor, injuria lo que fue justicia, y

ofensa lo que me ha sido beneficio. Desde la noche inieliz que por vn descuido se originaron tantos yerros, forçada à llamar marido al que no queria, obligado à ser mi esposo quien no me amaua, y pared en medio la que con vos me robò mis gustos, y con Don Fernando despertò mis zelos, pronosticò mi amor el fracaso sucedido, y adiuinò el alma las dos venganças que con vn castigo aueis ya hecho. Solo me pesa que lo que es tan conforme à mi voluntad, dandoos la mano, sea declarado indicio de la culpa que no he tenido, pues si agora nos casamos, de los Iuezes entendido nuestro antiguo amor, nos hizieran participantes de vn mismo delito, sin auerlo sido aun de castigo tan justo, por lo qual os ruego, si ruegos míos valen con vos algo, que no sea vuestra ausencia fuera de España, sino à parte dõde mi amor pueda comunicaros, hasta que la causa decidida, y vuestros pleitos compuestos, merezca con vuestros braços el laurel, que à fuerça de tanto amar tiene merecido.

Fue tanta la alegria que recibí con esta carta, que loco de contento, le di à Camacho mil abraços, primicias de agradecerle el auer sido portador de tanta dicha. Refrescaronse en el alma aquellos amores primeros, à cuya memoria començaron à bor-

ra se los reliques de mi pena, y resuelto à obedecer à quien asì me amaua, elegi por camino, despues de barajados mil acuerdos, irme à Salamanca, y dexando la Marcial milicia, sentar plaza de Soldado de Minerua, para que à la sombra de los fuertes priuilegios con que las Escuelas fauorecen, y al abrigo de mil Estudiantes compatriotas, que vnanimemente se socorren, pudiesse esperar bonança de mi contraria fortuna: Dandole à mi padre cuenta, y socorrido de todo lo necesario à persona de mi porte, executè mis deseos, poniendome en Salamanca en breues dias, donde tomada casa desocupada de otros huéspedes, comutando el adorno del seglar vestido en el aseo de ropas talaras, y acompañado de dos criados, fuera de Camacho, que en todo era el mayordomo, comencè à curar las leyes, bien ageno de que en tanta variedad dellas auia de auer derecho, que admittiesse alguna ley del amor; mas como es tanta su tirania, q̄ avasalla voluntades de los mas rigidos coraçones, y fomenta incendios amorosos en los pechos mas frios, por añadir nuevos cuidados à los que repassaua cada dia à la luz de mis tragedias, tiòme vna flecha de su dorada alaua, abrasado rayo de la vista de vna beldad peregrina, que abrasandome de repente toda

el alma, me dexò sacrificado à su hermosura. Encontrème acaso vna tarde con Teodora, asombro tan raro de belleza, que si no huvierades visto lo hermosa què es, por mucho que mi passion os la pintàra, me quedàra escrupuloso de no auer sabido engrandecerla. Dexo, pues, al silencio las pinturas, que aunque pueden ser disculpas en mi abono, no quiero bueluan à encender muertas cenizas. Así como la vi, quedè tan traspuetto en ella, que quedandome inmouil, qual elado marmol, le arrojè toda el alma por los ojos. Hállame, en fin, desde aquel instante tan ageno de mí mismo, quanto enamorado della; y viendo que mi vida consistia en conocerla, con el recato que pude, me dispuse à seguirla, hasta que la vi entrar frontero de mi posada. Sueño me pareció tan singular fauor de la fortuna, dudolo estuve imaginando era fantasia, y desvelado en mil imaginaciones, me encerrè en vn aposento, por conferir à mis solas el remedio conueniente à tanta enfermedad.

Era mi casera vna honrada viuda, que con la renta de sus casas, y con el trabajo de sus manos passaua honestamente su vida; ayudada de vna criada que la seruia: como me viesse, pues, aquella tarde, no solo melancólico, sino despechado, obligòme

Tanto, con sus piadosos ruegos, que huve de darla parte de mis amorosas inquietudes, pidiendola me informasse del porte de aquella dama. Hizome tal relacion de sus partes, exageròme tanto sus virtudes, que fomentados mis deseos, me dispuse à quererla por los fines, sin que el estar dedicada à la Religion, me fuesse estorvo, ni lo imposible de admitir mis galanteos, me siruiesse de embaraço, antes como el amor tiene traças para los imposibles, al punto elegi camino que facilitasse mis empresas. Travè amittal estrecha con vn hermano de Teodora, llamado Iulio, que tambien como Estudiante, cursaua las Escuelas, procurando de hallarlas siempre à falado en mas de dos encuentros que reñimos, y para que con mas seguro de mi se confiasse, le hize sabidor, no solo de mis tragedias, sino de la nueva correspondencia, y finezas repetidas de Doña Angela, mostrandole para esto las cartas, que por la estafeta me escriuia, despues que como à amigo le huve juramentado en la guarda del secreto. Creciò de aqui tanto la amistad, que sin rezelo que de mi tuuiesse, me vino à ser muy franca la entrada en su casa, hallando no mal semblante en vnas tias suyas, que eran las custodias de la hermosura de Teodora; pero aunque hallè à

los principios la ocasion tan en mis manos, pues tal vez por medio de el recato mereci escuchar palabras, que la urbanidad hizo forçosas, no me atreui con todo en mucho tiempo à declarar mi pena, temiendo no perder los fauores que entonces gozaua de barato; mas porque no se quexasse el amor de verme tã satisfido, quise con algun distraç publicitar mis ansias, escriuiendo algunos versos que declarassen mi passion, y cantandolos desde mis ventanas, à tiempo, y ocasion que se lograsen, escuchandolos Teodora de las suyas, que aunque el pundonor no la hazia patente, tal vez la curiosidad la obligaua à que detrás de las celosias me escuchasse. Los primeros, pues, con que hize la salva, fueron estos, escuchadlos, porque veais lo cobarde que anduue en declararme, quando escuchéis lo atreuido que me resolví à perderme.

Loco pensamiento mio,  
abate, abate los buelos,  
que el querer bolar muy alto,  
es de locos pensamientos.

A vn graue imposible aspiras,  
pues quieres bolar al Cielo,  
quando ay Deidad que se enoja,  
y ay rayos de dos luzeros.

Castigado has de quedar,  
la razon lo està diziendo,  
porque no se alcanza vn Angel  
solo con dezir, te quiero,

Què me importa tu querer,  
què sirue tu amor inmenso,  
si à vna hermosura discreta  
no la sobornan requiebros?

Ya sè que diràs amantes  
Pretendamos, y callèmos;  
mas pretender imposibies,  
solo es malgastar el tiempo:

Mas ay pensamiento, (deno:  
q̄ soy yo el q̄ me abraço, y te con:

Pensamiento, dad de mano,  
si os parece, à estos intentos,  
pues ya veo mi locura,  
aunque estoy de amores ciego:

Mira que temo perderme,  
pues si enojo à la que quiero,  
se mueren las esperanças  
con que aora estoy viuiendo:

Quedate en tu buena fè,  
no descubras, no, tu pecho,  
que mas vale amor en duda,  
que no vn desden descubierto:

Si no sabes que te quieren,  
no es tan malo el no saberlo,  
como saber que tu amor  
jamàs ha de tener premio:

Para no oir tal sentència,  
pensamiento, estate preso;  
q̄ aunque es tormento el callar,  
con esperar no es tormento.

Mas ay pensamiento,  
que soy yo el que me abraço, y te  
condeno.

Destá manera, pues, comencè  
à descubrirme, pareciendome q̄  
Teodora, por mas que disimula-  
ua, me entendia; pero cansado ya  
destos disfrazes, que todo causa,  
pues hasta las queexas, que son el  
aliuio de vn doliente, si mucho

se repiten, con cansancio, procurè  
re con menos enigmas manifes-  
tar mi pena. Valime para esto de  
vna criada de Teodora, que co-  
nociendome en los ojos la enfer-  
medad, se ofreciò al remedio,  
aunque muy dudosa, que alcan-  
çassemos cabida en coraçon tan  
enagenado de las cosas del siglo:  
Yo, que solo pretendia que en-  
tendiesse mi afición, para ponde-  
rarla despues el estado en q̄ me  
hallaua, buscava con mil desfas-  
fuegos vn rato de oportunidad  
para hablarla à solas, temeroso  
de fiarle à vn papel tan graue  
peso, pues aunque vn alma en el  
se descubre mas sin ahogos, to-  
davia se queda escrupulosa de no  
poder responder à la cara que le-  
hazen. Habla vn papel, por ve-  
zes que le lean, vna cosa misma,  
y donde ay peligro de admitirse  
lo que pide, no es acertado me-  
dio el hazer tercero à vn papel,  
ademàs que lo que èl podia exa-  
gerarla, se lo repeti hartas vezes  
al compàs de vn instrumento en  
estos versos que hize aquella vez  
primera que os he contado, que  
porque veais lo claros que estauá  
para quien sè que en los ojos me  
adiuinaua los pensamientos, os  
los he de referir, sin pedir os mas  
atención, que la mucha que me  
dais:

Lisis, despues que te vi,  
tan otro del que era soy,  
que mientras mas en mi estoy,  
juzgo que estoy mas sin mi:

acafo à vèrte sali,  
 quando tu falifte acafo,  
 y aunque mirafte de paffo,  
 tanto tus Soles flechafte,  
 que alli el alma me abrafaftes,  
 y aqui fin alma me abrafo.

Picaua el Sol aquel dia,  
 y aunque la fombra bufquè,  
 como en ella te encontrè,  
 el Sol, y el calor crecia:  
 toda la calle fe ardia:  
 con tus diuinos faroles,  
 mas viendo los arreboles:  
 de tus mexillas hermosas;  
 dixè: lindas fon las rosas  
 para defender los Soles.

Luzgo, Lifis, que me oifte,  
 puesto que à mirar tornafte,  
 y de matarme acabafte,  
 aunque al foslayo me heriftes:  
 entonces penoso, y triste,  
 culpè à tus ojos de infieles,  
 llamè à mis hados crueles,  
 mas tu con ayre gentil,  
 reviftiendote de Abril,  
 desperdiciafte clauelès.

Como vifte, pues, galante,  
 que de tu Sol abrafaftes:  
 fe ivan quedando arrimados:  
 en cada esquina vn amante,  
 dixifte, como triunfante:  
 cessen las juftas querellas,  
 y aunque tus hermosas huellas:  
 dexaron rastros de luz,  
 hecho del manto capuz,  
 enlutaftes las estrellas.

Ay Lifis, y qual quedè,  
 ausente de tu beldad!  
 ay Lifis, què obscuridad:  
 fin tus Soles encontrè!

apenas sentaua el pie,  
 que no dieffe vna caida;  
 y pues eres la homicida,  
 que mi vida tiene en calma,  
 ya que me has robado el alma,  
 bueluumè, Lifis, mi vida.

Què necesidad auia de pape-  
 les, quando à boca, si afsi puede  
 dezirse, la hablaua tan claro:  
 Doliòse ya mi fortuna de ver-  
 me padecer, y pufome la oca-  
 sion tan en las manos, que afsi  
 de fu melena, no quise desafir-  
 me, hasta auerla logrado. Tenia  
 Julio bien lexos de la calle fu  
 cierta correspondencia, y como  
 tan amigo, le guardaua las esqui-  
 nas muchas noches; y como vna  
 entre otras me auifafte la criada  
 vn defcuido de Teodora, de-  
 auerfe dexado sin torcer la llauè  
 de fu quarto, y que afsi podia fa-  
 cilmente hablarla, fingiendo el  
 auerme quedado escondido dè-  
 tro de la casa, cuyas puertas ella  
 me tendria abiertas à qualquier  
 hora. Consultè esta dicha con  
 Camacho, pues menos que con  
 fu ayuda, no podia, sin que brar  
 obligaciones, llegar al logro de  
 mis deseos. Hallèle determina-  
 do à fuplir mi ausencia en la ca-  
 lle donde Julio hablaua; y afsi,  
 dexandole en mi lugar la noche  
 que os he dicho, bolui presuro-  
 so donde la criada con vn postigo  
 abierto, me hizo franca la  
 entrada al cielo de mi hermo-  
 fura. Reparème vn poco al pie:  
 de

de vna escalera, que si qualquiera subida è temerosa, nunca mas amenazado el precipicio, que en quien sube à robar lazes à vn Cielo. Preuine à la memoria de razones, coloreè con disculpas el arrojò, armè de valor el miedo, quietè el coraçon, animè el alma: y assi, preuenido subi pisando sombras, hasta encontrar con la puerta que buscara. Nueuos temores se hizieron alli grillos de mis passos, nuevas valentias tuve necesidad de que me animassen. Entrè lo mas secreto que pude, y vi al primer encuentro, que à la luz de vna bugia, no sè si animada de los soles de Teodora, estaua tan embebida en vn libro, que lo que la diuertia su leyenda, siruiò de estoruo para que no me sintièsse, hasta que puesto à su lado, la sombra que la di, la hizo que reparasse. Quitò la vista del libro, alçò los ojos à mirarme, estremeciòse toda, fue à hablar me, y no pudo, bañòse de clauelas, mostròse mas hermosa, quiso desmayarse, provocò me à pena, iba yà à caerse, detuvela compasiuò, y sacando de entre secretos suspiros blandura de palabras, estas pude decirle, si mal enquadernadas, bien sentidas.

No ay tiempo, señora, aqui para dar muchos descargos, quando miro los temores que os ofuscan, y contemplo los riesgos que me cercan. Basteme por discul-

pa del presente arrojò vn àmor abrasado que en vos me enciende, vna inmensa zficion que à vos me inclina. Mil vezes con los ojos os he hablado, y mil vezes con el alma os he seguido, sin auer merecido en tantas vezes la mas minima señal de correspondencia. Si me auéis entendido, bien lo auéis callado; si ha sido castigarme, bien lo he padecido. Pues sabéis quien soy, aseguraad vuestros temores, que nunca està el honor con guardas mas seguras, que quando sangre noble le acompaña. Quereros solo intento, como sepais que os quiero; forçaros que me querais, no lo imagino, pues esto tuyera de locura, lo que aquello tiene de clemencia. El disgnio de entraros Religiosa, no me ha de ser estoruo; pues quando mi casto amor no alcance vuestros braços, en aquel estado estarè muy gozoso de seruiros. Agradeced tanto amor solo con dexaros seruir, corresponded agradecida à tanto querer, y dexad à mi cargo el peso de vuestro honor.

En tanto que yo hablaua, iba Teodora desnudandose del fustò, desemboluiendose del sobresalto, y asegurandose al arbol del valor. Atendiò à lo que dixè, y entre turbada, y honesta, me respondiò de tal modo, que si preso me tenia su hermosura, acabò de avassallarme su mucha

cha discrecion. Ay Lisardo (començò à dezir deshojando el clauel de sus labios al ay de vn suspiro.) Ay Lisardo, y quien pudiera, sin romper obligaciones, dar cabida à tus ofrecimientos, que aunque ha poco que te he visto, harto tiempo ha sido, lo vno para entender tu afcion, y lo otro para pagarla de secreto; que no todo lo que se ama puede dezirse. Desde la vez primera, que cõ desvelos, señas que son del amor, me dixiste que me amauas, te lo agradeci sin señas, por ver si me oividarias; q̄ agradecer el fauor, siempre es muy justo, mas sino ha de pagarse, sino con agradecimiento, bien es se calle lo propio que se agradece. Tus partes, tu nobleza, tu virtud, tu discrecion tengo entendidas, virtudes de que te dorò el Cielo. Mi hermano lo publica, tu proceder lo abona, yo lo creo. Mi estado, mi recogimiento, mi modo de viuir bien lo has sabido. Pues si tu no has de sacar fruto de tu querer, ni yo puedo lograr quanto te quiera; para que hemos de engolfarnos en peligros, quando no ay esperanças, sino de muertos deseos? Ea Lisardo, pues eres entendido, no me inquietes, que por mas honesta que sea vna correspondencia, ha de causar inquietudes. Si he de ir mañana à vn Conuento cõ voluntad libre, da à que quierres que dexé acá prisiones de ves-

luntad. Galantea otra hermosura, que pague mas tu querer, pues de mi no has de sacar sino el ser te agradecida.

Leuantòse de la silla, pronunciando las vltimas palabras, sin quererme dar lugar à mas respuestas, antes pidiendome cõ amorosos ruegos la dexasse sola, y me saliesse de la casa, sin que nadie lo sintiesse. Viendo lo justo que era obedecerla, pues para tamaño artojo auia hallado, en vez de rigor, tal clemencia; en vez de castigo, tal agrado, despedime della sumamente agradecido. Baxè al patio, como quien baxa à escuras, y pensando hallar allí à la criada, q̄ yà en pago de su diligencia la preuenia vnos escudos, me halè tã solo, y tan embaraçado en las sombras, q̄ tentando por vna, y por otra parte las paredes, no me fue posible atinar con las puertas. Què de miedos, què de horrores, q̄ de espantos me cubren el coraçon, quando aqui llego! Perdonad, si lo q̄ falta de mis tragedias lo refiriere interpolado cõ solloços, pues fuera imposible alinarse en el pecho las palabras, menos que deshechos los ahogos de vna pena, ò en lagrimas que desaguèn, ò en suspiros que diuirtan. Confuso estaua, sin hallar salida, quando escuchando por vn lado ruido de armas, oi vna voz, que dixo: *Abrid, y mas uale, y* apenas pude repararme de este susto,

lutto, quando vi que de repente se abrieron las puertas, plantandose en el umbral vn emboçado. No tuve lugar entonces de sospechar si era traicion de la criada, ò si era Iulio, que entendida mi cautela, venia à buscarme, porque en fracaso tal, en tal aprieto, harto haze vn valor de hallarse vida, sin tener capacidad de hazer discursos. Aunque sin calor la sangre, titubeando los brios, y entorpecidas las manos, preuine la espada, embrace la rodela, y esperè que començasse, y en viendome con menos temor, y n asapercebido, me dixo, que le siguiessè, que no era aquel puesto seguro para retir. Tirò delante, y pareciendome forçoso, dispuseme à seguirle. Sali tràs el, bolvieronse à cerrar las puertas, hize de la necesidad virtud, y resolvime à todo lo que viniessè. Fuimos trauesando calles, hasta fuera de la Ciudad, y al cabo della, metiendome por vn callejon muy temeroso, pues solo se compone de vnas derribadas casas, cuya sombra aun de dia atemoriza, llegamos à vnos trascorrales, y bolviendose à mi, con voz profunda, me dixo estas palabras: *Lisardo, aqui han de matar à vn hombre; repara en lo que hazes, y mira como viues.* Y dizièdo esto, desapareciòse como sombra, dexandome tan elado, que à no ser permissiõ de la Magestad Diuina,

como en los piadosos Cielos tengo confiança, alli juzgo que me hallàran muerto, pues sin aprouecharme todos los brios, diera con mi cuerpo en tierra, si el arrimo de vna pared no me ayudara. Mucho tiempo se passò hasta cobrar aliento, y del modo que mejor pude, y de la manera que podeis cõsiderar en tal fracaso, me fui saliendo poco à poco de aquel puesto, que la prieta en los temores siempre es perezosa, pues la sombra menor la juzgava cuerpo animado, que me detenia. Con todo este espanto, pues, con este miedo, no me quise recoger, hasta ir à la calle donde, como yà os dixè, en espera de Iulio dexè à Camacho. Lleguè à tiempo, que no se sintiò mi ausencia. Salìo Iulio de la casa de su Dama, hizele à Camacho que se adelantassè, y hablando en cosas bien diuersas de las que me auian passado, y el coraçon sentia, nos fuimos diuertidos, hasta nuestras casas, donde despedidos con las amigables cortesias que otras vezes, entramos à dar al sueño la poca parte que le quedaua à la noche.

Dormir con vn cuidado mal se puede, y así cõ vn cuidado tal como os he dicho, no ay para q̄ ponderaros del modo que dormiria; pues no solo aquella noche, mas todo el dia siguiente luchè cõ tãtos desvelos, me embolui

vi en tantas imaginaciones, que yà me temi mortal, embaraçada el alma de vn melancolico accidente. Aumentauase la pena con el no comunicarla, que es grande aliuio de vn mal, dezirlo à quien lo ayude à sentir, q̄ aunq̄ en nada falte del cuerpo q̄ atormenta, no lo siente tanto el alma, descansando sus quejas en los que advertidos se lastiman: Visitòme al punto Iulio, visitaronme otros muchos amigos, la huespeda lastimada, mis criados pesarosos, Camacho à mi cabecera; pero à nadie quise hazer dueño deste secreto, porque à Iulio que era el mas amigo, no podia dezirse, y à los demás era escusado, pues no era cosa para publicarse, y mas quando cumplì à mi gusto con todos, con las nuevas infelices, que tuve aquel mismo dia, de que era muerto mi padre, y el estado de mis pleitos no de buena data; bastante causa para qualquier melancolia, y suficiente pena para qualquier sentimiento. Todos procurauan diuertirme, mas ninguno me alegraua, solo Camacho, que en parte era el adiuino de mis pensamientos, despues que advirtió discreto, y sagaz, que con vna carta de Doña Angela, llena de finezas, y ternuras me cõsolaua, hizo me dexassen solo, y mientras yo estuve conmigo mismo, apeando los batallados discursos de mis imaginaciones,

y me resolvi en creer que aque hombre, espíritu, ù sombra era inspiracion, y auiso Diuino, que no solicitasse, ni diuertiesse aquella casta Doncella, en visperas yà de Esposa de Iesu Christo, pues solo este entender se ajustaua à la razon de qualquier buẽ discurso: en tanto, pues, que yo daua esto por creido, y algun tanto arrependido, me estaua disponiendo à vna exemplar enmièda, entrò Camacho de hazer vna diligencia, que aunque harto se la huiera perdonado, se la agradeci entonces con mil almas. Sentòse sobre mi cama, y dixome como adiuinada mi enfermedad, i va yà resuelto à dezirle à Teodora, que no me matasse, sino le saliera al passo la criada con vn papel, que le dixo me traxesse. Ausentòse el coraçon del repentino contento, alborozose el alma con nueua tan dichosa, y amortiguando con olvidos quantas tristezas me afligian, como si despertàra de vn pesado sueño, y me hallàra libre de aquellos presagios, como si fueran soñados, abri el villete, que contenia estas breues razones.

*Papel de Teodora à Lisardo.*

Para significaros tan muerto por mi amor, poco lo auéis mostrado, porque mostrando me con vos anoche tan propicia, bastaua à daros valor para

sufrir la nueva lastimosa, q̄ auéis tenido. Qualquier pesar es justo que se sienta, mas no es razon q̄ vn pesar os quite la salud, quando vna voluntad como la mia preuino à esse sentimiento. Poco os parece que valgo, segun pondero lo poco que me estimais quando acabais de dezirme lo mucho que me quereis, por q̄ no es estimacion de vn pecho amante hazer cama menos, que por rigores de la cosa querida; y basteos esta reprehension, para que repareis en lo deudor que fois à mi mucha voluntad.

Que antidoto para vn alma doliète mas sabroso, que mas eficaz remedio en ocasion tan urgente pudiera venirme? Porque sin exageracion puedo afirmaros, me hallè desde aquel punto tan otro del que estaua, que resuscitando en el pecho muertas alegrías, me hallè al instante reuestido de mil alientos. Què de gracias q̄ le di à Camacho! què de albricias que sacrificuè à mi amor! què de regocijos hizo el alma! Tanta fue la fuerça destes estremos, que yo mismo me temia redundassen en locura, por q̄ ni los frescos sentimientos de mi difunto padre, ni los recientes auisos de aquella animada sombra fueron bastantes, ni poderosos à que diisimulasse vn solo punto los no pensados placeres; que à tanto obliga el demonio de vn Dios vendado, que haziendo ga

la de las dificultades, se entrà como por su casa en los imposibles: Saltè de la cama al punto, pedi à Camacho el vestido, que aunque quiso reportarme, temiendo mis enojos, ayudò à vestirme. Puseme de corto, y saliendo à vn corredor, saludè à mi huespeda, que haziendose mil Cruces, començò à reñirme el desatino; por q̄ que cõ el assombro de la antecedente noche, con el no auer dormido, y con las otras causas de tristeza que se juntaron, era tanta la amarillez de mi rostro, que mirandome al espejo, yo mismo estuve por desconocerme, si bien el tal semblante me fue entonces propicio à mis deseos; porque haziendo la desecha del que frenetico se vè hara to de vna cama, y como aburrido della, se huye de su casa à vezes: así yo cruzando en quatro brincos la calle, me pasè en casa de Iulio, bien informado, que el no estaua en ella, que era lo que yo queria; y aunque la hora no era sazónada, por ser quando el Sol rayaua ya con sus rayos los umbrales del Ocatò, hallè la ocasion mejor, que pudo ofrecerme la fortuna. Hallè à mi Teodora en la primera quadra, que entrava à caso del jardin, donde à la lumbre del Sol dexaua calentandose à sus dos ancianas tias, y postrandome à sus pies, sin mas aguardar aliños en el recato, ni el modo de hablar mas cere-

monias la dixe : Es posible dueño mio , pues desde el punto que os vi lo sois del alma, que he sido tan dichoso, que he alcanzado favores tan celestiales , como los que oy he recibido de essas angelicas manos? No otra pena, no otro sentimiento , no otra lugubre nueva pudo quitar mi salud, sino lo imposible de mereceros; verdad tan clara , que en la experiencia podeis mirarlo , pues si anoche enfermè , ya estatarde cobro la salud ; si desde anoche peno , ya desde oy viuo ; si desde anoche me siento mortal, ya desde aora me siento por vos resuscitado.

Con esto la referì el susto de aquella sombra , bien disfraçado el caso de lo que auia sido ; porque à dezir lo verdadero, solicitara, en vez de amor, justos desvios. Y ella entonces deshojando sobre el cielo de su cara nacaras rosas, despues que preuino à la criada celasse las puertas , me respondiò entre honesta, y amorosa: No puedo contradezir à la simpatia de nuestras estrellas; esto es, procurando, como ya os he dicho , quereros con las condiciones, que casi me apuntais à dezir, que os obligais à amarme; porque la menor accion , ò la menor palabra, que aun descuidada se deslize de los limites honestos, serà el fallo que os priue para siempre de mis ojos. Yo os lo juro en las aras destas diuinas

manos, la replicuè al punto, y endo à tocarlas con el alborço del placer; y huyendolas esquivaz, dixo : Muy bien lo cumplis ; si tan al principio os quereis tomar la mano , à que yo la respondi: No por favor queria tocar vuestros cristales, si bien tocados me fuera mucho fauer, sino por tan diuinos procurava fuesen testigos, y luezes deste trato ; mas si es gusto vuestro , quedese amagada mi intencion , siruiendome de castigo el no auerse executado, que teniendo ya vuestra aficcion de mi parte, que es el todo, no he de entristecirme con la esquivaz de vna mano , quando puede ser desvio de vuestra misma verguença. Bien lo disimulais , me replicò Teodora, ides con Dios , ya que he tenido suerte de este bien logrado rato , que consiello la tendiè siempre que os viere, con advertencia que os hago , que no aumenteis las visitas, que hasta aora auéis hecho con mi hermano. Hablaros à solas seràn pocas vezes, y estas quando yo os auisè; escriuirme cada dia podreis, pues lo facilita la fidelidad de la criada , à la qual por mano de Camacho, por mas secreto , dareis vuestros papeles , que con la misma traza os serà portadora de los mios. Cõ esto nos despedimos , sin dexarme executar los estremos que hazer quise de besarle los pies , que no fue mala

cautela; para verme sustentando de sus hermosos braços.

Bolvime à mi posada el mas contento del Mundo, trocando yà desde aquella hora en placeres todas las melancolias, con q̄ deshecha la enfermedad, manifestè à todos mi recuperada salud. Comencè à viuir, al passo que bolvieró à nacer mis muertas esperanças, escriuiendo cada dia mil elogios à mis dichas; de los quales vnos al compàs de mi laud, llegan à los oídos de mi querida prenda; otros referidos en papeles, se lograuan mejor en sus diuinas manos. Mas como tiene la fortuna vinculada vna mudança à la ocasion, que menos se imagina, quando yo pensaua que con vn clauo tenia fija su rueda, en poco mas de seis meses diò conmigo tal buelta, que de lo encumbrado en que me miraua, me mirè abarido. Solia yo ir en casa de Teodora con tanto desahogo como à mi casa propia, porque se auia vnido la amistad de Iulio tanto con la mia, que viendonos las mas horas del dia siempre juntos, y hallandonos los mas dias à vna mesa; si auia motiuo para que algunos reparassen, no auia causa para que de mi lealtad se tuuiesse sospecha: quiero dezir, que yà q̄ algunos presumiesen que entraba por su hermana, ninguno se auia de atreuer à pensar menos. que por su honesto. Con esta li-

encia, y vn poco de cautela, bezaui las manos à mi dulce prenda las vezes q̄ hallauamos oportunidad, que ya que no sea de assiento, si dos que se quieren bien se buscan en medio de las dificultades, no les falta ocasion para poder hablarse. Pues reparando yo que por causa de Teodora se limitauan estas visitas, y que con fingidas causas me regateaua aun los papeles, añadiendose à esto estar mas recogida, mas dada à la oracion, mas recatada; sentilo sumamente, sin que el declararla mi sentimiento aprouechasse; y como vna pesadumbre, por mas que se disimule, mal se encubre, advirtiendole Iulio en mi defazon, y apretandome mucho por la causa, le dixè, y fue con poco reparo: Siento mucho, amigo Iulio, que quando estais entendido de quien soy, de las causas que en Salamanca me tienen, de la amistad que professamos, y del decoro, y respeto que guardo à vuestra casa, lleguen à dezirme, que mi señora Teodora, y hermana vuestra, sentida por todo estremo de mis entradas, y salidas, se retira siempre que entro à veros, manifestando muchos disgustos, y enfados. Iva à preseguir colerico, y riendose Iulio, tomòme por la mano, y arajome condezir: No hagais caso de niñerías semejantes, que ni mi hermana avrá sentido cosa que à mi me

me dà gusto, ni el sentirlo ella ha de alterar nuestra amistad; y si ha sido presumpcion vuestra de verla mas retirada, que otras vezes, estar ya en vitperas de irse à vn Convento lo causa, y os puedo jurar por ella, que no ay en esto otra cosa. En estas quejas, y satisfaciones estauamos cerca de las Escuelas vna tarde, y no tan secretos, que no fuesse entendida nueltra conversacion de vn corro de algunos Caualleros de la primera tixeria, que muy atentos nos estauan censurando las acciones, que como despues supe de Camacho (que à lo socarron los estaua oyendo) estos fueron los despertadores de mi amigo Iulio; y yendonos mano à mano hasta su casa, me dexè rogar mucho para acompañarle aquella noche en la mesa, y creo que dixo à Teodora mis reparos, pues mereci ver el cielo de su cara al tiempo del despedirme, que fue mas presto que otras vezes, por vn auiso que le llegó à Iulio de vnos amigos que querian hablarle. Dile por esto lugar, recogíme à mi aposento, y estandome Camacho haziendo relacion de las murmuraciones, de las risas, y desprecios de aquellos Caualleros, que dixen nos auian escuchado, llamò Iulio à la puerta, abriale al punto, vile demudado, y me adiuinò el alma lo que queria dezirme. Echamos fuera à Camacho, y pidien-

dole con ruegos me hiziesse sabidor de su venida, me dixo de esta suerte: Confieso, Lisardo, q̄ no estar satisfecho de vuestro honrado proceder, y de las demàs virtudes, que siento os acompañan, que me castigara corrido de no auer andado con la advertencia que piden obligaciones de vna hermana. Cosas acaban de dezirme, y cosas he escuchado, que para cumplir con quien soy, vengo à executar el vltimo remedio; esto es, que me auéis de dar palabra de casaros con Teodora, si ella gusta, que no siendo gusto suyo, y metiendola luego en vn Convento, se desmentiràn todas las sospechas; y gustando ella, ya que se descubra algo de verdad en los rezelos, con casaros se borran todas las murmuraciones. Pluguiera al Cielo (le respondi al instante) mereciera yo la dicha que me ofreceis, pues por mucho que ganais, veniais à quedar muy perdidofo. Esta es mi mano, q̄ con mil almas os la ofrezco, mas hallome tan ageno de alcançar tal gloria, miro en vuestra hermana tan diferentes disignios, hallo tanta faliedad en las que me aclarais sospechas, q̄ por vuestra parte (como auéis de verlo) y no por la mia, porque soy quien gano, auéis de ver la falta de llegar à obedeceros. Esto dixen sossegado, y dexando el asiento con iras de que me

llenè furioso, proseguí diciendo: Y porque conozco ya la parte de donde ha salido la nueva de vuestro enfado, por el alto Cielo os juro, que antes q̄ amanezca el dia. auéis de ver à vuestros vmbrales quatro, ò seis lenguas de infames murmuradores. Con este arrojò, con todo este despecho tiraua à la puerra afuera, bormitando iras, y fulminando enojos, hasta q̄ mas en mi acuerdo, juzguè ser fuerça dexarme obediente à las justas peticiones: con que Iulio me rogaua no saliese. En todo le obedeci, despidiendole en todo tan gustoso, que con nuevos abraços boluimos à confirmar nuestra amistad crecida. No pudo ser tan secreto el pefar que recibí con estos, que se desvelan en registrar vidas ajenas, que no llegasse à oídos de mis muchos camaradas, que en motin confuso querían romper por todo à fuego, y sangre; mas considerando que venia à redundar en desdoro de Teodora, y que cada cuchillada en lenguas maldicientes, auia de ser nueva boca que publicasse mas rezelos, pedí que lo dexásemos de reñir, hasta q̄ nos diesse campo la ocasion, que aunque no ay mejor castigo que en vn maldiciente, ay casos en que importa dexarle con la vida, porque no desdore mas la fama lastimada.

Con el queuo aparato, con la

nueva prevencion con què vi à tercero dia q̄ se publicaua verdadera la entrada de Teodora en el Conuento, me fue facil conocer, no queria mudar del prometido estado. Harto lo senti, considerádo que Iulio se lo avria dicho; y sentialo mucho mas, advirtiendolo, que ni aun por vn papel auia querido darme parte aun de su resolucion. Esto senti con grande estremo, fomentado mi enojo del saber por su criada que su Religioso tio le auia afeado, y aun à sus tias reñido auerme dado tan libre entrada en su casa. Haziendo mil discursos, y fraguando mil quimeras estuve todo vn dia, sin saber ya que hazerme para verme con Teodora, hasta que dexandome llevar deste desseo, me dispuse colérico al arrojò, que en no hallando el amor razon, à camino para alcançar aquello que pretende, cõ vendarse los ojos disculpa su sinrazon. Era ya la vispera de la ausencia de Teodora, era la vltima noche que aquel sol diuino auia de hazer cielo la esfera de su casa; veíame, no solo olvidado, sino casi aborrecido; hallauame inocente para tanto rigor, no hallaua modo para dar à entender mi sentimiento. Pues què podia hazer vn amante en tantas dificultades? Dexè que la noche acabasse de cubrirse con su negro manto, afortème bien de vna malta, y de vn colecto, puseme:

me vn pistoleta en la pretina; tomè mi espada, y rodela, y haziendole à Camacho que me siguiesse, saltamos por los jardines à la casa de Teodora, y llamando yo à vna ventana, que conocia ser del aposento, donde la criada dormia, huvo de darme puerta, vencida de mis ruegos, y razones. Ocultè me en su aposento, hasta que todos se acostassen, haziendo tambien q Camacho se escondiesse en vn desvan secreto, y apenas juzgamos que todos estauan sepultados en sueño, quando me hallè con Teodora, que confusa del ruido, y temerosa de vna maldad, se vino al aposento donde yo estaua, llamò à la puerta, apagamos la luz, entrò dentro, y antes que me hallasse oculto à vista de vna luz, me lleguè à la sombra de sus diuinas luzes, tomela sus blancas manos, y con tiernos suspiros, despues de assegurados sus temores, la supliqué me escuchasse dos palabras en su aposento, donde satisface tanto mi arrojio, y con tantas veras, acompañadas de algunas lagrimas, la referi mis queexas, formadas justamente de su olvido, con tanto amor la pedi, que aunque entràra en el Conuento, no me olvidasse, pues sabia lo casto de mi querer, que alcancè de su piadoso pecho, tomàra en fee de mi lealtad vna sortija, que la engastè yo propio en vn cristal de los cinco de

su mano, con que ya me despedia el mas contento del mundo, à no atrauessarse vn tropieço, que pudo costarme la vida. Fue el caso, que disparandose el pistoleta, en aquel punto despertò toda la casa, y sin poder valerme hallè con Iulio, que con la espada desnuda me saliò al encuentro. Enmudeciò de verme, no pude de corrido hablarle, miramonos dudosos, hasta que viendo Teodora suspensos los azeros, se puso entre los dos, y cò varoniles brios, y con razones prudentes, de tal modo desmintiò mi atreuimiento, haziendole creer à Iulio que ella me auia llamado para reñirme las murmuraciones de su fama, por ocasion de mis galanteos, que dandose por conuencido, me despedi libre de todos sus rigores, si bien desde entonces reparè, que no me tuvo Iulio en el predicamento que solia, que vna amagada ofensa, por mucho que se rebocè, siempre se mira agrauio en ojos del ofendido.

Entrada que fue Teodora en el Conuento, con la ostentacion, que à no ser proligidad os refiriera, procurè de andar modesto muchos dias, de modo, que ni el visitarla diessè algun rezejo, ni el sentir su ausencia fomentassen aquellas sospechas antiguas. Aguardè en fin hasta donde pudo esperar mi amor, que cansado ya de esperar, comencè

con disimulos à solicitar visitas, y enquadernar papeles, que todo me fue facil con la industria que acudia Camacho à hazer su officio; de suerte, que ya tal vez, acompañado de Julio, y ya muchas vezes llamado de secreto, eran pocos los dias que dexaua de quemarme à los sotes de Teodora, cuya ausencia los dias que la auia, suplian harto bien sus sazonados villeres. Quatro meses passè plaça del mas feliz deuoto, pues de las felicidades, la mayor para vn amante, es gozar de la hermosura que adora sin peligro de zelos q̄ le inquieten; y como hallè tanta gracia en mi querida prenda, tanto se arrojò à hazerme dueño de su voluntad, que mientras me llamè suyo, jamás conoci los zelos. Siguiòse à esta bonança el presagio de mi fatal ruina, que en el mar deste Mundo hasta la dicha que se està gozando, suele ser anuncio del peligro venidero. Començò Teodora já mostrarse tan zelosa, por auer sabido de Camacho, que Doña Angela me escriuia, que no contenta con mil seguridades q̄ le ofreci, con otros tantos juramentos, buscò trazas tan sutiles para examinar mi amor, que fue causa de los males que lloro, de los castigos que temo, y de los portentos que ireis desde aqui escuchando. En tanto que en mis nuevos amores, diuertido cursaua en Sa-

lamanca las Escuelas, se fenecieron mis pleytos en mi Patria, mostrandoseme toda Cordoua tan propicia como antes, y muy deseosa de verme sin destierros. Adelantòse à darme estas nuevas la solicitud de Doña Angela, que por la posta me despachò vn Correo, pidiendome por su carta, que luego al punto me partiesse, para lo qual me señalaua dia veinte entòces de aquel mes con apercibimiento, q̄ à veinte y siete del mismo me auia de hallar en vna quinta espaciosa cerca de Cordoua, dõde me estaria esperádo con moderado aplauso, para celebrar mi casamiento. Acompañaua estas razones con mil finezas, dignas por cierto de mejor correspondencia de la que han tenido. Ya vereis en la confusion que se hallaria mi amor, tan neutral en determinarse, mirando por las dos partes deudas, y obligaciones, que sin saber que hazerme, me resolui en buscar algunas trazas, con que entretenida Teodora, pudiesse secretamente ir à visitar à Doña Angela, mas logròse poco aquesta industria; pues no se por que camino, ò con que modo, sospechosa ya Teodora de mi ausencia, me embiò à llamar vn dia, y mas cariñosa que otras vezes, me dixo: Libre ya, Lisardo mio, de vn exercito de zelos, que ha dias que me han traído casi à puntos de mi muerte, confiada que

que tu amor siēpre , como casto, ha sido verdadero, y como firme ha de ser resuelto , y determinado, muy enamorada ; tal me miro, muy resuelta, tal me considero, muy tuya; tal me constituyo, me arrojé desde este punto à los brazos de tu amor , en los quales hallando la cabida que deseo, sin que el pundonor me resista , sin que el recato me estorue , he de celebrar mis bodas , ofreciendote la vida con mi mano. Pensando yo que eran las ofertas juego, la respondì : A saber , querido dueño, que mi amor auia de alcanzar toda esta dicha , necesidad tenia de reparo , porque no me matasse el regocijo; mas como sē que es vuestra intencion muy diuersa de lo que razonais, no quiero morirme, creyendo lo que no ha de ser , sino viuir gozoso para oir las gracias, y donaires con que me engañais. No son engaños (replicò Teodora) quãdo tan sin reboço te hago dueño de mi voluntad , sino es q̄ tu amor cobarde quiere buscar desaguaderos para huir de mis amores. Diciendo esto , aplicò vn lienço à los ojos , que rasados ya de lagrimas, no pudo , aunque quiso, reprimirlas , sin dexarse verter mas de seis perlas; y acabado el parentesis del lloro, feneciò desta suerte la razon: Si eres hombre, Lisardo, para entrar vna noche acà adētro, alli verēmos si es engaño lo que yo te digo , ò si es

fingido lo que tu me quieres. Tã confuso quedè, oyendo estas palabras , tan suspenso me vi solo en vn punto, que juzgando era sueño lo que por mi passaua , hice mas de tres reparos, mirando si dormia; y libre ya de la suspension , començaron à guerrear en mi pecho la dicha de la oferta, con el estoruo de la partida. Aqui fue el amōtonarse los respetos, aqui fue el barajarse las razones , vnas poniendome en las manos triunfo de amores, q̄ juzguè impossibles para gozados, ya que si para queridos, otras poniendome delante de los ojos constantes finezas de Doña Angela , deudas no para olvidadas, quando por tantos titulos debidas. Què peregrino errante en vna obscura noche pudo hallarse mas atajado , puesto entre los dos caminos, donde el temor de errar en la eleccion , es remora que detiene todo quanto las potencias determinan? Bien conoçia Teodora los rasgos de mi inquietud , bien miraua las dudas que rebolvia , hasta q̄ fingiendo todo lo turbado, y todo lo cōfuso ser por hallarme incapaz de la dicha singular que me ofrecia, me resolvì en darla gusto en todo quanto ordenasse , aunque por ello se artiesgãra mi vida entre mares de peligros. Con juramento la ofrecì en aquel instante mano, y palabra de esposo, que no me acuerdo si lo hice por

ceremonia de colorear, así el arrojó de quebrantar la clausura, que ya que vn delito se cometa, no es defacierto cercenarle las causas que le agrauan. Señalamos noche, que allí aplaudi dicha, siendo casi la misma que pensaua antes estar en brazos de Doña Angela, y despidiendonos con las ternuras, y caricias, que podeis considerar ya en tal extremo, me fui à mi posada, fabricando nuevos modos, y caminos para salir victorioso de empeños, que al passo que me brindauan felicidades, y gustos, me estauan pronosticando montones de desgracias.

Presurosa vino la aplaçada noche, que aunque el amor la juzgaua pereçosa, por lograr sus gustos, bien conocí que mi fortuna me la traxo aprisa para atemorizarme con cuidados. Salí tan obscura, y negra, embuelta en pauellones de algunos densos nublados, que verdaderamente parecia que todo el Cielo salí, arrastrando vayeras; noche en fin la mas oportuna, que pudo desear vn pecho enamorado, para salir de reboço à vistas de sus amores. Prometiendome en tanta obscuridad feliz suceso, me armé lo mejor que pude, y como ay casos en que la compañia mas leal es sospechosa, no quise que en semejante empresa me acompañase Camacho, que desdeora mas

à vezes vn testigo de vn delito que el mismo delito, por atroz que sea, estando secreto: fingi que iba à acompañar à Julio, como acostumbraua, y hizele que se quedasse en mi mismo aposento, hasta que bolviessé. Con esto, en siendo las diez, no quise esperar la hora, que eran las doze, sino poco à poco viendo el tiempo tan propicio, comencé à caminar àzia el Conuento, que estaua algo apartado de mi casa. La obscuridad era tanta, que à mi mismo no me veia, y para no caer trás cada passo, vino à obligarme à hazer vaculo la espada, con que pude ahorrar de algunos tropieços. El silencio de la noche era tan profundo, que à no ir arrimado à las paredes de las casas, pensara muchas vezes, que estaua, no en medio de vna Ciudad tan populosa, sino en algun inculto bosque fuera de poblado. Ay amor, à quanto obligas à los mortales, pues sin temer presagios de los Cielos, les hazes romper por todo, hasta que los ves llorar su precipicio! Prometoos, que agora vuelvo à cubrirme de sudores, nuevos espeluzos me amedrentan, y nuevos miedos parece me acompañan. Ayudadme atentos, no desfallezcan los brios con narracion tan penosa. Llegué à las ultimas calles, y las mismas, si os acordais que os dixé, me hizo atravesar aque-  
lla

lla émboçada sombra q̄ al principio de mis amores me pronosticò ruinas con firmes desengaños, y apenas aqui llego, quando inopinadamente oygo vn confuso ruido de espadas, y broqueles, y siento como vnatropa que iba siguiendo mis pisadas; alarguè; mas el passo, pensando entonces serian Estudiantes, que ocasionados de la noche, irian tambien buscando su aventura, mas poco aprouechò mi diligècia, pues corriendo tràs mi me iban ya al alcance, y me alcançaran sin duda, si cò alguna advertencia, al rebolver de vna esquina no me encubriera entre vnos corrales, y al emparejar con ellos oi q̄ dixo vno en alta voz: *Lisardo es, maralle;* y repitièdo todos, *Muera, muera,* mouieron vn tropel de cuchilladas, y à poco rato, escuchando vna voz, q̄ lastimada, y triste dixo solamente: *Ay, que me han muerto,* escaparò todos corriendo à toda prisa, dexando la calle en aquel sordo silencio que antes estaua.

Què tropel de miedos? què exercito de espantos me embazaria entonces toda el alma? Pues segun todas las señales que auia escuchado, y visto, yo era propriamente el que dexaron muerto, que lo quedè tanto del temor, que pienso huviera tenido por ahorro que alli me matassen, para no auer tragado tantas muertes como permitiò el

Cielo que padeciesse. Procuraua mouerme, y no podia, porque aprisionados los pies del mucho miedo, no acertauan à dar passo. Querìa hablar, y hallauame impedido, porque atada la lengua, aun para quejarse no podia enquadernar palabras. Mirauame à mi mismo, y estauan tan turbados los ojos, que no me conocian. Tentauame con mis manos, y dudaua si era yo Lisardo. Así me estuve hasta que me dexò el temor con algun brio para irme degollando poco à poco con otros sustos mayores. Bolvi à salir por la parte que auia entrado, procurando presuroso huirme de aquel puesto, mas apenas doy quatro, ò seis passos, quando tropezando con vn bulto, me hallo tendido sobre vn difunto cuerpo, frio cadauer, que en sangre rebolcado, provecàra à dolor al pecho mas animoso. Aqui confirmè verdad lo que juzgaua sueño, aqui mirè cumplido lo que juzgaua fantasia, y aqui hallè verdadero aquel auiso de que en aquella parte auian de matar à vn hombre; y aqui, finalmente, bolvi à resolver las dudas de si era yo el difunto; y no muy descaminado, pues juzgando aquel cadauer ser mi cuerpo, solo me contaua ya por alma en pena. Confirmaua este rezelo ver, que quando le mataron, me oi nombrar por mi propio nombre, y aumen-

tauale esta duda mirandome sin sentido en vn mar de confusiones; y mas quando determinado à salir dellas, iua à mirar el rostro del herido, y escuchè atento vn tumulto de gente que se iua acercando, y huve de dexar por entõces el examen destas sospechas, temiendo no caer en manos de la justicia, que hallandome con el difunto en las manos, sin prueba que pudiera hazer en mi fauor, fuera posible con afrentosa muerte darme el castigo debido à mis arrojos.

Temeroso, pues, de dar de vn peligro à otro mayor, sali de la calle à toda prisa, al mismo tiẽpo que dando el relox las doze, mostraua de la noche la mitad de la carrera. Rodeè por otra parte, y aunque desviado, procurè irme acercando al Conuento, descofo de auisarle à Teodora estos auisos, para elegir conformes camino mas seguro, quando de improuiso oygo que las campanas en lugubres clamores comiençan à publicar la muerte de aquel desdichado. Estoy por certificaros, q̄ me asustò mas esta nouedad que todo el passado susto; porque dobles, y generales, y à tal hora, ò se ha de creer ser el muerto persona de importancia, y aun con todo se escusan, ò se ha de tener por cierto ser agüero infeliz de algun horrendo fracaso. Al compàs de estos temores llegaua casi à vista

del Monasterio, y atento escuchò q̄ por la vezina calle se oian funerales voces, q̄ en canto triste dauan à entender ser entierro de algun muerto. Encubrimè en vna esquina, y vi passar, à la luz de algunas hachas, vn grande acõpañamiento de Eclesiasticos reuestidos de sobrepellices, y roquetes, cõ su Cruz, y manga negra delante, sin q̄ de todos ellos, con ir tantos, pudiesse conocer à ninguno. A la postre lleuavan entre quatro vn difunto tendido en vn pauès, y cubierto con vna vayeta negra. Acabaron de passar, y como me hallaua tan metido en miedos, ya me parecia entonces que de puro temor cobraua aliento, y assi reparandome vn poco, y acõpañado de todo el valor, quise curioso saber el fin de tan tristes, y lamèrables presagios, y apenas acabamos de passar vn gran calle, al cabo de la qual estaua el Monasterio donde yo iua, quando mirando desde lexos abiertas las puertas de la Iglesia, y toda ella poblada de mil luzes, vi que entraron todos dentro, aumentandose alli mis congojas, y cuidados, y ya considerais lo crecidas q̄ serian, pues apenas me acabaua de deslizar de vna confusion, quando me precipitaua en vn mar de confusiones; apenas escapaua temeroso de vn assombro, quando me hallaua desquaternado en vn bagio de sustos. Lleguè tambien à

la Iglesia, donde antes de entrar, me detuve vn poco, tragando salivas entre neutrales discursos, y atropellando ahogos en varias determinaciones, porque ya que vn valor se trague à vn miedo, ha menester repasar mucho vn valor en arrojarse à miedo visto entre vn esquadron de miedos.

Si entrarè, sino entrarè me estuve à la puerta vn rato, atendiendo desde alli al orden, y concierto con que la Clerecia, diuidida en dos coros, comèçarõ las exequias, despues q̄ pusieron el paues en medio, rodeado con algunas luzes; y pareciendome q̄ en canticos, aunque funebres, tan santos, no podia auer fantásticas visiones que me atemorizassen, me resolui à entrar dentro; y assi con el mejor aliño que la modestia pudo aderezarme con el vestido de rōda, y armas que lleuava, me entrè por vn lado lo mas secreto que pude, quitème el sombrero, tomè agua bendita, signème muchas vezes, y hincado de rodillas al Altar, entre tēblores mortales, dandose dientes cō dientes, apenas pude acercar à dezir vn Pater noster: fue la causa, que todos clauaron en mi los ojos al punto que me vieron, hasta que viendo yo al cabo de rato que ya nadie reparaua, y que ninguno me impedia, animandome algo mas, quise saber ya de vn golpe todo aquel suces-

so, porque quedarme con semejante duda, fuera llevar achaque bastante para morirme. Arrodiado, pues, de la manera que estaua, me acerquè vn poco al ultimo de los Cantores, q̄ estauan à aquella vanda, y tirandole de la ropa, y èl inclinado el cuerpo para oirme, le preguntè con mucha cortesia quien era aquel difunto que enterrauan, y respondiòme, dando primero vn suspiro: *Este es Lisardo el Estudiante.* Què Lisardo? le repliquè, palpitando ya el coraçon en nueuas, y mas crecidas angustias, y dixome: *Lisardo el de Cordoua, que vos conocéis como à vos mismo.* Aqui fueron los verdaderos temblores, aqui si q̄ acometieron biè los miedos, aqui fue tentarme el pecho para ver si estaua herido, aqui el mirarme à la luz de las candelas à ver si tenia cuerpo, aqui el temer, aqui el sentir, aqui el llorar: mas dudoso todavia, si como suele acontecer, se auian engañado en tener por mi al difunto; alentando la voz de entre el desmayo, bolui à preguntar à otro que estaua al lado de aquel q̄ me auia respondido; y oyendo que en palabras formales me daua la razon misma, les repliquè à los dos mirassen que se engañauan, porque yo sabia que no era el muerto Lisardo. La qual replica apenas la huve hecho, quando dando vna palmada aquel que presidia, y haziendo

pausa funeral officio , mirandome feuero , me dixo con graue voz estas palabras: Cauallero, todos los que estamos presentes somos almas, que ayudadas con las oraciones , y limosnas de Lisardo salimos del Purgatorio, à cuyo fauor reconocidas, venimos à enterrarle , y à hazer por el aqueſtas exequias, porque eſtà ſu alma en duda de ſalvacion. Mas pues vos nos impedis, diziendo que no es muerto, ceſſarà el officio, y vos lo perdereis. Eſto dixo, y al punto matandose las luzes, ceſſando los clamores, y deſapareciendo todos, caì en tierra deſmayado , al ay de vn trisete que xido , que no fuera valor en lances tales alentarſe la vida, eſcuchando diuinas amenazas, que al mas barbaro pecho le poſtran, y le humillan.

Buelto en mi acuerdo al cabo de vn gran rato , me hallè en la Iglesia ſolo, ſin mas luz q̄ la lampara encendida , con cuyos reſplandores , y reflexos examinè, inquirì, raſtreè, y rebolvì toda la pieza , ſin ver que la ocupafſe otra perſona, ſino es la mia. Del funebre aparato no hallè nada, porque todo , como ſombra, lo hallè deſvanecido. Y ſatisfecho aſi del ceſtial auifo , deſhaziendo el coraçon en viuas lagrimas, que al compàs de ſuſpiros ardientes las di puerta por los ojos, comencè à hazer tantos ſentimientos, acufandome

ante Dios de mi amagada culpa; y ofreciendole en ſatisfacciõ mil enmiendas al proceſſo de mi vida, que temiendo boluer à deſmayarme (tal era mi ſentir , tanta mi pena) procurè aliuarme del dolor, haſta buscar lugar mas oportuno, que aun para llorar vn deſdichado la pena que le aſtige, ni ſe le concede todo tiempo, ni le dãn todo lugar. Deſpedido con el alma de Teodora, mudado ya el amor con que iba à verla en voluntad mas fixa , me ſali de la Iglesia, ſin cuidar de que las puertas ſe cerrafſen, que ni mi miedo tenia eſſe lugar , ni el teſtimonio del caſo pedia tal diligencia. Las dos ſerian ya de la mañana, quãdo lleguè à los umbrales de mi puerta. Abriò à mis golpes Camacho, y abraçandole apretadamente , comencè à deziſle entre mil lloros : Ea amigo mio, y leal criado , y compañero quedate con Dios , que ya es muerto Lisardo, yo propio le vi matar , yo propio acompañè ſu entierro , yo propio he aſiſtido à ſus exequias. Ya no ay Lisardo, Camacho amigo , ya deſde aora no me veràn mas tus ojos, y para ſalvarme me parto à hazer penitencia. Eſtas, y otras razones le dixè mezcladas en lagrimas, quedandose el fiel criado tan aſuſtado, y lloroſo , q̄ en vna gran pieza no pude deſaſirle de mis braços. Acudieron los demàs al ruido, que informados de mi pena,

## y Desengaños del Mundo.

141

nā,y vista mi determinaciō,añadieron al dolor lagrimas,y sentimientos.Mas porque la dilacion no me estoruasse, animandolos à todos; y consolandolos lo mejor que pude, en rato breue dispuse de mis cosas, repartiendo entre todos los criados,así joyas como alhajas;contentando à mi casera, no solo con la paga, sino con otras muchas dadiuas, à que se mostrò agradecida, con mucho dolor de mi mudança. Eito dispuesto, en tanto que embiè à que con toda prisa me buscassen pōstas, escriui à Teodora vna carta llena de lagrimas, y suspiros, dandole cuenta por mayor de mis presagios, y combidandola del mismo modo à que enmendasse sus acciones. Esta carta dexè en manos de Camacho, mandandole que èl proprio la lleuasse, en siendo de dia, al Monasterio, y le contasse à Teodora lo q̄ auia visto. Con esto, y con dexarle vna breue orden, q̄ lleuasse à Cordoua à mis hermanos, en q̄ con ruegos piadosos les pedia, q̄ tomandose mi hazienda, despendiessen gran parte por mi alma en Missas, y limosnas, y fauoreciessen à Doña Angela en todos sus menesteres, pues le cōstaua lo propicio que me auia sido en todas mis adversidades; pasè à la casa de mi buen amigo Julio, y haciendo se leuantesse, y bolviendo à romper las fuentes de mis ojos, le referi el

sucesso; si bien calládole mi culpa, porque esto solo se referuava para el Iuez de mi conciencia, dixele mis propositos, y la prisa con que me resolvia à la execucion, y lloroso tambien de ver mi pena, y sin querer ser estoruado à tales inspiraciones, consolandome con consejos saludables, no fue posible que le detuviesse, sino que tomando vn cauallo, me acompañò mas de dos leguas de la Ciudad, donde nos despedimos con tantos sentimientos, que los abraços solo siruieron de razones, porque añudados los ahogos, no nos permitieron mas palabras. Lleguè por la posta hasta Plasencia, y desde alli enderecè mi viage à aquestos montes; y auiendo despedido los dos criados que traxe conmigo hasta el principio destas malezas, troquè mi vestido que traia muy bueno de camino, con el de vn peregrino pobre, que hallè acaso en vna estrecha venta, que llaman de la Magdalena: el qual sin duda es el mismo que vos Enrico auéis dicho que enterrasteis, y à quien algunos foragidos, codiciosos de la buena ropa, dieron muerte, sino es que algunos deudos de Teodora, zelosos de mi, vinieron à matarme, y engañados le mataron: Sea, en fin, como ello fuere, el muerto fue aquel peregrino, y el que teneis presente es Lisardo, que auiendo andado perdido

quar-

quatro dias por essas esperanças, buscando lugar acomodado en que acabar mi vida, despues que en vna horrenda cueua encontrè otro penitènte, quito mi buena dicha que dièsse con Enrico, que animandome con las tragedias de sus mocedades, me traxo hasta este puesto à que os constasse las mias. Sumamente agradecido al hospedage que me auéis hecho, y al cariño que todos me auéis mostrado, me partirè desta caseria, antes q̄ el padre de la luz corone con sus rayos las puntas destes mōtes. Buscarè lexos de aquí algun abrigo, dōde sin q̄ Teodora me encuentre, ni yo la vea, acabe retirado el curso de mi vida, para ser exēplo al Mundo con mis penitencias, sin dilatar la satisfaciō à mis futuros castigos. Assi me mostrarè obediente à los auisos del Cielo, assi corregirè mis mocedades, assi purgarè mis delitos, y assi darè à conocer lo provechosas que son las memorias de la muerte.

Tan contentos quedaron los oyētes de la variedad de los tragicos sucesos de Lisardo, como lastimados, y confusos de tantas penalidades padecidas. Dieronle lugar que reposasse, viendo que ya huian las Estrellas temerosas de los golpes que la noche daua para despertar al dia, que apenas se mostrò de luz vestido en los braços de la hermosa Aurora;

quando Lisardo, sin que nadie le sintièsse, se huyò de todos, quizàs porque no eltoruassen sus designios. Sintióse mucho su ausencia en toda la alqueria, y viendo eran frustraneas las diligencias en buscarle, ofreciendo por èl mil bendiciones, se retirò cada vno à su exercicio, con deseos de quedar aprouechados con semejante exemplo.

Mas no huvieron pasado quinze dias sin que llegasse al parage Iulio, hermano de Teodora, que como engañado, pensò (como queda dicho) que auia muerto à Lisardo en aquellas malezas, y llegando à Salamanca, como no hallasse à su hermana, fue tanto su sentimiento, que desesperado, y loco, sin admitir visitas ningunas, se hizo todo à los extremos. Ofreciò grādes pagas à quien le dièsse noticia de Teodora, y como el interès abre montes cerrados, codicioso el criado que auia ido con ella, por medio de vn Religioso le contò todo el suceso. Bolviò Iulio con estas nueuas en su acuerdo, y ansioso de saber si era verdad que Teodora moraua penitente, dispuso su jornada à Guadalupe; visitò deuoto aquella Santa Casa, habló con el Prior, q̄ era su amigo, dixole su intento, despues de referidas sus tragedias, y èl le ofreciò ayudarle en quanto se le ofrecièsse. Era ya notoria la vida penitente q̄ hazia Teodora por aque-

aquellas soledades, y la fama, que siépre es pregonera, auia esparcido algunas noticias de la beldad que habitaua aquellos montes, por cuyo rastro enderezò Julio los passos de su diuignio. Llegò, pues, à la alqueria de Feliciano vna tarde al caer el Sol, casi al mismo punto que Enrico con su Leonor llegaua à las casas, à cuya presencia venerable, rindiendo obsequios, solicitò fauores. Enrico, que entendió las cortesias, le dixo que no era el dueño, como pensaua, sino huesped también del q̄ no despreciaria darle alvergue. Saliò Feliciano à esta sazón, y cortés, y comedido hizo sus ofrecimientos, quedando Julio tan pagado de todos, que quiso echarse à sus pies.

Entraron en la casa, dõde buñcioso el dueño començò à dar prisa à sus hijas, y muger para prevenir la cena, y aderezar el aposento al nueuo huesped, quando lo interrumpió todo otro suceso extraño. Oyeron suspiros tristes, y gemidos compasuos, como que se acercauã al pagico alvergue. Cada qual se puso atento, apercibiendo oidos el cuidado. Llegò à llamar à las puertas el que gemia, y conociendo en el modo q̄ era persona de casa, salieron à abrirle, y dieron con Lisardo, que cargado en sus ombros del penitente Eginò, venia lastimado à darle refugio en la dolencia q̄ le aquexaua. Alegra-

ronse infinito en verle, dandole mil norabuenas à su llegada, menos Julio, q̄ al punto que le viò el rostro, se retirò adentro, donde cubierto de vn sudor frio, se rindiò à vn desmayo. No se advirtió en ello, como andauã de tropel las alegrías, y gozos, y el que menos de la casa abraçado de Lisardo, no cuidaua de otra cosa. Cõ presteza suma entre Enrico, y Feliciano tomaron à Eginò, y lleuarõle à vna cama, previniendole sustento, y aplicándole remedios al dolor. Dexaronle con algun aliuio, auiendo dicho Lisardo mil elogios de su heroyca penitencia, causa para q̄ todos le tuuiesse en grande veneraciõ. Ya, quando desocupados del repentino gozo, y del cuidar del doliente, trataron de seruir à Julio, atendierõ en verle desmayado. Abrió la pena en todos confusiones, y mas en Lisardo, q̄ conociendo à Julio, y advirtiendo ya q̄ de auerle encontrado procedia aquel extasis, con vn profundo suspiro se abraçò del, y à fuerza de sus lagrimas, y llanto le tornò en su acuerdo. Atonitos estauan todos mirando tales extremos, hasta que Lisardo les diò razon que era Julio el que mirauan, con que quedaron suspendidos de la suspension de entrambos, pues Julio pensaua que auia muerto à Lisardo, quando quitò la vida al peregrino, y Lisardo imaginaua bolvia à matarle. Julio;

lio: que suspiros, que quejas, que lamentos reciprocos no se esparcirian? Què imaginados sustos no embarçarian à todos, ignorando cada qual los disignios de el contrario? Quien mas lo querria saber, no acertaua à preguntar. A todos lados hazia cara el discurso, vnos sospechauan mucho mal de aquel encuentro, otros presumian paz feliz de la venida; Enrico prudente entodo, se mostraua, puesto entre los dos, el Iris de la amenazada tempestad; y por deshazer las dudas, que a todos tenian confusos, tomó à Julio por la mano, y sacandole à otra pieza, le preguntò su disignio, despues que le hubo hecho relacion con o Lisardo no era muerto, como pensaua, y que el trueque de los vestidos le auia engañado, pagando vn desdichado peregrino ajenas culpas. Satisfizo Julio en que su venida à aquellos mörtes era solo por buscar à Teodora, y saber de ella la causa que la auia mouido para contanta nota, y disfame auerle ausentado de su Patria, siguiendo al mismo que auia cautado su afrenta, y que auiendo encontrado à su enemigo, si antes amigo caro, quando le tenia por muer-

to, se hallaua en mayores confusiones, despertandole su afrenta nueuos modos de vengança. A esto satisfizo Enrico con palabras graues, y teueras, diciendo no fuesse inquietud de dos almas, que sin mas culpa que auerte querido bien, eran emulos de los Ermitaños de Tebaida, grãgeando à penitencias el gran Reyno de los Cielos. Contòle lo que sabia de boca de Lisardo, y lo q̄ auia escuchado de la misma Teodora, con que mas quieto Julio, començò à mudar de intento en lo que su agrauio le despertaua venganças, y así pidió à Enrico por merced le descubriessse el lugar donde moraua su hermana, con empeño que le hazia de no delazonar sus santos propositos, antes si de imitar sus penitencias. Placeme, dixo Enrico, y bolviendole à llevar donde todos aguardauan; despues de auerles hecho tomar asientos, mandò à su hija Leonor, que en el funebre tono que se la hiziesse relacion de la estãcia, y penitencia de Teodora. Obedeciò al punto la doncella, y haziendo prologo vn suspiro, cantò con grauedad de aquesta fuerte:

Yaze de Guadalupe

(cristal, que en sombras frio,  
recoge de las sierras los reliques,  
sin que el arroyo ocupe  
plaças, que son de rio,  
por mas que serpe desarrolle nieues)

## y Desengaños del Mundo;

245

en graues, mas que leues,  
desquaternadas peñas,  
yaze pues, vna gruta,  
no de verde cicuta,  
ni laurel coronada, que las breñas;  
quando el rayo del Sol la hiere en llamas;  
apenas se guarnece de retamas,

Adorno, y compostura  
de aquesta horrenda cueua  
son dos pelados, y caducos riscos;  
cuya suprema altura  
tan alta se releua,  
que al Cielo tocan ya sus obeliscos,  
chamuscados lentiscos,  
y robles casi secos,  
son de nocturnas aues  
facistol, donde graues  
cantan su soledad con tristes ecos;  
hasta que su armonia,  
queda suspensa al despertar el dia.

Entonces se leuanta  
la triste tortelilla  
à llorar la viudez que ya la assiste;  
lamentaciones canta,  
porque hasta vna auecilla  
sabe dar à entender su dolor triste;  
las plumas que se viste,  
no las pule, ni aliña,  
que como es su congoxa, y pena suma;  
lo remite à la pluma,  
para dar à entender quanto escudriña;  
pues vn mal bien sentido  
le pone luto al alma, y al vestido;

Si miramos lo interno  
del lugubre vacio,  
todo horror, todo espanto, y sombra es todo  
pues ni el neuado Inuierno,  
ni el caluroso Estio,  
han penetrado de su alvergue el modo;  
quando con mas apodo

## Soledades de la Vida;

hazen mil sabandijas  
 casa su arquitectura,  
 se ve que vna rotura  
 es el quartel de pardas lagartijas;  
 à quienes con sus mañas  
 guardapolvo les texen las arañas;

Tambien tiene su quarto  
 la culebra, que astuta  
 del sapo, y del escuerzo se mantiene;  
 el pintado lagarto  
 por techos de la gruta  
 madriguera à sus hijos les preuiene;  
 la viuora no tiene  
 mas que vn alvergue estrecho,  
 donde romper parida  
 el estambre à la vida,  
 pereciendo forçada à su despecho;  
 y el regulo atreuido  
 con armas de su vista busca nido.

En este alvergue estrecho,  
 en esta inculta cueua,  
 y en aqueste parage obscuro, y triste;  
 està Teodora haziendo  
 vna vida tan nueua,  
 que con virtudes viste:  
 la gracia que la assiste,  
 la adorna de mil gracias;  
 visos Angelicales  
 son patentes señales  
 que està libre, y essenta de desgracias;  
 que vn lloro repetido  
 siempre tiene el perdón del Cielo asido;

Passa tan penitente,  
 passa tan solitaria,  
 que por regalo sale à ver el dia:  
 dale vna pobre fuente  
 bebida necessaria,  
 si clara qual crittal, qual yelo fria;  
 yeruas que el monte cria  
 la ministran sustento,

que

## y Desengaños del Mundo:

117

que aunque vna pastorcita  
que lexos de alli habita,  
con pan, y algun regalo dà alimentos;  
si alguna vez lo toma,  
se lo dexa à algun bruto que lo coma;

Vn sacro es el vestido,  
tan roto ya, y deshecho,  
que la tostada carne apenas cubre;  
vn filicio texido  
la ciñe espalda, y pecho,  
hasta que ya los hueffos la descubre;  
todo el dolor que encubre,  
manifiestan los ojos,  
que en lagrimas rasados,  
casi sin ser notados,  
lleuan las flores liquidos despojos;  
que quiere complacerlas,  
el fruto que le dàn pagando en perlas;

La bella arquitectura  
del cuerpo cristalino,  
que solia afrentar la misma nieue;  
la faz serena, y pura  
que con pincel diuino  
puliò naturaleza en su relieue;  
si à verla el Sol se atreue,  
la mira tan trocada,  
que ni se veen cristales,  
jazmines, ni corales,  
sino vna estatua seca, y arrugada;  
que sin mas arreboles,  
aun no son ojos los que fueron Soles;

Su dormir ordinario,  
es oracion deuota,  
que dura la mas parte de la noche;  
y quando temerario  
los cauallos azota  
el gran Titan, despues de vncido el coche;  
antes que desabroche  
las luzes que atesora,  
dexando el duro lecho;

mar de lagrimas hecho,  
 se levanta solícita Teodora,  
 y en santos ejercicios  
 el dia ocupa, desterrando vicios:

Aun no dió lugar que acabasse Leonor la cancion funebre vn repentino alboroto de voces, grita, y estruendo, que se oia en lo profundo de vn valle, voces desentonadas, como que pedian guia. Suspensos todos, nadie se atrevia à salir de el Cortijo à ver la causa, hasta que Feliciano les mandò à sus hijos, y criados inquiriessen con recato desde puesto seguro lo que ser podia, y apenas se auian alargado como veinte passos, llevando algunas teas encendidas, quando hallaron dos Monges Geronimos, vno en vna mula, y otro à pie, que à toda prisa, trepando por la maleza, venian pidiendo socorro à grandes voces: era la causa, que en otra mula traian à vna muger, que lastimada, y llorosa se quejaua, y en pos dellos les venia dando alcance vna tropa de gente no conocida. Cobraron valor à vista del asilo, y mas quando supieron que estauan ya en la Alqueria de Feliciano, à cuyas puertas, y con nuevas lumbres estauan en espera los caseros, y los huéspedes. Arrojàse alli el Monge de la mula, y apeàdo con sus brazos à la affigida Dama, llegó à saladarlos à todos, quando repentinamente los

vnos, y los otros se hallaron atonitos, y confusos, tan pasmados como muertos. Fue el caso que vno de los Monges era el Prior de Guadalupe, que temiendo prudente, que Iulio, como moço, noble, y afrentado, podia hazer algun desatino con su hermana, por mas que la hallasse santa, y penitente, por estorvar, pues, algun fracaso, tomando con vn compañero sendas mulas, se auia adelantado aquel dia en busca de la cueua de Teodora, por guardarla en parte donde pudiesse estar segura. Como encontrò, pues, con Iulio, quedòse el Prior pasmado; Iulio de ver al Prior, se quedò confuso, sin reparar en Teodora, porque ni el rostro, ni el traje dezian con el de su hermana. Teodora de ver juntos à Iulio, y à Lisardo, se cubriò de vn sudor frio, y se abraçò, para no caer, de su secretaria Leonor, la qual con su padre Enrico, que fueron los que mas presto la conocieron, la consolaron à parte con albagos, y caricias. Lisardo, aunque viò tan dessemejada la que idolatrò belleza, por las señas que auia escuchado, conociò ser Teodora la que miraua, y compassiuo, y lloroso, se hizo todo al dolor, todo al desmayo.

En estas apreturas se mirauan todos, sin que acertasse ninguno à hablar palabra, quando para mas aprieto, llegó à la misma caseria la tropa, que ya dixè venia tràs de los Monges, que eran no menos que Doña Angela, con media dozena de criados bien apercebidos de escopetas, y entre ellos Camacho, el criado de Lisardo, que como lleuasse à Cordoua las nueuas del disignio de su amo, y Doña Angela zelosa, y muy enamorada no las creyèsse, se resoluiò de la manera que he dicho à inquirir personalmente la verdad del caso, que vna muger con amor arrostra à mayores riesgos. Como huviesse, pues, andado quatro dias vagueando por aquellas malezas, buscando cuevas, y grutas donde podia morar su amado penitente, y aquella tarde al cubrir el Sol sus luzes diuifassen à lo lexos los dos Monges, que hemos dicho, que salian acaso con Teodora de su oculta cueva, començaron à seguirlos desapoderadamente, creyendo que seria Lisardo alguno dellos. Como huviesse, pues, llegado à las casas con alboroto, y tropel, y hallassen toda la gente en la confusion que queda referida, apeandose Doña Angela de su quartago, llegó con despejo, y brio; y auiendo hecho vna salutacion cortès,

les preguntò què parage era aquel en que se hallaua, y si hallaria acogida para passar la noche alli con su gente. Mientras preguntaua esto, con la admiracion que causò su bizarría en quantos la mirauan, como conociò Camacho à su señor, y dueño, aunque tostado el rostro, y tan deslemejado de los ayunos, y penitencias, se abalanzò à el, dando de placer mil alaridos, nueua confusion, y pasmo à todos los circunstantes: Doña Angela tambien se fue para Lisardo con los braços abiertos, pidiendole cariñosa estimasse su fineza, y la pagasse su estremada voluntad. Rechazò Lisardo el fauor, hizo desyio al alhago, huyò el pecho à las caricias, y se uero: Ya Doña Angela, os etcriui mi disignio de acabar mi vida penitente, y encarguè à mis hermanos, que con parte de mi hazienda os socorriesse para el estado que quisierdes elegir. Otra hermosura qual vos, que à ayunos, y diciplinas veis aqui marchita rosa, palida azucena, por querer elegirla por esposa, quando ya estaua dedicada à Iesu Christo, ha causado tantos horrores en mi alma, y me puso en tales aprietos, que me vi enterrar difunto, y assistir à mis exequias: Dama noble principal, y rica, arrepentida tambien del amoroso desco-

que nos embelesò à entrambos, se hizo juntamente al yermo, donde, como otra Pelagia, es el dechado de toda esta soledad. Aqui ha muchos dias que moran Egino, y Enrico, que estàn presentes, sin que ningun estorvo les aya contrastado sus deseos. A Teodora, y à mi nos sigue la desgracia, pues entendiendo ser eternos en estas malezas, en esta noche sola, que por traer à Egino de su gruta algo doliente, aportè à esta caseria, he hallado con su hermano, que no sè à lo que viene, y os he visto à vos, que es lo que mas he sentido, porque quien ya està del Mundo enagenado, no quisiera jamás encontrar cosas del Mundo; y asì, pues aun en este yermo no dexan vivir à vn triste, no sè à que parage echarme que me dexen.

Retirose Lisardo, diciendo estas palabras, y con otras semejantes reprehendiò Teodora à su hermano Julio auer venido à inquietarla. Hizose el Prior capaz por boca de Enrico de toda la hiltoria, y como hombre docto, y entendido, hablò con Lisardo, traxole adonde estauà todos, y hizoles vna exortacion deuota, animandolos à la mas perfecta vida, q̄ es la Religion Monastica, pues alli se resigna la propia voluntad, y se camina al Cielo por mas derecho camino. Traxo en apoyo desto razones tan viuas, palabras tan eficazes, que

todos de comun acuerdo, siendo Enrico el Capitan, como el mas anciano, se resolvieron à tomar los habitos de Monges, y reformar con ellos la vida penitente. Teodora, y Doña Angela pidieron tambien el habito de Religiosas, à las quales se llegò Leonor con mucho alborço, y gusto de su padre Enrico: las dos hijas de Feliciano se les ofrecieron para seruir las. Camacho, y otros de los criados de Doña Angela, quisieron, tan fieles, como devotos, seguir el piadoso rumbo de los amos; con que alborçado el Prior de ver tan bien logrado su viage, en llegando la mañana, dispuso con Feliciano la jornada à Guadalupe, adonde ya auia despachado al compañero, escriuiendo à su Conuento lo que passaua, para que los Religiosos, y nobles de la Villa saliesse à recibir tan tantos penitentes.

Auia en aquella sazón en Guadalupe grandes señores, que ivan à visitar aquel Santuario, y entendidos de el suceso, salieron tambien à honrar la fiesta: la entrada fue lucida con el notable concurso de la gente. Señalòse dia para darles los habitos à todos, que fue el de la Natiuidad de la Reyna de los Cielos, publicandose fiestas generales por toda la Comarca. Huvo muchas invenciones de fuego, mascarada, y encamifada la noche antecedente, se corrieron toros,

## y Desengaños del Mundo.

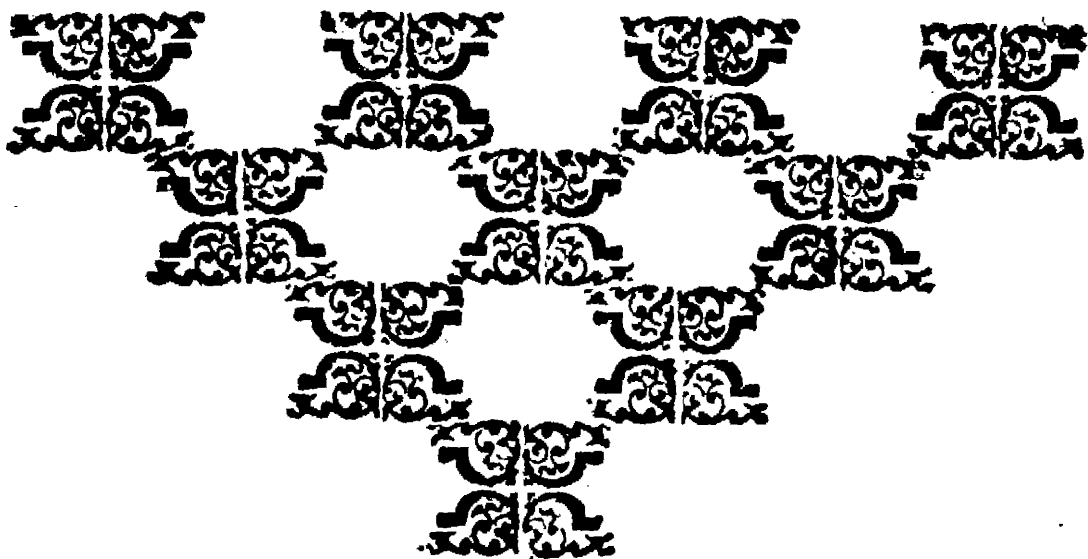
151

ganos, y fortija, coronándose la fiesta con Autos, y Comedias. Con artificiosa retorica de Divinas, y humanas letras se simbolizaron en contemplacion de Angela, y Teodora, apasionados estremos de mugeres valerosas.

Y porque el Lector curioso diuieria el gusto destos tra-

gicos solitarios, en que irà algo lastimado, me ha parecido referir aqui algunas Nouelas, que ha dias que tenia dispuestas para dar à la Imprenta, dirigidas à la señora Doña Serafina, juntamente con la Nouela de las persecuciones de Lucinda, y los tragicos fuessos de Don Carlos.

F. I. N.



K 4

EL

# EL AMOR M'AS MAL pagado, y muger menos constante.

Nouela dirigida à la señora Doña Serafina:

**M**IL Vezes he tenido en el papel la pluma, y la he quitado otras tantas, indeciso en el parecer, neutral en la voluntad, y en todo dudoso; porque ay cosas en si tan repugnantes, que al passo que piden niegan, y al tenor que niegan piden, teniendo la contradiccion tan asida à la demanda, que apenas ha pedido, quando ya està contradicha, y teniendo la peticion tan postuada, que apenas oye la contradiccion, quando al instante buelve à pedir. No quiero poner otro exemplo mas del presente, que el solo serà bastante à dexarme desempeñado. Escrita que tuve esta Nouela, rastreè en mi entendimiento el sugeto à quien podia dedicarla, no hallè otro, señora Doña Serafina, como el de v.m. de quien poder valerla para poder valerme, porque las faltas, y defectos à su sombra se desahaz en; y mis yerros, amparados de v.m. han de ser aciertos. Esto, pues, con rigores de justicia està pidiendo que escriua, y q os

dedique esta obra; mas en la misma escritura, y en la misma obra està ya la repugnancia, q podrèmos dezir con harta propiedad: *Hic opus, hic labor est.* Aqui està la obra, pues aqui està el trabajo, pues sièdo el assunto vn amor sin fidelidad, vna inconstancia patente, y vna traicion notoria de vna dama, siendo también v.m. dama q ha padecido algunos achaques de enfermedad semejante, juzgarà vengança lo que quiero hazer seruicio, y tédrà por agrauio lo que intento que sea fauor. Conozca v.m. agora mi duda, y mi indeterminacion, pues se ve claramente que es justicia remitirle este trabajo, y parece que es razón dexarle de remitir: si lo dexo, fuera del agrauio q me hago en dexar estos pobres borrones desvalidos, no cùplo obligaciones dádoles otro alver que que el de v.m. si los remito, parece q ya sièto en mi coraçõ sus rigores; si la justicia sigo, parece q no lleuo razon; y si abraço la razón, parece q quedo sin justicia. Estàdo, pues, en

Entre estas contradictorias tan maximas oprimido el entendimiento, y vacilando la voluntad, tomò la pluma, y entre determinado, y temeroso, despues de trasladada la Nouela, quise escribir para descargo mio estas palabras, diciendo q̄ mi intencion no es de agrauiarla, sino de servir la; no de enojarla, sino de entretenerla; y caso q̄ esta historia sea en algo semejante à algunos amorosos melindres de v. m. no se ha de juzgar por propio lo que es simil, como no por la cosa misma la que es parecida; y si con todo esto, algunos rasgos maliciosos quisieren escurecer lo que tan claro digo, porque v. m. vea la sencillez de mi pecho, desde luego me retracto de qualquier cosa q̄ no estuviere en su fauor, y me desdigo de todo lo que dixere en contra suya. Con esto parece q̄ sin temor podrè proseguir mi discurso, porque aunq̄ yo le huviera dicho à v. m. vna de las palabras mayores, ningun buen luez me podia obligar à mas, q̄ desdezirme, como agora lo hago: y si v. m. duda quales son las palabras mayores, à boca se lo podrè dezir quando mandare, q̄ por escrito, si es en prosa, tienen vna sonoridad corrompida; y si es en verso, no tienen buena consonancia. Atienda, pues v. m. à la fabula, que moralizandola, ha de descubrir muchos visos de verdad, entre las obscuridades, y apertencias de mentira.

Confuso, y lleno de cuidados (q̄ estos jamàs faltan à quièn sabe servir) caminava vn Cauallero, Carlos por nòbre, en compaña de Lope su criado, por las espesuras de vnas alamedas ya de su patria vezinas, q̄ por venir huyendo de Salamanca, y no traer el atauio de cète à su persona, viniendo à pie, por no dar lugar la prisa de vna huida à la detencion prolija de buscar vagaje, hazia los días noches, y las noches días, caminàdo en estas, y reposando en aquellos, si puede auer reposo en vn coraçon inquieto. Caminando, pues, y atendiendo à los consuelos q̄ Lope le dava, que aunq̄ fatigado con el peso de las maletas, sentia mas el cuidado, y affliccion de su señor, que su trabajo, y carga; y à fuerça de su cansancio procurava sacar gracias con que divertirle, oyerõ entre mugeriles ecos, razones vareniles, y entre conversacion afeminada vna como riña valerosa: detuvo se Carlos, sin poder dar mas passo, accion propia, y natural del q̄ quiere escuchar alguna cosa, y apercibiendo el oido por aquella parte que solo el metal de las palabras se oian, confirmò ser mugeres las que razonauan; y como es tanto de la naturaleza la codicia del saber, apartò se del camino, mandandole à Lope que le siguiesse, y entrandose por la Isla con lentos passos para no ser sentido, y llegando à vn prado, q̄ guarnecido de lirios, y espadañas,

y con vna sierpe de plata diuidido, parece que combidaua à gozar de su frescura: encubrióse entre vnos fauces, y por los cancelles de sus hojas tendió la vista, y vió dos Damas, que à la margen del pobrecillo arroyuelo, con ademanes hermosos, con palabras graues, y con seueridad muy enojada contendian. Quisiera Carlos poder oirlas sin diuertirte à mirarlas, y quisiera mirarlas sin dexar de oirlas, porque assi como en vna muger fea, si se ve enojada, aquel semblante iracundo causa mas deformidad, y abominacion, assi en vna que es hermosa, si se contépla riñendo, aquel semblante enojado, es vn rasguño extraordinario de hermosura, que la agracia, y hermosa: y assi vemos que si quiere bien vn amante, al passo que la dama le muestra mas enfados, enojos, y desdenes, se và enamorando mas, juzgando por fauores los agrauios, y por lisonjas los menosprecios. Auiendo, pues, estado Carlos vn rato diuertido, considerando las dos hermosuras tan opuestas, como lo estauan los sugetos en la question que conferian, diuertió vn poco los ojos, por darles mas lugar à los oidos, para comprehender estas palabras, que la vna à la otra dixo en esta forma.

Dexèmos ya, Lucinda, las altercaciones de cosas passadas, que como solo están escritas en el papel de la memoria, y esta es fra-

gil, vnas por borradas nõ se pueden entender; y otras, aunque están bien claras, se desmienten. Vamos à las presentes aora, que con lo que à estas me respondieres, aueriguarè à mi gusto las sospechas que tengo de aquellas. Mi hermano Alexandro, à quien tanto debes, me ha dicho que estás siempre rigurosa con èl, rechazando con tus desdenes sus finezas, con tus enfados sus fauores, y con tus enojos, sus contentos; y preguntádole si por ventura auia hecho las diligencias primeras q̄ ha de hazer vno q̄ comièça à seruir à vna dama, que es, saber si tiene otro ganada su voluntad, me respondió, ahogando la razon entre animados suspiros, que Fabio era la causa, porque con èl te auia hallado muchas vezes hablando amorosa, correspondiendo risueña, y razonando grata. Quedème escuchando esto mortal, sin darle à mi hermano cuenta de mi enojo, y consolándole lo mejor q̄ puede, y à peticion suya, prometiendo q̄ te hablaria, para q̄ pagasses su amor, y satisfacieses su voluntad, me apartè del hecha vn basilisco, como estoy aora; seria considerando los desdenes q̄ Fabio me muestra de pocos dias à esta parte, sin auerle yo dado causa dellos, porque si bien es verdad q̄ de ordinario las mugeres dezimos que son mudables los hõbres; con todo esso, las que bien entendèmos, nunca juzgamos q̄ vn hombre q̄

quie-

quiere bien se muda, sin auer muy gran causa, ora sea por agrauios, y traicion de la q̄ es amada, ora por hallar otra tan correspondiente à su gusto, que por fuerça, ya que no por razon, deba ser apetecida. Esto vltimo, Lucinda, ha obligado à Fabio à que me olvide, y ha sido causa para que tu à mi hermano muestres mas enfados: ya tu color perdido me està diziendo que es verdad, tu turbacion està ya siendo testigo en mi abono, tu malicia ya descubierta, de corriça, no puede hablar: como aora no me contradizes à lo q̄ te voy hablando, como poco à me contradizas à lo q̄ aun no auia acabado de hablar. Como estàs tan suspensa? te dho gã mis razones por no poder pasar à tu malvado pecho? tã presto se te ha suspendido el brio? como tan de repente se te han degollado las palabras? Esta era la fidelidad que me guardauas? esta la amistad q̄ me prometias? esto era el dezirme, disimulando la malicia: como te vã, Elisa con tu Fabio? visitate à menudo? està bien contigo? rondate todas las noches? escriuete muchos villetes? muestrate regalo? tratate siempre con cariño? y yo, tirana, creyendote con sencillez, te contaua mis pesares, te hazia dueño de mis secretos, y como estaua sin malicia, no consideraua con el contento grande q̄ me cõsolauas, y con la mucha alegría q̄ me diuertias, porque el decirte yo que Fabio estaua tibio en

mi aficion, era tu gloria; contaste q̄ me escriuia enojado, era tu consuelo; y lamentarme de q̄ no me visitaua, era toda tu dicha. Pues por que sepas no ay traicion q̄ sin castigo se quede, ni agrauio q̄ no se vègue, te quise esta noche sacar à esta alameda, en achaque de tomar el fresco para concluir de vna vez cõ mi pena, y desembaraçarme de vn Infierno de zelos, que me oprime: si quisieres en paz, aunq̄ no entendi llegar à esta limitaciõ, dexarme à Fabio, jurandome aqui no hablarle mas en mi ofensa, termino te concederè para experimentarlo; y si Fabio bolviere à mi gracia, creerè que cumples: y si aunq̄ me signifiques à mi desdenes que le hazes, se estuviere quieto en tu seruicio, cõfirmarè con mas pruebas tu rebeldia, y castigarè con mas rigores tu intolerancia. Y si acaso, Lucinda, reparando en pundonores de dama, confiando en las promessas de Fabio, y advirtiendo en que yo soy tan muger como tu, quieres negarme lo que te vengo à pedir, mira lo que hazes, repara mucho en lo que dizes, considerando solo que soy la agrauiada, y que vna muger con agrauios siempre halla justicia, y vna muger con justicia siẽpre halla defensa, vna muger con defensa siẽpre procura vengança, y vna muger vengandose es tan cruel, q̄ excediéndose à si, excede à la misma crueldad: y porq̄ sin assomos de exẽplo, veas en mi vn exẽplar,

viuen los Cielos, q̄ si no me concedes lo q̄ te estoy pidiendo, q̄ he de sacar de tus venas raudales de sangre, en q̄ satisfacer la sed de mi rigor, y en que apagar las llamas de mi ira, siendo el instrumento este puñal, menos cruel q̄ tu pecho, que solo para este efecto he traído oculto, y escondido.

Al punto que en los labios de la agraviada Elisa se articulauan las vltimas palabras, con ademán tan ayroso, como varonil, sacò de el seno vn puñal, y alzando el brazo, assestada la azerada punta al pecho de Lucinda, q̄ ya con asomos de muerte procuraua huir, creo q̄ de scargàra el golpe, à no acortarle el valor vna voz q̄ Lope diò, mouido de còpasion, diciendo, Iesus, porque es fuerça q̄ à este Nombre postre la passion su vengança, pues los celestes hincan la rodilla, los terrenos humillandose le reuerècian, y los Infernos mismos confundidos, y absortos, se postran. Quedòse Elisa turbada, tendiendo à todas partes los airados ojos, quizà procurando abarcar con sus rayos al q̄ con tan buena voz auia escusado, y sido estoruo à su execucion tã dañada, proprio efecto de vna ira, aborrecer lo q̄ es en su fauor, y desestimar lo q̄ se haze por su bien. Lucinda tomando alièto en la fauorable voz mientras su contraria à fuerça de turbaciones mostraua desahogos, desembarcò presurosa el tapete de esmeraldas, y recogiendo las

vasquiñas, y el manto terciado, començò à huir, mostrando en el desaliño asseadas perfecciones, y siendo el desadorno adornados asseos, siruiendo los descuidos de cuidadosos desayres; y considerando auer ya terceros sabidores de su afrenta, y que auian visto su tibieza en responder, y confirmando su culpa en el no contradizir, aunque bien oprimidas, iba despidiendo algunas lagrimas, q̄ bebidas de las flores, fueron aquella mañana lloradas de embidia por las de la Aurora. Elisa q̄ la viò huir, dispusose à seguirla, no ya por ofenderla, si por irse con ella al coche, q̄ cerca de alli auian dexado con dos criadas, mas no se puso en execucion tan presto su deseo, porque no pudiendo Carlos sufrir tanta detencion en ocasion tan oportuna, saliò de donde estaua oculto, y con corteses razones, y palabras muy compuestas, significando con estas su curiosidad en auerla escuchado, y con aquellas pidiendole mandasse en que seruirle, le mostrò tanto su proceder honrado, y tanto le descubriò su buen termino, que reportada Elisa, les concediò à sus pies mansion para poder oirle, porque vn buen termino roba coraçones, buenos miramientos siempre respetan, y honradas palabras siempre se escuchan.

Auiendose saludado con estas cortesias, que cortesia es escuchar vna Dama à vn hombre, quando esta

està solo: quedaron mudos los dos, transportados tanto el vno en el otro, que Carlos à fuerça de mirar se imprimiò en Elisa, y Elisa à fuerça de querer se transformò en Carlos; siendo los ojos interpretes de las lenguas mudas, sin ser posible con ellas expressar vn amor gigante, que en el coraçon de entrambos se engendraua: enamoraronse al punto, no gastèmos en esto mas retorica; y viendose Elisa en el empeño que estaua con Fabio, y Carlos advirtiendo lo mucho que à Fabio amaua Elisa, ni el vno acertaua à declararse, ni el otro à descubrirse; pero como se viò Elisa, à su parecer, con mas causas para poder inquirir, le preguntò quien era, como se llamaua, de donde venia, y què era lo que buscava. No bien oyò Lope estas preguntas, quando la respondiò al instante: Señora, si à lo que nos auéis preguntado os he de satisfacer, yo os suplico que tengais lastima de mi, pues veis qual vengo cargado de maletas, y cogines, hecho mula de retorno, y Dios sabe si en la posada hemos de hallar què cenar, ni con què poder comprarlo, porque mi señor, aunque es Cauallero noble desta Ciudad, està graduado de pobreza in vtroque, porque es Poeta, y Estudiante, titulos que el vno solo basta para no tener vn hombre vn quarto mientras vi-

ua; y si agora aguardais à que os informe, no lo auéis de poder aguardar à oir del todo, porque es cuento muy largo, y me auéis de hazer muy mala obra, pues me poneis à pique de perder la cena. Dexadnos por Dios agora, que mañana òs prometo de leeros vna relacion en verso, que ha venido haziendo por el camino, donde viendo sus gracias, quedareis informada de sus prèdas, y entendida de sus sucessos. Harto tenia Carlos que estarse mirando, y remirando en Elisa, sin reparar en las locuras, y atreuimientos de Lope; y así, reprehendiendole sus desgracias, y pesadas burlas, se bolviò à Elisa, pidiendola encarecidamente le escuchasse; pero ella como discreta, fingiendo daria que murmurar à sus criados que la esperauan, sabiendo ya de su competidora que se quedaua con gente, quiso dar mas credito à lo que el criado hablaua, que no à lo que Carlos riéndole desinencia, porque quando vn criado en presencia de su señor cuenta necesidades, aunque el señor lo contradiga, y riña, han de ser creidas, y de los que pudieren han de ser remediadas, porque el criado lo haze de compassiuo, procurando remedien al señor, y el señor muchas vezes, aunque riña, le agradece al tal criado el que manifieste lo que el no puede

man. restar, ni descubrir, por su honor, y respeto; y así Elisa le dixo que se quedasse en buen hora, y que ella le auisaria, quando tuvielle lugar para que la contasse, ò leyesse su relacion, que por ser suya en quanto à la materia, y auer recibido la forma de su ingenioso dictamen, holgaria en estremo de escucharla; y diziendo esto, quitandose de sus cristalinos dedos tres diamantes muy preciosos, hizo à fuerça de porfias los tomasse, de que no le le pesò à Lope, sabiendo el poco remedio que las maletas lleuauan, y lo desmantelada que estaua la casa adonde iban; mas no se fue riendo con el gusto, porque auiendose partido Elisa al coche que la esperaua, y desde allí à la Ciudad, riñòle Carlos asperamente el auer descubierta tan à la clara su pobreza, y tan descaradamente auer manifestado su poco juicio; pero como el que sirve, si te conoce que puede sufrir, ha de estar graduado de paciencia, y armado de gracias para rechazar los enojos del señor, à cabo de vn gran rato que hubo oido muy callado, le dixo: Señor, sabes à quien me has querido parecer agora? A quien? le respondió Carlos enojado toda via: y replicò Lope, à quien? à vn padre que tiene vn hijo jugador, que en ganando, le lleva los dineros, y auiendolos recibido, se buelue contra èl muy enojado,

diziendo que voto à tal, si torna à jugar, que le ha de echar de casa, y le ha de castigar; y como el hijo echa de ver que mientras le està haziendo estas amenazas, se està echando los dineros en las faltriqueras, baxa los ojos, y dize entre si: tomame los dineros, y riñe? esto es dezir que buelua à jugar. Cayòle en gusto à Carlos aunque dissimulò, y dixole: Lope, ya sè tus mañicias, pero aduerte que si guardo los diamantes, no es para que los vayas mañana à empeñar, como imaginas, sino para bolverse los muy mejorados en otras piezas al dueño que me los diò. No te lo digo por tanto, replicò Lope, con harto sobrefalto de sus tripas, y añadiò luego: Señor, en duda voy de lo que me has reñido tambien, diziendo que he manifestado tu poco juicio, supuesto que lo engrandeci, y alabè quanto pude, hasta dezir que eras Poeta; que este es vn don sobrenatural, pues no le concede Dios à todos, sino à quien su Magestad es seruido. Calla, necio, dixo Carlos, y aduerte que el dia de oy por dos causas no le està bien à vn hombre, que le llamen Poeta; la primera, porque es tener vsurpado el nombre sin titulo, porque para ser vno tal, es necessario que sepa de todas las ciencias, ya que, por ser imposible, no las pueda saber todas, porque la Poesia con todas trata, y de todas participa,  
la

la segunda, porque son ya tantos los Poetas, que de puro sobrados, nadie los estima; y así, lo que de antes era honra, tiene agora apariencias de menosprecio; y lo que entonces se debía estimar, agora se puede huir. Verdad es, replicò Lope, y me parece à los dones, porque me contaua mi abuela que en gloria estè, que en su tiempo en cien leguas no hallarian seis dones; y agora ay casa, que sin ser solariega, tiene mas de catorze.

Diuertidos con estas, y otras platicas, llegaron Carlos, y Lope à la Ciudad, fueronse à su casa, que como eran ya sus padres muertos, la habitaua vn amigo suyo, à quien desde otro dia le fue necessario buscar otra morada, por ser tan inopinada, y repentina esta ida de Carlos. Cenaron à quella noche como huéspedes, que no lo tuvo Lope à poca fuerte; y en auiendo cenado, se fueron à dormir, aunque Carlos con el nueuo amor lleuò bien en que velar. Pero antes de passar de aqui (señora Doña Serafina) mientras este Cauallero duerme, ò vela, mientras dispone su casa, y mientras le visitan sus amigos, dandoles cuenta de sus aduersidades, quiero yo sacar à v.m. de vna duda con que se que và diuertida leyendo la Nouela, pues estará confusa, sin saber que Ciudad es esta que tanto encubros; qual el linage deste Cauallero,

que tanto zelo; y quienes estas Damas, que tan mal explico; y respondo que la Ciudad es vna de las de Castilla, con todas las prendas de nobleza, y hermosura que v. m. la quisiere considerar, y Carlos vn Cauallero cò los titulos de honrado que le quisiere pedir, aunque por descuidos de la fortuna necesitado; y Elisa, y Lucinda nobles, y ricas quanto v. m. quisiere; y no explicar mas que esto el nombre de la Ciudad, y los linages de los contenidos, ha sido, no por ignorancia, sino con particular cuidado, por que hemos alcanzado ya en estos tiempos vnas personas tan demasiado de curiosas, que vàn interpretando las Nouelas, como si fueran historias, repartiendo por la Ciudad donde se fingè papeles à quien les parece, como si fueran Comedias, diziendo, esta Dama que aqui se dize, es Fulana, y este Cauallero que aqui và disfrazado, es Fulano, y otras cosas à este tenor, dando los sentidos que les parece, y echando los juizios que se les antoja, sin tener en esto mas sentido, ni mas juicio que los propios juizios, y sentidos que ellos dan. Y así me acuerdo que dixo Lope de Vega en vna de sus Nouelas, que era carga muy pesada, y cosa difícil escriuir historias presentes; y yo digo ser así, porque si vn hombre quiere escriuir lo mal que ha hecho vno, fuera de que le

que-

quemâran con los propios escritos, dicen que no fue la tercera parte; y si cuenta lo bien que ha obrado otro, dicen que fue tres tanto mas, y que anduvo el Autor muy corto, y esto lo confirma el mismo Lope de Vega con lo que cuenta que le sucediò en Madrid, saliendo de oír vna Comedia suya de el Assaio de Mastrique; y fue, que como en ella huviesse vn papel de Alferrez, y este se huviesse repartido à vn hombre de mala gracia, y que mostraua poco los desgarros de Soldado, y el ayre de la Milicia, en acabando la Comedia, se llegó à Lope de Vega vn Cauallero de buen porte, y mostrando en el semblante enojo, y en las palabras grauedad, le dixo q̄ aquel Alferrez fue vn hermano suyo, y que no fue de tan ruin talle, y de tan tibias valentias, como el personaje à quien lo auia encargado le representaua; que se siruiesse de hazer al Autor que trocasse el papel; donde no, que se tuviesse luego por desafiado al Prado de San Geronimo, ò al Angel. Reprimiendo Lope de Vega la rifa, le prometió hazer lo que pedia; y así, para el dia siguiente hizo trocar el papel, advertiendole al que de nueuo le recibia, que hiziesse grandes desgarros de valiere, dando muchas muestras de Soldado: salió esto tan a gusto del agraviado Cauallero, que agradecido le embió à Lope

vn regalo, dandole las gracias. Con estos exemplos no condenará v. m. señora Doña Serafina; los que juzgaua descuidos, y podrá passar mas sossegada al discurso de nuestra historia.

El segundo dia que Carlos llegó à su Patria, desembaraçado ya de la carga pesada de los bienvenidos, andaua cuidadoso por hallar la causa de sus amorosas tristezas; informauase al descuido de vnos, preguntaua cuidadoso à otros, haziendo por vna parte diligencias, y por otra encubriendo los cuidados; y como estuviessse advertido que en la Ciudad auia muchas Elisas, y no menos Lucindas, salióse enfadado à la Plaza, y encontrándose con Alexandro, se le diò por muy amigo, ofreciendosele para todo quanto le mandasse. Hablaron en diuersas materias, y viendo Alexandro lo bien que Carlos le satisfacía à quanto le preguntaua, con no menos cortesía se subordinò à su voluntad; pidiendole por merced se saliesse à pasear aquella tarde por la alameda, por querer desahogarse con él de mil pasiones amorosas, de que estava oprimido: ofrecióle Carlos la atencion, y yendose à despedir, por ser ya hora de comer, Alexandro con mil ofertas le suplicò le honrasse su mesa. Escusòse Carlos lo que à vn hombre prudente le es dado, porque aunque procuraua tan dia

dichosa ocaſion para ſalir de ſu duda , y ſaber ſi tenia por hermana à la robadora de ſu alvèdrio ; con todo , no eſte deſeo atropellò con los corteses cumplimientos , que el que es cuerdo . aun en lo proprio que buſcano ha de ſer entretenido ; y lo que mas apetece , ſi ay peligro de reputacion , lo ha de buſcar como que no lo buſca , y procurarlo como que no lo quiere .

Acetado el comòite , fueronſe los dos en caſa de Alexandro , que auifando à ſu hermana Eliſa del hueſped que tenia , hizo preuenir la meſa de los regalos , y manjares que baſtaron à no quedar corto , para auer ſido con tan poca prevenicion , y tiempo . Eliſa alborozada del ſueſſo , dandole mil parabienes , quitò ya començar como amante à viſar eſtratagemas , procurando no darſe à conocer à Carlos tan preſto , zelosa por ventura de que ſe auia de enamorar en otra parte ; que eſto tienen las mugeres de prevenidas , que aun de los zelos futuros comiençan à hazer peſquiſa . Carlos , fingiendo diuertimientos en las pinturas , y atavios de la ſala , con deſcuidos penetrantes de la viſta , miraua à Eliſa ; y lo que en pequeño inſtante contemplaua en diſeño hermoſo , en grande rato lo repartia por el alma : mirando à los tapizes , conferia conſigo ſi

era la miſma que viò aquella noche , y aunque muchas de las ſeñas que miraua , le aſſegurauan que ſi , el contemplarla de dia con mas eſtremos de hermoſa , le replicaua q̄ no y , dezia ſecreto : yo no puedo olvidar à aquella Dama , pero ſi eſta me quiere , no dudo que la olvidarè , porque aqui veo quanto alli vi , y aqui hallo mucho mas que allà mirè : mudarſe por mejorarſe , permitido es , mas no es mudança , quando allà no ha auido declarado amor ; mi vida eſtà ya en ſeruir à eſta muger , y mi muerte en dexarla de amar ; perdoname , hermoſa Eliſa , ſino eres la miſma , porque aunque te di à ti el alma , la he hallado aora en eſta muger , ò en eſte hechizo que tengo en mi preſencia .

Embueltoſ los bocados en eſtas palabras ſecretas , atropelladas muchas vezes de las conuerſaciones diuerſas de Eliſa , y Alexandro ; acabò Carlos de comer , que ya lo deſeaua , por buſcar ocaſion para ſalir de ſus ſoſpechas ; y como es coſtumbre de referir ſobre meſa algunas coſas , pidiòle Alexandro à Carlos le contaſſe la ocaſion que auia tenido para venirſe de la Ciudad de Salamanca , eſtando allà tan acreditado con ſus eſtudios . En verdad , ſeñores , les replicò Carlos , que viniendo antenoche por la alameda

me pidió vna bizarra Dama lo mismo, aunque advertida de mi criado, que por diuertimiento del camino auia hecho vnás coplas à mi tragedia, dilatò el escucharme hasta que ella me auisasse; mas pues ha sido tan tarda à mis deseos, y aqui contemplo obligaciones de obedecer, y tanta hermosura como allà à que respetar, à dicha grande tēgo estrenarlas en la atencion que os pido. Diciendo esto, desabrochòse el pecho, y sacando de èl vn borrador, leyò lo que se sigue.

Los q̄ ignorais sentimientos, escuchadme vn rato aqui, que solo bastan los mios para que sepais sentir.

En vna Ciudad bien noble, de nobles padres naci, que no es, no, ventura poca ser noble para viuir.

Desde mis años primeros tanto à las letras me di, que ellas eran solamente todo mi juego pueril.

Salamanca fue mi madre, solo en sus pechos creci, que ya que madre se busca no se ha de buscar ruin.

Creció con la edad el vicio, començeme à diuertir, no sè li por compañías, mas no ay que dudar del fi.

Tuve vn amigo valiente, di en valiente; y tal sali, que èl no saliera mil vezes

à no ayudarle à salir!

Dimos en rondar de noche, dieronnos en perseguir, porque siempre estan despiertos vn Fiscal, ò vn Aguazil.

Amava vna Dama yo, y mi amigo contra mi amava tambien la misma, sin darseme à descubrir.

Tuve noticia del caso, hize que no lo crei, porque casos semejantes sin creer se han de reñir.

No lo reñi luego al punto, que primero le escriui à la señora esta carta en verso tambien, oid.

Laura, yo tengo rezelos, destos se engendran sospechas, que me hieren como flechas, y me matan como zelos: tu me juraste à los Cielos que eras mia, te crei; pero si agora, entre mi si es verdad me digo yo, por mil amagos de vn no sale destroncado vn si.

Explicarte yo de quien tengo zelos, no es posible, porque ay mal q̄ es tan terrible, que no halla sombra de bien: muchos indicios se ven, digo acà en mi entendimiento, pero luego los desmiento, conociendo tus fauores, y aunque los siento dolores me fino que no los siento.

Es fuerza ausentarme agora, dexarète ai à mi amigo, que me terà fiel te stigo.

de si erés, Laura, traydora;  
 por vn mes voy à Zamora,  
 y vn mes, Laura, sin hablarte,  
 mi muerte ha de ser en parte;  
 mas con tal limitacion,  
 que si me hizieres traicion,  
 viuirè para matarte.

Escrita que fue esta carta,  
 cerrada la remiti,  
 à que respondiò llorosa  
 los mas renglones alli  
 de sus lagrimas borrados,  
 que vna muger por fingir,  
 busca hasta el llanto prestado,  
 si vè que le falta en si.

Què promessas, què ternuras,  
 y que de queexas lei!

que à no reportarme vn rato  
 me quisiera arrepentir.

Despedime de mi amigo,  
 y della me despedi,

partidendome vna mañana,  
 ò fingiendome partir.

Porque estandome escondido  
 todo el dia, quando vi

que la noche presurosa  
 acabaua de dormir:

me entrè en casa de mi Dama,  
 escalando vn camarín,

de donde sin ser sentido,  
 me baxè, donde vn tapiz

me tuvo bien encubierto  
 hasta que me descubri.

Porque de las doze apenas  
 se feneciò el retintín,

quando vna puerta secreta  
 siento que baxan à abrir.

Escucho con mas cuidado,  
 y luego veo subir

al que yo juzgaua amigo,

juzgandose por feliz

de llegar, donde ya Laura

solo con vn faldellín,

à quien diò Tiro el color

por afrentar al carmin,

en sus braços le esperaua;

no dirè si de jazmín,

por tenerlos recatados

vestidos de vn caniquí.

Mas antes que entràra en ellos,

porque no ha de consentir

vn hombre que en su presencia

se cometa vna accion vil;

le puse al pecho la punta

de mi estoque, y para huir

busca la puerta ligero,

pero à vn golpe que le di

le hize tener à raya,

y como se sintiò herir,

comierçase à reparar,

y todo le siruiò, enfin,

de escapar tan mal herido,

que es imposible viuir.

Mas solo me pesa, solo,

que quando à buscar bolvi

à la que en su infame pecho

forjò impiedades dos mil,

hallè auerse ya arrojado

de vna ventana, y de alli

buscò en casa de vn vezino

puerto, que no hallàra en mi.

Vna criada tambien,

entre dama, y fregatriz,

se puso en saluo, y no fue

de lo que menos senti.

Al son de las cuchilladas,

y al ruido de la lid

iva despertando el barrio;

y temiendo algun motin

me fui à casa presuroso,

desde la qual me parti  
à pie con solo vn criado,  
y la ropa de vestir;  
que à tanto puede obligar  
vna muger quando es vil,  
y vn amigo que quebranta  
lo que es justicia cumplir.

Mientras Carlos leia este papel, despachò con mucho recato Elisa à vna criada en casa de vna prima suya, diziendola se fingiesse ser Elisa, y que viniesse à passar con ella la siesta à su jardin, porque queria probar vn amor repentino de vn Cauallero. Sucedió que la prima estaua aquel dia muy ocupada, y conociendo que Lucinda era amiga de entrambas (ignorante de lo que auia passado) y que sabia fingir tambien con ella, despachò à la criada, diziendola que iria, y con otra suya le embiò à Lucinda vn recado, pidiendole lo mismo por tener ella vna ocupacion precisa. Lucinda, que todavia llorosa, y corrida estaua buscando modos para su vengança, oyendo esta embajada, aceptò la ida, quizàs ya entendiendo, ò que era tramoya de su contraria Elisa para reconciliarse con ella, ò que auia encontrado con otro amor nuevo, y le venria bien para proseguir los amores comenzados de Fabio; y así, sin mas detencion, hizo poner el coche, y fuese por la puerta de el jar-

din de Elisa; que ya la hallò abierta, aunque no se auia abierto para ella; sentòse en vn tapete de flores, que seruia de repulgo à vna fuétecilla de cristal, aguardando, no sin algunos rezelos, à su contraria cruel. Elisa, leido que fue el papel, haziendo à Carlos vna seña, que nunca à quien tiene amor negò el tiempo estos resquicios de oportunidad, fingiò que se entraua à dormir. Carlos, que la entendió, pidiòle à Alexandro que reposasse hasta que èl viniesse à la hora prometida à despertarle. Despidieronse muy corteses, y al ir à salir por la puèrta vna criada nada boba en su oficio, le dixo que fuesse por el jardin. Carlos, prometiendose ya mil parabienes, por ver tan bien logrados sus amores, diò la buelta diligente à la casa, hasta llegar donde estaua Lucinda, afrèntando los jazmines, y desluciendo los clauetes, aunque bien triste se estaua entreteniendo en los cristales; al punto que la viò, quedòse absorto, sin poder mouer los pies à dar mas passo; y Lucinda, viendole entrar, ignorante de que era el q̄ venia à engañar, quedò temerosa, mostrando en las mexillas con letras de clauel los efectos del sobresalto q̄ auia recibido el coraçon: saludòla Carlos, que por temores nunca se ha de olvidar à vn hombre cuerdo la cortesía, y diziendola

no le juzgase por atrevido, porque auia sido llamado à aquel puesto; mas sossegada Lucinda, creyendo que ya estaua en la palestra de su fingimiento, le correspondiò cortés, apartando del semblante los amagos del desden, y los melindres del enojo. Tomaron asiento de las flores del guarnecido tapete, y apenas con pláticas quisieron diuertirse, quando fue Elia estoruo, la qual dexado à su hermano durmiendo, y à vna criada en centinela, entraua con intento de dezirle à Carlos, que su prima (que ya juzgaua allí) auia sido la Dama, que hallò riñendo aquella noche; todo esto con intento, ò de vsar estratagemas de muger que quiere, ò de ver si de su prima se pagaua tanto como de ella auia mostrado, no solo en la mesa, sino quando la hallò riñendo. Llegando, pues, de cerca, y viendo à Lucinda con el que ya tanto amaua, cubierta de vn sudor frio, se detuvo, aunque el dolor fue quien no la dexò passar; cayò rendida en el suelo con la consideracion del fracaso, y no me espanto, si es opinion de Autores no poco graues, que vn cuidado es la enfermedad mayor: quisiera llegar presurosa, mas viendo que no estaua preuenida de razones, aguardò vn poco que la lengua se desnudasse, pensando muchas vezes si dormia;

imaginando otras si era ilusion; que quando vn mal se entra en vna casa sin muestras de preuencion, apenas se cree; y aunque atormenta, parece sueño; y aunque mata, parece mentira. Llena, pues, de los cuidados, que vn discreto puede considerar, y atropellando las imaginaciones, que al passo le salian, salió la afligida Elisa adonde Carlos, y Lucinda estauan, y con seueridad habló de esta manera.

No es, Cauallero, mi casa encubridora de insultos, ni son buenos mis jardines para terceros de afrentas, ni consenten estas plantas empeños amorosos; otros lugares auia donde advertido pudierais lograr la conuersacion de esta señora, que si mi hermano es vuestro amigo, no ha de consentir amagos tan sospechosos de vileza, y rasgos tan notorios de deshonor; y quando mi hermano, sin consideracion os permitiera estos arrojos, yo los escusara, porque aunque me veis muger, tengo valor para defender mi reputacion, y no me faltan brios para castigar agravios: idos al punto de aqui, y no me habéis palabra, que será veneno quantas escusas me pusiereis.

No se alterò mucho Carlos oyendo estas razones, bié entendido en q̄ eran fingidas por cau-

sa de aquella dama, que èl juzgaba venia à tratar con Elisa de otras diuerfas materias, y así, sin desplegar los labios desocupò el jardín por aquella parte misma que auia entrado ; mas no se fue de todo punto , por no partirse sospechoso , y por las celosias de vnas yedras aguardò encubierto à ver en què paraua. La astuta Lucinda, viendo tan en sus manos la vengança , y considerando la turbacion de su competidora , y que no por su mandato ella auia venido , y que aquellos eran zelos del recién venido Cavallero, por embolverla con mas confusiones, y por acabarla con mas penas, con vna fingida risa le dixo desta fuerte , antes que Elisa la hablàra.

Elisa, en algun tiempo compañera , si acaso vsais conmigo de vna traça , q̄ le suele comunmente , adelantandose à reñir el que està culpado al que no tiene culpa, no llevarè à mal lo que venis haziendo, aunque lo atribuirè à locura. Y si imaginais , como antenoche, con armas à nosotros indignas hazer amenazas, no sè si escaparè huyendo como entonces , porque de quien es traydora no he de viuir yà confiada ; y de quien es engañosa , y cruel, no he de tener jamás satisfaciõ. Y no digo en esto, q̄ traerè tambien puñal, pero por lo menos traigo, Elisa , las manos menos encogidas , el valor mas des-

emboçado, y la razón menos amedrètada; y podeis estar muy cierta, que à no auerme venido estos dias quien ha templado mi enojo , no me vierais jamás hasta auer tomado en vos la vengança merecida : pero porque esto son ya historias passadas, quiero pasar à lo que agora importa. Voy al caso , si sabeis lo que se siente sola vna imaginacion , y sombra de zelos, pues porque como amiga vuestra le hablaua à Fabio , y èl con la misma sencillez me correspondia, concebisteis tan exorbitante sospecha , que rompiendo fueros de muger , tomasteis armas varoniles ; como , ò porque agora me los dais à mi tales, y tã crecidos, tenièdo por huésped en vuestra casa al que solo ha de ser dueño de la mia? Como quereis que consienta , que en vuestra mesa se siente el que yo adoro? Como quereis que sufra, que en vuestros jardines està el que tengo yo en mi pecho? Por ventura auéis visto en mi casa à Fabio deste modo , sino ha sido estando vos delante? Acaño auéis sabido, que contra vuestra voluntad aya atraueflado mis vmbrales? Luego razon tengo yo, sabièdo q̄ mi dueño estaua aqui , venir à reñiros, y à quexarme , sin que me fuesse embaraço lo abraçado del Sol, ni me pusiesse estorvo lo que con vos me auia pasado? Yo, Elisa , que agora os respondo por entonces , no he de mi-

mirar más à Fabio , pues tanto idolatrais en él, ni en mi casa le darè jamàs assiento , ni en otra qualquier parte recibirà de mi mas que la debida cortesía; pero os requiero desde agora, que sin licencia mia no admitais en esta casa, ni en otra parte donde yo no estè, à mi amante, mostrando-le desden; si os mirare, seueridad si aqui viniere, enfado si os hablare, y rigor si en ofensa mia se atreuiere. Mortal estais, no me admiro, que teneis mucha culpa, y vna culpa, si es graue, merece muerte, y sino es tal, es digna por lo menos de sus amagos, bebed vn trago de agua, y se os quitarà el susto, y siruaois esta reprehension de tomar escarmiento, porque à no enmendaros, perdereis la vida, y à proseguir con vuestros zelos, aueis de sentir los mios.

Partiòse muy galante Lucinda, dichas estas palabras, y Elisa auendolas oido, considerando mayores males, viendo peligros mas crecidos: y confiriendo mas terribles confusiones, q̄ las que recibìò al principio; barajadas en su pecho inmensas penas, descompuestos todos los sentidos, desquadrado el valor, y rotos los alientos, cayò amortecida en la verde alfombra; tal es vna passion de amor, tal vn cuidado de zelos, y tal vn engaño lisongeador de apariencias verdaderas. Carlos desde donde estaua oculto,

satisfecho ya de que era Elisa la que tenia à sus ojos, y que eran ficciones todas las que Lucinda auia hablado, por darle zelos, aunque ignorante del modo por dõde la tal Lucinda auia alcãçado à saber que Elisa le queria, salió lastimado, y congojoso à consolarla, ya sin rezelos ningunos de perderla; pero como propio de vn animo cortès el no ser atreuido, y en tales casos es la cortedad virtud, y la largueza desayre, dudò de tocar, no solo sus manos, pero aun la ropa, porq̄ aunque la ocasion brinda, la razon contradezia, y el fino amor siempre es cõpuesto, y el verdadero amante siempre es bien mirado; y assi, desde afuera començò à llamarla, diziendo: señora, señora. Milagro fue del amor, porque como prouino el desmayo por la aficion de Carlos, apenas el eco de su voz rompiò las prisiones del oido de la hermosa Elisa, quando resuscitando el valor, los sentidos componiendose, y enquadernandose los alientos, se leuantò vergonçosa, contemplandose corrida; mas viendo que el que tenia delante era el que amaua, y el que estaua en su presencia por quien padecia, al trueno de vn suspiro se rasgaron las preciosas cataratas de sus soles, desperdiciando en perlas, las q̄ concibiò en lagrimas. Lloràra Carlos tambien, à no serle forçoso satisfacer prime-

ro, porque aquellos efectos eran preguntas que le hazia, y aquellas lagrimas palabras que le hablaban; que la mayor señal de conocer la inmensidad de vn amor, es, quando no tiene lengua para explicarse, y ha menester hablar por señas para que lo entiendan, porque amor parlero no es amor, y ya que lo sea, es interesado, y amor por interés, jamás fue amor. Y así Carlos, auíendole dicho à Elisa con mil juramentos, que era mentira quanto Lucinda auia propuesto, porque él en su vida la auia hablado, sino en aquella ocasion, que hallandola en aquel puesto, la saludò cortès sin ceremonias, ni se tomò mas licencia, y recollandose en los pies de Elisa, mereciò de sus manos algunas mas que sombras de fauores, hasta venir à manifestarle que le amaua, y que seria su esposa, si guardaua el secreto. Prometiolo Carlos, en su hermosa quano, galanteando con la ocasion el gusto, y tomandose con el achaque el fauor; y yendo con elogios à encarecerle su amor, entrò Fabio por la puerta del jardin, que el mucho cuidado fue descuido para que se estuviese abierta; y aunque entrana en seguimiento de Lucinda, como Elisa auia sido la que amò primero, y era la que en publico galanteaua, viendola en agenos brazos, se derramò por sus

venas vn veneno tan zeloso, que sin hablar palabra, se fue con el azero desnudo para Carlos, que no con menos valòr, si con menos colera, se puso en defensa: y aunque respetos de vna muger vencen, y ruegos de vna Dama obligan, no fueron los de Elisa bastantes para que los dos enamorados dexassen de probar sus fuerças; mas como Carlos reñia sin passion, viendo lo poderoso del contrario, y que en matarle, ò herirle era darse à sí la muerte, pues se auia de ausentar de la que amaua, sin procurarle ofender, se defendia, hasta que al ruido de las espadas, despettando Alexandro, y de su hermana informado bien al contrario de lo que auia sido, los esparciò seuerò, y los amenaçò rigaroso; pero si fuera cuerdo, no se auia de enojar con ellos, sino castigarse à sí, porque quien tiene en su casa muger hermosa, ò hija, ò hermana donçella, nunca ha de admitir à su mesa à los que no sean muy deudos, ni aun darles, sino no raras vezes, silla à los estranos; y mas siendo mancebos, porque de no guardar este recato, suelen quedar mancilladas muchas honras; y por no advertir en esto, se suelen quedar por sola la nota muchas donçellas perdidas.

Muchos dias se passaron, que por el encuentro referido no se

hablaron Alexandro, y Carlos, y en este tiempo quedò Elisa sin los escrùpulos de zelos que le auia dado Lucinda, porque con lo que su prima le informò, rastreò muy por menor todas las quimeras que Lucinda auia fingido, quedando muy satisfecha que Carlos la queria. Saliò su amor de embrion con este defengaño, y alimentado en su pecho, començò à crecer, buscando traças para hablarle, fingiendo pafos para verle, y hurtando ratos al tiempo para escribirle. No correspondia Carlos con menores afectos, porque todas sus potencias las sugetò tanto à la esclauitud de su amor, que ni la memoria trabajaua mas que en acuerdos de Elisa, ni se ocupaua el entendimiento mas que en ponderar sus gracias, ni la voluntad se diuertia mas que en atender à su contèplacion. Considere aqui v.m. señora Doña Serafina, à estos dos amantes tan vnidos, que parece q̄ no les falta mas que la bendicion conjugal para quedar los dos vno; pero como estas materias de estado tienen tantos tropiegos, aunq̄ Carlos lo deseaua, no se atreuia, muy propio de la pobreza, ser siempre cobarde; y aunque Elisa queria, no se acabaua de resolver, porque quando vna rica se resuelve à dexar al pretendiente rico, y poderoso por el que està desvalido de los bienes de la fortuna,

ò se repican las campanas à milagro, ò viue arrepentida, lo mas del tiempo. Y como ya hemos intinuido arriba, era Fabio de muy copiosa hazienda, y lleno de riquezas, y con muestras de casamiento auia muchos años que galanteaua à Elisa; ella viendo lo que mejoraua, fuera de tenerla el amor que vimos, antes que viera à Carlos, ni le despedia del todo, ni del todo le correspondia. Su hermano Alexandro estaua embaraçado de dos cuidados rigurosos: vno, ver que por Fabio Lucinda no le queria; y otro, ver que su hermana quedaua con mucha nota, si no se casaua con Fabio, que esto viene à redundar de hazerse vn hombre ciego à los galanteos que mira por su casa, y de hazerse sordo à lo que el murmureo dize, lleuado de vn engaño loco, que le estará bien si aquello que imagina se consigue, debe considerar, que el pretendiente irá muy ageno de su imaginacion; pues al cabo, no solo se halla burlado, sino que le viene à ser impedimento para sus pretensiones, como se ha visto aqui.

Pasò Alexandro mucho tiempo por si solo estos cuidados, hasta que la fuerza dellos le obligò à buscar vn amigo con quien repartirlos: este fue Carlos, q̄ como le importaua tanto esta amistad, el propio buscò las ocasiones,

para bolver à ellas. Las jescusas, y descargos que le daría del disgusto passado, no ay para que las refiramos, pues ellas se suponen. Dióle Alexandro muy larga cué-  
ta de sus amores, de sus rezelos, y de sus agrauios. Carlos le satisfizo à todo con mucha discrecion, assegurandole en quanto à los rezelos de su honor, prometiendole su defensa para desagrauiarse, y ofreciendose de reduzir à Lucinda à su gracia. Abraçole Alexandro agradecido à sus cõsuelos, començandose desde este dia el batallon de los amores, porque Carlos, viendo à Alexandro de su mano, comunicaua no solo por escrito, sino à boca, mas sin embaraços con Elisa; y viendo rota esta dificultad, començò à tratarle con Lucinda, para cumplir la palabra dada, hecha à Elisa la protesta de no darle zelos. Fabio, viendose por las dos partes combatido, pues en casa de Lucinda entrauan Carlos, y Alexandro, y de casa de Elisa Carlos no salía, rabiaua de zelos, y procuraua venganças. Pagòse tanto Lucinda del bizarro proceder de Carlos, que solo dexaua de quererle, por ver que èl no la queria para sí, sino para que se rindiesse al gusto de Alexandro; que aunque esto jamás se explicò en las conuersaciones, vna muger discreta bien conoce los fines de vna voluntad, quãdo los indicios son vrgentes, porque, ò

es ignorante quien lleva compañía para prender vna Dama, ò solo và con dictamen de que sea el elegido el compañero. Cõfirmòse, pues, en esta empresa vno como imposible, à quien no lo huviere practicado. Lucinda, pues, vencida de innumerables ruegos de Carlos, por respeto suyo diò en hazerle à Alexandro faouores, y en darle asiento en su pecho, y acogida en su gracia, porque ay amor de tal calidad, que viendo que es imposible reducir à su voluntad al objeto amado, viene à querer todo quanto el tal objeto desea, y apetece, no porque esto deseado, y apetecido por sí solo sea capaz de su gusto, sino porque es parte de corresponder à lo que pide lo que es querido. Bien conozco q̄ parecerà filosofia nueva de amor esta que digo, pero con vna distinción, y con vn exèplo quedarà menos escabrosa; sea la distincion de amor racional, y de amor sin razon, porque aquel es amor racional, quando lleva ajustados los limites del querer à la igualdad de su estado, capacidad, y sugeto, queriendo, si es noble, nobleza; si es discreto, discrecion; riqueza, si es rico; y buscando si està libre, persona libre. Y amor sin razon, es aquel (y este el ordinario) que en viendo la hermosura, se embriaga de tal modo, que ni repara en q̄ por mil partes no es su igual,

ni juzga por imposible ver que aquella hermosura tiene ya dueño. Tomando, pues, la parte del amor racional, pongo el exemplo: Vna dama llega à querer à vn Cauallero con todo el amor que se puede encarecer, ò pagada de su discrecion, ò lleuada de su bizarría; y como el efecto del querer es tener grato lo que se quiere, procura hazer todo quãto le pide, y aun preuiniendo à vezes lo que le quiere pedir; pues si esta señora conoce, que el tal Cauallero tiene ya la voluntad en otra parte, y que aunque ella le quiere con estremo, ha de ser imposible hazer que èl la quiera; no se holgàra por lo menos (ya digo que hablo del amor racional) verse querida dèl en aquella parte que puede, que es, queriendo lo que le pide? Yo digo que si; y si v.m. señora Doña Serafina, que sabrà mas en esta materia, siente lo contrario, ponga su parecer à la margen, y cruce estos renglones.

Ya v. m. ha visto lo bien que se han entablado estos amores, pero mientras Carlos goza en secreto los faouores de Elisa, mientras con Alexandro Lucinda se entretiene, y mientras Fabio, sin ningunas esperanças se quexa, serà razón q̄ por entretenimiento tratemos de las ocupaciones de Lope, q̄ ya v.m. le avrà echado menos en los lances que hemos referido. Era Lope el portador

de los villetes, la espia de calle, y la lengua de las criadas. Con estos officios nunca le faltaua ocupacion, aunque de solo el de las cartas sacaua prouecho, por los buenos portes que Elisa le daua; de los informes de las criadas, solo grangeaua las bur-las que le hazian; y de espiar de noche, y de dia à Fabio, no interessaua otra cosa mas que ponerse à euidente peligro. Lleuaua de ordinario dos cartas, vna para Elisa, y otra fingida, por si encontraua à su hermano, que esta traça ya es muy antigua; y aunque las cartas para Elisa eran en verso, no quiero ponerlas aqui, por no cansar à v. m. dilatando mucho la *Novela*, y assi las dexarèmos para mas espacio. Pues como estuviessè Lope muy picado de vna burla, q̄ vna criada de Elisa le auia hecho, obligandole, fingiendo venir su señor, à que se estuviessè todo vn dia metido en vna secreta, determinò vengarse della en esta forma. Pidiòle à Carlos su amo muy encarecidamente, que le escriuiesse à Elisa, que xoso de q̄ auia sabido que la tal criada por las puertas del jardin daua entrada à vn hombre, que èl no sabia quien era, y con zelos semejantes, y cõ afrenta tan notoria, mirasse lo que podia sentir, que si estaua dèl cansado que le desengañasse, y que si solo culpa de la criada, q̄ la riessè, y esto hasta

ta que ella estuviessè satisfecha de la verdad. Y à la criada hizo q̄le escriuiera dos letras, diziendola, que porque le importaua mucho hablar aquella noche dos palabras con Elisa, le esperasse à la puerta del jardin, hasta que èl fuesse, sin darle cuenta à su señora, que èl la satisfaria. Repartiò Lope las dos cartas con el recato q̄ siempre. Y Elisa ignorante de la tramoya, viendo las que xas de Carlos, y la razon que tenia, començò, sin dar cuenta à nadie, à preuenir castigos para la criada, si salia verdadero lo que estaua en contra della. La criada alborogada de que Carlos le pidiesse lo q̄ no le auia de tener à mal su señora, sin descubrirle cosa alguna, deseaua ya la noche, no sin esperança de recibir buen galardón. Como Lope tenia preuenido en su imaginacion del modo q̄ Elisa, y la criada se auian de auer en el enredo q̄ traçaua; considerò tambien q̄ era forçoso, que el esperar à Carlos la criada auia de ser en vn zaguan obscuro, que estaua à vn lado de la misma puerta, correspondiente al jardin, porq̄ desde su mismo aposento baxaua hasta èl vna escalera estrecha; y en fin para baxar sin ser sentida, era aquella parte la mas acomodada. Hechas, pues, estas obseruaciones el buen Lope, encomendandose al buen sucesso, se entrò sin ser visto aquella tarde, y se ocul-

tò entre las sombras del zaguan obscuro, apertcebido de algunas invenciones para proseguir su treta. Llegò la hora de la primera quietud, recogióse Elisa mas temprano q̄ otras vezes. La criada fingió lo mismo, y todos los demàs se entregaron à reposo, y apenas se quedaron las cosas en silencio, quando la criada nada pereçosa baxò à estar de posta en las puertas del jardin. No tardò mucho Elisa en baxar tambien à hazer las pruebas, que para satisfacer à Carlos le competian, porque viendo que ya era hora en que la criada, si estaua inocente, dormiria; y si estaua culpada, estaria en espera, cubierta la cabeça de vn rico mantellin, siendo viril de sus pechos solo lo delgado de la olanda, y corona de los demàs relieues de su cuerpo lo precioso de vn manteo, con vna luz en sus manos, tan pobre, que à no ser fomentada de sus luzes, se amortiguàra muchas vezes en lo cohartado, y estrecho de vna linterna, baxò adonde la criada, no sin rezelos estaua aguardando à Carlos, la qual apenas en los pequeños visos de luz diuisò la sombra humana, quando antes que de ella fuesse vista, se entrò presurosa por la parte que Lope la guardaua, el qual llena la cara de tizne, y puesto en la estrechura de la escalera con vna vela encendida delante, que para el caso tenia

prevenida, viendola huir temerosa, la diò vna pequeña voz, con que la dexò pasmada, y ahogada con vn mortal temor, bolvió à retirarse afuera, cayendo amortecida à los pies de su señora. Elisa, como al ir descendiendo oyò el pasmo de la criada, y en llegando abaxo la viò amortecida, y mas adentro mirò luz, y sintió passos, quedò llena de temor, y diera voces, à no salir al punto Lope, refregandose la cara, pidiendole que callasse, y dandole cuenta de la burla diabolica, y pesada. Despidiòle con todo Elisa con mucho enojos, y à la criada, despues de buelta en sí, la reprehendiò seuera, por auerle callado aquel papel fingido.

Auiendose passado muchos meses, sin que huviesse mudança en los amores, al parecer eternizados; de el mismo modo que suelen enfermar las personas, comenzó à enfermar la voluntad de Elisa con accidentes crueles de inconstancia, cosa que no se imaginàra, auiendose conocido lo passado, mas no ay que espantar que vna muger se mude, pues es su natural inclinado à mudanças. Sucediò, que despues que ya Alexandro, por el buen tercero que en Carlos auia tenido, gozaua por lo menos palabras, y villetes de Lucinda, en que le prometia vna perpetua seguridad, le pareció à Elisa su herma-

na, que no le estaua bien casarse con Carlos, por ser pobre, quando estaua en su mano el elegir à Fabio, que goçaua de tantos bienes de fortuna. Hizo esta proposicion en su pecho, y comenzóla à repetir muchos dias en su alma, desmayando mucho en escuchar à Carlos, acortando el estilo en el escriuirle, y raras vezes embiando à llamarle. Prouino esta enfermedad de vna maliciosa embidia que concibiò en su coraçon, porque considerò que su hermano era el mayorazgo; y que si casaua, como ya lo tenia por hecho, con su competidora Lucinda, la qual tambien era rica, ella auia de quedarse muy pobre, y necesitada, expuesta à humillarse à la que siempre en todo queria tener por inferior. Traia à la memoria el amor de Carlos, sus dulces palabras, su entretenida conversacion: mas considerando la pobreza con que todas estas gracias, y donayres venian vestidas, no hallaua consuelo con que poder quietarse, y el mayor dolor que sentia, era no tener à quien descubriese. Crecia con la privacion el apetito, y viendo que estaua à pié que de perder la ocasion tan buena que con Fabio tenia, dezia entre sí: Si me caso con Carlos, le hago agrauio tanto à él como à mi, porque su discrecion merece mas riquezas que las

las que yo tendrè, casandose mi hermanano, pues quedarme yo pobre, sujeta à mirar à Lucinda cõ riquezas muchas, no me parece que serà razon, porque Carlos es hombre q̄ hallarà con quien casarse, y yo aora tengo la ocasion presente; y perdiendola, no la podrè hallar tã bien como èl, porque la hermosura se marchita, y la discrecion nunca se acaba; fuera de que me parece, que yo no hago agrauio ninguno, porque Carlos me robò la aficiõ que à Fabio tenia, como à primer dueño de mi voluntad, pues serà justo q̄ premie al robador, y dexé sin defensa al robado, quando este me amò, y quise primero con tantos, y mas estremos que aquel? No por cierto, no es razon, bastele por premio à Carlos lo q̄ le he querido, y sea paga de Fabio quererle de aqui adelante, como al principio le quise, porque no todos los hombres q̄ se eligen para entretenimiento de la juventud ociosa, son buenos para el discurso de la vida. Solo me consueta para esto q̄ determino, que Lucinda, à quien parece q̄ tambien Carlos se inclinaua por respeto de mi hermanano, no le podrà querer, si aora se casa, porque mi natural no me consiente que quiera otra aun à lo que yo no quiero querer; y para estar de vna vez quitada de estos temores, mejor serà hazer que se ausente de aqui, aunque

yo lo pague, fuera que mi Fabio, que ya le quiero dar este nõbre, lo tendrà à mucha dicha, y le darà mucho fauor. Mas què es lo que digo? Estoy en mi? Tengo entendimiento? Pues auia de dezirle à èl que ausentàra à Carlos, para que presumiera, ò bien traicion, ò bien que aun le tenia alguna voluntad? No està esto bien. Pues què harè? Què? Martarle, con esto me quedarè sin rezelos, y sossegarè todos mis temores. Mas ay de mi! he de matar à quien quiero? Que esto no lo puedo negar; porque à no amarle, no le celara; y à no tenerle amor, no me diera cuidado. Pero què importa? mas vale morir de vna vez, que no sentir muchas muertes: muriendo èl, morirà esta voluntad que le tengo; y esta muerte, cõ toda inuidia podrè seruir, y querer à Fabio, gozando de sus riquezas, y afrentando con mi ostentacion à Lucinda. Esto se ha de hazer, y à esto me determino, aunque me noten de inconstante, y aunque me condenen por cruel.

Quien imaginàra, se ñora Doña Serafina, q̄ vn amor que desde sus primeros passos fue tan fundado en querer, y voluntad, huiera caido en aborrecimiento semejante, y en odio tan mortal, no contentandose Elisa con dexar à Carlos, sino procurandole buscar la muerte? Condiciones son de mugeres, aunque diuersas por

por diuerfos modos, pues vemos algunas que quieren bien; aunque las traten mal; y hallamos otras, como esta, que pagan mal, porque las quieren bien. A pocos lances conociò Carlos la tibieza con que Elisa procedia, y el desabrimiento con que ya le trataua; mas nunca se le diò à entender, antes con mucho recato dissimulaua, no dandose jamás por entendido, aunque en secreto se quexaua, haziendo muestras de mucho sentimiento, y vn día que le viò Lope de este modo, le preguntò la causa, y èl entre suspiros ardientes le dixo desta suerte: Sabràs, Lope, que he sido siempre en amores desgraciado; y quando ya entendia que por mi mucha aficionaua grangeado à Elisa, con que passar mi vida con descansos, y consuelos, he visto muchos días ha que me mira desabrida, y no me muestra en sus papeles el cariño que acostumbraua. Todo lo qual procede de que ella quiere à Fabio, porque despues que ando yo triste, èl està muy alegre, y ya la fama publica sus bodas, y anuncia mis exequias. Ocasión que yo ayà dado, no ay ninguna, sino que ella avrà reconocido mi pobreza, y à que no me halle desigual en calidad, pero yo tengo la culpa, y la tiene todo hombre que se aficiona de muger que tiene entregada el alma à otra voluntad, q̄ si aque-

lla noche que la vi riñendo (nunca mis ojos la vieran) contideràra, que pues hazia aquellos extremos, no podia quedarle mas amor que emplear en otro alvedrio, ni ella me huviera burlado, ni yo aora tuuiera sentimiento: Solo me pesa, Lope, las diligencias que he hecho para que Lucinda muestre amor à Alexandro, porque te doy mi palabra, q̄ aunque me has visto tã enamorado de Elisa, lo he estado con muchos mas extremos de Lucinda, y con q̄ aora la tuuiera yo libre, yo te prometo que diera albricias por la mudança.

Mientras Carlos refiere sus adversidades, itèmos à ver lo q̄ Elisa anda trazando para quedar segura despues de su inconstancia. Auiendo prevenido los medios que podian ocurrir, quiso averiguar si Lucinda le tendria amor, y así vna tarde se fue à su casa, haziendole muchos cumplimientos mas de los que acostumbraua; y viendola tan conforme à lo que le dezia, la llamó à parte, y muy por estenso le diò cuenta de los amores de Carlos, como si Lucinda estaviere ignorante de ellos, y luego añadió su nueuo proposito, y que por estar entèdida que le daria como hermana suya, que ya era, el consejo conveniente à su quietud, venia à informarse en lo que auia de hazer. Lucinda dissimulando muchos enojos por vna parte, y

muchas alegrías por otra, prometió con muchas veras ayudarla en quanto le ofreciera, aunq̄ fuera à costa de su vida. Satisfecha Elisa con estas palabras, le dixo: Lucinda, amiga mia, yo biē quisiera, ya que me caso con Fabio, que Carlos viuiera con gusto, y reposo, pero ha de ser imposible, porq̄ es tanto lo q̄ me quiere, q̄ quando venga à saber esto, ha de hazer muchos extremos de modo q̄ nos perdamos todos; y assi, por evitar mayores males, aunque sabe Dios si lo siento, quisiera dar orden, de matarle secretamente, si te parece à ti, porque sin tu fauor, y volūdad no me determinarè à nada: miralo biē, que me parece que serà notable acierto, pues casadas las dos, tu con mi hermano, y yo con Fabio, libres del contralte que Carlos nos ha de hazer viuiendo, porq̄ no solo Fabio està zeloso del, sino aun Alexandro de verle hablar contigo lo està mucho; viuiremos contentas, y passarèmos con mucha felicidad. No quiso Lucinda contradizeir con las palabras, antes concedió quanto le dixo, haziendo mil protestas en lo interior del coraçon, y prometiendo ya mil parabienes por lo q̄ esperaba hazer, y dando al Cielo inmensas gracias por auerle inspirado à Elisa que comunicara con ella aquellos maluados intentos. Viendo la falsa amante tan en su fauor la q̄ espe-

raua en cōtra, le dixo, que como lo concertarian? Lucinda respondió, que el remedio mas eficaz era, concertar à quatro hombres de los muchos que ay que viuen de semejantes homicidios, y dándoles muy buena paga, embiarlos à la alameda, y dezirles, q̄ al que fuere à ellos con vna carta de su nombre firmada, le quitasen la vida. Y estos concertados desta suerte, podia encarecerle con muestras muy amorosas à Carlos vna diligencia q̄ se ofrecia ir à hazer en aquel lugar, con que se cumplirian à medida del deseo sus intentos. Parecieronle à Elisa estas razones tan bien, q̄ sin aguardar vn instante, las comenzó à poner por obra, dando cien escudos à dos valentones para q̄ aguardassen en vn apartado que ella les nombrò, al mal afortunado Carlos, que ignorante de lo que le estauan previniendo, se fue en casa de Lucinda, como acostumbraua, à la qual hallò muy gozosa, y que assi como entrò le echò al cuello los brazos; y el como entraua tan triste, apenas pudo reconocer lo inmenso del fauor, dando suspiros en lugar de agradecimientos. Lucinda le consolò mucho, diciendo, que no se desconsolasse, que Elisa le tenia mucho amor, y que le daua palabra, que si ella le faltasse, olvidaria à Alexandro, à quien por respeto suyo amaua, y le haria señor de

de todas sus potencias. Ay Lucinda mia, y que dichoso serias yo, respondió Carlos, si alcanzase tanto bien, y que de buena gana llevaria el que Elisa me aborreciese, y despreciase, porque no se que tristezas me ocupan estos dias el coraçon, quando me acuerdo de ella, las quales se deshazen en lagrimas que vierto, quando me acuerdo de ti; sin duda ay aqui encerrado algun misterio, porque trocarse el amor, ya que no es maravilla, parece, empero, portentoso, que engendre pesar su memoria, y cause aborrecimiento su recordacion.

No pudo proseguir Carlos con su razon, porque entró Lope muy apresurado à llamarle de parte de Elisa, y aunque al principio estuvo muy omiso en acudir al mandato; finalmente se resolvió à ir, por ver que Lucinda se lo rogava mucho, diciendole, que pues le llamavan, no era tanto el olvido que del tenian, como imaginava. Despidieronse los dos con amorosas cortesias, y Lucinda viendo que ya la noche le prestava el manto para poder secreta buscar lo que deseava, disfraçandose quanto pudo, y acompañada con sola vna criada, se partió à la alameda, donde ya de Elisa avia sabido que estava hecha la celada. Carlos inocente de las malicias que con-

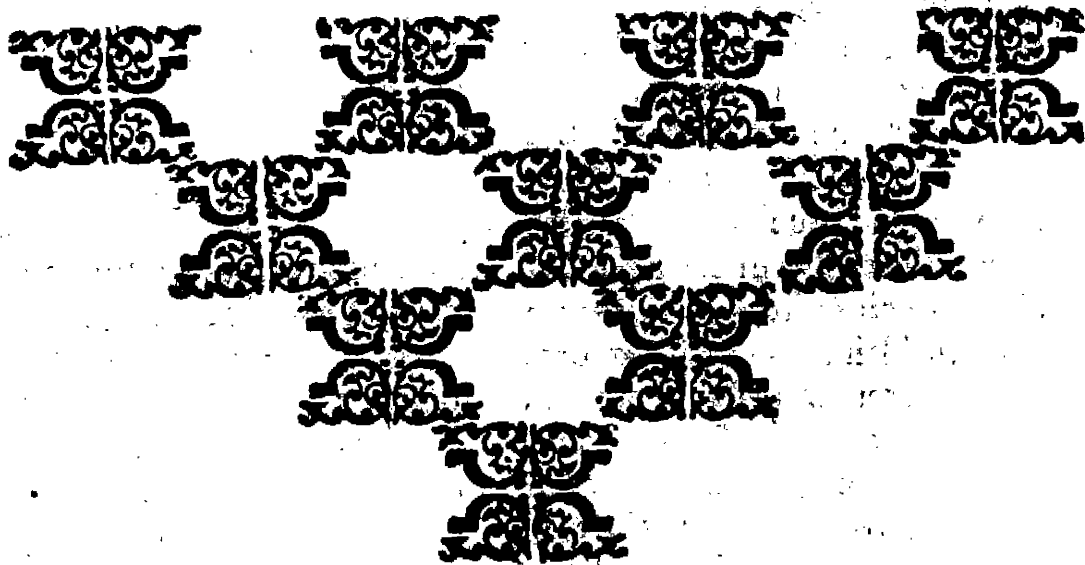
tra el se armavan, llegó en casa de Elisa, à quien halló con sobrefaltos, y tristezas fingidas, y sin darle asiento, ni aguardar à que le preguntase la causa de averle llamado, le dixo: Carlos mio, agora es tiempo que en tu valor conozca lo que me quieres, y en esta diligencia vea lo que me estimas. Has de saber que esta tarde mi hermano Alexandro ha tenido vn encuentro con vnos Caualleros, y en secreto han quedado desafiados para esta noche en el alameda, y aunque huviera podido disuadir à mi hermano de este intento, nolo he querido hazer, aguardandote à ti, que como persona discreta, y amigo suyo, podràs mejor estorvar sus designios. El se acaba agora de salir de aqui para el lugar de el desafio, partete por mi vida al instante con esta carta, que he alcanzado de Lucinda, y haz que se vuelva, porque me han dicho que el va solo, y son muchos los contrarios que le esperan. Creyó Carlos estas razones del mozo, que si fueran verdad, y así tomando la carta, se salió muy presuroso en compañía de Lope, y llegando al lugar que el presumió que estarian, le salió al encuentro Lucinda, à la qual apenas conoció, segun lo disfraçado que iba, y quedandose maravillado de verla, le preguntó la causa, à que no

sin lagrimas le respondió, que à librarle de vna muerte aleuosa, que le tenia guardada su fingida Dama. Turbòse Carlos, oyendo estas razones, y Lucinda, por dexar para otro tiempo mas desocupado razones de tanto peso, le dixo que se entrara en la espesura con ella, y veria lo que buscava. A pocos passos que dieron, hallaron à los dos valentones assassinos, acompañados de vna quadrilla, y llegandose à ellos, les habló Lucinda de esta suerte: **Caualleros**, bien entendida estoy de lo que aqui aguardais; pero sabed, que si guardais secreto, se os doblará la paga, y quedareis libres de vna maldad semejante: este hombre que viene conmigo, es el que auia de morir à vuestras manos, à no estar yo de por medio para defender su vida; la que os lo mandò es mi contraria, y por vengarse de mi, traxò esta traycion; cumplid con ella, y dezidle, que ya le auéis muerto, que os doy mi palabra, que sereis de mi muy gratificados, y nunca descubiertos. No se atreueron à hazer al contrario los assassinos, antes muy corteses se despidieron, pidiendo la capa de Carlos para llevar señas à Elisa de como auian cumplido con su obligacion. Holgòse Lucinda de ello, y en satisfacion del buen termino

de su proceder, sacò en vn bolsillo vnos escudos, y joyas, y dandòselas, los embiò muy agradecidos, y pagados. Estaua Carlos advirtiendole esto, sin hablar palabra, oprimida la lengua de el enojo, y ofuscados los sentidos con el sentimiento. Fueronse en casa de Lucinda, donde apenas hubo entrado, quando para mas satisfacerse de semejante traicion, abrió la carta que Elisa la auia dado, y arrimandose à vna buxia, leyò en ella solas estas palabras, que dezia: **A quien lleva esta**, no se ha de dar respuesta, sino es la muerte. Confirmò con estas letras ser verdad quanto auia visto, y dexando los sentimientos que el caso requeria, se entretuvo en darle mil gracias, postrado à los pies de quien le auia librado. Estuvo oculto seis, u ocho dias, dentro de los quales se casò Elisa con Fabio, hundiendose la Ciudad con fiestas; y para hazerlas mayores, quiso Alexandro concluir sus amores con Lucinda, dandole la mano; pero ella le despidiò muy cortès, diziendole, como tenia marido; y aunque se hizieron muchas diligencias, y pesquisas para saber quien, no les fue posible; porque para mayor confusion de la que tan mal auia pagado el mucho amor que la tuvieron, determinaron

naron Carlos , y Lucinda ca-  
 sarse en secreto en vna Aldea  
 circunvezina , impetrando del  
 Ordinario el callar las moni-  
 ciones , por obviar escandalos,  
 y inconvenientes. Estuvieron-  
 se de esta suerte más de cinco  
 meses , hasta que viendo , por  
 justo castigo de Dios , repudia-  
 da à Elisa de su esposo Fabio,  
 salieron à publico las bodas de  
 Carlos , y Lucinda , con gran-  
 de admiracion de toda la Ciu-  
 dad , porque todos juzgauan  
 ser otro el esposo de Lucinda,  
 y pocos , ó ningunos ignora-  
 uan de que Carlos estuyesse

muerto ; y publica la inconfi-  
 tancia , que Elisa auia mostra-  
 do , pocos favorecieron su par-  
 ticular ; y conocida la fidelidad  
 que Lucinda auia tenido , to-  
 dos se inclinaron à favorecerla.  
 Con esto , señora Doña Se-  
 rafina , quiero dexar descansar  
 à vuestra merced del trabajo que  
 avrà recibido , leyendo mi can-  
 sada prosa , aunque en auer vis-  
 to vna muger tan inconstante,  
 y que tan mal pagò el amor que  
 la tuvieron , se avrà diuertido,  
 de que podrè quedar  
 con algun con-  
 suelo.



# TODOS TRAZAS.

## NOVELA SEGUNDA, A LA SEÑORA Doña Serafina.

**L**AS Cartas q̄ de v.m. recibo, ò bien hã de venir mandando, ò bien han de venir riñendo, ò bien aconsejando; tanto, que las tengo por epistolas magistrales, y no hago mucho, porque mandatos de vn Serafin son lauros honrosos para quien los obedece; riñas de vn Angel, son glorias, y consejos de vuestra merced, coronas, y palmas. Dixome, pues, vuestra merced en vna suya, que porque empleo el trabajo de mis estudios en escriuir Nouelas, y cosas de tan poca importancia: à q̄ respondo con el título destas, diciendo, que Todo es Trazas. Para cuya prueba traeré dos exemplares. El primero, que los años passados vino à la Corte vn excelēte Pintor, cuyas pinturas parecian tan naturales, y al viuo, q̄ en voz comun le llamauã el segundo Apeles. El poco caudal q̄ traxo gastò en pintar algunos lienços con q̄ acreditarse. Ivan todos à verlos, mas ninguno à comprarlos; vnos por no poder mas, y otros por no auerlos menester. Moríase el buen Pintor de hambre; y viendo q̄ vn Fracès, q̄ junto à él viuia, ganaua mu-

cho dinero solo à pintar en pãramētos la historia de Amadis, vn S. Iorge à cauallo, vn S. Alexo debaxo de la escalera, y vna Sãta Ursula cõ sus onze mil Virgines, se determinò tãbien, dexãdo los altos, y encũbrados primores, ocuparse en estas obras humildes, à cuya fama no quedarõ labradores diez leguas en cõtorno, q̄ no llevarõ lienços para entapiçar sus pajiças alcobas. Con lo q̄ ganaua, pues, en las pinturas humildes, tenia para ocuparse en las altas, y realçadas, no dexando aquellas por estas, ni estas por auer menester aquellas. Diòle muy enojado las gracias al Fracès, y el solo respondió: Amigo, todo es trazas. El segundo cuēta el Español Virgilio, Lope de Vega, siēpre con razón loado, y nunca bastantemente acabado de loar, dize q̄ vn labrador, à quien no quiso absolver su Cura, por no saber el Credo, y como no supiesse leer, para aprenderle por si solo, ni de empacho quisiesse llegarlo à preguntar, buscò vna traça estremada. Viuia, pues, vn Maestro de Escuela dos casas mas arriba de la suya, sentauase à la puerta mañana, y tarde, y al salir los niños de la

escuela, dezia con vn quarto en la mano: este tiene quien mejor dixere el Credo; deziale cada vno de por sí, y èl le oia tantas vezes, que grangeado en el Lugar fama de buen Christiano, aprendiò lo que ignoraua. Assi, señora Doña Serafina, no se admire v. m. que cada vno busque trazas para viuir, modos, y arbitrios para poder passar; y porque se vean por mas extenso lo que valen oy las trazas, yo la suplico me atienda à esta Nouela, que no andarè tan picante con v. m. como en la passada.

A desechar cuidados, y à diuertir pensamientos por las arenosas playas, alegres, y amenas de Sevilla saliò de su casa Polidora, Dama por cierto, en quien la naturaleza se esmerò quanto le fue posible, comunicandola gracias, y añadiendola perfecciones. Mirando estaua atenta las turquies ondas, q̄ de vn viento combatidas, tan encrespadas se ostentauan, que haziendo globos de espuma, se remontauan soberuias, quando abraçado à vna tabla se quexaua vn Cauallero, haziendo promessas, lançando suspiros, y aumentando con sus lagrimas los caducos montes, de ellos tan maltratado, q̄ mil vezes pensò quedarle estrellado en las Estrellas, ò en los mas hondos Abismos sepultado, y sumergido. Enterneciòse tanto Polidora, que quisiera abalançarle al Mar,

à saber q̄ con esto le podia focorrer, porq̄ ya el coraçon le estaua dictando ser persona à quien debia aficion, y voluntad: mas quando con piadosas ansias entresi se consumia por no poderle ayudar, dando à Dios innumerables gracias, llegò à la orilla Lisardo (que assi se llamaua) y sin acordarse de su naufragio, y proceloso infortunio, sin ver lo maltratado que salia, los dolores que sacaua, y la desdudez que traia, quedò tan transportado en la beldad de Polidora, q̄ turbado el coraçon, la sangre elada, la vista turbulenta, y la lengua sin habla, no pudo en vna gran pieza mouerse de aquel primer lugar, dõde estãpò los pies. Polidora entre confusa, y alegre, hizo dentro de su pecho los discursos, q̄ bastarã para salir de duda, y llegando se à èl muy amorosa, acõpañando las palabras de cõpasion, y terneza, le pidiò le declarasse quien era, de donde, y porq̄ causa se auia expuesto à tan crecidos peligros. Yo os lo contarè, señora mia, dixo Lisardo, solo cõ que me concedais vna proposicion, que imagino es verdadera, y es, q̄ sois vos por quien aquesto passo, por quien ha tres años que lloro, por quien ha otros tantos q̄ he estado cautiuo, y por quien ofrecere mi vida à todos los peligros, y trabajos. Fingiò Polidora del mejor modo que pudo la alegria del rostro, y bañadole cõ

vn dissimulo, dixo: Señor, no entiendo lo que dezis; yo soy de aqui de Seuilla, y sino es para seruiros, no os conozco, aunque os prometo me aueis tanto agradado, que me será imposible de aqui adelante dexar de acudir à lo que fuere seruiicio vuestro, porque aunque os veo tan pobre, y de riquezas tan ageno, yo juzgo en mi que no lo estais de merecimientos. Echar se quiso Lisardo à sus pies, oyendo tales razones, si ella con sus manos no le detuiera; y auindose sentado en la menuda arena, dando Polidora silencio, començò Lisardo à dezir de aquesta suerte, si bien era prosa alli, lo que aqui verà v. m. en verso.

Mi nombre propio es Lisardo,  
mi amada Patria Venecia,  
tan celebrada en el Mundo,  
quanto rica, y opulenta.

Dieronme mis padres sangre  
en tanta nobleza embuelta,  
que no tuve que embidiar  
las Dignidades soberbias:

Y apenas cumpli tres lustros,  
y vi quinze Primavera,  
tan florecidas entonces,  
como de alli à poco secas.

Quando en vna Dama puse  
de tal suerte mis potencias,  
que despues que la mirè,  
quedè sin ninguna dellas.

Dezirte aqui si era hermosa,  
contarte aqui si era bella,  
no me atreuo, porque pienso  
que eres tu su estampa mesma.

Y por mucho que ponderè;  
y exagere sus grandezas,  
me he de quedar siempre corto;  
y harè agrauio à tu presencia.

Polidora se llamaua,  
en quien puliò de manera  
todas sus gracias el Cielo,  
q̄ hasta el nòbre metiò en cuèta:

Mostròme tambien amor,  
porque en generosas muestras  
de discrecion nunca cupo  
la ingrata correspondencia:

Asi passaron seis años,  
sin que entre los dos huviera  
mas que vn alma duplicada,  
y vna voluntad sincera.

Mi gusto solo era el suyo,  
tan ageno de tristeza,  
que ni ella la daua à mi,  
ni yo se la daua à ella.

Pedila à su viejo padre,  
ojalà no la pidiera,  
pues la perdi por pedirla,  
y la dexè por tenerla.

Fue la causa, que mi padre  
fue antiguamente Cabeça  
de vn vando, contrario al suyo,  
por no sè que competencias.

Y viendo que era ocasion  
para su vengança esta,  
negandome à Polidora,  
me despidiò con fiereza.

No me enojè luego al punto,  
porque amor, y aficion buena  
jamàs van con fundamento,  
si no se arman de paciencia.

Echèle mil rogadores,  
mas ay algunos que ruegan  
de tal modo, que parece  
que quierèn cumplir à medias:

Y así, viendo el poco atecto,  
que à endurecidas orejas  
del ingrato padre hazian  
mis ruegos, y mis promessas.

Busqué ocasion para hablar  
à la que en mi alma mesma  
consideraua, sintiendo  
mucho mas que yo mis penas.

Hallèla, pues, vna noche,  
y fue, que con vnas cuerdas  
tracè por donde subir  
de su aposento à las rexas.

Llamè, y al momento abrió,  
porque siempre està despierta  
vn alma amorosa, quando  
aquello que quiere vela.

Mas dieron tal resplandor  
de su cielo las lumbreras,  
que juzgando medio dia  
la que media noche era.

Temi que pudieffen verme  
algunos que se desvelan,  
ò por causas semejantes,  
ò por otras mas diuersas.

Y así, por quitar peligros,  
y ahuyentar vanas sospechas,  
por hablar con mas espacio,  
y por sentir mas apriessa.

Afiendo con las dos manos  
la azerada, y fuerte rexa,  
de sus quicios la saqué,  
quedando en las cuerdas presa.

Temiò Polidora entonces,  
porque la muger honesta  
tiene hasta con su marido,  
de hallarse sola, verguença:

Entrè dentro, y sosegando  
sus temores, le di cuenta  
de las malas esperanças,  
por no dezir malas nueuas.

Y quando entendi escuchar  
el fallo de la sentencia,  
fino para condenarme,  
para mas largas esperas.

Me dixo: Lisardo mio,  
tu esposa serè, y lo fuera,  
si como soy Polidora,  
fuera de mil Reynos Reyna.

Solo te encargo que guardes  
el secreto, hasta que quiera  
darnos el Cielo ocasion  
de lograr la aficion nuestra.

Todas las noches vendràs  
à hablarme por esta rexa,  
que el amor, quando es perfecto,  
con palabras se alimenta.

Y en fè de que te la doy,  
toma esta mano, y con ella  
de mi cuerpo los sentidos,  
y del alma las potencias:

Temblando toqué la nieue  
de aquel globo de azucenas,  
en quien diuidido en hilos  
el carmin se amassa, y mezcla:

Quando yendola à besar,  
llama su hermano à la puerta,  
si con golpes recios no,  
con palabras si algo tiernas.

No desmayè, si al instante,  
con la que pude presteza,  
me escondi baxo la cama,  
puesta la espada en la diestra.

Polidora, aunque turbada,  
cobrò brios, tomò fuerças,  
y le abrió, dissimulando  
auer estado despierta.

Vnas joyas le pedia  
para ir à jugar, por señas  
de auer salido picado,  
que esto se llama ya afrenta.

Ella cobrando el aliento  
à sacar fue vna cadena  
para despedirle; mas  
el padre con diligencia;

Auisado ya del caso,  
subia con mucha priesa  
à buscarle, quando el triste,  
por huir de la presencia

Del viejo padre, iracundo  
por aquella parte mesma  
en que yo estaua escondido,  
entrò à buscar su miseria,

Porque tropezando en mí  
bolvió à retirarse afuera,  
diziendo, traicion, traicion;  
y antes que le socorrieran,

Los que à buscarle llegauan,  
ni le valiera defensa,  
de la primera estocada  
le derribè muerto en tierra.

Desmayóse Polidora,  
de lo qual tomè mas pena:  
que de la muerte, que ya  
entonces la vi muy cerca:

Mas cobrando nuevos brios,  
viendo como el padre llega  
con sus pages, y criados,  
dando voces à la puerta:

Antes que entràran, cerrè,  
arrimando con presteza  
arcas, cofres, y bufetes,  
y otras alhajas diuersas.

Bolvi à Polidora entonces;  
y hallandola tan traspuesta,  
que era imposible atreuerme  
à sacarla por la rexa:

Besando su blanca mano,  
y tomándole vna pieza  
de vna de las cinco Climas,  
dexando otra mia en prenda;

Me salí por la ventanã  
y descolguè por las cuerdas,  
de lo que estauan ayusos  
muy bien los de la pendencia:

No sè lo que mas pasó,  
porque en aquella hora mesma  
con dineros, y vn criado  
salí huyendo de Venecia:

Entramos en vn Nauio,  
hasta encontrar las Galeras,  
mas ya que las encontramos,  
eran enemigas nuestras.

Quedamos, en fin, cautiuos,  
porque la fortuna adversa,  
quando persigue à algun hóbres;  
no se cansa à pocas bueltas.

Tres años, señora, he estado  
amarrado à vna cadena,  
sufriendo desdichas mil,  
y padeciendo inclemencias:

Hasta q̄ hallando, avrà yn mes;  
ocasion para huir muy buena,  
con vn Ginouès Cosario,  
no me pareció perderla.

Logrèla bien por entonces;  
mas despues (quien lo supiera?)  
tan à peligro me he visto  
como dizen estas señas.

De trecientos, y mas hóbres,  
no se han escapado treinta,  
y estos asidos à tablas,  
y à poder de pura fuerça.

Mas quanto yo he padecido  
de infortunios, y tristesas,  
lo doy por bien empleado,  
por auer visto siquiera

En esta playa tal Ninfa,  
en este arenal tal perla,  
en este suelo tal Angel,  
y tal gloria en esta Tierra:

Apénas acabò Lisardo de contar la relacion de su vida, quando Polidora, no pudiendo disimular mas su contento, comenzó à llorar perlas de contento, y placer, que por mucho que encubrir las quiso, no pudo ser de modo, que dexasse Lisardo de verlas; y aunque rezeloso ya del bien que le esperaba, la suplicò con mucho encarecimiento, que le dixesse la causa de su sentimiento, y supuesto que auia correspondido con tanta cortesía à su mandato, le hiziesse merced, y fauor de declararle quien era, y que estado tenia, por si acaso podia entrar en su casa à ser su minimo criado, que lo estimaria mas que ser señor de vn Imperio. No son estas lagrimas, Lisardo mio, de dolor, ni sentimiento (dixo Polidora, echandole al cuello los braços) sino de mucha alegría, que me ha causado tu vista, de mucho placer que me ha dado tu presencia, y de mucho gusto que me han sido tus palabras. Yo soy tu Polidora, tan desgraciada en quererte, como constante en amarte. Yo soy la que me he dolido de tus trabajos, mucho mas que de los míos. Yo soy la que no te he desechado de mi memoria vn solo momento en estos tres años de ausencia, de mi tan llorados, como de ti sentidos. Yo soy la causa, y el efecto de todas tus

desgracias, ahogos, descontentos, y pesares; causa, por auerlos yo causado; y efecto, por ser míos tus propios sentimientos. Yo soy en fin, Lisardo, la que perderè la vida, y otras mil que tuuiera antes que de ti me olvidè, antes que dexè de amarte, y quererte, y antes que me aparte de tu presencia. Y porque sè gustaràs de oír lo que me ha pasado en este tiempo, quierro con razones sucintas darte cuenta: Sabràs, pues, dueño mio, que despues que te partieste de mi propio aposento, donde me dexaste desmayada, y à mi hermano muerto, entrò mi padre con la demás gente, auiendo hecho pedazos las puertas, à cuyos tremendos, y desahorados golpes, tornè yo de mi desmayo para ver lastimas, y quejas, y para oír ignominias, y afrentas; porque viendo à mi hermano tendido en el suelo frio, y rebolcado en su sangre, la rexa quitada, la afrenta manifesta, el dolor presente, y yo, qual causa, delante comenzó à hazer tales ademanes, y à dezir tales palabras, que el no quitarme la vida no quedó por èl entonces, sino por su Mayor-domo, que mouido à compasión, me quitò de su presencia, llevandome à otro aposento, donde me tuvo encerrada mas de veinte dias, al cabo de los quales fue mi padre à verme algun

tanto fofsegado, fi bien yo cobrè tanto temor de verle, que fue mucho no defmayarme; y despues de auerme declarado sus melancolias, y dado parte de sus triftezas, me dixo algo fofsegado, y vn poco enternecido: fi me debia alguna cofa à mi honor? à lo qual le respondi con el alma, y coraçon, no; con los labios folos, fi, que no me eras deudor, ni aun de auerme tocado vna mano, ni dicho vna palabra fuera de los limites que pide la honeftidad, y recato, porque al tiempo que tu entraste defquiciando las retaxas, y rompiendo las ventanas, entrò mi hermano, que fue caufa, aunque quedò muerto, de que tu no pudieras executar tus defeos atreuidos. Con efto quedò mi padre consolado, y pidiendome perdon del injufto enojo que auia tenido, me dixo eftaua difpuelto à ir en tu feguimiento, porque tenia certeza que paffauas à Efpaña, y no auia de tener fofiego hafta cumplir fu vengança; à que no quife contradizer, no por quererte mal, fino por venir con èl à buscarte, por gozar de tu vifta, y librar te de fus manos para ofrecerte las mias; y afi, difponiendo de toda la hazienda en breues dias, aunq largos para mi por no verte, llegamos à Seuilla, donde fuimos recibidos de lo mas principal de ella; y hospedados en cafa de vn tio mio, caufa que fue tambien

de hazer efto viage, el qual ha dos años que murió, dexandonos por vniuerfales herederos. Mas con todos eftos bienes, con todas eftas grãdezas, y con los muchos regalos defta Ciudad funtuofa, no hemos tenido jamàs gufto cumplido, ni contento perfecto; mi padre por no auer podido hallarte para executar fu vengança, yo por no auerte vifto para ofrecerte mi alma de nueuo, y entregarte las llaues de mi coraçon. Ya, pues, que fe me ha cumplido mi alegria, aunque à mi padre no fe le cumplirà fu gufto, quiero, Lifardo, que con tu buen ingenio dès traza, y modo por donde pueda yo gozar de tu vifta, fin que mi padre te conozca, hafta que andando el tiempo fe depongan los enojos, y fe logren nueftas voluntades, ya que las tenemos tan vnidas, y conformes.

Confidere v. m. feñora Doña Serafina, pues ha experimentado lo que es vn perfecto amor, el jubilo, y placer q̄ eftos dos tierros amantes recibirian, viendo fe tan de repente, tràs tantos años de ausencia, porq̄ juzgãdo v. m. fegun fu coraçon, no tendrè que ponderar; bafte dezir, que Lifardo atonito, y confuso eftaua consigo mifmo batallando fi era verdad, ò fueño; y auiendo en todo efto rato tenido de las manos à Polidora, fe dexò caer à fus pies, fin que fueran bastantes

tes sus desvíos; y despues de auer gastado vn gran rato en regalos, y dulçuras, en requiebros, y ternezas, le dixo Lisardo, q̄ el modo mas eficaz que podia auer en tal caso, era, que èl sabia muy bien bordar, así en lienços, como en sedas, y que sentaria casa allí en Seuilla con lo que ella le acudiera, y disfracandose lo posible, pues remedaua muy bien la habla Francesa, podia entrar, y salir en su casa, sin ser de nadie conodo; y para tener achaque de entrar à menudo, podia de à pocos dias pedir à su padre que la enseñasse à bordar algunas flores, cenefas, y figuras que ella ignoraua, con que bordarian de requiebros su voluntad sencilla, disfracando las palabras, ò por mejor dezir, cifrandolas de manera que fueran correspondientes la bordadura material de las sedas, y brocados, y la bordadura formal de los retretes de la alma.

Admitiendo estaua Polidora esta traza con mil gustos, quando por la amena playã vieron que su coche se iba acercando, en el qual auia dexado sus criadas, confusas tanto de su melancolia, como admiradas ya de su tardança; y así, dandose vn estrecho, y amoroso abraço, se despidieron, y apartarõ; Polidora llorando, Lisardo sintiendo, y en fin los dos suspirando, dexandole ella los diamantes que lleuaua,

que eran de precio infinito, y valor inestimable, y en fin le dexò señas de su casa, y la parte por donde podia à media noche ir para tratar mas largamente lo que se auia de disponer.

Ausente que fue Polidora, quedò el amante Lisardo lleno de tanto contento, que muchas vezes juzgaua ser sueño lo que auia con sus ojos visto, del modo que quando vno sueña, y està recién despierto atribuye à verdad aquello que ha soñado, hasta que se acaban de deshazer las nieblas del entendimieto, y queda en su perfecto acuerdo; y viendo que ya la enemiga de la luz, con presurosos passos venia cubriendo la tierra de sombras, el Cielo de pauellones, y el ayre de obscuridades, se fue poco à poco àzia la Ciudad, donde à vn rico Mercader contò su naufragio, y desgracia, diziendo ser Cauallero principal, y rico, y que de la tormenta no auia quedado en su poder, sino eran aquellas fortijas, cuyas piedras eran de mucho valor, que se siruiesse de darle sobre ellas algun dinero para poner casa, donde con la industria de sus manos pudiesse adquirir, ya que no para sustentarse conforme su calidad, por lo menos para portarse segun el miserable estado à q̄ su fortuna le auia traído. Compasiuo el Mercader, hizo que aquella noche se quedasse con èl, donde despues

de cena, auiedo experimentado su afable conversacion, su bien cortado language, y politicas palabras, le prometió casa en que pudiesse viuir, y todo el caudal, y dineros que huviessse menester, à cuyas muestras generosas fue forçoso à Lisardo responder con dezirle parte de sus secretos, no por modo q̄ el Mercader pudiesse en tiempo ninguno colegir que era Polidora la que buscava, y quèria, ni su padre de quien con trabajo tal andava huyendo, sino por mayor, debaxo de todo secreto le diò cuenta de como por vna Dama, que aguardava alli, le convenia viuir disfrazado, exerciendo vn oficio de bordador, q̄ sabia, hasta que su suerte le diese lo que deseava: de todo lo qual el Mercader prometió guardar secreto, y Lisardo dandole las gracias, se las diò à Dios infinitas por los colmos de mercedes que aquel dia le auia hecho; lo vno, enseñandole su amada prenda, cosas tan queridas del; y lo otro, moviendo las entrañas piadosas de aquel Mercader, para que tan sin zoçobras le hiziesse tantos faoures, y tan sin informacion le entregasse sus riquezas.

Quatro dias con sus noches dexò passar Lisardo, sin acudir al puesto que Polidora le señalò, la qual estaua casi desesperada por no saber la causa, ni poder tener modo para saberla; ya culpaua à

Lisardo, llamandole inconstante; poco fiel, y descortès, pues quando no debiera lo que debia à su amor, bastaua auerle llamado, porque esta es la maxima en vna muger hermosa, que piensa que de derecho estàn todos los hombres subordinados à su volùtad, y mando; y a le disculpaua, lamentandose de ver la pobreza que traia, los trabajos que auia passado, y las calamidades que esperaba sufrir, y padecer: de dia no podia reposar, por aguardar à la noche; de noche no dormia, por esperar à Lisardo, y el mayor dolor en estas aficciones era, no poder dar à entèder su sentimiento; iba à llorar, y reparando al punto, tornaua las lagrimas àzia el coraçon, que como dixo vn Docto, este es el mas fuerte llorar, y el mas lastimoso sentir. No hizo Lisardo esta tardança por poco querer, sino por no poder mas; cuya causa fue, que el Mercader le auia rogado que no le dexasse de acompañar quatro, ò cinco noches, porq̄ le importaua mucho; y como no ay cosa mas mala que la ingratitud en los pechos generosos, así quiso el prudente Lisardo antes de la que tanto amaua, y queria ser culpado, que à quien le auia hecho tales beneficios corresponder ingrato.

Lo mas que Polidora sentia, y lo que le daua buenas esperanças era, auerle visto tan desnudo, y mal-

maltratado, por lo qual le esperaba cō dos vestidos ricos, q̄ comprado auia con secreto, y algunas joyas, y dineros para que pudiesse irse acomodando del modo que tratado auian. La quarta noche, pues, que esperaba en vnos miradores correspondientes à vna calle obscura, y poco habitable, sucediò, que el criado de Lisardo, llamado Mendo (el qual con otros dos, en vn pedazo de Nauio llegaron à la playa) despues de auerse reparado del cansancio, en casa de vnos pescadores, que mouidos de sus arengas, lo sustentaron aquellos dias, y le dieron vna capa cō que pudiesse entrar en la Ciudad, se salió entre las diez, y las onze engañado de otro, el qual por hurtarle la capa, le dixo, q̄ à aquella hora serian los dos en casa de vn amigo suyo, donde serian regalados, y seruidos; y apenas huvierõ entrado en la calle, que Polidora velaua, quando le dixo: Cavallero, essa capa he menester, à que respondiò Mendo, que era poco amigo de reñir à solas: señor miò v. m. la lleue en hora buena, y le haga tan buen prouecho, como a mi me podia hazer, pues no tengo otra: fuesse el compañero cō la capa, quedando Mendo afligido, no por ella, sino por verse solo, y à tal hora, y en lugar no conocido: començò à suspirar, y à lamentarse, de cuyos suspiros apenas los ecos llegaron à

Polidora, que escuchaba atenta, quando entendiendo ser Lisardo començò à cecear, con que cobró Mendo algun brio, y despertò en su memoria sus trazas, y ardides, porque luego imaginò, que aquella era Dama, que esperaba à su galan; y assi, llegando àzia donde oyò el ceceo, disimulando, y encubriendo la voz quanto le fue posible, dixo, que què le mandaua; eres tu, mi bien? replicò Polidora; si señora mia, respondiò Mendo: pues como no has venido en todas estas noches? (bolvió à dezir Polidora) à que Mendo, como haziendo ya burla, bolvió à responder, porque nos hemos estado enjugando yo, y mi vestido. Cuyas palabras fueron el engaño manifesto de Polidora, porque confirmando por ellas ser Lisardo, sin querer mas detenerse, le arrojò los dos vestidos, diziendo: Toma, y vistete mañana de gala, y passa por esta calle, porque yo te vea, pues conoces que no ay gusto para mi como tu visita, ni recreo mayor que tu presencia.

Tomò Mendo los vestidos, y considerando lo que le podia suceder por la burla, en auiendolos tomado, le dixo à Polidora, q̄ el no era quien su merced pensaua, sino vn pobre nauegante, que auia escapado de vna terrible tormenta; y assi, que si gustava  
de

de hazerle caridad dellos, lo estimaria en mucho; y que sino, mirasse por donde queria se los bolviessè à dar. Quedòse Polidora confusa, oyendo estas razones, y despues de reprimida la ira, reportado el enojo, y sossegado el pecho, solo acertò à dezir: Luego no eres tu Lisardo? de cuya pregunta Mendo, teniendo ya rezelos, sino de que aquella fuesse Polidora, por lo menos de que era alguna Dama q̄ se auia enamorado de Lisardo su señor, cobrando brio, le bolviò à responder, si señora: yo soy quien dezis; y passando la calle, se fue à vn Conuento, por no llegar à mesones, donde contando su desgracia, le dieron acogida aquella noche, y Polidora se quedò tan absorta del suceso, que pensò perder la vida de tristeza.

Los vltimos besos estaua el radiante enamorado dando à su querida Aurora, comenzando ya à trepar por los collados orientales, quando, sin auer podido Mendo dormir de contento, se leuantò con gran prisa à ponerse de galan, por si acaso encontraba à su señor, ponerse graue, y hazerse desconocido; y reparando en que los calçones pesauan mucho para ser de seda, metiò la mano, y hallò en cada bolsillo cien Mexicanos de à ocho, con que holgandose de nueuo, saliò por las calles de Seuilla vendiendo grauedad, y echando de si grã

deza, todo à fin de encótrar con Lisardo, cosa que se le cumpliò muy presto. Y assi que le viò comenzó con mucho dissimulo à passarse delante del, y aunq̄ Lisardo reparò mucho en el talle, y en las facciones de Mendo, con todo le hazia grande fuerça el verle tan bien vestido, y adornado; vnas vezes se determinaua à llegarle à hablar, otras reparaua en la afrenta, que sino era el, podia adquirir; todos los quales entres de razon, estaua el dissimulado Mendo, considerando entre si, hasta que no pudiendo ya dissimular el contento, ni encubrir el alegria, se llegó à el, y despues de auerle saludado con muy corteses palabras, le dixo: si era estrãgero, y que buscava, ò que pretendia, porq̄ en auerle visto, consideraua que tenia algunos cuidados, que el era muy poderoso para remediarlos. Agradeciòle Lisardo estos comedimientos, y como siempre el discreto busca trazas para alcançar lo que sin ellas no es posible, vsò aqui como tal, de vna muy buena, combidandole à comer, con que asseguraua el partido por entrambas partes, si era Mendo, en no darse por no entendido, antes parece que dissimulaua; y sino lo era, en no hazerle con el combite agrauio. Rehusòse Mendo quanto pudo, mas no tanto, que no se dexasse vencer de los ruegos de su señor, que era lo propio

pio que èl deseaua.

Llegaron à la casa de Lisardo, q̄ ya el Mercader le auia dado muy bien aderezada, y com- puesta, y apenas pusieron los pies dentro, quando Lisardo à voces començò à dezir: **Mendo**, pon presto essa mesa, que traygo à este señor combidado, por los ofrecimientos generosos que me ha hecho; mirandole à la cara, viò que se mudò de color, con que acabando de satisfacerse en que era Mendo, le dixo: **Ay Mendo** amigo, y que bien disimulas, pues hasta à mi, que te he criado conmigo, me has puesto en dificultad de conocerte! y si tan bié finges en lo que yo pretendo hazer, espero feliz suceso, y fin dichofo en mis amorosas pretensiones. No quiso Mendo, oyendo estas palabras, hazer mas disimulos, sino echandose à los pies de Lisardo, que con sus braços le detuvo, començò à llorar de placer, porque ya le juzgaua por muerto.

Contaronse el vno al otro sus sucesos, y viendo Lisardo la congoja, con que su regalada Polidora estaria, determinò visitarla aquella noche, por atajar el cuidado, y quitarla las sospechas. Lo qual efectuò, y cumplió à medida del deseo; no solo entonces, sino otras noches muchas, hasta que auiendo sacado muestras muy ricas de bordaduras superiores, y excelentes, de

que todos los de Seuilla estauan muy pagados, se fue vn dia con algunas dellas en casa del padre de Polidora, y enseñandose las, dixo, que auia sido informado de su calidad, y nobleza, y de lo muy aficionado que era à paños curiosos, y que assi lleuaua aquellos, para si à su merced le cõtentauan: lo qual oyendo Polidora, como bien informada de lo que era, pidió à su padre le dexasse entrar donde ella estaua, porque queria ver aquellos paños, y si eran labores diferentes de las que ella hazia. El padre sin escrupulo ninguno de la causa principal, y bien ignorante de que fuesse aquel Lisardo, hizo que entrasse con èl donde Polidora estaua, no aguardando, no, ver las pinturas, y labores, sino al Artifice que las hazia. Gastaron la mayor parte del dia mirandolas, y rebolviendolas con los sentidos externos, porque bien ocupados, y embebecidos estauan los interiores. Polidora preguntaua las traças, y modos de algunas hojas, y ramos: Lisardo le respondia con muchos mas rodeos que eran necesarios, todo à fin de que no faltasse materia de que hablar, ni se acabasse presto el termino de dezir, hasta que Polidora con perfectos disimulos de su buen ingenio, haziendo vn desvío melindroso, no para defechar à Lisardo, sino para atraherle mas à sí, concluyó di-  
zicu:

ziendo: señor yo tomaré de buena gana algunas destas muestras, y mi padre, que está presente, se que las pagará mucho mas de lo que valen, con condicion que os obligueis à venir si quiera de dos à dos dias à darme algunas lecciones del modo que he de ir haciendo, que como he aprendido lo demás que desto se en breue tiempo; yo confío en Dios, que no se retarda, ni enfada en aprender lo que queda. No se arrojó Lisardo luego al prouiso à dezir que sí, antes titubeando, por atajar sospechas, le respondió, que él quisiera servirle con el alma, y con la vida en todo lo que mandaua; mas que no le estaua bien, en razon de que si las demás señoras calificadas lo alcançauan à saber, era fuerça que del mismo modo auian de querer enseñarse, y que hasta dos años no ganaria él para poderse sustentar. Correspondió Polidora este fingido desvío con otro enfado disimulado, diziendo: pues señor yo no he menester muestras, ni paños, en no siendo para poderlos imitar, porque tengo embidia de tener conmigo labores que no se hazer.

Sintió el padre de Polidora el verla descólada, y dixole à Lisardo, que no reparasse en aquellas niñerías; q̄ él le daua palabra de que no se sabria de otra ninguna persona, y le satisfaria por muy extenso todas sus ocupacio-

nes, ayudandole de su casa con lo que huviessse menester. Dióle Lisardo las gracias, y aceptó el partido con semblante no gustoso, sino como si fuera el concierto q̄ no le atraucasse mas los vmbrales, y todo era menester para entrar seguro en tal batalla. Y el hombre q̄ no considera bié los fines de aquello que pretende, y no pone para alcançar los medios bastantes, se quedará atollado en los principios; y el que el dia de oy no vfa de trazas, y cautela, no dexará de tropezar en los primeros escalones de lo que pretende: por cuya causa este consejo le toman muchos Letrados apretadamente, desvelandose mas en buscar cautelas, para atropellar las leyes, q̄ en inquirir, y saber las leyes para deshazer cautelas: y assi vemos que aunque sea el pleyto mas injusto que se pueda imaginar, no faltan jamás Letrados que le defiendan.

No podrá negarme v. m. que si Lisardo no vfara destas trazas, alcançara jamás tan dichosas ocasiones; pues no dexe v. m. de estar atenta, que aun las verá mayores, mas dificultosas, y diziendo verdad, casi impossibles. Hecho el concierto que v. m. ha oido, acudia Lisardo à tercer dia, porque propiamente entre los dos auia tercianas de ausencia; si bien de calidad contraria, pues era en estas gustoso, y deleytable el dia que venia, como en las na-

turales es aborrecible, y espantoso. Todo era hablar por cifras, porque raras vezes dexaua Polidora de estar acompañada, ò bien de dos dueñas que la seruian, ò bien del padre que en estas ocasiones la zelaua. Muchas vezes preguntaua Polidora lo propio que ya sabia, y no pocas Lisardo la declaraua lo que èl aun no conocia. No podian mediar otros requiebros que apretarle el pie, ò como al descuido tocarla la blanca mano. No valian palabras mas claras que dezir: Ay Dios mio, y quando se acabará esta tarea! Ay de mi, y que trabajo cuesta el querer, y amar estas cosas! señalando à Lisardo, el qual le correspondia, diciendo: Señora, mas me pesa à mi, que ya quisiera auer concludido con esta obra, y dádole de mano, porque mi gusto, mi gloria, y mi consuelo, es, que vuestra merced salga con lo que tanto quiere; y si en vn dia pudiera yo, aunque perdiera la vida, enseñarle todo quanto sè, y conozco, puede creer que no lo dilatàra, mas es forçoso esperar que vaya componiendo el tiempo el natural, y deshaziendo los estoruos del entendimiento, porque estas son materias muy sutiles, y para alcançarlas ha de costar no pequeños trabajos. Los que oían estas razones, juzgauan que tratauan del bordar, y ellos solamente

hablauã de sus amores, tan oprimidos de largos trabajos, como impossibilitados de cortas esperanças.

El premio que de esta traza sacò Lisardo, fue, desempeñarse con el comedido Mercader, porque con lo que el padre de Polidora le daua, y con lo mucho que ella le acudia, pagò sus deudas, satisfaciendo tambien las mercedes recibidas de auerse fiado solamente de su buen proceder; esto fue presentandole al Mercader algunas joyas muy ricas, de las que Polidora con recato cada dia le ofrecia. No echaua menos Mendo el regalo de Venecia, antes con menos cuidado era el Mayordomo de todas las riquezas, comiendo bien, durmiendo mejor, y holgando todos los dias, todo muy contrario à lo que el buen Lisardo passaua, pues de noche no dormia, de dia trabajaua, y con vn cuidado, y otro era muy poco lo que comia.

Asi passaron seis meses, aguardando ocasion, y oportunidad de que el viejo depusiesse el enojo para entonces descubrirse, y pedirla en casamiento, lo qual tratauan con cartas fingidas de Venecia de los parientes de Lisardo; mas era tan diuerso su pensamiento, que aun antes de darle parte à Polidora; se la prometió à vn Cauallero de

los mas calificados de Sevilla, que cō muchos afectos, y muestras amorosas la auia demandado, y pedido. Lo qual sabido por ella, hizo tantos sentimientos, que se vistió de luto, se encerrò en vn aposento, y no admitiò visita de persona en muchos dias, saluo de Lisardo, que informado bien del caso, fue vna vez lleno de angustias, y melancolias à ver si era verdad lo que otras vezes le auian dicho las criadas, las quales, como aora le dixessen que estaua alli el bordador, mandò que le dexassen entrar, porque queria que le bordasse vntumulo, como preambulo del que presto esperaua verdadero. Entrò Lisardo fingiendo en el semblante la alegria que faltaua en su lastimado coraçon; y fue tanto lo que sintiò viendo à Polidora tan desconsolada, y affligida, que en vna gran pieçã no pudo desatar la lengua de entre los impulsos rigurosos del dolor que la oprimian. Trataron algunas cosas de su materia, siempre en palabras cifradas; y como el amor es niño, que en teniendo algun dolor no puede disimular las lagrimas, assi Lisardo, no pudiendolas encubrir, le fue forzoso despedirse antes de dar lugar à genero de sospecha.

Viendo el padre de Polidora la tristeza de su hija, y que

por ruegos, ni promessas nõ queria corresponder à su voluntad, determinò con amenazas sugetarla à hazer su gusto; y entrando adonde estaua, despues de razones rigurosas, y palabras muy seueras, la puso vn puñal à los pechos, diciendo, que auia de ser su verdugo, detramando los preciosos rubies de sus venas, sino confirmaua la palabra, que en su nombre auia ofrecido. A cuya determinacion cruel no se atreuiò Polidora à resistir, no tanto por guardar su vida, quanto porque no perdieffe Lisardo la suya, considerando, que no teniendo consentimiento en este matrimonio, no estaria ligada con su yugo, y facilmente podrian buscar modos, por donde ausentandose, pudieffen salvar las vidas, y casandose con Lisardo, cumplir lo que tanto deseauan; y assi le respondiò à su padre, que gustaua mucho de casarse con aquel Cauallero, y que si auia resistido, no era por falta de voluntad de hazer la suya, sino por sentirse algo indispueta, y achacosa. Holgòse con esto el viejo, y no tuvo vn momento de reposo, hasta que con el dicho Cauallero la viò desposada; esto es exteriormente, y quanto al juicio humano, porque en lo interior muchos dias, y años auia que lo estaua con Lisardo, que aunque se hallò pre-

presente à estos desposorios, ya estaua de Polidora por vn papel informado de como no conten-tia, encargandole con muchas veras diessè traza para que el Cauallero no habitasse con ella, hasta que concertassen lo que auian de hazer; à que respon-diò Lisardo, se hiziesse enferma aquella primera noche, con que estaria escusada, y luego el si-guiente dia hiziesse llamar dos Medicos que el tenia apercibi-dos, y aun bien pagados, los qua-les dixeron, que aquella Dama en aquellos dos meses la impor-taua tener cama aparte, porque de otro modo arriesgaria su vi-da. Conformòse Polidora tan-to con esta doctrina, que aun no le daua lugar al buen Caualle-ro que la viera, el qual mostrò estar contento por amor de su salud: que no era poco, viendo-la tan hermosa, abstenerse de lo que podia alcançar, mostran-do en esto mas prudencia que el desatinado padre, pues tenia mas obligacion à no forçarla à casar, que no estotro despues de casado à dexarla de gozar. Pe-ro no se quedò alabando de su potencia, y poderio, pues antes de veinte dias murió de vna ca-lentura ardiente, confessando à vòzes en las angustias postreras, que lo que mas le dolia, y mor-dia su conciencia, era, auer for-

çado à casar à su hija Polidora. Exemplo, señora Doña Serafi-na, que pueden tomar oy mu-chos padres, que sin considera-cion de lo que estos casos pi-den, casan por fuerça à la hija que quiere ser Religiosa, y apre-mian à que lo sea, à la que solo gusta de casarse, de donde na-cen muchos males, y se originan irremediabes daños, viviendo las hijas sin bien, y los padres aca-bando en mal.

No por el agrauio recibido dexò Polidora de sentir con mucho extremo la muerte de su padre, antes hizo mayores de-monstraciones, por añadir acha-ques à su enfermedad fingida. Y despues de celebradas las fu-nerales exequias, con la gran-deza, y aparato que vn Caualle-ro tan principal, y rico como su padre pedia; embiò embuelta, entre otras cosas, vna carta à Lisardo, encargandole diessè orden de verse con ella para trazar entre los dos los reme-dios necessarios à su quietud, y reposo. Tenia Lisardo à este tiempo, viendose ya libre de su enemigo, prevenidas en su ima-ginacion las industrias mas futi-les, que de su ingenio pudo co-legir para poder à tu saluo ca-sarse con Polidora, sin que hu-viessè ettoruo de el Cauallero (que ya se llamaua marido suyo)

ni lo entendiessè persona humana; y assi, vn dia, como por la correspondencia passada acudia muchas vezes, hallò lugar oportuno de entrarse hasta su aposento, sin ser de ninguno visto; y muy bien prevenido de armas, por si algo sucedia, se estuvo hasta de ser de noche metido baxo la cama, y quando Polidora juzgò que todos dormian, llamòle con la voz muy baxa, à cuyo regalado, y dulce eco fallò Lisardo con los braços abiertos, y haziendolos cadena estrecha de su cuello hermoso, le començò à dezir: Ay Polidora, y quando llegará aquel tiempo, que merezca estos abraços, libres de cuidados, y agenos de cautelosos rezelos? Quando será aquel dia en que pueda, sin escrupulo de todos los que me oyeren, dezirte mia, llamarte mi dueño, nombrarte mi alegría, y dezirte esposa? Quando sin estorvos de otro marido gozarè el regalado nectar de tus dulces labios, el cielo de tu frente, y de tus manos las caixas azucenas? A cuyas enternecidas preguntas la hermosa Polidora no daua otra respuesta mas, de que quando fuera su gusto, y voluntad, pues conocia que estava subordinada à èl en quanto la mandassè, y determinada, y dispuesta à todo quanto viniessè.

Escucha, pues, prenda mia, réplicò Lisardo, y sabràs por entero el fin de mi pretension, que aunque lleno de trabajos, y en sombras mortíferas embuelto, es el mas seguro que he podido auer, y el mas oculto, y secreto que se puede imaginar. Es, pues, que estos quatro, ò cinco dias te has de fingir mas achacosa que hasta aqui has estado, y al cabo dellos entre las onze, y doze de la noche tomaràs estos polvos que aqui traygo, y luego al punto comiença à dar voces, diciendo, confesion, confesion, y en obra de vn quarto de hora que estaràs en tu sentido, haz grandes demonstraciones de difunta, ordenando el testamento, de modo que vaya esta hazienda à los parientes que en Venecia tienes; y para que no se conozca jamás rastro ninguno de esta traza, y deste ardid, manda que te entierren, con vna caxa en tierra firme, y no en bobeda, y que sea en la Iglesia de Santa Maria, porque he acomodado alli à Mendo por ayudante de Sacristan, para poder la siguiente noche de como te enterraren entrar en la Iglesia, y sacarte de la sepultura. Estos polvos te han de dexar como muerta por espacio de veinte y quatro horas, tiempo suficiente para nuestro despacho; porque como digo, despues que estès en-

enterrada, irèmos yo, y Mendo, y sacandote de la sepultura, la qual bolverèmos à cubrir del mismo modo, y podemos libres, y seguros irnos à Venecia, donde casados gozarèmos con descanso nuestra juventud; ni el Cauallero, ni otra ninguna persona, auiedo visto enterrarte, podrà tener genero alguno de sospecha.

Auiendo Polidora oïdo la receta de su purga, para alcançar la salud que deseaua, que era verse ya libre con el que tanto queria, le dixo, derramando reliquias del coraçon, en liquidos aljofares destiladas: Ay Lisardo, dueño, y señor mio, y como temo que al passo que con tantas veras, y ardidès me buscas, has de venir à perderme, que es lo que siento, y lloro, aun mas que el perderte yo à ti, con ser lo que en este Mundo mas estimo, porque vna vez yo muerta, cessa mi sentimiento, y tu quedaràs de nueuo padeciendo, con mas dolor llorando, y sin esperanças de placer sintiendo. Traeme estas imaginaciones, representame estos pronosticos, y anunciame estos temores vna historia lastimosa, y triste, que ha dias que oi contar de otros dos amantes firmes en quererse, constantes en amarle, y iguales en la muerte, que por descuido de vn criado, aunque no sería sino enojo de la fortuna, dieron con lugubres fi-

nes muestras lastimosas de sus alegres principios. No digo por esto, no, q̄ tendràs pereza en diligencias tan grandes, descuido en cuidados tan preciosos, ni remission en negocios tan importantes, mas sucede muchas vezes aquello que no queremos, y viene sin pensar lo que nunca imaginamos. Pero por ser traza tuyas, no solo harè lo que me mandas, no solo concederè con lo que pides, y no solo executarè lo que me ordenas, sino que estos dias he de mostrar mas amor (aunque nunca le he tenido ninguno) à este Cauallero, que piensa es mi marido, no sabiendo que lo eres tu, para que en ningun caso, ni en ningun tiempo no se origine, ni nazca rastro alguno de sospecha; y si algun consuelo de dichas esperanças anima mi coraçon, es à saber, que el sabidor de todas las cosas sabe que buscamos la quietud de nuestras almas, pues no auiedo consentido en el passado casamiento, por ser dueño tu ya de mi alvedrio, antes pecarè estandome con èl, que no con estos ardidès, buscando su apartamiento, porque de otro modo, sin escandalos muy grandes, sin pleytos muy reñidos, y sin dilensiones muchas no pudieramos gozar, yo de mi libertad para seruirte, ni tu de tu reposo para quererme, y amarme.

Bolvió Lisardo oyenda estas

razones à abraçar à Polidora, y dexando entre los dos bien advertido todo quanto auian tratado, señalando el dia, y hora, porque no huviessse en la preuencion algun estoruo, se despidieron con mil ternezas antes que viniessse el dia, baxando la misma Polidora à abrirle la puerta con vn profundo silencio, por no ser sentida de los pages, y criadas, q̄ muchas vezes despiertan à ser testigos de lo que no es menester, y daermen à porfia quando pudieran causar algũ prouecho. Y porque me ha ocurrido à este proposito vn cuento, se le quiero referir à la señora Doña Serafina, entre tanto que congetura en lo que ha de parar esta Nouela. Es, pues, que en cierto Pueblo de la Mancha auia vn Labrador que tenia vn perro, q̄ à qualquier hora de la noche que el amo entraua en el corral estaua ladrando, y le arremetia, y aun mas de quatro vezes le mordiò; y vna noche que entraron vnos ladrones, y robaron lo que pudieron, se estubo el perro durmiendo como piedra, sin ladrar, hasta que el amo por la mañana con vn leño le hizo dar los vltimos ladridos. Y si los señores con sus moços, y criadas hizieran otro tanto, aunque no de modo que los matàran, pudiera ser q̄ durmieran quando entran los de casa, y velaran quando quieren entrar los agenos.

No quiso Polidora dexar llegar la noche señalada para hazer el testamento, considerando los intervalos que podian suceder, sino dos dias antes muy melancolica, y triste, llamò al Cauallero, q̄ solo tenia el titulo de marido; y contandole sus achaques, y como sentia en sí q̄ cada dia le dauan mas pesadumbre, dixo estaua de parecer de ordenar su testamento, por muerte, ò por vida; à lo que el Cauallero no quiso contradizir, vièdo que era cosa injusta, antes afligido, y lastimado hizo venir dos Doctores los mejores de la Ciudad, para que la visitassen, y viesssen la enfermedad q̄ tenia, los quales oyendo à Palidora exagerar tanto el mal que interiormente sentia, y que venia originado de los menstros que auia padecido, se conformaron en dezir que era enfermedad interna, y putrefacion de higado, embuelta con grandissimo accidente de melancolia; y así, que tenia mucho peligro, aunque no auia calentura, y era menester no descuidarse con ella; y como es natural entristecerse vna persona quando le dizen que està à pique de morir aqui por el contrario, Polidora recibìo mucho placer; lo vno, por mirar lo bien que correspondian à su intento; lo otro, por ver la facilidad con que se engaña vn Medico.

Con este buen parecer ordenò

no su testamento, dexando grãde cantidad de Missas, muchedumbre de acompañamientos, y aparato para las exequias sumptuoso, no olvidando el advertir con mucha instancia que le diesen sepultura en la Iglesia de Santa Maria, y que se pidiesse junto al mismo Altar Mayor, porque de mas de tener alli su deuocion puesta, era aquella su voluntad, y gusto. Dexòle al Cauallero, porque era algo pobre, aunque mas lo fue en nunca poder gozarla, las casas en que viuia, que eran de valor de mas de quinze mil ducados, con todos sus vestidos, galas, y aderezos, que eran tambien quantiosos, con que diò muestras que el diuorcio, y separacion que con èl auia tenido, no auia sido por odio, si bié procedia de mucho querer à otro. De la demàs hazienda, que era en muy gran cantidad, dexò al mismo por legitimo administrador, hasta q̄ vna hermana que en Venecia tenia (à quien mandaua que al momento que ella muriesse se auisasse) remitiesse orden para su disposicion.

Mire v.m. que mas hiziera esta señora, si hiziera este testamento para despues de sus dias, ò estuuiera cierta que auia de morir? Mas podemos responder, que si le sucediera lo que al otro que se fingiò muerto, y quando quiso leuantarse no pudo, se hallarà por lo menos con alguna dispo-

sicion buena para el alma, y a q̄ se quedara tan indispuesto el cuerpo. Llegò, pues, en fin, la hora tã deseada de Lisardo, quanto de todo el genero humano aborrecida, porque hora de morir, yo juzgo no ay ninguno que aun de burlas la quiera ver, y al tiempo que à la tenebrosa noche faltaua media hora para igualar las balanças, tomò los polvos Pelidora, y dando al instante voz, despertò toda la casa, acudieron todos, y nos à medio vestir, otros del todo desnudos, y el Cauallero vestido, por no auerse aun del cuidado desnudado. No huvieron menester preguntar la causa de los queixidos, viendo en Pelidora los ademanes que hazia, las muestras que daua de dolor, y las señales que mostraua de difunta. Pidiòles vn Crucifixo, al qual con ternezas, y suspiros dixo llorando sus culpas; y quando llegò el Confessor, que con mucha priessa auian ido à llamar, ya auia dado su alma à vn letargo muy profundo, si bien es verdad que con entrañables veras en manos de Dios la auia puesto, y ofrecido.

Quedòse la no difunta como si propriamente lo estuuiera, aunq̄ no se le borrarón, ni lo amortiguaron del todo las dos rosas del jazminico camin. Començaron à este tiempo à retumbar los huecos de los aposentos cõ la fuerça de los llantos, y à emba-

razarse el ayre con las queexas, y suspiros, los quales sentimientos, aunque eran grandes de todos, no llegaron con muchos quilates à los del Cauallero, que à puro besar sus manos cristalinas, pensaua infundirles la vida, y aliento que en si oculto tenian. Fue en amaneciendo Lisardo allà, como persona que tenia la cabida que hemos dicho; y dando el pesame con muestras de sentimiento, se ofreciò à hazer lo que menester fuesse, aunque se comidiò à ir à encomendar la caxa sin que se lo mandassen, por causa de advertir al Carpintero que la hiziesse algo espaciosa, de madera nueua, y gruesa quanto pudiera ser; lo qual advirtiò, temiendo no la vndiesse el peso de la tierra, que auia de cargar encima. Esto assi bien negociado, no le costò pocos sudores el persuadir con algunos, que no atormentassen à Polidora, como querian hazer, por ver si aquel era sueño, en lo qual no hizieron poco los dos Doctores, que à trueque de cobrar fama (por auer ellos anũciado esto dos dias antes) dixeron que no era necesario el hazer pruebas ningunas, porque estauan muerta como sus padres.

Hizieronse las exequias con el aparato mayor, y mas sumptuoso que se viò jamàs en la Ciudad, de la qual apenas quedò persona que no la viesse, y de las principales pocas que la acompañassen,

obra por muchos titulos debida à ella, y digna del Cauallero por su calidad, y nobleza. Enterrada Polidora en vida, se recogieron todos los de su casa à llorar, y à sentir su muerte; y quando el mayor Planeta, despues de auer descendido de la radiante carroza, entrò à recrearse en los regalados braços de su hermosa Delia, entrò el solcito Lisardo solo con Mendo en la Iglesia à esperar que fuesse hora de poder, sin ser sentidos, abrir la sepultura, deposito del tesoro mas rico que conociò Venecia. Mas como para descubrir vn tesoro, y mas como este, es fuerça padecer trabajos, y buscar muchos ardides, quiso la fortuna que fuera de los padecidos, y ademàs de los ya buscados, sintiesse, y buscasse otros, sintiendo trabajos mas estrechos, y buscando ardides mas sutiles, y apretados. Fue, pues, que el Cauallero mouido à deuocion, y à dar indicios de amor, y buena correspondencia, quiso, por ser el dia siguiente de la Virgen, ir aquella noche à velar à su Iglesia con los pages, y criados que tenia, teniendo todos en las manos hachas encendidas. Assi como lo pensò lo puso por obra: fueron todos allà, llevando licencia del Cura de la Parroquia; con que Mendo, como Sacristan, no se atreuiò à contradizir, ni hablar palabra, aunque no fue poco que le quedasse

dasse aliento para dezir à Lisardo do lo que passaua , el qual oyendo el ruido , se auia escondido en la Sacristia.

Vuestra merced podrá considerar, porque no me detenga en esto , del modo que quedaria el pacientissimo Lisardo , viendo intervalo tan irremediable , y considerando à Polidora enterrada de aquel modo, y por despierta ya de alli à tres horas. Rebolviò, pues, al momento en su imaginacion vna industria , que otra que ella imagino no fuera bastante à producir dichosos efectos, sin sospechas de passion. Dexando , pues , advertido à Mendo que no saliesse de alli hasta que èl bolviessè, se salió de la Iglesia sin ser visto de ninguno de los que estauan velando; y con passos presurosos llegó à la casa de Polidora , y saltando las paredes del jardin , abrió del modo que pudo vn pequeño postigo, y entrando dentro , como el que bien sabia las entradas , y salidas, subió à vnos pajares concernientes à la misma casa, y pegandoles fuego por la parte que considerò que no podia recibir daño la casa principal , ni las circunvezinas , bolviò à saltar diligente por donde auia entrado, y apenas cruzò dos calles, quando ya el fuego embrauecido, en braços de su misma furia sustentado, parece quera , rompiendo los ayres , llegar à su region at-

diente. Y visto de Lisardo , y oyendo el alboroto, y voceria que se iba ya despertando , calçò alas en los pies para llegar à la Iglesia : de la qual , anunciados ya del fracaso , viò salir despavoridos, y confusos al Cauallero ; y à sus pages ; y mientras ellos diligentes acudieron à remediar el daño , con mucha mas diligencia Lisardo, y Mendo, atrancadas bien las puertas , sacaron de la enlutada caja à Polidora difunta, propriamente al viuo, por no auer gozado aun el absintio de la muerte ; y sin mas detencion , tomandola Lisardo en los braços (despues de auer cubierto del mismo modo que estaua la sepultura) caminò con ella à su casa con bien crecidos temores , por si le encontraua alguno ; que en trazas amorosas , por prevenidas que sean , jamàs se dexan de atropellar algunos impossibles.

El fuego se remediò breuemente, aunque costò harto trabajo, despues de lo qual el deuoto Cauallero bolviò à la Iglesia à cumplir su deuocion comenzada. Polidora al mismo punto que la noche antes auia tomado los polvos , bolviò en su acuerdo, despertando en Lisardo todos los raudales de placer, en que pensò ter anegado: aqui fueron los contentos , aqui las alegrías , y aqui los votos cumplidos. Todo era dezir regalos,

todo era tratar amores, y todo contentos, viendo el dichoso fin que la traza auia tenido, aunque admirada Polidora de lo q̄ auia pasado. Vn mes se estuvo encubierta cō el secreto, y cuidado q̄ el caso requería, en el qual tiempo Lisardo, auiendo con su industria fingido poderes de Venecia, en que le dauan facultad para disponer de toda la hazienda, la dispuso con gran orden, y concierto; y cargando vn Nauio con muchas, y diuersas riquezas, y auiedo despedito del Cauallero, q̄ ya quedaua en afomos de casarse, y tambien del Mercader, que en sus ocasiones, y trabajos le fue siempre propicio, saliò de Seuilla con su amada Polidora, y con su criado Mendo vna mañana, antes que las tinieblas fuesen heridas de crepusculos lucientes, por ser esta hora mas secreta para no ser vistos de ninguno, si bien con todo Polidora iba con tan diuerso disfraz que era imposible ser conocida, aunque qualquiera la viesse. Llegaron

con prospero viento à su Patria; donde siendo de los mas principales con mueltras de placer biè recibidos, se gozaron muchos años con gran quietud, y reposo, recuperando con contentos los padecidos trabajos.

Esta ha sido, señora Doña Serafina, la traza desta Nouela, con que se puede dar por respondida à su demanda, ò por satisfecha à su objecion; porque las trazas son muy vtiles, y necessarias, ò ya para huir de la muerte, ò ya para passar la vida; y assi, entenderà v. m. de passo vna duda que se ofrece en el derecho en vn titulo que se llama de dolo malo, el qual claramente indica que ay dolo bueno, donde comunmente todos resuelven, que son buenos los dolos, ardides, y trazas que vsan los Soldados para vencer à sus enemigos. Por lo qual, señora Doña Serafina, colijo, que si el derecho dà à entender que ay trazas buenas, no es justo que V. merced juzgue las mias por malas.



# BVSCAR SV PROPIA desdicha.

## NOVELA TERCERA A LA *señora Doña Serafina.*

**Q**VE Vn hombre busque regalos, que apetezca Dignidades, y que procure deleytes, no ay que marauillar, porque el dictamen de la naturaleza inclina siempre à estas cosas; de tal modo, que ninguno puede eximirse destas anhelos, ni librarse destas apetecibles codicias, porq̄ para resistir, y repugnar al natural situado, y fortalecido en los pertrechos fuertes de la voluntad libre, es menester auxilios sobrenaturales, y fuerças casi Diuinas; pero que vn hombre busque desdichas, y aduersidades, y quiera adquirir lo propio que conoce lleva rastros de su ruina, ò sombra de su desgracia, puedo dezir con razon, que este tal, ò es temerario, y soberuio, ò enfermo de su juizio, porq̄ el temerario siépre apetece impossibles, y el enfermo siempre desea lo contrario à su salud. Ya oygo à v.m. señora Doña Serafina, que me dize, si por ventura la quiero escriuir algun Sermon de

Quaresma, segun el preambulo propuesto? A que respondo, que si v.m. lo quiere mirar en el sentido analogico, serà Sermon; y si solo en el historico, serà Nouela; porque tambien se pudiera considerar no es marauilla que vn alma alguna vez tropiece en la luxuria, resvale en la codicia, y caiga acafo en la gula: mas que de proposito se ponga à procurar rēcores, y à buscar deleytes, y sabiendo que està alli su perdicion, quiera hazer asiento en ellos, es soberuia, y temeraria, ò està perdida, y enferma. Y esto se lleuarà v.m. de passo por ser Adviento; y si estuviere desocupada, podra con este tenor bolver à lo Diuino lo demás del discurso. Mi intento en esta parte ha sido corresponder à lo que v. m. me pidió dias passados, diciendo la refiriesse la pendencia, y desafio del Valcarcel de Minateda, por auerla oído contar por mayor, auerla dado mucho gusto, y quererla saber por muy estēso, para quedar satisfecha. Y como

à cosa q̄ v. m. pidiere està ya de per se, ò mejor dirè, de per me, el no auerla de negar, quise acudir à su mandato, escriuiendo esta Nouela, ò Historia, à la qual he dado por titulo: Buscar su propia desdicha, donde conocerà v. m. quien fue el Valcarcel valeroso, conociendo juntamente al desdichado por su gusto.

Por fracasos que se ofrecen, por desdichas que se engendran, y por desgracias q̄ nacen, se desretò de los regalados pechos de su amada Patria vn Cauallero tã principal, y rico, como valiente, y discreto. Llamauase D. Felix, que aunque fue poco dichoso, mereciò bien este nombre por sus heroycas hazañas, porque la fortuna no todas vezes acomoda el nombre segun los fines del sugeto, sino tambien segun los medios, y principios, porq̄ en estos estàn los merecimientos patentes, y seguros, y en los otros obscurissimos, è inciertos. Embarcòse en Barcelona con D. Francisco de Mendoga, Capitan General de las Reales Galeras de España, que por mandado de su Magestad del Rey Felipe Segundo iba al socorro de Oran, y Mazalquivir, cuyas Fuerças estauan tan oprimidas, y desmanteladas, que si tardarà dos dias, las hallaran ya en poder del Rey de Argel, el qual apenas tuvo nuevas del socorro, quando con mucha diligencia recogiendo su cãpo,

conregò à huir la buelta de Mostagan, triste, y pesaroso de ver tã mal cumplidos sus intentos. Mas como huviessè D. Francisco de Mendoga desembarcado la gente que lleuaua, y de Mazalquivir huviessen salido los Soldados q̄ quedauan, auiendose los vnos, y los otros hecho salva con algunas disparadas piezas, començaron à seguir al Rey de Argel, dando muerte à muchos Moros, tomandoles municiones, y cautiuando à otros, hasta que D. Francisco mandò, que dexandoles, se recogiesen à Mazalquivir, por ser el Sol tan ardiente, y ir Caualleros de mucho valor, y esfuerço, tan ganosos de pelear, q̄ gustarian de anteponer los cortes del morir à los raudales de la vida. Destos fue el vno Don Felix, el qual considerando que yendose el enemigo, no quedaua ocasion para dar à los que no le conocian muestras de su fortaleza, se adelantò mas que todos en el alcance, y seguimiento, donde le fue ya forçoso lo que antes voluntad, porque como vna cuadrilla de Alarbes le viesse solo, à causa que sus compañeros se auian recogido à las vanderas; encendidos en colera, y enojo, boluieron à el, y cercandole por todas partes, començaron à quererle herir: mas el valeroso joven, sin genero de temor, y con vn valor inuicto, se defendiò de tal suerte, que dexando

muer-

muertos tres, y teniendo à quatro que quedauan mal heridos, quiso, para dar testimonio desta hazaña, cautivar à algunos de ellos, porque del mismo modo q̄ el amor apetece impossibles, el coraçon animoso emprende temeridades, pues pudiendo muy bien D. Felix escapar libre desta refriega, si se retiràra, se dexò de todo punto llevar de su inclinacion belicosa, cuya detencion fue causa que vn Baxà muy calificado, y poderolo, que iba guardando al Rey las espaldas, bolviessè con mucha gente à recoger los Moros, que temerosos por varias veredas ivan huidos, y arrastrados; y viendo la pelea tan encendida, y sangrienta, acudiò muy diligente à socorrer à los suyos; y viendo el estrago que Don Felix auia hecho, considerando la determinacion con que aun estaua, hizo se retirassen todos, porque èl solo queria poner fin à tan reñido combate, cosa q̄ le agradeciò D. Felix infinito, como aquel que cõsideraua la destreza de su braço. Hizieronse vn poco afuera, y despues con valeroso denuedo, procurò cada vno ser homicida de su cõtrario, dándose tantos, y tan soberuios golpes, que temblàdo la tierra, eran los vientos heridos de las centellas muchas que de las armas saltauan. Mas como la fortuna es como mala madre altra, q̄ se cansa presto de hazer bien, desamparò

à D. Felix en la mejor ocasion; dando lugar q̄ se le desarmasse la espada cõ q̄ el Moro, cobràdo el aliento q̄ ya lleuaua perdido, se prometió la vitoria q̄ jamàs sus ojos vierà, sino tuviera cõsigo tantos q̄ le socorriessen, porq̄ al tiempo que le fue à herir à su salvo, le hurtò D. Felix el cuerpo cõ vna notable ligereza, y haziendo que diessè el golpe en vacio, arremetiò à èl cõ tã feroces impulsos, q̄ diò cõ su cuerpo en tierra; y yéndole à herir cõ vn puñal q̄ lleuaua, llegarò los demás Moros, y no solo le impidieron, sino q̄ maniatado à D. Felix, le leuarò cautiuo, cõ intèciõ de matarle cõ martecidos tormentos: à q̄ el Baxà no quiso dar lugar, aficionado à su valor, antes mostrandole mucho amor, se le lleuò consigo.

No me negarà v. m. señora D<sup>a</sup> Serafina, q̄ este Cuallero buscò esta desgracia, porq̄ en materia de esfuerço jamàs pudo persuadirse q̄ otro le hazia vètajas, causa q̄ fue de hazer hechos muy insignes, y de llegar à los umbrales de la muerte. Llegaron à Argel, dõde el Rey, cõ la tristeza q̄ lleuava, no quiso ser recibido, comencò el Baxà, auiedo experimentado la discreciõ de Felix, como el valor de su braço, à darle cuenta de vna passion amorosa, por auer puesto sus ojos en vna Dama de la Reyna, llamada Zayda; tã hermosa à la vista, como etquiua à sus amores; tan agradable à

qual.

qualquiera, como à sus ruegos cruel, y tan libre en voluntad, como cautiuadora de la suya. Estimò en mucho Don Felix los fauores q̄ el Baxà le hazia en descubrirle su pecho, y en manifestarle su voluntad, porque à quien està cautiuo, no son pequeños regalos q̄ se conlloren los dueños de sus tristezas, y le piden arbitrios para buscar sus remedios, y assi se le ofreciò de hazer quanto le mandasse, no como cautiuo, y forçado, que aquello no se agradece, sino con voluntad tan libre, como si sacàra en logro sus propios interesses. A cuyas sumisiones de buen seruicio, correspondiò el Baxà con darle sus braços. Prometiendole muchas riquezas, y joyas, con la libertad, que es la de mas estima, si daua traza, y ardid para que Zayda le quisiese. Otorgò Don Felix el concierto; y para principios de satisfacion, le dixo que le presentasse à la Dama en muestras de su querer, alabàndole sus prendas, y intimando el no auer otro ninguno, aventurandose à traer despojos de aquella empresa; y que si èl no la traxera, no se atreuiera jamás à ponerse en su presencia, ni à dar enojo à su vista; y q̄ si ella le admitia, ò de mala, ò buena gana, èl tomaua à su cargo reducirla à su querer, y atraerla à su voluntad. No se tardò el Moto en poner en execuciò este consejo, y arbitrio, antes vistien-

do à D. Felix ricamente, y haziendole subir en el mejor cauallo que tenia, mandò à su Mayordomo le lleuasse à Zayda, y la refiesse lo que el mismo D. Felix le auia aconsejado. Holgòse tanto la Mora en ver su talle galan, gentil brio, y disposicion bizarra, que à auer de ser èl querido, no era menester mas fauor que su presencia; mas viendo en la rica estima del presente, la grande aficion del que le presentaua, recibìò à Don Felix con gusto, y alegria, y embiò al Baxà grandes agradecimientos.

A pocos dias de entrado Don Felix en el dominio, y potestad de Zayda, que le trataua, no como à esclauo, sino como à Mayordomo suyo, trayendole bien vestido, dandole manjares regalados, y fiandole su hazièda, començò por muchas cifras, y por similes diuersos à proponerle el amor grande que el Baxà la tenia, la aficion inmensa con que la amaua, y el gusto, y voluntad con que procuraua seruirle. A todos estos terminos Zayda, por no tener ocasiò de hablar claramente, se hazia desentendida; porque es regla general, que no padece excepciò, querer las mugeres entender todas las cosas, sino es quando son contrarias à su voluntad, q̄ en llegando à este punto, por muy claro que les hablen, responden que no lo entienden. Bien consideraua Don Fe-

Felix auia de ser difícil de alcançar lo que juzgò antes facil, cuya causa era, que à Zayda festejaua vn primo del Rey, tan hombre por su espada, que solo se do lia y à Don Felix no poder medir con èl la suya: mas viendo la palabra que auia puesto, y las importunaciones quotidianas con que el Baxà le persuadia, determinò declararse mas, como poniendo eltrelluelas, ò claras adiciones à las cifras que auia hecho. Pero viendo que todavia no hazian operaciones los fatigados modos de su ingenio, ni las sutiles trazas de su industria, rasgàdo los oscuros velos, y corriendo las cortinas à lo intrínseco de sus palabras, y à la medula de sus pensamientos, llamó vn dia à Zayda aparte, y con razones breues de retóricos conceptos, y elegancia, le declaró, y explicó la voluntad, y afición que el Baxà la tenia, y las penas, y dolores que por su amor passaua: auiendolo Zayda oido, apagando algunos aflomos de enojo, que despertados en los retretes del alma, se iban cõ la colera encendiendo, dixo de aquesta suerte: No ignoro, Felix, lo propio que me intimas, ni dudo lo mismo que me significas, que si hasta agora me he dado por no entendida à tus preñadas razones, y por ignorate de tus obscuras palabras, era procurar callado, hazer que en esta materia no me

hablases, por ser cosa muy sabida, que ninguno llega à hablar al que no le oye con gusto, ni nadie llega à pedir al que se le ha de hazer sordo. Mas supuesto que ya te has declarado, me toca el desengañarte, porque no me canses mas con estas importunaciones, ni tu con estos cuidados te fatigues; yo conozco que el Baxà es rico, y dotado de todas perfecciones; yo confieso que es galan, discreto, esforçado, valiente, y animoso; yo concedo que le deuo mucho amor, inmensa voluntad, lagrimas, ternezas, y suspiros. Mas si mi alma quando està considerando, y conociendo esto mismo, le està aborreciendo, de què modo podrè amarle, que no me abortezca à mi? ni como podrè quererle; que no me cueste la vida? Fuera que el perfecto amor es solamente connexion, y nudo de dos voluntades, vna con otra tan unidas, que ninguna dellas ama jamás otro objeto, sin padecer aflomos de inconstancia, ni procura desvnirse, sin sufrir rasgos de poca firmeza; pues si yo tègo à Ochali, primo q'es del mismo Rey, entregadas las llaves de mi aluedrio, y èl à mi las de su voluntad, como tendrè juntamente al Baxà amor, sin ser notada? ni como dexarè al que quiero, sin ser fementida? Razones son estas dos tan apretadas, y urgentes, q' no hiziera yo como quien

soy en quebrantarlas, ni tu haràs como quien eres en contradizirlas, sino es que acaso, lleuado de promessas, quieres con porfias probar mi constancia, y con pesados ruegos tentar mi paciencia, que solo seruir à de irritar mi enojo, para que privandote de la libertad que agora tienes, te ponga en la seruidumbre q̄ no piensas. Si quieres tenerme continuo propicia, y fauorable, olvida agenos cuidados, y si gustas estar siempre en gracia mia, procura cuadirte de semejantes ruegos; porque si importunas, no has de sacar de mi para el Baxà, si no son rigores, y desdenes, sacando para ti pesares, y disgustos; y si te apartas deste intento, mostrarè al Baxà la aficion lisa que hasta aqui he mostrado, dandote à ti la misma estimacion en que siempre te he tenido.

Dichas estas razones, se entrò Zayda zahareña en su retrete, quedándose D. Felix por vna parte confuso, y por otra algo afrentado, que en pechos nobles, aunque estèn cautiuos, tambien cabe el sentiemièto de hazer dellos poco aprecio. Pero considerando q̄ en facilitar esta causa, y en

acudir con ruegos, y porfias no podia perder mas, supuesto estaua privado de la libertad; y iba dispuesto, no solo à tener ganancia della, sino à salir cõ lo que al Baxà auia prometido; determinò de persuadir à la Mora siempre que huvièsse ocasion, que à quien la busca le falta muy pocas vezes; y considerando q̄ gracias del ingenio suelen atraer à las mugeres mas que las externas, escriuiò algunas cartas amorosas llenas de ricos conceptos; y haziendo al Baxà que las sacasse de su letra, se las presentaua à Zayda, dandose por desentendido de saber cuyas eran, aunque la Mora todo lo entendia, y con no responder daua muestras del gusto que le dauan; y con rasgarlas al punto, daua à entender lo que sentia. Viendo D. Felix el poco fruto que sacaua de tantos desvelos, y que su natural belicoso no sufría andar con tales extremos, tomò vn dia la pluma, y de letras mayusculas escriuiò vn Epigrama, que fixò vna noche enfrente de su Palacio, para que al salir por la mañana la pudiesse ver, y el tenor de la letra era este.

Zayda, tu no eres tigre, muger eres,  
y en ley de ser muger, has de humanarte,  
dando gusto à quien gustos quiere darte,  
y placer à quien quiere dar placeres.

Solo te pido, y ruego consideres,  
que vine à ser tu esclauo por rogarte;  
porque sino es con trazas, ò con arte,

no engañará ya vn diablo à las mugeres.  
 De hazerte ruegos, Zayda, estoy cansado,  
 de mirar tus rigores ofendido,  
 y de auer esperança muy incierto.  
 Pues tambien, Zayda, estoy determinado,  
 y en no haziendo por bien lo que te pido;  
 por mal te he de vencer, ò quedar muerto.

Hasta por la pluma quiso Don Felix buscar su mal, como otras vezes por la espada (que todo hombre valiente juzga quando està escriuiendo, y mas si es enojado, que quiere salir à reñir, y assi lo poco que escriue. y à llenar de tajos, y reueses) los quales, ya que Zayda no pudo resistir, supo por lo menos vengarse, pues al punto que los viò, conociendo en su dictamen ser el dictador D. Felix, mandò que se desnudasse de los vestidos ricos, y fuesse à cultiuar el jardin con vna cadena al pie; que le echò ella misma; viendo que ninguno de sus criados se atreuia, conociendo todos la condicion de Don Felix, el qual sin hablar palabra, estava inmovil à todas estas afrentas, reprimiendo en su pecho rayos de colera, y ira; que no reprimiera, ni apagàra, si fuera vn exercito de hombres, el que le llegara à ofender. Mas viendo que era muger, y de tanta hermosura, lleuaua estos agrauios con semblante de placeres, que ya no ay hombre que no se rinda, y auasalle à vna muger, ni ay muger

que tenga ya temor à vn hombre; y assi, el mejor apodo que à la muger se le ha dado, ha sido, llamarla hechizo, pues de tal manera encanta los entendimientos de los hombres, que al mas discreto deslumbra, y al mas valiente, y valeroso, auasalla.

Obedeciò Don Felix el mandato de Zayda, entrando en vna huerta amena, y deleytosa, no para recrearse, como otras vezes, sino à romper con los azerados dientes de vna hazada los terrones duros de la tierra, la qual iba regando con lagrimas de sus ojos, y en tanta abundancia, que ya la vista impedida, no le daua lugar à ver donde ponía los pies, ni donde daua los golpes; porque en llegando vn pecho noble à verse ocupado en semejantes officios, por mucho esfuerço que tenga, se deshaze en lagrimas, y por mucho sufrimiento, se atormenta con dolorotos, y muy grandes suspiros. Solo va consuelo le quedaua en tantas desdichas, y era, ver que el solo las auia procurado, la vez

primera; por ser tan atreuido, y agora por querer, ser con tantos extremos porfiado. Hallò Cupido lugar en estas ternezas de despertarle pasiones amorosas, causas que auian sido primarias, y originales del cautiverio en que se veia, y del dolor que passaua; que si bien no estaua olvidado dellas, por lo menos el mucho animo que en su coraçon tenia, y el verle ocupado en nobles exercicios, no le daua lugar à sentimientos. Vna tarde, pues, que mas que otras le agrauò el amor con preteritas memorias, con los presentes cuidados, y con desdichas futuras, soltando el toscó instrumento, y tomando en las manos el remate de la cadena, q̄ de sus pies pendia, puesto en parte donde Zayda le podia oir, dixo con mucha terneza estas palabras:

Regalada prenda mia;  
gloria, y honra de Plasencia,  
si tu me vieras ansí,  
que de lastimas hizieras!

Hizieras tus ojos fuentes;  
que brotaran tantas perlas,  
que para mi libertad  
bastara la menor dellas;

Dellas bebi algunas vezes;  
y como tan dulces eran,  
vna gota solamente  
no dexè que se perdiera.

Perdiera yo cien mil vidas  
por tenerte en mi presencia;  
aunque estando tu delante,

como podia perderlas?

Perderlas por causa tuya;  
algun tanto me consuela,  
si ay muertes con alegria;  
y tormentos con paciencia;

Paciencia avrè de tener  
en medio de tantas penas;  
por ser muger quien me affigè;  
y muger quien me atormenta.

Atormentame vna Mora,  
que aunq̄ no es qual otras negra,  
es tan blanca, que me haze  
el blanco de sus saetas.

Saetas tira de enojo,  
porque la ruego que quiera;  
como si acaso el querer  
fuera en este tiempo afrenta;

Afrentame desta suerte,  
tratame desta manera,  
exponiendome al trabajo,  
y atandome con cadena.

Cadena, Doña Maria,  
si tu en mis pies vieras puesta;  
no dudo que de mi cuello  
cadena tus braços fueran.

Fueran para mi eslabones  
tan dulces, que por bien diera,  
à trueco de gozar dellos,  
sufrir destos la inclemencia:

Inclemencia tienes, Zayda,  
pues ya que no me consuelas,  
gustas de darme trabajos,  
y de publicarme penas.

Penas siento, y no son tanto  
por lo que el trabajo pesa,  
como por ver que soy noble,  
y me ocupas en baxezas.

Baxezas no he cometido;  
porque es consequencia cierta;  
que quien es de prendas altas

nunca busca baxas prendas.

Prendas de vn Moro te alabo,  
que por ti suspira, y pena,  
y me has dado por albricias  
el desamor que me muestras.

Muestras te darè algun dia,  
si tu condicion no enmiendas,  
del poder de aquette braço,  
y del valor que en mi reyna.

Muy atenta escuchò Zayda las lastimosas razones de D. Felix, y por mucho que con asomos de ira, quiso refrenar los rasgos de compasion, no dexò de enternecerse, quando supo dexaua prendas de amor en su patria, auiendo hasta este punto estado muy admirada de ver que jamàs auia nombrado cosa alguna tocante à cuidados suyos; y yà muy deseosa de saber sus pasiones, y conocer sus successos (cosa tan apetecible de mugeres) quisiera llamarle, y preguntarle la causa, à no reparar en las palabras vltimas, en lo que parecia la echaua fieros, y proponia amenazas; y así para salir de dudas, y conocer su valor, mandò con semblante ay rado à quatro Moros, de los que la seruian, que apercebididos de armas, por lo que sucediesse, entrassen en la huerta, y hiziesen trabajar à aquel cautiuo, porque se estaua holgando. Obedecieron los Moros, bien contra su voluntad, porque conoçian el peligro à que iban expuestos, mas consideran-

do ser forçoso no poder contradizir, llegaron donde Don Felix estaua limpiando el sudor de su rostro (fomentado con algunas lagrimas) no con las tohallas, y lienzos ricos, con que solia, sino con sus mismas manos; y apenas le huvieron propuesto el mandato de Zayda, quando sacando de el coraçon llamas encendidas para los ojos, ira, y rigor para el semblante, y esfuerço para los braços, asió de la cadena con impulsos tan violentos, que al primer golpe hizo que vno dellos llegàra à sus pies à despedir la vida; y tomándole el alfange, se fue para los demàs, con intento que viesse Zayda (que ya auia salido à las voces) como sabia jugar con la espada con la misma gallardia que con la cadena. Tiròle à vno vn tajo, y con no asirle de lleno le rebanò los pechos de tal modo, que cayò muerto al instante; lo qual visto por los otros dos que quedauan, aunque ya con algunas heridas, se acogieron al sagrado de Zayda, que à ser otros, no les valiera, segun la determinacion, que lleuaua Don Felix, que era morir, mostrando en quanto encontrara primero su valor. Pusose Zayda delante, que con mucha prudencia auia mandado cerrar todas las puertas, temiendo si entrava gente, le mataassen. Obedeciòla Don Felix, no solo en no

profeguir su intento, sino poftrandose à sus pies, y pidiendola tomasse en el vengança de su enojos; à lo qual Zayda, por cumplir con sus criados, no quiso responder cosa alguna, sino antes mandò le metiessen en vna mazmorra, y le cargassen de hierros, preuiniedo à Don Felix, con vnas secretas señas, lo aceptasse, en cuya confianza fue con mucha humildad, si bien los que ivan con él lleuauan harto temor. Venida la noche, y sofegados los motines, que entre los parientes de los muertos, y heridos se ivan leuantando; llegó Zayda à la mazmorra à cumplir la palabra que auia dado por señas, y sacando de ella à Don Felix, le lleuò à vn aposento secreto, que junto al suyo estaua, y despues de auerle pedido perdon de lo que con él auia usado, y perdonado su atreuimiento, le rogò encarecidamente le dixesse de donde era, y la causa amorosa porque se auia ausentado de su patria, y que ella le prometia tratarle con mucho amor, y auia si era menester, e concederle libertad. Echòse D. Felix à sus pies, oyendo fauores tales, y dando algunos suspiros, le dixo, estada muy prompto à contarla todo el processo de su vida, dexando entre parentesis la causa de sus amores, la qual no podia en ningun modo declara-

por auer dado palabra con juramento, de jamás dezirla, sino era puesto en el estremo articulo; y assi, q si ella disponia darle muerte, le seria forçoso darla gusto, porque de otro modo, lo mas que podia declararse en este particular, era diziendo, que por vna Dama, llamada Doña Maria, y flor de toda Plafencia, se auia ausentado; para exponerse à las desdichas tan grandes que auia padecido, y tan innumerables, que esperaua passar. No quiso Zayda ser porfiada, al punto que oyò auia puesto su palabra, que auia entre Paganos se tiene, y estima en tanto, que con mucha razon el que la quebranta, se puede tener por infame, y fe mentido, y el que es causa que otros la quebranten, se puede dar por traydor. Pidiòle, empero, relacion de lo restante, y de lo antecedente de su vida, que hizo el valeroso Don Felix muy por extenso, aunque euitando toda prolixidad, en estos tiempos tan valida, que aunque le manden à vno, diga el Pater noster, e quiere dezir glossado; y auiendo estado atenta à sus palabras, y cuidadosa à sus intimaciones, le dixo era tan aficionada à hombres valerosos, y esforçados, que por estar entendida, que en todo Argel nadie igualara en valor à Ochali, por esta razon tenia en el

pues-

puesto su amor, y cuidado con las veras que auia visto, y con la constancia que experimentado auia; y así, que no se admitiera que su coraçon no se inclinase al Baxà, aunque presumia de mas discreto. No huvo Don Felix oido loar de valiente à Ochali, quando ya quisiera estar frente à frente con èl en el campo armado; porque su inclinacion no era otra, sino vna belicosa passion de presumir que en el Mundo ninguno cuerpo à cuerpo le podia hazer ventajas en valentia; y mirando si con vn tiro podia matar dos aues, y con vna traza fenecer dos pretensiones, la dixo à Zayda estaua engañada por extremo, juzgando por mas valiente à Ochali que al Baxà, supuesto era muy al contrario, pues al Baxà auia èl visto salir con vitoria de refriegas muy peligrosas, y reñidas, y Ochali siempre metido en Argel, aunq̃ se auia señalado en algunas pependencias de poca consideracion; y para que viera la verdad desto bien decidida, y patente, la rogaua hizieran vn concierto en esta forma; que saliesen los dos muy bien armados, por euitar algunas heridas, y auiendo señalado luezes, peleasen, y que el vencedor quedasse por su esposo. Aceptò Zayda el partido, fiada en que el valor de Ochali era mayor que el de el Baxà, como en realidad lo era,

el qual auisado de parte de Zayda, quedò muy gozoso; y dandole parte al Rey, à la Reyna, y Damas, se señalaron luezes, dia, y lugar para la justa. Don Felix apenas oyò aquella noche el sí de Zayda, quando fue otro dia muy contento à pedirle al Baxà las albricias, que diziendole de que, le diera muchos pesares en vez de ellas, à no proseguir el valeroso Don Felix, diziendo, que èl mismo auia de salir à pelear disfrazado, y que podia estar seguro que saldria con la vitoria; para lo qual solo le advertia hiziesse dos marlotas de vna misma tela, y que en cosa ninguna se desemejassen, porque acabada la batalla, le auia de ser forçoso, para quitar la sospecha, ir à acompañar à su señora Zayda, quedandose èl en su lugar para cumplir con el Rey, y con las Damas, y para ir sirviendo, y acompañando à los luezes.

Llegado el dia del desafío, se puso el Rey en vn mirador ricamente aderezado; y por dar muestras de la inclinaciõ q̃ à Ochali su primo tenia, se vistió de la misma color, y con los mismos atavios, y aderezos q̃ Ochali auia de sacar, el qual salió tan galán, q̃ se lleuò trás sí la vista de todos, y principalmente de Zayda, que en extremo le queria: la gala era vna marlora de brocado blanco en señal de vitoria, sembrada

toda de zetas de oro, para mostrar que el objeto de aquella empresa, y el premio q̄ della esperaba, estaua todo conjunto; y vnido en Zayda, el penacho era de plumas blancas, y pagizas, p̄dientes con vn bolante de tela de plata, cuyos extremos llegauan à los pies, aunque heridos del Zefiro, siempre andauan por el viento; el cauallo del mismo modo salió desmintiendo blancuras, y pidiendo à la nieue vassallage, y al Cisne parias, cuyos jaezes eran todos de oro fino. Diò vna buelta à la arena, ò estacada, con vn passèo tan gallardo, que dexò à muchos embidiosos; y al passar por el tablado, donde estaua la Reyna con sus Damas, y entre ellas Zayda, avēnando à todas en hermosura, y prefiriendose en atavios, hizo al cauallo que se arrodillasse con tanta mansedumbre, como si fuera capaz de razons, y haziendo el vna sumision muy cortés, se levantò à vn tiēpo cō lindo ayre, despues de auer sido respòdido con otra, asì de todas las Damas, como de la misma Reyna. Esto acabado, entrò por la otra puerta Don Felix, vestido à lo Morisco, cō tal industria, que fue tenido de todos por el Baxà, sin que à ninguno pudiesse dar geneto alguno de sospecha; salió todo de verde, por estar bien advertido que auia de salir Zayda aquel dia de aquella color, cosa

en que todos repararòn mucho; y mas cuidadosa Zayda, rezelandose la auia descubierta Don Felix, porque el propio le auia encargado, y suplicado con grandes encarecimientos que saliesse con colores semejantes, en que se conoce lo ignorante que estaua de que fuesse el mismo. El cauallo que sacò era vn ouero Andaluz, parto de los campos Cordoueses, hijo del viento, segun su ligereza. Sacò por delante el rostro, para no ser conocido, vna vanda de toca de plata, entretejida tambien de seda verde; y para dar à entender que esta era cifra, y no necesidad (pues à no ser desta suerte, no pudiera salir) lleuaua en las espaldas escrito en vn tafetan verde, con letras doradas este mote.

Mi cara sacò cubierta,

La qual no he de descubrir.

Hasta vencer, ò morir.

Auiendo, pues, hecho las cortesias debidas, y passado el palenque con mucha gallardia, se fue muy denodado para Ochalì, que ya le aguardaua bien apercibido; y partiendo entre los dos el campo con lindo ayre, se dieron dos encuētros valerosos, en que las lanças deshechas, buscauan à pedazos asiento en el ayre, ò lugar en el Cielo; mas Don Felix, que no era amigo de dilatar lo q̄ sabia estaua ya de su parte, sin

dexar recobrar la silla à Ochali, q̄ ya del vltimo encuentro auia perdido, llegó à él con vna ligereza inopinada, y con vn trozo que le auia quedado, le dió en la cabeza vn golpe tan tremendo, que le derribò del cauallo medio amortecido. Quedaronse todos suspensos, y Zayda tan difunta, que apagò al instante las rosas de sus mexillas, y borrò del hermoso rubi de su boca la superficie rubicunda. Hallòse confusa por dos causas; la primera, por ver el suceso tan al contrario de lo que ella esperaba; y la segunda, por considerar el concierto que auia hecho, y la palabra que auia dado. No hubo caído Ochali en tierra, quando quatro Caualleros, que auian salido à acompañarle, arremetieron à Don Felix para quitarle la vida, sin hazer caso de las voces que los Juezes dauan, aunque el Rey se estubo quedo, considerando la joya tan hermosa que su primo auia perdido, y la afrenta tan grande que auia ganado. Mas poco se le dió à Don Felix del atreuimiento de los Caualleros, y de la remision del Rey, pues auiendo con su alfange ganadole à vno la lança, dexò muy mal heridos à otros dos con ella. De cuya hazaña el Rey marauillado, mandò à todos los demás que se soslegassen, y q̄ ninguno fuesse osado à ofenderle, Zayda tambien de ver este hecho tan valeroso de Don

Felix, se enamorò del Baxà, haziendo assomos purpureos sobre el campo de azucenas de su hermoio rostro.

Apenas se viò Don Felix libre del tumulto, quando haziendo al descuido que iba à mudar cauallo para acompañar al Rey, se entrò por vn postigo secreto, donde estaua ya bien aderezado de las mismas galas el Baxà, cauallero en vn morcillo, y dandole vn abrazo à Don Felix, y gracias infinitas por beneficio tan señalado, salió à la Plaza, ordenando vn muy galante passeio; y quando llegó à confrontar con Zayda, corrió el bolante del rostro, que tambien tenia puesto, y le hizo vna cortesia, y grãde sumision, à que Zayda correspondió con otra no pequeña. Mientras esto passaua, se desnudò Don Felix, y vistiendo el vestido q̄ tenia, se fue al balcon, donde ya Zayda le esperaba, como aquel que tal no auia hecho. Y llegandole à ella, le dixò con mucho secreto, que mirasse si auia salido verdadero lo que siempre le auia importunado, y dicho: à que Zayda, con vna verguença inmensa, no acertò à responder cosa alguna. Fue Zayda acompañando à la Reyna, y el Baxà muy rozagante, sirviendo al Rey hasta su Palacio, con que se dió fin à la justa, tan infeliz para Ochali; el qual quedò tan afretado, y corrido, que quiso intentar ma-

estas vezes la muerte al Baxà, à no ser impedido por el Rey, que por quietarle, le casò con vna sobrina suya, heredera de los Estados de Tunéz; y si no tan hermosa como Zayda, por lo menos tan discreta, con que Ochali quedó muy contento, y el Baxà libre de sus enemistades, gozando en pacífica possession la mano hermosa de Zayda, cosa q̄ tanto auia estimado, y por quien tantos disgustos auia padecido, dandole las gracias de todo à D. Felix, y cūpliendole la palabra prometida cō mucha breuedad, y diligēcia; y no tanto aun por cūplirla, como por estar quitado de q̄ se descubriessse algū dia su ignominia, y afrenta; y así, vna noche en el silencio della, dandole algunas joyas de mucha quantia, le embiò con cartas de seguro, y con quatro criados q̄ le acompañassen, hasta dexarle seguro.

Despues de auer quedado D. Felix en vnas galeras Ginouesas, desembarcò à pocos dias muy viano en las playas de Cadiz, dōde tuvo nuevas ciertas de los amores q̄ en Plasēcia, Patria suya, auia dexado, y como era muerto el mayor cōtrato q̄ tenia; cosas q̄ le duplicarō el contento q̄ lleuaua, procurando por esta causa abreuia su viage mas de lo q̄ el tiempo daua lugar, bien ignorante de que la breuedad del auia de ser causa de abreuia su vida; y aunque el amor por vna parte, y

la Patria por otra le tirauan tanto, y forçauan à que se fuesse à Plasencia, quiso con todo ver de camino la Corte, que fue el primer corte de sus passos. Y tomādo vna mula en Seuilla, se puso en seis dias en Madrid; y como no ignoraua donde se iaben las nueuas de lo que passa, y no passa, la primera visita que hizo, fue à las gradas de San Felipe, donde hallò dos Soldados Flamencos cercados de muchos oyentes, refitiendo assaltos, y mas assaltos, batallas, y mas batallas, y sobre todo, engrandeciendo sus propios hechos, enseñando, para ser creidos, ha tos papeles falsos entre pocos verdaderos. Llegòse Don Felix à la conversacion, sin darse à nadie à conocer; y como los demàs viesse su buen aspecto, y gentil disposicion, le hizieron lugar con muchas cortesias; y despues de auer sido preguntado de donde venia, y respondido que de Argel, todos los circūstantes con mucho afecto le pidieron, y suplicaron les declarasse la causa de su cautiuerio, y lo que en èl le auia passado; à que èl hallandose obligado por muchas partes, no quiso contradizir, sino mudandose el nombre, les contò desde el principio hasta el fin todo quanto le auia sucedido, de que quedaron todos marauillados, y algunos muy incredulos, y sobre todos fue vn valenton natural de Burgos, el qual

qual al punto q̄ acabò de referir D. Felix, dixo como haziendo burla dèl: por Dios q̄ effas hazañas, aunq̄ fueran de D. Felix el de Plasencia, me hizierã dificultad: la verdad es, replicò Don Felix, quanto he dicho, y si alguno de vs. ms. quisiere que remitamos à las manos esta probança, vamos àzia el Prado, que no quedará por mi, donde se conocerà si soy hombre que igualo las palabras à la medida de las obras. Temiò con esto el que auia hablado, y los demàs quedaron satisfechos y todos juntos dixeron, q̄ aquello auia sido gracia, porq̄ en quanto la verdad, todos le auian dado mucho credito; lo vno, por èl lo dezia; y lo otro, por ver que en su buen talle se manifestaua. Agradeciòselo D. Felix, y por auer quedado con algun gusto de la comparacion q̄ con èl auia hecho el que nõ le auia creído, le dixo al cabo de rato: Es posible q̄ tan valiente Cauallero es esse D. Felix que v. m. ha dicho? A q̄ replicò el valenton: Eslo tanto, que hasta este tiempo no se ha hallado en España quien le igualasse, porq̄ sus hechos, y hazañas merecen estar escritas en bronce, y fuera de otras pependencias infinitas que tuvo, assi en Plasencia, como en la Corte, y en otras partes que estuvo, quando no huiera hecho otra hazaña, sino la que le obligò à ir desterrado à los Presidios de Flandes, era sufi-

ciente, y bastantissima para que su nombre nunca se borrassè; y como conociamos su inclinacion, que nunca admitiò superior ninguno, estamos pesarosos aora de no gozar su presencia, y ver si vencia, ò igualaua à un Valcarcel Blanco del Reyno de Murcia, que oy se lleua la fama del mas esforçado, y valeroso, tanto, que ya ninguno que le conoce se atreue à medir con èl su espada, sabiendo que ha vencido siete desafios campales de hombres muy esforçados, y animosos que han ido à experimentar sus fuerças, y que en pendencia ninguna que ha entrado, ha dexado de salir victorioso, y las mas vezes sin herida alguna.

Quedò D. Felix assi que oyò estas palabras, con los vitales espíritus tan mouidos, que aunque muestras de su belicoso ardor, fueron tambien indices, y señales de su temprana muerte; quisiera descubrirse, mas considerando que sino vencia, era perdido de la buena fama que tenia adquirida, y grãgeada, determinò portarse cõ secreto, y prudencia en lo q̄ ya tenia comprehendido, y determinado en su coraçõ, para lo qual alabando semejante valor, pidiò à este recitãte (ò por mejor dezir, pronostico de su fortuna mala) le diessè por escrito el nõbre, y lugar del Valcarcel, porq̄ èl passaua à su tierra;

y gustaua mucho de tener por memoria los hombres valerosos, ya que no podia tratarlos à todos, ni comunicarlos con la familiaridad que quisiera. Placeme, dixo el valenton, fuera de que es tan conocida por toda España la valentia deste Cauallero; que à los Lugares mas remotos della que llegue v. m. le daràn muy clara noticia de sus hechos, y persona; mas con todo cumplirè con mucho gusto lo que vueſta merced me pide, y aun le darè declaracion de los mas señalados desafios que ha tenido, para que ya que v. m. lleue relacion de lo que por allà se sabe, lleue tambien noticia de lo que no han alcançado. Diòle las gracias Don Felix, y combidandole que se fuese con él à cenar à su posada, se despidieron de los demás, y aun no se despidieran, à no esparcirles la noche, porque à gente metida en conversacion, causa muy urgente ha de ser que los diuida, y muy necessaria, y natural la que los aparte. Cenaron juntos, y despues de cena, tomó el combidado la pluma, y le escriuiò en vn papel todos los hechos que de Valcarcel el Bãco auia sabido: y al fin, por su orden los Lugares del Reyno de Murcia, en que podia habitar, y la via que se podia seguir, para buscarle (que es lo que mas auia menester Don Felix, aunque mejor dirè lo que menos) hasta

venir à dar en las Ventas de Minateda, dõde tenia sus possessions, y labranças, y donde de ordinario solia residir. Partierase D. Felix otro dia cõ esta memoria à buscar al referido en ella, à no hallarse falto de dineros para el viage, y assi determinò ir primero à Plasencia, donde entrò de noche por no ser conocido. Fuese en casa de vn hermano suyo, mayor en edad, aunque no en fortaleza; abraçaronse estrechamente con mucho placer, y alegria, y despues de auerse dado vno à otro cuenta de todo lo sucedido en tanto tiempo que auia estado ausente, le dixo Don Felix à su hermano, que antes que amaneciesse le era forçoso partirse à despachar vn graue negocio q̄ tenia vn amigo suyo en el Reyno de Murcia, por ser persona à quien debia muchos, y buenos seruicios, y auerle prometido acudir à remediarle, para lo qual le jdiessè mil escudos en plata, y que no manifestasse en Plasencia que auia venido, hasta q̄ fuesse de buelta, q̄ seria hasta veinte dias, poco mas, ò menos. Rogòle mucho su hermano le contasse el negocio; como quien ya tenia algunas premisas de sospecha en el coraçon, màs Don Felix no le dixo, sino que considerasse que se iba sin visitar las cosas que mas amaua, y queria, y por quien tantos trabajos auia passado; y que segun esto

esto podía advertir, y conocer la grauedad del negocio. No quiso el hermano porfiarle mas, antes dandole los mil escudos, y vna buena mula, porque criado no quiso (saliò acompañádole hasta fuera de la Ciudad, donde hizieron las vltimas despedidas. Por secreta que fue esta venida de D. Felix à Plasencia, no fue tanto, que vna criada que seruia en la casa no la descubriessè, codiciosa de ganar albricias, q̄ le fueron dadas muy buenas por Doña Maria de Vargas, Dama muy hermosa, y que en estremo auia amado à D. Felix; la qual apenas tuvo nueuas de que se bolvia à ir al Reyno de Murcia, quâdo atropellando impossibles, saliò con acompañamiento conforme à su calidad, fingiendo ir à cumplir vna promessa à N. Señora del Sagrario de Toledo, y enderezò su camino à Murcia, casi por las mismas pisadas de D. Felix, el qual, despues de auerse partido, llegò à Cartagena en nueue dias, entendiendo hallar alli al Cauallero que buscava, por razon de que auia ido mucha gente de todo el Reyno à dar socorro; y como no le hallasse, y preguntassè à muchos por èl, le dixeron algunas personas que le conocian, que aquel Cauallero que buscava era natural de Hellin, Villa de las mas principales de todo el Reyno; y assi, que no tenia sino ir allà, donde era forçoso hallar-

le, ò lo mas cierto en las Ventas de Minateda, que estauan vna legua antes. Holgòse Don Felix mucho con estas nueuas, como si dellas huviera de sacar algunas glorias; y assi, sin mas detencion bolviò à desandar lo andado, para buscar lo que presto diremos. Llegò à Minateda vn Iueves à medio dia, dõde auiendo preguntado por Valcarcel el Blanco, le dieron razon de como estaua en vna heredad muy cerca de alli, llamada Madax; preguntò si auia de venir à la noche, y dixeronle que antes de las cinco avria ya venido, con que le pareciò seria mas acertado esperarle alli, que no ir à buscarle; y assi, apeandose de la mula, mandò al ventero pusiesse vna buena olla, en que echasse vn par de gallinas, y aderezasse, si tenia, alguna caza. Pusole por obra todo lo que mandò, y antes que el Sol llegasse con vna hora à los limites de su carrera, llegò el Valcarcel, llamado Don Francisco, el qual venia à cauallito con espada en la cinta, y vna gruesa lanza en la mano, armas que entonces se vsauan, y con q̄ se conocia el valor de cada vno, en cuyo lugar han entrado las escopetas, y pistolas, con que es harta desdicha ser vn hombre valiente, y mucha sobra de infamia el ser cobarde; pues el vno, por valeroso que sea, muere sin poderse defender; y el otro, por muy

muy tímido mata, sin que aya menester fauor, ni ayuda. Saludóle Don Felix con muchas cortesías, y cumplimientos, en que Don Francisco Valcarcel no le quedò debiendo cosa alguna, y luego le dixo, se siruiesse ser su convidado, porque tenia despues que hablarle muy largo, y darle razon de su venida: escusòse el Valcarcel de aceptar el còbite quanto le es licito à vn hõbre discreto, y entendido; y viendo la mucha instancia de Don Felix, no quiso pecar de porfiado, lo que pecan otros de entremetidos. Cenaron los dos con mucho gusto, y contento, y despues tomando Don Felix por la mano à Don Francisco, se apartaron de la venta como tres tiros de piedra; y viendose solos, y que nadie parecia, le dixo Don Felix estas palabras: Yo, valeroso Valcarcel, soy vn Cauallero de Castilla, tan inclinado à las armas, que nunca imaginè que podia auer quien me ganara en fuerças, ni me igualàra en valor; causa que ha sido de auer hecho innumerables hazañas, y de auerme puesto, y sugèrado à grãdíssimos peligros; y aunque os parecèa temeridad, y poca prudencia, vengo solamente determinado à probar vuestro valor, y à experimentar vuestras fuerças, porque me las han alabado en tan grande manera, que me parece, que si no es deste modo,

no me atreuerè à rediros vassallage, ni à condenarme por de menos valentia. Bien informado vègo que auéis muerto à siete Caualleros en desafios camppales; y bien me consta de las infinitas pependencias que auéis tenido, de que siempre auéis sacado la palma de la vitoria, y el lauro del mas valiente. Mas tambien os digo, que si huviere de contar lo que ha ganado este braço, y lo que ha reprehendido este coraçon, era menester estar de mas espacio, y pedirle al dia de termino muchas horas; pero porq̃ no me està bien à mi contarlas, ni el tiempo dà lugar de referirlas, solo os ruego, y suplico me hagais fauor en que midamos aqui nuestras espadas, para salir desta duda que me trae suspenso, y para salir deste cuidado, que tanto me fatiga. Yo cõfieso que el venir à buscaros tantas leguas, y el pedirlo lo que os pido, parece mas propriamente genero de locura, que no especie de valor; pero porque no me juzgueis por loco, ni me excluyais por temerario, auéis de saber q̃ soy D. Felix el de Plasencia, si acato auéis tenido assomos de mis hechos, ò rasgos de mis hazañas, aunque como ha quatro años q̃ he estado cautiuo en Argel, no serà mucho que algunas que auia hecho se ayan borrado con el olvido, ò con la fama de las vuestras se ayan que-

da

dado en silencio. Finalmente por no cansaros, esta es mi determinacion, este mi intento, y esta mi venida: ó me auéis de dar la muerte, para que yo confiesse, me hazeis ventajas, ó os la tengo de dar yo, para poder sin escrupulo gloriarme de mis hechos. Muy atento estubo Don Francisco, escuchando los impulsos belicosos de la passion de Don Felix, y despues de auerle oido, le dixo de esta fuerte: A no auer tenido muy larga noticia del valor de vuestro brazo, y á no estar bien informado de vuestros hechos hazafiosos, vuestra disposicion, y talle, agora me la diera, mas no me auéis de negar, que sois loado, y tenido por hombre de entendimiento; y esta mayor concedida, mas tambien me negareis q̄ dexa de ser temeridad lo q̄ tan determinado me pedis. Yo he tenido muchas vezes, pero ninguna sin causa, por q̄ quien sin ella se mueue por mucho valor q̄ tenga, ha de quedar vencido, y por ventajas que haga, ha de quedar siempre corto, porque lleva contra si el dictamen natural, que repugna, y contradize á aquella determinacion apasionada; por lo qual yo no quisiera, señor D. Felix q̄ os busqueis mal ta sin prouecho, ó que querais matarme tan sin causa. Aqui no ha auido ocasion para que uno, ni otro nos expógamos á semejante peligro, ni son acci-

ta los medios, auenturar las vidas por pandonores, y iactancia, vuestro valor es tan conocido de todos, q̄ no tiene necesidad para probanças de experimentar el mio, el qual es mucho menos de lo que pensais, menos digno de aplaudir de lo que dezis: y assi como amigo que ya me confieso vuestro, os ruego que deponiendo de vuestro coraçon los ayraños inuentuos, y sossegando de vuestro pecho los prescitos impulsos, os boluais en paz á vuestra patria, dexandome quieto, y pacifico en la mia, donde os seruire cõ todos mis poderes en todo quanto quisieris dexarme mandado; y acudirẽ á vuestro seruicio en quanto me dexareis dicho. Mal conoceis, señor D. Francisco Valearcel (replicò D. Felix) mi determinado intento, y condicion belicosa, sapuestro q̄ con vuestras pacificas razones quereis disuadirme, y apartarme de mi proposito; pues para que no os causeis en replicas, ni preguntas, os doy mi palabra, que para dexar de pelear cõ vos, y conocer la ventaja q̄ me hazeis, no seran bastantes humanos poderes, y asi el peligro consiste en la tardança, y la fama, y el honor en la presteza. Solo os advierto, que hemos de reñir con armas iguales, porque en esto consiste el punto de mi victoria, y estmua la causa de mi honor. Yo traigo puesto vn co-

leto de ante, que es este, que podeis ver; si traxis otra defensa que sea igual, reñirémos con ellas, o si no, lo mas seguro, y acertado será desnudarnos, del colete yo, y vos de lo que tuviereis; y así el que quedare vencido, no estará escrupuloso de que ha sido defraudado por ventaja, mas, o menos de las armas defensivas. No pudo el Valcarcel, oyendo esta determinacion, dexar de corresponder al valor heredado, y adquirido; y así, auindose quitado vna menuda malla, y Don Felix el colete, sacaron las espadas, y con vn arte gallardo, y disposicion gentil partieron el campo, y al tiempo del embestir, vsó el Valcarcel de vna traca, y estratagemas, que le fue à Don Felix presagio, y pronostico de su suerte desdichada, segun se quedó cortado por mucho que quiso disimular; fue, pues, que al tiempo que Don Francisco le vió venir tan denodado, y encendido, le dixo: señor Don Felix, tengase v. m. y no passe de ai: tuuole Don Felix turbado, y confuso, preguntandole la causa; y él le respondió: porque conozco que viene v. m. tan muerto, que me ha dado compasion quitarle la vida, que muy à mi salvo pudiera ya auer quitado. Enojóse Don Felix en estremo, oyendo estas razones, tomando ya por modo de afrenta, lo que antes de arrogan-

cia; y así le dixo, que si temia de pelear con él, hablasse claro, y no por tãtas cifras, y circunloquios: vuestra vida solo temo (replicó el Valcarcel) como lo vereis agora, y cerrando con D. Felix à las dos primeras idas, y venidas, le tiró vn mandoble, que le lleuó el medio muslo, sin ser necesario assegunderle, para q̄ cayess: en tierra herido de muerte. Quando se sintió con tan penetrante herida el infeliz D. Felix, en vez de ayrarse contra el causador de su daño (porq̄ en esta parte conocia ser él mismo) se abraçó de sus pies, pidiendole cõ muestras de amor muy agradecidas, q̄ le lleuasse donde pudiesse mirar por la salud del alma algo mejor, que auia mirado por la del cuerpo; y que estuviesse entendido, q̄ no le auia de culpar en cosa alguna, pues conocia que toda la culpa auia estado en su locura, y temeridad. Compasiuo el Valcarcel de ver à sus manos muerto el hombre mas animoso que en España auia, le cogió en sus brazos, auindole primero apretado la herida con vn lienço, y otros paños, y lleuandole à la venta, mandò à dos moços que aderezassen la mula de modo que pudiesse ir sin fatiga hasta Hellin, q̄ està de allí vna legua, Acomodóse lo mejor que pudo, y subiendo él en su cauallito, llegaron al Lugar à poco mas de las nueue de la noche; y llegaron

gando à su casa mandò que la adereçassen su misma cama, donde fue visitado de los Doctores, y Cirujanos, dando todos malas esperanças de su vida, y mãdando q̄ cõ mucha priessa le Sacramentassen. Hizose todo con muchas diligencias, y despues ordenò su testamento, dexandole à D. Francisco Valcarcel los mil ducados q̄ traia en plata, para q̄ cumpliesse su entierro, segun su voluntad fuesse; y nombrando por vniuersal heredero à su hermano de todo el patrimonio q̄ tenia en Plascencia, con condicion, y grauamen, que en ningun tiempo èl, ni sus descendientes pudiesen pedir su muerte; y q̄ caso que alguno la pidiera, le dexaua à Don Francisco Valcarcel seis mil ducados, con que pudiera pleitear, y defenderse, porque no tenia genero de culpa, supuesto que èl le auia incitado, y acometido primero, y que esto hazia para descargo de su conciencia. Mostrò en estas señales el desdichado Cauallero la generosidad de su pecho, y el valor de su antigua sangre, y conociendo en si mismo, q̄ se le llegaua ya el vltimo plaço, llamò à solas à Don Francisco, el qual se llegó à èl lloroso, y lastimado, y dixo si tenia q̄ advertirle alguna cosa, lo declarasse, porque acudiria à ella antes que à sus negocios propios, y Don Felix le dixo, que solo tenia que declararle vna passion amig-

rosa, la qual tenia hecho juramento de no declararla, sino era estando en el passo en que ya se veia. Dezid lo que quisiereis, replicò Don Francisco, y hazed cuenta que no sale nada de vuestro pecho, porque yo no he de descubrir cosa alguna, sino fuere lo que me dixereis, y à la persona que me mandareis. Cobrò D. Felix algun tanto del brio que ya estaua degollado en su coraçon, y dixo aquestas palabras, que he reducido à verlos, porque v. m. guste mas dellas:

Si mueuen entrañas pias  
desventuras, y fracasos,  
y passiones amorosas  
convencen pechos hidalgos:

Escuchame atentamente  
Valcarcel noble, y gallardo,  
pues eres Blanco, en quien yo  
jamàs pude dar al blanco.

En la Ciudad de Plascencia  
de padres nobles, y claros  
naci vn Martes en la noche  
à veinte y cinco de Março.

Tomaronlo por aguero,  
mas son pensamientos vanos;  
que otros nacieron Domingo,  
y han ido peor librados.

Siempre me inclinè à las armas  
desde mis primeros años,  
con aficion tan inmensa,  
con impulsos tan sobrados,

Que pienso que solo en esto;  
si se ha de dar fee à presagios,  
tuvo que ver el ser Martes,  
con las figuras que alçaron.

Con-

Contarte las traueſuras  
del tiempo que fui muchacho,  
y en do muchas vezes solo,  
y algunas acompañado.

Solo pienſo ſeruir puede  
de ſin prouecho canſarnos,  
tu en eſtarmelas oyendo,  
y yo en irtelas contando.

Dexando, pues, todo eſtoſ  
paſſarè à lo que haze al caſo,  
porque no es bien que dè largas  
vno que ſe eſtà finando.

Veinte y tres años tenia,  
y rayaua en veinte y quatro,  
quan do dandome noticia  
de algunas coſas, y caſos,

Supe tambien como vn hijo  
del Corregidor, baſtardo,  
no ſolo en el nacimiento,  
ſino en ſus hechos villanos,

Querìa alcançar por fuerça  
de Dama la mejor mano,  
que en el arbol de los Vargas  
eſculpiò el buril gallardo.

Eſta era Doña Maria,  
tan hermosa, que harè agrauio  
ſi à otra, que no ſea ella  
la aſimilo, y la comparo.

Tan cuerda, prudente, y caſta,  
que ſin padre, y madre eſtando,  
le pudo guardar mas bien,  
que la guardàran entrambos.

Y ſin tener parenteſco,  
ni auerla en mi vida hablado,  
tomè à mi cargo mi honra,  
y ſu defenſa à mi cargo.

Que el hombre q̄ nace noble,  
y quiere experimentarſe,  
como por los ſuyos propios  
mira por agenos daños,

Andando, pues, vnã noche,  
como otras muchas, contando,  
paſſe por ſu calle, y vi  
que eſtauan dos emboçados.

Lleguè, y preguntè quiè eran  
y viendo que no hazian caſo,  
faquè la eſpada, y los puſe  
en peligro tal, que oſaron

Remitirles à los pies,  
para huir de tales paſſos,  
el valor que no tuvieron  
para pelear las manos.

Siguieralos, ſino oyerã  
caſi en lagrimas ahogados  
gemidos, no de muger,  
de Angel ſi, porque eſ y a tanto

Del hombre el atreuimiento  
en hazer caſos nefandos,  
que à vn Angel harà llorar,  
y harà padecer à vn Santo.

Conoci à Doña Maria,  
y ſin preuenir los daños,  
y que iva à ſufrir expueſto;  
allego à la puerta, y llamo;

Abriò vna criada al punto;  
confuſa, triſte, y llorando;  
diziendo que à ſu ſeñora  
quiere forçar vn villano.

Subi vna eſcalera aprieſta,  
y en vn apoſento entrando,  
hallè braços femeníles,  
deteniendo à infames braços;

Hallè manos criſtalinãs  
midiendo groſeras manos,  
y legitimos impulſos,  
temiendo à impulſos baſtardos;

No hablè palabra en ſu ofenſa,  
porque ay en la vida caſos,  
que ſe han de vengar cõ muerte;  
y ſe han de reñir callando.

Y assi del golpe primero,  
que imagino que fue vn tajo,  
le hize perder la espada;  
y al ir por ella baxando,

Con otro segundo golpe  
le vine à dexas tan baxo,  
que para irse à morir  
fue forçoso leuantarlo.

No me pareció à mi justo,  
aunque otro diga al contrario;  
acabarle de matar,  
pues està patente, y llano,

Que quedaria, muriendo,  
à Doña Maria el cargo  
de su muerte, y fuera hazerla  
en vez de fauor, agrauio.

Y el hombre que no pospone  
su vida en estos fracasos,  
ò no sabe que es honor,  
ò teme mucho, si es sabio.

Con esto el herido à voces  
confessò ser yo el culpado,  
y diò à la Dama por libre,  
y aun pidió perdon llorando.

Yo, al punto q̄ cayò en tierra,  
baxè à buscar, por si acaso  
quedaua, pudiendo huir,  
de mi vida algun resguardo.

Fue imposible à los principios  
y no a y que causar espanto,  
pues todo principio tiene  
dificultad, y trabajo.

De ocho espadas enemigas  
me hallè à la puerta cercado;  
con los dos que huyendo fuerò,  
que estos bolvieron bolando.

Confusos, y temerosos  
de lo que auia passado,  
y bien agenos, y libres  
del daño con que quedaron.

Porque como aquel que ya  
del remedio necessario  
se vè exempto, y de la muerte  
bostezos lleua tragados.

Rompi por medio de todos  
tantos golpes descargando,  
como ventiscas Diziembre,  
ò como granizos Março.

Efecto que dellos fue  
quedar dos muertos, y quatro  
mal heridos, y los otros  
enfermos solo de espanto.

Los que à las voces salieron  
por remediar el fracaso,  
viendo tan triste portento,  
y tan lamentable estrago.

Quieren prenderme, mas yo  
de tal suerte vn ardid trazo,  
que dexandolos riñendo  
me pude poner en salvo.

No se hizo mucha pesquisa  
sobre averiguar el caso,  
porque los muertos, y heridos  
solo à mi me condenaron.

Y si ha permitido el Cielo  
que yo muera confessando,  
es, porque les di lugar  
de que hizieran otro tanto.

El Corregidor, qual padre  
del causador destes daños,  
hizo mucho por prenderme,  
mas todo le salió en vano.

Y por cuitar peligros,  
que se engendran sin pensarlos,  
quise poner tierra en medio,  
y embarcarme; pero quando

Sali de la Quinta, donde  
auia estado encerrado;  
en vna, aunque obscura noche;  
vi como me salió al passo

La bella Doña Maria,  
despidiendo tantos rayos  
de dos soles de hermosura,  
que me santiguè, pensando

Que auia venido el dia  
con passos acelerados,  
ò à darme muerte luciendo,  
ò à darme vida matando.

Diòme el pesame de auer  
causadome mis trabajos,  
dandome con èl la vida,  
si es vida darme vna mano,

Porque ay pesames que son  
de estilo, y primor tan alto,  
que son propios parabienes  
para aquel que se estàn dando.

Dixome como primero  
veria el tiempo trocado,  
hazer calor el Invierno,  
y hazer frio en el Verano,

Que se olvidasse de mi,  
aunque estuviesse mas años  
ausente de su hermosura,  
que tiene flores vn Mayo,

Con tal que alli le jurasse  
guardar secreto : aceptando  
ofrecimiento tan rico,  
quise jurar en su mano

Como en Ara consagrada,  
la qual, sino era de marmol,  
era de quaxada nieue,  
y clarifico alabastro.

Despedimonos entonces,  
no quiero dezir con quantos  
enternecidos suspiros,  
y estrechissimos abraços

Lo que en Oran, y en Argel  
todo este tiempo he passado,  
papeles os dexo ai  
por donde podais mirarlo,

Agora, pues, que venia  
gustoso, porque el contrario,  
que era el Corregidor, ya  
estaua de Dios gozando.

Sin ver aun à quien pudiera  
resuscitarme mirando,  
lleuado de mi locura,  
y de mis impulsos vanos;

Vine à buscar mi desdicha  
con venir solo à buscaros,  
hallando luego mi muerte  
solo en aueros hallado,

Aunque por ventura tengo  
por palma, corona, y lauro,  
Valcarcel noble, y insigne  
auer muerto à vuestras manos.

Mas solo os quiero pedir,  
que con especial cuidado  
hagais que Doña Maria  
sepa este triste fracaso.

Y si el Cielo permitiera  
que os casarades entrambos,  
à trueque que no malogre  
primaueras de sus años,

O no las manche con sangre  
de algunos toscos villanos  
yo lo lleuàra por gloria,  
zelos à vn lado dexando,

(Si ay muertos q̄ estò zelosos)  
porque sois, en fin, el Blanco  
en que acertarà Maria,  
ya que yo no os he acertado.

Aunque quisiera passar adelan-  
te el fatigado Don Felix, no le  
diera tiempo la rigurosa parea,  
la qual dandole lugar primero  
que hiziera muchos Actos de  
Contricion bañados en lagri-  
mas, echò la tixera al delicado  
estame

estambre, quedandose todos los circunstantes con tanta tristeza, y mancilla, quanta requeria el caso. Y apenas hubo dado los vltimos bostezos, quando dando los primeros gritos, entró Doña Maria de Vargas, que como dexè arriba dicho, auia salido en su seguimiento, y por las señas que daua, le auian ya informado del caso lastimoso. Fueron con tanto excesso las lastimas que hizo abraçada cõ el cadauer frio, que bien imaginaron todos que auia de quedar muerta. Consolòla Don Francisco lo mejor que pudo, y reparando en su estremada hermosura, y considerando lo que le auia acabado de informar Don Felix de sus altas, y nobles

prendas, quedò tan enamorado della, que se determinò à correspondier al gusto del difunto, y à reprimir las amorosas llamas de su pecho; y assi, despues de auer hecho à Don Felix vn entierro muy sumptuoso, y celebrado las funerales exequias con el mayor aparato que se pudo, le diò mano de esposo à Doña Maria de Vargas, con grande regocijo, y alegria de todo el Pueblo, haziendo muchas, y diuersas mascararas, y celebrando ricas fiestas, con q se puso algun tanto en olvido la desdicha de Don Felix; si bien Don Francisco Valcarcel, auindose informado del caso por mas extento, hizo que en su sepulcro se le pusiera este Epitafio.

Hombre, bien puedes llegar,  
 si es que me buscas à mi,  
 porque yo me vine aqui  
 solamente por buscar:  
 yo soy el que pensè dar  
 fama muy esclarecida:  
 mas di tan grande caida,  
 que solo, si bien se copia,  
 busquè mi desdicha propia,  
 por buscar agena vida.

Con esto avrà v.m. señora D. Serafina, quedado entendida de la batalla, y desafio de la Venta de Minateda, y avrà conocido al Valcarcel valeroso, y al D. Felix desdichado, y yo quedarè

por libre de auer hecho en esta parte quanto he pedido. No tanto en auer sacado à la luz la verdad deste caso, como en auerlo dispuesto de modo que à v.m. le agrade.

# PASSAR MAL POR querer bien.

## NOVELA QUARTA A LA Señora Doña Serafina.

**D** Es v. m. me ha mostrado, enojos que me ha causado, y desdenes que he recibido, he pasado muy gustoso, no porque apetezco el mal, sino por quererla bien; porque no fuera mi voluntad perfecta, mi afición bien fundada, ni radicado mi amor, si en mostrandome v. m. enojos, recibiera yo pesares; y en dandome desamores, disgustos. Qualquiera que quiere bien, si es querer perfecto, ha de pasar trabajos, y sufrir calamidades, porque son pruebas de la voluntad, y ratificación de la paciencia; y así, no harè yo mucho en sufrir algunos ahogos de tristeza, y pasar algunos males de disgusto por grangear de v. m. la gracia, porque quien no passa algun mal por quèrer, y amar, ò no se ha de dezir que quiere, ò se ha de conceder q̄ no es constante. Y para probar lo que digo, quiero que v. m. se entretenga con esta Novela en abono de lo propuesto, no de valentias como la passada, si de amores per-

fectos, q̄ como v. m. es inclinada à todo, hemios de mudar cada vez de assunto, para q̄ quando quede cansada de oir valentias, pependencias, y desafios, descanse en leer enternecidos galanteos, y amorosas palabras.

Teniendo el Cetro de Sicilia Dionisio, à quien comunmente llamarò el Tirano, en los principios de su Reynado, quando est à el animo deseoso de emprender cosas magnificas, de dar muestras del absoluto poder, de arrojellar antiguos estatutos, y establecer nuevas leyes, floreció vn Cauallero, llamado Enrico, tan noble, y principal, que por linea paterna gozaua sangre Real, sin ceder ventajas à otro alguno en la materna; tan galan, discreto, y entendido, q̄ aficionado el Rey à sus muchas prendas, le eligió por su Priuado, dandole con esto el titulo de mas Valido; à cuya causa todos en sus necesidades, y muchos en sus pretensiones procurauan primero adquirir la venia, y gracia de Enrico, que del mismo Rey, con quien auian de

negociar, por tener entendido, que lo que él pidiera, no negaría el Rey, no por ser fuerza concederlo, sino por la afición que le tenía, que parecía imposible negárselo.

Viendose Enrico en tan supremo lugar, querido del Rey, de todos respetado, y de todos sus contrarios muy temido, tuvo ocasión de hallar vna Dama à medida de su gusto, y conforme en todo à sus deseos, mas cõ vna condicion de auerla de guardar secreto, porque esto de pedir, y poner condiciones, es tan propio de mugeres, que aunque no aya causa ninguna para ponerlas, la buscan de proposito, ò ya por hazer melindres, ò ya por mostrarse poderosas. La causa de pedir tal condicion Teodora (que así se llamaua esta Dama) era por estar entendida que el Rey auia dicho à su padre, que si la Reyna moria, primero se auia de casar con ella; y quando no, que le daría por marido al Principe su hijo: mas como el amor es libre, y nunca la voluntad admite sugestion, ella le declaró à Enrico de tal manera la suya, que le prometió menospreciar quãtas Coronas auia en el Mundo, y quantos Principados, y Señorios se podian imaginar, por solo servirle, y amarle.

No se le hizo cuesta arriba à Enrico padecer la condicion, viendo muestras tan afectas, y

tan amorosos cumplimientos, considerando sobre todo su hermosura (causa primaria del apetito de hombre) la qual era en tanto extremo, que dexo aqui el ponderarla por ver si la pondera despues el Rey con mas cuidado, aunque no con menos passion.

Mas de vn año estuvieron los dos amantes gozando de su secreto amor muy dulces frutos, haziéndose de dia cortesias, y galanteos, Enrico desde la calle, y Teodora desde sus rejas; y de noche visitándose con tanto regocijo, y gusto como dos que se quieren bien, y con palabras tan amorosas, y tiernas, como dos q̃ dulcemente se aman, juzgando ya Enrico que no eran menester secretos, y entendiendo Teodora que ya estaria el Rey olvidado de aquella afición antigua, y mas considerando ser muerto su padre, à quien el Rey auia prometido aquel casamiento; pero como no ay en esta vida cosa estable, en medio desta tranquilidad, y bonança, se levantò vna tormenta, que postrò por tierra las esperanças, sumergió en los abismos los contentos, y destruyó de sus voluntades todo gusto; lances, en fin, forçosos de fortuna, que se obliga quien bien quiere à passar, y sugeta à padecer. Fue, pues, que como el Rey viò que ya el padre de Teodora era muerto, y ella estaua

solo debaxo del amparo de su madre, determinò gozarla antes de aguardar terminos tã inciertos, y casi imposibles de q̄ muriessè la Reyna; y pareciendole barbarissimo darle à su hijo el Principe la muger por quien èl moria, y penaua, quiso primero aconsejarse con Enrico, juzgando hallaria en èl traza, y modo por donde descansasse su coraçon; porque la comunicaciõ con amigo perfecto, siempre disminuye las congojas, y pesares del mismo modo que auienta los consuelos, y alegrías; y assi, llauã mandole à su aposento, le dixo: Bien sabes Enrico, y conoces las obligaciones que me debes, no tanto en lo que te premio, como en lo que te confio, pues te he hecho dueño de todos mis secretos, y de mi voluntad, haziedo lo que me dizes, dando quanto pides, y cumpliendo lo que ordenas; señales manifestas del mucho amor q̄ te tengo, y obras bien dignas de que me des en esta ocasion el consejo que te pido. Solo este secreto he tenido reseruado; y llegan à tanto vnos rayos amorosos, y fuerçan de tal manera tus palabras saludables, que me es ya fuerça romper los fuertes nudos del secreto, y manifestarte las lazadas de mi amorosa passion, juzgando que en dezirtelo à ti no sale de mi pecho, que tal tengo entendido de tu prudencia, y tal presumo de

tu mucha, y grande discrecion; y si hasta aora he callado, ha sido procurando con olvidos reprimir mis deseos, y con otros intervalos diuertir mi pensamiento; mas considerando que lo vno no aprouecha, y lo otro me dà mas dolor, quiero, atropellando imposibles, deshazer dificultades, y tomando tus consejos, poner remedio à mis pasiones.

Sabràs, pues, que al tiempo q̄ le di mano de esposo à la Reyna, poniendo en execucion efectos de marido, vino al farao vna Dama, que me robò el coraçon, y me privò de mis sentidos, dexãdo auassalladas mis potencias: dezirte el nombre, no pienso serã menester, auendote dado señas de sus prendas, que por ellas quedaràs del tan entendido, que no me obligues à pronunciarle, que como lo tengo escrito en lo mas intimo de mi pecho, siempre que le pronuncio siento tanto regocijo en mi coraçon, que temo se me quiere salir por la boca; y assi, tengo por mejor que por sus hermosos efectos vengas en conocimiento desta causa, y ella conocida, estarã el nõbre patente, y manifesto. Considera q̄ sus manos (que por ellas quiero començar, pues fueron las que començaron mi passion) son vnos armiños, y quaxados copos de argẽtada nieue, de cada vno de los quales salen cinco  
assi-

aspides de cristal, bastantes, aunque de nieve, à encender el mas elado coraçõ, y à abrafar el mas frigido pecho. Su cuello como vna torneada columna de alabastro hermoso, su boca vn encendido rubi, diuidido en dos, por cuya diuision se ven, como por bruxulas, doze perlas hermosas; y aunque muy menudas, de infinito valor; sus mexillas no admiten comparacion, pues es poco dezir grana, y muy grosero dezir carmin; pero, en fin, son dos finas rosas, tã por vn igual abietas; que estàn las dos embidiosas de mirarse, y de tal manera cõpitiendo, que à no estar metiendo pazes la roca de marfil de su nariz pulida, llegaran à juntarse las putpureas hojas, y travaran batalla en el cãpo de jazmines. Sus ojos son dos luzeros, q̃ aunque despiden rayos de luz, y cẽtellas de claridad, se pueden ver sin deslumbrar la vista, si bien à mi me han priuado de ellas; y no me admiro, pues soberuio, y arrogante quise luego remõtar-me hasta los mas altos lexos de su resplandor luciente. Sus cejas son dos arcos de euano muy fino, situados en la excelsa cumbre de su frente, por defenfa de sus dos luzeros. La frente es como vn cielo de bruñida plata, ò como vn globo de puras azucenas. Sus cabellos como vna madeja de oro fino, cuyas esparcidas hebras son bastantes à enla-

zar mil almas, y poderosas para suspender mil coraçones, principalmente las que hechas sortijas descenden por la cara, haziendo assomos mortiferos, aunque bastan para dar mil vidas à quien fuere dichoso en deshazer sus lazadas. Los relieues ocultos de su hermoso cuerpo, cansancio inutil explicarlos fuera, pues perfecciones tantas mudamẽte explican las que ocultan. Mas ay de mi, Enrico! que no he dicho nada, por mucho que he querido apoyar su hermosura, y temo no la has de conocer, porq̃ las gracias que he referido, cada vno las dà à la muger que adora, y las que no puedo explicar son las que auian de darte conocimiento por excelencia de la Dama q̃ significo; y assi por mejor tengo, aunque passe otro temor, y aunque sienta otro rezelo, dezirte claro su nombre, porque con mas libertad me busques salud, y con mas cuidado me aconsejes lo que he de hazer, Teodora se llama la muger que adoro, Teodora se llama la causa de mis tristezas, y Teodora, en fin, se llama la que me ha rendido, y sujetado al yugo de mi amorosa passion. Prometile à su padre el Duque me casaria con ella quando la Reyna faltasse; y que si por estas esperas perdiessse casamiẽto, le daria por marido al hijo primero que yo tuviessse. Tomolo el Duque por burla, si bien

nunca trató de casarla; hallome agora perdido, à ella sola, y muger, y muy difícil la espera; y así, quiero, rompiendo obligaciones, y atropellando telas de verguença, significarla mi abrazada voluntad, mis encendidos deseos, y mi mismo coraçon; y en no surtiendo efecto por bié, procurar por fuerça poner remedio à mi vida, pues es de mas importancia que guardar el honor suyo. Todo esto hemos de negociar los dos, sin que lo entienda persona alguna, pues importa bien el secreto, porque la Reyna no lo entienda. Solos hemos de ir los dos à rondar, solos la visitaremos, y solos procuraremos convencerla, yo con mis ruegos, y alhagos, y tu con tus discreciones, intimandole mi amor por todos los modos, y maneras posibles: que aunque ella es tan discreta, y considere la fuerça de su honor, tambien conocerà que es grande impiedad no dar remedio à vnos deseos Reales, à sus pies postrados, y rendidos.

Considerando Enrico la rigurosa condicion del Rey, y que si entendia su amor, le trataria mal, venciendo dolores à fuerça de dissimulos, y encubriendo sentimientos à fuerça de fingidos placeres, le dixo: Bien conoce Vuestra Magestad el reconocimiento que tengo à las mer-

cedes que me haze, y el cuidado con que acudo à todo quanto me ordena, no ha de ser en esta ocasion menos, aunque me parece que es vn imposible pretender por alhagos rendir à tal muger, y pretender por fuerça sugetar su voluntad. Yo no puedo en esta parte hazer mas de arriesgar mi salud, mi hazienda, y mi misma vida en seruicio de Vuestra Magestad. En lo demás dificultoso se me haze, lo alcançen ruegos, y lo atraygan poderios; y así, por mejor tengo que Vuestra Magestad reparce en los escandalos que han de nacer, y en las disensiones que pueden resultar, podrá ser que la consideracion de estos daños, y el temor de semejantes peligros borren essa passion, y antiquilen estos deseos; y quando no bastaren con todos mis poderios, trazas, y ardides, yo no puedo faltar en acudir à seruicios tan bien premiados, y obligaciones tan precisas. No me des consejos (replicò el Rey) pues te juro à mi Corona, que si consideràra que alguno me auia de aprouechar, no te huiera descubierto mi coraçon, pues ha tres años que estoy callando, por inquirir, y mirar quanto me puedes advertir, procurando algun remedio; mas si el amor es frensi, que juicio puedo ya tener para deliberar si es injusticia, ò para conside-

Far si es atreuimiento? Remedios, sin tratar de pretenderla, seràn aumentos mayores de mi pasión, y consejos, que no vayan dirigidos à gozarla, seràn incitamientos de mi ira, y irritaciones de mi enojo; y así, esta noche quiero demos principio à visitarla con terminos muy corteses, hasta que quede entendida de mi pretension, y conozca de mi alma la amorosa enfermedad; y para ir con algun fundamento, que sea indice de mis deseos, me has de escriuir algunos versos, alabando su discrecion, y hermosura, y vn ceceo hermoso de que la dotò el Cielo, para hazerla aun con defectos archiuo de perfecciones, pues en ella esta sobra de dulçura. Y siendo lima de sus palabras limadas, es lima sorda de las almas que la escuchan. Trasladaré de mi letra lo que escriuieres, y en viendo la noche, pondrémos por obra lo que he dicho, siendo los dos portadores de lo que auieres trabajado, y haziendome yo Autor de tus escritos.

No se atreuiò Enrico à replicar, viendo determinacion tan rigurosa, antes con mucha prudencia concediò con su gusto, ofreciendose à hazer todo quanto le mandasse; y porque quando fuesen, conociessse Teodora que los versos eran suyos, y no dictados de el Rey, sacò

vn original de vnos que en otra ocasion el proprio le auia dado, y dandosele al Rey para que le trasladasse, se retirò à su quarto à esperar lo que viniessse, melancolico, y confuso de ver el graue peso que se ponía à sufrir; y las pocas esperanças que le daua la vitoria. Holgòse el Rey mucho de ver el buen ingenio de Enrico, por auer en breues renglones encerrado toda la fuerça de su pensamiento, y auiendolos trasladado, dezia desta suerte:

Sois tan discreta estremo,  
y tan en estremo hermosa,  
que de obligacion forçosa  
quiero alabaros, y temo:  
Con mi propio lucho, y remo  
por iros engrandeciendo;  
pero sois tal, que voy viendo,  
si llego à estaros mirando,  
que es mejor dezir callando,  
que no alabaros diziendo.

Si callo, ninguno avrà  
que diga corto he quedado;  
y si digo, es muy sentado  
que he de quedar corto ya:  
Porqué quien alabarà  
vn sugeto semejante,  
ò con el metro galante,  
ò con el estilo absorto,  
que no quede siempre corto,  
por mucho que se adelante?

Alabar belleza tal,  
señora, como la vuestra,  
es querer con rica muestra  
vender mi pobre caudal:

Por hazer bien me hago mal,  
 porque queriendo aplaudiros,  
 tan poco vengo à subiros  
 con mi Musa limitada,  
 que pienso no he dicho nada  
 despues de harto de deziros.

Hermosura, y discrecion  
 vnidas en vn sugeto,  
 perturban almas discreto,  
 y ofuscan à la razon:

Éstas dos señoras son  
 la causa vrgente, y que aprieta  
 para llamaros perfecta,  
 pues sois do amor acrisola  
 hermosa como vos sola,  
 y qual Teodora discreta.

De vuestro hablar el dulçor  
 con cees hermosas limado,  
 à quien no le darà agrado?  
 à quien no causarà amor?  
 Ponderelo otro mejor,  
 porque yo tan solo toco,  
 que quien no juzga por poco  
 dar por seruitos gran precio,  
 ò tiene asomos de necio,  
 ò tiene rasgos de loco.

Dichoso mil vezes mil  
 sea quien merece hablaros,  
 pues tiene en solo miraros  
 à la cara vn rico Abril:  
 Gusta el language sutil  
 de entre perlas, y corales;  
 riquezas, pues, que son tales,  
 y fauores tan solemnes,  
 que solos estos son bienes,  
 y todos los demàs males.

Llegò la presurosa noche con  
 lentos passos, y en obscurísimas  
 sombras toda embuelta, presagio

para Teodora de Enrico, y pronostico para Enrico del daño q̄ se le acercaua: sentia en el alma estos tormentos, y dissimulaua en el rostro los dolores, à causa que el Rey no p̄sumièsse algun rastro de su amor; i va à quejarse, y el lugubre semblante que auia de resultar el quejido, le remataua en vna risa alegre, à fuerça de fingimientos, y à poder de dissimulos. Dierõ las onze, y salierõ èl, y el Rey por vn secreto postigo de Palacio, sin ser de nadie sentidos, y antes de llegar à la casa de Teodora, se acordò Enrico, como si despertàra de vn profundo sueño, de que no auia auisado à Teodora el suceso lastimoso; y si èl llamaua, seria posible hablarle amorosamente, como otras vezes, ignorante de que el Rey. i va con èl, y podia ser causa de perderse los dos, Teodora de confusion, y pena, y èl de temor, y cuidado; para remedio de todo lo qual hizo al momento vn discurso en su pecho, y dixole al Rey se aguardasse alli vn poco en tanto q̄ èl llegaua, y reconocia si estaua la calle libre, porq̄ no seria justo, que auiendo algun embaraço, se auenturasse su Magestad à ser conocido; y tambien q̄ aquella señora era muy principal, y no auiedola auisado, seria posible estar ya recogida, y no querer abrir hasta estar bien satisfecha, y aquel tiempo era conveniente q̄ su

su Magestad no estuviese alli detenido, que él llegaría con vn recado de su parte, y bolvería à auisarle. Aunque eran poco urgentes las razones que alegaua Enrico, concedió el Rey con su gusto, encargándole la breuedad; que el que tiene amor cree, como los niños, todo quanto le dicen, ò atropella, como los locos, por quanto le parece.

Llegò Enrico à las puertas de Teodora, que no fuerõ bien tocadas, quando las viò abiertas, y dando vn recio suspiro, se quedó como vn elado marmol, sin poder atrauesar sus umbrales. Pasmòse tambien Teodora por no saber la causa, y con los braços abiertos, se enlaçò de su cuello, diciendole mil ternezas, y distilando sobre su rostro perlas ricas de su hermoso cielo. Què traes Enrico mio, le dezía, que no quieres llegar mas adentro, sabiendo que eres dueño de lo mas intimo de mi coraçon? Quien te ha agrauiado, que traes conmigo el enojo? Què he hecho yo que aun no me quieres mirar? No quieras darme muerte sin tener culpa, que à tenerla con ofensa tuya, yo misma me matara, ò por lo menos inclinara mi ceruiz à los azerados filos de tu sangrienta espada. Cuèntame tu passion, podrá ser vengas engañado: depò vn poco el enojo hasta auerme oido: no tomes pena sin causa, pues sabes lo que

me atormentas: no dês credito à falsarios, si de mi te han informado mal; pues pongo por testigo al Cielo de que jamás aun con el pensamiento te he ofendido. Mira, Enrico, que me matas con el dolor que me muestras, mira que me hazes penar con verte sentir, mira que estos suspiros que das, son flechas que pasan mi coraçon; mira que estas lagrimas que encubres como imanes de las mias, anegan mi pecho en llanto; y mira finalmente, que si tardas mucho en dezirme la razon de muestras tan inmensas de sentimiento, me has de hallar ya sin sentido quando quieras informarme.

Como quien recuerda de vn profundo letargo se leuantò Enrico pavoroso de los regalados braços de Teodora, viendo que aquella era mucha tardança para la espera del Rey, y dixole que esta era sola la causa remota de su dolor, porque la proxima de su tristeza procedia por respeto suyo, y era quien presto veria delante de sus ojos; y así, q̄ se apercibiese, despertando vna, ò dos dueñas, fingiendo que aun estauan sin acostar, y q̄ perdonasse, que no podia dezir mas hasta venir con él acompañado, y aun entonces callaria por no dar tanta licencia el respeto.

Diziendo estas palabras, bolvió muy diligente al Rey, que

ya de desesperaui con la tardança, y còtòle como auia hallado buena ocasion de estar aun Teodora despierta, y la auia dicho q̄ vna persona de mucha calidad iba à visitarla, sin dezirle que era el Rey, para q̄ no se turbasse. Holgòse mucho el Rey con el arbitrio de Enrico, y sin dilacion alguna, entraron hasta el mismo aposento de Teodora, la qual assi como viò al Rey, se quedò turbada, considerando ya la pena, y melancolia que Enrico traia, las quales se doblaron en su coracon, por sentir las todas juntas en su pecho: mas encubriendo lo que pudo los enojos ahogados, y descubriendo, por mucho que resistiò, nuevos colores de verguença, le recibì con mucha cortesia. Sentaronse todos; y refiriendo el Rey, por las dueñas, nuevas causas de su entrada à esta visita, se acercò quanto pudo à Teodora, y con secretas palabras començò à manifestar la sus dolores secretos, à los quales se diò Teodora siempre por desentendida, por mucho que èl trabajò en declararse; Enrico estaua vn poco apartado mirando al descuido la batalla de su honor, combatida de contrario tan poderoso, y resistida con valor magnanimo de vnas femeniles fuerças. Teodora tambien le miraua, sintiendo mas lo que èl sentia, que lo propio que ella padecia; y por no darle tra dilación

tado tormento, procurò cò mucha breuedad dar fin à la conuersacion, diziendo al Rey: Señor, yo me confieso por indigna de merced tan señalada como me auéis hecho en auer hórado con vuestra Real presencia esta humilde, y pobre casa. Si acaso son la causa seruicios que mi padre os hizo, bien se conoce vuestra generosidad, pues quereis pagar al difunto en las prendas que ha dexado, ensalzandolas, y honrandolas; y si acaso es esta nueva voluntad, bien vuestra Magestad conoce el retiro de mi madre, y la poca edad mia, de que està muy cierto el auer nota, y murmuracion, no solo entre los Grandes, y Señores, sino hasta en los mismos criados. Palabras cifradas de V. Mag. yo no las entiendo, porque soy mal entendida en cosas que no estàn claras: el tiempo no es oportuno, ni este lugar decente para materias tan altas, porque estas dueñas serà posible q̄ estèn ya censurando; por lo qual à V. Magestad suplico, que si alguna cosa tiene que advertirme, sea por escrito, ò por tercera persona, si ay alguna de fiar, aunque yo imagino que lo serà Enrico, pues merece traer vuestro lado; y si lo que me mandais es cosa que convenga con mi honor, yo sè que no se hallarà ninguna tan puntual en acudir à vuestro seruicio.

Alegróse mucho el Rey oyendo que le dezia negociasse por escrito, ó por intervencion de Enrico; y así, dándole los versos que traia, se despidió muy cortés, y Enrico consolado por vna parte de auer escapado prestó, y triste por otra de ver salir al Rey con gusto, y alegría, quedandose Teodora hecha vn mar de confusiones, y vn abismo de tristezas: leyó el papel, pensando venia con advertencias algunas, y halló solo los versos, que ya sabia de memoria de quando se los embió Enrico, conociendo en esto el poco caudal del Rey, y la industria de su amante en auerle dado palabras que él auia remitido.

Començò el Rey desde este punto à escribir papeles, dictados los mas del mismo Enrico, y embiandolos con él, de que siempre le traia la respuesta de palabra, dando mil escusas, y poniendo mil estoruos, y inconvenientes; y en suma, que no mancharia su honor por todo el Mundo: que mirasse su Magestad su calidad, y nobleza, y que pues tanto la queria, no permitiesse que muger, en quien él auia puesto tantas muestras de aficion, fuesse libre, y facil; y quando esto no mirasse, mirara solo que era Rey, y espejo en quien se han de mirar todos los vasallos; pues era consecuencia

llana, que andando la cabeza enferma con tales manchas, y ocupada en semejantes absurdos, auian los pies de deslizarse en otras mayores maldades, y mal se podrian abstener, estando cometendolas el que ha de gouernar. Estas, y otras muchas semejantes razones traia siempre Enrico por respuesta; con que el Rey quedaua tan enojado, que quiso muchas vezes atropellar con los respetos, y poner en execucion su torpe gusto: mas Enrico con mucha prudencia, y sagacidad procuraua apaciguarle, diziendole, porfiasse, que no era aquella empreña que se auia de alcançar tan à los primeros impetus, y sin preceder muchos ruegos, caricias, y regalos. Todo lo qual dezia Enrico por dar largas à sus deseos, y ver si à poder de dias, y à fuerza de defabrimientos se podian reprimir, y apagar; mas era muy diferente el parecer de el Rey, porque así como vió las pocas esperanças que tenia despues de dos meses, le dixo en resolution à Enrico, la dixesse à Teodora, que si por bien, y con el secretó que la auia dicho no se determinaua à dar remedio, à su vida, y à dar fin à sus pasiones, podia estar muy cierta, que aunque fuesse el delito notorio auia por fuerza de salir con sus intentos, y satisfacer sus gustos.

Fuese, pues, Enrico en casa de Teodora, y mas triste que solia, le hizo relation de los intentos del Rey, à los quales la discreta Dama satisfizo desta suerte: Regalado dueño, si me amas con el amor que te adoro, y si me quieres con los afectos que te estimo, bien puedes conocer de mi mucho valor, y de mi grande constancia la resolucion de mi pecho, solo me duele tu dolor que tendràs en perderme, solo me affige tu pena que recibiràs en verme de ti apartada, y solo me lastima lo que has de sentir en verme muerta; porque aunque passe mil martirios, aunque padezca mil muertes; y aunque siénta mil tormentos, no violaré el alma que te he entregado, ni romperé la palabra que te di al principio. Y si acaso desto tienes algunos temores, y te cercan algunos vanos rezelos, bien los puedes dexar al punto, porque el Rey no ha de alcanzar de mi, ni por fuerça, ni por grado, sino lo que has visto. Y si dexado esto aparte, solo el sentimiento de mi muerte te lastima, y sola la tristeza de verme padecer te duele; mira, Enrico, que me doblas los dolores, y te los aumentas à ti; por que si tu sientes mi sentimiento, aumentandose me mas; es fuerça que te se aumente, y doblandose en mi pecho, es forçoso que se doble, y multiplique en tu coraçon. Defengaña al Rey como

otras vezes, dile mi resolucion, cácarecele mi constancia, y dispongámonos à sufrir lo que viniere, teniendo tu paciencia en verme sentir, y yo sufrimiento para padecer, aunque passiones por ti lleuadas, dolores por ti sufridos, y torméto por tu amor passados, son para mi pecho glorias, para mi alma consuelos, y para mi coraçon dulcíssimos regalos.

No pudo Enrico, por mucho que procurò detenerlas, dexar de assomar, y descubrir algunas lagrimas; y llegando se à Teodora, hizo los braços cadena de su cuello, tocando con los labios rosas hermosas, nacidas en el campo de azucenas, y por presuroso que quiso deshazer el nudo estrecho, y por cuidado que puso en no ser visto, no fue bastante para dexar de verle vn page del mismo Rey, que venia de su parte à buscarle: y como desde la puerta los viò de aquel modo, detuvo se vn passo atrás, por que no entendieran los auia visto; y preguntando desde alli por él, salió al instante confuso, y descolorido, haciendo por disimular algunas muestras de enfado por no poderla reducir, de lo qual el page tuvo rezelo, y sospecha de la verdad del caso; y despues de auerle Enrico contado al Rey la resolucion de Teodora, de que quedó enojado sumamente, se llegó él con mucho secreto, y sin

sin ser de nadie visto, le dixo: Si Vuestra Magestad me descubre el enojo que agora veo que tiene, y me manifiesta si tiene alguna passion, yo pienso pondré remedio à sus pesares, y desharé en dos palabras la causa de su sentimiento. No quiso el Rey descubrirse, siñó haziendo que le diera razon de lo que sabia; y si le tocava à su honor, mostrò no darle nada, aunque con vn dolor infinito, y solo le advirtió al page que guardasse secreto, por si Enrico queria tener callados sus amores.

Quedò el page algo corrido, y avergonçado de ver que se auia engañado en su imaginaciò, y el Rey quedò merido en vn abismo de confusiones, y puesto, y sumergido en vn mar de congojas, vnas vezes poniendo en duda el dicho de aquel page, otras dándole credito, y ayrandose contra Enrico. Anduvo todo aquel dia triste, y melancolico, buscando modos, y trazas para saber la verdad, y hallando en todas inconvenientes infinitos: veia por vna parte buenos medios; hallaua luego por otra muchos intervalos: veia por vn lado buena salida, y hallaua por el otro mil estoruos; mas finalmente, despues de auer andado vacilando vná gran pieza, se resolvió à conocer la verdad à poder de pruebas; y assi, aquella misma noche llamó à Enrico, y le dixo, que el

estaua determinado de traer à Teodora à su Palacio por Dama de la Reyna; y q̄ teniendola alli, seria mas facil conquistarla por fuerza, ò por amor. Esto hazia el Rey por ver si se lo impedia, ò si se le mudaua el color, ò daua muestras de estoruarlo: para conocer en esto ser verdadero lo que el page le auia contado, y tomar vengança del con muchissimo rigor.

No dexara Enrico de poner algun impedimeto à esta determinacion, significandole al Rey ser en daño suyo, à no estar ya auisado de vna criada de Teodora, que le dixo como tenia rezelo, que quando estaua con su señora, auia visto el page que fue à llamarlo, alguna cosa, porque se auia retirado atrás, haziendo admiraciones. Yendo, pues, con esta advertencia al instante que oyò lo que el Rey dezia, confirmó la sospecha de la criada, y considerando aquella era prueba que el Rey le queria hazer, respondió muy sossegado, que era el remedio mas vnico que se podia imaginar, y que sin escandalo ninguno se podia cumplir; lo qual no se auia de hazer si su Magestad quisiera ir à su misma casa, aunque fuera à media noche. Con estas razones diò el Rey por engaño lo que el page le auia dicho; mas viendo que crecia su pena amorosa, y se aumentauan las llamas de su afecion,

cion, quiso poner por obra lo que auia propuesto solamente para prueba, haciendo que Teodora viniese à servir à su Palacio, à lo qual no quiso negarse, conociendo lo que le importaua à Enrico, si hazia esto para probança de sus rezelos. Sintiólo mucho Enrico de muerte, viendo el crecido peligro à que estaua ya su honor expuesto, y considerando que tenia Teodora mucho menos lugar de defenderse. Estuvo vn mes en Palacio, sin sacar el Rey mas fruto que quando estaua en su casa, ni recibir de su boca sino palabras desabridas, ni ver jamas en su rostro sino vna irremedia tristeza. Visitauala de media noche à baxo Enrico, subiendo por vnas cuerdas que Teodora echaua desde vnos miradores que caian al jardin, baxando del mismo modo antes que viniese la luz; y aun tuuiera este trabajo por descanso, si estuviera entendido que nunca se auia de descubrir, y tuuiera por cierto que el rigor del Rey no se auia de executar, porque todo amante que quiere bien, no siente por males los trabajos que se originan por causa de lo amado, ni por penas las que proceden por causa de lo querido.

Viendo, pues, el Rey el tesoro de Teodora, y considerando lo mucho que Enrico residia en Palacio, despues que fue traída à él, dió en reparar como al def-

cuido del modo que se hablaban, en las palabras que dezian, y del talle que se mirauan; y no contento con esto, echò algunas espías, que aunque escudriñaron poco, por la advertencia con que Enrico procedia en viendo gente delante, fue suficiente para que el Rey intentasse vna prueba, la mas rigurosa que se pudo hazer à amante, que vna mañana assi como entrò Enrico à visitarle, le dixo como auia gozado aquella noche muy à su gusto de Teodora, solo con auerla prometido guardar secreto, y empenandole su Real palabra en que le daria marido que fuesse el mas privado de su Reyno, ó aquel que fuesse conforme à su voluntad. Fue este tan penetrante golpe para el coraçon de Enrico, que à no echar en resistirle todo el resto de su fortaleza; y à no mostrar en disimularle todo el caudal de su paciencia, fuera posible caerse muerto. Y con dolor tan repentino, y con sobresalto tan inopinado, dexando al coraçon en el pecho amaynando congojas, no hizo en el semblante movimiento alguno, por donde el Rey pudiesse hallar algun rastro de lo que buscava, antes sacando regocijo, de donde solo auia pesares, y tristezas, le dió mil parabienes, à que el Rey satisfizo muy contento. Mas por mucho que Enrico encubrió su

su amor, no pudo ser del todo tan cumplido, que dexara de auer alguna assomo de tristeza, y alguna muestra de sentimiento; porque quien podrá del todo dissimular un perfecto amor, y mas si le están atormentando de tal suerte? Fue, pues, que al punto que acabò el Rey de darle noticia de lo que fingió auer hecho, le pidió Enrico licencia para entrar à visitar à Teodora, en achaque de ver si estaua triste, ò pesafrosa. El Rey viendo que iba descubriendo algun campo, quiso de vna vez salir de dudas: y así le dixo que pena de su desgracia, no entrasse à verla en seis dias, dándole algunas razones por donde parecia cosa conueniente, y justa: considerando en esto el Rey, que si trataua Enrico con ella de amores, auia de querer satisfacerse de lo que auia informado; y si la visitaua de secreto por alguna parte, era esta ocasion urgente para venir aquella misma noche.

Sucedio del mismo modo, porque à la hora señalada, que era despues de las doze, se fue Enrico lleno de mil cuidados al puesto que solia, mas no hallò tan buen despacho como otras vezes; porque à la misma hora llegò con dos Pages el Rey al aposento de Teodora, y hallandola turbada, la assegurò quanto pudo, y se sentò muy de espacio à tratar cosas de Historia, auiendo-

les primero advertido à los criados diessen mil bueltas à todo Palacio: y que en viendo alguna hombre, le auisassen.

Viendo Enrico era pasado vna hora del termino acostumbrado, y que à las señas que solia, Teodora se hazia sorda, creyò al instante todo lo que el Rey auia dicho, y qual desesperado, començò à hazer mil locuras, y à dezir mil disparates, cuyos doloridos ecos penetrauan las orejas piadosas de Teodora, sintiendo, aunque ignorante de la causa principal, tal estorvo, y embaraço. Bien conocia el Rey en la mudança de su rostro, el desassosiego de su coraçon, mas no porque diesse muestras de entenderlo: y aunque entendia, y escuchaua las quejas de Enrico, aumentaua mas la platica, para dar à entender no oia cosa alguna, hasta que ya fue forçoso ponerse muy atentos, por auer aumentado los llantos, y las quejas con voz tan desentonada, que fuera ya dar sospecha el no ponerse à escucharle: y si vuesa merced, señora Dona Serafina, le quiere escuchar tambien, estas palabras embueltas en suspiros, eran las que dezia, que para mas dolor de los que tienen quejas lastimosas, las he traducido en versos:

Ingrata Teodora; escucha  
si acaso no estás durmiendo,

los tormentos que me dás,  
y los dolores que siento.

Fiado de tus palabras,  
te hize dueño de mi pecho,  
pensando serias muger,  
y no de las destos tiempos:

Las llaves te di del alma,  
quedandome solo en cuerpo,  
para sentirte animado,  
y para gozarte muerto.

Mostraste al principio amor,  
porque es en vosotras viejo  
enamoraros temprano,  
y arrepentiros de presto.

No entendi q̄ me engañaras,  
como si fuera yo exempto  
de inconstancias de muger,  
quando son todos pecheros.

Mas juzgando que eras Angel,  
no fue mi presumpcion yerro,  
aunque has querido dar muestra  
que no eres digna de serlo.

Y à has quebrado la palabra  
que diste con juramento,  
como si en muger acaso,  
la huviera entera algun tiempo.

Para què, di, me enlaçaste  
con tus braços, si con ellos,  
menospreciando los mios,  
has medido otros agenos?

Para què me diste, ingrata,  
mano de esposa, sabiendo  
que tu eras en todo fragil,  
y yo en todo tan entero?

Para què me permitiste  
gozar tus clauelas bellos,  
si ya de manchar sus hojas  
tenias el pensamiento?

Con palabras me engañaste,  
aunque tu te engañas picuso,

pues recuperar no puedes,  
lo que recuperar puedo.

Porque tu honor quedará  
perdido ya en todo tiempo,  
y el mio con darte muerte,  
se queda libre, y me vengo:

Mas como podrè matarte,  
si tienes mi alma en tu pecho,  
y la tuya està en el mio  
el cuchillo deteniendo?

Imposible me parece,  
sino quieres destroquemos,  
dandome lo que me tienes,  
dando yo lo que te tengo.

Destruëca, ingrata, destrüëca;  
porque soy noble, y no quiero  
tener vn alma con faltas  
en vn generoso cuerpo.

Aunque no, no, estate queda,  
que con el dolor que siento,  
no acierto en lo que me digo,  
ni en lo que te pido acierto.

Porque si el alma que tienes  
es la mia, serà bueno,  
auiendola tu violado,  
que procure yo el destrüëco?

No, ingrata, tentela allà,  
que con esta estoy contento,  
ya que por ser tuya no,  
por ser noble por lo menos.

Mas ay que me canso en valdè,  
haziendo discursos necios,  
que tan solamente sirven  
de dilatar el tormento.

Què importá estas probanças;  
si dellas facar no puedo  
aliuio para mis penas;  
ni para mi mal remedio?

Què sirve estar dando voces  
quando están todos durmiendo,

si me canso mas en dardas,  
y tu duermes mas al eco?

Recuerda, ingrata, recuerda,  
mas si me estás ofendiendo,  
imposible es que recuerdes,  
si no es con los ojos ciegos.

Ciega, pues, como estuvieres  
escucha, porque me quexo  
con causa, y donde la ay,  
no puede faltar efecto.

Miserable efecto soy  
con los males, que padezco  
de tí, que has querido ser  
causa solamente dellos.

Porque me has hecho sufrir  
tan dilatados tormentos,  
si al cabo, ingrata, pensauas,  
echarme el cuchillo al cuello?

Mas me valiera al principio  
confessar lo que confieso,  
y ya que agora muriera,  
no sintiera entonces esto.

Doiores disimulados  
son como el mal encubierto,  
que apenas se manifiesta,  
hasta que mata al enfermo

Asi han sido, pues, los míos,  
pues por andarlos cubriendo  
he sepultado mi vida,  
y la muerte he descubierto,

Poderoso es mi contrario,  
y así callo, que à no serlo  
no anduvieras tu tan loca,  
ni yo estuviera tan cuerdo.

No quiero dezir mal del,  
que soy noble con respeto,  
y puedo ganar callando  
lo que he de perder diziendo.

El ha hecho como hombre,  
y como muger has hecho,

siendo en tí delito infame  
lo que en él no ha sido yerro.

Si te gozàra por fuerça,  
te perdonàra al momento,  
mas son pocas las forçadas  
en este infelice tiempo.

Dadiuas te quebrantaron,  
ablandaron te los ruegos;  
y no lo tendràs por mucho,  
pues piedras hazen lo mesmo:

Ya procuràras casarte  
con el Título mas bueno,  
quando lleuas tu el mas malo,  
que se puede dar durmiendo.

A mí me puedes pedir,  
pues en tu alvedrio han puesto  
la eleccion, mas viue Dios  
q̄ he de vengarme al momento:

Porque à muger, q̄ no guarda  
fee, que prometió primero,  
no darle al punto la muerte,  
es baxeza, y vituperio.

Aun prosiguiera Enrico  
con sus quejas, à no llegar los  
Pages del Rey, que à los ecos  
lastimosos baxaron presto al jar-  
dín, por conocer al Autor de  
ellos, pero les fue dificultoso sa-  
lir con su pretension, porque  
fuera de ir Enrico con habi-  
to muy disfraçado, no les ha-  
blò palabra alguna, sino sacan-  
do la espada, se defendió valero-  
samente, hasta ponerlos en hui-  
da, y temiendo no acudiesse mas  
gente, se retiró à su casa hecho  
vn arsenico de penas, y vn roligo  
de congojas; los Pages no muy  
bien tratados, acudieron à dar

cuenta al Rey, el qual con Teodora auia escuchado los sentimientos de Enrico, aunque no se quito dar por entendido de que le conocia, y assi le dixo à Teodora, si por ventura la trataua de amores algun Cauallero, porque aquellas quejas iban endereçadas à ella, y aun dauan muestra de q̄ auia dado remedio à su passion. Teodora llena de mil amarguras, por las que consideraua en su affligido amante, le respondió: Señor, no puedo creer que el que està dando estas voces habla conmigo, aunq̄ me ha nombrado; porque ni yo tengo aficion à persona alguna, ni quando la tuuiera, soy muger, que auia de auer manchado mi honor con otra. Pues bien conoce Vuestra Magestad los desvíos q̄ le muestro, y los desdenes con que le trato, siendo, como es, mi Rey, que podia (ya que no justamente) atropellar con mis respetos, à no tener la mira como suprema cabeça, en sus obligaciones. Y pues, de Vuestra Magestad me he defendido, y desfiendo, llano es, que de ningun otro me avrè dexado forçar, fuera de que nadie se huuiera osado à atreuer. Yo lo creo, replicó el Rey, por no dar largas à lo q̄ no ignoraua, despidiòse, diciendo, que solo se huuiera holgado de conocer al de las quejas, por saber quien era la Dama que le auia burlado. Retiròse à su quarto,

quedandose Teodora contenta (aunque bien engañosa) de ver que el Rey no auia conocido à Enrico, confusa por otra de las razones de Enrico, pues daua en ellas à entender, que el Rey la auia gozado, aun no por fuerça, sino por ruegos, y promessas.

Bacilando, pues, la affligida Dama con estos pensamientos, al punto que salió el Rey, que serian ya las dos de la mañana, abrió el balcon, que salia al jardin, por donde tantas vezes auia ayudado à subir, y à baxar à Enrico. y començó à hazer muchas señas, por si acaso se auia quedado escondido, por causa de los Pages, que fueron à buscalles. Aguardò vn gran rato, y viendo no parecia, y que aquel por lo menos era algun engaño, se determinò à vn hecho el mas varonil, que muger pudo intentar. Fue, pues, q̄ atando fuertemente al balcon las cuerdas, del modo que otras vezes, auiendo tomado vn sombrero, y mâtellina, se fue descolgando, y saltando las cercas cõ vn animo invencible, llegó à la casa de Enrico, llamó con mucha prisa, y èl imaginando q̄ era la guarda del Rey, q̄ le iva à prèder, no respondió à los primeros golpes, hasta q̄ oyendo, en bueltas de los següdos, vn ay de mil lastimado, conociò ser muger, mas no Teodora; y assi mouido à piedad, quiso ver que buscava. Accion  
por

por cierto bien digna de Caval-  
llero, pues estando entendido,  
segun sus informes, que Teodo-  
ra auia machedo su honor, que  
brandole la palabra prometida,  
quiso con todo que pesara mas  
la piedad, y misericordia de mi-  
rar lo que vna muger lastimada  
pedia, q̄ no el rigor, y justo eno-  
jo de considerar que otra le auia  
ofendido.

Abrió Enrico la puerta, y  
viendo à Teodora, se representò  
en su pecho, por vn lado toda la  
alegría que le causaua su vista, y  
por otro toda la pena q̄ le mos-  
traua el agrauio, y crecieron tã-  
to estos extremos en el retrete  
del alma, que dexando à Enrico  
vencido, cayera cõ vn desmayo  
eu el suelo, à no sustentarle Teo-  
dora en sus regalados braços.  
Bolvió en si, y començò de nue-  
uo à mirarla, y ella à dezirle: Ay  
Enrico, y que poco has confiado  
en mi, y q̄ prestò has creido tes-  
timonios, si me han leuantado  
algunos! No imaginè jamás que  
de mi presumieras las baxezas q̄  
à voces has dicho, ni menos que  
imaginàras oprobios tantos co-  
mo me has imputado. Solo me  
consuelo con q̄ estoy en todo li-  
bre, y en nada de quanto has di-  
cho cõprehendida; y si solamēte  
te he dado rezelos, y sospechas  
en ver como no te abri, como  
otras vezes, has de saber que à la  
hora misma que hiziste la seña  
acostūbrada, llamò el Rey à mi

puerta, y no se fue hasta que tu  
te veniste; oyò tambien tus que-  
xas, si bien permitiò el Cielo q̄  
no te aya conocido: dixome al-  
gunas palabras à modo de zelos,  
como si yo le debiera alguna  
cosa. Despidiòse con esto, y yo  
quise, haziendo la determinaciõ  
q̄ has visto, venir antes de acos-  
tarme à saber que te ha mouido  
à semejantes locuras, y à que  
me digas quien te ha informado  
en contra de mi honor, y mi pa-  
labra. Y si tanto te pesa el truce-  
co de las almas, yo te digo de  
verdad, que por guardada, y fiel  
que tengas la mia, tengo la tuya  
mucho mas, y la tendré, y guar-  
darè hasta el vltimo fin de mi  
cansada vida.

No quiso Enrico ser incre-  
dulo, antes lançando de lo inti-  
mo del coraçon ardientes suspi-  
ros, dixo como ya estaua todo  
descubierto. Preguntòle la cau-  
sa Teodora, y èl le contò lo q̄ el  
Rey le auia dicho acerca de  
auerla gozado, y q̄ el auer acu-  
dido à aquella hora, auia sido  
traza para saber si èl la visitaua;  
y el auerse dado por no entendi-  
do, se conocia ser claro dissimu-  
lo para assegurarle, y vengarle  
mas à su placer. Cõsolòle Teo-  
dora quanto pudo, diziendole, q̄  
era vana imaginaciõ pensar q̄ el  
Rey sabia nada, ni q̄ le auia co-  
nocido, y q̄ la prueba q̄ se podia  
hazer en esto, era, q̄ le visitasse a-  
quella mañana del modo q̄ otros

días, y que conforme le viera el semblante, podian dar credito à las presunciones. Conformòse Enrico con este parecer, y auiedo dado los dos muchos abrazos, y dicho se mil requiebros, se fueron à Palacio por los mismos passos por donde auian venido, y llegando adonde estauan las cuerdas pendientes de los balcones, considerò Enrico que era imposible tener vigor Teodora para poder subir, ya que auia tenido atreuimiento, y industria para baxar; y assi, subió él delante, para poder ayudarla desde arriba; lo qual acabado, se bolvió à su casa, y aunque con algun cuidado de si el Rey sabia sus amores, con harta menos tristeza, y con mucho mas placer que auia buuelto la vez primera.

Vntando estava las ruedas el Aurifero Cochero con lagrimas de la Aurora, por llegar temprano à la posada de Delia, su huespeda querida, quando llegó Enrico à esperar al Rey en su antefala, que tampoco se tardò en leuantarse del sueño para tratar su vengança, aunque cõ medios secretos. Saludaronse los dos muy alegres, disimulando cada qual su pena, si bien con diferencia, porque el Rey bien conociò que Enrico disimulaua, y el pobre Enrico quedò muy engañado viendo al Rey contento. Pasáronse por la sala vna gran

pieza, tratando diuersas materias, hasta venir à dar en la de amor; porque es tan practicable, que no ay Catedra de qualquier facultad en que no se lea, ni conversacion de todo estado en que no tenga su primer assiẽto; y por la parte que entendió Enrico mostrar que no tenia amores con Teodora, y que se holgaua que la huviessè el Rey gozado, se descubrió mucho mas la sospecha que el Rey tenia, porque diziendole que como se hallaua con los gozados frutos; y que si estaua contenta, ò enojada la causadora de ellos, se ratificò muy por entero el Rey en sus sospechas, y respondióle con vna risa postiza (que assi se puede llamar la que no sale del coraçon) q̄ no estaua muy gustosa, pero que tampoco estaua triste; y que para significarle en alguna cosa lo muy alegre q̄ él estaua en auer alcanzado sus abrazos, y gozado sus amores, queria salir aquella tarde à caça, y presentarle toda la presa que cayera; para lo qual queria tambien que él le acompañasse con los demás Caualleros que estauan apercebidos.

Holgòse Enrico (ageno de lo que le esperaua) tanto con este mandato, ò ya fuesse por disimular, ò ya por ver que el Rey mentia à pesar suyo; que propiamente se podia dezir por él, q̄ la mucha alegria es se ñal de gran

triste.

tristeza. No puso ningun estoruo, ni diò lugar à dilaciones, antes con mucho cuidado se fue à su casa, y se vistió de campo, y juntandose en Palacio con todos los demás, aguardaron que acabasse de comer el Rey, el qual salió despues muy ricamente aderezado, fatigando los hijares à vn ligero cordillo; y haciendole todos vna grande salua, y cercados del, dieron vna hermosa vista à todas las Damas, y caminó à vn espeso bosque, q̄ estaua de allí dos leguas. Llegados allà, començaronse todos à esparcir por diuersas veredas, vnos tras las aues, y otros tras algunos jaulies, dexándose al Rey, y à Enrico solos, por ir ya industriados de que lo hizieran assi, aunque algunos ignorantes de la causa. Viendose el Rey en el puesto, y lugar donde tenia en emboscada doze enmascarados; apeòse del cauallo, mandandole à Enrico hiziera lo mesmo, y entraronse entre vnos robles, cercados de breñales, y fabinas; y en estando bien adentro, desembaynò el Rey su espada, y buelto contra Enrico, le dixo de esta suerte: No he querido que traidores contra mi mueran con honra (si ay muertes con ella) à vista de todos en la Plaça, sino en estos montes sombríos, donde apenas el Sol visita en el medio dia la tierra que pisan los troncos de sus arboles silvestres, para

que despues de muerto, no vea persona humana à quiẽ ha querido encubrir à su Rey verdades, con capa de mentiras, cosida con disimulos, y remendada cõ tantos fingimientos. Conozco, traidor Enrico, que me entiendes, y por esso no quiero aclararme mas, por no recibir mas enojo. Y porque sè que heredas sangre noble, aunque manchada ya con tus vilezas, te quiero solo honrar en esta muerte en darte la con mi espada, si acaso te queda aun atreuimiento para medir conmigo la tuya; pero si te quedará, porque à vn traidor jamás le falta; y quando no te quede, yo te doy licencia que la saques, y riñas aqui conmigo; y si me matares, te podràs ir libre, y de otra suerte yo no me apartaré de aqui sin que beba primero de tu sangre, con mis ojos viendola derramada.

Mas Enrico, aun en tales ahogos, y entre confusiones tantas, considerò, que fuera de ser imposible dexar de tener el Rey quien le ayudasse en aquellas espesuras, era gran desacato meter mano contra el, aunque perdieffe la vida; y assi, sacando la espada, la puso à los pies del Rey, y hincado de rodillas dixo enternecido solas estas palabras: Señor, yo no soy hombre que os hize jamás traicion, ni agora la quiero hazer, metiendo mano contra vos. Confieso lo que ya

sabeis , aunque debiais por ello premiar mi paciencia , y no tomar por agrauio, lo que no lo es, siendo Teodora mi esposa. Mas si vuestro gusto es ley , y juzgais que la he quebrado, veis aqui mi espada, para que no manchando la vuestra en sangre, como dezis, traidora, podais con ella executar en mi cuello el golpe de vuestro rigor.

Tomò la espada el Rey , y en vez de mouerse à piedad , hizo vna seña , con q̄ salieron al punto los que estauã en emboscada, y mandòles que executassen en el lo que le tenia ordenado , y yendose adòde dexò su cauallo, subió en el, y tocando vna corneta , se juntaron al instante los cazadores , con los quales llegó à Palacio antes del anochecer. Los que quedaron con Enrico, hizieron mucho mas de lo que les mandaron; propio , y ordinario ya en los Ministros, y luezes ampliar las comisiones , no solo hasta donde pueden , sino hasta dode quieren, porque el Rey solo mandò que le matassen, y ellos quisieron darle muerte , en que padeciessè muchas juntas , con desiguales tormentos; y assi, atado de pies , y manos le lançaron por vna boca, y grieta de vn collado obscuro , en que nunca se auia podido hallar suelo, para q̄ alli pereciessè con hambre , sed, y fatiga: claro exemplo para los Privados, y Validos, pues en ca-

yendo de la pruança , ninguno los quiere bien , sino hasta los que estando en ella eran amigos, les buscan todo mal ; y assi, ningun hombre cuerdo , y prudente auia de procurar subir, por no venir à caer , porque no apeteçer aquello, no es deshonra ; y venir à dar en esto , es grande afrenta.

Sepultado Enrico en vida, fueron los executores à lleuar la nueua al Rey, el qual les diò las gracias; y en siendo las doze hizo à vn musico que por la parte del jardin , por donde se auia quejado Enrico la noche precedente, le cantasse à Teodora este lugubre Romance.

Teodora, si acaso aguardas  
que venga tu Enrico à verte,  
llamale del otro Mundo,  
porque ya no habita en este.

Mataronle por tu culpa,  
porq̄ en pleyto de amor siempre  
se dexan libre al culpado,  
y matan al inocente.

Amauate con secreto,  
y assi con secreto muere,  
porque conforme la vida  
dizen que ha de ser la muerte:

Fingimientos, y mentiras  
fue de su mal accidente,  
que aunque parece pequeño,  
es grande para con Reyes.

Fiòse de tu palabra,  
y fianças de mugeres,  
quando no obliga à los hombres  
à que hagan cesion de bienes?

Si pagaras otro amor,  
gozaras continuo deste,  
sin sentir lo que ya lloras,  
y sin llorar lo que sientes.

No enturbies serenos ojos,  
que quien Reyna puede hazerte,  
mas facil podrà obligarte,  
Teodora, à que los serenes.

Rogandote està, y rogando  
hombre, que mandarte puede,  
haràs muy mal, permitiendo  
que te mande, y no te ruegue.

Olvida antiguas memorias,  
lo que te digo apetece,  
pues se han consumido aquellas,  
y estas se estàn en especie.

Olvida amores Enricos,  
y apetece amores Reyes,  
pues aquellos son passados,  
y estos los tienes presentes.

Auia estado Teodora, desde  
que viò venir al Rey con los de-  
màs Caualleros que le acompa-  
ñauan, y Enrico no, el que mas  
queria, melancolica, y confusa,  
inquiendiendo por mil partes saber  
dèl, preguntando à vnos, rogan-  
doles à otros, y à todos suplicã-  
do; y viendo que ninguno le da-  
ua razon, hechos sus ojos fuen-  
tes, esperaua la hora acostum-  
brada para satisfacerse, y oyen-  
do en vez de sus palabras, estas  
razones lastimosas, anunciado-  
ras de su muerte, faltando al co-  
raçon vigor, sangre à las venas,  
y à los pulsos aliento, cayò des-  
mayada, sin poder tornar en si  
en mas de tres horas, y quando

bolviò, fue con frenesi tan des-  
atinado, que començò con los  
peynes de marfil de sus her-  
mosas manos à rasgar sus blan-  
quissimos pechos, esmaltando  
con desleidos rubies campos de  
azucenas, y sacando de entre na-  
cares los murices rubicundos,  
arañò el cielo hermoso de su  
cara, aunque con lagrimas ya  
casi deshecho, y anegado, y en  
fin dexò el suelo rico con mu-  
chas hebras de oro de su cabe-  
ça tan preciosas, y lucientes, que  
à faltarle al Sol algunas, tuviera  
à dicha suplic con ellas faltas  
fuyas.

En estas lastimas se entretu-  
vo Teodora toda la noche, juz-  
gando aun todo esto por muy  
pequeño mal, respeto de lo bien  
que à Enrico queria. Venida la  
mañana, encubriò el dolor, en-  
jugò los ojos, y compuso el  
rostro todo lo mejor que pudo;  
y auiendo llamado con secreto  
à dos Caualleros, que se vendian  
por muy amigos de Enrico, les  
preguntò el suceso, y ellos le  
dieron noticia de todo lo suce-  
dido. Que se desmayara aqui  
otra vez, no ay duda, à no auerle  
pedido vn poco antes à su cora-  
çon recogiesse el sufrimiento de  
las reliquias del alma, que anda-  
uan por el cuerpo deshechas, y  
esparcidas.

Recobrada, pues, en si, pidiò  
les encarecidaméte la acompaña-  
sen por la mañana, antes q̄ ama-

neciese hasta el lugar mismo donde auian dexado muerto à Enrico, porque con solo sepultar su cuerpo, apagaria algun dolor del alma, y que luego à la noche se bolverian con el seeteto posible; previniendoles tambien, que para que el Rey, ni la Reyna la echassen menos, ella dexaria vna buena traza con vna amiga suya, de modo que fuera imposible el hazer falta. Concedieron los Caualleros con su ruego, y en apartandose de alli, ò ya por temor que se descubriessse el engaño, ò ya por ganar gracias con el Rey, fueron, y le contaron quanto Teodora les auia dicho. El, que deseaua hallar ocasion oportuna para lograr sus intentos, viendola tan à su gusto, les dixo que hizieran quanto Teodora les dixesse, lleuandola al lugar mismo donde mataron à Enrico, y que lo que el intentaua hazer con ella allà lo verian.

No tuvo ocasion Teodora (bien ignorante de la maldad) hasta la tercera noche de poder salir de Palacio, del qual salio entre doze, y vna con los dos Caualleros dichos, abriendo cõ vna llauue maestra las puertas que fueron menester; y por presto q̄ llegaron al bosque (que seria quando Febo llegaua à los umbrales de la Aurora) ya el Rey auia llegado antes por vn atajo, acompañado solamente de vn criado;

los Caualleros al tiempo que le vieron, se fingieron turbados, y querer huir. Teodora, que ya con llantos tristes, y penosas voces auia comenzado à llamar à Enrico, considerando la determinacion que el Rey llenaua, y viendo que ya por fuerça pretendia hazerse dueño de su honor, sacò vn cuchillo escondido de su seno, lleuado para el efecto mismo de bolverle à esconder, aun no entre las telas, como venia, sino en sus castas entrañas: lo qual hiziera sin falta, à no tenerle el Rey el brazo, y à no salir à aquel tiempo Enrico por vna horrible cisura del monte, boca de vn pequeño arroyo, cubierto todo de cieno, el rostro con mil heridas, las manos casi deshechas; y en fin, tan horrendo, y espantoso, que el Rey turbado, y los que le acompañauan despauidos, juzgando venia del otro Mundo, por auerle todos dexado por muerto, comenzaron à huir del; y Enrico en lugar de perseguirlos, comenzó à llamarlos, auiendose primero abraçado con Teodora, que aunque tambien entendiò venia de la otra vida; y aunque le viò tã disforme, no tuvo miedo alguno de llegar à sus brazos.

Admirado el Rey, detuvo el passo, mandandoles à los Caualleros, y al criado que hiziera lo mismo; que visto por Enrico, romando de la mano à Teodora, fue,

fué, y le postro à sus pies, diciendo: Invencible Dionisio, Rey famoso desta Prouincia frutifera, y amena, yo soy el miserable Enrico, à quien tus Ministros por darme muerte mas dilatada, y penosa, me echaron por la boca de vna caberna profunda q̄ està en la ceruiz deste collado; fui rodando media hora, dandome infinitos golpes, y haziendome mil heridas, hasta dar en el ultimo extremo desta profundidad tan desatentado golpe, que me dexò sin sentido mucho tiempo, que no puedo discernir, ni aueriguar, por no saber los dias que han pasado. Hallauame ya aora sin saber donde me estaua, de hambre enflaquecido, de temor cercado, y de esperança ageno, quando por vn lado del abismo llegò à mis oidos el eco de las voces de mi querida Teodora, que aunque triste, y lastimero, fue para mi coraçon alegre; y sonoro, pues cobrando el vigor perdido, me acerque por aquella parte, y hallado vnas grietas, por donde vna fuentecilla con vn susurro manso se và deslizando, me meti por ellas, y à pura fuerza de braços he venido à salir del modo que veis por la misma parte que este arroyo se origina. Si ha sido suerte, en ti, señor, la espero; si ha sido dicha, de ti, señor, la aguardo; y si ha sido beneficio, del tuyo, señor, confio. Mueuante los males que he padecido,

las penas que he padecido, y los dolores que siento, para q̄ en paz me permitas gozar los bienes que tanto quiero, las glorias que tanto adoro, y los contentos que ha tanto procuro. Y si acaso vence en tu Magestad la ira, y el rigor à la piedad, y clemencia, aqui me tienes de nueuo à tus pies, y juntamente à Teodora, participe en mis trabajos, para que executes en los dos el golpe de tu vengança.

No se dexò el Rey passar adelante, sino abraçandole estrechamente, dixo, le perdonaua los disgustos que le auia causado, y que diera grandes premios à los que le echaron en el poço, à saber que lo auian hecho mouidos de clemencia, pues auia sido causa de su vida. Con esto, pidiendo perdon à Teodora, que muy gozosa le besò las plantas, los fue acompañando hasta su Palacio, donde los despesò con grandes regocijos, y muchas fiestas, mostrando en esta accion la generosidad, y grandeza de vn Principe heroyco. Vuestra merced, señora Doña Serafina, le muestre con quien desea seruirle; porque deste modo estare dispuesto para passar qualquier mal, con la esperança de semejante bien.

\*\*\*

## EL MVERTO ZELOSO.

NOVELA VLTIMA A LA  
*Señora Doña Serafina.*

**D**izeme v. m. por la suya, que à muertos, y à idos no ay amigos; à q̄ respõdo, que estàn ya los hõbres tales, q̄ antes procuran buscar amigas, q̄ conservar amigos; y porque no huviera sospecha en esta parte, me he tardado algunos dias, ò mejor dirè descuidado en acudir à mis obligaciones. Y ya que agora escriuo, no quiero ser corto, dandome v. m. en su carta el tema de mi discurso, que es la palabra, Muertos, cõ la qual quiero probar q̄ ay difuntos que no se olvidan de amistades, y muertos que vienen à dar, y pedir zelos. Esto probado, verà v. m. que no tiene razon de quejarse; porque si vn muerto no se olvida de acudir à sus correspondencias, menos se olvidará quien tiene en v. m. vivas sus glorias. Solo advierto, que aunque vâ con nombre de Novela, lleuala radical de historia; y aunque con capa de ficcion, es la sustancia verdadera.

En la Ciudad famosa, à quien el cristalino Tajo sirue al chapin de sus plantas de virillas, y en

quien la mayor Señora se dignò de estampar las suyas, q̄ con esto se conoce que es la Imperial Toledo, Corte en otros tiempos de tan insignes Monarcas, y alvergue en estos de ingenios tan lucidos, escuela de galanes, parto de valientes, sarao de Damsas, casa de discretas, espejo de hermosas, y madre en fin de la lengua politica Española, residia vn Cavallero Valenciano, llamado Lucindo, hõbre muy alentado, galan, y discreto (si se le puede dar este titulo à quien tiene amores) dexò à su Patria despues de seis años de Flandes, en q̄ ganó vanderas, y condutas, por sola la fama de vna Dama desta Ciudad, llamada Doña Ana, en quien puso el Cielo perfecciones de hermosa, y discreta. Como era mãcebo, y sin obligaciones de acudir à padres, por ser ya muertos, le fue muy facil sentar su casa en Toledo, dexando en Valencia quien le administrara la hazienda, y le acudiera con los reditos.

La Doña Ana, que como he dicho, era muy hermosa, y no tan mal puesta, que no gozasse de

de vn rico dote de veinte mil ducados, aunq̄ con la pensión de estar en poder de vna tia suya, aficionòse à sus galanteos, pagòse de sus cortesias, y enamoròse en fin à su bien cortada prosa: Embebida, pues, Doña Ana en los amores de Lucindo, començò à corresponder à sus deseos, y à pagar sus cuidados, significandole por señas su voluntad, diciendole con los ojos su aficion, vnas veces desde sus rejas, y otras al ir à Missa las fiestas.

Fue creciendo el amor, y con èl el trato, y correspondècia, embiandose muchos papeles de requiebros, de q̄ era la portadora vna criada de Doña Ana, llama-

da Tecla, q̄ no fuè poco venir el nombre con el oficio, pues siempre estas criadas son las teclas, por donde se tocan los organos de las señoras, Fiauale mucho de ella, por auerla hallado muy fiel, y conforme à su gusto, aunque muy contraria al de la tia, la qual atendièdo à algunas cosas à fuerça de mucho tiempo, començò à espiar à Tecla, atendiendo à sus entradas, y salidas; y reparando en los muchos secretos que tenia con Doña Ana, y puso en esto tanto cuidado, que no dexò de infiltrar hasta coger vn papel, en que iba este Soneto, à causa que vn dia antes se le auia torcido vn chapin al salir de su casa.

Iva corriendo el Sol por su carrera,  
 quando los vuestros dos de luz vestidos,  
 entre zonas de plata conducidos,  
 salieron à mirarle en vuestra Esfera;  
 Como afrentado el Sol, se tirò à fuera,  
 y viendo vos sus passos tan torcidos,  
 os dexasteis caer, porque advertidos,  
 su curso cada qual andar pudiera.  
 La calle con la sombra estaua obscura,  
 y reclinando vos vuestros faroles,  
 quedò brillando el suelo con primores:  
 Que aunque el caer en vos no fue ventura,  
 caer por ostentar vuestros dos soles,  
 por robar fue las almas con amores.

No dexò la tia, por las sospechas que ya tenia, de conocer el dueño del Soneto, por mucho que Tecla afirmò, que no conocia al Cauallero que le auia dado, y así muy enojada la riño así

peramente, y diò vna reprehension à la sobrina. Doña Ana como discreta, la satisfizo hasta que la dexò muy pacífica.

Pesafoso quedò Lucindo quando Tecla le còtò el desastre q̄ se auia

auia passado; porque es muy propio destas criadas, y terceras cõtar à las partes los lances que suceden, por encarecer la cura. Consolòla con vn doblon, que aunque rehusò recibirle, no dexò de tomarle, propiedad de Medicos, q̄ quando abren la boca para dar alguna escusa, tienen ya abierta la mano para recibir el dinero; y las palabras que comenzaron à dezir entre dientes de, no corre priessa, y no se pongan en cuidado, las vienen à concluir con mucho contento, diziendo, viuan mil años.

Bien imaginò Lucindo, que su amor llegara à verdadero efecto sin ningunos interualos, mas como en esta vida no ay cosa estable; amor seguro, ni gozo cumplido, se le leuantò vn cõpetidor muy poderoso, con tantos assomos de galan, como rasgos de valiente, y con tantas señas de discreto, como prendas de nobleza. Este era vn Cauallero de la misma Ciudad, D. Iuan por nombre, y Moncada por apellido, hombre muy estimado por su calidad, y muy querido de todos por sus hechos. Enamoròse de Doña Ana, con tanto extremo, q̄ desde el primer instante que la viò, procurò grangear su amor; y viendo que para estos tratos, si han de ser secretos, es necessario aya terceros, comunicò su pena con vn criado suyo, llamado Martin, hombre

de buen humor, bien seruicial, y valiente; el qual con diligencia diò orden, y buscò modos para introducirse en la casa de Doña Ana, que no le fue muy dificultoso, en viendose con Tecla, que como èl era tan chocàte, començò à requebrarse cõ ella, y à galantearla; de modo, que en pocos dias la sugetò à su gusto, y luego la propuso el blanco adonde se endereçaua su intencion, que era diessse orden de modo, que Don Iuan pudiesse comunicar con su señora Doña Ana, ò bien por palabras, ò bien por papeles. Viendole Tecla tan empeñada con Martin, auiendole contado lo que auia de por medio con Lucindo, le dixo que lo que podia hazer, era no llevar, ni recibir mas papeles de Lucindo, y darle à su señora todos los que le diessse de Don Iuan, y encarecerla su bizarría, y persuadirla à su amor. No quiero yo mas, respondiò Martin, y dandole las gracias, y haziendole muchas promessas, fue à contar à Don Iuan lo que passaua, y Tecla entretanto à Doña Ana lo sucedido. D. Iuan quedò muy contento, buscando ya modos para facilitar su pretension, y Doña Ana muy enojada repitiendo causas para reñir con Tecla; la qual como la huviessse traído vna carta muy bien notada de Don Iuan, tomò ella la pluma, y respondiò con ella.

*Carta de Doña Ana à Don Iuan.*

En vn cuerpo humano no depositò Dios sino tan sola vn alma, que à ser mas, ò fueran muchas las discordias, si cada vno se inclinàra à su objeto, ò muy grandes las pazes, si todas se conformàran con vno. Yo, señor Don Iuan, no siento en mi coraçon sino es vna alma, y esta con vna mera voluntad, y esta voluntad con vna perfecta aficion, y esta aficion con vna honesta correspondencia: y de todas estas tiene la posesion, y propiedad vn Cauallero, en quien hize dellas donacion, quedandome solamente con el vso para poder viuir, y aun no quise el vsufructo, por no tener nada que poder enagenar. Pues meterme yo en hazienda agena, y querer como señora disponer della, ni v. m. lo ha de permitir, pues es contra justicia, ni yo dare lugar, porque es contra mi conciencia. A ser yo señora de mis acciones, y à estar libre de empeños, la ganancia era para mi, y muy mucha, y para v. m. la perdida, y no poca: porq̄ donde podia yo ganar mas que en seruir à v. m. y donde v. m. menos que en amarme à mi? Y assi, pues el Cielo quiso q̄ yo no fuese merecedora de tales faouores, y que v. m. no se humillasse à tan pequeños bienes, contentemonos con lo que cada vno tiene:

mos, y no apetezamos lo que ninguno podemos alcançar, que aunque v. m. està con posibilidad dello, no puede auer ninguna, estando yo empeñada, y aunque v. m. està libre, y puede querer, yo soy agena, y no puedo mãdar. Seruir à dos señores juntamente, claro està que no se puede, y si algunas (aunque mal) hazen poder, yo (aunque se pudiera bien) no lo pienso hazer. Y assi supuesto todo lo referido, suplico encarecidamente à v. m. se sirua de no hablar mas en este particular, dando de mano à papeles, escusando passeos, y quitando las ocasiones, porque es muy zeloso quien me estima, y muy valiente à quien adoro.

Escrita que fue esta carta, passò por los arcaduces que suelen passar los memoriales que se dan al Rey, dandola Doña Ana à Tecla, Tecla à Martin, y Martin à Don Iuan, que quedò auiendola leído, por vna parte contento de ver su discrecion, y corteses cumplimientos; y por otra triste, y despechado de ver su resolucio. Tomò la carta Martin, por ver si se auia dexado algun parentesis por leer, y sin ser Letrado, que interpretan las leyes à dos caras, y sin ser Logico, que tuercen la verdad por donde les parece, fàco vn argumèto, y vna consequècia, diziendo: Señor, aqui dize, que si ella no tuviera este empeño, se tuviera por dichosa en amar-

emarte ; luego si buscamos este galan , y con el secreto q̄ se pide le damos muerte , es cosa muy cierta que te querrà Doña Ana? No reparò Don Iuan en nada, oyendo esto, sino tomàdo la carta, la bolviò à mirar otras mil vezes , por ver si se seguia la sequela , no reparando en los daños que se auian de causar; y por esto he dicho muchas vezes, que por discreto, y prudente que sea vn hombre, no se puede tener por tal mientras anda enamorado, donde es forçoso hazer muchas niñerías, y dar asiento, y lugar à mil locuras. Conformado, pues, con el parecer de Martin, y no siendole dificultoso conocer que era Lucindo el enamorado de Doña Ana , salieron vna noche los dos cò determinacion de matarle. Hallaronle en la calle puesto debaxo vna rexa , por donde muchas vezes aparecia el Sol , y requebraua la Aurora : y quedandose Martin en vna esquina , llegó Don Iuan con la espada preuenida , y preguntòle q̄ buscava allí? Lucindo, que como Soldado en fin, no estaua hecho à consentir cosquillas , respondió ; Yo busco aqui lo que no os importa à vos zelar , y aguardo lo q̄ no os importa inquirir: passad adelante, antes que me irrite, porque soy poco sufrido en responder con la lengua, quando puedo con la espada. Don Iuan oyendo esto , sacò de entre

los incentiuos de ira vn discurso de razon, que fue, considerar, que si reñian alli , se ponía à peligro por lo menos no alcanzar à Doña Ana , aunque le mataste : y asile le dixo: Yo no soy hombre que doy en las calles respuesta à semejantes palabras , aunque me suelo portar muy poco oyendolas ; por lo qual si sois tanto como presumis , y hazeis tanto como demostrais , seguidme, si os atreueis, que yo os doy mi palabra, que el criado que con nigo viene no os ofenderà en cosa alguna. No gastaron mas tiempo en replicas, ni preguntas. Y saliendo todos tres à lo alto del Castillo de San Ceruantes , sacaron los dos las espadas, y despues de muchos golpes, cayò Lucindo en tierra herido de muerte , de vna estocada, que le passò el coraçon, que apenas le diò lugar de confessar sus culpas, sin poder descubrir las agenas , por no auersele dado à conocer D. Iuan, el qual al punto que le viò de aquel modo, huyò à su casa cò Martin, antes de causar algunos indicios; y despues que la muerte de Lucindo se sepultò en olvido , le respondió à Doña Ana desta suerte.

*Carta de D. Iuan à Doña Ana:*

Segun el triste semblante con que à y. m. he visto estos dias , y segun las muestras de sentimiento, que hasta en el traje ha mos-

tra-

trato he podido colegir que era el depositario de su voluntad vn Cauallero de Valencia, que hallaron muerto junto à San Ceruantes, de que me ha pesado infinito, si acaso v. m. lo ha sentido por algun fin. A saber quien le matò, yo procuràra vengarle, porque si bien es verdad, que me ha hecho à mi gran beneficio en dexarme libre à v. m. me ha dado con todo mucho pesar en saber que ha sido à costa de su gusto, el qual estimo yo en mas que mi prouecho, porque no puedo tener ninguno, estando v. m. disgustada, y puedo tener esperança de muchos, estando contenta. Pero dexado pesames à vn lado, quiero tratar de mi justicia, la qual tengo fundada, no menos q̄ en las palabras expressas de v. m. q̄ para ser ley, no han menester mayor autoridad; y para traer execucion aparejada, no tienen necesidad de mayor obligacion. Dixo v. m. que de su voluntad era solamente vsuaria, porque la propiedad la tenia vn Cauallero, por vna obligacion que v. m. le auia hecho por vnos raptos de amor, y por vnas deudas de aficion. Y yo digo, que ya v. m. es libre poseedora de todas sus acciones; porque aquella obligacion era meramente personal; y estas perecen al instante que perece la persona; luego si inutiò el propietario, acabaria tambien aquella accion, dexan-

do à v. m. heredera de lo propio que le auia donado; porque har-to haria aquel Cauallero de dar cuenta de su alma, sin meterse en llevar allà las agenis. Esto supuesto, aadiò v. m. que à estar libre de aquel empeño, y exempta de aquellas obligaciones, antes ganancia en amarme, q̄ yo en seruirla; luego si v. m. lo està, como bien consta, razon tēgo de pedir justicia, y obligacion v. m. de tener misericordia? Lo que es la ganancia no la concedo, porque es mia, mas puedo assegurar, q̄ no tendrà v. m. perdida ninguna, porque mi officio solo ha de ser obedecer, seruir, y agradar; y el de v. m. compeler, mandar, y prohibir. No sea v. m. cruel à deseos tan amorosos, ni esquiua à tan verdaderas aficiones, pues sabe muy bien que pido razon, que no pi liera, à saber que v. m. no la tenia para poderla dar. Y porque en esta carta he guardado el estilo petitorio, quiero concludir con la clausula juridica que se suele, diciendo, que pido justicia, y costas (que no seràn pequeñas las que harè en mi salud, en no dandome remedio) juro en forma, que no pongo esta demanda de malicia, sino de mucho querer, y para ello, &c. Y aunque es vuestra merced, à quien pido, la quiero hazer juez en esta causa, fiado en quien es, y sè que me guardará justicia, pues que es

caso en que sin hazerle à si agratio, puede sentenciar en mucho prouecho mio. Y si huviere duda en que conforme à derecho no puede vno ser juez en causa propia, facil serà quitar, atendiendo que se entiende aquella regla en todas las causas fuera de las de el amor, porque en estas la misma à quien se pide, ha de sentenciar, y no sentencia como quiera, sino sin embargo de apelacion, porque jamàs se apela de su voluntad. Yo, señora mia, si apelarè de vuestro coraçon, si estuviere duro, à vuestros hermosos soles, que veràn mis lagrimas, y à vuestros piadosos oïdos, que oïràn mis quejas, mas todas en fin han de ser apelaciones, sin salir de vos, porque estoy con vos tan metido, que à auer de salir, antes perdiera todo mi derecho, no apelando, que procurarle buscar saliendo:

Començò Tecla en leyendo Doña Ana la carta, à intimarle el estilo, y el modo, alabando su lenguaje, y engrandeciendo su discrecion, todo à fin de conuencerla, lo qual no fue dificultoto, ni à v.m. señora Doña Serafina, se le harà imposible, ni à mi se me haze pesado, porque si ay mugeres, q̃ no guardan constancia, y fidelidad, estando los esposos, y los que aman presentes, que mucho que vna muger moça, hermosa, rica, y dispuesta

como Doña Ana, olvidasse passadas memorias de Lucindo, y apeteciesse ya presentes fauores de D. Juan? Fuese secando la humedad de los ojos, y humedeciendo la sequedad del coraçon; y en breues dias se entrò Don Juan por las puertas del alma de Doña Ana, hallandoias de par en par abiertas; començòse à hazer libro de nueuo, borrando lo que estaua escrito, y escriuiendo cada dia requiebros, y ternuras, de que yo digo que irian muchas en verso; porque si Lucindo con ser Soldado no se librò de la enfermedad de Poeta, menos se libraria Don Juan, auiendo cursado muchas Escuelas. Mas como la tia andaua solícita, y cuidadosa, y Tecla rezelosa, y bien escarmentada, lleuaua los papeles con tanto secreto, y despues de leidos, los ocultaua tanto, que no he podido descubrir ninguno; y así vueſſa merced me perdonarà el no referirlos: Tecla, y Martin, que eran los dos correos, que mediauan en este camino, vinieron tambien à amarse tanto, y quererse con tanta aficion, que con andar dando medios, gozaron muchas vezes frutos inmediatos, porque los criados para estos negocios no reparan en tantos puntos como los señores.

Viendose, pues, ya Don Juan tan fauorecido de Doña Ana, y considerandose Doña Ana tan obli-

obligada de Don Iuan, trataron de comunicarse de noche, firuiendo Tecla de centinela, para si la tia recordaua, y quedandose Martin por espia en la calle, hasta auer entrado dentro; mas todas las noches q̄ pensaron poner por obra este pensamiento, aunque vnas ivan à las doze, y otras à la vna, y aũ algunas à mas de las dos, hallauan siempre vn emboçado arrimado à la misma puerta por donde auian de entrar; y con ser Don Iuan tan animoso, no se atreuia nunca à llegar à conocerle, rezelandose no fuesse algun pariente de Doña Ana, que tuuiera dentro mas gente, y le quisiessen matar, por auer tenido algunos indicios de sus amores. Passauanse de largo así como le veian, advirtiendo en que en auiendo passado, los iba siguiendo el mismo que estaua en la puerta, hasta dexarlos en su casa. Pero como Don Iuan se huviessse informado de Doña Ana, y de Tecla, de que ninguna noche auia entrado persona humana en su casa, sino que antes estauan que xofas del, porque las burlaua tantas vezes; determinò de salir de duda, y llegar à reconocer al que le daua tanto estorvo, y pesadumbre; y así vna noche, auiendo mirado primero las calles circunvezinas, por si estauan algunos escondidos, le dixo à Martin, que llegasse primero, y le preguntasse, que què hazia

en aquel puesto, para que conforme lo que le respondiessse, pudiesse èl salir à la demanda. Martin, que picaua tambien en valiente, no se hizo de rogar, y mas sabiendo que estaua su Tecla en la ventana, si acaso no estaua ya junto à la puerta. Llegò muy determinado, y apenas dixo: quien vâ! quando mirando al que se lo preguntaua descubierto, y conociendo ser el difunto Lucindo, se retirò, dando voces, y haziendose muchas cruces, y el muerto à passo tirado, traspuso to la la calle. Don Iuan al punto que oyò à Martin, se llegò con mucha priessa con la espada tirada, juzgando le auia herido, y oyendolo que auia visto, por mucha que quiso dissimular, recibì tambien algun temor, aunque se dispuso à venir otra noche, y llegar en persona para satisfacerse de la verdad.

Venida la siguiente noche; bien armado Don Iuan de valor, y Martin bien lleno de miedo, se fueron à la calle de Doña Ana, donde ya hallaron al difunto Lucindo en su puesto acostumbado. Martin, quando le viò, por no dar à sentir su cobardia en bolver las espaldas, y por no mostrar su poca lealtad en dexar à Don Iuan solo, començò à impetrar el auxilio diuino, viendo que no le podia auer humano, sino era con inhumanidad suya, haziendose mu-

chas cruces, y con buen cuidado de ir algo desviado de su señor Don Iuan, el qual con muestras bien claras de su valor, llegó adonde estaua Lucindo bien recatado, y cubierto, porque no le conociese, hasta que fuesse su gusto, y diziendole que quien era, y que esperaua? respondió con palabras tristes, y profundas la misma razon, que le dió. Don Iuan, quando le sacó à reñir, que fue dezir: Yo no soy hombre que doy respuestas, y satisfacciones en donde se puede dar escandalo, y originarse alborotos: si vos los sois (que si fereis, segun las muestras que dais) seguidme, y sabreis quien soy, y quedareis entendido de lo que busco, y desengañado, y satisfecho de las dudas que traeis. Diziendo estas palabras, comenzó à caminar apriessa por la misma via que salió, quando le dieron la muerte.

Si v. m. señora Doña Serafina, no está de priessa, yo le ruego (aunque admite mal mis suplicas) que haga aqui vn parentesis, teniendo la consideracion en el modo que podria quedar aqui Don Iuan, oyendo tal resoluçión, si aconocer à quien le desafiara, sospechoso de lo que la noche antecedente le auia dicho Martin, con la representacion de la injusta muerte, que auia dado à Lucindo, temeroso de si era otra persona, quedar

por cobarde; angustias, y temores por vna parte, rezelos, y sospechas por la otra; peligro en obedecer, afrenta grãde en huir; y finalmente lleno todo de temerosos cuidados. Y en auiendo v. m. considerado todo esto, y hecho eleccion en su entendimiento de lo que escogiera en esta parte, si se hallàra en la presente ocasion; podrà passar adelante en el discurso, y sabrà la eleccion de Don Iuan, que fue à medida de su valor, y ajustada à lo invencible de su pecho: Pues apenas en vn instante con todas estas consideraciones dió vna buelta la memoria por delante de los estrados del entendimiento, quando resolvió à seguir los passos velozes de quien no conocia, con harto dolor, y sentimiento de Martin, que le acompañaua.

Siguiendo, pues, Don Iuan à Lucindo, y Martin à Don Iuan, no pararon hasta San Ceruantes, en el mismo puesto donde auia sido la pendencia pasada: Llegados aqui, tomó Lucindo à Don Iuan por la mano, y desviandole vn poco mas de donde Martin estaua, se descubrió, y le dixo de esta suerte: No quiero teneros mas confuso, ni dudoso, auéis de saber, Don Iuan, que yo soy Lucindo, à quien vos mismo dizeis muette en este propio lugar, llevado metamente de los deseos de Doña Ana. Reñisteis

como Cauallero , aunque, no hizisteis como tal en sacarme aqui à reñir; y aunque agora imaginais que os he sacado para el mismo efecto, podeis estar muy seguro, que mi intento es muy diuerso, pues los difuntos solo procuramos el verdadero remedio de la gloria , olvidandonos de agrauios, no haziendo caso de ofensas, y perdonando los trabajos recibidos. Por este fin, pues, os he sacado aqui , privandoos todas estas noches de la conversacion de la Dama , que sin justicia me quitasteis, conociendo que la deseais tanto como lo que os quiero pedir, y hasta q̄ lo hagais, podeis estar muy cierto, y entendido que no os he de dar lugar, ni tiempo de que llegueis à darla la mano de esposo. Porque harta poca pension será para vn beneficio tan rico , y señalado como el que pretendéis, ir à Valencia, y hazer que vna heredad, q̄ por mi muerte ya posee vn hermano mio, se restituya al Convento de Santo Domingo, porque verdaderamente es suya, y yo, y mis padres, por injustos pleytos, la teniamos vsurpada; y si mi hermano no quisiere atender à vuestras palabras, pues sois, Don Iuan, rico, y poderoso , podeis boluer à desentrañar la causa, y el proceso, para que mirada bien la justicia, se le dè à cuya es; para lo qual acudirà el Convento , como tan interesado à daros fauor en lo

que se ofreciere. Hecho esto, me aueis de hazer dezir dos mil Missas, por muchos cargos que tengo del tiempo que fui Soldado, porque os hago saber , que hasta que lo que os he dicho no estè cumplido, no puedo salir de vn mar de miserias, donde estoy pensando, de vn lago de afflicciones en que estoy sumergido, y de vn abismo de martirios en que estoy sepultado. Yo os ruego, Don Iuan , que pues me quitasteis la vida, aunque me hizisteis merced de dexarme vn poco de tiempo, en que pude tener contricion de mis pecados, no os olvideis de quitar, y sacar à mi alma de tantos tormentos, pues es vna cosa muy facil para vos , y muy benemerita para mi. Con esto no tendrè zelos de mi querida Doña Ana, aunque ya vuestra, y no mia, con esto os dexarè gozar de sus glorias, con esto no os impedirè la puerta de sus gracias, y con esto , en fin , quedareis libre de mis sombras: Donde no, será tan al contrario, que muerto como estoy he de ser tan zeloso en guardar los claustros de su grande belleza, y admirable hermosura, que no aueis de ser jamás digno de mirarla sin pension de acordaros de mi , como si me tuvierais alli delante; y si atreuido quisiereis atropellar con representaciones à gozarla , aunque sea en los sacros limites de el

marrimonio, yo os doy mi palabra que à fuerza de golpes, sin ofensa de los vuestros, auéis de ser expelido, y maltratado; lo qual vereis por experiencia, en no cumpliendo, como confio, lo que os tengo suplicado.

No aguardò respuesta el difunto, en diziendo estas palabras, sino en vn instante se les desapareció.

Refirióle Don Iuan à Martin todo quanto Lucindo le auia dicho. Y porque v. m. no se equivoque en lo restante deste discurso, quiero advertirla, que lo mismo será dezir Lucindo, que el zeloso, ó el muerto. Digo, pues, que el criado entendido de lo passado, enderezaron los pasos àzia su casa, con propósitos muy firmes de poner en execucion quanto el difunto auia pedido, y del modo que muchos con propósitos de hazer aquello que están obligados, ó que se les pide, piensan que es lo mismo q̄ si ya estuviera hecho; y así, Don Iuan juzgò que su buena intencion era bastante para que Lucindo no le fuesse estoruo de visitar à Doña Ana las vezes que le diera gusto, mientras aquella buena volúdad se ajustaua. Error grande, y defatino muy confirmado, porque la intencion de hazer buenas obras, de apartarse de lo malo, de buscar lo bueno, de seguir la virtud, y de huir el vicio, aunque es buena en sí, con

todo es frustranea, y de ningun merito, quando pudiendose hazer aquello de que se tiene intención, no se pone por obra. Porque, pregunto, que importa que vn amancebado, de los que solemos dezir de por vida, tenga intención, à su parecer sana, y buena de dexar aquel vicio, si teniendo ocasiones oportunas vn dia, y otro dia, vna Pascua, y otra Pascua, y vn año, y otro año, nunca la quiere poner en execucion, y reducirla à la obra?

Ya oygo à v. m. que está diziendo si ha de passar esta Nouela à algun discurso Quadragesimal, segun nos vamos metiendo en consejos, y questiones morales; à lo qual respondo, no soy amigo de huir el cuerpo à lo q̄ viene à proposito de lo que se va tratando, pues no por esto se defrauda la Nouela, porq̄ del mismo modo avrá v. m. visto en vn Sermon referir vna fabula, por venir à cuento de lo que se va diziendo, y no por aquello dexa el Sermon de serlo.

Antes que D. Iuan llegasse à su casa, juzgò que aquella intencion que tenia de cumplir todas las mandas de Lucindo, era lo mismo que estarlas poniendo por la obra; y así, le dixo à Martin, q̄ queria ver à Doña Ana, porq̄ sería cierto el estarle aguardado. Martin, q̄ no veia sombra q̄ no juzgasse era el muerto, bien quisiera disuadir à Don Iuan desta

pretension, mas viendo auia de ser imposible, otorgò quanto le dixo, yendo los dos con no pequeño rezelo de bolver à hallar ocupada la calle.

Tecla, y Doña Ana estauan puestas en centinela aguardandolos por momentos, bien ignorantes de la causa de la tardança, porque aunque los auian visto salir, no vieron ellas nunca al zeloso difunto; y assi, auian juzgado que fueron à algun negocio. Tampoco Don Iuan quiso descubrir cosa alguna, por no atemorizar à Doña Ana, pero Martin no pudo menos de comunicarle à Tecla algun miedo de lo mucho que lleuaua. Hablaronse por la rexa vn gran rato, dexando para otra noche la visita, con mas reposo, y sosiego, concertando q̄ auian de entrar dentro, à pesar de los desvelos de la tia, porque considere v.m. si estaua bien zelada la pobre Doña Ana, no solo del amante difunto, sino tambien de vna tia sospechosa, que es peor que vn diablo zeloso.

Despedidos con esto, y llegada la noche señalada, en que pretendian con estrechos abraços cõfirmar los tiernos requiebros que hasta entonces se auian dicho, salieron Don Iuan, y Martin por el camino acostumbrado, todavia rezelosos de encontrar con el difunto. Llegaron à la calle, y viendo que no parecía

persona, ni sombra alguna, llegaron muy contentos à la puerta, donde ya Tecla estaua aguardando cuidadosa; metiòlos dentro, y bolvièdo à cerrar las puertas, los guiò con passos muy callados hasta el retrete resplandeciente, y hermoso con la reuerveracion de los soles de Doña Ana, en cuya presencia dexandò à Don Iuan, passò con Martin hasta su aposento, en el qual apenas pusieron los pies, y apenas Don Iuan quiso tocar las manos de Doña Ana; quando apagandose la luz, y sintiendose el mismo Don Iuan trãbar tan fuertemente del braço, que à pesar suyo, le lleuaron hasta el vltimo apartado de la casa, començò D. Ana despavorida, y temerosa à dar recias voces. Acudiò muy diligète Tecla sin voz, y sin alientos à saber la causa, dexandose à Martin bien desalentado, y affligido. Encendiò luz, y antes que tuvièsse lugar de preguntar cosa alguna, se leuantò la tia à medio vestir con harta confusion, y tristeza; y llegandose à Doña Ana, la preguntò su cuidado, à lo qual Doña Ana, como discreta, y prudente, supo satisfacer, fingiendo auer tenido vnos sueños temerosos, con que la tia dandose por satisfecha, aunque (como luego diremos) con sospechas maliciosas, la cõsolidò quanto pudo, y la mandò que se bolvièsse à acostar, haziendole à Tecla

que se quedasse con ella aquella noche.

No se quiso apartar de allí hasta que las dexò acostadas, con el cuidado que vueſtra merced puede considerar; y luego tomando la luz, se fue à su aposento à hazer lo mismo, mas antes de entrar en èl, le pareció ver vna sombra; y como la pobre vieja lleuava ya algun temor de los sueños que la sobrina le auia dicho, quedò pasmada, y dudosa si entraria, ò no entraria dentro, ò se bolveria adonde estauan Doña Ana, y Tecla: mas como, en fin, las canas engendran en las mugeres pundonor, y verguença, no quiso hazerle niña, ni dar à conocer su tibieza, y poco pecho. La tia con temor de entrar en su aposento, y con empacho de bolverse al de Doña Ana, eligió irse al de Tecla, juzgandole por muy desocupado de sombras, y muy libre de embarazos. Reduxose à su parecer, y tanto entrò de presurosa, y con tanta velocidad bolvió à cerrar, que con el mismo ayre de la puerta apagò la luz. Y como Martin estaua escondido en vn rincon, aguardando que su Tecla bolviessè, al punto que viò entrar la vieja tã diligente, y de aquel modo, juzgò ser ella; y así, saliendo presuroso, se enlazò de su cuello, haziendole mil alhagos. Què pluma podrá escriuir de la suerte

que se quedaria esta vieja, viendo tocarse de agenas manos, quando venia con tanto miedo de vna antojadiza sombra? Ni què lengua podrá explicar del modo que quedò Martin, quando oyò las voces de la tia, y conociò q̄ no era Tecla con quien estaua? Finalmente, la vieja cayò amortecida, y Martin salió à tiento, poco menos que difunto, y encontrando à Don Juan pasmado tambien, y temeroso, se salieron de la casa con mucha priciſsa antes de ser conocidos. Al mismo tiempo Tecla, y Doña Ana, auiendo oido las voces, acudieron à la tia, que despues de buelta en sí, les diò relacion de lo passado, cargandole toda la culpa à Tecla, por auer metido tan atreuidamente vn hombre en su aposento. De lo qual Doña Ana, por cumplir con su tia, mostrò al principio mucho enojo, y enfado; mas viendo las lagrimas de Tecla, y con las zalemas que se disculpaua, alegrando ser aquella alguna fantasma, ò anima en pena, hizo que se daua por satisfecha, y rogòle à la tia que suspendiessè el rigor hasta auer pruebas mas verdaderas, y firmes. Con esto aquella noche, ò por mejor dezir, lo poco que de ella restaua, se recogieron todas tres à vn aposento, aunque cada vna llorando, y sintiendo sus congojas, en especial Doña Ana, que con grandes ansias

mortales estuvo por minutos deseando el dia, para saber lo que auia sido de su querido Don Iuan, al qual bien entendió hallar muerto en su propia casa, por no auerle visto mas desde que se le arrebataron de su presencia.

Salieron Don Iuan, y Martin del modo que queda dicho, preguntòle Martin lo que le auia pasado, à que Don Iuan, harto melancolico, satisfizo de esta suerte: Sabràs Martin, que apenas vi los hermosos luzeros de Doña Ana, apenas venciendo resplandores de sus hermosos rayos, quise llegar à su cielo; y apenas, en fin, movi mis entorpecidas manos para tocar las suyas, quando sin ver persona humana, senti travarme del brazo tan fuertemente, que à pesar mio, fui lleuado hasta los vltimos zaguanes de la casa, donde oí que el difunto Lucindo me dixo estas palabras: Don Iuan, si sois Cauallero que no cumplis lo que prometeis, sabed, que yo soy vn zeloso que cumplo quanto digo. No supe que responderme, mas de que tenia mucha razon, y que perdonasse mi poca cuidada. Bolvi à empeñarle la palabra de cumplir lo que me auia pedido, con que dando muy recios, y lamentables suspiros, se fue, y me dexò sepultado en mil temores, los quales se me doblaron al tiempo que oí aque-

llas voces de la tia de Doña Ana, y à tite vi salir tan despauido, y temeroso, cuya causa quiero que me signifiqués al instante. Contò Martin lo que le auia sucedido con el abraço de la affigida vieja, y pobre tia, con que Don Iuan en medio de sus pesares, tomò algun consuelo, y alegria.

Apenas el celeste Carretero tomò à otro dia las riendas de los veloces potros, para dar vna alegre vista por los balcones dorados del Oriente, quando embiò Doña Ana à Tecla en casa de D. Iuan à saber todo lo referido, lo qual Don Iuan embiò à dezir por mas extenso, y con algunas exageraciones de amantes; y como es propio de los que aman, por mucho que digan, parecerles siempre que se quedan cortos, no huvo despachado à Tecla con el mensaje, quando llamando con mucha priessa à Martin, le dixo, que hiziera diligencia para alcançarla, y le diera este Soneto, q̄ auia hecho de repente; y aunque à v. m. señora Doña Serafina, se le harà muy despensado, supuesto que en esta Nouela nos hemos olvidado de las Musas, yo la ruego que no calumnie à Don Iuan, si le hallare algunas faltas, pues basta que el dueño le venda por de repente, sin que busquemos en él cosas de pensada.

## Soledades de la Vida,

Cielo de soles dos, Angel hermoso,  
no puede subir mas ya vuestra suerte,  
pues la muerte en amaros es tan fuerte,  
que por muertos me quita mi reposo.

Vn muerto os zela, yo ando cuidadoso,  
y à no considerar lo que es perverte,  
pienso que me matara con la muerte,  
solo para igualarme à este zeloso.

El muerto, y viuo yo, cosa es muy llana  
no poder defender la que recibo,  
gloria en amarte, y en hallarte puerto.

Y mal por mal, quisiera mas, Doña Ana,  
estar por ti zeloso yo de vn viuo,  
que no que estè de mi zeloso vn muerto.

Diòse Martin tanta diligencia, que alcançò à Tecla casi en los umbrales de su casa; mas al tiempo que le fue à dar el papel, oyò la voz de Lucindo, que le dixo: No se han de dar letras de gutto, mientras yo no le ruviere; y diziendo, y haziendo, le arrebatò el papel, quedandose Martin, y Tecla casi difuntos. Cada vno contò el caso, y D. Iuan pareciendole ser imposible tener reposo, mientras no cumpliera con el anima de Lucindo, no quiso aguardar mas, y aquel propio dia despachò à dos personas de mucha confianza, dandoles poder cumplido, y bastante relación de todo lo que auian de hazer. Esto hecho, ya juzgò que podia tratar de sus amores; mas considerando que todo esto no auia de tener buen fin, sino por el camino del matrimonio, pidió con personas muy calificadas à Doña Ana, que aunque con grandísi-

mo disgusto de la tia, por lo que diximos al principio, concediò à su gusto, y voluntad. Martin del mismo modo, por si propio pidió à Tecla, en donde no hevo ninguna dificultad, ni impedimento.

Quien no dirà que es lo que vamos diziendo lo propio que sucede oy à muchos testamentarios, y à aquellos que tienen cargo de Missas, y obras pias? Los quales, no contentos con las inspiraciones que Dios les embia, sino aguardando à ser forçados por la Iglesia, comiençan con algun feruor à dezir algunas Missas, y con aquello hazen cuenta que cumplen con su obligacion, y se tornan à olvidar, hasta que à pura fuerza buelue a ser apremiados. Así D. Iuan, despues de auerle Lucindo exortado tantas vezes, que no auia de gozar à D. Ana, hasta que le sacasse à su alma de las aflicciones en que estaua metida, hizo

cuenta, cō solo despachar à quiẽ diessse principio à negocios tan precisos, y importantes, que ya podia con mucha libertad; y facendo, como dizen, su cara de verguença, pretender ser esposo de Doña Ana, sin tener cuidado de las amenazas de Lucindo.

Tratadas, pues, las bodas, y cōcertado el desposorio, para vna noche que vino à ser dia, segun la vistieron de luzes, y luminarias, entre todas las quales siruierõ de Sol los dos hermosos carbuncos de la desposada, q̄ vestida ricamente de vn brocado carmesí, guarnecido de perlas finas, aguardaua en su precioso estrado al enamorado, quanto galante, D. Iuan, que vestido de la misma tela de Doña Ana, y acompañado con lo mas principal de Toledo, debida correspondencia à quien por tantos titulos se le debia, entrò hasta el aposento, que porque v. m. señora Doña Serafina, no diga que escriuo Guerras Ciuiles de Granada, no me detendrè en contar los ricos, quanto costosos aderezos, de q̄ estaua guarnecido. Al punto, pues, que Don Iuan viò à Doña Ana, y Doña Ana viò à D. Iuan, recibiendo los dos en sí las epitimas del plazer amoroso que se beben por los ojos, por entre toda la gente con vn estruendo inopinado, passò el difunto Lucindo, hasta ponerse en medio de los dos. Todos se turbaron, y nos

de temor, y otros de ver la novedad, porque muchos no sabiã que era difunto el que tenian delante, aunque en breue rato lo supieron de Martin, que dexando la mano de Tecla, saliò mas que de passo à buscar donde esconderse.

No quiso el zeloso muerto, viẽdo tanta confusiõ en los circunstantes, detenerse, y dar la razõ de sus penas, y disgustos; y assi, con el semblante iracundo le dixò à Don Iuan estas palabras: Bien sabeis, Don Iuan, que por vuestra causa no estoy oy casado con la que atreuidamẽte venis aora à desposaros. La vida q̄ me quitasteis, y muchas vezes os he dicho los tormentos que padezco, las penas que passò, los disgustos que lleuo, las lagrimas que derramo, las congoxas que siento, todo por los cargos que dexè en esta vida, porq̄ vos antes del plaço me sacasteis della; Conoci vuestra tibieza en cumplir obligaciones tan justas; y assi, os puse amenazas tan rigurosas para quien ama, quanto insufribles para quien espera, hasta que vltimamẽte os dixè, que no esperara is à Doña Ana sin cumplir primero lo que me prometisteis. La causa ya pienso que os la he dicho, y si no os acordais della (porque no es mucho que quien olvida los efectos, no se acuerde de las causas) sabed, que no es otra sino tener zelos

de que gozeis tal dicha, dexandome à mi metido en vn abismo de penas, y en vn infierno de tormentos; y si os he prometido que con que me saqueis de este purgatorio gozareis su hermosura con mi voluntad, y gusto, es, porque irè adonde es imposible caber pesar, y muy ageno el entrar tristeza. Mas supuesto q̄ à ruegos, y amenazas aueis sido tã remisso, y aueis estado tan duro, llegaos conmigo à esta puerta, para que en sola vna hora experimenteis vn rasgo de lo que ha tantos dias que padezco.

Diziendo esto Lucindo, tomò à D. Iuan por la mano, y al instante desaparecieron los dos, quedado Doña Ana, y todos los circunstantes del modo que el discreto puede ver, y cõsiderar. Solo puedo dezir que fue el espanto tan grande, q̄ en vna hora no pudo ninguno hablar palabra, ni mouerse de sus puestos, y Doña Ana casi amortecida entre muchas Damas que la acõpañauan. Y quando ya el temor les desató las lenguas, y el miedo dexò desocupados los coraçones, se tornaron à infundir de nuevo con pauores mas crecidos, vièdo entrar à D. Iuan tan desfemejado, que apenas le conocian, hundidos los ojos, descõpuesto el cabello, la cara sangrienta, deshechas las manos, cenicientas las mejillas, car denos los labios, las barbas quemadas, y en fin, el veso-

tido de alto à baxo hecho pedazos. Y por mucho que los hallò à todos atonitos, y confusos, èl se quedò mas en verlos, porque imaginaua que se auia estado mas de diez años. Cercatõse todos del, y Doña Ana la primera que con los brazos abiertos se leuantò à recibirle, à no escusarse Don Iuan, diziendo le perdonasse, porque no era digno de fauores tantos, hasta cumplir con los cargos q̄ debia. Pidiòle postrado à sus pies, le esperasse veinte dias, en que pensaua satisfacer à sus obligaciones. Otorgòseles Doña Ana con harto sentimiento suyo, dexando para el dia señalado combidados à todos los presentes, los quales suplicaron à Don Iuan les declarasse lo que le auia sucedido; y èl por no mostrarse ingrato à los que tan gratos auian acudido à su seruiçio, les dixo desta suerte, cuyas palabras, porque ya v. m. và fatigada con la prosa, he buuelto, para diuertimiento suyo, en esta relacion.

Quando de vuestra presencia, abortò, triste, y confuso, mas por fuerça, que de grado, desapareci en vn punto.

En vna cue va me hallè tan tenebrosa, que juzgo que es el lago de tinieblas de aqueste globo confuso.

Y apenas lleno de espanto, de sus vmbrales oscuros quise hollar la superficie

con el zeloso difunto.

Quando lo vi, que de su cuerpo  
llamas embueltas en humo  
salian, como señales  
de los ya tormentos duros:

Aquí començò à dar voces;  
y con mas que veloz curso  
de mí se aparta, y me dexa  
al son de sus quejas mudo.

A seguirle me dispongo,  
sabe Dios con quantos fultos,  
siruiendome de farol  
del fuego el esplendor turbio:

Ya de correr me cansaua,  
sin hallar descanso alguno;  
porque entre tormentos, nunca  
puede hallar asiento el gusto.

Quando de repente siento  
abrirse con gran tumulto  
los musculos de la tierra,  
y los poros espeluncos.

Agitado el fia, y Lucindo  
con rayos lentos adusto,  
con unmiendose en sí mismo;  
triste, angustiado, y confuso;

Y à hilos suando sangre,  
à mí se llega, y no dudo,  
que allí quedara; à no averme  
dado cartas de seguro.

Tomóme la mano, y yo  
viendo àbraxarme, sacando  
con impetu, y con violencia  
mis dedos de entre los suyos.

Mas me aprouecheò esto poco;  
pues con vn gruesso tumulto,  
dando vn bosteço la tierra,  
à los dos nos tragò juntos.

Quedè aquí de mí sentido  
tán priuado, que barrunto,  
segun lo que me ha pasado,

que he estado sin él dos lustros.

Porque al punto que caí,  
me pareciò estar incluso  
en vn temeroso valle,  
tan tremendo, como obscuro;

Cuyos arboles sombríos  
vestian, sin viento alguno,  
sobre cuerpos de azabache,  
en vez de esmeraldas, lutos.

Todos estauan sin flor,  
todos secos, mas que muchos;  
si en vez de cristales claros,  
y de argentados conductos,

De sus plantas los riuetes;  
con lamentable murmureo,  
se regauan solamente  
de rios de azufre turbios;

Cuyas margenes no eran  
esmeragdinos repulgos,  
ni guarnecidos doseles,  
ni tapetes amatuntos.

Sino salobres peñascos;  
y mil cespedes conjuntos,  
esfaltados del relieue  
de los de Congo dibujos:

En vez de las sierpes, que  
de plata dizen los cultos,  
que vãn haziendo en los riscos  
las lagrimas de Neptuno:

Se hazian sierpes de fuego  
de aquel metal, que le cupo  
à Vulcano en los efectos,  
y en los colores à lino.

En tal tierra, y con tal agua,  
ninguno avrà tan estulto,  
que no eche de ver los malos,  
que podian salir frutos.

Y para mas confusion  
del triste, que por insultos  
tales Regiones habita,

vnos lugubres ahullos,

Que las carnes estremecen,  
se oyen con clamor nocturno,  
donde es triple la lechuza,  
y situe de baxo el buho.

No ay luz, sino quanta basta  
para ver el triste assunto,  
porque en Purgatorio, y pena  
hasta la luz dà disgustos.

La fragancia de aquel valle  
son olores tan inmundos,  
que no podrán contrastarlos  
cinamomo, y calambuco.

Quando vine, pues, à hallarme  
en tal confusion, con sustos  
el coraçon ocupado,  
y el cuerpo con espeluços.

Quiero llamar, y no acierto;  
quiero dar voces, soy mudo;  
quiero llorar, y no puedo;  
quiero huir, y estoy difunto.

Secauame ya de sed,  
y viendo que me consumo;  
sintiendo, aunque sin sentido,  
tales de Infierno rasguños.

Probè aquel agua asquerosa,  
porque en peligros tan su nos  
no siente hastio el melindre,  
ni tiene melindre el gusto.

Mas con mis labios apenas  
toquè licores Neptunos,  
quando hallandolos amargos  
mas que las hieles, y adustos,

Mas que las llamas, en que  
me estaua abrasando, subo  
à vn alto, do parecia  
que estaua neuando à chuços.

Sin camino, ni vereda  
riscos salto, breñas cruzo,  
hecho vn blanco de dolores,

y de penas vn assunto:

Vilteis vn Leon, que estando  
con la quartana iracundo,  
con los zelos formidable,  
con los dolores sañado.

Entra en su cueva, y en viendo  
que no halla remedio alguno  
para el dolor que padece,  
sale al feto tremebundo.

Dize bramando sus quejas,  
declara huyendo sus sustos,  
baxa al valle en vn momento,  
sube al collado en vn punto.

Visita los huecos todos  
de los robles, y azeytunos;  
las cisuras de los montes,  
de los concabos lo oculto;

Sin poder en fin hallar  
paz en el alvergue suyo,  
ni en los arboles consuelo;  
ni en las demàs partes gusto.

Pues assi yo, qual he dicho;  
à vn lado, y otro discurro,  
ya cayendo, y tropeçando,  
ya queixandome, y ya mado.

Corro llanos, subo cuestras,  
llego à vn monte tan conjunto  
con el Cielo, que pensè  
(cosa que por verdad juzgo)  
que del era por lo menos,  
sino escala, escalon suyo.

Estauan sus obeliscos  
todos canos, y no es mucho  
que se encanezca quien haze  
salir canas à vn difunto.

Corrian aqui vnos vientos  
tan penetrables, y agudos,  
que traspassauan del alma  
lo mas fuerte de los muros.

El Boreas, y el Aquilon

esparcian à estornudos,  
las densas naues de nieue,  
que boftezaua Neptuno.

Desatauanse por trechos  
del monte vnos aqueductos  
de frio, y elado marmol,  
y aunque hijo de nieue, turbio:

De las quales influencias  
quedè tan elado al punto,  
que ya juzgava ser poco  
el fuego que hui, por mucho;

Bolver quise el passo atrás:  
mas me hallè ya tan obscuro,  
que pienso que es la Noruega  
aquella del otro Mundo.

Ya desesperado entonces  
contra el zeloso difunto  
me bolvi, y al tiempo que  
sacar la espada procuro,

Se trastornò el monte tanto,  
que ya sin vitales pullos,  
imaginè que la Parca  
soltò de la rueca el vso,

Para cortar el estambre  
de mi vida, aunque en vn punto  
deuanandome en mi mismo,  
lleguè hecho ouillo al profundo;

Lucindo cayò tambien,  
y aun no buelto yo del susto,  
se abre otra espantosa boca  
que à los dos nos sorbe juntos:

Y quando escurrido ya,  
como por boca de embudo,  
à vna ancha playa salimos,  
donde me hallè tan confuso,

Tan triste, y atormentado,  
que no ay que exagerar mucho,  
supuesto que en mi estais viendo  
señales de quanto anuncio.

Mirando, pues, por la playa,

de muertos vi cien mil bulcos,  
vnos muy fieros de hinchados,  
y otros horribles de enjutos.

Todos los quales por cuenta  
en vn barco, que presumo,  
que sino es el de Aqueronte,  
serà de Amielas segundo.

Ivan entrando à porfia,  
y aunque me llamaron muchos;  
no entrè hasta que entrò delàte  
el que à estas penas me expuso.

Luego arriman de los remos  
los azicates agudos,  
al potro del agua, que  
por ser mas negro, que rufo;

Y tener de pez las venas,  
daua en su muy veloz curso  
en vez del caduco aljofar,  
el abalorio caduco.

Pero quando ya à mi ver  
de aquel estanque ceruleo  
estariamos en medio,  
alterase furibundo.

Brama el agua entre sus globos,  
cruxe el barco con sus runbos,  
este impetrando temores,  
y aquella infundiendo sustos.

Comiençan todos entonces  
à dezir con gran tumulto  
amayna, Piloto, amayna,  
à cuyos ecos confusos,

Acude el ayre con truenos,  
el fuego con densos humos,  
la tierra con terremotos,  
y el Mar en fin con sepulcros.

Buelcase el barco, quedando  
hecho tumba de difuntos,  
aunque yo por estar vivo,  
con los montes de agua luchò:

Salgo nadando à la orilla,

y à este tiempo, que yo os juro,  
que imaginè aver tardado  
poco menos de tres lustros,

Me pareció despertar  
de algun letargo profundo,  
en la puerta de la cueva,  
que os dixè, y atento escucho

A Lucindo, que dezia:  
Don Juan, estos infortunios  
paskan por mi cada hora,  
no os digo mas, id seguro:

Y quando fui à replicar,  
al breue tiempo, que puso,  
me hallè donde agora estoy,  
donde, por hallaros juntos

Colijo ser vna hora  
los que juzguè siglos muchos;  
causa que es, para que yo  
cumpla con menos descuidos

Lo que prometido tengo,  
que no ay que dezir si es justo;  
y assi, Doña Ana, postrado  
à los pies hermosos tuyos,

Te pido que me perdones  
esta ausencia, que procuro,  
pues de otra suerte, no puedo  
gozar tu cielo diurno,

Ni lo terso de tu frente,  
ni de tus labios lo culto,  
ni la nieue de tus manos,  
ni la luz de tus carbuncos.

Admirados quedaron todos  
con la referida relacion, siendo  
causa, que muchos pusieron por

la obra lo mismo que puso Don  
Juan, que fue, cumplir con las  
Missas, y restituciones de Lucin-  
do; despues de todo lo qual (li-  
bre ya de zelos tan pesados, y te-  
merosos, como los de vn muer-  
to) se desposò con Doña Ana cõ  
muchas fiestas, y regocijos. La tia  
regocijada ya, aunq̃ bien lastima-  
da de las ilusiones, por no que-  
darse sola, la rogò à Tecla, que  
no se casasse, sino que se estuvie-  
ra con ella, y en fin de sus dias le  
dexaria grandes arras, y dote.  
Lançada fue esta para Martin,  
que ya casi tenia à su querida  
Tecla de la mano, aunque no tu-  
vo necesidad de toltarla, segun  
la respuesta que Tecla astuta le  
diò à la vieja, diciendo: Señora  
mia, mas quiero ir agora con  
quien me quiere sin dote, que no  
quando sea vieja, andar buscan-  
do à quien me quiera por dinè-  
ros. Celebraron todos mucho el  
dicho de Tecla, y mas Martin,  
q̃ al punto la diò mano de esposo.  
Con q̃ yo tambien, señora Doña  
Serafina, podrè dar de mano à es-  
ta Nouela, encargando'e à v. m.  
que no dexè de enseñarla à todos  
los que son remisos en cumplir  
testamentos, y mandas de  
difuntos



# PERSECUCIONES DE Lucinda, Dama Valenciana, y tragicos sucesos de Don Carlos.

## PERSECUCION PRIMERA.

*EN QUE SE CUENTA COMO LLEGO  
Lucinda, maltratada de una tormenta, al Reyno  
de Napoles, en compañía de un Cavallero, llama-  
do Carlos. Recibelos en una Quinta Camilo, al qual  
haz en relacion de sus amores, de su Patria,  
de la causa de salirse buyendo, de sus  
promessas, y de sus naufragios.*

**Y**AZE En la mas fertil Prouincia (Campania es esta, à quien el Orbe hizo parentesis feliz en el periodo de sus territorios) Napoles la bella, que por mirar las ruinas de Cartago, la assolacion de Corinto, y la calamidad de Capua, se alçò con el titulo de Reyna, poniendose, à fuerça de pesares, la Corona, q̄ sin dependencia de reconocimiento sustentò muchos años. Querer referir las grãdezas desta Ciudad, y reducir à copia las deficiencias de

q̄ està dotada, las riquezas q̄ posee, y los titulos q̄ ostenta, fuera gastar mucho tiempo en diuerso assunto del q̄ pide la obra, y despues del trabajo, quedarnos cortos en sus alabanças. Del modo, pues, que vna señora, para llamarse tal (porque nobleza sin valor, se estima en poco) està rodeada de vassallos que la sirven, de Damas que la diuertan, y de Señores que la galantean. Tiene Napoles en contorno tantos Pueblos con que obtentarse en su Solio, tãtas Quin-

tas, con que se recrea, y tantos retiros apacibles con que festejarse, que parecen sus Plaças alfombras de esmeraldas. Aqui està Puzol, Tierra de tanta frescura, quizás por lo ameno de sus ayres, que parece que la naturaleza, prodigamente derramando sus delicias, las ha recogido en ella, para que sea cifra de sus hermosuras, y bláco de sus bellezas. En vn repecho deste territorio, escoltado por vna parte de vn pequeño monte, y por otra defendido de las maritimas olas, q̄ con lenguas de cristal parece que andan lamiendo, y alhagandose (digamoslo así) en las que llamamos faldas, aunque sean pequeñas, auia vna Fortaleza, casa de campo, que por descuidos del tiempo, viendose desmoronada, es fuerza que oy resplandezca en diferente forma.

Aqui, pues, viuia retirado vn Cauallero principal, y rico, llamado Camilo, en cuya cõpañia estaua Iulia su hermana, Dama que desde el vmbrial de los quinze, hásta edad de los treinta, no tuvo que reconocer vassallage à la hermosura. Auia sido casada tan à su gusto, q̄ por perdida del consorte, despreciò los galanteos de mil pretendientes; y eligiò para viuir la soledad amena, q̄ la viuda que perdiò dulce compañía, nunca ha de buscar segundas nupcias, pues se pone à pique de llorar los regalos passados con la

recordacion de males presentès; porque hallar dos felicidades en esta vida, bien se puede llamar imposible, pues aun vna (q̄ harta felicidad es paz tranquila de dos casados) no se comunica à todos sin el tropiezo de disgustos, y sin el obstaculo de las penas que se passan. Discreta andaua esta Dama, aunque los pretendientes la arguian de necia, proprio del que pretende, parecerle que el contrario và sin razón. Satisfacia con amorosas palabras, mas viendo que la presuncion de algunos llegò tan desenfrenada à querer, con capa de virtud mancillar su fama, dandose en vez de villetes, libelos en derecho, en q̄ querian cõcluir la de que se importaua el casarse, armandose cõ la razon (esta es la mejor arma) cerrò la puerta à los recados, y puso impedimento à las visitas. No se despegaua, no, Camilo, de la eleccion de su hermana, porq̄ tambien su natural era mas dedicado al Celibato, que al nudo conugal del matrimonio. Que buena hermandad, quando dos hermanos buscan el estado mas perfecto, menospreciado las delicias del que no es tal. Bueno es casarse, pero mejor (el Apostol lo dize) es permanecer, y viuir en continencia; pero como nunca à lo que es bueno faltaron cõtradiciones, porque Camilo no se casaua, se vltrajauan de impotencia, y de hombre para poco, que

que así lo dize el vulgo; y por-  
que Iulia queria guardar la fe q̄  
le debia al difunto esposo, la mo-  
tejan de sensual, y libre, que es  
lo que se suele dezir, que no se  
casan por andar mas à sus an-  
churas: capa de virtud le echa-  
uan à todo esto: Mas vale casar-  
se que no abrasarse, dezian con  
San Pablo; pero no atendian à lo  
muerto de los deseos de la Da-  
ma, sino al incentiuo grande de  
sus apetitos. Yo digo que sabrian  
los tales las antiguas leyes, q̄ aun  
oy permanecen algunos en los  
fragmètos del derecho, que dis-  
ponia que castigassen severamē-  
te à las que se casassen segunda  
vez, por violadoras de la fe que  
prometieron. Si lo sabrian mas  
antes de aqui, creo yo sacauan  
razones para colorear sus inten-  
tos, diziendo que Iulia se ajusta-  
ua mucho à las leyes Gentilicas,  
teniendo por sacrilegio las se-  
gundas bodas, alabadas, y per-  
mitidas en la ley Euangelica.

No quiero alargarme mas en  
esto, discorra el Lector, que en lo  
formado imagino hallarà mate-  
ria para desentrañar los fondos  
desta objecion. Finalmente, lle-  
gò à tanto la desorden, que vn  
Cauallero tan de las partes de  
Iulia, que era hermano del señor  
de Puzol (aora es Conde) quitò,  
lleuado de su rumbo, hazer que  
se amagasse por fuerça la volun-  
tad. Dexòse lleuar deste dicta-  
men, sin resistir al conato, y atre-

uido escalò vna noche la casa,  
diò voces la casta vieja, acudiò  
Camilo à su aposento, encontò  
al contrario ya casi en los um-  
brales; iba con justicia, matòle  
sin resistencia. Supose el caso, hi-  
zieronse informaciones, y sustā-  
ciada la causa, remitiòse al Rey  
que la sentenciasse. Como el ne-  
gocio era graue, y las partes po-  
derosas, se mirò mucho el fallo  
de la sentencia, porque antes que  
vn Iuez tome la pluma, ha de  
mirar muy bien lo q̄ firma. Aun-  
que el de Puzol, cō otros graues  
señores, querian con las armas  
pedir la justicia, pareciendoles q̄  
los Letrados los agrauauan con  
sus pareceres, pudo tanto la ma-  
durez con q̄ mirò el Rey la ver-  
dad, q̄ les postò los vengatiuos  
deseos con muy pocas razones.  
Dexòlos conformes, con q̄ Ca-  
milo, y su hermana viuiesse  
desterrados de la Corte por to-  
da su vida, con obligaciõ de acu-  
dir à los seruiciõs Reales, ya q̄ no  
con su persona, con Soldados, y  
dineros. No tenia Camilo otras  
obligaciones sino las de su her-  
mana, porque parientes de los  
grados inferiores, en las adver-  
sidades se niegan, ya q̄ en las pro-  
perides se comunican. Recogió  
todos los bienes que tenia; y lle-  
uando la familia, no tanto neces-  
saria à su persona, como lo des-  
poblado de la Quinta, hizo  
Corte à la q̄ antes solo seruia de  
cortijo. Esta, pues, era la causa

del retiro deste Cauallero; y si bien es verdad que con la priacion de vna Ciudad como Napoles podia tener amotazado el gusto, y con pesadumbre al deseo, con todo jamàs le diò asièto à la embidia; que con socolor de consoladora, procuraua muchas vezes visitarle. El estaua embidiado en su Quinta; y assi, parece imposible que tuviera embidia de la Corte.

Ya auia visto diez Primavera; que desnudas por los malos tratamientos de Nouiembre, se vestian de diuersas flores en el regazo de Abril, quando estando vn dia Camilo mirado desde vn balcon los efectos que hazia vna borrasca en el Mar (que por la cuenta estaua entonces combatiendose à si mismo) viò q̄ entre los globos q̄ las aguas barajadas hazian, se diuisaua vn bulco como de persona humana. Mirò cõ mas atencion, y afirmòse en su juizio, y sin detenerse mas, començo à llamar à sus criados; acudieron algunos, y baxò cõ ellos hasta la lengua del agua, donde hallaron ya escupidos dos cuerpos humanos, tan sepultados en algas, tã maltratados de la tormèta, q̄ à no verlos con respiracion, los juzgãran por cadaueres. Vna Dama era, encadenada amorosamente con los braços de vn Cauallero, y con no menos afecto la enlaçaua. Cuidadoso dello, y cõpasiuo del infortunio, no quito

conceder lugar à dilacionès, sino al instante, no fiando la Dama à otra que à su persona, los lleuorõ en braços hasta su Palacio. Llamò à su hermana, contòle el successo, y con entrañas pias les dieron el alvergue decente à sus personas, mudaronles la ropa, y dieronles descanso en perfumados lechos. Carlos dixo el Cauallero que se llamaua, y Lucinda la Dama que traia; quando despues de vn rato estuvo mas en su acuerdo, por corresponder agradecido à las preguntas de Camilo, y de su hermana, auiedo en vn borrador pintado con vn Poema su tragedia, y reducido à la memoria lo que hablò el entendimiento, dixo à todos los circunstantes desta suerte:

Porque escucheis mi tragedia con atencion mas heroyca,  
de Musa calço coturnos  
à mi mal limada prosa.  
En la Ciudad de Valencia,  
que el ponderarla no importa,  
si todos saben muy bien  
que tira gajes de todas.  
Naci de padres honrados,  
fueron pobres, y assi aora  
no os cansarè en referir  
noblezas de que blasonan,  
porque noblezas de vn pobre  
se tienen por sospechosas.  
Y apenas con quatro lustros  
mirè galante à mi Aurora,  
quando auiedo deprendido  
la ciencia, que basta soia  
para vn hombre que no aspira

à Ecclesiastica Corona.

Vi vna tarde, vi à Lucinda,  
mal dixè en no dezir Diosas,  
pues ha idolatrado en ella  
el alma tan à mi costa,  
Si es hermosa, ya la vi teis;  
y viendola, no me toca  
dezir lo hermosa que es,  
pues sabeis lo que es hermosa.  
Al instante que la vi,  
sin mirar ya la discordia  
de tanta riqueza suya  
con mi riqueza tan poca:  
Toda el alma la entreguè  
con vna aficion tan boba,  
que con advertir que en mi  
se quedaua el cuerpo à solas,  
à tener entonces mas  
almas, que à vn trigo langostas  
acometen, quando dellas  
falanges la tierra aborta:  
mas sin alma me quedàra,  
sino se las diera todas.  
No tuve de aqueste entrego  
de Lucinda malas tomas,  
pues con dos que al cielo suyo  
quan claras luzen antorchas,  
mirandome, me infundiò  
tantas vidas en vn hora,  
que si le di vn alma en pena,  
me bolviò vn alma con gloria:  
Passamonos muchos dias  
con mirarnos, mas què importa,  
si nuestros ojos hazian  
oficio de ojos, y boca?  
Es hablar con artificio  
mirar con amar, pues forman  
los ojos lenguas que dizen,  
siendo mudas, qualquier cosa.  
Al mirar se le siguiò

el escriuir, que se ahorra  
mucho vn alma quando explica  
palabras, que hablò dudosas:  
Al escriuir, aunque tarde,  
se siguiò hablarnos en forma,  
alimentando mi oido  
con sus razones sonoras.  
Al hablar, no sè si diga  
lo que se siguiò, pues toca  
en aquella fruta, que  
manos de dos que se adoran,  
suelen darse por primicias  
de las que esperan victorias.  
Al tocar jazmines Tirios,  
se siguiò la fee, que postran  
los que parecen al vulgo  
que son rasgos de deshonra:  
Dimonos palabras firmes,  
yo de esposo, ella de esposa,  
ella firme qual diamante,  
y mas firme yo que roca.  
Tres vezes se vi tiò Mayo  
las flores que Abril pimpolla,  
y otras tres vezes Noviembre  
se desnudò de sus hojas,  
sin que nuestro amor secreto  
se entendièsse, y como estorvan  
estas faltas de atreuido  
de delicias muchas sobras.  
Con gusto suyo pedila  
por mi muger, y negola  
su padre, diziendo que  
ella no gustava, agora  
dadme vn poco mas oido:  
Con esta respuesta bronca  
me puse triste à passar  
à la luz de mi memoria,  
de mi amorosa tragedia  
hoja por hoja la historia:  
doblado algunas en donde

Hezia : serè tu esposa,  
 porque como litigante  
 es vn amante , que anota  
 las palabras , en que estriua  
 la justicia de la cosa.  
 En esto gaste tres dias  
 con sus noches, que esto ahorra  
 vn amador mas de vida  
 para sentir mas congoxas.  
 Quando al cabo de los quales  
 me escriuiò con vna moça  
 Lucinda esta misma carta,  
 escuchad , que es lastimosa:  
 Carlos , la que bien te quierè  
 esta te escriue , tan otra,  
 que si vieras con la pena,  
 que mi mano rembladora,  
 por la tabla del papel  
 gouierna la pluma corva,  
 cuyas letras , que no son,  
 segun vãn defectuosas,  
 sin poderlas reprimir,  
 fuentes de mis ojos borrarè.  
 No creo me conocieras,  
 pero lee , que no importa,  
 supuesto sabes quien soy,  
 que agora no me conozcas:  
 Mi padre, de mi escuchando  
 que otras, que las tuyas , bodas  
 no he de hazer , aunq̃ me traiga  
 à vn Señor de mil Coronas.  
 Puesta su daga en mi pecho,  
 ( contèpla esta accion impropia )  
 me dixo : Pues viue Dios,  
 que has de entrarte Religiosa,  
 diziendo que delto gustas,  
 ò la de tus venas rotas  
 sangre aleve ha de manchas  
 este estrado, y estas lossas.  
 Yo , Carlos, mirando allí

aunque sin vista , que tocã  
 el puñal al pecho, en donde  
 tu reboçado me rondas,  
 y que es fuerça , que si muero;  
 tragos de mi muerte sorbas,  
 reprimiendo los raudales,  
 que desatados agora  
 borran lo que tengo escrito;  
 y lo que he de escriuir mojan:  
 le quise hablar , y no pude,  
 porque estando el alma absorta;  
 aunque estè la boca libre,  
 no se atreve à hablar la boca.  
 Quieres ser , me replicò,  
 Religiosa? Y con zozobras,  
 por señas le dixè si;  
 porque en las fuerças notorias;  
 aunque la promessa es nula,  
 Dios al prometer estorva  
 que lleue luz de palabras,  
 sino de palabras sombra.  
 En fin , Carlos, esta noche  
 me llevaràn à ser Monja,  
 tan forçada , como lleuan  
 à las que no son hermosas:  
 No sè donde voy , y así  
 no te lo escriuo, y perdona  
 que me ha quitado la pluma  
 de la mano esta congoxa.  
 Reposad mientras prosigo  
 este passo, que no es hora  
 sentir en publico vn hombre  
 del modo que siente à solas.  
 Seis meses, por abreuiar,  
 gaste en hal'ar la Parroquia,  
 donde en perpetua clausura  
 entre castas Amaçonas,  
 Lucinda forçada estaua,  
 siendo la fuerça forçosa,  
 y despues que por mi industria

no cobardes, aunque visóna,  
 letras le remiti algunas,  
 y della recibí otras;  
 estando bien informado  
 por fidedignas personas  
 que para vn mal parecer  
 nunca falta quien informa,  
 de las entradas, salidas,  
 quadras, dormitorios, lonjas,  
 corredores, açoteas,  
 desvanes, y claraboyas  
 del Conuento, y de la celda;  
 fiel de Lucinda custodia,  
 las señas muy bien sabidas,  
 entrè vna noche à deshora:  
 y apenas llegué a su puerta,  
 y me abrió, quando se acortan  
 los brios de contemplarla  
 con las virginales ropas.  
 Hechos de marmol los dos,  
 el amor las alas postra,  
 la imaginacion del crimen  
 mordagas pone à las bocas;  
 la especie del sacrilegio  
 las potencias aprisiona,  
 los tormentos del peligro  
 muertes para congoxas,  
 lo neutral de la salida  
 horrificas tiende sombras:  
 Que aunque parece que allí,  
 entrando à sacar mi joya,  
 no auia culpa, quiere Dios,  
 dexando aparte la nota  
 del quebrantar vna Casa,  
 y Casa de Religiosas,  
 que den castigo las leyes  
 al que temerario offa,  
 sin pedirlo por justicia,  
 vengarse por manos proprias,  
 Pero en fin, considerando

que en la començada obra  
 ay descargos que me animan,  
 y escusas que me alborogan,  
 pues Dios quiere esposas libres,  
 y no forçadas esposas.

Tomè à Lucinda en mis braços,  
 y à este tiempo vna pistola  
 de dos que lleuaua, suelta,  
 dando lumbré, su voz ronca,  
 como quien dize, al ladron;  
 mas ya entonces animosa  
 la que antes fue cobardia,  
 como si fueran lifonjas,  
 se tragò aquellas desdichas;  
 hasta la playa arenosa  
 nos sacò libres, de donde  
 vna portatil alcoba,  
 que en el paño fugitivo  
 corre aprisa, para, y toma,  
 nos diò alvergue, y tan veloz  
 los vidrios Neptunos corta,  
 que escapamos y à sin miedo  
 de otras maritimas postas.  
 Pero viendo que Lucinda  
 muchas transmutando formas;  
 sobre el papel de la cara  
 con caracteres de rosa,  
 estaua escriuiendo penas,  
 y dibuxando congoxas,  
 tan oprimidas saliendo  
 de los ojos vnas gotas,  
 que siendo engendradas perlas,  
 nacieran menudo aljofar,  
 què tienes, la preguntè?  
 por què sientes? de què lloras?  
 y haziendo prologo vn ay,  
 tan suspiro, que las hojas  
 de su clauel diuidido  
 al salir temblaron todas;  
 Me dixo, Carlos, sabràs,

que citando en mi celda sola,  
 poco antes que llegaras,  
 aderezando mis joyas,  
 yendo el Habito à quitarme,  
 de tal manera çoçobran  
 las manos con vn temor,  
 que no fui de mi señora,  
 pues caì en tierra, y entonces  
 alçando vn poco devota  
 mis ojos à vn Crucifixo,  
 mirè su cara preciosa,  
 tan ayrada contra mi,  
 y no juzgues que es tramoya,  
 que mucho mas que si hablara,  
 me tratò de vana, y loca,  
 porque à quien quiere entender,  
 solo vn mirar de ojos sobra,  
 y hallandome en lance tal,  
 arrepentida, y llorosa,  
 prometì guardar clausura,  
 y lo cumplo desta forma:  
 Dixo Lucinda, y apenas  
 esto dixo, quando roncas  
 esparce voces el Nauta,  
 diziendo: Amayna, y aborda.  
 Bolvi à ver lo que era, y veo  
 la tormenta mas fragosa,  
 que las hiperboles plumas  
 pueden pintar en Historias.  
 Poblado el ayre de nubes,  
 divididas en dos tropas,  
 Capitan de vnas el Noto,  
 y de otras Caudillo el Boreas,  
 al son de los parches truenos  
 tan embravecidas chocan,  
 que esgrimiendose en si mismas,  
 y hiriendose vnas con otras,  
 entre arroyos de su sangre  
 rayos ahopados abortan.  
 Al e. ruendo el gran Neptuno

facò la cara enojosa;  
 y rebolviendo al Tridente,  
 todas las ceruleas ondas,  
 ò por ponerlas en paz,  
 ò por meter mas discordia,  
 sube furioso, escalando  
 por las espumas que arrolla,  
 hasta llegar à los braços  
 con las nubes, que ya rotas,  
 à su planta por jutticia,  
 pedian misericordia.  
 La pobre Nave à este tiempo  
 hecha de todos pelotas;  
 ya escupida de las nubes,  
 ya violada de las olas,  
 ya estrellada en las estrellas,  
 ya sumergida en las conchas  
 bostezando sin acuerdo  
 por algunas que abriò bocas,  
 aunque no quiere beber,  
 por fuerça le hazen que sorba,  
 porque hasta el Mar, si se ofrece,  
 dà sus tormentos de toca.  
 Los que estauamos en ella,  
 entre queexas lastimosas,  
 cada qual busca confuso  
 remedios que poco importan,  
 ynos despidiendo el alma,  
 otros tirando la ropa,  
 vnos tan del todo muertos,  
 que con la muerte reposan,  
 y otros muertos sin morir,  
 que es la muerte mas penosa.  
 Y yo, y Lucinda (ò si huviera  
 lugar de pintar agora  
 lo que hazen dos almas juntas  
 quando en paso tal se engolfan)  
 encadenados los braços.  
 à Dios pedimos vitoria,  
 ya con ruegos voluntarios,

ya con promessas forçosas,  
 mas no nos quiso escuchar,  
 porque hasta Dios, si se enoja,  
 aunque tiene orejas pias,  
 muestra las orejas sordas.  
 Antes permitiendo entonces  
 à las olas procelosas,  
 que con sus espadas vidrios  
 la embreada casa rompan,  
 cosiendolas con las sirtes,  
 y estrellandola en las rocas,  
 la dexan hecha pedaços,  
 y à este tiempo la persona,  
 que puede asir vna tabla,  
 se tiene por muy dichosa.  
 Ya en los vltimos extremos,  
 viendo à Lachesis furiosa,  
 que iba ya à quitar del vso  
 de mi vida la maçorca.  
 Dexando alli el ser amante,  
 desnudandome de todas  
 quantas en el alma tuve  
 aficiones amorosas,  
 prometo al Cielo con veras,  
 con llanto Lucinda otorga,  
 de hazer, si escapamos libres,  
 que casta professe Monja.  
 Y pueitos sobre vn tablón  
 (si es milagro, èl se pregona)  
 llegamos como nos visteis,  
 casi muertos; à esta Costa,  
 donde hallando tal alvergue,  
 y acogida tan honrosa,  
 muestras de nobleza tales,  
 tales acciones heroicas,  
 heroicas son mis desdichas,  
 desdichas son muy dichosas,  
 pues de vn Infierno de penas  
 salgo à vn descanso de glorias.  
 Admirados quedaron todos.

de la relacion referida; Camilo  
 muy pagado de su lenguajè, y Lu-  
 lia muy enamorada de su vista:  
 que los primeros mouimientos  
 de la naturaleza, nadie los puede  
 euitar; apartarlos despues de ve-  
 nidos, norabuena, y assi en esto  
 se merece, y en aquello no se pe-  
 ea. Dexaron à Carlos, y reco-  
 gieronse à sus quartos, à repassar  
 cada vno sus confusiones, que no  
 eran pequeñas, advirtiendo en  
 las circunstancias; y assi diremos  
 las de cada vno. Carlos, despues  
 de auer dicho quien era, y lo que  
 le auia passado, estando ya infor-  
 mado de vn Page de las partes de  
 Camilo, y de la causa q̄ referimos  
 de su destierro, puso se à imagi-  
 nar en lo que auia de hazer; por  
 vna parte se miraua desvalido,  
 Cauallero solo en el nōbre, porq̄  
 es cierto, q̄ nobleza sin riqueza  
 se estima en poco, pues no le dan  
 aquel reconocimiento que se le  
 debe; por otra parte miraua el  
 amor que le tenia Lucinda, pare-  
 ciendole imposible olvidarla;  
 por otra parte, se le representa-  
 van las obligaciones, y respetos  
 de hazer q̄ profestasse Religiosa.  
 Començò à luchar con todas es-  
 tas consideraciones, dando mis  
 buelcos en la cama, hasta q̄ ren-  
 dido abrió las puertas al sueño,  
 cerrádo las de los sentidos. Dur-  
 miòse, y quando entendió hallar  
 descanso, hallò confusō, porq̄ so-  
 ñò q̄ veia vna dama muy hermo-  
 sa, q̄ desde vna fuente porre hazia

leñas à vn León, èl qual con espantosos rugidos baxaua de vn monte, y llegando à la fortaleza, buscava puertapor dõde entrar. Rodeaua la vna, y muchas vezes, y vièdo tomado el passo, desembaynando las aceradas vñas, y esgrimiendo los fornidos brazos, chocò con las puertas, y dexandolas en tierra, subió arriba. Y luego de alli à poco, le viò baxar transformado en vn hombre muy bizarro, que facaua por la mano à la Dama, que estaua en el mirador. Anduvieron vn gran trecho, sin que persona alguna les fuesse estorvo, hasta que llegando à vn collado, vieron que vna nube denegrada comenzaua à brotar rayos, dando à la luz de mil relampagos sobervios truenos. Detuvieronse confusos, y luego vieron q̄ vnos mancebos (à Carlos le parecian Angeles) vestidos de candidas tunicelas, se llegaron à ellos, y trauando de la Dama, la metieron en vna Iglesia, que como milagrofa, se apareciò alli delante. El Galan, como por fuerça quiso impedirles el passo, pero hallòse èl impedido, sin poder menear los pies. Començò con ruegos à dezirles, que la dexassen, que era esposa tuya; y bolviendo el rostro vno dellos, le dixo: *No tenemos potestad nosotros, sino aquel varon, que està à la puerta vestido.* Boluiò los ojos el Galan, y viò al Pontifice Romano, que con faz se-

renale miraua, y antes que hablàra palabra, oyò que le dixo: *Esta no es esposa tuya, sino de Iesu Christo.* Y diziendo esto, desapareciò todo; y al tiempo que Carlos quiso entender à lo que el lastimado Galan haria, despertò en su cama tan fatigado, y molido, como si por èl huvièra pasado lo que le auia representado su idea. Discreto era Carlos, bien lo auia menester en este punto; porque aunque sueños vanos, y diabólicos no se hã de creer, credito se les debe dar à relaciones diuinas, pues esta, sino lo era, tenia por lo menos todos los requisitos para parecerlo. Ajustò con su historia verdadera la aparente del sueño, y viendolas à las dos tan vna, despidiendo amores, se resolviò en pedirle à Camilo, q̄ le amparasse en su casa, y que à Lucinda la dotasse conforme à su calidad, para que cumpliesse la promessa. Buen acuerdo, discreta eleccion, saber en fin, que es la basa de los aciertos.

Esto le passò à Carlos la primera noche en la casa de Camilo: vamos à ver à Lucinda, que nos la dexamos muy olvidada, y muy sola. Llegò à la Quinta del modo q̄ vimos, y auiedo buuelto en su acuerdo, y viendose en los brazos de Iulia, rodeada de criadas, y doncellas, no acertaua à dar las gracias q̄ fuesen equivalentes à su parecer, al hospedaje que merecia. Dexaronla don-

## y Defengaños del Mundo.

287

de reposasse: mientras fueron à saber de Carlos lo que ya queda dicho. Visitaronla otra vez, despues ya de saber quien era, y por que no se enterneciesse, quisieron cõ presteza darle lugar para dormir. No se rindiò al sueño, porque estaua con amor, y este, aunque es niño, es muy vigilante, habla la experiencia; y así entre lastimados suspiros començò à quejarse, y dezir: Ay Carlos, y quantos tormentos has passado por milay dulce dueño, y que de lastimas me cercan, considerando q̄ es fuerça el dexarte! Y aunque es mi perdida tal, mas siento lo que tu has de sentir la mia, porque he conocido lo que me has amado, y he visto lo que por mí has sufrido. Dos veces me he dedicado à Dios, ofreciendole mi virginidad, como en sacrificio, quebrar promessas, es sinrazon, y si son hechas à vn Rey, es delito; quebrando, pues, las de Dios, quien negará ser pecado? Ay Dios, y Señor mio, no me desampareis, pues conoceis la humildad con q̄ dexo lo q̄ quiero por seruiros à vos, que os adoro: Mas ay de mí, y como ya conozco mi desgracia en la gracia del alvergue, pues Iulia hermosa, y viuda, y Carlos ya libre quiẽ podrá dudar de que se avrán mirado. Este ay era el q̄ mas aque-xaua à Lucinda, rabiosos zelos, y era el q̄ primero auia de pro-nunciar, sino que aun contra el

mismo dictamen quieren à vezes los que aman cifrar palabras, como no dandose por entendidos de lo que les duele. Si sentia Lucinda el apartarse de Carlos, pero no era su pena, sino de ver que podia querer à otra. Zelos la aque-xauan, que no la perdidas; y zelos ya se sabe lo que causan, hablen los exemplos, que hartos sobran.

No dormía Camilo à esta sazón, que entre amorosos delve-los reprimia los impulsos del conato, y amoroso deseo, que pagado en grãde manera de la belidad de Lucinda, parece que despertaua muertos apetitos. Mucho haze vna vista, bien hazen los que la euitan: el primer escalon del daño suele ser, y así cerrar los ojos à vna Dama, es gran cosa, no melindre. Sacudiò Camilo todas las imaginaciones; porque aunque las oyò, no las quiso admitir, antes las desterrò: que no ay sentencia mejor que la de vn destierro, quando la sensualidad se arrayga, porq̄ la ocasion a la vista, el peligro es presente, ponerse en peligro ya se sabe que es dañoso; y dañada vna conciencia, què puede aguardar, sino vna ruina? Iulia fue la q̄ con mas galanteo derribò deseos, y atropellò pensamientos: Ven-ciò mas que todos juntos, claro està el por què: y es, que Carlos, si tenia mucho amor, refrenaua-lo el impedimento del voto que auia

auia hecho: Lucinda si estaua con zelos, la misma causa le tapaua la boca, y Camilo, si tenia ocasion de querer, el imposible de estar de por medio Carlos, primero passeedor, parece que con discursos de razon le divertia de sus pensamientos. Pero Iulia, no solo no tenia estos embaraços, sino antes en fauor vn monton de medios prouocatiuos, porque ella se miraua libre, à Carlos via con partes necessarias para ser estimado, y de Lucinda no sabia entonces su pecho, ningun rezello se ponía por delante, pues ella espontaneamente venia consagrada al voto virginal. Con todas estas causas en fauor, rompió su buen discurso, saliendo con palma victoriosa su entereza.

Con estos desvelos passaron la noche primera, los vnos, y los otros, y quando ya el Sol quebrando las vidrieras del Oriente, començaua à examinar sus rayos à los mas empinados obeliscos, se leuanto Camilo, y fue à visitar à su huesped. Saludaronse cortesés y despues de los agradecimientos debidos, le dió Carlos cuenta de lo que auia imaginado, ofreciendosele por el mas minimo criado de la casa. El trato, y comunicacion de la persona, y la cortesía, son la informacion de cada vno; y conociendo Camilo en estas causas las partes de Carlos, le abraçò amigablemente,

y le ofreció como à Mayordomo mayor, toda su casa, dandole palabra de poner à Lucinda en la parte mas honrada que eligiese, sino es que acaso se contentasse de estar en el retiro, y recogimiento que gozaua su hermana en la propia Quinta. Prometiòle asimismo, que le defenderia con todo su poder, si de Valencia viniessen à buscarle sus contrarios; y q̄ si gustaua de casarse, le daria vna prima suya, con tanto dote de riquezas, como el Cielo la auia dado de gracias. Notable ofrecimiento. Pechos nobles en fin, que miran en los vaivenes de la fortuna, los trabajos semejantes à que estàn expuestos. Abatiendose Carlos à los pies de Camilo, quiso con acciones manifestar lo q̄ la lengua no podia agradecer, porque el coraçon mas despierto se embaraça, si se ve muy fauorecido, del modo que se adormece, si se ve agrauado. Solamente pronunció palabras para despedir amores, y ofrecimientos de esposa (quizàs quiso que se allegarasse, viendo la ocasion de su hermana, no sabiendo lo satisfecho que estaua della Camilo) y así le dixo: Señor, pues ya desde agora sois mio, yo os he de seruir, defender, y amparar; y finalmente morir con vos en esta fortaleza: Pues ha sido Dios seruido que à fuer de peligros tantos la aya hallado tan à medida de mi con-

tento, quanto superior a lo poco que valgo; esta palabra q̄ os doy, la vereis cumplida, y el dia q̄ falte llamadme traidor, ò sino ingrato, que aunque parece titulo menos afrentoso, es mas digno de castigo; pero os ruego que en ningan tiempo me trateis de otro estado que del que tengo, pues auéis visto en el discurso que os hize de mi historia, la fuerza cō que depositè en Lucinda mis sentidos, y potencias: el alma le di, digalo ella, y fuya ha de ser mientras yo viua; holgaramè q̄ huvierais experimentado lo que es depositar vn hombre su voluntad en sugeto capaz de ella (vuestra hermana lo sabrà bien, pues ya me he informado de su amor) para que vierais el fastidio que causa al alma tratarle de otros amores, porque como no son manjar de su apetito, le defazona el gusto: vna fè ay, viua, ò muera el consorte, y quien dize que puede auer dos, poca fè sabe guardar. Querer yo tener perfecta voluntad, fè firme, amor entero con vna dama, despues que à otra he hecho dueño de estas tres alhajas, ò he de ser notado que menti à la primera, ò he de quedar concludo que no tengo verdadera aficion à la segunda.

Con mas gusto recibì Camilo la resolucìon de Carlos, que el ofrecimiento, por ver que auia hallado quien corriera parejas

en su modo de viuir. Trataron cosas diuersas, y quando ya les pareciò hora de visitar à Lucinda, suspendiòse Carlos con la consonancia de vnas bien templadas cuerdas, que colgadas de las claues de vna harpa, se quexauan dulcemente. Reparò Camilo, y dixole: Sin duda sois aficionado por la musica. Aficion la tengo, respondiò Carlos, sin preciarne de ello, solia diuertir muchos ratos de tristeza. En verdad, pues, replicò Camilo, q̄ auéis de cantar alguna cosa, que fuera del guito que yo recibirè, sè q̄ lo recibirà mi hermana mayor, pues ella es la q̄ tiene assalariado el mismo que ois, para que la cante à diuersas horas del dia. Sin dar escusas (en esto no era Carlos musico) ni hazerse mas de rogar, tomò la harpa, y al cōpàs de las cuerdas, hablò con Lucinda desta suerte:

Lucinda del alma mia,  
en quien todo el bien se ve,  
fino me matan tus ojos,  
que no los vea otra vez.

Ojos de paloma tienes,  
mas no importa, que yo sè  
que fino matan de mal,  
ay ojos que matan bien.

Muerta me tienes el alma,  
y estoy con tan buena fè,  
que aunque me mata el mirarte,  
siempre te quisiera ver.

Adoro tus perfecciones,  
que tantas en ti se ven,

que

que ay muchas q̄ estàn sobrad.s,  
siruiendo sin interès. —  
Plega à Dios, que si à otros ojos  
miraren estos que vès,  
estas luzes de los tuyos  
me abrafen al punto, amen.

Mientras cantaua Carlos, lastimada Iulia estaua escuchando las palabras de Lucinda, que como muger discreta, como Dama querida, y como doncella desamparada, y en agenos limites, se quexaua con tal gracia, q̄ al passo que mouia à compassiõ, provocaua à que la escuchassen. Esto es lo que solemos dezir, que vna razon bien sentida, tiene precio; y vna queixa de quien fiente, se puede escuchar. Los consuelos que Iulia le daua eran parentesis de sus sentimientos, y como estos muchos, y dilatados, y aquellos, aunque pocos, bien dispuestos, formauan entre las dos vn periodo de no poca inteligencia. Temerosa Iulia de que el eco de los sollozos de Lucinda hiriessse en los oídos de Carlos (ya le queria quitar penas, aficion parece) quando viò acabada de vestir à Lucinda, la tomò por la mano, y sin criada ninguna (esto han de procurar las señoras no fiarse de criadas) se entraron en vn jardin tan deleytoso, que el ser pequeño era en él lo q̄ auia de mayor admiracion. Sentaronse en vn tapete de azucenas, q̄ seruian de coxín à vnos naranjos, y mirtos, y con alha-

gos, y caricias dixò Iulia: Lucinda, hermana mia (que este nombre te darè si quieres seruirte de mi) ya he escuchado de ti, y de Carlos los fracasos de tu historia, ya por vuestros respetos estoy muy satisfecha que en vosotros reiplandece la nobleza que contais, y las partes que dezis: ya veo que por amor has dexado en tu Patria mancillada tu fama, y la honra de tus padres, y deudos, ya miro el sentimiento justo que hazes, ya considero las obligaciones en que has puesto à este Cauallero, y ya advierto en las que à ti te corren por el voto q̄ has hecho; pero te empeño mi palabra, que si te quedas conmigo, harè tu gusto en quanto dispusieres. Si determinas pedir comutacion, ò dispensaciõ del voto, yo lo alcançarè en breues dias, y te casaràs. Si te acordares de guardarle (lo qual te acõsejo) yo te juro de labrar vn Monasterio, en el qual me encerrarè cõrigo con mucha voluntad, y gusto. En esto me parece q̄ te puedo seruir, porque bien conozco que no te querràs boluer, pues en tu Tierra ya no has de hallar padres, sino enemigos, ni te han de dar amparo, sino pesadũbre. Esto te prometo, dime lo que eliges.

Con vn ay tan lastimado, que al salir por el diuidido clauel, brotaron los ojos perlas, respondiò Lucinda: Señora, y amparo mio, no hago, no tantos senti-

mien-

mientos por los trabajos passados, como de juzgarme indigna de los bienes que poseo, porque mis delitos no eran dignos de aver hallado tantas misericordias en vn pecho tan noble, sino merecedores de hallar en pechos barbaros castigos merecidos. Culpa tuvo mi padre de forçar mi voluntad, por que elegi esposo à mi gusto; y aunque esta culpa me disculpa, no por esto mis arrojos se quedan libres, que es mucha carga la maldicion de vn padre, y es mucha desembolura la inobediencia de vna hija. Esto es lo que lloro, y lo q̄ me affige, mas ya el arrepentimiento, con la esperança de la penitencia, me consuela. Y pues tã de officio quieres fauorecerme, mi intento es de perseverar en Religion, consagrando de nueuo à Dios mi castidad. Carlos se que gustará desto, pues èl tambien se viò como me vi; y quien no teme amenazas del Cielo, tiene muy poco de Religion Christiana. Para el tanto matrimonio nos queriamos, mucho nos amamos, mas ya que no se muda la voluntad, que en dexar de tenerla será imposible, es forçoso que mudemos el fin. Los dos lo prometimos, y los dos lo cumpliremos, èl con el amparo de Camilo, dándole con que viua, y yo con tu proteccion, pues me dás tanto. Fija estoy en tu valor, y en tu clemencia, que ha-

llarèmos en todo lo q̄ fuere juuto vuestra gracia. Pero ay de mi, Julia, y señora! No sè como te diga esto de modo que me entiendas, y que no te des por entèdida. Yo he querido à Carlos, aqui conozco muchas Damas q̄ te siruen, y algunas primas tuyas que te acompañan. El es galan, ella hermosa, si se amaré (no lo dudo) sentirlo es fuerça, porque muger que ha querido bien à vna persona, cierto es que ha de sentir verla en agena possession. Satisfecha estoy por aora que nunca querrà à otra Dama; pero como dixo vn Sabio: *Mudanse los montes, y no se mudan los animos?* Pues para esto, señora mia, quisiera yo que Carlos no se quedara aqui, sino que se fuera à la Corte, y que allà eligiesse el modo que quisiere para viuir, porque si allà se enamora, no viendolo yo, me ahorrare el sentir, porque quando los ojos no ven, se escusa el coraçon de llorar. Y si postrada à tus pies te suplico, que sin que Carlos lo entienda, comuniques secretamente con tu hermano este parecer, para que al cabo de algunos dias lo execute, si tienes voluntad, y proposito de Religion, no lo sacadas de tu idea, que sentirè ya mas el privarme de tu compañía, que todos los trabajos, y infortunios que he passado.

Pusieron fin à la conversaciõ, salieronse del jardin, dièro à Ca-  
mi-

milo, y à Carlos los buenos dias; y comunicadas las determinaciones, y pareceres, se resolvieron Carlos, y Lucinda quedarle, y Camilo, y Julia à favorecerlos. Sentaronse à comer en vna pieza tan bien dispuesta, como aderezada. Y alçada las mesas, se pusieron à ver mil curiosas historias, que estauan bosquejadas, y escritas en vnos tapices Milanese; y en tanto que las miran, quiero que el Lector passe los ojos por estas advertencias.

En Carlos se representa vn Cauallero sumamente enamorado. En pretender à Lucinda, siendo él tan pobre, y ella tan hazendada, y rica, anduvo indiscreto, porque cada vno debe poner los ojos en persona q̄ sea su igual, donde no, será causa de muchas ruinas, como las que hemos visto que le sucedieron. En pedirle à sus padres anduvo prudente, y así hazen mal los que sacan las doncellas contra la voluntad de sus padres. En entrar à sacarla del Convento, no ay que ponderar el mal que anduvo, pues ello es cierto, y tales atreuimientos merecen enormes castigos. Quebrantar vna casa, delito es, pena merece; el intentar solamente sacar vna doncella, con muerte se castiga, el derecho lo dispone, los Canones lo aprueban. Pues quebrantar vna Casa de Dios, y no solo el intentar sacar vna Esposa suya, sino executar el inten-

to, que castigo merecerà? Qué penas ayrà bastantes? Qué tormentos seràn suficientes? Ningunos en esta vida. Pecado es de sacrilegio, pero estaua por arrojarme à dezir que es heregia; porque quien tan cara à cara se pone à ofender à Dios, que roba de su Templo à la que es su Esposa, si no es Herege, por lo menos se puede tener por sospechoso. Y del modo que Dios castiga à estos tales, se verá en sus fines, aun verèmos el de Carlos. En hazer la promessa en el Mar, anduvo como Catolico, y como pecador reconocido; porque ya que vn hõbre cometió el pecado, justo es, que temeroso del castigo, se arroje à los pies de Dios, y con lagrimas le pida perdon, y misericordia; aunque mas propriamente se puede considerar en aquella accion vn pecador obstinado, q̄ sin sentir el peso de las culpas, se dexa llevar de su apetito, y aguarda à que Dios le haga vna amenaza, poniendole en el potro de vna cama, como à Ezequias, ò derribandole de su Solio como à S. Pablo, como si todos tuvieran el espiritu desse, ò las lagrimas de aquel. No debemos aguardar à estos vltimos articulos, ni pedirle à Dios milagros, sino armados con sus auxilios Diuinos, en comediendo la culpa, lavarnos con el agua saludable de la penitencia.

En Lucinda se puede confide-

rar vna Damarenamorada, y resuelta, dos aguijones son para qualquiera desdicha. En dar palabra de casamiêto antes de saber el gusto de su padre, anduvo poco cuerda; y assi, podrán advertir las doncellas bien lo que le sucediò à Lucinda, lo mal que hazen en ir contra la voluntad de quien les diò el ser. El ser forçada para q̄ entrasse en el Convento, denota ya principios de su castigo, pues del modo q̄ ella contra la voluntad de su padre buscò esposo, assi su padre contra su gusto no quiso que le gozasse. Y aunque esto parece cõtra derecho, muchas vezes es permission Diuina, para pena de hijas inobedientes. En permitir se sacar del Monasterio, denota la resolution de vna muger, pues sin mirar tantos peligros à que iba expuesta, se entregò en braços de quien temeroso la podia dexar perdida. Error grande de doncellas, q̄ se fian de palabras, y por solas ellas venden su honor, como si fuera negocio q̄ se pudiera recuperar, perdido vna vez Dios con todo su poder no puede hazer q̄ la q̄ vna vez perdiò la joya de la virginidad, la recupere, testigo el Maximo de los Doctores S. Geronimo en estas galanas palabras: *Cum omnia possit Deus, virginem post lapsum reparare non valet.*

En el padre de Lucinda se denota vn hombre cabeçudo, y te-

merario, pues forçando la voluntad de su hija, queria que tuvieste estado mas perfecto, lleuado de su pundonor: cosa por cierto lastimosa, pues muchas vezes vna temeridad destas viene à ser la basa de mil desastres, exemplos vemos cada dia; y assi, deben escarmantar los padres de no forçar à sus hijas q̄ tomen estado contra su voluntad. Y quando ellas no miren los incõvenientes que los padres reparã, podrán atraerlas cõ buenos modos à que desistan de sus intentos, y muden de parecer. No es imposible para vna muger que aborrezca oy lo que ayer pretendia, cada dia lo vemos, muchos lo experimentan, algunos lo lloran. Forçar empero que se case la q̄ quiere ser virgen; y querer que sea tal la q̄ quiere ser casada, disparate grande, necedad conocida. Pues la doncella forçada desta suerte, viendose afligida, no cumple con sus obligaciones; y lleuada de su inclinacion primera, busca modos para gozarla, halla quien la ayude, destruye su fama, mancilla su opinion, y lo que suele ser peor, muchas vezes se expone à la condenaciõ eterna. Y si es el padre causa, considerese à vista de su culpa, los castigos que tendrà ya prevenidos. Escarmiente cada vno en cabeza agena, y mire los daños que se originan de vn desacierto.

En Camilo, y Inlia se pueden

considerar dos pechos nobles llenos de misericordia, pues tan piadosos diéron alvergue à los q̄ saliendo de vna. borrasca, apenas se conocian. Comida les dãn, cama les aderezan, sus personas les ofrecen, porque reparen los duros de coraçõ en no ser rigidos, ni escarapelados con los que llegan desvalidos à sus puèrtas. Grã cosa es dar posada al peregrino, miralo bien, que Dios es el que v̄a en el pobre. Peregrino se hi-

zo para entrar acompañando dos Discipulos que ivan à Emaus. Ellos lo recibieron tan bien, que lo sentaron à su mesa; el primer lugar le dieron, bien se lo pagò, pues los dexò llenos de gloria, y esta les tiene prometida à todos los que por su amor hospedaren à los necesitados, y menesterosos; y al contrario, pena eterna à los que fueron crueles, con esto daremos fin à esta primera Persecucion de Lucinda,

## PERSECUCION II.

*Cuentanse los Zelos de Lucinda, y la gracia con que Julia procurava desluzirlos. No se satisface Lucinda; y para prueba, procura darle Zelos à Carlos, y ponesse à peligro de perder la vida.*

CON gusto infinito passauã Carlos, y Lucinda en la Quinta, porque Carlos los mas dias, acompañado de Camilo, salia al soto, fatigaua el monte, atemorizaua las aues, cazaua, en fin, que este suele ser el exercicio de Caualleros, y mas de los que son inclinados à las armas, y Lucinda al lado de Julia, ya diuertida en la labor, y ya entretenida en los jardines, passaua vida gozosa, q̄ bien imaginò infeliz. Los negocios andauan con feruor para su quietud, porque Camilo auia despachado à Ro-

ma por licencia para fundar vn Monasterio de Religiosas Canonicas, semejante al que fundò la Duquesa de Lotharingia en la Prouincia de Henao, y al q̄ ay en Niueles en Flandes; pero con diferente Estatuto, y Regla, porque aquellas desde por la mañana, hasta medio dia, que acaban las Horas, andan vestidas de Religiosas, pero de medio dia abaxo se visten de seglares, y viuen diuididas, y pueden se casar à su alvedrio, sin q̄ la Abadesa que preside pueda poner estoruo. Pero Julia, y Lucinda no querian, ni

tanta ostentacion, ni tanta anchura, andauan cuerdas, porq Religiosas cõ licẽcia de vida, mas dan que murmurar, que viuifican; y assi, procurauã hazer vn Monasterio, q dẽtro de sus limites morassen todas las que entrassen en el, y que votassen todas castidad, por lo menos simplemẽte, sin ceremonias solẽnes: de tal manera, q si alguna se quisiera casar, huiera menester dispensacion del Pontifice; y alsimismo, q nadie pudiesse salir de la clausura, sino era cõ licẽcia de la Prelada, y por causa justa. Cõ estas ordenaciones, y clausuras, tuvo Iulia letras del Pontifice Romano, para que en cõpañia de otras dos Religiosas del Capitulo de Mõs, entrasse à fundar su Monasterio. Puso-se luego por obra el hazer la casa de Puzol (sino es q fue en Napoles, poco nos importa su aueriguaciõ.) Finalmente, se passarõ muchos dias primero que surtiõ efecto, siendo causa la tardãça de muchos temores, y sobrefaltos. Todos son zelos de Lucinda, que no fue la menor persecucion, diremoslos poco à poco, por la comunicaciõ grande de Camilo cõ Lucinda, y de Carlos cõ Iulia, al passo que se enfriauã las paredes del nuevo Monasterio, se refriauan los animos de las que los auia de habitar. Nacieron pasiones, huvo zelos, saliẽdo rencores de estos, y disgustos de aquellas. Mala bestia es la ocasiõ, y el tra-

to, hasta en las piedras engendra correspondencia. Camilo, aunq comunicaua con Lucinda, era muy poco, y sin passion alguna, porq como dixẽ arriba, la primer noche despidiõ las razones que sin razon querian inducirle. Carlos, aunq miraua à Iulia, nunca olvidaua à Lucinda, solo se desvelaua en zelar à Carlos, y solo Iulia era la q forçando (digamoslo assi) su voluntad à q quisiese ver, y hablar, y no amaste, gustaua Carlos. No sè si me he dado à entender, digo que Iulia estaua como algunas doncellas muy discretas, õ q se tienen por tales, q quieren permitir visitas, y conversaciones, y no caer en vna macula, sino q colorean esto cõ dezir: esto es vn amor honesto, vna aficiõ lita, no ay nada malo, plegue à Dios. Queter andar metida vna muger en ocasiones, y salir libre, gran valor serà, en pocas se halla, milagro ha de ser.

De aquesta suerte trataua Iulia, gustando muchos ratos de la conversaciõ de Carlos, passando muchas tardes cõ sus canciones, y perdiẽdo pocos dias sin sus visitas. Todo era muerte de Lucinda; y aunq dissimulaua, lo sentia, hasta que no pudiendo dissimular su pena, la llamò vna tarde à su aposento, y derramando muchas lagrimas, le dixo: Señora, pues sabes del modo que podrè estar con la carga de vna promessa, y ves la poca solici-

tud que ay en lo que me tienes prometido, ruegote segunda vez que hagas que Carlos se vaya à Napoles, ò dõde yo no lo vea, si no quieres ver temprana mi muerte; ya te dixè mi passion, y no te espantes, que quise bien, y lo que se ha querido à la vista, es fuerça viuir con estos sobresaltos. Bien imaginaua Iulia q̄ Lucinda tenia zelos, mas juzgaua q̄ era por respeto de algunas Damas de su seruicio, y no por ella; y así, para assegurarla, y quedarle libre, le respondiò de esta suerte: Amiga Lucinda, no tengas tan lleno de pasiones el pecho, ni hagas montes de quimeras en lo que no ay para què, porque bien tengo conocido de Carlos (y mi hermano me lo ha dicho) q̄ antes se desquiciarán los Cielos, que ponga sus ojos en otra muger, yo veo que confirma con las palabras, por q̄ à ninguna Dama de casa le ha hablado jamás de asiento, à todas las mira en comũ, à todas las quiere sin particularizarse con ninguna, si el Conuèto estuuiera ya acabado, nos fuèramos al punto, y te quitarà delante de los ojos esta pena q̄ tienes de ver al q̄ has querido. Lo que es embiarle à Napoles, ya lo huuiera hecho, si mi hermano se pudiera hallar sin èl, pues bien miras que no le dexa vn punto; yo tambien te prometo que me huelgo de escucharle, y esto poco que nos queda del

siglo, no serà razon perderlo, si acaso no te disgustas.

Con mas transmudaciones de colores q̄ haze el espiculo del Sol, hiriendo en diuersas materias, se quedò Lucinda escuchando las referidas palabras. Dissimulò quanto pudo, y como la tristeza del coraçon se encubre mal en el rostro, miràdola Iulia, la bolviò à dezir: Lucinda, por tu vida te ruego, que me digas des- emboçadamente tu pena, y me aclares tus rezelos: Dime, sabes tu que Carlos quiera alguna Dama? has entèdido que comunica alguna con particular cuidado? Has visto que tiene secretos, ò que recibe papeles? Dime, en fin, tu pena, q̄ sabida, mejor se pondrà el remedio. Cõ notable discrecion le diò Lucinda entre ceja, y ceja, solo con vna palabra, que aunque equivoca, para buenos entendedores tenia clara la inteligencia, dixole: Señora, ya veo que Carlos con ninguna trata en particular, sino es contigo; pero que sè yo, si siendo esto publico, avrà por allà otra comunicacion secreta. Bien lo entendiò Iulia, y saliendola mil colores à la cara, no se quiso dar por entèdida, antes cõ vna dissimulada risa la respondiò: Lucinda, de oy mas tendrè notable cuidado de zelar à Carlos; y en conociendole particular alguno, te doy mi palabra de executar al instante, y sin detencion lo q̄ me

tienes pèdido. No se puede encarecer el pesar q̄ Lucinda recibia de ver , q̄ hablando clara , y descubiertamente , y sabièdo biè q̄ Iulia la entendia , se le mostraua ignorante , dādole sentido diferente à sus palabras. Disimulò tãbien en no aclararse mas , anduvo discreta , porq̄ quãdo vna persona declarã à otra el sentimiento q̄ tiene , y conoce q̄ lo ha entèdido , mas q̄ no quiere hazer q̄ lo entiende , lo mejor es poner silencio , y no arrojarle à descubrir cara à cara , porque muchas vezes , el q̄ ha oido las quejas q̄ dèl tienen , y vè del modo disfraçado con q̄ se las dize , procura la enmienda con mayor cuidado , porq̄ no ay cosa que mas obligue q̄ la corteçia ; y al contrario pudiera suceder , si descubiertamente , se las dieran , que de afrentado enconàra mas la causa , y la dexàra en peor estado q̄ tenia.

Asi , pues , hizo Iulia , q̄ conociendo que Lucinda estaua zelosa por su causa , procurò cõ recato , y prudècia no hablarle à Carlos , sin q̄ estuvièsse Lucinda delãte , ò q̄ fuesse secreto que ella no lo entendiesse. Con esta enmienda se le conociò en breues dias la mejorìa à Lucinda , bien lo echò de ver Iulia , y como el buen Medico , q̄ quando vè que con la medicina q̄ aplicò se halla mejor el enfermo , conoce la calidad del mal , y procura aquel mismo tenor irle aplicãdo otros

remedios , assi Iulia llamò aparte à Carlos vn dia , y le dixo , q̄ porq̄ se recataua tanto de Lucinda , sabiendo q̄ auia sido su amor , y q̄ viendose olvidada tan por los fines , sospecharia q̄ se entretenia cõ otra. Buenas razones respõdiò Carlos à este proposito , pero en todo le replicò Iulia , q̄ mientras estuvièssen alli las dos , la tratasse con mas familiaridad , entreteniendola cõ algunas canciones , ò por las mañanas à sus reças , ò por las tardes en el jardin. Y à entendió Carlos la causa q̄ podia auer , para q̄ Iulia le hiziesse este cargo , entèdiò los zelos de Lucinda , y assi la prometió de reducir à la obra quanto le mãdasse ; y porq̄ cõ mas particularidad conociesse q̄ la obedecia , le pidió q̄ le diera ella cada dia el asunto de lo q̄ auia de cantar. Placeme , dixo Iulia , mañana quiero q̄ cantes vna letra al despertar , y al leuantarse Lucinda de la cama , y esta la cantaràs à tiempo q̄ la oigamos las dos , porq̄ me importa estar en su presencia , quando tu apartado le cantes alabanças. Hecho este concierto se despidieron , yendose Iulia à consolar à Lucinda , y Carlos à visitar à Camilo , al qual le contò algo de lo q̄ auia pasado con su hermana , à cerca del estar zelosa Lucinda. Algo dixè , q̄ le contentò , y no todo , q̄ el que se precia de prudente , y de discreto en materias delicadas , y que ay honra de

por medio, aunque se tenga de su persona mucha satisfacion, no ha de contar todo lo que le passa con quien lenguas maliciosas, ò animos poco dociles pueden sospechar lo que no ha auido. En verdad, dixo Camilo, que he estado muchas vezes por deziros lo que estais quieto, y recatado, estando en casa vna persona, à quien tanto auéis querido, y que tanto merece ser estimada, en esto he hallado vuestro mayor valor, y en esto he conocido vuestra mayor prudencia, si bien no puedo yo sentenciar esta causa, por auer cursado poco esta materia de voluntades, que segun me enseña la experiencia de algunos, y veo en los libros las vidas de los otros, debe de ser enfermedad terrible el dexarse vna persona cautivar del amor. Mucho se pudiera dezir sobre el caso (respondió Carlos) pero no quiero referir materias semejantes, que aunque son muy delicadas, se aprenden con facilidad. Dadle gracias à Dios, porque os ha librado dellas; apartad el pensamiento de sus memorias, y nunca ocupeis los ojos en sus escritos. En esta conuersacion gastaron lo mas de la tarde, y despues de auer dado parte à la noche, quando ya el dia se leuantaua, haziendo al Mundo ostentacion de su luz, tomando Carlos vn instrumento, se puso en parte que Lucinda, y Julia le pudiesen oir,

y despues de auer templado, dixo desta suerte.

Lucinda, si te leuantas, dà primero al Alva cuenta, porque amaneciendo tu, por que ha de amanecer ella? Duerman sus ojos serenos entre la olanda de estrellas, que à la sombra de los tuyos ninguno avrà que no duerma. Yo te mirè esta mañana por brujulas de vna puerta, y no sè si el alma errò, porque traxe el alma enferma. Los dos luzeros abriste, y si el Alva esparce perlas, vidas tu, pues diste vidas resuscitando tinieblas. Con los claros esplendores pude contemplarte atenta, ya jazmin entre clauelas, ya clauel entre açuzenas. Assentada sobre el lecho, sueltas las doradas hebras, tanto en ellas me enlazaste, que dexè la vista en ellas. Sacaste vna mano blanca para poder componerlas, aunque tales defaliños antes adornan, que afean. Quedòse el Cielo sereno, y las niñas soñolientas, aunque estauan con dos soles, dauan bostecos de estrellas. Desdenosa ya contigo sacudiste el sueño apenas, quando en las manos tomaste de tu camisa las trenças. Pomos de quaxada leche cubrió vna laçada negra

en columna de alabastro  
ministrando las diez flechas.  
Sirvió el cambray de cortina,  
aunque no fue tan grosera,  
que dexata sin assomos  
assomos de tal belleza.

Muy alborozada escuchó. Lucinda los versos de su amante, aunq̄ no sin algunos suspiros de las antiguas memorias, porq̄ como yale miraua cō diferente fin, lloraua el q̄ tenia al principio de quererle. No estuvo menos gustosa Iulia, escuchando lo bien q̄ auia vestido el assunto, y la gracia, que era mas, con q̄ lo sabia cantar. Tambien Camilo estuvo cōtento, aunq̄ con alguna tristeza de la nouedad de cātar letras à quien ya tenia olvidada. De lo q̄ le auia comunicado antes, coligió la respuesta de su duda; y así, sin inquirir mas en el caso, le pidió q̄ hiziesse vna letra al tocarse vna Dama, quãdo cō vistosos desaliños se leuanta del lecho. A la misma hora del dia siguiēte ofreció Carlos tenerla puesta en el harpa; hizolo así, auiendo auisado à Iulia de como ya para aquel dia tenia assunto, contòselo, y ella se holgò mucho, y en leuandose essotro dia, fue à despertar à la zelosa, y las dos escucharon à Carlos este Romance:

Apenas el Alva hermosa  
bostezaua por el dia,  
quando mas bella que el Alva  
despertò el Alva Lucinda.

Tomò vn liston en las manos,

no se si de grana fina,  
segun perdió la color  
à vista de sus mexillas.  
Para trençar sus cabellos,  
cuidadosa los aliña,  
porq̄ no es bien q̄ anden sueltos  
los lazos de tantas vidas.  
Prende con nudo de seda  
de oro la madexa rica,  
rayos de luz diuidiendo  
en dos partes diuidida.  
Por aprisionarlos mas  
toma en la boca la cinta,  
desmintiendo con las perlas  
bosquejos de clauellina.  
Aqui fue la competencia,  
y alli del color embidiás,  
que riñeran, à poder  
auer en el Cielo riñas.  
Mas apenas con jazmines  
la vna parte enlazò aprisa,  
quando la cinta quitada,  
se s̄viò la nieue corrida.  
Quedò en la cara vn relieue  
de mil rosas manutifas,  
como diziendo al liston:  
Desta suerte estoy mas linda.  
Hizo con los dos extremos  
orladas las hebras finas  
tal extremo en su cabeça,  
que fue extremo della misma.  
Coronada se quedò  
tan galante, y tan diuina,  
que apenas hallò el espejo  
en que poder corregirla.

Muy pagados quedaron todos  
de la letra, pero reparando Iulia  
en el vltimo verso, dōde dezia, q̄  
ya el espejo no tendria q̄ descu-  
brirle faltas, le pidió para el dia

siguiente compusiese alguna cosa al mirarse Lucinda al espejo, despues de auerse cubierto, y trençado la cabeça, segun que la auia pintado en las coplas passadas. No le fue esto dificultoso à Carlos; y assi, quãdo otro dia començo à dar los primeros passos por nuestro Horizonte, cõ passos de garganta catõ el estas Espine-las, dezimas le llama comũmete.

Aunque en el mudo cristal te estàs, señora, mirando, no es el el que te està dando, cuenta de lo que està mal. La decision es neutral, mas no quiero que concluyas, porque si en vidrieras tuyas faltas contemplas en ti, el espejo no, tu si, corriges las faltas tuyas.

Que es el espejo instrumento, concedo, mas no ha de ser

que quiera ya conocer sin tener conocimiento: fuera grande atreuimiento de entendimientos grosero s; dezir para componeros, que en el perfeccion hallais, pues vos le perficionais por llegar en el à veros.

Tu te miras, y tu eres la que tus faltas compones, que quien no tiene razones, mal puede dar pareceres: y quando darle quisieres lo que de referir dexo, si miras con el despejo, que agora estàs celestial, delante de espejo tal, como ha de hablar otro espejo?

Quando todos imaginauan que auia acabado, oyeron que mudando el tono al instrumento, començo en otro diferente à cantar este Soneto.

Mirauaste, Lucinda, esta mañana  
al terso vidrio de cristal bruñado,  
mirando en sus reflexos esculpido  
mas hermoso diseño, que Diana.  
Rosa, que bosquejó el Abril temprana,  
en el contemplarias, mas Cupido,  
aunque vendado, contempló advertido  
leche, clauel, jazmin, rosas, y grana.  
Estaua yo detrás, y como quando  
en vn espejo hiriendo del Sol rayos,  
déslumbran al que mira sus faroles.  
Tal me miré de estar en ti mirando,  
que llena el alma ya de mil desmayos,  
me recliné à la sombra de tus soles.

Yà le parecia à Iulia que se auia metido en algun cuidado, por auer de tenerle en darle al-

sumpto, y como vn dia yendo cõ Lucinda à Missa, la viesse tropeçar, y caer en tierra, le pareció

materia bastante para que Carlos sobre mesa cantasse alguna cosa; el tiempo fue breve, y assi en pocas palabras cifró lo que era digno de muchas, dixo assi:

Lucinda, à Missa salió.  
vna mañana de prisa,  
y antes que llegasse à Missa,  
en el vmbrial tropeçò:  
el coturno lo causò,  
fragil exe de su Cielo,  
causando tal desconuelo,  
que se vieron con cuidados:  
dos soles amenazados,  
vna quarta ya del suelo.

Torciòse el chapin, y apenas:  
se carminizò el jazmin,  
quando al punto sin carmin:  
se viò el campo de azuçenas:  
Las luzes antes serenas,  
ivan de los arcaduces  
à estrellar al suelo luzes,  
mas se hizo Cruzes Lucinda,  
y ellas viendola tan linda,  
no passaron de las Cruzes.

Solia Carlos cãtar algunos ratos, por divertir à Camilo, pero no era con tanta frecuencia, ni cõ tanto cuidado, ni de modo q̃ en las letras se nõbrasse à Lucinda, y como agora iba tan diferente, Camilo sospechaua viuas cõtellas las q̃ ya juzgaua muertas cenizas. Los criados fraguauan malicias, vnos juzgando como adiuinos, q̃ se auia de casar (indicios auia, no era mucho) y otros como maldicientes, presumièdo q̃ Carlos salia de juicio; y lo q̃ ay q̃ reparar es, q̃ vna mala presun-

cion, aunq̃ sea de gente ignorante, siẽpre hallarà razones à su paladar; y assi dezian: Poeta, y mufico, què ay q̃ aguardar? De como ha estado cuerdo estos dias se puede tener por milagro, porq̃ aun lo vno sin lo otro suele engendrizar locuras. Murmuraciones de criados son, no ay q̃ hazer caso; porq̃ las palabras no se hã de tomar como se dizen, sino como el sugeto q̃ las relata. Lucinda, aunque por vna parte gustaua de oir à Carlos; por otra, tomaua mas indignaciõ, cõsiderando, q̃ aquello no era de su virtud, sino forçada de Iulia; y assi, se abrasaua mas de zelos, y dezia: Ay Carlos ingrato, y q̃ bien q̃ te has olvidado de tãto como te amè, y q̃ presto te has pagado de otra beldad, pues por ella hazes lo q̃ no hizieras por mi, y llega à tãto tu rigor para conmigo, q̃ aun mi propia cõtaria te despierta, y te auisa, como si te dixera: Mal Cavalero, y falso amãte, aunq̃ veo q̃ me quieres, y q̃ por mi te olvidas de la q̃ amaste, no seas tã cruel, y tã ingrato, q̃ aunq̃ no sea mas q̃ por cõplimiento dexes de mostrarle algun amor, siquiera para q̃ yo no presume q̃ haràs otro dia cõmigo lo q̃ agora vras cõ ella; finge, finge q̃ no estàs olvidado, dà algunas muestras de q̃ la tienes en memoria, q̃ no tẽdrè zelos viendo q̃ es fingido. Ay de mi! Què llegue yo à ver esto, à que Iulia se duela de mi sentimiento, ya que

que

que Carlos se acuerde de mi por respeto de Iulia. Pierdo los sentidos, la paciencia me falta, ahogame el dolor, todo es tormento.

Repasando entre si estas quejas estaua Lucinda vna mañana, quando le llegó vn recado, en q Iulia la llamaua à su quadra. Disimuló el dolor, cubrió el llanto, y con fingida alegría, llegó adonde Iulia la estaua aguardando, y apenas acabaron de saludarse, quando Carlos, que ya estaua advertido, començò à templar el instrumento para satisfacer al assumpto de aquel dia, que era al lavarse las manos vna Dama, sirviendo la boca de aguamanil; este romance fue el q cantò.

De vn barro, que del coral  
mas que roxo hurto relieve,  
para lavarse Lucinda  
hurta el agua con clauales:  
Suelta el bucaro, tomando  
las gotas que bastar suelen  
à lavar, sin deshazerlas,  
dos manos hechas de nieue.  
Estas, qual fuente de plata,  
debaxo la boca tiende,  
porque à tal aguamanil  
solo pudo dar tal fuente.  
Abre entonces el clauel,  
brota cristales de suerte,  
que por ser sus dientes perlas,  
juzguè que brotaua dientes.  
Tuerce los blancos armiños,  
con ademán tan valiente,  
que no se pierde vna gota  
del ayre con que los tuerce.

Alborozados los dedos  
con el agua se entretienen:  
viendo que es ya mas que agua,  
por los labios que la vierten.

Dellos destilada sale,  
qual rayos de pura leche,  
que ha de ser aljofar antes  
que en las manos se congele.  
Acabòse de lavar,  
y al verla acabar, contemple  
quien ha oido lo que he dicho,  
lo que pudo entonces verse.  
Sacudiò las blancas manos  
viendose en lance tan fuerte,  
chispas de cristal tiradas  
de entre cristales lucientes,  
vna olanda puso fin  
al candor humedo, y este  
en los hilos de la olanda  
dexo preciosos relieves.

Llena de vna indignacion ce-  
losa iba ya Lucinda à descubrir  
su pecho, sino se le adelantara Iu-  
lia, diziendo: Yo no sè, amiga  
mia de que fraguauas zelos en  
dias passados, pues vès con quan-  
ta puntualidad se desvela Car-  
los en tus alabanças? Pluguiera à  
Dios (respondió Lucinda) de-  
xara estos desvelos, y se ocupa-  
ra en otros que le salieran de vo-  
luntad, porque no soy tan igno-  
rante que no vea que estos son  
forçados, y aunque pudiera es-  
tar de ti quexosa, no quiero sino  
mostrarme muy agradecida,  
pues con tanto cuidado buscas  
mi reposo. Pienas, señora, que  
no sè que el hazer Carlos estas  
finezas, à modo de si agora hu-  
viera

de galantearme, es por orden tuya? Todo lo entiendo, y aunque lo disimulo, en mi pecho lo lloro, aunque digo mal, que ya estoy muy otra de la que antes era: ya señora he buuelto sobre mí, ya me parece, que aunq̃ à vista de mis ojos Carlos haga festejos à otra Dama, no lo sentirè. Y porque veas que es verdad lo que te digo, y en lo que te anuncio no te engaño, desde oy he de hazer à Carlos que no trate mas de mí, sino que totalmente me olvide: y si antes se me hazia cuesta arriba, que en mi presencia se enamorasse, aora le he de pedir encarecidamente que tome estado, y viua con su gusto. Ya no quiero que se ausente, ya me holgarè que al lado de tu hermano perseuere. Solamente estarè desconsolada, hasta que las paredes de vn Conuento me sepulten, que ya que cometí la culpa, razon serà castigarla con penitencias. Humedecidos los ojos, los reclinò en vn lienço, dexando à Iulia con notable admiracion de la mudança. Consolòla quanto pudo, y Carlos sabida la resolucion, puso fin à la tarea comenzada. Colgó el instrumento, y sino era à ruegos de Camilo, jamás cantaua. Pensiones son todas estas del amor, vnos las pueden llevar, mas otros no las saben sufrir.

Perplexa anduvo vnos dias Iulia, no acabando de entender el

sentido de las razones de Lucinda, conociendo que las avria dicho como muger que se halla sin remedio, y que como dixo el Poeta, quando vno se vè en estos vltimos lances, haze gala de la misma ruyna. Entendia muy bien que los zelos de Lucinda eran por ella, y así se matava por entender, y apear las palabras obscuras, por si auia sido nõ hazer caso della, por si lo auia dicho para mostrarle su valor; y finalmente por si procuraua otros amores. Este vltimo fue malicia, de su hermano sospechò, caso notable. La pobre Lucinda, como dixè, con passion zelosa dixò todas aquellas razones, porque es propio de mugeres, quando mas se estan abrasando en zelos, hazer brauatas, y ostentaciones de poco sentimiento; porque como ella auia ya procurado muchas vezes su remedio, y veia que por todos los caminos Iulia lo estorvaua, y luego ella misma era causa de q̃ Carlos hiziesse aquellos festejos fingidos, que podiadesir, sino estorvando estos, dar muestras de nuevos propósitos, porque quien mas no puede, se dexa morir: Pues adviertase aora por el camino que la fortuna ordenò vn desastre. Como viò Lucinda que Carlos no se auia de ausentar, y que ella se auia de ir, dixò entre sí: Pues por donde conocerè yo que este me ama, ò si me

me ha olvidado, yo quiero darle zelos. Valgate Dios por muger, si te vâs del siglo à cumplir tu promessa, para que quieress que te amen? Para tu castigo? Si; pues no te faltará, porque quien sigue à Dios con el pensamiento puesto en las cosas terrenas, quando descansò, hallò dolor; quando gloria, què auia de ser, hallò trabajos. Desuerte, que quando andaua Iulia mirando, si estaua aficionada à su hermano Camilo, lo quiere procurar la trille para darle zelos à Carlos. Reparese en el caso, y vease el fin, que es compasivo.

El modo, pues, que eligiò Lucinda para esta prueba, fue, que aunque à vn lado del jardin auia vno como retiro, guarnecido de cipreses, y naranjos, y dentro vn estàque muy artificioso. Aqui no entraua nadie desde las doze del dia, hasta hystres de la tarde, porque este tiempo gastaua Camilo en gozar de aquella frescura. Solian muchas vezes ir à visitarle, Iulia, y Lucinda, con cuya conversaciò passaua Camilo con mas gusto la siesta. Pues agora sin dar parte à Iulia, començò Lucinda à irse al estanque, haziendo de modo, que al tiempo q̄ Camilo entraua, fingia quererle salir, porfiando, hasta que se dexaua ligar con la cortesia, y modo. Como Camilo no trataua de amor, no reparò al principio en la nouedad, antes con mayores veras in-

sistia cada dia à q̄ Lucinda se entretuviesse cò él. Ella como lleuaua el mismo intèto, se lo agradecia mucho; y aunque se hazia porfiada, procuraua quedar se; todo esto cò fin, q̄ en viendola Carlos, tuviesse zelos; y teniendolos, quedar satisfecha de q̄ la amaua, y si veia q̄ se le daua poco, colegir la mudança, y llorar su pena, Carlos, como estaua ignorante destas malicias de la zelosa Lucinda, las primeras vezes no hizo caso, aunq̄ los veia solos à los dos; pero vièdo q̄ se iba còtinuando, mirò cò mas cuidado, y ya sospechoso, començò à escatapelarse, preuiniendo venganças. Iulia, q̄ tornâdo à su memoria la resoluciò de Lucinda, cò la nouedad q̄ veia presente, y à juzgò q̄ estaua enamorada de Camilo su hermano, y aunque lo pudiera tener à mucha dicha, fue tanto lo que se azorò de aver visto, que à ella le huviessè encubierto su pecho, q̄ començò à aborrecer lo que en otro tièpo queria desear, y a no quetia sino hallar mas pruebas para executar rigores, començò à zelarla, por còfirmar sus sospechas, y no le fue dificultoso, viendo la accion q̄ agora contarè. Tenia mucha advertècia Lucinda, por si Carlos la zelaua; viòle vn dia escondido entre vnâs murtas, holièse mucho, y quiso con èl hazer la vltima prueba de paciència: fue, pues, q̄ ella tenia por entretenimièto pasarse por vnâs pa-

redillas estrechas que diuidian el estanque; y así, yendo à passar vna vez, fingió torcerse el chapin, y cayò en tierra, de la qual la leuantò al instante Camilo, y de la mano la ayudò à passar de la otra parte. Carlos, pareciendole caída artificiosa, como lo auia sido, para q̄ Camilo le diessse la mano, se fue à su aposento lleno de bascas mortales. Iulia, que estaua acechando desde vna celosia, pareciendole lo mismo, prevenia castigos, y rigores. Carlos dezia, este amor no es tan de nueuo, que no puede presumirlo desde que me despidió severa, haziendome que no cantasse; pero engañòme entonces mi mucha confianza. Iulia en su retrete hazia las mismas congeturas, y los dos diuididos se conjurauan con otra Lucinda. Carlos como amante, por razón de enojo, refiriendole su amor, y sintièdo su desemboltura, y Iulia como señora, por razón de estado, apercibiendo iras, y amenazádo castigos. No ay cosa firme en esta vida, tódo es mudable, oy gustos, mañana pesares, ayer amistad, y oy aborrecimiento. Hizo Iulia vna consideracion para su proposito muy buena, aunque en sí era muy mala: fue dezir, si acaso me quiere Carlos, ha de fer estorvo Lucinda; si mi hermano quiere à Lucinda, y ella no resiste, el impedimento se quita, pero casarse mi hermano es muy

dudoso; y si yo, y Carlos nos queremos casar, el tropiezo está en pie, pues muera Lucinda. Argumento es de muger, y las consecuencias son diabolicas. Lo que ay de mayor admiracion, es, que apenas consintió el pensamiento, quando al instante quiso ponerlo en execucion, teniendo ya prevenida capa con que cubrir su mala conciencia, que era, auer de dezir que el castigo auia sido merecido por auer puesto descompuesta los ojos en su hermano. No huiera Iulia tomado este odio à Lucinda, sino la huiera visto lo zeloso, lo triste, lo amargo q̄ andaua Carlos espianandola, porque sacaua de aqui vna legitima consequècia, que Carlos tenia siempre la mira en Lucinda, aunque advertido, y discreto fingia mirar à otra parte, y que así le enseñaua la experiencia, que jamás mudaria de amor. Esto la desesperaua, y vengatiua procuraua ya el fin de Lucinda.

Ya dixè que al instante que viò Carlos à Lucinda de la mano con Camilo, se fue confuso, y zeloso à su aposento. Estando, pues, allí repasando sus pesares, para en algo diuertirlos, hasta q̄ los pudiesse referir à boca à la causa dellos, tomò la pluma, y escriuiòle estos quebradillos.

Viendo Lucinda mi agrauio;  
rabio,

Y mirando qué te adoro,  
lloro.

Y conociendo tu exceso,  
pierdo el seso.

Que fui dichoso confieso,  
comprando vn cielo barato;  
pero mirando tu trato,  
rabio, lloro, y pierdo el seso.

Disteme como despojos,  
ojos,  
Mereci con descubiertas,  
mexillas,  
Y alcancè por modos sabios  
labios.

Son ya tales mis agrauios,  
que no estuviera ya en mi,  
à no contemplar en ti  
ojos, mexillas, y labios.

Causan solo mis rigores  
amores,

Pago ya por las setenas,  
penas,

Y aumentanme tus rezelos  
zelos.

Testigos hago à los Cielos  
que estoy loco, y no me espanto,  
pues que me persiguen tanto  
amores, penas, y zelos.

No puedes dexar de ser  
muger,

Pues eres mas que la rosa,  
hermosa,

Y de todos sin medida  
querida.

Como podrè tener vida,  
si con otros te estoy viendo,  
siendo yo hombre, y tu siendo  
muger, hermosa, y querida?

Es el que llamas jayan,  
galan,

Y tu para quien te ama  
Dama,

Sin perder por mi opinion,  
ocasion.

Como estará vn coraçon;  
que te quiere mas por puntos;  
mirando en secreto juntos  
galàn, dama, y ocasion?

Daràs sin ningun despecho  
el pecho,

Y no mostraràs avàra  
la cara,

Dando con ocasion poca  
la boca,

Lucinda, aunque no estès loca,  
has de saber, que en refriega,  
quien dà la mano, no niega  
el pecho, la cara, y boca.

Oy de ti me despediste  
triste,

Y aora estoy sin reposo  
zeloso,

De mi Sol resplandeciente  
ausente.

A quien tambien sabe, y siente,  
basta lo que he dicho oy,  
pues soy amante, y estoy  
triste, zeloso, y ausente.

Mucho gusto recibì Lucinda,  
quãdo hubo recibido los sen-  
timientos de Carlos, repàsòlos  
muchas vezes, hasta que la hora  
acostùbrada la còbidò con el le-  
cho, atahud de los dormidos, y  
cuna para los q̄ estàn fatigados.  
Durmiòse, en fin, y quando era  
el propio tiempo que la primera  
quietud dexa à los mortales li-  
bres de cuidados humanos, muy  
descvelada Iulia saliò sola de su  
qua-

quadra llēna de ira, acompaña-  
da de animo, y resuelta para su  
determinacion. Con vna llave  
maestra abrió la puerta del re-  
trete de Lucinda, y poniendo  
sobre vn bufete la luz que lleva-  
ua, y desnudá lo vn puñal, se fue  
à ella, y viendola tan hermosa, y  
considerandola muger, antes de  
executar el golpe, se detuvo en  
hazer algunas consideraciones.  
No era poco para muger resuel-  
ta, milagro pudo llamarse en  
muger agraviada. Llegòse mas  
cerca, y escuchò à Lucinda, que  
entre sueños dezia estas pala-  
bras: Detente, detente señora,  
no me mates, tu esclava soy, biē  
te quiero, muger eres, sè piadosa,  
dexame la vida, que es de Car-  
los. No amo à Camilo, aunque lo  
fingi, no fue por agraviarte, si-  
no por vengar mis zelos. Di-  
ziendo estas razones, daua mu-  
chos buelcos la affigida Dama.  
Llegòse Iulia vn poco mas, y co-  
mo si huviera en el sueño dis-  
cursos de razon, algò Lucinda la  
voz, diciendo: Señora, señora,  
mira que aunque quiero à Car-  
los, no soy sine de Iesù Christo,  
su Esposa me prometì; pues por-  
què me matas? Recordò con  
mil temores, repitiendo muchas  
vezes: porquè me matas? Y ad-  
mirada Iulia, quedò llena de cõ-  
fusión; y Lucinda viendo à la q̄  
auia soñado del mismo modo  
presente, enmudeciò al instan-  
te. Començaron à llorar las dos,

y Iulia como culpada, se abraçò  
de la inocente, y haziendo las  
dos vn cristalino mar de lagri-  
mas, con los raudales de quatro  
estrellas fuentes, en muy grande  
espacio anegadas las voces, no  
pudieron hablarse.

Mitigado el llanto, y callados  
los sollozos, hablò Iulia de esta  
suerte: Hermana, y compañera  
mia, ya considero lo mucho que  
el Cielo te quiere, pues à vista de  
mis ojos, y al lado de tus peligros  
te fauorece con sueños, para que  
por ellos digas lo disculpada que  
estàs, y lo inocente que eres. Cõ-  
fieso mi culpa, matar te quise,  
por Carlos era, porq̄ le iba que-  
riendo ya mucho, pero ya no le  
quiero, que procuro conservar  
la vida que prometì, ya estoy  
muy otra que estaua avrà vn ins-  
tante, ya de oy mas harè con pe-  
nitencias que se destierren los  
apetitos, ya començarè cõ nue-  
uos propósitos à quitar de mi  
pensamiento las passiones amo-  
rosas. Hasta aqui llegò mi triste-  
za, hasta aqui durò mi poca dili-  
gēcia, ya no ay Mundo para mi,  
ya serà la clausura mi descanso,  
ya seràn los ayunos mis gustos,  
ya serà la oracion mi entreten-  
miēto, oy me he de partir al Mo-  
nasterio, q̄ tengo fundado por  
causa tuya, oy me he de apartar  
destos laços del Mundo; y en fin,  
Lucinda, voy à ser Monja, si aca-  
so quieres executar lo que tienes  
prometido; si determinas cum-  
plir

plir lo que estás publicando, ya ha llegado la ocasión, contigo iré, por ti miraré, regalada vivirás, y siempre te tendré en mi compañía. Pero si es que el amor de Carlos te hace guerra, si es que no has apagado las llamas de la afición antigua, quedate aquí, casate con él, no fuerces tu voluntad, que aunque después puedes salir, mas acertado es no entrar, por que en la virtud adelante se camina, y volver atrás, es perdición. Lo que es aconsejarte que cumplas tu promesa, no puedo excusarlo, porque tengo obligación, y pues tienes entendimiento, aprovechate; y no por cumplir palabras a un hombre, quiebres la que le tienes dada al mismo Dios.

Atonita, y confusa escuchaba Lucinda las palabras tan sentidas que Julia le decía, a las cuales, abrazándose della, respondió las siguientes: No sé, señora mía, que poder decirte, para significarte el gusto que tengo, el consuelo que me has dado, y la gloria que he recibido. No quiero detenerme en dilatados prologos, sino en breves razones decirte, que no solo estoy de parecer de cumplir mis deseos, sino que aun no quisiera que aguardáramos al día, para que con mayor presteza se vieran executados mis intentos. Mucho he querido, y quiero a Carlos, y le querré, mas con diferente designio que tuve quando le vi, pues

entonces le quería para esposo, y ahora no pasa esta voluntad los límites de la razón; y así, no me estoruo apartarme del, que como te he dicho, harto lo he deseado, para que con menos sobresaltos gozar la vida que tengo prometida; y quando el amor hubiera vendado a la razón, y el apetito hubiera aprisionado mi entendimiento, y ya sin acordarme de promesas, quisiera determinada gozar las fiestas del Hymeneo, y gustar de las delicias del matrimonio. Quien no mudará de parecer, viendo patente el milagro con que Dios me ha defendido de los filos de este azero que traías? Quien con la vista en esta consideración, volverá a Dios las espaldas? Finalmente, señora, te digo, que aunque viera ahora a Carlos casarse con otra Dama (que para nosotras no ay mayor prueba) lo llevara con mil gustos, y lo estimara en mi alma, para que con menos cuidado deste siglo, entrar en la gloria que me ofreces.

En muy lastimosos coloquios gastaron lo que le quedaba por correr a la noche, y en levantándose el día, sin descubrir ninguna cosa de lo pasado, concertaron con Camilo el viaje para el nuevo Monasterio. Dos dias se detuvieron en hacer las prevenciones necesarias, y aderezado todo, y llevando consigo seis virtuosas doncellas, que quisie-

ron seguir las, se partieron para el Convento, acompañadas de Camilo, y Carlos, y de la demás familia de la casa.

Llegaron à Puzol, donde todos los Caualleros, despues del recibimiento con muchas fiestas, les hizieron mucha ostentacion en hospedarlos. No quisieron posar en el Palacio del Conde, aunque ya eran ruertos sus contrarios, y era nuevo señor el que regia el Estado, por ser forzoso estar viuas las memorias de su destierro. Vn Cauallero muy principal les diò alvergue en su casa, hasta el dia que Iulia, y Lucinda entraron en el Convento, en compañía de otras principales matronas, que quisieron imitar tan buenos propósitos. Hizieronse nuevas fiestas, las quales acabadas, se despidieron Carlos, y Camilo, no sin muchas lagrimas. Bolvieronse à la Quinta, y entanto q̄ los dos comunicã tristezas, y repassan sentimientos, y mientras Iulia con las Fundadoras pone en orden los Estatutos de su Regla, y haze preceptos para su obseruancia, podrá el Letor passar los ojos por estas consideraciones.

En los rezelos q̄ tuvo al principio Lucinda se puede considerar el peligro de la ocasion, por q̄ aunque mas apagada este la llama amorosa, y aunq̄ mas matos estẽ los deseos de dos q̄ se han querido, si quierẽ habitar en vna

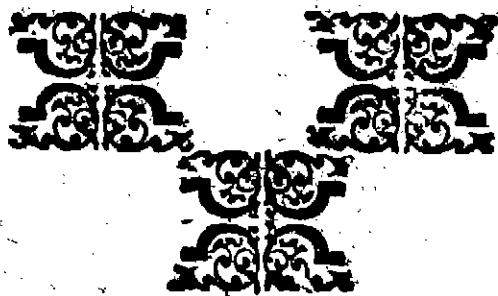
misma casa, si quieren comunicarse, si quieren verse, buscan la ocasion, y en ella el peligro, y el no caer en el ha de ser rã dificultoso, como pone la estopa junto al fuego, y no queter que arda. Buenos propósitos teni Lucinda, pero como se estaua queda en la ocasion, olvidõse dellos, miraua al amante, y procuraua que no le mirara otra; tuvo zelos, y en auiendolos, passion ay; y auiendo passion, cautiva estã la voluntad; y voluntad cautiva, mal puede seruir à Dios.

En el cõsejo q̄ diò Iulia à Carlos, diziendole q̄ festejasse à Lucinda, y la cantasse letras amorosas, se puede advertir el daño q̄ se origina de vn mal parecer; pues teniendo Iulia obligaciõ de aconsejarle à Lucinda q̄ se olvidasse de pasiones terrenas, y tuviesse la mira en el estado virginal que auia prometido, la fomentò los deseos amorosos, haziendole à Carlos que le refrescasse las antiguas memorias, mal consejo fue, y assi procediò presto el daño, porq̄ vn mal parecer siempre es causa de muchos males. La que se precia de discreta, y se tiene por amiga, aconseje siempre con la mira à Dios, y no errarã, porque querer cõ la mira en sus particularidades, y interesses salir cõ victoria, se hallarã burlada, y metida en confusiõ. Assi sucediò aqui, porq̄ Iulia por deslucir à Lucinda su poquita aficion, y por darla

à entender que se auia engañado en la sospecha que della auia tenido, aconsejó à Carlos que la hiziera nuevos festejos, y galanteos, de lo qual resultò lo q' aue- mos visto, pues fue causa de que Lucinda se olvidasse de sus buenos propositos, y por vengarse de Carlos, fingiesse amar à Camilo, y Iulia lleuada de humos señoriles, y de imaginaciones apasionadas, se pudiesse en peligro tan manifesto de quitar vna vida inocente. Reparese mucho el mirar, que la que diò el consejo, vino à tener mayores tribulaciones, poniendose à pique de perder su buena reputacion, y en peligro de desluzir su sangre con estos amagos de ingratitud.

Lo tercero que se puede considerar en esta parte, son los daños que acarrea vna mentira, por simple, y sencilla que sea, pues por fingir Lucinda que amaua à Camilo, por darle zelos à Carlos, vemos que se indignò Iulia contra ella, y la matàra à no librarla milagrosamente el Cielo. Proce- diò tàbien de aquella mentira, y ficcion la inquietud de Carlos, airandose muchas vezes, no so-

lo contra ella, sino contra si mis- mo. Vna mentira por lo menos es pecado venial; vn pecado, aun- que no sea mortal, pone à vna alma en vn poco olvido de Dios, este olvido suele ser camino pa- ra vna grande culpa, y en cayen- do en ella, què puede auer sino desdichas, miserias, y calamida- des? Claro tenemos el exemplo, pues por vna pequeña mentira de hazer Lucinda, y dar à enten- der que amaua à Camilo, proce- diò vn mortal rencor de Carlos, vna embidia infernal en Iulia, y vn peligro manifesto en entrà- bos, pues ya Iulia tuvo amaga- do el cuchillo para executar en Lucinda el consentido deseo; y si esto se cumpliera, Carlos hi- ziera en la homicida otro tan- to, y Camilo hiziera mil muer- tes en vengança de su sangre, y assi se cometieran graues culpas por vna causa al principio tan leue. Mentira que puede causar estos escàndalos es grauissima, veneno lleua escondido, muer- tes causa, y el dueño della se ve- rà tan lleno de trabajos, que ellos mismos le adviertan que son castigos.



## PERSECVCIÓN III.

*Passa contenta Lucinda los dias primeros de la religiosa vida. Ausentase Carlos à unas guerras; y encomendada à Camilo, frequenta con ella las visitas, enamoranse los dos, y sucede un portento.*

**V**ida apacible passaua Lucinda en el religioso retiro, tan olvidada ya de Carlos, quanto apartada del Mundo; pero como no ay cosa que camine sin tropiezos, y vna buena profesion los halla siempre grandes, quando se viò Lucinda subida en el vltimo escalon de perfecciones (porque el ayuno era su manjar, la obediencia su descanso, la mortificacion su reposo) quiso la fortuna (embidiosa podemos dezir que estaua) abatirla à los desastrosos siegos humanos. Nadie se descuide, quando se vea mas perfecto, porque tantas diligencias se requieren para conseruarse en la gracia, como fueron necessarias para adquirirla. Cuèto el suceso desde el principio, y fue en esta forma: Obligado el Rey de Napoles de buenas correspondencias que auia recibido del Emperador, viendole en necesidad, y menesterofo de gente, para deshazer vn montin

de Calvinistas, que agauillados con otros Hereges, procurauan la ruina de la Religión Catolica, ofreciòle grande cantidad de moneda, y doze mil combatientes de lo mas lucido de su Reyno. Para cumplir como Rey, y no quedar defectuoso en nada de lo ofrecido, pidiòles à todos los Principes, y Señores de su Reyno que le ayudassen. Vno de los llamados fue Camilo, q̄ viendo su ocasion tan justa, descolgò las armas para ir à limpiarlas en la sangre enemiga de la Iglesia. Carlos como viò ocasion tan buena en que satisfacer algo de lo mucho que le debia, previnose para acompañarle en la jornada Iulia quando supo estas nueuas, quedò muy lastimada, tanto, que con palabras resueltas le embiò à dezir, que si no escusaua el viage, podia ir primero à hazerle las exequias. Para poner mas estorvo la affigida matrona (nadie se espante, q̄ es muerte vien-

do sepultarse entre paredes) comunicò con Lucinda sus pesares, la qual sabiendo que Carlos iba juntamente acompañandole, diò de parecer que le escribiesen las dos, rogandoles que fuese el vno solo, y para consuelo dellas quedasse el otro. Entraron en consulta Camilo, y Carlos sobre esta determinacion; y estando resueltos en que se quedasse el vno, ninguno queria ser el que se auia de quedar. Camilo dezia, que el Rey le llamaua à èl, y que se le seguia detrimento à su valor, si no acudia en persona. Carlos replicaua, que era estimarle à èl en poco, no fiar que fuera delante del Rey à suplir su falta. Despues de muchas razones dichas, todas sin ficcion (esto auian de tener todas las juntas) quiso Camilo dexarse vencer de las palabras de Carlos, con la confiança que tenia de su valor, y q̄ el Rey auia de estimar en mucho ofrecimiento de tan gentil persona.

Acompañado, pues, de veinte criados, salió Carlos de la Quinta, tan lucido, y galante, que pudiera dar que embidiar al mismo Febo. Saliò acompañandole Camilo hasta el Convento, donde se auia de despedir de Iulia, y Lucinda, que muy gozosas los aguardauan, entendida ya la determinacion; si bien es verdad que Lucinda lo sentia; tuuole amor, nadie se espante, que aun-

que se borre la passion, siempre quedan reliquias de voluntad. Llegaron al Conuento, hospedaronlos muy bien, y despues de gastados dos dias en la visita, Carlos se despidiò de todos; y al tiempo de abraçar à Camilo, le rogò encarecidamente mirasse por Lucinda, pues hazia cuenta que quedando allí su persona no auia de hazer falta la suya; Camilo se le ofreciò mucho, poniendo el tiempo por testigo, y remitiendo à las obras quanto podian encarecer las palabras. Fuese, al fin, Carlos muy consolado, y Camilo quedò consolando à su hermana, y à Lucinda, porque en los celages del encubriese diuisaban raudales de sentimiento, lagrimas bien disimuladas, que se manifiestan muchas vezes sin licencia de quien las llora. No dexò de sentir Iulia la ausencia de Carlos, por el buen trato, y cortès correspondencia que en èl auia conocido; pero mirando la cara de su hermano, olvidaua todos los demás desafosiegos. Lucinda preuiniendo olvidos à la pena, le pidiò à Camilo al partirse, que en satisfacion de auer ausentado à Carlos, no dexasse èl de visitarlas, por lo menos vna vez en la semana. Diòles palabra de hazerlo así, y pidiendoles licencia, diò buelta à su muy querida, y antigua estancia.

Visitò Camilo su Quinta, diò  
or.

orden à sus criados, y ocupò à cada vno en sus antiguos exercicios, y como por vna parte se viesse ausente de la hermana, que tanto queria, y por otra considerasse la falta que le hazia Carlos. Pues à su lado desechaua melancolias, y con su conuersacion olvidaua cuidados, diò en afligirse, andaua disgustado, y muy desfaçonado en su semblante. Para destierro, pues, destos achaques, eligiò por remedio la frequentacion del Monasterio, donde Iulia con mil caricias le recibia, y consolaua, à la qual reconociendo, daua muchas ofertas en agradecimiento. Como no era larga la distancia, no se le hazia trabajo de acudir cada semana, y gastar la mitad en la visita, no lo lleuauan mal las Religiosas (que no era poco para ser Comunidad) antes agradecidas, juzgauan por merced, lo q̄ lenguas maliciosas dixerã agrauio. Ser Iulia Prelada, y Fundadora, Camilo Patron, y Señor tan graue, y ella recogida, y èl tan honesto, eran causas bastantissimas para desluzirse montes de presuncion, que huvierrã, y pãra atropellar quimeras que se leuantaran. En medio de esta seguridad se leuantò el peligro, y como estuvo tan torreado de escusas, aunque procurò leuantarse, no pudo ser visto.

El caso es este: Como estaua Camilo tan ofrecido à Carlos, en quanto à visitar, y dar consue-

lo à Lucinda, y ya estuviessè pagado de sus discretas palabras, quando sin estorvo en su casa las oia, frequentaua con ella la conuersacion, excediendo en mucho los limites de liçura. Parlaua èl amoroso, correspondiale agradecido, mostrauale enamorado, y hazia ostentaciones de voluntad. Por modo de passatiempo començò Camilo estas visitas, y adelgaçò estas platicas. Por tales las començò tambien à tener Lucinda, y qualquiera persona que huviere visto la ocasion que auian tenido en el siglo para lograr amores, y satisfacer voluntades, no pudiera juzgar otra cosa. Pues como esto parece que es en cierto modo vn genero de escarnio de la passion amorosa, ella misma les amenaçò el castigo. Disparate grande es fiarse vn hombre de su virtud, y hazer alarde de sus brios. Quien dàda q̄ no ditia muchas vezes Camilo, yã por juego, è yã por tener que hablar (faltan palabras en vna larga visita:) Ea, Lucinda, mirad que afrentais dos soles con el aljofar que les poneis delante; olvidad antiguas memorias, dexad à Carlos, pues ya sois Religiosa, yã os corren nueuas obligaciones, y si me dezis que le amais oõ voluntad sencilla, y con castos pensamientos, yo estoy en su lugar, su subdito soy, su persona represento. Ea, derramad vnas pocas ternezas, y hazed cuen-

ta que soy Carlos, dezidme amores, hazedme, aunque sean fingidos, algunos agasajos, y à se que me quereis, que bien me acuerdo quando me ivais à visitarà mi jardin, del modo que yo agora os vengo à ver à vuestro Conuento, con amores recibia, voluntades, mostraua, favores o hazia; pues vos agora, si auéis de corresponder cortès, y si os auéis de mostrar agradecida, por que no direis, que me amais? por que no direis, que soy vuestro? y por que no premiareis estos, afectos, con algunos favores?

A palabras tiernas, dichas de fujeto que merece estimacion, por constante que sea vna muger, se rinde; por respetos que se le pongan delante, se aficiona; por peligros que se ofrezcan, se avallça. Correspondia Lucinda por el mismo estylo, dando muestras de amores de juego, y haziendo q̄ los requiebros pareciesen fingidos, aunque ya el coraçon los pronunciaua verdaderos. Propio de mugeres, que imaginan en el melindre del labio, desluzir el sentimiento de las palabras. No quiero detenerme mas en esto, sino epilogar con el fin todos los entretencimientos que passaron, q̄ fueron muchos, y el Lector discreto los puede colegir, sabiendo las circunstancias del principio, y viendo la resolucion de los fines. Vinieronse à enamorar tanto de lo que juzgaron juego, que

olvidados de si mismos (qualquier amor desenfrenado causa estos efectos) se resolvieron en romper las leyes de la modestia, y atropellar con los discursos de la razon. Camilo se olvidò de su antigua continencia, despertò al apetito, fujetòse à el, y entre muertos deseos se leuantò vna llama de pentamientos lascivos. Lucinda no se acordò ya de su amado Carlos, mas poco es esto, quando bolviò las espaldas à Dios. Era Esposa de Christo, y olvidada de obligaciones tales, cõ palabras amorosas (bien puede ella dezir, que fue por burla) le dixo à Camilo, que supuestamente que estaua tan enamorado, si seria hombre para entrar, sin sentimiento, al retrete de su celda. Miren que embite, à quien en juego amoroso estaua picado por los ratos de dilacion que perdia?

Determinaronse los dos, señalaron noche, y llenos de alborozco, dexaron por entonces la visita: cumpliòse el plazo, que no seria muy largo, aunque su amor lo juzgava por tal, porque como no auia mas comodidad, vna noche que otra, logros de la mas cercana antepondrian à las dilaciones de la mas remota. Llegada, pues, la noche, dedicada de los dos al apetito de sus gustos, quando no ay mortal, por despierto que este, que dexa de pagar en cierto modo gajes al sueño,

ño, quando están iguales las balanças de las horas, sin que pese mas lo que dexa del dia antecedente que lo que resta de la noche, hasta la luz venidera; quando finalmente es todo silencio, y aun hasta las aues nocturnas, dexando los graznidos, se retiran al descanso: Lucinda determinada, y resuelta, como muger, y sin temor, como amante, está aguardando por puntos que llegue Camilo. Contaua las horas, juzgaua las años, y la tardanza dellas la desesperaua, inquieta aplicaua el oido à la puerta, confusa atendia si estaua despierta alguna de la casa, y yà casi arrepentida queria acollarse, y dexar esperas. Tomò primero vna luz, y sepultandola en el Occidente de vna linterna, discurrió por toda la casa con secretos passos, por mirar si Camilo estaua dentro, ò si tenia oportunidad de cõ las llauès falsas, que le era forzoso llevar, romper las guardas fieles de alguna cerradura. Despues de auer visto que todo era quietud; y que no faltauan puertas para con falsedad romper la clausura, algo melancolica se fue al Coro. Cobrò temores, viendo q̃ no auia luz, porque la lampara estaua muerta, y con piadosos afectos, facendo de la linterna vna candelilla, llegó à encenderla. Apenas, pues, la dexò brillante, quando en la puerta de la Iglesia sintió gente. Escuchò vn po-

co, y oyò como començauan à abrirla. Cubierta de vn sudor frio, dixo: *Valgame Jesus*, y al eco dulce de tan tiernas palabras despertò la razòn que la tenia dormida en los braços del agerito. Quisiera dar voces, y dezir: Ladrones ay, ladrones me falsea, ladrones quieren tobar mi honor. Mas considerando su culpa (es gran cosa la discrecion en todos lances) no quiso con alborotos remediar daños nacidos de sus malos pensamientos; antes armandose muchas vezes de la frente al pecho con la señal de la Cruz, y en ella crucificando sus culpas, se retirò à su celda à esperar la batalla mas peligrosa, que vn pecho femeníl puede temer: yà el alma iba arrepentida, el coraçon rasgado, muertos los deseos, y viuas las esperanças de salir con la victoria. Entrò en su celda, enjugò las lagrimas, ocultò la tristeza, y con dissimulados placeres recostada sobre el lecho, se puso à esperar el assalto de Camilo.

Llegò à la hora que he dicho el Cauallero à vn pequeño postigo, que àzia vn lado de la Iglesia, por auer ya escudriñado la entrada mas secreta, y no siendo-le difícil abrirle, por la preuencion de llauès buscadas para el caso; entrò dentro, y justando la puerta, passò à otra que tenia la Sacristia, abriòla tambien, y asimismo otra pequeña corresponden-

diente al claustro del Monasterio, y en estando aquí, có las señas q̄ Lucinda le auia dado, dexando por vn resquicio que se manifestasse el rayo de vna pequeña luz, que iba emboçada en vna linterna, llegó con passos lentos à la puerta de la celda, entrò dentro, y bolviendo à cerrar, mirò à todas partes, y viò à Lucinda, que sin sobresaltos ningunos, sentada sobre el lecho, le dixo: Seais señor bien venido. Respondió Camilo cortès, y confuso, comenzó à marauillarse de ver tanta tibieza, quando pensaua hallar desembueltos abraços. Sentòse en vna silla, dissimulò la pena, y encarcelò el agravio, suspiraua Lucinda, y có melindres tã propios como si fuera hermano, ò padre el q̄ renia delante, comenzó à significarle mil defabrimientos, con tanta sal de discreciõ para su intento, y afeytados con tanta honestidad en el modo de decirlos, que yà Camilo juzgava que estaua soñando, ò creia que era burla, que Lucinda le auia hecho. Iya à tomarla las manos, y ella las retirò vergonçosa, cuya accion fue causa de que Camilo con algunas señas de defabrimiento, y de enojo le dixera que se acostassen, supuesto que para aquel intento auia venido. Desnudaos, dixo Lucinda, revestida de varoniles impulsos, y alumbrada de los esplendores de la gracia. Desnudaos le dize, y pues

siendo como erais tan recogido, tan honesto, tan casto, y tan lleno de virtudes, quereis à la vista de peligrosos atreuimientos dar muestras de castas valentias, esto es mi lecho, dormid en èl, que yo os prometo de guardaros el sueño sin temor del peligro en que me poneis. Confuso estaua Camilo oyèdo estas razones, y aunque ya en ellas consideraua su desengaño, quiso por entero salir libre de imaginaciones, confirmando del todo las sospechas que tenia, y así le dixo à Lucinda, que se desnudasse ella tambien si queria darle el gusto q̄ le auia prometido. Quisiera saber pintar el ademan valiente, la accion heroyca, la singular discrecion, con que la discreta Lucinda dissuadiò à Camilo de su intento, y dando muestra de su honestidad antigua, le hizo creer como iba engañado. Púsose la hermosa Dama con la faz serena, talpicò con clauelas los jazmines de su cara, y diò muestras en los ojos del agravio q̄ sentia, diciendo: Camilo, discreto sois, con vuestra discrecion auéis de encubrir los rasgos de mi ignorancia; ya he visto mi necedad en aueros hecho venir, y ya vereis en mi alma las muestras de arrepentimiento. Yo soy Religiosa, y ya q̄ atropellado quise en divertidos juegos obligaros, que entrarais en mi celda, no he de permitir despojarme de esta tuni-

ta; qué mis humildes carnes  
 ciñe. El habito, y los demás ves-  
 tidos bien podeis verlos quita-  
 dos, mas esta tunica no puedo  
 quitarme, porque de noche, y de  
 dia mientras professaremos esta  
 vida, ha de ser nuestra custodia.  
 Sabed que significa la palabra de  
 castidad que di à mi Esposo Ie-  
 sus, quando le ofreci mi alma:  
 Pues mirad si serà justo quebrar  
 esta palabra, por daros gusto en  
 la q̄ me pedis. Considerad si ha-  
 rè bien en desnudarme vna ves-  
 tidura de Dios, por quedar en  
 carnes à la vista de vn hombre.  
 Advertid si acertarè en atrope-  
 llar divinos estatutos, por agra-  
 dar à gustos humanos. Y dezid  
 finalmente, si os parecerè mejor  
 desembuelta, q̄ vestid de honesti-  
 dad; y yo os prometo de estar  
 obediente à vuestro parecer, si  
 sentenciaredes con razon.

Postrado Camilo ante el reco-  
 nocimiento de su culpa, le res-  
 pondió estas palabras: Lucinda,  
 no os espanteis de q̄ siendo hom-  
 bre, cayera en las redes q̄ me pa-  
 rò vuestra hermosura; en ella en-  
 laçado, me olvidè de mis princi-  
 pios; puesta en vos la vista, cegò  
 mi razon, viendo lògros del de-  
 seo rompi los peligros, y sin te-  
 mor de penas, me engolfè en vn  
 imposible. Pero no me culpeis,  
 quãdo me disteis la causa, no me  
 mireis graue, quando os cono-  
 ceis culpada, ni me habléis tan  
 vergonçosa, quando sabeis que

me calçò espuelas vuestra mu-  
 cha desverguença. Mil laure-  
 les mereceis por estar arrepen-  
 da, coronas os seràn estas pala-  
 bras pesadas q̄ os digo, y disminu-  
 cion tendreis de pena, sabiendo  
 que os di osadia para amagar  
 en vuestro pecho atreuimientos  
 semejantes. Religiosa sois Lucin-  
 da, mas si à los picantes de mi  
 conversacion respòdierais saine-  
 tes Religiosos, y à lo colorado de  
 mis palabras dixerais sin rebo-  
 ços respuestas honestas, ni des-  
 pertara el apetito de entre las sa-  
 banas de mi olvido, ni se durmie-  
 ra la razõ à la sombra de mi me-  
 moria. Y à pequè, mi culpa llo-  
 ro, castigos prevengo, y à la en-  
 mienda me apresto. Si estais ino-  
 cente, no lo sè, Dios es testigo de  
 nuestras conciencias, à el au-  
 mos de dar la cuenta de nuestras  
 sinrazones. Quedaos en paz; que  
 aunq̄ como moço pudiera, vien-  
 do en mi mano la ocasion, ser  
 atrevido, y aunque como aman-  
 te, viendoos hermosa pudiera es-  
 tar determinado, y aunque co-  
 mo libre de peligros, pues he de-  
 xado abiertas las puertas por dõ-  
 de poder huir, pudiera quedar re-  
 suelto, quiero mortificarme en  
 los umbrales de la ocasion, y gus-  
 to de huirme à vista de la vito-  
 ria. Y si vos solamente esculais el  
 quitaros la tunica blanca, por la  
 palabra q̄ disteis à vuestro que-  
 rido Esposo Iesu Christo, yo lle-  
 no de arrepenimientos, no  
 que-

quiero ofender à Esposo tal; y vos podeis estar cierta, que si esta consideracion huviera dado vn golpe, y llamado à la puerta de mi entendimiento, que antes me huviera quitado la vida, que huviera entrado à ofenderle.

Dixo Camilo, y sin aguardar respuesta de Lucinda, se salió de la celda muy presuroso, siguiendo las señas por donde auia entrado. Llegò à la Iglesia, dexando ya cerradas las dos puertas q̄ auia abierto, y al atrauessar de la Sacristia à la puerta primera por donde auia entrado, sucediò vn caso bien digno de que todos lo tengamos en la memoria, pues aun el dia de oy està el milagro patente: Fue deste modo.

Auia en la Capilla Mayor vna rexa de bronce, que curiosamente labrada, servia tanto de adorno, como de custodia à la Capilla. En la cornisa della auia vna devotissima Imagen de vn Crucifixo, que mirando al Cielo, parecia que estava repitiendo aquellas palabras: *Pater illis ignosce, &c.* Padre, perdonalos, que no saben lo que se hazen. Con la lampara, que en el Coro ardia, estava toda la Capilla relumbrante, y la cara del devoto Christo se miraua trasparente. Yendo, pues, Camilo à cruzar de vna parte à otra, como solia, con mas memoria de Dios q̄ quando entrò dentro, hincò la rodilla en tierra, haziendole al Christo cò

la profunda humiliacion, vna deprecacion devota, que fue dezir: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.* Dios, y Señor mio, adoleceos de mi por vuestra infinita misericordia. No dixo mas, porque esto basta, quando se dize con el coraçon, y mirado al Christo, viò que inclinò la cabeça hasta el pecho, como otorgandole la peticion, y agradeciendole el buen termino que cò su Esposa auia usado: Que estima Dios en tanto la buena consideracion de vna alma arrepenida, que en vez de castigar el deseo consentido, premia con tales favores el huir su execuciò. Consideren los que entienden como podia quedar el arrepentido Cauallero, no menos que à vista de Dios, que le estava premiando. Bolviò à hincarse de rodillas, y hechos sus ojos dos fuentes, començò con lagrimas copiosas à regar las lèssas frias. Hizo muchos actos de contricion, prometìò nueua vida, y con la palabra que llevaua de su perdòn saliò de la Iglesia muy consolado.

Sin dexar que amaneciesse el dia, se fue à su posada, y despertando dos criados, subìo en su cauallo, y se despidiò para siempre de Puzol, sin que le hiziera objeciones el amor de la hermana. Llegò à vn Lugar retirado del comercio, donde entre copados pinos, y funestos cipreses

estava vn Monasterio de santos Religiosos; llamó à la puerta, y entrando dentro, preguntò por el Prelado, saludòle, y diziendole que tenia que hablar con él en secreto, se retiraron los dos à vn apartado, donde en confesion le contó lo q̄ le auia sucedido. Dixo quien era, y pidiòle baxo el mismo secreto, que no descubriera el milagro, hasta q̄ tuviera nueva de su muerte. Comunicò con él, hasta que en el Oriente brillauan ya los esplendores del Alva, y dexandole muchas cosas advertidas, se partiò à la Quinta. El santo Monje admirado del suceso, y casi incredulo del milagro, quiso ir al punto à satisfacerse de la verdad, y à vista de ella cumplir con mayores afectos los que auia prometido à Camilo. Fue en compañía de otro santo viejo, y llegando al Monasterio, hallaron ya aclamaciones del milagro, por ser grande el concurso de la gente que acudía. Querer dezir los pareceres q̄ dauan, importa poco, quando sabemos la verdad, y no ay que espantarnos de los diversos juizios, quando està rebozada la certeza de vn suceso. El Religioso como sabidor del caso, viendo el milagro patente, y las señas q̄ Camilo le auia dado tan conformes, se fue al Obispo, y le hizo relacion verdadera del suceso, sin descubrir la persona. Con muy solemne processió, con fies-

tas innumerables, con aclamacion comun se reservò el Crucifixo en vn lugar secreto, donde se manifiesta hasta el dia de oy en algunas festiuidades. Pareceres ay diversos del lugar adonde estè, lo mas comun es q̄ està en vna Iglesia de Napoles, sino es yà que la embidia de tal Reliquia aya sido causa de trasladarle à otra parte.

Algunas bislumbres tuvo Lucinda del milagro, ningunas Iulia, como ignorante del suceso, y las dos juntamente, despues de las lagrimas piadosas de auer visto en su Casa tã grande Reliquia, començaron à derramar otras de mucho sentimiento, sabiendo la ausencia de Camilo, Iulia lloraua por no saber la causa, y Lucinda, como sabidora della, derramaua copiosísimas lagrimas de tristeza. Esto tiene el mundo, q̄ vnos lloran por saber, y otros se lamentan de ver q̄ no saben: valle es de lagrimas, no ay que espantarnos, porque raro serà el placer que no venga à deshazerse en ellas. Dexemoslas aqui entre sus lloros, y vamos à ver la disposicion que haze Camilo de su vida. Apenas llegó à su casa, quando començò à despedir los Pages, y criados que tenia, dándoles à cada vno el premio, segun los servicios que le auian hecho. Solas dos personas de quien tenia larga satisfacion dexò por guarda en la Quinta, y

como depositarios de la riqueza que dexaua; señaloles salario, y con mucha madurez ordenò su testamento, en esta forma: Que à su hermana se le acudiesse cada vn año con tantos escudos, para el regalo de su persona; y à Lucinda con otros tantos, mientras perseuerasse en el estado Religioso, porque ya dixè al principio que no professauan solemnemente, y assi estauan expuestas à salirse quando era su voluntad. Todas las demás rentas, y posesiones las dexò à Carlos, si boluiesse de la guerra; y no bolviendo, que las destribuyesse su hermana en reparos, y prouechos del Conuento. Dexando, pues, bien autenticada esta disposicion, lleuando consigo lo que le pareciò bastante para passar pobremente lo restante de su vida, se retirò muchas millas de su Quinta, entre los mas escabrosos valles de vn solitario yermo. Penetrò sus espesuras, escudriñò sus quiebras, y anduvo todos sus sitios, buscando oportunidad para poder habitarle. Su intento era, estar solo, pero no quería perder la asistencia à los Santos Sacrificios de la Miffa, por lo menos los dias que la Iglesia lo mandaua; devoto era de oir Miffa, respetaua en sumo grado los Sacerdotes. Destas dos excelencias veremos despues sus saludables consejos.

Melancolico andaua Camilo

de vn monte en otro, buscando la quietud de su alma, quando encontrandose con vn pastor, que tambièn descaminado iba buscando vn novillo, que zeloso se iba apartando de la brutal manada, le saludò alegre, y le preguntò quando apartado estaua de la poblacion mas cercana. El pastor le dixò, como en mas de doze millas en contorno no auia poblacion alguna, salvo vn Monasterio de Monjes Benitos, que estaria de alli à dos leguas. Consolado quedò Camilo con este informe, y dandole vna pequeña joya, le dixò le enseñasse el Conuento. El pastor viendose obligado (mucho anima el premio en qualquier empreffa) le fue con mucho gusto sirviendo de guia, hasta que le dexò à vista de las Religiosas paredes. Despedido del pastor, entrò en el Monasterio, comunicò su intento con el Abad, el qual se le ofreciò hazer quanto le mandasse. Agradecido Camilo, dexò muchas joyas al Conuento de mucho valor, y con la ayuda que le dieron de maestros, y materiales, labrò vna Ermita tres leguas del Monasterio, donde colocò vna devota Imagen q̄ le diò el Abad. Al lado de la Ermita hizo vna celda en que recogerse. Y esto acabado, se despidiò de todos los Monjes con muchas lagrimas. Quedò tratado, que todos los Domingos, y Fiestas de precepto auia de ir yn Mō-

se à dezirle Missa, y aunque huvo votos de la Comunidad en que era pensión, la mayor parte consintió en ello, llevados de la acción heroyca de vn Cauallero tan principal, que pudiendo pasar la vida con regalos, queria consumirla entre mortificaciones, y silicios. Hecho Ermitaño, quedò Camilo con firme proposito de acabar entre el sayal lo restante de su vida: assi quiso castigar solo vn pensamiento consentido, deste modo procurò agradecer à Dios las mercedes que le hizo en no dexarfele executar, desta suerte quiso darnos exemplo: dexemosle en su retiro, hasta que se llegue el tiempo de sus heroycos fines.

Bolviendo, pues, à Euginda, y Iulia, que lastimadas las dexamos en el retrete de sus celdas; es de saber, que considerando, por los grandes indicios que se auian entrado en Religion, començaron las dos à consolarse, aunque dolóridas de verse solas. Lucinda afligida, repassaua algunas vezes su culpa, daua lugar à muchas imaginaciones, viendole causa de aquellos ocultos efectos. Perseguióla de tal modo esta melancolia, q̄ ya todas las de la casa la juzgaron mortal. Hizieron por ella muchas rogatiuas, derramaron muchas lagrimas, siruiendo todo esto, en quáto à lo exterior, de aumentarle el sentimiento, y a que en quanto à la voluntad con

que se ofrecia, sintió muchas mejoras en su coraçon, que como es Dios tan piadoso, se adoleció de sus lloros, y le bolvió à dar cumplidos contentos. Dexòla consolada, cobró su entera salud, y en compañía de Iulia prosiguió su estado Religioso.

De todo este discurso solo quiero que saque el Lector vna consideracion, pues claramente se conoce el resquicio por donde entrò el peligro. Si persiguió, ò por mejor dezir, solicitò à Lucinda, no se puede dudar, puesto que la naturaleza lo dicta, quando no lo huvieramos referido de este modo. No ay muger, y mas quando tiene partes para ser querida, y que por resuelta que este en hazer su voluntad, por ciega que se considere de los sobornos del gusto; y por agena que se mire de la razon, que no quiera que la soliciten, que la galanteen, que la festejen, y la situan para auer de declararse.

Lucinda dió principio à la culpa, en dar lugar à los festejos, y conversaciones poco honestas, pero sin duda fue Camilo quien con razones amorosas despertò las llamas de su apetito. No ay que detenernos en contar lo que ya està referido, sino advertir el peligro que tienen las visitas de doncellas, y los males q̄ acarrean algunas deuociones Religiosas. Los Sagrados Canones aconsejan, y aun mandan que se

quiten estas, y los mas doctos de la Iglesia abominan de aquellas. Hombre solo con muger sola, por continentes que esten, si se estan mucho en la platica, han de mancillar las conciencias, y por seguros que entren, han de salir rodeados de peligros. Frequentaciones de Monasterios de Religiosas, particularmente de personas Seglares, son dañosissimas, no porque ellas en si sean malas, sino por el peligro que tienen de serlo. Muchas ay buenas, pero aun estas se han de huir, quando ay temores de que puede auer vna mala: fuera, que de semejantes visitas se originan por lo menos mil murmuraciones, y con vozerias de escandalo, desluccen la correspondencia mas honesta. Buen testigo es desta materia aquel exemplo de santidad, y sabiduria el Maximo de los Doctores San Geronimo, pues quando ya los ojos castos se dauan por contentos de las visitas que hazia à aquellas Santas Matronas, Paula, y Eustoquio, los ojos de la envidia començaron cõ motines escandalosos à mancillar lo candido de sus virtudes;

pues quando tales Santos, y tales sujetos son murmurados, que será de quien carezca destas calidades? y pues en nuestra historia hemos visto el daño que entrò por las visitas secretas de Camilo, y Lucinda, siendo personas las dos, en quienes no se atreuiò la murmuracion à hazer su tiro, gran rigor se auia de tener en impedir, en particular à personas Seglares, las frequentaciones de Religiosas: vn Seglar, si està dotado de ciencia, ò es discreto, bien creo yo, que mirando la calidad de los sujetos con quien conversa, sabrà aun en platicas jocosas no romper los limites de la modestia, y entre conversaciones picantes no consentir los deseos; pero como no todos son sabios, ni todos discretos, antes vemos que algunos de palabras que oyen de passatiempo, se escandalizan, y juzgan por liuianidad lo que solo es sencillez (que esto es el escandalo) lo mas acertado es euitar semejantes correspondencias, y huir estas ocasiones.



## PERSECVCIÓN IV.

*Carlos viene triunfante de la guerra, visita à Lucinda; y aficionandose de nuevo, trata de casarse.*

**Q**Vando en el mayor retiro de virtudes passaua Lucinda vida agena de cuidados del siglo, quando ya començaua entre todas à campear su Religion, quando ya daua embidias de su mucha santidad, llegó al Conuento la nueua de como Carlos estaua en Napoles victorioso, prospero, y triunfante, gozando del Rey priuilegios, y mercedes, y de toda aquella Nobleza parabienes, y alabanças. Suspendióse Lucinda, y en esta suspension se diuertió el alma, y en este diuertimiento recordó el apetito; y este despierto, resucitaron las muertas memorias, y murieron las viuas esperanças. Tarde olvida quien bien ama, dize vn comun prouerbio, con lo qual es muy difícil, que quien tiene amor calle su pena, disimule su pasión, y encubra sus deseos. En su inquietud conocieron las demás Religiosas su mudança, y en su alegría echaron de ver su distraimiento. Mucho se holgó Iulia con las nueuas, pe-

ro no tanto que la diuertiesen de sus propositos, ya estaua professada para con Dios, amò la Religion de veras, era, en fin, hermana de tal hermano. Exemplo fue de virtud, fue muchos años Prelada; y exerció tambien su officio, que despues de los fines de vna santa vida, consiguió principios de gloria con vna santa muerte. Esto he dicho, porque si engolfandome despues en los peregrinos sucessos que tengo que contar, y en los fracasos lamentables que tengo que dezir, no me acordare de Iulia, sepa ya el Lector aqui el fin glorioso que tuvo. Aora passemos à nuestro intento. Lucinda desde los vmbrales de sus años verdes, quiso florecer con los amores de su muy amado Carlos; entregòle la alma, la palabra que le diò de esposa es testigo, porque dar palabra de esposa vna muger, es lo mismo que poner sus potencias en seruidumbre; y como antes de llegar à la quietud, y delicias deste estado, se entrò por vn

vn resquicio la primera vez que se viò Religiosa, aquella consideracion deuota de ver que salia de vn estado tan santo como el virginal que professaua aquella Religion, al del matrimonio dudoso que esperaua consumar con Carlos; y he dicho dudoso, por quanto iba expuesta à quedar sin honor, y aborrecida de quien se miraua tan amada. Digo, pues, que como antes de verse con Carlos, hiziesse aquella consideracion, como doncella afligida, como muger desamparada, arrinconando el amor (que este modo de hablar viene medido, supuesto que nunca le echò de si) prometió castidad. Quando se viò en la tormenta retirò la promessa, y Carlos por complacerla, rompiò de su pecho la obligacion que con ella tenia. Estuvo el tiempo que hemos visto en la Quinta, venciendo titilaciones del amor, y reboçando (digamoslo assi) las passiones amorosas. Viendo à Carlos ausente, y presente à Camilo, mas de lo que pide la lisura, se deslizó la voluntad à vn pecado del desseo. Resistió la execucion, y con lagrimas borrò los rasgos de la culpa. Este ha sido vn compendio de todas las persecuciones del amor contra Lucinda, hasta el punto en que vamos, y lo he referido para que se vea la impressiõ, y caractères que dexa la voluntad en vn alma de aquello que pri-

mero apetece, y ama. Quiso Lucinda casarse, amò el nudo conyugal del matrimonio; y assi, aunque se atraueffaron impossibles, y aunque la impossibilitaron las promessas, aunque el voto virginal la detenia; y aunque la verguença del salirse la obligaua à callar, no fue todo bastante para poder disimular su amorosa passion. Por lo qual, en viendo que Carlos es viuõ, que triunfa victorioso, que viene à verla, rompiendo por los respetos de apasionada al amor, muestrese regocijada, ostentase hermosa, y aguarda la visita. Iuizios son de Dios, no ay que espantarnos, porque lleuan mucho fondo estos sucesos.

Despidióse Carlos del Rey, mostrandosele muy agradecido à los beneficios que le auia hecho, que lo menos fue hazerle Conde de Velflor. Cargado de riquezas, y rico de titulos honorosos, entrò en Puzol tan triunfante, que fue de todos recibido, con los mayores aplausos que pudo prevenir la ostentacion. Feneciò el triunfo, y desembaraçado de parabienes, y visitas, visitò à Lucinda, que por instantes lo deseaua, y consolò à Iulia, dandole el pesame de la ausencia de su hermano, causa que sintió como propia. Detuvo se alli dos dias, y luego se fue à ver la disposiciõ de la Quinta, habló à los Mayordomos, enseñaronle

le el testamento, y hallandose heredero, comenzó à ir disponiendo todas las cosas. Cumplió las mandaspías, hizo dezir muchas Missas, y en funerales, exequias erigió tumulo al que muerto para el Mundo vivia en gracia de Dios. Esto acabado, determinò vivir en la Quinta, ya fuesse por lo apacible, y deseytofo del sitio, ya por la vezindad de la casa de Lucinda, que aunque aparrada, juzgava por rebozo de la verdad aquella distancia. Despidiòse, pues, de ir à Velflor, considerando que allà solo auia de gozar del Condado; y alli gozando su renta, gozava de la ocasion que tanto pretendia. Es caso muy de notar, que jamás Carlos perdiò las esperanças de lo que vino à conseguir. Abreuiemos en dezirlo, supuesto que ya ello se està pregonando. A pocas visitas que tuvo con Lucinda, declararon voluntades, refirieron las antiguas finezas, tornaron à la memoria amores passados; y para lograrlos como ya presentes, comiençan à buscar medios. Despacha Carlos à Roma, haze relacion de la promessa, propone causas, alega su sangre derramada en defensa de la Santa Fè, y en breues dias tiene Letras Apostolicas, que dispensan con èl, y con Lucinda. Hazelas notorias, y saca à Lucinda del Monasterio. No referirè las lamentables lagrimas de Iulja, ni los llantos

de las Religiosas, porque no aya tristezas en visperas de bodas, ni se publiquen lloros en tiempo de regocijos. Lucinda sale gustosa, Carlos la recibe alegre, los dos parten contentos; y assi, no serà justo, quando ay alegria de ambas partes, perturbarla con referir lamentos.

Veinte y dos Primaveraes auia visto Lucinda, y Carlos treinta Mayos floridos, quando se vnieron al yugo de el matrimonio; buena edad para casados, y buena disposicion en la mayoria; pero pues hasta aqui parece que solamente hemos referido naufragios del amor, inquietudes de la dicha, y tropiezos de la fortuna, serà ya justo, pues hemos llegado à ver logradas esperanças, que refiramos, aunque sea en borron, algunas fiestas de las muchas que se hizieron. Caso terriblees satisfacer à los gustos de todos, porque à vnos miro deseos de llegar al fin destes prodigios, y à otros considero cansados de escuchar tantas dilaciones de dos que se querian bien; y assi, estos ya querràn diuertir la pena que han traído, con escuchar las fiestas que se hizieron, y aquellos me espolearàn para que les cuente en lo que pararon. Por no dexar à ninguno quexoso, epilogarè en breues palabras los dilatadissimos festejos; y assi, los que fueren desta opinion, no tendràn queixa; y los que siguieren la contra-

ria, podrán no darse por ofendidos, passandolos entre hojas, como entre renglones.

Dexando Carlos la grandeza que el Rey le ofrecia para celebrar sus bodas en Napoles, quiso celebrarlas en la Quinta, la qual se viò tan poblada, que en la grandeza, y aparato quedò hecha vna Corte. Acudieron muchos Grâdes, y Caualleros, sabiendo las prevenciones de fortija, y torneo que se auian publicado. Visitòse de Damas la Floresta, que vinieron nacidas, por salir al tiempo que estaua Abril vestido de tanta esmeralda, que siruieron de guarnicion florida en su librea. Tres dias antes de los desposorios se jugò fortija, tornearon muchos Caualleros, hubo pruebas de fuerças, con otros juegos diuersos. Llegado el quarto dia, despues que despedido de los rayos del Sol, quedò rozagante cõ el estrellado manto de la noche, se recogieron todos los Caualleros à vn salon muy espacioso, que perfumado de aromaticos olores, y hecho vn dia cõ las lamparas que le alumbrauan, parecia vn rasguño del terren al Parayso. A vn lado desta pieza auia vn apartado, donde estauan todas las Damas muy ricamente aderezadas, y cõpuestas. A otro lado auia puestas vnâs celosias para todo el comun de la gente. Y quando todos suspensos estauan aguardâdo à ver los desposados, al son de

muchas chirimias, y instrumentos diuersos se desgajò vna artificiosa nube, y della salieron Carlos, y Lucinda, vestidos los dos de tela de plata, cuya guarniciõ era de trenças de oro, tan sembradas de diamantes, que ya su luz impedía los reflexos al oro, y los esplendores à la plata. Apenas quedaron puestos de pies sobre vnos coxines, que para el caso estauan puestos, quando bolviendose à cerrar la nube, se oyeron vnos rruenos de artificio, acõpañados de vnâs luzes boladoras, sustitutas de los relampagos, y luego al punto començò à llouer diuersidad de flõres, de modo que quedò la sala tan florida, y cõpuesta, como si à mano la luvieran aderezado. Cessò la florida pluvia, quando desquadrnándose vn pedaço de la fortija, se viò por el resquicio tanta inmensidad de luzes, que lo que era para luz, quedaua ya con sospechas de tinieblas: luego por la artificiosa puerta fueron entrando doze pãges vestidos todos de blanco, y vn blandon de candida cera cada vno en las manos. En pos de ellos entrò el Obispo revestido, sentado en vna silla de marfil, que sin verse quien movia las ruedas, q̄ era de plata, fue llegando poco à poco adõde los desposados aguardauan. Bolviòse à cerrar la puerta, sin que nadie viesse los artes con que se mouia. Y mientras se celebran estos despo-

foridos, y el Obispo los bendice, vamos à ver la contienda que tienen dos Porteros con vn Ermitaño, que està pidiendole dexen entrar.

No se escondiò al Santo Ermitaño Camilo, aunque en desierto tan solo, saber como Carlos se casaua. Informòse de los Monges, y como averiguasse la verdad del todo, oyendo que era del Conuento de Puzol la Dama con quien se casaua, començò à rebolver mil imaginaciones en su pecho, desconfiando vnas vezes de la entereza de su hermana Iulia, y sospechando otras de la fragilidad de Lucinda. Como estaua recatado, no se queria descubrir à los Monges; y así, quiso en persona averiguar la verdad, y no tener guerra cõ las sospechas de malicia. Sin dar cuenta à nadie, se partiò à su Quinta, à la qual llegó la misma noche que estamos refiriendo. Como viò tanto aparato, y multitud de gente, cõfirmò ser la boca verdadera, y por saber el nõbre de la desposada, informòse de vn Portero. Quedòse admirado quando supò ser Lucinda, y despertando en la memoria su antigua culpa, començò à derramar vn mar de lagrimas, dissimulò quanto pudo, y antes de bolverse, quiso hallarse presente à los desposorios.

Como estaua tan desfemejado con las mortificaciones, tan tro-

cado con los ayunos, y tan otro con las penitencias, seguramente preguntaua à vnos, y à otros lo que queria. Llegò à los que tuvo por Palacios suyos, donde en fiestas semejantes son las puertas el interès de los Porteros; y à los que fueron sus mas infimos criados, les pide con humildad, y ruega con cortesia le den licencia para ver lo que tantos deseauan; como iva tan sin padrinos, nieganle la entrada; porfia con todo, pidenle el interès, muestra su pobreza, respondenle oprobios, y el Santo Cauallero sugeta, y doma irritaciones con paciencia. Al eco de las porfias acudiò vn Cauallero, y vista la causa, y conocido el poco respeto, riñoles à las guardas asperamente, y tomando por la mano al Ermitaño, le lleuò donde estaua vna celosia, para que alli estoviesse, sin ser notado, y lograsse su vista la ocasion de la venida. Tratò con el muchas cosas, aunque viendole tan triste, y lloroso, ahorrò de preguntas, por no darle mas pesar, que no es poca discrecion no repetir razones, y repreguntas, quando tiene el que ha de responder otros sentimientos, y el que le pregunta lo ignora.

Hizieronse los desposorios con las ceremonias que la Iglesia manda; y quedandose Carlos, y Lucinda de las manos, leg dieron asiento en vn estrado ri-

co, que estava prevenido. Luego el Obispo, acompañado como entrò, salió por la misma puerta, y de allí se fue al lugar que estava ya dedicado para que viese el farao. Contentos miraban todos la curiosidad de las preuenciones, y el adorno de las tramoyas, solo Càmilo celebraba con sollozos, y suspiros tantas alegrías. Començò de la gente à diuertir en contar la magestad, y grandeza, y puso silencio la dulce armonia de vnas templadas cuerdas de vna harpa. Acomodaron todos el oido, imaginando que querian cantar, pero al canto del sonoro instrumento salió vn galán mancebo, tan bien aderezado, y compuesto, que se lleuò los ojos de todos. Dançò con mucho donayre, y al dar las vltimas bueltas, saltò à hazerle compañía vna doncella gallardo, que con cada meneo flechaua vn corazón, y con cada donayre mancillaua vn alma. Siguiendo sus pisadas salieron otros tres galanes, que razonando con las acciones, dauan muestras de pretenderla. Quiso el galán, que salió primero, entrar en la competencia, y detuvieronle el passo atrás tres Ninfas, que prendadas de su gentileza, le pretendian amorosas. El galán daua muestras de retirarse, y las competidoras le cercauan; él pedía fauor à los otros pretendientes, y ellas,

siruiendo las castañetas de lenguas, dauan voces para que ninguno le oyesse. Al mismo tenor la Dama primera, viendose combatida de los tres, queria huir, y no la dauan lugar; rogaua encarecidamente que la dexassen, y no la querian entender. Sin faltar en vn punto à la traça del farao, vinieron como acaso à juntarse el galán, y la Dama combatidos; y auandose los dos, començaron à tornear con los seis. En el torneo que iban haziendo se fueron enamorando cada galán de su Dama; y concertandose pazes, y acabado el compás de las mudanças, rompiendo el silencio con las castañetas, celebraron juntos las bodas, con vn bayle no de menos cuenta que la dança, dexando à rodò el auditorio muy contento con tales mudanças. Començaron à loar al Autor los de veras agradados, porque huvo algunos que se dauan por contentos, solo por confirmar lo que los otros dezian, que esto tienen: qualéquiera obras que se facan à la plaça, donde son tan diferentes, y tan diuersos los gustos, que aunque la obra sea buena, siempre la han de poner faltas, y aunque en esta no ha de auer quien las disimulé, ni diga contra ellas: no ay mayor desdicha que eseruir en estos tiempos; diga cada vno lo que quisiere, que yo he tenido

libros muy curiosos en las manos, y estando loando algunos picantes, me ha sucedido oír ponerles muchos defectos, y esto no mas de porque no se puede enquadernar el pensamiento al gusto, y paladar de todos.

Apenas se acabò el sarao, y se diò fin à los regocijos, quando despidiéndose los huéspedes, Carlos, y Lucinda se retiraron à gozar el suave, y dulce fruto de sus amores. Quien tal pensará, quando oyò las promessas? Quien tal oyera, quando la viò Religiosa? Tenia amor, y estava todavia casi à la puerta de la libertad, y en esto se conocerà la solucion à las dudas.

Lloroso Camilo se bolviò à su soledad. Dexemosle en ella hasta que le aya nos menester, que entonces le visitaremos, aunque en esto sigamos al vfo que tiene oy el Mundo, que nadie se acuerda de nadie, siffo es quando necessita de sus menesteres. Passion debe de ser antigua, aunque los modernos la juzgan nueva. Quiero cerrar este discurso, porque pasemos al quinto, donde suelen pintar las desdichas del tiempo, y las desgracias de la enfermedad. Aunque primero quiero satisfacer à muchos que callando me estàn haziendo objeciones, y preguntas, pareciendoles que voy muy descaminado en auer llamando persecuciones à esta estancia quarta, que acabo de escriuir, su-

puesto que todo ha sido gozos, todo parabienes, todo fiestas, y todo bodas, que no ay que dezir mas en materias de alegria. Digo, pues, que por los efectos se conoce las mas vezes la malicia de las causas, y à estas se suele dar el nombre de propicias, ò adversas, segun el efecto que dellas se aguarda; pues quando lleguemos à las calamidades de vn matrimonio sin fruto, de vn estado sin consuelo, hallarèmos, que la mayor persecucion que esta Dama tuvo, fue la q̄ la sacò de los retiros penitentes à los parayfos del Hymeneo. Y assi, considerará el piadoso lo mal que haze vna persona de bolver atrás en el camino de la virtud. El matrimonio bueno es, heregia será dezir lo còrrario; pero apartarse de la virginidad prometida por seguir el amoroso apetito q̄ causa el matrimonio, es vn error desembuelto, aunque reboçado con capa de buen estado; y aun esta no la tuviera à no alçar la mano el Pontifice con la dispensa. Dexar el matrimonio por seguir la Religión, tal sea mi vida como es muy bueno; pero dexar la Religión por buscar matrimonio, no es acierto; haganles exequias à los que tal buscan, llorenlos, tenganles lastima, la experiencia de todos los Pueblos podràn servir de apoyo en esta parte: y sino, ya que dexamos à Lucinda casada, à Carlos contento, à los dos gozolos

mientras embebidos en las delicias amorosas, se prometen felicidades, no les digamos nada, dexemosles, y quando ya les cansen los brazos, los osculos se enfrian,

y los requiebros enfaden, sabremos con verdad los sentimientos que escriuo, y las verdades que pondero.

## PERSECUCION V.

*Desesperado Carlos de verse sin hijos, se hurta de Lucinda, y procura remontarse. Aparecesele el demonio disfraçado, y dale un remedio para que tenga un hijo, y sucede una desdicha.*

**E**L fin que mira al matrimonio ya se sabe que es la procreacion de los hijos, y quando estos faltan, ya se puede conocer la infelicidad de los casados. Pues que los hijos sean la paz de los matrimonios, proposición es muy asentada, y sentida de quantos bien sienten; y así, ni los casados sin hijos tienen paz cumplida, ni los matrimonios sin fruto causan cumplido contento. Y así, casados Carlos y Lucinda, ya juzgaron tener debaxo los pies la rueda de la fortuna, ya entendieron que eran fenecidas las persecuciones. Pues en medio de estos juizios, y en medio de estos entenderes, nace el disgusto, y se origina la pena; crece el enfado, y el dolor se multiplica. Seis años tenía

de matrimonio, sin tener quien les aliviase el yugo con gorgoros; seis años pueden llamarse de flores, mas nunca son los años floridos, quando se niegan los frutos. La flor recrea, pero luego se marchita, y quando no ha de dar fruto, ni queda flor, ni se saca provecho. Mucho amaua Carlos à Lucinda; pero viendo seis años estériles, aunque no se apagaua la voluntad, se enfriaua el amor, dissimulaua sentimientos, y encubria ahogos. Lucinda estaua mas pesadrosa, como aquella que se conocia culpada en estos castigos. Lloraua à solas, y en publico encubria lagrimas, aunque no podia sentimientos. Repassaua todas sus tragedias, repetia en la memoria todos sus fracasos; acordauase de

todos los auisos q̄ del Cielo auia tenido; y viendo ya cosa irremediable, entre mortales suspiros daua algun vado à las penas. Conociò Carlos la mudança de contento en estos sentimientos dolorosos; y como amante verdadero, y que tanto la queria, encubriendo su pena, començò à consolarla. Por no mostrarse ingrata la afligida Dama, y por no afligir al que auia sido causa de sus pesares, començò à tomar alientos, y à descubrir alegrías. Durauã estas poco, por estar siempre en pie la causa de las tristezas; y vn dia que se viò Carlos algo pesaroso, no tanto de ver la esterilidad de su matrimonio, como de considerar los disgustos de Lucinda, estando sobremesa, hablò desta suerte:

Lucinda, mucho te he querido, ya lo sabes, y que te debo mucho, ya lo conozco; pero quando entendia despues de tantas calamidades, gozar con tu compañía todas las delicias humanas, sin q̄ se atreuiera el pesar à perturbar mis gustos, te miro tan otra, q̄ si me miras, te cuesta vn lloro; y si me hablas, pagas mil suspiros de pensión. Muchos años ha que disimulo estos agrauios, cada dia veo que los fomentas, mi alma siente tus desconuelos, mi pecho està hecho ayunque de tus golpes, y aunque quiero disimular por no darte mas pena, mas me atormento de ver que mas te maltratas. Ya conozco que es-

tos disgustos proceden de considerar que el Cielo nos castiga en no darnos frutos de bendición, causa es grande para vna pena, pero no es causa para estarte privando de la vida; y pues sè que lo sabes, porquè no consideras que la esterilidad ha sido causa en muchos casados de mayores logros? Buelve los ojos à Sara, aunque mejor te amigaràs cõ la hermosa Raquel. Mira à las dos Anas, pues alcabo de muchos años de esperas, y deseos, vna se llama madre de vn Profeta, como Isabel del Bautista, y otra merece llamarse madre de la mejor. Las mas de las que he dicho eran de mucha edad quando tuvieron partos tan dichosos; y siendo tu aora de tan poca, hazes muy mal en adelantarte à sentir. Si es castigo de Dios, justo es sentirlo; pero se ha de llevar este sentimiento con mucho gusto, mostrando agradecimientos infinitos de ver que Dios se acuerda de castigarnos. Todo lo entiendes Lucinda, y el saber tu entendimiento ha sido remora de mis labios para no auerte dicho palabra hasta aora; y si en esta ocasion rompi los candados del silencio, ha sido por darte à conocer mi determinacion, yo estoy Lucinda afligida; y viendo que para mis aflicciones yo no tengo otro remedio que mirar tu rostro, mirandole tan triste, como quedarè; viendole lloroso, què podrè sen-

sentir? Siento de vn golpe mil muertes, y por passar vna sola estoy determinado de huir de tu vista, y apartarme de mi mismo, que tanto monta quitarme de tu presencia. Morirè con esto, y no será posible que descanfes ya con la viudez entre tus vassallos, ò ya tornando à tomar el habito que renunciaste. Oy has de resolverte, ò has de dexar tantos lloros, ò me tienes de desterrar de tus luzes. Elige lo que mejor pudieres llevar para consuelo de tu pecho, y no repares en darme muerte, si con ella has de restaurar tu alegría, que mas estimarè dexarte consolada, que viuir à tu lado viendote llorosa.

Leuantòse de la silla, diziendo estas palabras, sin detenerse à esperar la respuesta, porque ya los ojos estauan humedecidos, y en visperas de llorar; y lagrimas en vn hombre, aunque por amor no son afrenta, por quien las puede ver, es bien que se encubran. Entròse en otra pieza, dexando à Lucinda baraxando las penas passadas con los desvelos presentes. Diera lugar al desmayo à mirar el peligro de su amante; que vna muger quando ama bien, aunque estè mortal, entretiene à la muerte por dar vida al objeto de su amor. Consideraua que Carlos estaua resuelto, y aunque confiada que la queria, estaua temerosa que si se desmayaua auia de huir de su presencia. Esforçòse, en fin,

como muger prudente, y sin hazer caso del melindre de Dama, viendo que auu no la queria oir, aguardò con mucho valor que Carlos estuvièsse con menos enojo. Esta es la mayor cordura que puede tener vna muger, pocas la guardan en semejantes ocasiones, y es causa de mil disgustos. Quando ya viò la discreta Dama que estaua su dulce esposo (ò digamosle marido) algo mas desapasionado, aun podrèmos dezir que con algun arrepentimiento de auer sido tan cruel con la que tanto queria; y haziendo prologo de vn suspiro, le habló desta manera:

No imaginaua yo, Carlos mio, que me dieras à sentir tantos tormentos, quando te muestras tan compasiuo de mis pesares. Pues en el metal de tus palabras hallo sonoridades diuersas; porque si sientes tanto por verme sentir, como me das por remedio mayores sentimientos, pues conoces que son tales las razones resueltas que me has dicho? No reparas en q̄ por no descubrirte mis penas, siempre en tu presencia he disimulado mis llantos? No adviertes en que por disgustarte jamás en tu presencia me ha faltado gusto? No miras que si he sentido à mis soles tengo causas bastantes? Si tu, dueño mio, dizes que es castigo del Cielo no darnos hijos, que castigo puede auer que dexè de causar-

do-

Dolor? Para que se sienta se castiga; pues si tengo sentimientos, porquè en lugar de disminuirlos con tus consuelos, me los aumentas con tus rigores? Si acaso estàs cansado de llevarme, y enfadado de sufrirme, y con estos dissimulos pretendes irte à gozar otras hermosuras que te diuertan, y otros gustos que te alegren, habla claramente, y no me culpes, pues sabes la aficion que me debes, y conoces lo que por ti he passado. Y si es verdad que te quedaràs en mis brazos, si pongo enmienda à mis lagrimas, no te ausentes, y veràs del modo que me enmiendo, no te vayas, y veràs como te obedezco, no me despidas, y veràs como te siruo.

Tapò el dolor los organos de la voz, y aunque quisiera Lucinda mostrarle mas animosa, no pudo dexar de rendirse al sentimiento. Consolòla Carlos quanto pudo, y despues de largas satisfaciones, acompañadas de lagrimas, se fueron los dos à vn jardin à diuertir lo que quedaua de la tarde. Recostòse Lucinda à la sombra de vn arrayan, y Carlos por complacerla, tomò vn instrumento, à cuyo tenor cantò desta manera.

No lloreis ojos hermosos,  
no lloreis, que os hazeis mal,  
y es lastima que dos soles  
queden rubios con llorar.

No lloreis, que me dais pena  
tanta, que puedo apostar  
que voy repassando yo  
las lagrimas que llorais.

No lloreis, que es compassion  
que las perlas que brotais  
las desperdicias de modo,  
que no se puedan lograr.

No lloreis, pues sois espejos  
donde me suelo mirar,  
y no me miràra bien  
si està enturbiado el cristal.

No lloreis, tened el llanto,  
que aunque teneis causa tal,  
passan ya de sentimientos  
los efectos que mostrais.

No lloreis, que vuestras niñas  
son estrellas, y podràn,  
viendo à los soles sin luz,  
eclipsarse de pesar.

No lloreis, que vale mucho  
lo que tan de valde dais,  
y reliquias de vna vida  
no se suelen assi dar.

No lloreis, y estad en esto,  
que primero faltará  
la voluntad para mi,  
que os pierda la voluntad.

Contenta escuchò Lucinda el Romance, habló à Carlos mas alegre, èl la recibió amoroso, los dos se consolaron, y en dulces requiebros consumieron lo que le quedaua al dia. Determinarò aplacar el rigor del Cielo, con mortificaciones, ayunos, limosnas, y disciplinas, remedios son eficaces para conseguir qualquier cosa. Dichosos seràn los q.

perseuerare sin perder la esperanza, aunque se tarde el galardón. Carlos casaua huérfanas, daua limosnas, y se exercitaua en la oracion. Lucinda hazíalo mismo, y juntamente los dos eran el remedio de muchas necesidades. Crecia la deuocion, y aumentauase el cuidado, y exercitauase la virtud. Freqüentauan los Templos entre dia, y lo mas de la noche gastauan en peticiones piadosas. Solo pedian vn hijo, juzgando con esto tener cumplidos sus gustos, y desechados sus cuidados. Aunque los oía Dios, dilatauales el consuelo, quizá para que despues redundara en mayores alegrías. Vn bien dilatado causa mas placer, como llegar à la playa despues de vn grande naufragio. Pásose mas de otro año sin auer señales del deseado fruto, y Carlos desesperado, quiso apartarse de la querida prenda. Estaua confuso por no saber lo que el Cielo le ordenaua, y queria buscar quien le aconsejasse. Perdida la confianza del Cielo, mal se puede aguardar successo feliz. Anduvo muchos dias confiriendo consigo mismo su determinacion. Miraua el amor de Lucinda que le ponía grillos à los pies; consideraua lo que auia de sentir, y no podia dar passo; pero con todos estos estoruos atropella vna desesperacion. Así hizo Carlos, aguardò ocasion, y no la dexò perder, fue esta. Di-

xeronle à Lucinda vnas amigas deuotas, que lleuara vna nouena à vna Iglesia de la gloriosa Santa Ana, que estaua poco mas de dos leguas distante de la Quinta, asegurandose dichos fines de sus deseos. Quiso Lucinda ocuparse en esta buena obra, diòle cuenta à Carlos, y el le concedió licencia; señalaron dia, y para este combidò Lucinda à muchas señoras de Puzol, que como amigas, ningunas se escusaron. La tarde antes dixo Carlos que queria ir à caça, con propósitos que fingió de ir à hazer noche à aquella Ermita. Quedòse Lucinda aguardando las Damas, y Carlos se despidió, no sin dissimulados suspiros. Saliòse en vn cauallito bien apercebido de joyas, y dineros, y acompañado solamente de vn criado. Entròse por la espesura, donde olvidando la modestia, se començò à quejar amargamente, y à dezir: Señor, ya conozco lo pecador que he sido, pues sin respetar la que ya era esposa vuestra, osè atreuido darle mano de esposo. Mas si vuestro Vicario en nõbre vuestro diò licencia, porquè, Señor, os mostrais tan riguroso, que me privais de tener hijos? Si perdonais pecados, y ofensas que os hazemos, como no dissimulais castigos con el que no fue delito, sino solamente sombra de defacato? Malo soy, Señor, pero quisiera saber porque me castigais, y si son

son castigos quisiera entender, porque los executais en esta materia de no darme sucesion. Si es el matrimonio estado santo, y vos le realçasteis hasta hazerle Sacramento, porque os enojais tanto de que lo aya conseguido: Si prometí virginidad, y la prometió Lucinda, quando en aquella borrasca nos vimos en los umbrales de la muerte, bien sabeis, Señor, pues sois la sabiduria, que alliera el temor el que prometia, porque el sentido estaua embriagado, y la razon confusa, y vos jamás quereis promessas tan forçadas, sino voluntades libres; fuera, que si quedamos ligados por seguirse despues el tacito consentimiento, ya he dicho que nos redimisteis de la obligacion, pues dispensó el que tiene el poder vuestro en esta parte acá en la Tierra. Pero si soy merecedor de lo que passó, y debo lo que pene, vuestra voluntad se cumpla; embiadme castigos, que para llevarlos con mas amor, salgo de las delicias de mi casa, abrumadme con penas, que para sentir las yo solo, me aparto de mi regalada esposa. Ya estoy en estos montes, matadme si lo merezco; despedaceme las fieras, si os tengo ofendido; dese mi cuerpo à las aués, si os tengo enojado. Solo os pido que perdoneis al alma, pues como imagen vuestra, la criasteis, y no la condeis, pues la redimisteis. Y si Lucinda ha de

passar por los martirios, à que de buena voluntad me ofrezco, Señor, Señor, oíd à quien os llama, passelos yo todos, pues he sido yo causa de que ella los merezca. Suplan sus lagrimas alguna parte, alcancen sus oraciones alguna clemencia, y los ruegos de los dos abran las puertas de vuestra misericordia.

Estas, y otras razones lastimosas iba esparciendo el affligido Cauallero, dando tantos suspiros, y derramando tantas lagrimas, que à sentir los brutos de la selva, tuvieran compasion; y à tener las piedras alma, hizieran sentimiento. Llegó el criado que lleuaua, que à la fazon se auia quedado algo atrás (cosa ordinaria en moços de mulas, ó ir vna legua delante, ó quedarse media atrassado) y sin saber de Carlos el intento le dixo, que iban descaminados, que boluiesse la rienda por vna senda que se descubria en las faldas de vnos montes. Obedeciò Carlos, sin darle à entender su pena, y cuidado, llegaron al camino, y despues de auer caminado vn rato, sintieron las pisadas de vna mulatrorona que les venia al alcance. Bolviò Carlos el rostro, y viò q venia en ella vn viejo en trage de Doctor, barba crecida, vestido de Escuela, y el aspecto graue. Y porque despues he de aclarar el nombre del personage, pintarè aqui su adorno, y compostura:

Era

Era la tez de la cara vn verdinegro capote, los ojos turbios, y tan sepultados en los cascos, que para ver lo blanco dellos era menester andar brujuleando. La frente tan pequeña (por que para lo graue le faltó la calva) que si leuantàra la visera del sobrecejo, ni sabian si las cejas seruian de mollera, ni si la mollera hazia oficio de cejas. Las narizes pequeñas, chatas, y arrugadas, las orejas tan largas, y puntiaguadas, que à ser necessario pudieran seruir de orejas, y cornequeros, la boca grande con los dientes pocos, y estos claros, y podridos, el cabello tan griso, y enroscado como si hubiera nacido en monicongo. El cuello de tortuga, pues vnas vezes se sumergia entre los ombros, y otras se desencaxaua mas de media vara de ellos, el pecho con vna giva, la espalda con vna corcoba; y finalmente, las piernas tan canillas, que las calças podian seruir de fuelles. Considere el curioso lo q̄ podria parecer vn hombre de las partes referidas puesto à cauallo en vna mula tan alta como la Torre de Babel, tan larga como desde Paris à Sansueña; y tan flaca, que parecia cauallote de texado con canales de costillas. Saludaronse los dos; y haziendo el dissimulo dixo el graduado, holgàtame saber si voy perdido, porque este camino mas me parece vereda de caçadores, que passo de cami-

nantes. Esto hizo por tratar conuersacion, que era lo que procuraua; y así, Carlos le respondió, que poco mas de dos leguas de alli estaua vn Castillo, desde el qual toman lengua los que se embarcan para España; pero que èl no iba à ningun poblado, sino antes buscando las soledades. Diò vn lamentable suspirando diciendo esto; y el nueuo compañero se puso à mirarle muy de proposito, haziendo admiraciones con el rostro, y mil ademanes con el cuerpo; y antes que Carlos le preguntasse la causa de hazer aquellos estremos, tomándole por la mano, le dixo: Por vuestra vida que me descubrais la pena que os affige, que me holgarè mucho entretenerme con vuestros sucessos ya que voy descaaminado. No la encubrais, que os certifico que soy hombre, que serà posible daros remedio, y hazer que os bolvais à vuestra casa consolado. Ya el pulso me està diciendo muchas señas del dolor que os affige; y aunque haziendo dos circulos pudiera conocer del todo vuestra enfermedad, quiero que por vuestra boca la confesseis; lo vno, porque no os espante lo mucho que alcanço; y lo otro, porque diuirramos el camino con la relacion de vuestras historias. Y porque no tengais empacho de referir sentimientos, à quié jamás auéis visto, os diré quien soy para anima-

ros. Aueis de saber que soy Nigromantico, tan aventajado en esta facultad, que soy tenido por prodigioso. He estado muchos años en París, donde en comunes aplausos bolaua mi fama à las Prouinciás mas remotas. Traxeronme vnos amigos à Napoles para darle razon al Rey de vna sospecha que tenia; y como llegasse à mis oídos la fama de vn Enrico de Salamanca allà en España, hurtandome vna noche de los discipulos que me acompañauan, sali solo, y desta suerte con disignio de embarcarme, y visitar à este Sabio, y probar con él mis fuerças. Apartème del Puerto, por escusar el ser allí impedido, y por estos rodeos vna go buscando Puerto mas secreto. Yo soy quien os he dicho, mi determinacion es esta, lo que alcanço de cosas futuras es infinito, y el remedio que os puedo dar es muy grande. Desapasionaos conmigo, que podrà ser que os holgais de auerme encontrado, y tengais à mucha dicha auerme yo perdido.

Mostròse muy agradecido Carlos à las ofertas del Nigromantico; y aunque el disgusto apenas le daua lugar de sazonar palabras, por no ser ingrato (esto es de prudentes) animò la voz, y con descuidòs del sentir (esto es interpolando suspiros) le hizo relacion de quien era, y de todo lo

que se auia passado con Lucinda, y como se iba desesperado, por verse sin hijos, y del poco fruto que auian sido los muchos remedios que auia hecho. Acabò Carlos de dezir, y al instante el oyente, sin santiguarse, aunque haziendo admiraciones, le diò las gracias de auerle manifestado su pecho, y se le ofreciò muy pùtual para socorrer su pena. Hizo que se apeàran à orilla del camino, porque queria consultar los Astros. Obedeciò Carlos à todo quanto le dixo, saltò del cauallo, y sentòse en las faldas de vnos fresnos. El Nigromantico començò à sus solas à hazer conjuros, ynas vezes haziendo círculos en el ayre, otras haziendo mil caractères en la tierra; ya hazia que el Sol no diese luz, poniendole mil nubes por delante, ya le mostraua muy resplandeciente en medio de vna serenidad notable. Carlos atendiò à todo, sin hablar palabra, aguardando el fin de las señales prodigiosas, y el criado estaua atonito mirando los conjuros, y temiendo alguna borrasca. Fue el caso, que desde que viò el personaje, le cobrà notable temor. Tuuòle por fantasma, ò por algun Satyro, ò Fauno; y para satisfacer sus sospechas, quiso ver si la mula comia: quitòle el freno, y poniendola donde paciesse, viò q̄ traspillaua los dientes, llegòle à ella,

à ella, y cogiendo vn manojo de yerua, començo à ahagarla, cobidandola à que comiesse; como esto no bastaua, quiso con las manos apremiarla à que abriessela boca. Mas la mula, en agradecimiento de la corteza, mostrandole las herraduras, començo à dar muchas cozes, y corcebos. Confirmando con esto el moço la sospecha que tenia, se subió en la cumbre de vn collado, y auiedose enramado de Cruzes, propuso de no baxar hasta que estuviessela Carlos solo.

Acabò de alçar figura el nueuo passagero, aunque viejo en sus engaños; y llegandose muy contento à Carlos, le dixo, que se bolviessela al instante à su casa, porque las influencias de los Astros le señalauan, que si el dia siguiente desde las seis hasta las nueue de la mañana dormia con su muger, engendraria vn niño resplandeciente, y bello. Admiròse Carlos del pronostico, y vièdo la fuerça que le hazia el agorero para que no perdiessela aquella ocasion, diòle credito, y determinò bolverse à los brazos de Lucinda; pero pidiòle con muchos ruegos que le acompañasse, porque queria regalarle, y satisfacerle el trabajo, y la merced recibida. No pudo convencerle, y viendose obligado, rogòle que por lo menos le sirviessela de algunas joyas, y escudos. No he de re-

cibir algun interes, respondiò el mayor interesado, pero porque no me juzgueis por grosero, y desagradecido, lleuarè vuestro cauallo, y os seruireis de mi mula, que aunque la veis flaca, yo os asseguro q os pondrà en vn buelo en vuestra Quinta. Placeme en buen hora, replicò Carlos, y llamando al criado, hizo que la enfrenasse. Pusieronse los dos à cauallo; y despidiendose muy amigables, partieron el camino, el vno àzia el monte, y Carlos àzia su casa.

Aunque he dicho con reboço las señas deste Nigromantico, ya el curioso avrà colegido por ellas como era el demonio, q por impedir vna buena obra, busca tantas traças, y vrde tantas cautelas. Ya diximos como el siguiente dia se auia de partir Lucinda à la Ermita de Sâta Ana, y llevar vna nouena, y que para el caso tenia combidadas muchas Damas que la acompañassen; pues porq esto no consiguiessela, quiso el padre de mentira dezir vna verdad cò mil engaños, que tambien el diablo dize sus ciertas verdades, quando con ellas ha de lograr sus deseos. Todas vienen à ser persecuciones, y tragedias de Lucinda, no ay que marauillarnos. Llegò Carlos à la media noche à su casa, hallòlos durmiendo à todos, y por no despertar à su consorte, les quiso guardar el sueño.

Con llaves que tenía se entrò en vna pieza, donde pasó en desvelos lo que quedaua à la noche. Començò la Aurora à huir desnuda por los campos del Oriente, acosada del radiante Planeta que la seguia, quando sacudiendo todos el sueño; y aderezandose Lucinda, començaron à apercebirse para el viage los cocheros vntando aprisa las ruedas, ivan vnciendo las carrozas, ya los de las acemilas començauan à caminar al tenor de su reposo; ya los moços, y lacayos limpiando los cauallos, los engalanauan con los ricos jaezes, y los sugetauan con los costosos frenos. Ya finalmente los Caualleros del acompañamiento bizarramente vestidos, començauan à hazer malà los cauallos, y las Damas ricamente compuestas, ivan à ocupar las testeras de los coches, y en medio deste ruido, en medio deste alboroto, Carlos oculto repassaua nuevos pesares, porque consideraua que si Lucinda se ausentaua, no podia executar el remedio que traia, y reparaua en que si la impedia en vna obra tan santa, se ofendia el Cielo, y Lucinda se mostraria agrauada, y los huéspedes quedarian sentidos. Por vna parte se representaua la perdida de la ocasion por otra se ofrecia la nota de su afrenta, en lo vno dolor del respeto, y en lo otro vergüenza de la ofadã. Bacilaua consigo

mismo, sin poder hallar remedio que mediassè entre la confusion de los dos extremos. Pero mirando que en lo vno auia termino limitado (dos horas tenia señaladas) y en lo otro tenia à su alvedrio tiempo en que poder satisfacer, atropellando cortesias, quiso executar sus deseos.

Hizo vn recado à Lucinda, diziendole que importaua el dilatar la fiesta, y el viage para el dia siguiente, ò por lo menos hasta la tarde. Lucinda que ya estaua en su carroza con todas las amigas, le respondió cortès, que mirasse que no seria razon burjar de aquella manera à las que la auian venido à honrar. Replicò Carlos, que era cosa importante, y que no sufrìa dilacion. No le pareció à Lucinda seria bien andar en preguntas, y respuestas por medio de criados; y assi descendiendo del coche, se fue muy enojada al aposento donde Carlos la queria. Preguntòle la causa, dixòsela Carlos, y ella vergonçosa, hablòle muy resuelta con honestas escusas, que aunque era Carlos su marido, ya le pareció aquello deshonestidad, por ser la ocasion presente. Dixole Carlos todo lo que le auia pasado con el agorero, y que venia determinado à poner en execucion quanto le auia dicho; y assi, que no se escufasse de darle gusto. No harè tal, respondió Lucinda, aunque nunca tenga hijos;

los; y diziendo esto, bolvió las espaldas para proseguir su romería. Enojóse Carlos, y dexando à vn lado el respeto de los que aguardauan, y à otro la aficion que à Lucinda tenia, despidió à todos los Caualleros, y Damas, dando causas bastantes las que pudo fingir, para no quedar desayrado. Fueronse vnos confusos, y otros corridos, y las Damas todas (mugeres en fin) muy enojadas, y corridas. Lucinda, quando vió tan notable agrauio à sus ojos, ayrada consigo misma por no poder vengarse, hechos los brazos Cruz, y postrada en la tierra, dixo estas palabras: Plegue à los Cielos que si de este ayuntamiento concibiere algun hijo, que à la hora de mi parto carguen los diablos con él. Considere el Lector que buena plegaria para mil desastres, y ruinas. Despues trataremos de las maldiciones, prosigamos aora con la Historia. Como Carlos la vió con enojo, tomó en juego las palabras enojadas, y rióse mucho de los estremos. No me espanto, que como no auiedo deliberacion, no ay culpa, y el estar falta de aquella se conoce en los primeros impulsos de la ira, viéndola tan ayrada, piedad es echar las cosas à buena parte; pero como es solamente Dios el sabidor de los coraçones, él es quien embia à medida del delito los castigos.

Durmió Carlos con Lucinda à la hora que señaló el mal Astrologo. Surtió el deseado efecto, pues à pocos dias se conoció el preñado. Aqui fue el hazer nueuas nouenas, mayores limosnas, grandes obras de virtud, todo à fin que saliesse à luz la luz tan deseada de vn hijo. Ya estaua Lucinda arrepentida de los lloros, y auergonçada de los desvíos; y aunque acordada destos, olvidada mucho de las maldiciones. Ya miraua al regalado esposo con menos ceño, ya gustaua de recostarse en sus brazos, ya con los melindres de querida, escuchaua los requiebros, y ya con los deseos de preñada apetecia los gustos. Passaronse los nueue meses, tiempo ordinario que la naturaleza cõcede para q̃ la prole nazca con perfeccion. Llegó la hora del parto, y aqui no ay que pintar lo que sucede, supuesto que es vna interpolacion de gustos, y dolores; porque vnos esperando el regocijo, están previniendo fiestas, y saraos, y otros mirando el tormento de la parturiente, acuden con lagrimas, y oraciones. En medio, pues, desta diuersidad de gustos salió à luz vn niño, en quien se esmeró demasiado la naturaleza para sacarle tan dotado de gracias, y perfecciones, que al punto que nació arrebató los ojos de todos los circunstantes.

Quisiera aora hazer vn...

lis en blanco, porque otra pluma mas animosa que la mia refiriera vn tragico fuceffo, vn prodigio, vn portento, vna desventura. Estoy empenado, y avrè de dezirlo, aunque abreviare en contarlo, que en tales fuceffos produce la detencion dolores, y engendra la verbosidad mil inquietudes. A vifta de vn placer vna desgracia, què mas desdicha! Al lado de vna vitoria vna ruina, què mas lastima! Apenas el recién nacido con lagrimas, y sollozos, con passos tardos quiso enseñarse à andar por el camino de la vida ( que poco anduvo, pues folas las faldas de vna partera fueron cuna, y maulcolo) quando abriendose vna nube, y lançandose de ella vna legion de espiritus malignos, le arrebataron por los ayres, y dando ahullidos tremendos al fon de truenos terribles, le traspusieron, y ausentaron de la vifta de todos. Brevemente lo he dicho, la ponderacion de el fuceffo la dexare à otros ingenios mas delicados, para que con mas gallardia, y viveza de espiritu toque al arma en los dormidos coraçones. Como quedaria Carlos, viendò en poder de lobos infernales vn corderillo inocente, fangre de sus venas, y pedaço de su alma? Como estaria Lucinda, viendose culpada, considerando delitos, repassando culpas, atendiendo à desdichas? Diciendo vn ay de mi,

que le maldixè, cayò del mayada. Llevanla à su lecho, procuran bolverla en sí, previenen remedios, mezclanse los llantos, crece la confusion, y nada aprovecha. Carlos rasga sus vestidos, mefa sus cabellos; y hiriendose los pechos, comienza à dezir cò aquel Santo Profeta: Quien darà para que lllore agua à mi cabeça, y vna fuente de lagrimas à mis ojos? Quien darà consuelo al padre mas desgraciado? Quien darà alivio al hombre mas afligido? Quien mitigarà la pena à vn abifmo de tormentos? Crece con estas palabras el dolor, brotan las lagrimas mas aprisa, renueua la voz los suspiros, y buelvenfe de nuevo à encender los llantos, los pages se turban, los criados se desatinan, las Damas se desmayan, las dueñas se afligen, y nadie sabe què hazerse. Herido el Rey, desmayan los vassallos; muerto el Capitan, los Soldados padecen. Veome tan embarcado en estas confusiones, y tan metido en estas calamidades (por cierto dignas de qualquier pena) que ya no acierto à referirlas, ni la pluma se siente con alientos para pintarlas.

Acudieron algunos Religiosos que estauan en la Quinta, y los Sacerdotes, y Capellanes que allí morauan, y con pechos piadosos, y oraciones deuotas comenzaron vnos à hazer muchos conjuros, y otros à dar algun consuelo

à los padres afligidos: esto tuvo algun efecto, pero lo primero firmò poco. No aprouecharò exorcismos para que pareciera la criatura: jamàs supieron de ella hasta que no la conocian. Despues se darà cuenta desto, que es lo mas gustoso que lleuarà este Libro, porque es la causa final q̄ me mouiò à componerle. A fuerça de passar, dias se fueron olvidando muchos lloros, y à fuerça de consuelos se pusieron en silencio los suspiros. Todos son efectos del amor, porque Carlos procuraua consolarle, porque se animasse Lucinda, y Lucinda se animaua por consolar à Carlos; es gran cosa quererse bien dos cañados, gloria es, en fin, de este suelo, este titulo quiero darle, y sè q̄ lo merece. A no estar à vista de Lucinda su esposa Carlos, con la pena sucedida no muriera? Y à no tener Carlos à su esposa presente, en tragedia semejante no acabàra? No tiene duda, porque vn dolor sin consuelo no tiene cura, y vn mal sin medicina deguella à los viuientes.

Consolaronse, pues, los dos consortes, y diuirtiéndose en nuevos gustos, començaron à poner en olvido los pesares, si es que pesares semejantes se pueden olvidar. El caracter que le quedó de pena à Lucinda, fue considerar que Dios por castigarla auia executado su maldicion, digo permitido que se executasse. No

se engañaua, y aunque lo sentia, era poca la penitencia que aplicaua. El rasguño que quedó en el pecho de Carlos, fue el imaginar que aquel Astrologo auia sido el demonio (bien pensaua) que assi como fue por orden suya el tener aquel hijo, y auia podido alcançarlo por otro mejor camino, no estorrandole à Lucinda sus deuotas diligencias, assi Dios auia dado lugar à que no se gozasse. Tampoco podemos decir que vâ Carlos descaminado; culpa tuvo, y assi siente, que à estar libre, quedàra sin sentimientos. Para enmendar lo pasado, comiençan à frequentar los Diuinos exercicios, abren las puertas à la caridad, desfierran al ocio, trabajan en la oracion, y mortificanse con el ayuno. Por otro hijo anhelan, con mas feruor lo piden, contritos lo aguardan, cierto imagino que lo tienen. Que es tan grande el deseo natural de los hijos, que aunque sepa ya vn padre de experiècia los disgustos, y dolores que causan, los perdona todos por ver solamente vn retrato suyo, en quien emplear aquel deseo, y con quien comunicar su amor.

De buena gana tomàra aqui la pluma contra los padres que maldicen à sus hijos, sino atendiere à que lo que yo puedo decir queda ponderado con el exemplo referido. La costumbre dicen que les escusa à algunos de peccado,

do, porque no maldicen con deliberada intencion, sino solo con aquel habito que tienen adquirido. Hombres doctos casi todos sienten esto; pero lo mejor será que la mala costumbre se borre, y el mal habito se sujete à la razon. Sin pecado se pueden echar muchas maldiciones; pero tal vez permite Dios, para enmienda de otros, que se executen, y cūplan peticiones semejantes. Bien lo hemos visto, y bien lo lloran. Cada vno meta la mano en su pecho, y considere el caso, que es terrible; porque quien negará que no estaua Lucinda colerica del todo, y que supuesto que deseaua tanto vn hijo, si estuviera en su libre acuerdo, se conociera que no era con intencion que sus maldiciones le alcançaran? Juizios son de Dios, no ay que escudriñar mas, sino tratar de la enmienda. En hazerse el demonio Astrologo, quien no mira la solitud que tiene para apartar las almas del camino de la virtud, y buenas obras? Mil apariencias tomarà para executar vn engaño; busca trazas, y tiende redes; y en no haziendo pre-

sa, brama como Leon, y intenta nuevas venganças. Jamàs està durmiendo, siempre nos ronda las puertas, y de ordinario procura sugetarnos à su seruidumbre! Por esto nos enseña el Principe de los Apostoles, diziendo: *Fratres, sobri estote, & vigilate, quia aduersarius noster diabolus tanquã leo rugiens circuit, quærens quem deuoret.* Hermanos, tened templança, ayunad, mortificaos, porque nuestro enemigo anda rondando nuestros vmbrales, bramando como vn Leon, buscando en quien emplear sus vñas. Consejo es este que debemos tenerle todos los dias en la memoria: la verdad nos cuenta, pues quien lo echarà en olvido? En quanto impedir Carlos la buena obra que iba à hazer Lucinda, por cumplir con el consejo del agorero, se dà à entender que fue castigo suyo en parte el fracaso que sucediò, para que otros adviertan, que es mejor fiarnos de vna obra de virtud, para qualquiera pretension, que no de vna patraña de vn ignorante, ò de vna hechizeria de vn Astrologo.



## PERSECUCION VI.

*Pare Lucinda otro hijo, al qual pusieron por nombre Iulian; este, en siendo mancebo, escarapelado de un tragico pronostico, se ausenta de sus padres, y se passa à España, y Carlos, y Lucinda se parten disfraçados à buscarle.*

**A** Desterrar tristezas paternales nació Iulian vestido de alegrías, estas fueron cumplidas en Carlos, como de Lucinda festejadas, y de toda su familia aplaudidas. El nuevo gozo, y regocijo comenzó à poner en olvido el pasado sentimiento. El suceso feliz comenzó à borrar memorias de el fracato. Ya repassava Lucinda su desatino, y dezia sin dezirlo (esto es hablar para si) que este era hijo de bendicion, pues tantas le auia dado desde que le concibió, como el otro desastrado auia sido de maldicion, pues tambien le auia comprehendido. Entre estas consideraciones quien negará lagrimas à los ojos, y al coraçon sentimientos? Lucinda las derramaua, y Carlos los sentia. Vnas vezes les daua Iulian consuelo, y otras de mirarle recibian grande

disgusto, y pesar, por mirar en él la estampa del malogrado, y la misma pintura del perdido. Bien se dan conocer estos pesares; no quiero cantar mas con ellos, aunque tristezas semejantes justo es repetir las para escarmiento de algunos. Fue Iulian desde su puericia dotado de mil gracias, y vestido de mil virtudes: dos propiedades son que cautiuan à los padres. Apenas cumplió seis años, quando comenzó à estudiar la lengua Latina, aprendiòla con breuedad, y hasta los catorze le dieron Maestros que le enseñassen Filosofia, y letras humanas. De todo diò buena cuenta, y en todo salió muy habil. Estas gracias quitauan à sus padres del consuelo, su modestia les causaua mil contentos, su virtud les echaua grillos à sus voluntades, y su prudencia le robaua los coraçones. Tanto le  
que-

querian por sus grangeos, como por ser hijo de sus entrañas. Esto adquiere la virtud de vn hijo, y todo lo pierde el que no corresponde como tal. Para divertirle à ratos del trabajo del estudio, y de la maleza del ocio, escogió el exercicio de la caza; imitó à su padre, y à todas las personas de calidad, de ellos es este entretenimiento, rato deleytoso, aunque cansado; tiempo trabajado, pero no perdido.

La inclinacion natural, ayudada de la frequentacion de la costumbre, se fomenta. Iulian era inclinado à la caza, diò en exercitarse en ella los mas dias, y así pocos eran los que se desocupaua. No le pesaua à Carlos de tenerle ausente de otros cautiverios, que suelen ser enfermedad, sino las rescatan. Auia muchas Damas en la Quinta, las quales suelen ser polillas en el paño limpio de la voluntad. Acordauase Carlos de sus mocedades, consideraua Lucinda sus amores; y como escañentados en si propios, procurauan apartar al hijo de platicas mugeriles. Diuertianle en el campo, porque gozasse de los ayres saludables de la libertad, porque esta falta à los que enferman de amor. Fatigaua, pues, tanto Iulian los montes, que se puede presumir, que no solo las fieras estarian cansadas de la monteria, sino hasta los arboles, y peñas, en su modo,

estarian con pesadumbre de las voces. Confirme esta presuncion el mayor prodigio, pronostico es del Cielo, bien se puede oír. Saliò, pues, Iulian vn dia, entre otros, à ver correr dos venados, y à matar dos fieras. Iva en vn alazán brioso, jugando con gallardia vn venablo. Penetrò lo mas fragoso del monte, engolfóse en la espesura, sin poder en mucho rato descubrir en quien emplear sus deseos. Esta es la desdicha de vn cazador. Bolvió la rienda al cauallo para bolverse corrido, quando le saliò como al encuentro vn ligero Ciervo. Començò à seguirle, deseoso de executar en él parte de su enojo. Iva-se acercando para herirle, y acometiendole los perros para detenerle. El Ciervo con su ligereza fue causa que Iulian se cansasse en alcançarle; y quando ya fatigado viò que iba à desembraçar el venablo para quitarle la vida, hizo-le rostro, y confortandose con él, le dixo con voz humana estas formales palabras: *Matador de tus padres, porque me persigues tanto?* Y acabandolas de dezir desapareció del puesto, huyendo à la espesura. Quedóse Iulian sin alientos, titubeó el valor en las carpidas venas, y la sangre elada diò muestra del temor adquirido. Aguardó que passassen los primeros impulsos del sobresalto; y recobrando el sentido, diò la buelta à su casa. Dissimuló quãto

pudo la pena, pero no fue posible rebozar los rasgos de melancolia, y en esta conocieron los padres su disgusto. Preguntaronle la causa, y no quiso descubrirla, viendo que era irremediable. Dava escusas de pesar, y leuantaualle testimonios à la salud. Carlos recelaua que era herida de el amor, Lucinda lo atribuia à falta de la comunicacion, y trato cortesano. Iuizios eran todos, y aunque no temerarios, no apeauan la verdad.

En vez de disminuirse, creciò la melancolia, y el no saberse la causa impedia el aplicar remedios. Muchas dauan los Doctores, pero Iulian no aceptaua ningunos, como sabia el poco fruto que le auian de dar à su accidente. Carlos se dolia como padre, y con regalos, y caricias le importunaua, porque le descubriese su mal: cansauase en vano, porque eran lagrimas las que recibia por razones, y sollozos pasauan plaça de palabras. No le apremiava mas viendo el sentimiento, daua vado à las preguntas por disminuirle penas, Lucinda quiso, como madre, alcanzar, à fuerça de amor, que le descubriese Iulian por justicia este secreto. Aguardò que estuviessse solo, y hallando la ocasion, le dixo con lagrimas piadosas estas regaladas palabras: Iulian, hijo mio, pues sabes lo que me cuestas de lloros, y conoces lo que me

debes de voluntad, pues sabes lo que tu padre siente esta tristeza; y conoces lo que yo como madre tuya deseo tu salud, no seas ingrato en encubrirnos tu enfermedad, y no seas esquiuo en regatearnos el dezir la causa. Manifiestame tu pecho, di lo que te affige, cuentame lo que apeteces, y veràs que à costa de mi propia vida hago que se executen tus deseos. Si ay quiè te agrauie, yo te vengare; si estàs ofendido, castigare culpados; si estàs menesteroso, te entregare mis joyas todas. Si acaso son deseos de la Corte los que te melancolizan, y el tumulto de su aparato el que te mueue el animo, y el bullicio de su ostentacion es quien te inquieta, con manifestar tu gusto, veràs cumplido el deseo, y descubriendo tu pecho, veràs executada tu voluntad. Y si es amor (ay hijo! esto me rezelo) el que avassallando tus potencias, quiere destruir tu salud, no lo encubras, porque de las enfermedades secretas es esta la mas peligrosa. No te haga cocos la vergueça, rompe los imposibles de tu natural modesto, manifiesta la herida, y no temas las amenazas del temor. Mira que soy tu madre, y te quiero como tal; que esto es ser madre verdadera; y fiandote de mi veràs que te saco en ombros del incendio en que te abrasas. Sino es conforme à tu estado la belleza que te cautiva, y esto

esto te enfrena la lengua por humilde que sea, la igualarè à tu poder por verte contento. Y si alguna de mas nombre, quiza saliendo à caza, ha robado tu libertad, no te congoxe, que tu padre, y yo te buscaremos nuevos intereses hasta que te iguales à sus merecimientos.

Agradecido, y amoroso se mostrò Iulian à las maternas palabras, y dissimulando penas en el rostro, y amagando en el coracon nuevos pesares, pidiò de termino vn dia para declarar su sentimiento. Con esta esperança Carlos despidiò alguna tristeza, y Lucinda cobrò alguna alegria. Deseauan el plaço para la execuciõ, y aunque era breue, las extensiones del deseo le alargauan. Corto le pareció à Iulian, y viendo que no auia de poder cumplir lo que auia prometido, determinò poner tierra en medio, que este es vltimo lance de vn menesterofo. Començò à dezir cõsigo mismo: Contarles à mis padres lo que he visto, y oido, mas es atormentarles que darles consuelo, pues viendo que no pueden remediarme, es fuerça q̄ se aflijan; y conociendo mi mal, es causa para sentir. Aquel pronostico me anunciò ser su homicida, y vendrà à ser falso mientras yo tuviere entendimiẽto; y por si este me falta, prudencia serà huir de su presencia; y si acaso el sentiemiẽto de mi ausencia les viene à quitar la vida, mas

quiero que se quexen, porque les doy esta muerte, que no que maldigan por executar en ellos el golpe de los hados. Rebolviendo en su pecho todas estas consideraciones, se vino à resolver en ausentarse. Representaronse alli las caricias maternas, los paternales regalos, la prosperidad que gozaua, los gustos que le entretenian; pero la resolucion del animo rompiò por medio de todos, porque vn coraçõ determinado, por impossibles abre camino, quanto, y mas por comodidades. Aguardò la noche, esperò la quietud, y en viendo que todos dormian, llamò à vn criado, de quien mas se fiaua, y sin dezirle la causa le contò su determinacion. Acompañarle prometìò el criado hasta donde quisiese; y aunque Iulian le agradeciò el buen seruicio, quedò melancolico de ver que no contradezia su intento. Quisiera que le estoruasse su disignio, y le representasse las delicias que dexaua, para entreternerse siquiera en ver todo lo que perdia para estoruar vn fracaso. Ya tuvo nueva sospecha de verse tan presto obedecido, y ya juzgò por verdadero el prodigio; y vacilando la voluntad entre temores, calçò espuelas al deseo: Hizo aderezar dos cavallos los mas ligeros que tenia, y tomando joyas, y dineros, lo que pudo llevar, saliò à media noche de las arquitecturas de su alvergue;

y al son de animados suspiros, comenzó à caminar la jornada de sullanto.

Amaneciò vno de los mas infelizes dias que Carlos, y Lucinda tuvieron, que por ser tal se levantò muy tarde, cubriendo con capuz de nubes los passos soñolientos de su pereza. Dia triste, y zahareño, y termino en que esperaba alegria, ya parecia presagio de calamidades, agüero de infortunios, y pronostico de penas. Aunque Carlos diò los primeros passos al retrete de Julian, ya hallò dentro à Lucinda repasando sospechas. Madrugò mas para sentir primero, que hasta esto queria el Cielo castigarla. Son secretos suyos, no ay que maravillarnos, porque de castigos tales nacen escarmientos. Saludaronse los dos, siendo las lagrimas de Lucinda despertadoras de nuevos sentimientos en Carlos. Hallando el lecho de Julian vacío, no quisieron otra causa para manifestar la pena, que aunque parece pequeña, por no tener otra noticia, ya los anuncios de sus coraçones la juzgauan causa suficiente. Hizieron pesquisa entre los criados, vieron que faltava vno, abrieron los baulles de Julian, hallaronlos vacios, y para saber su ausencia les pareció prueba bastante. Despachã muchos Correos à toda prisa, como si estos huvieran de vencer lo que no auia podido reca-

bar su amor. Diligencias son de quien ama, porque el amor con buscar la cosa amada se entretiene, y en lo imposible de no hallarla halla esperanças cõ que diuertirse. Casi en los vmbrales de la pena tropeçò Lucinda con vna carta que dexò Julian escrita; y aunque le diò consuelo el ver su letra, regateò el leerla, por tener de gusto lo que durava la dilaciõ; pero como este era vn gusto tan lleno de sobrefaltos, quiso de vna vez quedar libre de temores, ò ponerse de proposito à llorar sus sentimientos. Al quitar la nema llegò Carlos, y leyendo Lucinda, se hizieron capaces los dos destas palabras.

*Padres, el Cielo determina que sea vuestro homicida, por no serlo me voy de vuestra presencia, estimad esta voluntad, y no la juzgueis ingratitud. No me busqueis, porque no me auéis de hallar.*

Solo tuvo de consuelo esta carta el ser breue, porque letras lastimosas en los mayores desahogos hallan embaraços. Mirauãse Carlos, y Lucinda, siendo los ojos interpretes de las mudas palabras, q̃ como el dolor atò las lenguas, tambien el pasmo suspèdiò las lagrimas, dando lugar à q̃ por señas se consolasse vno à otro los pesares. Rõpiò finalmete el silencio en sollozos, y la suspension se desahogò cõ lagrimas, y cañados de sentir, procurauan consolar-

se. Ya les parecia q̄ el dolor auia dado el vltimo passo en las cumbrs del tormento, y q̄ la pena no podia subir mas, mientras que tuviessen vida; y en estos desconuelos ya parece que se consolauan, porque como dixo el celebrado Poeta:

*Vna saluus est victis nullam  
sperare salutem.*

Vn solo remedio, y consuelo tiene el que se mira ya vencido, y es ver que no espera ya remedio. De fuerte que en verse vno en los extremos del pesar, parece que siente consuelo, ò viendo que ya no puede llegar à mas el sentimiento, ò cõsiderando que ya no puede huir de aquella pena. Quando vn reo oye vna sentençia en contra suya, passa por la memoria el delito cometido, y conforme mira la grauedad de la culpa, ajusta lo riguroso de la pena. Assi del mismo modo en Carlos, y Lucinda, siempre que el Cielo les embiaua vn trabajo, juzgauanlo sentençia castigadora de sus mocedades, y cada vno de por si, y à vezes los dos juntos, à la luz de su memoria se ponian à hojear el processo de su vida; y mirando en el las acusaciones del fiscal de sus conciencias, y viendo la poca justicia de sus descargos, hallauan justificados los castigos en el rigor de las sentençias. Llorauan como presentes los excessos pasados, y las lagrimas, que por la nota en publico se dissimulauan;

en secreto se vertian, que hasta en materias de sentir tiene su lugar la prudencia. En tanto, pues, q̄ estos paternos pesares se aplacaran, y la borrasca destos sentimientos halla puerto en la consideracion, vamos à ver las prosperidades de Julian, para que alentandole el animo con ellas, tengamos vigor para escuchar sucesos mas tragicos.

Desconsolado se embarcò Julian para España, la qual escogió por retiro de sus melancolias, como rincón el mas feliz del Orbe para entretener cuidados. Passò con reboço por las maritimas Costas, y dióse por muy estranero à quantos comunicò en los caminos, por no dexar señas à los que ya sabia que le auian de buscar. Vn año consumió en rodear las poblaciones de España, sin que lo populoso de vnas, ni lo deleytoso de otras pudieffen sossegar la inquietud de su coraçon. Por hallar encontradas las Coronas, se determinò à diuertir las congoxas en los exercicios militares. Y aunque los Lusitanos le mostraron cariño, y los Aragoneses le hizieron buen passage, inclinò la voluntad al Rey de Castilla, q̄ con vn grueso exercito marchaua àzia Truxillo. No quiso acreditarse con la informacion de la palabras, sino que esperò tiempo para que le acreditassen las obras. Como Soldado aventurero entrò en el cam-

campo acompañado solamente de su criado. La disposicion de su persona, y el agassajo de su buen termino començaron al instante à gragcarle amigo, que siruieron despues de embidiosos de sus glorias, porque en el primer combate que se ofreciò hizo cofatan de valor, que al mismo Rey vinieron à ser de prouecho. Entendida la batalla, y baraxados los campos, se miraua indecisa la vitoria, quando ya con alguna luz lleuaua la mejor parte el Exercito contrario, y pesaroso desto el Rey, ponderando la comodidad de los que le aguardauan, se arrojò al peligro de los que le ofendian. Quando quiso recobrar se no pudo valer se, y entonces Iulian, que buscua esta ocasion, començò à su lado à dar muestras de sus brios. Peleaua tan valeroso, ofendia tan sagaz, y se defendia tan astuto, que admirado el Rey, tuvo harto que hazer en mirarle pelear. Causa fue bastante para recobrar lo perdido, y à pocas horas fue causa de ganar lo que no se esperaua. Aclarò se la vitoria por Castilla, faliendo Iulian triunfante con quatro vanderas. Hizò le llamar el Rey, y escudriñando à solas quien era, su nombre, su sangre, su Patria, y su estado, le prometió muchos fauores, y le hizo General de mas de veinte Companias. La embidia de los naturales viendo premiar à vn estrangero, co-

mençò à encender se; pero fue tan grato Iulian para con todos, que à fuerça de grangeos les còpro la voluntad, y así vino à tener de su parte los mas validos, y à todos comunmente rendidos à su gusto. Con la gente que el Rey le diò, y con la que se pàsua de los contrarios à su Exercito, se aventurò à hazer algunas salidas. Sucediò le tan bien en todas, que en comunes aplausos publicaua la fama sus grandezas. En menos de quatro años aadiò à la Corona muchas Villas, y Castillos, fuera de dexar por libres los que estauan vsurpados. Tantas obligaciones vinieron à ser estas para el Rey, que para salir de empeño huvo de darle su sangre. Casò le con vna sobrina suya, llamada Margarita, que à no lleuar tanta dote de sangre, y riquezas, los dones de su gracia, y la gracia de su hermosura pedian vna Corona. No quiso Margarita otra mas que la de Iulian, por ser Corona no heredada, sino adquirida de su valor, y esta es digna de mas premio; porque vn laurel adquirido, es tener la cosa en propiedad; y vna Corona heredada, solo se tiene en vsufruto. No pidiera Iulian mas dote que à Margarita, ni buscàra Margarita mas riqueza que à Iuliã; muchas rentas, y Lugares le diò el Rey, de que los hizo dueños, y señores absolutos. Conociò el Rey en esto que la nobleza para sus

sustentarse. ha menester, fuera de las armas del valor, el vallado de la riqueza, porque faltando esta, andá mendigando contra su decoro.

En los brazos de la esposa olvidò Julian los paternos abrazos, y en la felicidad de sus sucesos dexò caer el peso de los antiguos cuidados. Ya juzgava el agujero por dichoso, pues se mirava señor de mil Pueblos, quando apenas esperava verse dueño de vna Quinta. Ya bendecia su huida, pues auia sido causa de verse al lado de vna Reyna, quando solo juzgó tener por esposa à vna Dama particular. Borraronse finalmente los temores de portentoso, ya que el amor de los padres estaua siempre colorido en su memoria; pero el cuidado que la recordacion dellos le podía causar, se aniquilaua, y deshazia à la luz de Margarita. Con ella se consolaua, con ella se diuertia, sin que estando ella delante pudiera hazer vasa la mayor tristeza. Deaxemoslos, pues, en el talamo de sus bodas; y sin que nos diertan los dulces epitalamios, bolvamonos à Carlos, y Lucinda, que con nuevos ahogos se están embarcando en vn mar de penas, y desdichas.

Cansòse de esperar el sufrimiento en los coraçones de Carlos, y Lucinda, y como desesperados quisieron buscar quietud en las intolerancias del camino,

Determinaron, en habito de peregrinos, ir à buscar à Julian, que à tanto obliga el amor de los hijos. Vieron que se les consumian mas la vida con las dudosas esperanças de los que auian embiado à buscarle; y para entretener estas esperas, eligieron por medio el hazer diligencias personales. No les fue freno su mediana edad, porque ya Carlos rayaua en los sesenta, y Lucinda auia visto mas de cincuenta Primavera; no les diò estoruo la hacienda que dexauan, el regalo que perdian, ni la dificultad del fin de sus deseos. A todo hizo rostro el amor, y con todo atropellò la voluntad. Dexaron la Quinta en tenencia à vn Mayor-domo fidedigno, con disposicion bastante para sino bolvian; y así, sin ser sentidos partierò vna noche, llevando el dinero, y joyas que pudieron sacar los dos, y vn page, y vna criada de que salierò acompañados todos quatro en habito de romeros. Fuerò à Roma, donde gastaron algunos dias en visitar los Lugares Sagrados: Templos que erigiò la Religion Christiana, para que à visita de la inmortalidad aplaudiesen las Santas Reliquias. De Roma partieron à rodear toda Italia, haziendo en las Ciudades, y Pueblos bastante inquisicion, y pesquisa de lo que buscaban; pero como ni las señas adrian luz, ni las informaciones hallauan no-

cia, el trabajo del camino se cargaua de dolor, y la fatiga del cansancio se llenaua de pena. Con passos tardos caminauan los impossibles de dificultades, solamente con la ayuda de costa de las esperanças. Viendo el Cielo su amorosa porfia, quiso darles vn rastro de luz en su disgnio, poniendoles en pensamiento el passar à España, la fama desta Prouincia fue la tercera con su voluntad; y así, con pocos informes se executaron los deseos.

Antes de embarcarse boluieron à Napoles escudriñando con nueuo cuidado los apartados mas secretos, de sus bosques, y los retirados mas amenos de sus florestas; y aprouechò tanto esta diligencia, que entre desesperados deseos hallaron sus almas la mitad de su quietud. Llegaron vna fiesta fatigados à la morada de Camilo; y aunque vieron la casa, y diuisaron la Ermita, no quisieron llegar hasta que declinasse el dia. La causa fue el combidarles con su sombra vnos arboles frondosos, que guarnecidos sus pies de esmeraldinos tapetes, rica emulacion de el solò mas florido, dauan asientos deleytables à la margen de vna vertiente de cristal, que naciendo risueña de las entrañas de vn risco, se quexaua murmuradora por las quiebras de aquel valle. Recostaronse, pues, en el lecho de flores, y quando ya los ojos soñolientos, di-

uertidos en la amenidad, y frescura del campo, querian tomar reposo en la imagen de la muerte (que tal es el sueño) vieron salir de la Ermita vn viejo anciano, y venerable, sustentando la grauedad del cuerpo en lo fragil de vna caña, y à vn mancebo, que lleuandole por la mano poco à poco, le regia. Como vieron Carlos, y Lucinda que se acercauan à ellos, se estuuiéron entre vnas matas, para escúchar secreto lo que dezian. Hizieron celosias de las ramas, porque les robò tanto la vista el Ermitaño joven, que sin mirarle no se satisfacian los oídos con oírle, no era marauilla, quando en él mirauan reliquias de su sangre. Llegaron à las margenes del agua; y auiendo tomado en ellas asiento, apretò Camilo al mancebo de la mano, con voz tembladora, interrumpida con sollozos, y voces, anegada en lagrimas, le dixo de esta fuerte.

Ya, hijo mio, se ha llegado la hora que tanto tienes deseada, si bién conozco que te ha de ser sentida, ya es tiempo que te dè cuenta de quien eres, del modo que te he criado, y de la fuerte que à mi poder veniste; ya, finalmente, se ha llegado el plaço en que sabiendo lo que me debes, irè consolado desta vida, por ver que cumpliràs tus obligaciones, no te cõgoxes, Amador, con lo portentoso de tu nacimiento, no te affi-

jas con el dolor de mi muerte, que por no darte à imaginar lo vno, ni à sentir lo otro, he dilatado esta relacion hasta este punto. Mi nombre es Camilo, mi sangre, y profapia es lucida; pero por no aspirar à Coronas terrenas, escogi este modo de viuir; deseoso de pretender laureles inmortales: no juzgues que he sido Santo, porque te prometo que ha sido pena de delitos la vida que he passado: vn sacrilegio se amagò en mi voluntad, y sin mirar la ofensa, lo aplaudiò el deseo, y auisos celestiales fue necesario que huiera para que no se consumasse con la obra. Retirè me à hazer penitencia, que ha sido harto poca para satisfacion tanta. Y quando ya en estos mōtes auia ocho vezes visto verdes estos prados, galanes estas flores, y otras tantas neuados estos campos, y estos arboles desnudos; saliendo vn dia de mi celda à dar gracias al Señor, entre los conceptos que las aues trinauan, vi por el ayre que vna legion de espiritus malignos llevauan hecha presa de vn pequeño infante, tan tiernecito, y niño, que el primer passo de la vida le auia dado en aquellas garras infernales. Quedeme pasmado del portento, y compasiao de la crueldad, y con diuinas esperanças previne el remedio. Tomè la Cruz por espada, y vn Breviario por escudo; y baziendo mil exor-

cismos, les mandè à los lobos de Pluton, que por virtud del Santo Sacrificio de la Missa, me dexasen libre en mis manos aquella criatura. Tal fue la eficacia de estas palabras, que à pesar de sus propias resistencias, me vi obedecido. Dexaron en mis brazos al cordero inocente, y en terremotos de truenos, dando ahullidos espantosos, desapareciò el escuadron de Luzbel. Ya echaràs de ver con el jubilo que quedaria, viendo en mis manos los despojos de semejante vitoria. Pero reconocido al que me la auia dado, entrè en su Templo, y postrado ante sus Aras, le di gracias infinitas; y ofreciendole al niño, como à Señor que le auia criado, prometì de constatuirme por padre suyo, para alimentarle, y por su padrino para enseñarle en la Fè. Dile el agua Sacra del Bautismo, y pusele el nombre que tienes de Amador. Aqui me detiene el llanto, por ver, hijo, q̄ eres tu el que he referido. No quiero negarlo, tu eres, Amador, el que ivas en tãn mala compaĩa, tu eres el que no has conocido otro padre sino à mi, tu eres el que sin saber tu origen me has acompañado tantos años. A vna Alquerria de aqui bien distante te lleuè los dos años primeros à que te alimentasses en los pechos de vn ama, que te busquè; luego te bolvi aqui, donde te fui criando con la madurez, y el regalo que pedia

dia tu edad. En el pueril alimento te fui embolviendo el manjar acrisolado de la Fè. Creciste con buenas costumbres, y à la luz de la doctrina resplandeciste luzero de buena criança. Siempre te criè con el fin que han executado mis deseos, esto es, de que fueras Sacerdote, puesta la mira en que por virtud del Santo Sacrificio hallò puerto saludable la borrasca de tu nacimiento. Para esto te hize capaz de la lengua Latina, y de las letras humanas que aprendi de mis Maestros. Poco trabajo passè en esto, viendo tu ingenio feliz, ayudado de la buena inclinacion. El Abad del Monasterio que conoces, fue parte que te ordenaran à titulo del voto solemne que hiziste en sus manos de permanecer esta vida Monastica: quando al cabo de veinte y cinco años de deseos te vi constituido de la dignidad del Sacerdocio, hize cuenta que lleguè à gozar lo Imperial de las Romanas glorias, que gloria puedo llamar à la vida que contigo he passado. Ya se ha llegado, Amador, el fin de mis dias; y viendo que Dios me llama à tomarme estrechas cuentas de el processo que han formado mis delitos, quise antes de partirme darte cuenta de quien eres. En estas breues palabras he epilogado los sucessos de tu vida; repasalas por tu memoria, y tenlas como verdad; y porque deslumbres

de tu pentamiento los rasgos de tu confusion, que te pueden quedar por no saber los padres que tuviste, te certifico que eres verdadera estampa de vn Cauallero el mayor amigo que tuve, y à quien dexè por heredero de mi Estado. Supe que casò por amores con vna Dama, emulacion de la hermosura, y como semejantes casamientos se visten de algunas culpas, quizàs, Amador, quiso el Cielo castigarlos, permitièdo que te desapareciesen de su presencia, y por darme à mi que merecer en que te criasse. Siruate esto de consuelo en esta parte, y pues estàs dotado de prudencia, te pido con muchos ruegos que no acompañes mi muerte con llantos, sino que la resuscites en la Gloria con sacrificios, y oraciones. Con esto, toma mi bendicion, y dandome la tuya, quedate en paz.

Esto dixo el santo viejo, y rendido en los braços de vn delmayo, se reclinò en el pecho de Amador, el qual lleno de lagrimas, començò à dezirle mil ternezas. Bolviò Camilo en su acuerdo, y cogiendole Amador en sus braços, le lletò à la celda, y le acostò en la cama. Còtar del modo q̄ quedàran Carlos, y Lucinda oyendo cosas tan estrañas, y viendo hallada la prenda q̄ tanto les auia costado, parece imposible, porque las razones se ofuscan, la lengua se entorpece,

y la pluma se encorta. Dudauan con verse despiertos, si era sueño lo que veian, y no acabauan de creer la propia verdad que los desengañaua. Carlos bien quisiera salir al instante, y abraçar al hijo, darle muchas gracias al amigo; pero Lucinda, aunque con amor de madre, quisiera adelantarse à aquellos deseos, le detuvo el passo, y dixole, que no convenia, puso por causa auer estado ella enojada en el tiempo que él estuvo en la guerra, y ella moraua en el Monasterio; y que supuesto esto, no seria acertado darle pena en descubrirse. Esto hazia Lucinda, acordandose de su antigua culpa; y así, anduvo prudente en no despertar heridas amorosas al que estaua ya abrasado en el encendido amor de Dios. Ajustóse Carlos con su parecer, y determinaron estarse en aquel monte hasta la noche, y sin darse à conocer, pedir que los alvergassen. Hizieronlo así, venida la noche, llamarõ à la puerta, y abriendoles Amador, los hospedó con mucha caridad, tocado ya del amor paterno, que con saltos de placer le anunciaua ser sus padres los que recibia. Ellos le abraçaron sin poder disimular los alborozos del gusto. En lágrimas se celebraua el júbilo, y con suspiros se representaua la alegría. En fin, se descubrieron al hijo, por que placer semejante era imposible encubrirse.

Contaronle sus trabajos, la causa de su viage, y la determinación que llevauan. Después de auerlos escuchado, los consolò Amador con amonestaciones blandas, y amorosas. Dexóles reposando, y fuese à assistir à Camilo, que con feruoroso espíritu estaua aguardando el último trance. Bien quisiera Amador darle cuenta del bien que tenian en casa, pero no quiso divertirle de sus contemplaciones. Apenas comenzaua el dia à despertar de entre las sabanas estrelladas de la noche, quando repitiendo Camilo muchas vezes las dulces palabras de Jesus, y Maria, dió los últimos bostezos, quedando su rostro tan resplandeciente, que en sus esplendores se conocieron las señales de su gloria. Començò Amador à leuantar el llanto, à cuyo ruido acudieron Carlos, y Lucinda, advertidos ya de lo que podria ser. Ayudaronle con lágrimas à repassar sentimientos, y cansados todos de derramar sollozos, y de esparcir suspiros, dieron orden de darle sepultura. Metieronle en la Iglesia, donde Amador le celebró las exequias, y auiendo dicho Missa, le dió sepultura, hechos los ojos de todos mares caudalosos de lágrimas. Bien considerò Amador que à no auerle venido tan grande consuelo, como ver los padres que tanto tenia deseado, auian de quedar sus fuerças rendidas al do:

dolor, y muertas con el sentimiento; porque para tanta perdida, que cosa podrá ser equivalente, sino tanta ganancia? Perdió vn padre putatiuo, y halló dos naturales, y legitimos, para que se conozca, con las mejoras, que consuela Dios à vn alma justa, quando le ha embiado algun trabajo.

Algunos dias se estuvieron Carlos, y Lucinda llorando la muerte de Camilo, y gozando la dulce compañía de Amador; y como el natural deseo no satisface à vezes con vna parte de gusto, aunque miraua presente vn viuo retrato suyo, primogenito de sus entrañas, y dechado de virtudes, no podian desechar de la memoria las memorias de Iulian: antes con mas feñor les animaua el deseo, poniendoles por delante, que pues auian hallado al que estaua mas perdido, mejor hallarian al que era forçoso estar mas manifiesto. Conferian entre los dos estos anhelos, ponianles estoruos à las determinaciones: hazianlas impossibles, pero por todo rompía la voluntad, y atropellaua el amor. Comunicaron su intento con Amador, el qual, aunque quisiera que passassen con él lo que les quedaua de vida, sin que se acordaran mas de los aplausos de su siglo, ni se fatigaran con mas peregrinaciones, no quiso contradizirles sus deseos, antes vien-

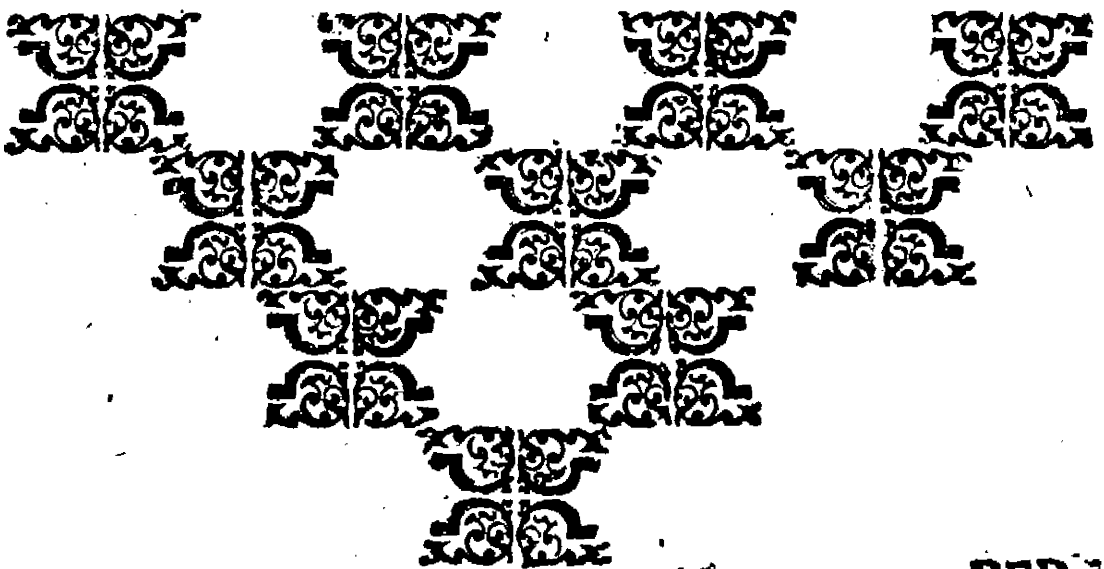
doles determinados, les prometió su fauor con los Diuinos Sacrificios. Ya estaua Amador inspirado de Dios para que no fuese estoruo, que à no estarlo, como se podian compadecer el gozo de la venida con el dolor de la ausencia? Con tiernos abraços, con quejas amorosas, con lagrimas inmensas se despidieron los tres, quedandose Amador à sentir, y Carlos, y Lucinda partiendo à llorar.

Ya estará el Letor con menos embarazo en su imaginacion, con auer sabido el suceso que tuvo aquel prodigio que le sucedió à Lucinda con el primer parto. Y ya podrá considerar en el glorioso transito de Camilo las Coronas de gloria que le tendria Dios aparejadas. Del nacimiento de Iulian, del pronostico fatal que le anunció el bruto, de huirse de sus padres, del partirse ellos en su busca: son tales las consideraciones que pueden hazerse, que elijo por mejor remitirlas al discurso de cada vno, que no con mi poco caudal satisfacer al de tantos. Si Dios embió vn dolor, permitiendo la perdida de vn hijo, con embiar otro multiplicó el contento; porque es Dios tan piadoso, que aun en los castigos se descubren las luzes de su misericordia. Hablar vn irracional no se ha visto, sino es quando la justicia de Dios se mira ofendida; assi habló la ju-

men-

menta de Balan viendo las amenazas de el Ministro Celestial. Apear estos entenderes es difícil, Dios solo, que los propone, los alcanza; para nuestra enmienda los embia, y esto es lo que aue- mos de sacar dellos. Huir de lo que ha de ser, nadie puede; pero cómo tal vez la sentencia pro- nunciada recibe dilacion en los estrados de Dios, como se viò con la que diò à Ezequias, assi no ay que espantar que huya Iulian, por no estar expuesto à los anuncios de vn aguero. Pero repare aqui el curioso, y no saque otra cosa de todo este discurso; esto es, con- siderando lo que se ha de hazer para quitar vna ocasion pecami- nosa, no reparando en el amor de los padres, perdiendo su rega- lo, menospreciando sus caricias, atropellando sus riquezas, y olvi- dandose de todo lo que es como- didad humana. Assi lo hizo Iu-

lian, aun no por quitar la ocasion, supuesto que no la auia, sino por no aguardar à que pudieffe auer- la. Partitse los padres en busca de vn hijo, ya se sabe que es fuer- ça del amor natural, sino es que dezimos, que es aficion milte- riosa. De todo tiene, y à qual- quiera parte se puede atribuir. En hallar al cabo de tantos años al hijo que no buscauan, y con tantas medras, es para dar à en- tender la esperança que hemos de tener siempre en Dios, no des- confiando jamás del mayor im- posible que se le atrauiesse à la virtud; pues por auer estado es- tos padres desconfiados de ha- llar al hijo que se perdiò prime- ro, quiso el Cielo que le hallas- sen antes que al segundo. Con que se ofrezcan al seruicio de Dios, se pueden alcançar desesperados impos- sibles.



## PERSECUCION VII.

*Cuentanse los Zelos de Iulian , y los coloquios que acerca de esto passa con Margarita. Inquieto de algunas sombras que se le aparecen , haze vnaca-  
ça fingida. Carlos , y Lucinda , sus padres , lle-  
gan una noche à su casa , y sucede  
una tragedia.*

**M**ientras Carlos, y Lucinda, sulcando los mares, buscan descanso à sus inquietudes, podrèmos bolvernòs al hijo deleado, que como dexamos dicho, en talamos nupciales gozaua con su esposa Margarita los frutos opimos del matrimonio. Ya estaua Iulian ausente, y deserrado (digamoslo assi) de aquellos gustos primeros, que coge vn marido con titulo de esposo; en fin, auia mas de dos años que estaua casado, y aunque es yugo de mucho trabajo por lo indisoluble, passauan suauemente la vida marital, porque quando las voluntades son vna, los gustos reciprocos, la fee se guarda, y el amor se ostenta señor, passan gozosa vida dos casados. En medio, pues, desta bonança començò à originarse vna tormenta, de esta tormenta començaren à

leuantarse motines, de los motines se engendraron grandes inquietudes, de las grandes inquietudes se resfriò el amor, del poco amor procediò vn disgusto, del disgusto se leuantò vn rencor, deste rencor se llenò Iulian tan sin medida, que olvidado del que era, començò à ser otro del que auia sido. La causa de estos efectos procediò de vna sospecha; y vna sospecha fomentada, ya se sabe que concibe tantos zelos, que nacidos, se halla vn hombre impossibilitado de poder sustentarlos (son grandes comilones los zelos.) No puede llegar à mas la miseria, que quando vn marido se halla embarçado destos accidentes. Segura se hallaua Margarita; y aunque en lo desabrido del consorte podia rastroar la enfermedad impaciente, como se miraua libre, dudaua que de ella pudieran tener sospe-  
chas,

chas; que quando vna muger es constante, y fiel, imagino tiene dudas de que pueda auer rezelos de su honor. Muchos dias estuvieron callando, Julian sus zelos, y Margarita sus queexas, hasta que vna noche, que mas apasionado que las otras, mirò Margarita que Julian la miraua con ceño, y que con vn descuido cuidadoso procuraua no mirarla, no pudiendo la mucha razon reportar la lengua, le dixo estas palabras.

Torpes he tenido, señor, las razones que me sobran para aueros dicho antes de aora, si de mi teneis algunas queexas; que las tēgais no dudo, que seràn injustas, ellas lo diràn. Mi voluntad, de de que me desposè con vos, ha sido firme, cada dia mayor, diganlo mis afectos, siempre fiel, diganlo mis obras. Pues concedidas estas dos proposiciones, que sè que no podeis tener con que obscurecer su verdad, què causa teneis para mirarme airado, y para encubrirme la misma ira con dissimulos, por no declararos conmigo? Si me mirais alguna vez alegre, dais suspiros; y quando con suspiros me mirais, os revestis de enojos. Estoy confusa por dudar desta causa, he querido preguntarla, y por aguardar à ver el fin me he detenido. Veo que cada dia se aumenta, miro q̄ ya no me mirais, considero que estais enojado, esto me dà q̄ ima-

ginar si alguno os ha ofendido; y ofendida de vuestro silencio, me atreuo en esta ocasion à inquirir la causa. Zelosa pudiera estar de auer visto estas mudanças, à no considerar que no os diuertis en otros amores; pero no por esto se disminuye mi quexa, antes de pura quexa, està ya hecha sentimiento, pues no puede ser mayor para vna persona fiel, que mirar que no hazen de ella confiança. No la hazeis de mi, pues secreto os quexais, y no sè que me fiais, quando vuestras penas me encubris. En secreto me hazeis llorar culpas que no tengo; y aunque delante de vuestros ojos encubro las lagrimas de los mios, quando de mi los apartais, quisiera pudierais ver lo que me hazeis sentir.

Callò Margarita, y tomando le Julian las blancas manos, le dixo desta suerte: Basten, señora, las queexas que con razon me dais, y cessen ya los justos enojos que de mi teneis, q̄ escuchando la causa de los mios, espero quedarè para con vos disculpado, ya que para conmigo no sè si quedarè satisfecho. Y para vencer de vna vez las dudas de mi pena, y dexar al pecho con desahogos, aunque te he dicho en otras ocasiones la calidad de mi sangre, quiero aora darre cuenta de los nombres, que siempre te he encubierto. Carlos, y Lucinda se llaman los padres que me dieron

el ser, y por ser tan querido de ellos, no quiso mi fortuna que gozara de aquel ser, aunque en auerte hallado ya me rotula la fama con titulos mayores. Saliedo à caça vn tarde ( ay de mi, y con quanto dolor lo cuento!) perdona si me divirtiere, que recordaciones de vna pena hazen titubear à todos los sentidos. Saliedo, pues, à caça, vi vn prodigio, hallè vn aguero, tan anunciador de malas nuevas, que las que me daua eran de llamarme homicida, no menos q̄ de mis padres, vidas de mi mas amadas, que esta que estoy poseyendo, que harto apoyo hago quando esta es tuya. Como mozo me dexè llevar del presagio, casi inadvertido, di credito al aguero; y desesperado, dexando su compañía, vine, à faer de romper impossibles, à gozar la que jamàs mereci. Siendo tu merecedora de la Corona que ya pudiera ser gozaras, yo desvalido de meritos tan altos, probando à sustentarme en mis seruicios, escale por ellos, qual learo atreuido al cielo de tu hermosura. Pagaste de mi humildad, sino es que la llamo soberbia; disteme la mano, y llanastete mi esposa. Dos años te he gozado, siempre reconocido à lo que te debo; y si aora ingrato, escucha la causa, y si fuere poca, castiga mi poca confiança. Soñando estaua vna

noche, sueño es lo que me ha hecho titubear, plegue à Dios que pare en sueños, para que despierto goze en ti lo que en ti me ha dado. Soñaua, pues, que por auer dexado à mis padres, colericos, y vengatiuos me maldezian, y era la maldicion que muriesse de zelos. El sobresalto de considerarme en estado tan triste, quitò el sueño de mis ojos, y dexò libres de sus adormecimientos à mis sentidos. Passè à la luz del entendimiento lo que me iba acordando la memoria; y considerandolo cosa soñada, me tornè à dormir sin genero de cuidado. Passaronse algunos dias, no hize memoria de cosa en si tan friuola, olvidème de todo punto de aquello que mirè sin ninguna sustancia; y quando mas descuidado, comiençan efectos tristes à despertarme: estos seràn, señora, y esposa mia, la causa proxima de mis acedias, porque lo que es el sueño como causa muy remota lo he tenido, y por tal se ha de quedar. Digo, pues, ( y perdona que lo digo ) que la frequentacion que tiene à mi casa el Secretario del Rey, lo que con vos parla, la continuacion con que mis vbrales galantea, despertaron en mi pecho vnas como sospechas, que fueron causa que dudè de vuestra fee, que ya que hablo, claro tengo de dezirlo. Y como viendo

No vuestro valor ( ya se que es mucho ) riñente conmigo mismo mis propios rezelos , puseles silencio , y para mayor castigo hize que el que ya se engendraua en mi pecho pesar , naciera , aunque con rebozo , gusto. No bastò este disimulo para que muriera la sospecha , diò en quitarme el sueño , privòme del gusto , y enojado , ò ya fuesse conmigo , ò ya con ella , quise desmenuzarla hasta que no quedasse para ser sospecha. Comencè à hazer las diligencias como vn zeloso , que entonces no lo estaua , di en mirar vuestras acciones ; contaua del Secretario las visitas , y no hallaua en lo vno , ni en lo otro que reprobar : de dia quise tambien hazerme vigilante centinela para la noche. Y como suelo algunas estar de vuestro lado ausente , ò ya por estar à caza , ò ya por estar ocupado en los negocios del Rey , fingi que me ausentaua por dos noches ; despedime de vos como otras vezes , y quedème escondido en la Ciudad. Sali con la obscuridad à rondar mi casa , y quando imaginè hallarla libre de sombras , la hallè ocupada de mis zelos , que alli experimentè lo que eran. Vi vn hombre que rondaua estos vmbrales , y que à mis propias reñas estaua ya haziendo señas. Y como la honra con vna sombra de agrauio tiene harta justicia para la

vengança , no pude ser mas sufrido ; acometile Leon , y huyò corbarde ; seguile agrauiado , y corriò como huido. Desapareciendose como sombra al rodear vna calle , y quedème solo à sentir mis sospechas. Y por confirmarlas aguardè otra noche , y sucediò lo mismo , y la tercera no quise acometerle , sino que estuve esperando à ver si entraua , ò si tenia conversacion. Ni entrò , ni le hablaron , pero no dexò el puesto , hasta que à los dos nos echò el dia. Fingi bolver de mi jornada fingida ; y desde entonces con aquella sospecha no mal averiguada , si bien no decidida , enfermè de zelos , con los zelos comencè à sentir agrauios , con los agrauios mirè manchada mi honra , y sin honra se murió el gusto , y ya sin gusto no te espantes de mis melancolias , ni te melancolices viendo mis enojos , ni te enojas de mis enfados , ni te enfades de mis secretos tormentos , ni secreta te atormentes por mis males publicos , ò no los publicos , si es que los tienes por secretos.

Con tus propias razones te condenas ( le respondiò Margarita ) y tus propios descargos son defensas mias ; porque si el sueño fue motiuo para las sospechas , y si la confirmacion desta sospecha ha sido sombra , quien duda que tu poca satisfacion te

condena, y quien no ha de ver mi inocencia à vista de tus pruebas vanas? Mas agraviada estoy ahora, mi semblante te lo dize, la razon lo apoya, mi justicia lo causa. En mi vida, señor, te ofendi con el pensamiento con persona alguna; y si he hablado al Secretario (causa de auerme criado en su casa) ha sido, como has visto, siempre tu delante, las razones lisas, las palabras sin rodeo, y no para originar sospechas. Ya las has tenido, y las tienes; calló mi agrauio, y procuró tu quietud; que à ser yo otra, antes tratara de mi inocencia, que procurara tu comodidad. Al Secretario no le hablaré jamás; si huviere nota, procuraremos de huirlo, y si murmuracion por la nouedad, tratarèmos euitarla. Vamonos, señor, à la Aldea, huyamos por algunos dias el bullicio de la Ciudad, que si aqui vès sombras en mi agrauio, allà veràs verdades en mi defensa. No por vna sombra, ò ya fingida de la fantasia, ò ya aparente por otra causa, has de dudar de mi fee, y presumir de mi valor. Que à no mirarte afligido, me mostrara muy agraviada, y à no considerarte zeloso, me vengara ofendida. Curense tus zelos con las pruebas que quisieres, que rebuzadas en mi pecho las ofensas, no las permitirè que xofas, hasta que te muestres con salud à la luz del desengaño.

Gustoso quedó Iulian de oír à su inocente esposa; y despues de auer tenido con ella otros coloquios tocantes à su imaginacion, y ya apagadas vn poco las zelosas llamas, de comun acuerdo determinaron irse à vna vezina Aldea, donde tenian su Palacio para quando se iban à deleytar, ò ya en lo apacible de las frescuras (causadas de mil fuentesillas, y arroyuelos, que aunque pobres, todos juntos dauan bastante caudal para ser rio) ò ya en la espesura de los sotos, preñados de todo genero de caças. Gustosa iba Margarita por dar pruebas de su honor, y contento Iulian, por examinar su sospecha. Ponen en execucion el parecer, dexan la Magestad, y buscan en los retiros lo apacible de la vida. Llegaron à la Aldea, donde les tuvieron los Eabradores muchas fiestas de bayles, y mascarar. Recibieronles, en fin, como à señores, mostrando con estos regocijos la voluntad que les tenian. Passaron algunos dias en compania de sus Aldeanos, y aunque Margarita imaginaua que ya su esposo estaua ageno de zelosas fantasias; Iulian estaua buscando trazas con q̄ sacar en limpio la verdad de su sospecha. Para esto diò en salirse al monte, y estarle cazando dos, y tres dias sin boluer à su casa, todo para assegurar à la que estaua bien segura. Dexaua vn criado en centinela

para que si viera alguna persona que entraua de noche en su Palacio, fuesse por la posta, y le diese noticia. El criado, considerando la poca justicia del señor, como sabidor de la castidad de Margarita, con pocos desvelos le quietaua, quando bolvia sus rezelos vanos. Deziase la verdad, contauale que no iba persona alguna, y para pruebamayor, le representaua la clausura de su esposa, su retiro, su poca conversacion, y su tristeza, quando el estaua ausente. Guisto recibia Iulian con estas nuevas, y mas viniendo siempre temeroso de hallarlas tales, que en haziendo habito vna imaginacion à desluzir la verdad, siempre està con dudas de hallar el conocimiento della.

Quando las cosas vienen dimanadas de lo alto, como los humanos no las alcançan, es imposible que puedan huir las, y sino ay dispensacion Diuina, no pueden euitarlas. Aunque Iulian miraua à la luz de Margarita su desengaño, y aunque el desengaño le dezia su falsa sospecha, y aunque ya la sospecha se mostraua corrida, pues aun le auia faltado la sombra de que començò à originarse (rebozo que fue para que mas se creyesse) con todo esto porfiava en hazer diligencia, que segun las procuraua, parece que gustaua de encontrar con lo propio que le inquietaua. Estando, pues, vna noche ausen-

te, como otras vezes, de su regalada esposa; bien infeliz para todos, pues en lugar de vestirse el acostumbrado manto de luzeros, saliò aun à vista del Sol, cubierta de capuzes, nubes negras, que preñadas de rayos al son de sobervios truenos, dieron à la tierra abortos tristes. En la mitad desta noche, y en medio desta tormenta, llegaron Carlos, y Lucinda à vista del regalado alvergue de su hijo, bien ignorantes de tener hospedage tan propio, y tan pretendido. Auian peregrinado muchas Tierras de España, sin recibir nueua alguna q̄ de consuelo fuesse, porque buscauan à Iulian muy inferior del solio en que estaua puesto. Recojianse siempre en casas principales, y de titulos, porque sabian que la nobleza de Iulian no se auia de pagar, sino de noblezas à quien seruia: y no ay cosa mas triste que quando la sangre degenera del blason con que nació. Pues como huviessen tenido noticias en otra Aldea circunvezina, donde imaginaron hazer noche, de como los señores de toda aquella Tierra, cuyos nombres eran Iulian, y Margarita, estauan retirados en la casa de placer que hemos referido, encendiendose los deseos de oir el nombre que tanto querian, y aumentandose las ansias, por ver la persona en quien se empleaua, se determinarò (el Cielo lo permitiò) de passar.

adelante, sin que el luto de la noche les diesse temor, ni la fatiga del cansancio les pudiesse estoruo. Cogiòles la tempestad en vn paramo sombrío, y espantoso, y aunque parecia aguero, lo juzgauan buen pronóstico, de que auian de hallar lo que buscauan, sin que los embarazos de las nubes pudiesen ser impedimento. Llegaron, pues, à media noche maltratados, y llenos de agua; y aunque el verse assi les pudieran poner temor para no atreuerse à llegar al Palacio, fino acogerse en algun pobre Labrador, allanò el valor esta dificultad, bien facilitada ya de la prudencia, porque vn villano, aunque misericordioso, ignora la cortesia, y no abre la puerta à todas horas; y vn Cauallero, aunque quiera ser cortès, es obligado del valor, para que abra las puertas à la piedad. Dieron algunos golpes, acompaña los de suspiros; y como Margarita estaua despierta, y bien llorosa de ver con tal tempestad ausente al amado, juzgando que seria èl, respondiò con prisa, mandò que abriessen, y aunque no hallò al que aguardaua, se diuirtió vn poco mirando las estampas viuas del que queria. Moviòse à compasion, y conociendo en sus palabras la nobleza que encubrian, haziendo cerrar las puertas, mandò à sus criados que les diessen cama donde descansassen.

Mudaronles la ropa, dieronles à cenar, y muy inquieta Margarita, por saber ya quien eran los que con regocijos la inquietauan, despues de recogidos todos los criados, se fue al aposento de los peregrinos, y saludandolos de nueuo con mucho cariño, y agassajo, les pidió como por merced la hizieran sabidora de quien eran. Lo propio que Margarita queria oir, estauan ya Carlos, y Lucinda deseosos de contar, porque ya estauan los corazones de todos baraxandose por descubrir la verdad; y assi, hallandose en el parecer conformes, Carlos deseoso, gustosa Lucinda, y Margarita atenta, en palabras breues, por escusar preambulos, y bien sentidas, aunque escusando sollozos, hizo Carlos relacion de quien eran, de lo que buscauan, y de los trabajos que auian padecido. Y apenas con vn suspiro puso fin al discurso, quando dando mil gritos de placer, les echò Margarita al cuello los brazos, diziendo estas palabras: Ya padres, y señores míos, auéis llegado al deseado puerto que buteais, ya de todas las tormentas es la de esta noche la que ha de dar fin à nuestras fatigas, y desde esta hora son estos brazos, y los de mi esposo donde descansaréis perpetuamente. Cessen vuestros trabajos à vista de la que no os merecia por padres; deteneos vuestros lloros en presencia:

cia del regalado hijo que engendrasteis, vayanse las inquietudes, quando con tranquilidad, y bonança pondremos à vuestros pies los frutos de vna Corona, mi tio la gouerna, y Iulian la manda, su valor la mereció. quando èl no la mereciera, y yo se la grangeàra, à no tenerla èl adquirida.

De modo, que he dicho otras vezes que para entender largos discursos de vn ahogo, y prolongados efectos de vn fracaso, basta descriuir sucintamente la causa, dexando el discurrir por ella: al que entendiendo la lee, y al que advertido la escucha; assi de la misma suerte para significar vnos placeres sin medida; y assi, imaginados por lo muy crecidos, basta saber lo que dilatadamente hemos dicho, y considerar lo que acabamos de dezir. Carlos, y Lucinda juzgauan sueño lo que mirauã verdad, y Margarita, viendo tan valido al placer, juzgaua que era mentira. Buen rato se diuirtieron en alegrias, hasta que se dieron por satisfechos; y Margarita, por experimentar la primera satisfacion que tenia, tomò por las manos à Carlos, y à Lucinda, y lleuòlos à su propio aposento, deseosa de que hallasse Iulian en vna misma cama tres prendas tan queridas. No quisieron mostrarse fuertes à lo regalado del fauor, obedecie-

ron en todo, y acostaronse en su lecho. Porque pudieffen dormir, quiso Margarita dexarlos solos, saliòse à otra pieza, y corrióles las cortinas de la alcoba, y cerrò la puerta de la sala; pero el mucho contento impide muchas vezes el reposo, ya que no el descanso; y assi, entre los muchos gustos, parece que ni les da ua placer la arquitectura del Palacio, ni sentian quietud entre las olandas olorosas. Quando el Alva despertaua, se quedarian dormidos; y à este tiempo, dexando Margarita el sueño, que apenas auia quebrantado, despertò à dos criados, y embiòlos à buscar à su esposo, sin darles razon de lo que le aguardaua. Tocaron à esta hora à la Misa del Alva (diuino desayuno de los Labradores) y viendose tan deudora al Cielo, por el fauor rico que le auia dado, quiso disfrazada ir à su Templo, y atendiendo al Celettial Sacrificio, darle muchas gracias. Què buenos intentos! què buenas madrugada! què feliz pensamiento! què voluntad Christiana! En medio de vna tormenta, à vista de vn peligro, y à los pies de vna desgracia, todos se acuerdan de Dios, con voces le llaman, con promessas se le ofrecen; pero en medio de regocijos, y contentos deslizarse de ellos, como por vn lado para ir à darle gracias al Autor que los

ambia; este se conoce por zelo verdadero, y afición reconocida, pero effotra mas parecè amor forçado de los temores que representa el peligro. Pero acudase à Dios, ya sea en las felicidades, ya sea en los peligros, que siendo contritos, hallatèmos siempre paciente su misericordia.

Acompañada, pues, de vna criada, saliò Margarita por vn secreto postigo, y llena de deuocion, se fue à la Iglesia; y mientras ella escucha palabras Diuinas, y assiste à Misterios altos; y en tanto que Carlos, y Lucinda cansados de luchar con el contento, rendidos al sueño, toman algun reposo, vamos à ver lo que haze Iulian solo en vn bosque, abrumado de las pluvias, y fatigado de la hambre. Como le cogiò la tormenta muy apartado aun de la cabaña de vnos pastores, no hallò quien le diera alvergue, sino fue el abrigo que pudo coger en las entrañas de vnos troncos, caducos ya del tiempo, y secos con la mucha edad. Así estuvo hasta que cesò la tempestad; y hallandose como sin rezelos que antiguos le affligian, se dexò llevar de vna imaginacion zelosa: abridle camino en el alma, fomentòla cõ apariencias, diòle credito como à verdad, y començò à quejarse. Sin duda (dize) que Margarita me es traidora, pues el Cielo me lo significa con estos presagios,

Yo tuve rezelos con harta causa; por evitarlos, me vine de la Corte; sombras que allà vi, aqui han faltado; diligencias que aqui he hecho, poco me han servido. De criados me he fiado, y he hecho mal, pues fuera mejor por mi solo quietarme viendo la inocia, ò vengarme hallàdo el agrauio. Muchas noches me he quedado en estas selvas, aguardando quando me auian de traer las nueuas de mi deshonra: hasta ahora he conocido por vanas mis diligencias, pero ya esta vez siento en mi pecho rasgos de infamia. Sin duda es esta noche la de mi agrauio. Zeloso lo digo, pero las causas despiertan estos rabiolos efectos. Margarita es buena, pero tal vez por medio de pechos inocentes, se castigan pecados ajenos. Yo me veo lleno de culpas, neguè el paterno amor, mostrème inobediente, maldixeronme mis padres, alcançanme las desdichas; y como la mayor es aquella que toca en el honor, quizás aunque sea Margarita santa, la diuertirà mi pecado, para que ofendiendome ella, muera yo à manos de mis justos sentimientos. Y para conocer vna verdad tan clara, aunque se engendrò sospecha, que tengo sin mirar los presagios, y congeturas, que como anuncios verdaderos me representa el coraçon; quando me despedi de mi esposa,

no me habló tan afecta como otras veces, y aunque entonces no lo senti, pensando era sentimiento de mi ausencia, aora corrijo aquel entender que tuve, y juzgò que no era sino premiada de mi agraviò. El criado de quien me fiaua no me alabò como solia, al subir en el cauallo se quebrò el estriuo, al salir de casa tropezò mas de dos vezes. Quando lleguè à este monte, no hallè fieras: quantos tiros he tirado, no han hecho operacion alguna: quando començò à anohecer, vistiò luto la Luna, y se pusieron capuzes las Estrellas. Rayos han lançado las nubes para impedirme la vengança. Pues con tales anuncios, con tales presagios, que espero q̄ no voy à confirmar estas sospechas? Que aguardo que no voy à vengar mi deshonra?

Metido en esta batalla de confusiones, y anegado en este mar de desconfianças, començò Iulian à toda priessa à caminar à su casa. Como estaua algo apartado della, y luego con aquella desconfiança juzgaua por imposible la llegada. Los passos se le antojauan léguas, los momentos horas, pereza la prisa, y torpe la diligencia. No encontró à ninguno de los mensageros q̄ Margarita auia embiado; no lo permitió el Cielo, porque corrian por su mano estos suessos; llevauan algo de castigos, y así se detquadernavan los impedimen-

tos. Al tiempo, pues, que salió Margarita por el postigo (que era entre dos luzes) llega Iulian despechado à las puertas principales; mira si están abiertas, y halláolas cerradas, antes de abrirlas, rodea los cantones, dà buelta à toda la casa, y viendo todos los passos desocupados de sombras, aluiada con esto vn poco la sospecha, prosigue ligero à inquirir lo abrasado de sus zelos. Con vna llauè maestra halla la entrada patente, llega à vn zaguan algo espacioso, halla vna luz; y muertos à los rayos della todos los alientos, revistiendose el dolor de nueuas iras, discurre por la casa, previniendo venganças. No quiere despertar à nadie (razon advertida en medio de tantos ahogos) porque à voces de criados se disminuye el castigo, y se aumenta la afrenta. Los mas culpados se fingen inocentes, y los ignorantes del suesso buscan su justicia cò descubrir la maldad. Por esto Iulian quiere buscar solo la causa que le affige; y así, tomando en la vna mano la luz, y en la otra llevando desnudo el estoque, endereza los passos al lecho de su esposa. Elega à la antefala, y hallando en ella otra luz, queda como difunto puesto entre los candeleros. Y aunque se ve metido entre dos luzes, no está entre dos luzes la verdad de su sospecha, porque à vista de luz tanta

maí le pudiera hazer noche vn robo de honor, como el que tenia fraguado en su idea. Mira por la sala, por ver si ay mas indicios en su agrauio, porque para casos graues, aunque aya testigos luzes, tiene obligacion el Iuez, antes de dar la sentencia, de mirar si ay indicios vrgentes que contesten con sus dichos; que tal vez se engañan vnos ojos, y apasionada la razon, fuele cegarse. Iamás faltaron pruebas para vn fracaso, y para indicios deste, repassa Iulian entre sí mismo las luzes para la casa à tal hora, las puertas de los Palacios parentes, y abiertas, vestidos de Margarita mezclados con otros que mira agenos, sombrero mira, y no suyo, junto al tocado capa de color descubre en vna filla, medias de camino halla puestas sobre vn taburere. Con pruebas tantas ya dà su agrauio por manifesto, y con señales tales ya se publica ofendido.

Puesto en lance tan fatal el afligido Cauallero, pone la luz sobre vn bufete, y con passos acelerados quiere llegar al lecho à descubrir su agrauio. V à à executar estos impulsos, y casi ahogado el coraçon, reprime los alientos. Vn temor elado es remora de los pies, la sangre fria tiene ya torpes las manos. Enojase consigo mismo de verse temeroso; despierta nuevas iras de verse compasiuo, y mirando tan

presente lo que juzga agrauio suyo, queda dispuesto à atrastrar misericordias. Rompe las dificultades que le causa el temor, corre la cortina de la alcoba; y mirando, aunque ciego del enojo, que son dos personas las que ocupan su lecho, y juzgando à Lucinda por Margarita, y à Carlos teniendole por adultero, sin dexar que desembraçasse la colera la ceguedad de su vista, leuanta el braço, y de dos estocadas quita dos vidas, que fueron causa de la suya, con dos heridas mancilla dos almas, y con dos golpes dexa muertos sus padres.

Bien sè que el Lector doblarà aqui la hoja, y suspena la voz, se pondrà à pensar las lastimas del fracaso. Yo tambien sumergido en vn mar de confusiones, apenas acierro à gouernar la pluma, mirando ya cumplido el aguero, considerando à Carlos, y à Lucinda dando buelcos en su misma sangre, viendo à Iulian hecho cruel patricida. Tantos lloros por vn hijo, tantas lastimas por hallarle, y Margarita descuidada oyendo *Missa!* y que ocupacion tan santa parece que ha dado lugar à la ruina! Quando mas leuantado en Diuinas cõtemplaciones se hallò el Apostol de las Gentes, escriuiendo à los Romanos, tomò la pluma, y en el capitulo onze dixo en vna admiracion estas admirables palabras: *O altitudo diuinarum sapientiarum*

*Scientia Dei, quam incomprehensibilia sunt iudicia eius, & inuestigabilis via eius!* O cumbre, y grandeza de las riquezas de la sabiduria, y ciencia de Dios, y què incomprehensibles son sus juizios, y que ocultos, y escondidos son sus caminos! Pues si el Apostol San Pablo, con voces Catolicas, confiesa que no ay humano entendimiento que pueda comprehender los justos juizios de Dios, què tenemos que andar echando juizios de que porquè permitira tan seueras muertes, quando es causa el estar Margarita ocupada en asistir al Santo Sacrificio de la Misa? Y si sus caminos son escondidos, inuestigables, y que no se pueden rastrear, què tenemos que hazer admiraciones de que por tan varios modos, y caminos se aya cumplido vn pronostico infeliz?

Desde el principio desta obra he ido ponderando que las persecuciones de Lucinda, las tragedias de Carlos, y las fatigas de los dos procedian por genero de castigo que Dios les embiaua; à Carlos, porque fue causa de que con sus agasajos, y fauores hazer que la Dama inadvertida, rompiendo los fueros de noble, perdiessse la obediencia al padre, y huyendose de su casa, mancillasse con sombras de deshonor toda su familia, y profapias; y à Lucinda por apartarse de los

propositos castos de perseverar virgen, dexando el talamo de Christo, à quien se ofreció, y llegandose al de Carlos con afectos maritales de cariño. Pero su puesto que Dios castiga siempre misericordioso, no hemos de dezir, que el castigo seuero que hemos visto, procede totalmente por aquellos descuidos, y mocedades, sino porque quiere Dios por estos modos mostrar à vezes muchas marauillas. Esto lo hallarèmos verdad en aquel lugar del Euangelio, quando llegando à los pies de Christo vn hombre ciego de su nacimiento, le preguntaron los Discipulos, si la causa de auer nacido aquel hombre ciego auia sido por pecados suyos, ò por pecados de sus padres, y Christo le respondiò, que ni èl, ni sus padres pecaron, y que el auer nacido ciego, fue, porque se manifestassen las marauillas de Dios; y assi, diziendo, y haziendo, puso le vn poco de lodo en los ojos, y le diò vista, assi lo refiere San Iuan en el capitulo nueve de su Coronica Euangelica. Pues de la misma manera, si preguntaren algunos curiosos, si fue pecado de Julian vn castigo tan lastimoso, como matar à sus padres, ò si fueron culpas de los padres el venir à morir tan desastrada, y desdichadamente à manos de su propio hijo; podrèmos responder, q̄ en rigor, ni fue por lo vno,

ni por lo otro, sino porque con estos sucesos, quiere muchas vezes Dios mostrar maravillas suyas. Porque como allá nacer aquel hombre ciego, fue causa para que Dios obrara con él aquel milagro, dimanando de allí la conversion de muchos; y así, aquí matando Julían à Carlos, y à Lucinda, padres que tanto amaba, viene à ser causa que ellos vayan con purgatorio desta vida; y el asombro de el suceso, se aparte de las inquietudes del siglo (como diremos luego) y en soledad amena haga al lado de la bella Margarita vida celestial.

Muchas consideraciones remito al juicio dei piadoso Letor, como en cifra parece se pueden colegir de lo dicho; y solo advierto, que ya que este suceso no aya sido culpa del inocente Julían; con todo, parece pena de sus desordenados zelos: quien tiene calta espesa, deshaga con la prudencia las sospechas, porque tal vez buelve Dios con semejantes castigos por pechos inocentes. Con esto cerraremos el discurso, y passaremos à la vltima persecucion de Lucinda, que aunque ya la dexamos muerta, es la mayor la que le queda por passar.

## PERSECUCION VIII.

*Cuentanse las lastimas de Julían, conocido el yerro; el irse con Margarita, y aparecerse Lucinda à su hijo Amador, con el fin de sus persecuciones.*

**C**umplido el infeliz pronostico, executada por manos de Julían la fatal tragedia, dexando à Carlos, y à Lucinda hechos cadaueres frios entre su inocente sangre, quedando ya degolladero las mallidas plumas, funebre tumba el dorado lecho, y sangriento sepulcro la guarnecida alcoba, sale el engañado homicida, apaga las lu-

zes, cierra la puerta de la sala; y limpiando el estoque, con acelerados passos, descende al patio, donde dexò el cavallo, y teniendo ya el pie en el estriuo, con intentos de salirse huyendo sin dar cuenta à nadie de la casa, y llevarle la llave al Rey, y hazer vna demonstracion heroyca (tal era su engaño) ver que le sale al encuentro Margarita, que festiva,

y gozosa venida de Miffa acompañada ya de la luz del dia, que en crepusculos matutinos se publicaua desde los balcones del Oriente. Dexase al principio llevar de vn sobresalto, viendo aquel hombre en su casa; y cobra todo el vigor conociendo que es Julian, el qual, quando la ve entrar cobra alguna pena; y quando en la voz conoce que es Margarita, y ve que con bienvenidos se llega à abraçarle, pasmãdo se mira, confuso suelta las riendas, y inadvertido pone mano al estoque, y ponese en defensa. Juzga que es fantasma, quiere impedirle la salida, y las que escucha ternezas, piensa que son engaños, procura encontrar la puerta para poder escaparse. Y Margarita confusa ya de estos extremos, sin temer los acerados filos, que mira amagados à su pecho, se abraça de Julian, y desatando la lengua la voz, y de los ojos dos fuentes de aljofar, le dize estas palabras.

Hermano, y dueño mio, porquè te apartas de mi, quando no te he agraviado? Porquè con tales ademanes te retiras, quando no te he ofendido? Si acaso con tus antiguas sospechas procuras hazerme culpada, porque me hallas antes del dia fuera de casa, no castigues presuroso antes de escuchar los descargos. Reporta la colera que tienes, y despide el sentimiento que te acompaña,

llama à los regocijos, y ponles silencio à los pesares; anima contentos, y apaga pesadumbres; despierta alegrías, y mata sentimientos. De Miffa vengo, bien mio, de Miffa vengo à esta hora, que para poder mejor celebrar tus glorias, quando vinieras à mis braços, quise primero defayunarme con assistir à tan alto Sacrificio. Esta es la verdad, Dios estestigo; y porque se que en prueba no has de poner duda, no quiero dilatarte mas lo q te ha de dar tantos gustos, y contentos. Ven conmigo Julian, y veràs en nuestro lecho à tus regalados padres Carlos, y Lucinda, que sin perdonar trabajos, sin temer peligros; y olvidados de sus riquezas, te han venido buscando por remotas Prouincias.

Fue tan penetrante este golpe para el pecho de Julian, que degollados à vn instante todos los alientos, aun para rendirse al desmayo no le quedaron fuerças. La espada se la cae de las manos; y sin poder valerle Margarita, mide con su cuerpo el duro suelo; la vida suspende entre mortales ahogos, la muerte parece que se teñorea en cuerpo q aun tiene vida. Como esta Margarita ignorante de el fracaso, piensa que procede el desmayo de contento: mandale à la criada que despierte à la gente, à sus voces todos acuden al instante, mandales que lleuen à Julian à su

su cama , para que en brazos de los que le engendraron cobre el aliento perdido : pone se en execucion el mandamiento, y Margarita se adelanta à despertar à sus padres. Mas que poco à poco se va bebiendo vna pena, quando sucede vna desdicha. Hallando cerrada la sala, y quitada la llave, se anega Margarita en vn mar de confusiones, echa mil juizios, diuertese en imaginaciones, y sepultase entre mil cuidados. Pien sa por vna parte, si avrà sido engaño de algunos que se avrán querido hazer padres de Iulian, para que hallando la ocasion acomodada, robarle las riquezas, y huir con ellas : por otra parte imagina si Iulian, mal informado de los criados que fueron à llamarle, pensando serian personas sospechosas, los encerrò de aquella suerte, hasta averiguar la verdad. Duda por vna parte, si procederà su desmayo por aver hallado robada la casa; duda por otra, si serà por averla hallado à ella ausente. Todo quanto imagina le parece posible, y con nada de todo se quieta el coraçon. Acomoda el oido por el resquicio de la puerta, no oye nada, y confusa se fatiga, mira por el hueco de la cerradura si la luz aun se està en la sala y viendo que ya està muerta, y que todo està obscuro, rasgadas las estrellas de sus ojos, le pide à Dios misericordia. En estas es-

tancias buelve Iulian en su acuerdo, y mirando à Margarita casi desmayada en la puerta de la sala, y viendo à todos sus criados que llorosos le circundan, lançando de lo intimo del coraçon suspiros ardientes, les pide que no lloren hasta que èl les aulse. Saca la llave del seno, abre la puerta, pide vna luz, y enderezando los passos à la cama, contempla el espectáculo, y conoce que son sus padres los que ensangrentados mira. Aporrea la luz por las paredes, y abraçase de los cadaveres frios; y aunque segunda vez iva à desmayarse, recaba del dolor vn poco de aliento para que xarse primero desta suerte.

Ya, padres mios, por darme esta vida ( nunca me la huvierais dado ) os he quitado las vidas; ya veo executada la causa porque me ausentè de vosotros, ya miro derramada vuestra sangre, sin hallar de quien tomar vengança; ya os contèplo muertos à mis ojos, sin poder determinar si yo estoy viuo. Lo que no os puedo dar os he quitado, difícil restitucion en tal materia, lo que me disteis os he agradecido desta suerte, desdicha sin remedio en coraçones humanos. Como pagarè quitandome vna vida miserable que me disteis, dos vidas de tanto precio como las que os he quitado? Como mandome quedarè satisfecho, sine

¿fino he sentido vn castigo digno de mil sentimientos? Como morirè consolado, si aun no puedo ya pedir perdon à quien tanto he ofendido? Y como con ofensas tales me atreuera yo à pedir misericordia à padres tan agraviados? Ea, aborten mis ojos rios caudalosos de lagrimas tristes, bomite mi coraçon entre animados suspiros pedazos de la vida que me queda, hagan alarde en mi pecho todos los pesares, baraxense confusas todas las tristezas, discordes vnas con otras comiencen à atormentarme: no sea sentimiento el que no me hiriere, no passe plaza de pena la que no me abogare. Ea Margarita, si acaso estàs para oirme, porque ya te considero desmayada, no repasses penas mias, sino prestandome las que tienes, dexame à mi solo que las passe todas. Si mi pesar es justo, juzgalo tu propia; si con causa lloro, la razon lo publique. Ea consorte querida, dame tu bendicion, para que muera con algun consuelo, dame los vltimos abraços, si quiera para que quando mi alma se despida, se quede en tu pecho. No regatees este fauor, quando miras cercana mi muerte; no muestres desden, quando ves que no tengo ya lugar de hazerte alhagos. Ea, amigos, los que me escuchais, sabed que soy homicida de mis padres; estos que mirais atrauesados, son los que me

engendraron; estos que ya veis muertos, son los que he ofendido. El delito es atroz, no podeis ignorarlo, si merece plenarios castigos, ellos se amenazan. Pues què hazeis, que al instante, trayendo todos de mi, no me quitais la vida? Sino os atreueis como criados, jurisdicion os concedo ya como à señores. Ea, pues, hazed de mi vna cruel justicia, desinquadernadme en vn potro miembro por miembro mi cuerpo, ponedme en vna escarpia à vista de todo el vulgo, assestadme luego vna nube de penetrantes factas, saquen ardientes tenazas pedazos de mis carnes; y esto executado, dexadme en el campo como à bruto, para que se apacienten las aues. Contadme despues al Rey mi tragedia, y divulgad por todas las Prouincias el fracaso. Llorosos os miro, y palmados os contemplo, conocidas señales de que no hareis lo que os pido; pues no os dè pena, que estas manos que tuvieron alientos para executar dos muertes, tendrán sobrados brios para quitarme esta vida.

Quando Margarita siguiendo à Iulian, mirò el espectáculo sangriento, cubierta la cara con vn desmayo, se quedò con el dolor amortecida. Iulian se puso à llorar, y confusos todos los criados, mudos vnos con la pena, y otros rompiendo la voz por medio del sentimiento, comiencan à ba-

rajarse por la cara, vnos acuden à remediar à Margarita, otros mas animosos se cercan de Julian: vnos ignorantes del suceso, preguntan la causa; otros de ella entendidos, se llegan à ver el lamentable fracaso; vnos desmayados se retiran, otros confusos despiertan el llanto. A los lamentables ecos acuden los Labradores; vnos que ya estauan en su trabajo, desamparando las hazien- das; otros, que aun estauan dormidos, desocupando los lechos; vnos sin acabar de vestir, y otros poco menos que desnudos. Mezclanse llantos con llantos, y en medio de tanta grita es mayor la confusion. Medido viene aqui aquel lugar del Principe de los Poetas Latinos, quando descubriendo la ruina de Troya, embarazado ya con tantos incendios, viendo que en lo que auia relatado se quedaua muy corto, juzgò que satisfacia preguntando lo que no acertaua à ponderar, y dixo:

*Quis claudem; & illius noctis,  
quis funera fando  
Explicet? aut possit lachrymis  
equare dolorem?*

Quien serà (dize) de pecho tan desahogado, que acierte à articular palabras, para contar la destruicion de aquella noche (ò digamos de aquella madrugada) y para referir muertes tan sangrientas? ò ya que aya quien pueda ex-

plicarlas, como podrá con lagrimas mitigar tanto dolor?

Al tiempo que Julian ponía fin à las quejas, y loco del sentimiento, desnudaua vn puñal para vestirse en su pecho, bolvió Margarita del desmayo, y con fuerças varoniles, detiene el brazo al cóforte, ayudanla los criados, y todos con mil lastimas, procuran disuadirle del desesperado intento. Sacanle de aquella sala, lleuanle à otra pieza, donde à ruegos de Margarita comienza à sujetarse à la razon, mandandoles à todos que pongan fin al llanto, y q̄ no divulguen el suceso. Esto obedecido, haze que pongan los cuerpos difuntos en vna enlucada caja, y que sin solemnidad ninguna la depositen en la pequeña Iglesia de la Aldea. Despues, llamando à dos Capellanes de quien podia fiarse, les entregò, con mucho secreto, vna grande suma de dinero, para que lo despendan en Missas por todo aquel distrito. Llega la noche, y recogidos todos los criados, fingiendose dormido, aguarda que se duerma Margarita, y quando le pareció q̄ ya lo estaua, leuántase muy en secreto, dexa su lado, y vístele muy aprisa el vestido de peregrino que auia lleuado su padre. Al punto, pues, q̄ abre la puerta del Palacio, despierta Margarita, y hallandose sola, dexa la cama, y comienza à dar voces, llamando à Julian, el qual quando vió q̄ era

menos inconvéniente descubri-  
se à ella, que no dar lugar à que  
lo entendiessen los criados, res-  
pondete presuroso, y hechos sus  
ojos fuentes, le dize estas amo-  
rosas patabras: Margarita queri-  
da, no imagines que voy à deses-  
perarme, que ya estoy muy en  
mi acuerdo, y arrepentido de lo  
que quise intentar. Voy me em-  
pero, esposa mia, donde jamás se  
sepa de mi nombre. De ti me  
aparto, que es lo propio que de  
mi vida, à hazer voy penitencia,  
que es lo que tengo obligacion:  
por dexarte me pesa, pero no  
puede ser menos: no me impidas,  
te ruego, porque no he de obe-  
decerte, gobierna tus Estados,  
pues tienes prudencia; dale cuen-  
ta al Rey tuio de mi desgracia,  
à su lado passa mi ausencia, como  
si fueras ya viuda.

Ay Julian, dueño mio (le res-  
ponde Margarita) y que poco sa-  
bes lo mucho que te quiero; pues  
has de advertir, que quedarè  
muerta à tus pies antes que de lu-  
gar à que de mi te apartes; y si  
es que estàs determinado de ha-  
zer lo que me dizes, llevame en  
tu compañía, y pobres, y peni-  
tentes vamos adonde quiera. Es-  
to me has de conceder, y serè  
muda en obedecerte, y si dexan-  
dome te piensas ir, me harè toda  
lenguas en descubrirte. No quie-  
ro otros bienes, ni otras rique-  
zas, sino à tu lado passar la vida,

que serà gustosa, y apacible es-  
tando en tu compañía; y ausente  
de ti, todo me ha de ser muer-  
tes, y tormentos. Fueron tantas  
las lagrimas, y los ruegos tantos,  
que apiadado Julian (marido en  
fin) no quiso dexarla sola; y así,  
haziendo que se vistiese las ro-  
pas de su madre Lucinda, se sa-  
lieron à media noche, dexando  
vna carta escrita para el Rey, en  
que le dauan cuenta que no se  
cansasse en buscarlos. Disfraz-  
dos desta suerte, y como pobres  
Romeros se embarcó para Ro-  
ma. Quiso Julian confessar al Su-  
mo Pontífice su culpa, nacida de  
la mucha inadvertencia. Absuel-  
to y a della, determinò visitar su  
antigua casa. Fueronse à Napo-  
les, y de alli à la Quinta; y sien-  
do informados de como los seño-  
res, Carlos, y Lucinda se auian  
partido de alli muchos años ania  
en busca de vn hijo suyo, llama-  
do Julian; renovaron sus senti-  
mientos, y partieronse al monte  
à passar sus vidas con aspera pe-  
nitencia.

Emboscados en la espesura se  
hallaron perdidos vna tarde, sin  
poder hallar persona de quien  
informarse, quando por per-  
mision del Cielo, les sale al en-  
cuentro Amador, que camina-  
ua à su Hermita. Alborozanse  
los dos con su presencia, y el pe-  
nitente Sacerdote, aunque rego-  
cijado por vna parte de verlos,

se queda por otra parte muy confuso de mirarlos, reconociendo que son los vestidos sin diferencia alguna, de los que llevauan Carlos, y Lucinda. Vna, y mil vezes los mira, diuertiendo el pensamiento à diuersos juizios, y por salir de vna vez de confusiones, tomándolos por la mano, despues de auerse saludado, los lleva à su pequeña morada, donde cõ muchos ruegos les pide relacion del processo de sus vidas. Lançando mil suspiros, y derramando lagrimas, comienza Iulian à referir sus tragedias, haziendo parentesis de irreparables sollozos, y tal vez interrumpiendo los discursos con los ahogos del entendimiento. Por los principios conoce Amador que es Iulian su hermano el que tiene presente, por los medios queda bien entendido que es su cuñada Margarita; y en escuchando los fines, son tantas las angustias de que se le cubre el alma, que està pidiendo diuinos auxilios para no desmayarse. Bien entēdida de Amador toda la tragedia, llora con los dos amargamente, sin darle à conocer, por no aumentar el dolor. Al vergōlos aquella noche, y en amaneciendo otro dia, vistos sus buenos intentos, los encamina à la margen de vn pequeño rio, passò comun de caminantes, donde en vn Hospital que alli estaua, les aconseja que pueden ha-

zer obras muy meritorias. Obedecieronle Iulian, y Margarita, y despedidos de Amador con tiernos abraços, entraron por enfermeros en aquella casa, en cuyo seruicio perseveraron toda su vida. Los trabajos que passaron fueron tantos, tantos los meritos que adquirieron, tantos los silicios, y mortificaciones, tantos los ayunos, y penitencias, que acabaron santamente, dexando mancillados à quantos les conocian:

Quien podrà referir los sentimientos de Amador, quando solo se puso à repassar por menudo el monton de penas que auia tragado? Y viendo, como prudente, que rasgar sus ojos con el llanto, no aprouechara; que desmenuzar como loco los vestidos, no sirue; y que maltratar su rostro, no es de ningún momento, leuanta al Cielo el espíritu, y arrobado en diuinas contemplaciones, le pide à Dios le revele si murierō sus padres en estado de salvarse. Para que tengan buen despacho estas peticiones en el Tribunal supremo, añade silicios à silicios, perpetua los ayunos, y dobla las disciplinas. Oye Dios sus ruegos vn dia que le ve embebido en mentales oraciones, le dà licencia à su madre Lucinda q̄ le anuncie el estado de sus penas. Aparecese la Dama puesta en vn globo de fuego, que con llamas abra-

abrasadoras la consumia, y condensos humos la atofigaua, tan otra de la que fue, que por brujulas de las facciones, apenas se diuisaua vn rasguño de lindeza; las carnes tan denegridas, que ya parecia carbón lo que en otro tiempo sustentò plaza de nieue; la cara tan macilenta, que eran muertas cenizas las mexillas que se llamaron rosas; los ojos tenia tan consumidos, que apenas eran luzes, auiendo sido hermosos soles; la boca tan en borron, que lo que fue clauel, era ya gualda, y las que se nombraron perlas, apenas parecian dientes. Y finalmente, tan sin ornato la cabeça, que grifos los cabellos, auiendo nacido antes liebras de oro, eran horribles à la vista. Desconociò la Amador, viendo tan trocadas las señas; y por salir de presto de tan espantosas confusiones, le pregunta, que quien es, y lo que quiere? Con vn profundo suspiro, le respondiò desta suerte: Tu madre soy, hijo mio, tu madre Lucinda soy, que por ruegos tuyos me permite el Cielo que te hable. No te atemorize el verme desta suerte, que aunque cercada de penas, y rodeada de tormentos, vivo con aquellas esperanças de gozar de la Gloria. Ya Carlès tu padre habita en ella, porque le fue purgatorio la muerte desastrada. Yo le acompañara tambien, à no auer sido mayores mis culpas; en castigo

de las quales permite Dios que padezca estas temporales penas, ya que por mi contricion, y confesiones quedè libre de la eterna, que merecia. En el Purgatorio estoy, donde te prometo que passò tantos dolores, y sufrò tantas angustias, que tengo por sin duda, que fuera de no ser eternas, no son mayores las de los condenados. Yo estoy condenada à estos tan terribles tormentos por muchos años, cuya consideracion no es la pena menor de las que padezco; mas ya con la esperança, con que à tus pies me postro, espero gozosa ir con breuedad à las moradas Celéstiales. Ya veo que querràs saber la causa de esta sentencia; muchas pudiera dezirte, mas quiero callarlas, porque las vnas ya están purgadas con las afficciones que en esta vida he passado, y las otras son muy menudas para poder referirlas; y assi, solamente dirè la principal, y es, porque al tiempo de la concepcion te maldixè, ofreciendote con voluntad determinada à los espiritus infernales. De ellos, como sabes, te librò Camilo, y despues de auerte criado, te constituyò en la dignidad Sacerdotal. Por esta maldicion passò estos tormentos, si de ellos quieres, como buen hijo, libratme, haz por mi lo que aora te dirè. En estos treze dias continuos procuraràs dezirme treze Milas Votiuas, que se-

serán las siguientes: La primera de la Encarnacion, la segunda del Nacimiento de nuestro Redemptor Iesu Christo, la tercera de la Cruz, la quarta de la Resurreccion, la quinta de la Santissima Trinidad, la sexta de la Ascension, la septima de la Assumpcion, la octaua de San Agustin, la nona de Santo Tomás, la dezima de San Laurentio, la onzena de los Martires, la docena de las Virgines, y la vltima de los Confessores, y en todas diràs la Oracion de Nuestra Señora, y de Difuntos; y haziendo esto, veràs las glorias que me causas, y advertiràs las penas de que me libras. Tu madre soy, no me olvides, ya que por tus virtudes me concede Dios alcance con treze Missas lo que con treze mil no fuera bastante.

Apenas acabò de dezir estas palabras, quando se desapareciò Lucinda, quedando Amador con mil regocijos espirituales. Diòle à Dios muchas gracias, y con feruorosos deseos, singular deuotion, y leuantamiento de espíritu, puso por la obra quanto su madre le auia rogado: dixole las treze Missas, si bien es verdad que acerca desto ay muchos pareceres, pues no ha faltado quien diga que fueron treinta. Pero como desta materia hasta oy es poco, ò nada lo que ay escrito, hemos de conformarnos con la tradicion antigua, ò costumbre in-

memorial que ay principalmente en los Conventos de llamarle el trezenario de San Amador. En muchas Iglesias he visto tablas muy antiquissimas que refieren esto mismo; y aunque no he podido descubrir otra claridad, lo tengo por mas verdadero. Mas supuesto que los que quieren que sean treinta, es que añaden à algunas de las solemnidades referidas dos Missas, y à otras tres, y deste modo trezenario se viene à quedar de qualquier manera, en quanto al numero de las Festiuidades, ya que no sea assi en quanto à la cantidad de las Missas; y assi, no ay que desconsolar se ninguno por la variedad desta opinion, sino el que pudiere dezir el trezenario de las treinta Missas, digalas, y irà mas seguro; y el que no pudiere sino el de las treze, no se aflija, ni se congoxe, pues no irà errado. Assi alcançò Amador el fruto de la vitoria, pues apenas dixo la vltima Missa, quando Lucinda se le representò delante vestida de gloria; que es dezir en vna palabra, lo que con muchas apenas se puede explicar: ya lo palido del cuerpo se aventajaua en blancura al blanco armiño, ya lo abrasado del rostro pedia gages à lo brillante de la luz, ya las mexillas parece que aun no se contentauã con ser rosas, ya los labios, hechos hermosos corales, formauan vn diuidido clauel, ya los ojos brillando

luceros se ostentauan soles. Ya, en fin, los cabellos tendidos al ayre, siendo madejas de oro, eran orlas de su cuerpo. Gloriosa finalmente apareció Lucinda, y dándole à Amador las gracias por lo bien que lo auia hecho, y razon de como ya iba à las moradas Celestiales, y encargándole mucho que mirasse por Iulian, y Margarita, desapareció de su presencia, dexando la Ermita perfumada de vna Celestial fragancia.

De todo este discurso son muchas las consideraciones que pueden sacarse; pero la mas principal será el saber acudir à los difuntos con oraciones, ruegos, y suffragios, en particular à aquellos que tienen cargo, y obligacion de hazerlos. Ya está significado el martirio, y dolor que padecen las almas en el Purgatorio. Pues quien será tan de bronce, que permita, que por negligencia, y descuido suyo, se estén sepultadas en aquel lago las personas que quisieron bien en este Mundo? No puedo aqui dexar de quejarme del rigor con que miraron las leyes este punto; pues vemos que si muere vna persona, aunque dexa bienes bastantes para pagar lo que debe, y para que le ayuden con Missas, y suffragios, lo primero, y principal se han de hazer pagados los acreedores, y la vltima que cobra es la anima del difunto; y como llega tan tarde, y

solamente halla las alhajas desechadas de todos los demás, es forçoso para gozar de alguna cosa, mal venderlas, y perder la mitad. Rigores notables, quando se consideran los tormentos que vn anima padece, porque quanto mejor pudiera esperar vn acreedor, que al fin, aunque no goza de los bienes que se le deben, ya por lo menos no le atormentan; que no hazerle que espere à vn alma; rodeada de penas, y tan llena de mortales angustias, que à no vivir entre consoladoras esperanzas, dixera mil locuras contra el sufrimiento. Bien mirado tendría el derecho el caso, pues que hizo la decision; y así, quiso que hasta en esto fuera cierto modo de pena este esperar, porque quien es negligente en acudir à sus obligaciones, no haziendo caso de las deudas, y negando reconocimientos, espere entre las llamas, hasta que se satisfagan los que agraviados se querellan. Pero ya que no se pueda ir contra este estilo, procuren con muchas diligencias los albaceas que se digan luego las Missas de que se hazen cargo; y como para pagar vna deuda se vende vna propiedad, para sacar al dueño de Purgatorio, vendanse dos posesiones, goze al punto el alma de aquello que con afanes, y sudores trabajó el cuerpo, y hagase buena amistad à quien fia su alma.

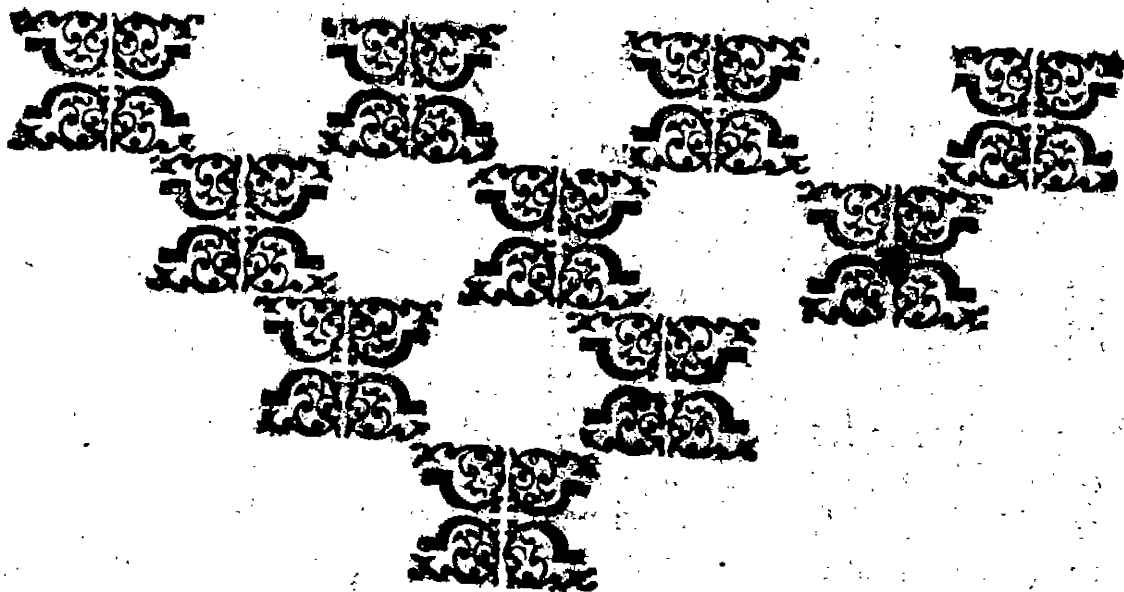
Con opinion de Santo acabò  
Ama.

Amador su vida, dexando muy encomendada la deuocion de las Missas referidas, y que à él fuerõ reveladas. Ruego al piadoso Lector que estime mi deseos, si acaso he erra lo en los aciertos. Vna verdad piadosa es quanto he cõtado, compuesta de historias verdaderas, y vestida con aquello que se llama adorno. De pocos Autores me he valido, porque no he hallado ninguno que trate de la materia. El punto principal de venir los padres à morir à manos de Iulian, con todas las circunstancias q̄ queda dicho, y assi mismo pronosticarlo el Ciervo cõ voz humana, lo refiere no me-

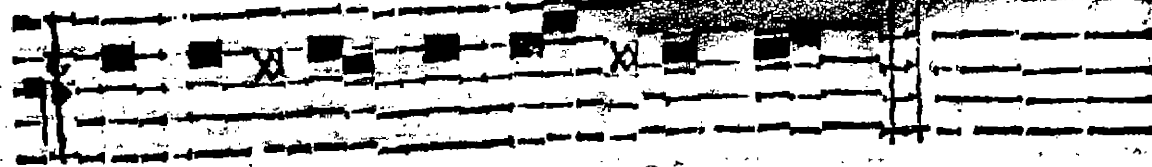
nos q̄ el Arçobispo de Florencia San Antonino en sus historias, donde se verà sucintamente. El suceso de Camilo quando entrò en la clausura, y el origen de San Amador por personas fidedignas lo he alcanzado. Ya he dicho que es piadoso el credito que pido: mi voluntad ha sido verdadera de producir aciertos, sea Nouela lo que le faltare luz de historia, y no eche luz lo que lleuare errores, que en todo me sugero à la correccion de los que mejor sienten, y en primer lugar à la de la Santa Iglesia Romana.

\* \* \*

## LAVS DEO.

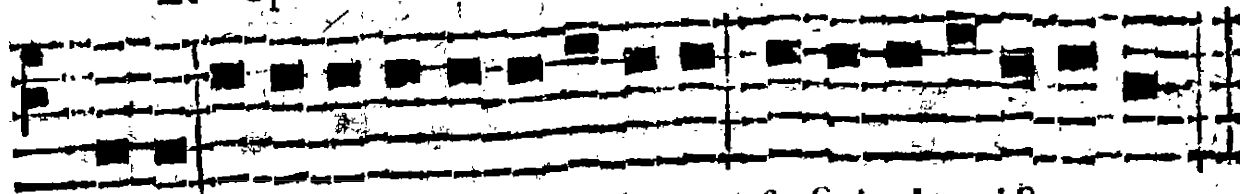


Otra me-  
diaciõ de  
Quarto  
Tono.



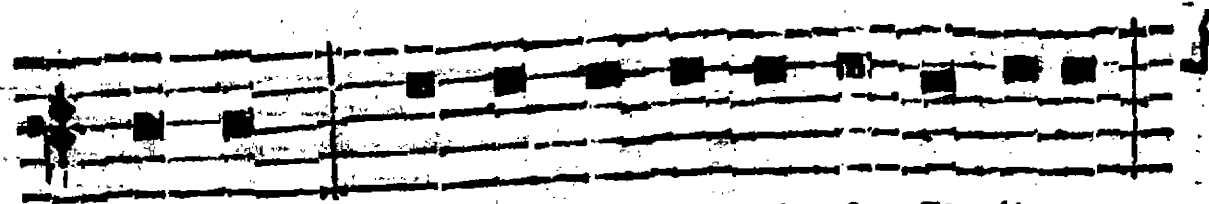
Et Spi ri tu i Sanc to.

Quinto  
Tono.

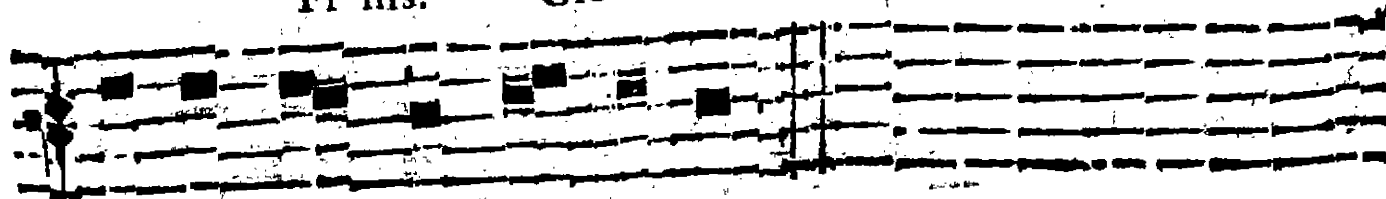


Fi nis. Glo ri a Pa tri, & Fi li o, & Spi ritu i Sanc to.

Sexto  
Tono.



Fi nis. Glo ri a Pa tri, & Fi li o,



& Spi ri tu i Sanc to.

Septi-